



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

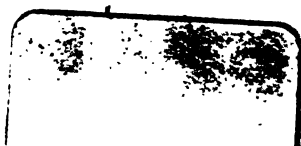
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

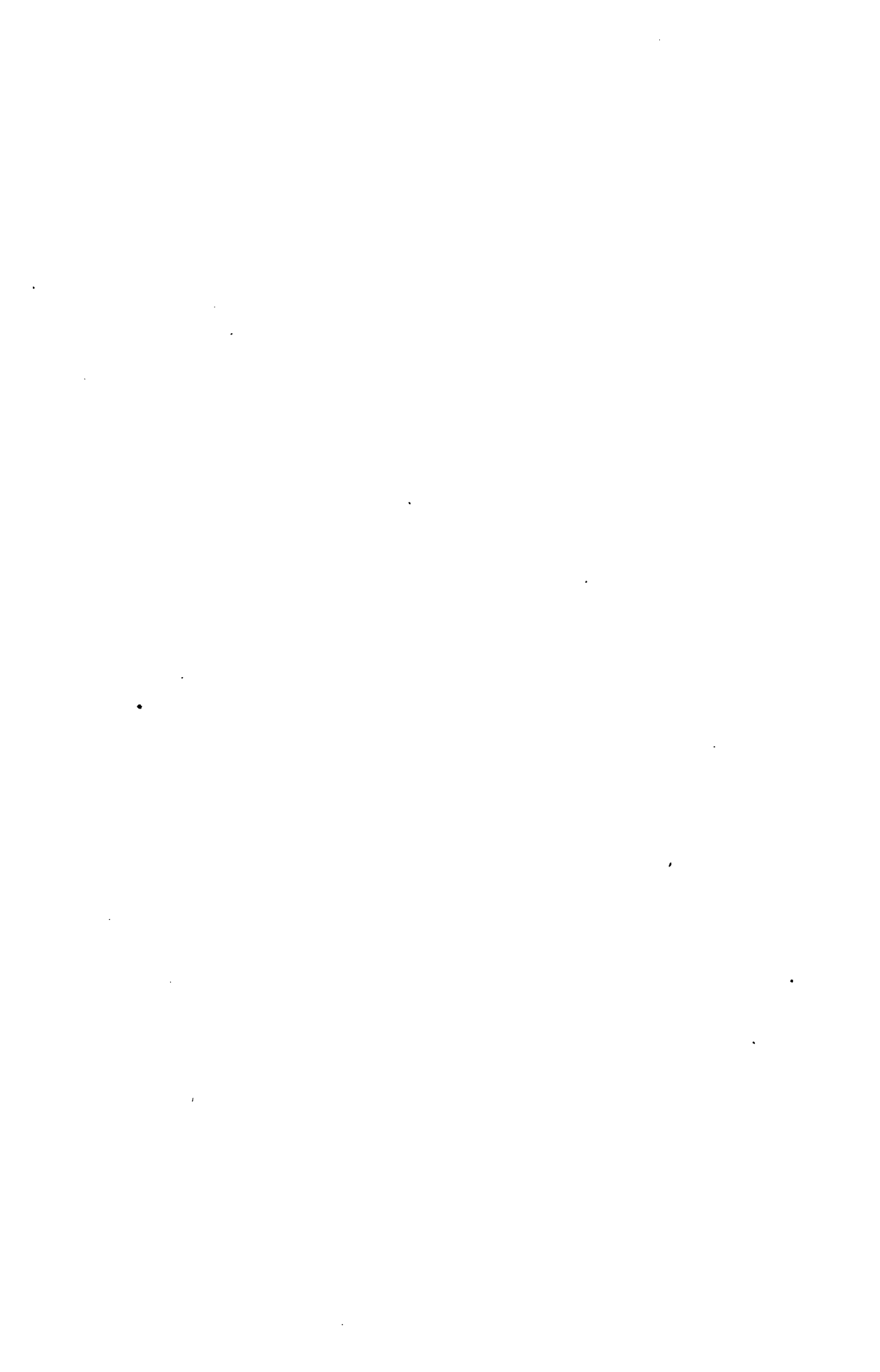
SA 5080.12.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

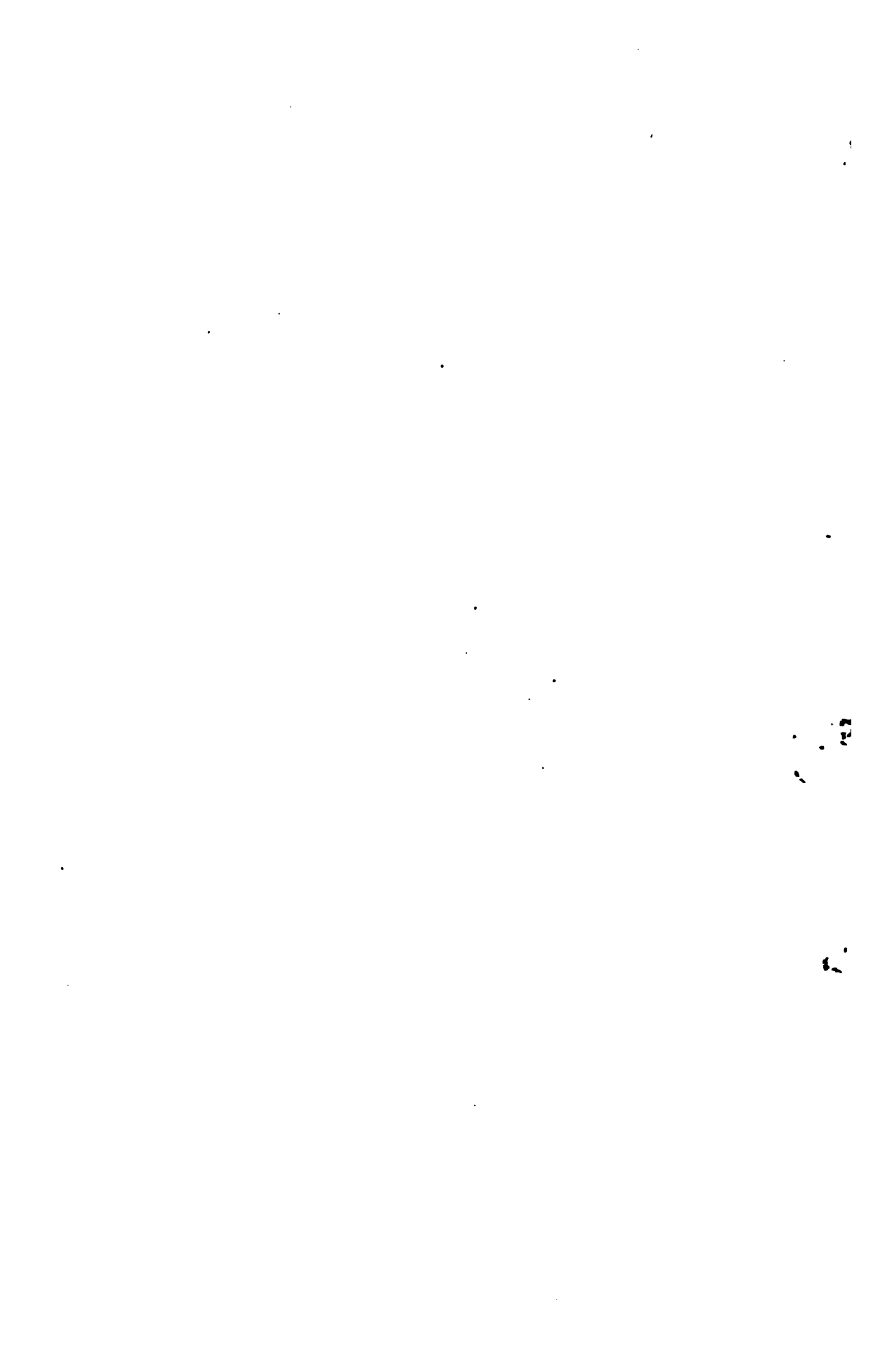


THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCXVIII











MEMORIAS

GENERAL

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

PUBLICACION OFICIAL

TOMO I.



BUENOS AIRES

IMP. DE ERICONS, SUILLERMI ARIFT, CALLE NÚM. 1174

1896



MEMORIAS

DEL

GENERAL

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

PUBLICACIÓN OFICIAL

TOMO I

BUENOS AIRES

Establecimiento de impresiones de Guillermo Kraft, calle de Cuyo 1124

1895

SA 5080.12.2

✓

**HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY**

*Dec. 11, 1920
(2 vols)*

20-42
87-2

ESTADO DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN
GOBIERNO DE LA PROVINCIA
SECRETARÍA DE GOBIERNO
TUCUMÁN, 1883

CARTA-PRÓLOGO

SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN,
DOCTOR BENJAMIN ARAOZ.

Al terminar la corrección de pruebas de las «Memorias» de su deudo el señor general Gregorio Araoz de La Madrid, creo de mi deber dirigirle estas líneas, que servirán para explicar los motivos que han retardado por cerca de medio siglo la publicación de aquellas, á la vez que manifestarán el interés que V. demostró porqué vieran la luz, desde el primer momento que me permití indicárselo.

Estas «Memorias» fueron escritas en Montevideo el año de 1841, y ampliadas en 1850. El general La Madrid llegó á aquella ciudad en una situación desgraciada: pobre, cargado de familia, y acusado tal vez por sus mismos correligionarios de causa, desde que el éxito no coronara sus campañas en contra de la dictadura.

El doctor Andrés Lamas,—aquel espíritu selecto que tanto bueno ha hecho en el Rio de la Plata, sin merecer, como otros, la justicia de sus contemporáneos,—fué para con La Madrid, como para con todos los argentinos, un amigo leal, pues puso sus recursos, su in-

fluencia y su valer á disposición de los emigrados y de los caídos. Cuando al mismo tiempo que vivía en medio de las emociones de la política, comenzaba la publicación de la «Colección de documentos para la historia del Rio de La Plata», adquirió del general La Madrid sus «Memorias», en una suma que era en aquel momento una fortuna para el bizarro soldado que había pasado treinta años en los campos de batalla.

Obtenidas que fueron y por razones que no conocemos, las guardó entre su preciosa colección de manuscritos; y solo sé que las facilitara, para ser revisadas, á los generales José María Paz y Bartolomé Mitre y al doctor Angel Justiniano Carranza.

Ninguna oportunidad mas apropósito que la del centenario del nacimiento de su autor, para hacerlas conocer de los que ya pueden considerarse su posteridad; y á la indicación que hice á los herederos del doctor Lamas, para que permitiesen su publicación, me complace declarar que todos contestaron afirmativamente y con la mejor voluntad.

Inconvenientes que no son del caso espresar, retardaron por algun tiempo la impresión, pero puesta la obra en manos de la casa editora de G. Kraft, deseo también que V. sepa que consagró esta sin limitación todos los medios que posee el establecimiento, para dar fin á ella en el plazo que se le señalara.

Tres mil volúmenes encuadernados, de seiscientas páginas cada uno, con multitud de láminas en cromo, fototipía, litografía y fotograbado, se han ejecutado en menos de sesenta días.

Es fácil que existan errores tipográficos, que la

premura del tiempo no ha permitido salvar para que la obra apareciera con la mayor corrección, como ha sido materialmente imposible estudiar nombres de parajes, distancias mal calculadas, fechas dudosas, etc., de que adolece todo lo escrito ligeramente ó de memoria.

No obstante he puesto empeño en subsanar ciertas deficiencias, si bien he creído que no debía modificar un estilo que es peculiar del autor, mas dado á la guerra que á la tareas del gabinete, por su carácter, hábitos, educación y época en que le tocó figurar.

El general La Madrid, cuyo centenario celebrará Tucumán con alborozo, es uno de los servidores que ha tenido la república en la lucha por su independendencia, y en las que se sucedieron por su libertad y organización política y constitucional.

Quizá carecía de sentido práctico, como se ha dicho, ó era demasiado ardoroso y hasta ofuscado en ocasiones; pero en cambio, su patriotismo y buena intención, sus anhelos por el bien general, sus sacrificios y penurias, cuarenta años de continuo batallar, regando con sangre generosa todo el territorio argentino, le dán títulos suficientes á la gratitud póstuma y á que su nombre sea recordado con simpatía y consideración en las páginas de la historia nacional.

La lectura de sus «Memorias» hace conocer al personaje tal como era: abnegado, candoroso, sin ódios ni malicias, bravo como el que más; entusiasta siempre por servir á la pátria; constante en sus empresas, aunque desgraciado en ellas la mayor parte de las veces.

Su vida no será un ejemplo de virtudes cívicas, como la de Belgrano; ni de la gloria, ó acción tras-

cidental de la de San Martín; pero es la de un soldado que no escusó jamás su corazón y su brazo, en las contiendas de los días brumosos en que se desarrolló su ajitada existencia.

La Madrid es la encarnación de una época de guerras, de desconcierto en las ideas, de falta de fijeza en los principios, de triste caos, para los pueblos y sus instituciones, en la que todo rueda: hombres y acontecimientos; y de la que es una virtud salir sin acusaciones que manchen, y sin merecer el anatema de la historia.

Los argentinos podemos, en el día de su centenario, descubrirnos con respeto y con amor ante la urna que guarda sus despojos, y repetir en su homenaje, aquel *viva* con que era saludado, cuando se presentaba al frente de sus valerosos comprovincianos.

Repitiéndole mi agradecimiento por haber hecho un servicio á los anales de nuestro país, y á mí por la confianza que me ha dispensado, lo saluda atentamente.

ADOLFO P. CARRANZA.

PROVINCIA DE TUCUMÁN

MINISTERIO DE GOBIERNO

Tucumán, agosto 19 de 1895.

Habiendo manifestado el señor Director del Museo Histórico Nacional, don Adolfo P. Carranza, que la familia del doctor Andrés Lamas, posee las «Memorias inéditas del general de la Independencia don Gregorio Araoz de la Madrid, y considerando: 1º. que el señor Carranza ha hecho conocer la decisión de la familia Lamas de facilitarlas para que se publiquen por cuenta de esta Provincia; 2º, que dada la participación que dicho prócer ha tenido en la guerra por nuestra Independencia y organización nacional, la publicación de sus obras inéditas constituirán preciosas fuentes de información histórica que es necesario hacerlas conocer y 3º, que teniendo en vista la proximidad del día en que el pueblo Argentino debe celebrar el primer centenario del general La Madrid, el día 28 de noviembre del corriente año, como un acto de merecida justicia al ilustre guerrero que vinculó su nombre á los hechos más salientes de la historia patria.

El Gobernador de la provincia en acuerdo de Ministros

DECRETA:

Art. 1º. Autorízase al señor Director del Museo Histórico Nacional, don Adolfo P. Carranza para que proceda á la impresión, por cuenta de este Gobierno, de mil ejemplares de las memorias inéditas del general Gregorio Araoz de la Madrid.

Art. 2º. Manifiéstese á la familia del señor doctor Andrés Lamas, al aprecio que hace este Gobierno de su generoso desprendimiento.

Art. 3º. Los gastos que demande el cumplimiento del presente decreto, se imputarán al mismo.

Art. 4º. Solicitese de la H. Legislatura con el mensaje correspondiente, la aprobación del presente acuerdo.

Art. 5º. Comuníquese, publíquese, dése al R. O. y archívese.

ARAOZ

L. A. CÓRDOBA.

ALBERTO DE SOLDATI.

Es copia—

Julio R. Ariza.

Secretario de Gobierno.

PROVINCIA DE TUCUMÁN

MINISTERIO DE GOBIERNO

416

Tucumán, agosto 23 de 1855

Al señor Director del Museo Histórico Nacional, don Adolfo P. Carranza.

Por encargo de S. E. el señor Gobernador, me es grato dirigirme á Vd. acompañándole copia debidamente legalizada del decreto expedido con fecha 19 del corriente, en acuerdo de Ministros, autorizando la impresión de mil ejemplares de las «Memorias inéditas» del ilustre general Gregorio Araoz de La Madrid.

Como se impondrá por el contenido de dicho Decreto, queda Vd. autorizado desde ya para proceder a la impresión de esa obra por cuenta de este Gobierno.

Agradeciéndole de antemano en nombre de S. E., y en el mio propio el importante servicio que en esta ocasión va á prestar á esta Provincia, me complazco en saludarle con mi distinguida consideración.

Lucas A. Córdoba.

Buenos Aires, Octubre 3 de 1855.

Señor Ministro:

Tengo el honor de acusar recibo de la nota de V. E. de fecha 23 de agosto ppdo., acompañándome copia del Decreto expedido el 19 del mismo, por el que se me autoriza para que proceda á la impresión de las memorias inéditas del general Gregorio Araoz de La Madrid, por cuenta de ese Gobierno.

Al aceptar dicha comisión, que trataré de cumplir con la mejor voluntad y el más sincero patriotismo, ruego á V. E., se

sirva manifestar al señor Gobernador mi agradecimiento por la distinción que le he merecido la que hago extensiva á V. E. por los benévolos términos en que me la comunica.

Saludo á V. E. con mi mayor consideración.

Adolfo P. Carranza.

Párrafos del mensaje leído por el señor Gobernador de Tucumán en la Asamblea Legislativa del 7 de octubre de 1895.

CENTENARIO DEL GENERAL LA MADRID

El 28 de Noviembre del corriente año es el centenario de este guerrero de la Independencia.

Considera el P. E. que es un deber del pueblo y autoridades de Tucumán, cuna de tan ilustre soldado, conmemorar dignamente su centenario, como lo acaba de hacer San Luis con el legendario Pringles, lo hizo Córdoba con su gran capitán Paz y lo realizan todos los pueblos que saben honrar la memoria de sus hijos beneméritos.

El P. E. os pedirá en vuestras primeras sesiones la autorización competente para hacer los gastos necesarios en la celebración de esta fiesta patriótica.

Al mismo tiempo me es agradable noticiaros de que el señor Adolfo P. Carranza, Director del Museo Histórico Nacional comunicó al Gobierno de esta Provincia que la familia del malogrado publicista Sr. doctor Andrés Lamas, poseedora de las Memorias inéditas del general La Madrid, estaba dispuesta á ceder generosamente tan preciosos manuscritos para que Tucumán pudiese darlos á la publicidad.

Con este motivo se expidió, en acuerdo de Ministros, el decreto de 19 de agosto, por el cual se encarga al mismo señor Carranza, aprovechando su competencia y buena voluntad, para que dirigiera la edición de mil ejemplares de dichas Memorias, de-

biendo imputarse los gastos al mismo decreto, con cargo de dar cuenta á V. H.

Las Memorias estarán impresas en los primeros días de noviembre, pudiendo ser repartidas, por lo tanto, el día del centenario, objeto que se tuvo en cuenta al apresurar la impresión de esas páginas inéditas que contendrán, á no dudarlo, noticias muy interesantes y fidedignas sobre la guerra de la Independencia nacional y las cruentas peripecias que soportó más tarde la República para cimentar su libertad interior y sus instituciones políticas.

Tucumán, agosto 20 de 1895.

A la Honorable Legislatura de la Provincia.

El P. E. tiene el honor de adjuntar en copia debidamente legalizada el decreto expedido en acuerdos de Ministros con fecha de ayer, disponiendo se publiquen por cuenta del Gobierno de la Provincia las memorias inéditas del guerrero de la Independencia el general don Gregorio Araoz de La Madrid.

Los fundamentos de esta medida se expresan en los considerandos del mismo acuerdo y el P. E. espera que V. H., honrando la memoria del denodado hijo de esta Provincia, cuyo primer centenario cumple el 28 de noviembre de este año, tendrá á bien aprobar el acuerdo de referencia sancionando el adjunto proyecto de Ley.

Dios guarde á V. H.

BENJAMIN ARAOZ.

L. A. Córdoba

*El Senado y Cámara de Diputados de la Provincia de Tucumán
sancionan con fuerza de—*

LEY:

Art. 1º. Apruébase el decreto del P. E. de fecha 19 del corriente por el que se manda publicar las memorias inéditas del

general don Gregorio Araoz de La Madrid, suscribiéndose á mil ejemplares de dicha obra.

Art. 2º. El gasto que demande el cumplimiento de la presente ley se imputará á la misma.

Art. 3º. Comuníquese al P. E.

L. A. Córdoba.

El Senado y Cámara de Diputados de la Provincia de Tucumán, sancionan con fuerza de—

LEY:

Art. 1º. Apruébase el decreto del P. Ejecutivo de fecha 19 de agosto del corriente año, por el que se manda publicar las memorias inéditas del general don Gregorio Araoz de La Madrid, suscribiéndose á mil ejemplares de dicha obra.

Art. 2º El gasto que demande el cumplimiento de la presente ley, se imputará á la misma.

Art. 3º. Comuníquese al P. E.

Dada en la Sala de Sesiones de la H. Legislatura de Tucumán, á veintidos de octubre de mil ochocientos noventa y cinco.

A. S. SAL.

R. Mendiator,

Secretario del H. Senado.

E. VAZQUEZ.

P. J. Alvarez (hijo),

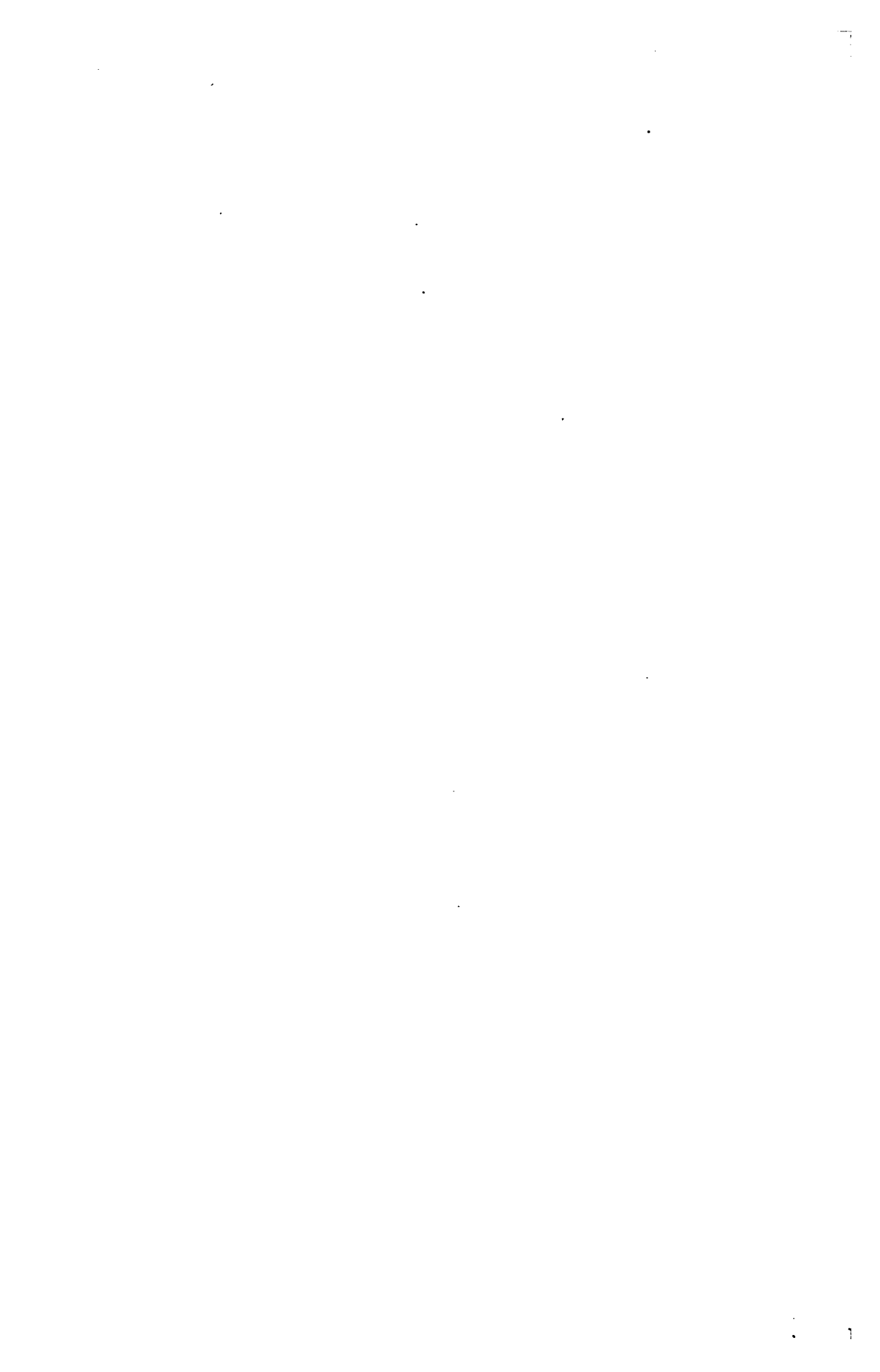
Secretario de la C. de D. D.

Tucumán, octubre 24 de 1895.

Téngase por ley de la Provincia, cúmplase, comuníquese, publíquese, dése al R. Oficial y archívese.

ARAOZ.

L. A. CORDOBA.



MEMORIAS AUTÓGRAFAS
SOBRE LA VIDA MILITAR
DEL
GENERAL ARGENTINO
GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

Relación circunstanciada de todos los combates y acciones parciales en donde se ha encontrado el General espresado en la guerra de nuestra Independencia, desde el año 1811 en que principió su carrera militar en clase de teniente de caballería, la cual fué escrita por mandato del benemérito finado, brigadier general Manuel Belgrano, el año 1812, y continuada despues hasta la fecha.



Greg. Arce
del. Madrid.

A large, stylized signature or flourish consisting of several overlapping loops and a long horizontal stroke at the bottom.



Nací en la ciudad de San Miguel de Tucumán el 28 de noviembre de 1795 y fui educado desde mi mas tierna infancia por don Manuel de La Madrid y su esposa doña Bonifacia Díaz de la Peña, que eran mis tíos, y pertenecían á las primeras familias de dicha provincia, asi por su clase como por su mas que regular fortuna; consitiendo ésta en una hermosa hacienda de viñas en el fuerte de Andalgala y algunas fincas en la ciudad.

Al cumplir los 5 años fui conducido por mis referidos padres á dicha hacienda, que está situada al otro lado del majestuoso y rico cerro de Aconquija; allí permaneci hasta el año de 1803 en que regresamos á Tucumán, después de haber yo aprendido á leer perfectamente, enseñado por mis tíos.

Era éste de costumbres muy religiosas en extremo apacible y estimado por todos y poseía una colección bastante numerosa de libros, entre ellos toda la historia del Nuevo y Viejo Testamento y fué en ésta, precisamente, en la que me enseñó á leer.

Fué tal mi constancia á dicha lectura que en los tres años de permanencia en dicha hacienda la aprendí de memoria, asi fué, que habiendo regresado á Tucumán, mi memoria llamó la atención de todos, pues cuantas personas iban á visitar á mis padres se complacian en tomar uno de dichos libros, indicarme el principio de cualquiera de sus capitulos, y oírme relatarlos de memoria con la velocidad del viento, hasta que buscaban otro, que repetía lo mismo. Desde aquella fecha ó pocos años después, no he vuelto á leer semejantes libros y aun conservo párrafos enteros en mi memoria.

Al poco tiempo de haber llegado á Tucumán me pusieron en la escuela de San Francisco, y luego que

hube perfeccionado mi escritura y cuentas, pasé á estudiar gramática en el mismo convento; pero como el maestro que teníamos no era muy contraído no alcancé á completar este estudio y lo dejé á consecuencia de una enfermedad que tuvo mi madre, de la cual murió.

Mi padre se hallaba entonces en su hacienda, donde le tomó la muerte poco tiempo después á consecuencia de un golpe de caballo. Así, pues, me quedé sin continuar los estudios á pesar de mi feliz disposición para ello, lo que me fué después muy sensible; de modo que cuando se proclamó la revolución del año diez y se nombró la 1^a Junta de Gobierno en Buenos Aires, me encontraba acomodado en una casa de comercio, y con una inclinación bien decidida para la milicia, de resultas de la lectura de los periódicos que llegaban á Tucumán, sobre la revolución de Francia y los progresos asombrosos del emperador Napoleón I.

Cuando llegó á Tucumán la primera expedición mandada por el representante Dr. Castelli, fué recibida con entusiasmo por mi provincia, y con la cual marchó un escuadrón de hombres voluntarios; tuve yo grandes deseos de ser uno de ellos, pero mis parientes me hicieron desistir de mi empeño en atención á mi poca edad.

En el siguiente año de 1811, no sé si á principios ó á mediados de él (pues he olvidado la fecha por haber perdido estos apuntes dos ó tres veces), cuando llegó á Tucumán la noticia del contraste que experimentó nuestro ejército en el Desaguadero, fui el primero que me presenté al señor Gobernador doctor don Domingo García, para marchar en auxilio de nuestros desgraciados compatriotas en la clase que se me destinara, contra los opositores de nuestra patria. El señor Gobernador aceptó mi ofrecimiento como el de otros muchos y haciéndome reconocer en la clase de teniente de caballería, marchamos á los pocos días con un escuadrón bajo las órdenes del capitán Gervacio Robles también tucumano y habiendo sido costeadado el uniforme de dicho escuadrón

por las señoras del pueblo. A los doce días de nuestra marcha nos presentamos en Jujuy en momentos que estaban llegando las primeras tropas que habían escapado de la derrota, y el escuadrón fué destinado á remontar el regimiento de Dragones que mandaba el coronel Estéban Hernandez, siendo yo reconocido en mi clase como oficial agregado.

Llegados los últimos restos del ejército y habiendo quedado una vanguardia en Humahuaca, fué mandado el mayor general Eustaquio Díaz Velez á tomar el mando de ella por el señor general Juan Martín de Pueyrredon, saliendo á consecuencia de esta orden con dicho Mayor general su regimiento y un batallón de infantería que mandaba el coronel Dominguez.

Este cuerpo se sublevó en la tarde de nuestra salida, pero fué sofocado dicho movimiento por la firmeza con que acometió el Mayor general á los primeros motores y fuimos á acampar en la hacienda de Yuta á 3 leguas de la ciudad de Jujuy, donde el mayor general fusiló en la noche siete ó nueve individuos de los que habían encabezado el motin.

Llegados á Humahuaca y hallándose la vanguardia enemiga en Yavi pasó el mayor general Díaz Velez con la nuestra á sorprenderla, pero habiéndonos sentido, se retiró aquella con una pequeña pérdida al pueblo de Suipacha y la nuestra en su persecución fué á establecerse á Nazareno, pueblito situado al frente de Suipacha y dividido de éste por solo un espacioso río, crecido en aquellas circunstancias por efecto de las lluvias.

Allí permanecimos establecidos por algunos días sosteniendo frecuentes guerrillas en los mas de ellos; hasta que en la madrugada de uno de ellos, me parece que en el mes de enero del año 1812, dispuso el señor mayor general Díaz Velez acometer á la vanguardia enemiga lanzándose con la nuestra precipitadamente al río. Me hallaba yo en estas circunstancias avanzado con 16 dragones en el estrecho de la quebrada sobre nuestra izquierda, como á distancia de un cuarto de

legua y sin haber recibido orden alguna, cuando sentí el ataque y ví á nuestros enemigos en fuga por entre los maizales de la banda opuesta del río.

Advertido por mí este movimiento y después de haber esperado pocos instantes con impaciencia alguna orden, la cual no apareció, me precipité como oficial inesperto y deseoso como jóven de practicar un ensayo sobre una guardia de caballería que estaba colocada á mi frente, hasta ponerla en fuga, habiéndole acuchillado dos hombres cuando advertí que la nuestra retrocedía por el río, tuve por precisión que volver á mi puesto, pero pasando ya el río en partes á nado por el mismo lugar que acaba de pasarlo con el agua á la falda de las monturas.

El retroceso de nuestra vanguardia fué ocasionada por una creciente repentina, demasiada fuerte á causa del deshielo de la nieve que no dió paso al resto de nuestras tropas, y cuya circunstancia nos arrebató una victoria ya pronunciada y ocasionó la pérdida de bastantes hombres, entre ellos el capitán Lucas Balcarce, y una herida mortal que recibió el entonces sargento mayor Manuel Dorrego, y de cuyas resultas se nos dispersaron algunos hombres.

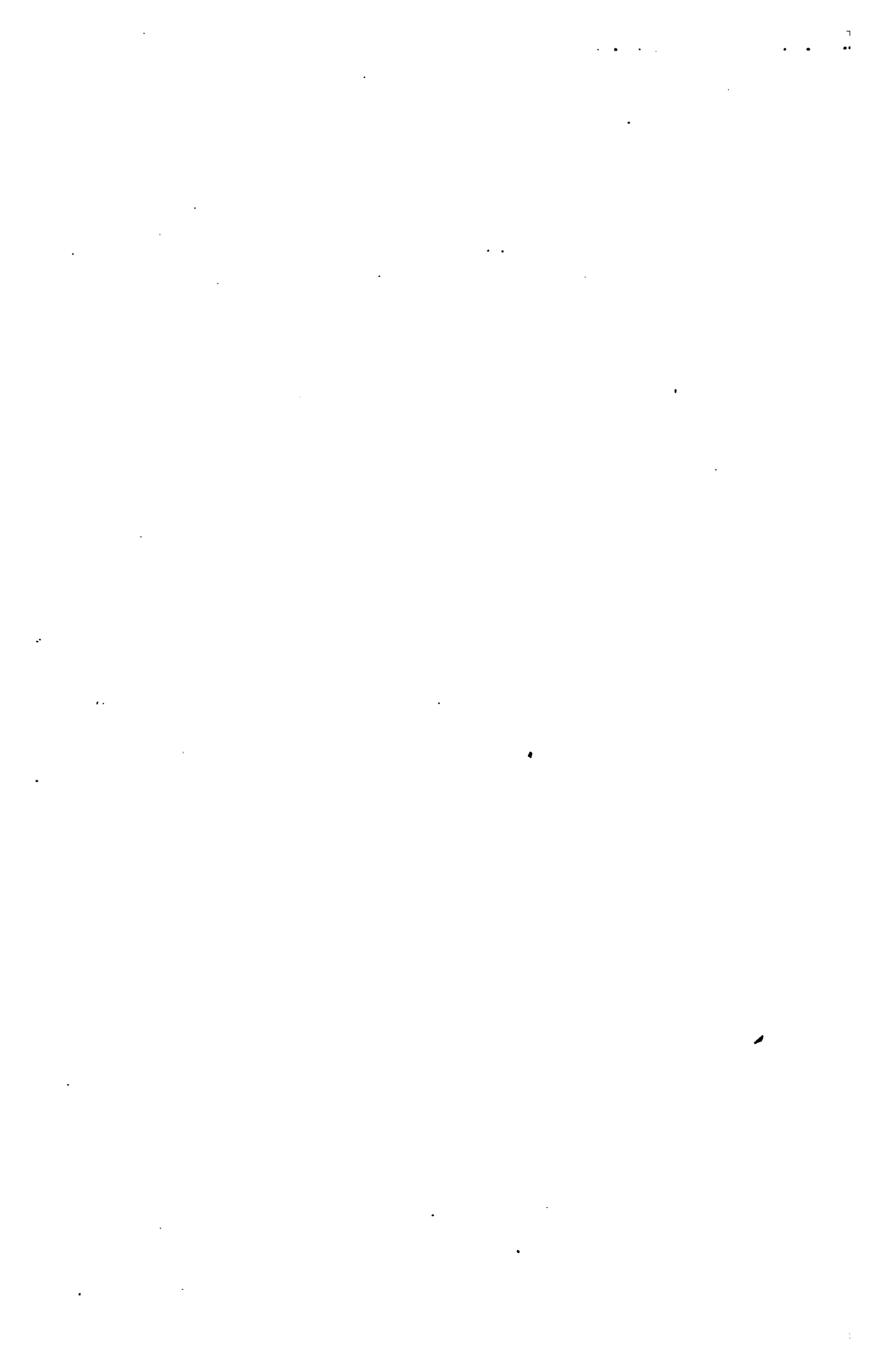
En ese día fuí mandado por el Mayor general con una partida de 12 dragones en persecución de los dispersos por la quebrada de Talina, de donde regresé al cerrar la noche con varios hombres vencidos, después de haber rechazado una partida enemiga que había sido destinada probablemente al mismo efecto que yo; pues los dispersos del enemigo llegaron hasta Tupiza.

En esa noche nos retiramos para Humahuaca conduciendo todos nuestros heridos: allí permanecimos algún tiempo hasta que el ejército enemigo avanzó, con cuyo motivo el general Puyrredon emprendió su retirada hasta Yatasto, dejando un escuadrón de Dragones en Salta y con el cual me tocó quedar.

Estando nuestro ejército en Yatasto llegó el señor general Manuel Belgrano, se recibió del mando y regresó



M. L. Belgrano



á situarse al Campo Santo en cuyo punto se reunió el escuadrón que había quedado en Salta. Allí permanecimos algún tiempo hasta que habiendo el ejército enemigo puéstose en movimiento desde Jujuy sobre nosotros, bajo las órdenes del general Pío Tristan, emprendimos nuestra retirada seguidos de una numerosa emigración de Salta y Jujuy; de la cual formó el señor General un cuerpo que denominó «*Decididos de Salta*».

El mayor general Díaz Velez cubría la retaguardia de nuestro ejército, venía tiroteándose con la vanguardia enemiga. Nuestro ejército había llegado al río de las Piedras y el General tomó las posesiones mas ventajosas porque el enemigo venía picando de cerca nuestra retaguardia; se presenta ésta á escape y casi envuelta con los enemigos. Nuestro ejército que estaba ya sobre las armas recibió á estos con una descarga de artillería, y mandándome reunir al mayor general Díaz Velez con un escuadrón de Dragones que se hallaba accidentalmente bajo mis órdenes, acometimos al enemigo al mismo tiempo que nuestros cazadores que había colocado el General emboscados en el monte y al frente de nuestra izquierda, rompieron de improviso sus fuegos.

Los enemigos á este ataque se pusieron en fuga y los acuchillamos mas de dos leguas, hasta cerrar ya la noche. Se les tomaron bastantes prisioneros y mataron mas de 30 hombres; á favor de esta ventaja nos dieron tiempo para retirarnos sin precipitación á pesar del corto número de nuestras tropas, pues no pasaban de 900 infantes y como 200 hombres de caballería.

Llegamos á Tucumán á mediado de setiembre y seguidos de cerca por el ejército de los españoles que constaba de cerca de cinco mil hombres, por cuya razón nuestro General en jefe estuvo decidido á continuar su retirada hasta Córdoba. Esta determinación alarmó tanto á los tucumanos que se presentó su gobernador Bernabé Araoz acompañado de mi tío el Dr. Pedro Miguel Araoz que era el cura y vicario, así como muchas familias conocidas, á pedir al señor General que no los

abandonasen y ofrecerle que alarmarían toda la Provincia y correrían la suerte que les deparase una batalla cuya demanda fué apoyada muy eficazmente por mi primo el mayor general Díaz Velez, por el teniente coronel Juan Ramon Balcarce, que se hallaba en aquella ciudad, encargado de la instrucción de las milicias por el Superior Gobierno, y en fin por varios jefes y entre ellos por el teniente coronel Manuel Dorrego que había sanado ya de sus heridas.

El señor General accedió á esta petición tan determinada y dictó las órdenes mas necesarias para esperar al enemigo. El gobernador Araoz acompañado del cura y vicario y de otros varios ciudadanos, fueron á la campaña y al tercer día se presentaron al señor General con cerca de 2000 hombres decididos; los que fueron armados inmediatamente de lanzas y aun de cuchillos que colocaban amarrados en lugar de moharras, los que no las tenían. Empezó desde aquel momento el señor Balcarce á ejercitarlos mañana y tarde en las principales maniobra de la caballería, á cuyo efecto destinó varios oficiales siendo uno de ellos su ayudante Julian Paz que era teniente de Dragones.

La vanguardia enemiga mandada por el coronel español Huici habiendo llegado entre tanto al pueblo de Trancas distante 20 leguas de Tucumán y en el cual habiéndose adelantado su jefe con una partida, fué hecho prisionero por una fuerza de nuestra milicias que estaba en acecho, y conducido á nuestro ejército.

El ejército enemigo continuó sus marchas y se presentó en la cañada de los Nogales en la tarde del 23 y fijó allí su campo, saliendo el nuestro á situarse al norte y dejando el pueblo á su espalda. Allí pasamos la noche en vela y llenos de entusiasmo; y al amanecer del 24 salió el General en jefe acompañado del señor Gobernador, del cura y otros varios ciudadanos, con sus ayudantes y una escolta de dragones á practicar un reconocimiento. Avisado muy luego de nuestras partidas de observación que el ejército enemigo se había puesto en

marcha por el camino de los Pocitos y dejando el carril principal á su izquierda, fuí detenido por el señor General á observarlo en aquella dirección, con una partida de 12 dragones y darle parte.

A la media hora de haberme separado en aquella dirección, encontré la vanguardia enemiga que marchaba á pocas cuadras adelante del ejército y con un cuerpo de caballería á la cabeza, por entre los pajonales de que abunda aquel campo. Así que descubrí dicha fuerza, me presenté á su vista, provisto ya de unos tizones de fuego que mandé sacar de un rancho, y mandé á mis soldados prender fuego á las pajas por tres puntos paralelos á mi frente é hice volar el parte al General, indicándole que el enemigo tomaba su dirección al poniente del pueblo y que yo había empezado á quemar el campo para obligarlo á recostarse á la falda del cerro.

Los enemigos destacaron una fuerte partida á perseguirme, pero yo tiroteándola en retirada, me burlaba de ella mandando quemar el campo por todo el frente que iba avanzando; y con lo cual á favor de un ligero viento que soplaba, les obligaba á recostarse mas á la costa. Así me conduje á su frente hasta haber obligado á todo el ejército por medio del incendio á despuntar el manantial y dejando esta vertiente á su izquierda, la cual no dá paso sino por el puente que queda al sud sudoeste de Tucumán, y como á una legua del pueblo. Yo me replegué entónces con mi partida trayendo un soldado herido y habiendo yo mismo recibido una herida de bala en el pecho.

El General enemigo, al llegar á las vertientes del manantial, se encontró con un aguatero que había ido con su carreta en busca de agua para el pueblo, en una gran pipa construida del gajo de un árbol, y el cual había sido tomado para los primeros hombres de su vanguardia. Averiguado por su General que aquel era su ejercicio para llevarla á vender al pueblo, sacó una onza de oro y se la dió, diciendo á los que lo habían detenido lo dejasen en libertad, y al aguatero le dijo

que le llevase la pipa de agua á las 12, á casa de don Pedro Garmendía que vivía en la plaza de Tucumán. Este aguatero vino á servirle después para apagar su rabia; no en la plaza sinó á las orillas del pueblo después de haber perdido toda la caballería y la mayor parte de sus milicias.

Nuestro ejército había variado ya de posición colocándose al sud este del pueblo, donde esperó al enemigo formado. Se presentó el ejército español desplegando su línea á nuestro frente, formando un martillo por nuestra izquierda. Nuestros Dragones con la mayor parte de las milicias de Tucumán formaban nuestra ala derecha en batalla, bajo las órdenes del teniente coronel don Juan Ramon Balcarce, el cual habiendo recibido orden del señor general para atacar, mandó marchar de frente nuestra caballería sobre la línea de infantería enemiga, que nos esperó rodilla en tierra, calando bayoneta y con los fuegos de su segunda fila.

Nuestras milicias así que se tocó á degüello, lanzaron un grito y se precipitaron sobre la línea enemiga que no pudo resistirlos, pues fué envuelta y despedazada por este costado y cuando dió con los hombres y bagajes que estaban á retaguardia del enemigo, se desbandaron en persecución de los dispersos y costó bastante reunirlos. El señor General en jefe que observó este triunfo y el desorden inmediato de nuestra caballería siguió su movimiento á efecto de reunirlos y pudo verificarlo á la tarde sobre el paso del Rincón, como á legua y media del pueblo.

Nuestro costado izquierdo entretanto, hubo de ser envuelto por el enemigo pero el mayor general Eustaquio Díaz Velez, reunió los cuerpos de infantería y ganó el pueblo, llevándose nuestra artillería juntamente con algunas piezas y cargas que habían abandonado los enemigos; también llevó bastantes prisioneros, atrincherándose en la plaza.

El General enemigo que había reunido el resto de sus fuerzas á las orillas del pueblo y que á pesar de

la gran pérdida que acababa de experimentar, todavía tenía mas tropas que nosotros; es por esto que intentó rendición á la plaza en término de cinco minutos por medio de un parlamentario, pero nuestro Mayor general después de hacerle enseñar al parlamentario, por medio del sargento mayor Dorrego la porción de jefes, oficiales y tropa que tenía prisioneros en la plaza, así como mucha parte de sus bagajes, lo despachó con estas palabras: «Diga Vd. á su General que mal puede imponer rendición á su vencedor, y que el General en jefe que se halla ausente con toda la caballería, muy pronto le hará conocer su imprudencia».

En esa misma tarde nos avistamos al pueblo con el señor general Manuel Belgrano, con mas de 900 hombres de la caballería. Los enemigos nos dispararon algunos cañonazos y después de permanecer á su vista hasta haberse puesto el sol, se retiró el General á los Aguilares que distan una legua, dejándome con una partida de Dragones para encender muchos fuegos y mandar un aviso al pueblo por la parte de las quintas, lo que verificado marché á reunirme al señor General.

Al siguiente día 25 se avistó nuevamente nuestro General con una mayor fuerza, pues estaban llegando continuamente partidas de milicianos, con prisioneros que tomaban en los montes. El enemigo nos disparó muchos tiros de cañón, entre una y dos de la tarde, se cruzaron algunas guerrillas y nos alejamos al ponerse el sol. En esa noche emprendió el enemigo su retirada, y el 26 entramos al pueblo y dispuso el señor General que marchase el mayor general Díaz Velez con los Dragones, el cuerpo de Cazadores mandado por el comandante Dorrego y el escuadrón de «Decididos de Salta», con otro mas de milicias de Tucumán, en persecución del enemigo.

No recuerdo si en esa misma noche del 26 ó al siguiente día, marchamos con la fuerza designada y dimos alcance al enemigo en el Arenal á la 3ª noche de nuestra marcha. Hubo un fuerte tiroteo en la madrugada

de ese día y los enemigos empezaron á precipitar su retirada con pérdida de algunos hombres y continuamente tiroteada su retaguardia por nuestras partidas de vanguardia.

En el punto del Rosario di alcance á la retaguardia enemiga con una partida de 20 Dragones, y la cargué en una estrechura del monte dando voces supuestas á un escuadrón que no existía, de adelantarse por mi izquierda. Los enemigos se pusieron en fuga y los acuchillé como ocho cuadras, matándoles tres hombres y tomando cinco prisioneros.

En los diferentes encuentros que hubieron en el camino hasta Salta, perdieron los enemigos muchos hombres y el día en que entraron á dicha ciudad hubo un fuerte tiroteo en que hubieron algunos heridos de una y otra parte; después nos retiramos por el camino de las cuevas, perseguidos por el coronel Castro, hasta el Bañado (Hacienda de Figueroa); en este lugar empeñé una fuerte guerrilla con 16 dragones para proteger una partida de nuestros cazadores que venían á retaguardia, y hubo de ser tomada por la caballería enemiga, los que con dichos hombres y rechazando á la caballería enemiga, salvé á nuestros cazadores, alzando yo en ancas de mi caballo á uno de ellos en circunstancias que iban á tomarlo.

Allí dejaron de perseguirnos, continuando la marcha hasta Tucumán.

En la batalla de Tucumán perdió el enemigo mas de 700 prisioneros y como 500 muertos, entre los primeros un crecido número de jefes y oficiales y la mayor parte de sus bagajes, cargas de dinero, onzas de oro y unas alhajas, cuya mayor parte la aprovecharon nuestros milicianos.

No recuerdo si fué el General ó el Gobierno Supremo quien acordó un escudo de oro á los jefes y oficiales por esta victoria, y de paño á la tropa pero bordado con letras de oro, con esta inscripción: «La Patria á su defensor en Tucumán».





2ª CAMPAÑA EN EL AÑO 13

Victoria de Salta y rendición del ejército español.—Es juramentado éste y se le permite regresar al Perú.—Continúa el ejército Pátrio su campaña sobre el Perú.— Batallas desgraciadas de Vilcapujio y Ayohuma.— Retirada del ejército á Tucumán.—El general José de San Martín viene á tomar el mando del ejército.—Enfermedad de éste General y su retirada á Mendoza.

El señor General en jefe se contrajo después de la victoria del 24 de setiembre, á remontar los cuerpos del ejército con reclutas que pidió á las Provincias y disciplinarlos con empeño. Mañana y tarde había ejercicios doctrinales para cuerpos y los domingos ejercicio general. Estableció también un cuerpo cívico, compuesto de todos los jóvenes artesanos y hasta los comerciantes y demás vecinos asistían á ellos, especialmente á los ejercicios generales en los días festivos, siendo el mismo General, jefe del cuerpo.

Estableció también una maestranza completa, en la cual trabajaban todos á mas de los principales maestros de carpintería y herrería. Se remontaron en ella todos los cañones, se construyeron lanzas, se compuso todo el armamento y hasta se trabajaron algunas espadas.

Fué tal la constancia del General y de los jefes y oficiales del ejército, que se encontró éste en estado de abrir su 2ª campaña así que principió el año 13, contando con tres mil hombres á fines de enero. El paso del río Pasage nos costó bastante, por estar en extremo crecido, por cuya razón nos demoró dos ó tres días, en los cuales se construyeron balsas, dos botes ó grandes canoas y se colocó una gran cuerda por una y otra banda del río, asegurada por grandes maderas que se fijaron

al efecto. Habiendo pasado todo el ejército merced á estos trabajos, continuamos la marcha hasta Lagunillas, que es una quebrada bastante espaciosa, situada á tres leguas de la ciudad de Salta.

El ejército enemigo se disponía á defender el paso del Portezuelo, que es por donde se descende al valle de Salta, el cual está situado como á una legua de la ciudad, pero quedó burlado porque el general Belgrano marchó en la noche del 18 de febrero con todo el ejército por la quebrada de Gallinazo y fué á salir en la madrugada del 19 sobre el campo de Castañares, que está como á tres cuartos de legua de la ciudad al nord oeste, y es una llanura que domina la población. El enemigo apesar de nuestra precaución, conoció tarde la dirección que había tomado nuestro ejército y se contentó con mandar una fuerza sobre Lagunillas para incomodar nuestra retaguardia; y aunque por este medio logró tomar algunos de nuestros soldados enfermos que habían quedado atrás, fué luego rechazada.

Se pasó el 19 en tomar conocimiento del campo á favor de algunas guerrillas que se lanzaron sobre el ejército enemigo, el cual se estableció en línea en las orillas del pueblo y dejando por delante de ella los tagaretes. Designanse con este nombre unas vertientes pantanosas de que está circuido el pueblo por aquella parte y por las cuales se pasan por algunos puentes.

El cuerpo de Dragones fué colocado ese día en la boca de San Bernardo, este es un cerro en cuyo pié está situada la ciudad, á vanguardia de nuestra ala izquierda, encontrándome al lado del Mayor general, destinado por el Cuerpo como ayudante, para comunicarle todas las órdenes que fuesen necesarias trasmitirle para la batalla al coronel de dicho cuerpo, que lo era Cornelio Zelaya. Como este Cuerpo había estado la mayor parte del día muy inmediato á la derecha del enemigo, me mandó el Mayor general al anochecer, con la orden al Coronel para que se replegase mas á retaguardia. Marché solo, habiendo oscurecido y no

pude por este motivo dar con el Cuerpo, sin embargo de haberme aproximado demasiado á la línea enemiga, que se conocía por la iluminación que habían puesto en toda la extensión del pueblo. Llamé dos veces al Coronel por su nombre y levantando la voz, cuando en esto me dá uno la voz de: «quién vive!», á mi espalda, yo me precipité sobre él con pistola en mano y amenazándolo con ella le obligué á decirme quién era.

Sorprendido el hombre, me dijo ser sargento de la guerrilla del comandante Somocurcio. Conociendo por ésto que era enemigo, le pregunté donde estaba su frente.—«No tengo frente, señor, me contestó, porque mi comandante me ha mandado solo al pueblo á traerle estos fiambres, su poncho y espuelas»—enseñándome unas alforjas provistas. Yo para hacerle creer que era oficial de los suyos, le dije: Vd. es porteño y quiere engañarme.—«¡Porteño! Ni Dios lo permita»—me replicó el sargento, á cuyo tiempo se sintió un fuerte tiroteo al frente de nuestra derecha y agregó:—«Allí está mi guerrilla que es la que está peleando, lléveme Vd. allá y verá que soy cristiano y no porteño». Ande Vd. le dije, que estaba medio alegre (el sargento) y lo eché por delante apurando el paso, pero en dirección á nuestra reserva y así que me cercioré de estar ya en nuestro campo, le dije: «Es Vd. prisionero, soy oficial porteño», y le pedí los fiambres de su comandante por hallarme con bastante apetito, pues ninguno de nosotros había comido en todo el día. El sargento me alargó las alforjas que contenían un par de gallinas asadas, algunos panes y un buen queso, con lo que convidé á mi General, al presentarle mi prisionero.

Al siguiente día, así que hubo aclarado, se vino un hombre montado del campo enemigo, á escape sobre nuestra línea; varios ayudantes quisieron cortarle el paso, pero el Mayor general no quiso, diciendo que era uno pasado. Como á distancia de una cuadra de nuestra línea para el oficial su caballo, y dirigiéndose á nuestra derecha, puso el caballo al galope gritándonos: «Porteño ladrón,

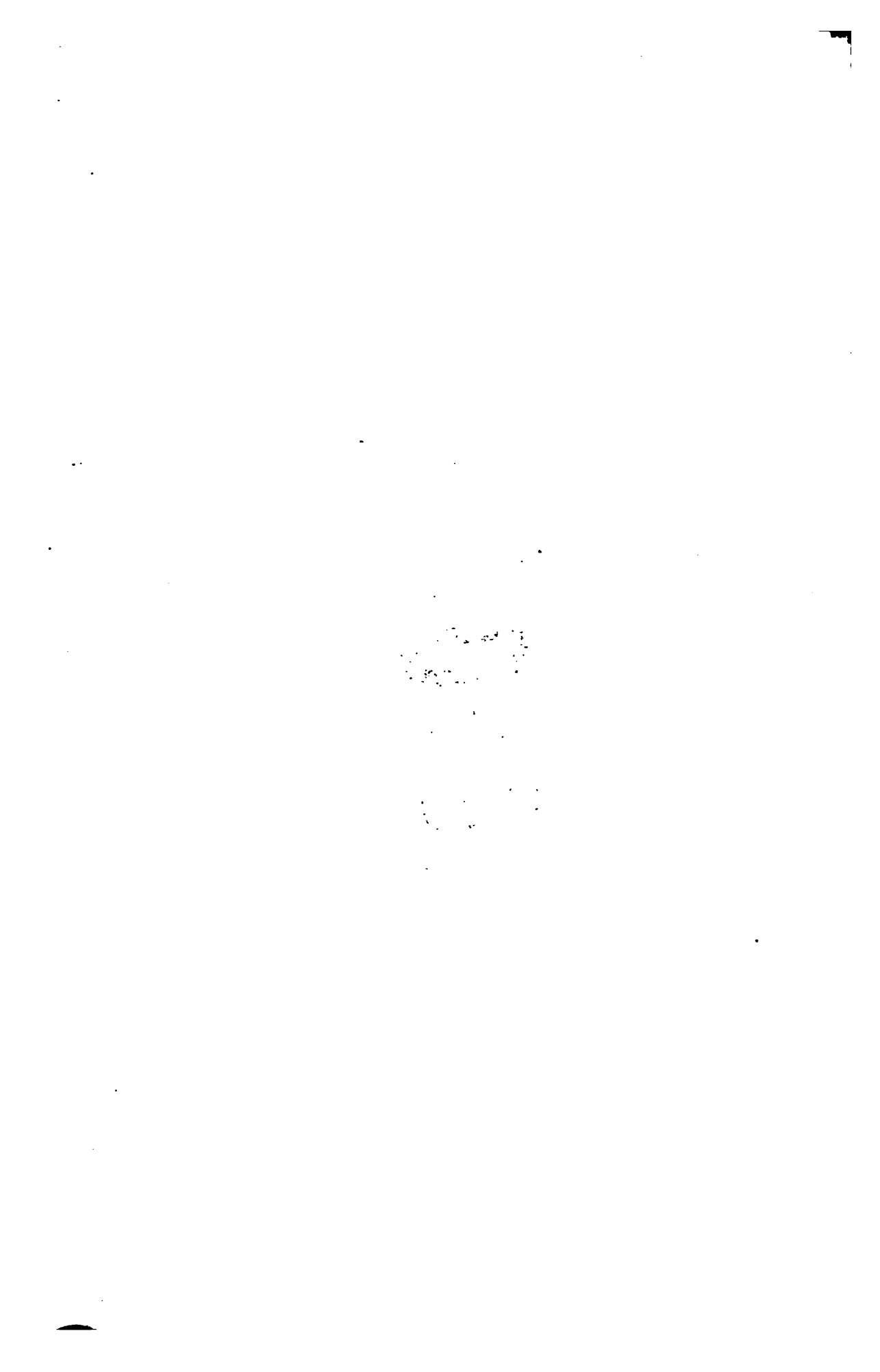
cobardes», y otros mil insultos, y vuelve su caballo. Yo salté sobre mi caballo en el acto y me precipité sobre el oficial, sin embargo de los gritos que me daba el General para que volviese, pero no hice caso y lo perseguí hasta muy cerca de su línea, invitándolo á que me esperase, pues estábamos solos y podíamos batirnos, mas no pude conseguirlo, porque su objeto era entretenerme mientras por un flanco me cortaba una partida que habían destinado desde que me vieron perseguirlo, y seguramente hubiera sido hecho prisionero si el Mayor general que la observaba no manda otra á su encuentro.

El General me reprendió por este paso y poco después, dada la orden para el ataque, se movió nuestra línea sobre el enemigo con armas al brazo y con orden de no hacer fuego sin que lo ordenase el general.

Al poco instante de haberse avanzado nuestra línea, empezó el enemigo á disparar su artillería sobre nosotros, constando ella de 8 á 10 piezas; y en seguida, así que nos pusimos á tiro, rompieron sus fuegos todos los Cuerpos enemigos sin interrupción. Mientras nuestra línea avanzaba sin contestar, el Mayor general seguido de todos sus ayudantes y de un oficial para cada cuerpo, recorría por vanguardia de nuestra línea proclamando los cuerpos. Así íbamos de la derecha á la izquierda, cuando el número 1 que ocupaba este costado, rompe el fuego sin orden, observando que íbamos ya perdiendo algunos hombres; los demás Cuerpos creyendo que se hubiese ya comunicado la orden por la izquierda, van á seguir los fuegos sobre la marcha, cuando el Mayor general que lo advierte, les dá un grito para que no disparen sobre él, y se precipita á la espalda de nuestra línea por el claro que formaban los dos batallones del número 6.

A este grito los soldados que se habían puesto ya los fusiles á la cara, suspenden el fuego hasta que pasara el General y su comitiva; cuando al pasar yo, que era de los últimos, casi roseando las bayonetas de los últimos soldados de la izquierda del primer batallón, rompen el fuego y soy bandeado por el muslo izquierdo por





una de nuestras balas. Por solo el estremecimiento que sentí en la pierna y por la sangre que salió al momento, conocí que estaba herido, pero seguí galopando atrás del General, hasta que principiándoseme á desvanecer la cabeza, encargué á uno de los compañeros que le dijese al General que me retiraba herido, dirigiéndome á galope tendido al costado derecho, para avisar á mi Coronel, con el fin de que mandase otro oficial en mi lugar.

Cuando alcancé al coronel Zelaya y le avisé que estaba herido, fué en los momentos en que acababa de recibir la orden de tocar á degüello sobre el enemigo. El Coronel me contestó; «si está herido retirese á la reserva, ¿á que viene á avisármelo?» Me encaminé á la reserva y llegué con bastante trabajo, cuando al poco tiempo de haberme bajado del caballo se presenta el Mayor general conducido por dos ayudantes y herido también en el muslo izquierdo, pero por bala enemiga.

El fuego seguía entre tanto, sin la menor interrupción, y así que se repararon nuestros heridos por los facultativos, el Mayor general estaba enfurecido con sus ayudantes para que le arrimasen el caballo para volver á la batalla, pero éstos por orden de los médicos, no le obedecieron.

Hacia mas de una hora que fluctuábamos en la incertidumbre sobre el éxito de la batalla, cuando vino el aviso de la victoria mas completa á eso de las 3 de la tarde. (1)

Al siguiente día salió el General enemigo con todo su ejército rindió sus armas á presencia del nuestro y prestó juramento de no volverlas á tomar contra nosotros. Después de esta operación fuimos conducidos con el Mayor general á casa de nuestro tío Francisco Araoz, á la plaza y acomodados en una misma pieza.

(1) El enemigo después de arrollado al pueblo, se resistió fuertemente en las calles pero fué obligado por el ardor de nuestras tropas á rendirse. No puedo dar otra razón de esta batalla, para no exponerme á inesactitudes relatando lo que no he visto.

A las pocas horas estuvo el general Tristán á visitar al Mayor general.

No recuerdo si al segundo ó tercer día de nuestra entrada á Salta, tuvo el benemérito general Manuel Belgrano la imprudente generosidad de permitir al general Tristán y á todo su ejército volverse al Perú, bajo la promesa ya dicha de no tomar mas las armas contra nosotros ó mas bien dicho contra los ejércitos de la patria, lo cual nos costó tan caro en *Vilcapujio*, por haber tomado todos los juramentados las armas, á excepción de algunos pocos.

Nuestro General en jefe se contrajo inmediatamente después de esta victoria á remontar el ejército, á disciplinarlo y atender con esmero á la curación de sus heridos. Asi fué que á los pocos meses movió su ejército sobre Potosí. El mayor general Eustaquio Díaz Velez, marchó á la cabeza de la vanguardia, llevándome en calidad de su ayudante, y ambos con las heridas sin acabar de cerrar. En Potosí fuimos recibidos con gran entusiasmo, y asi que llegó el General en jefe con el resto del ejército, mandó avanzar á vanguardia al regimiento de Dragones y fué á establecerse al pueblo de Pequereque que está mas allá de Vilcapujio. Al salir mi regimiento pedí al Mayor general me permitiera marchar con él, pues, me encontraba curado de mi herida, y marché.

El ejército enemigo mandado por el general Pezuela se hallaba entonces en Oruro. A los pocos días de nuestra permanencia en Pequereque, tuvo parte el coronel Zelaya, de nuestras avanzadas, de la aproximación de una columna enemiga de infantería, compuesta como de 400 hombres, incluso un escuadrón de caballería y cuya fuerza estaba ya muy inmediata.

Este parte lo recibió el Coronel, ya caída la tarde; nuestra caballada estaba en pastoreo en una quebrada algo distante y sintiéndose los tiros de nuestra avanzada que se retiraba perseguida por el enemigo, formó el Coronel el regimiento y salimos á pié, al encuentro del enemigo, en columna, y llevando solo una partida mon-

tada en los caballos de los oficiales. El enemigo así que vió nuestra columna se puso en retirada perseguido por nosotros hasta que cerró la noche. Yo fui destinado con la poca caballería que teníamos á su persecución y logré acuchillarles algunos hombres y tomarles tres prisioneros. Esa noche lo pasó el regimiento en un gran perchel de velada, en una pequeña población de indios, cuyo nombre no recuerdo, todo mojado y pasado de frío; pues, persiguiendo al enemigo habíamos tenido que pasar cinco ó seis veces un mismo río, después de puesto ya el sol, teniendo que botar inmediatamente los botines todo el regimiento á causa de haberse escarchado todos ellos al poco rato por el excesivo frío, pues era en el mes de junio ó julio.

Como todas las monturas habian quedado en Peque-reque, se dió orden al oficial de la caballería de esperar allí al regimiento, y al siguiente día después de habernos cerciorado de la retirada de la fuerza enemiga, regresamos á dicho campo. A los pocos días mandó el Coronel al capitán ó mayor don Domingo Arévalo al pueblo de Macha con una fuerza de cien hombres en observación de una fuerza enemiga, que había marchado en aquella dirección á las órdenes del general Otañeta y siendo yo uno de los oficiales que le acompañaron.

Establecidos en el pueblo de Macha, fui destinado por el mayor Arévalo al Ingenio de *Ayohuma* con una partida de diez hombres, en observación del enemigo y habiendo tenido noticias por mis hombres de que una partida enemiga compuesta de 12 infantes venía á sorprenderme y quedaba arriba de la cuesta al ponerse el sol, entónces mandé montar á mis hombres y me anticipé á sorprenderla, lo que conseguí á las 12 de la noche ó 2 de la mañana, sin que escapara un solo hombre.

Después de haber remitido los prisioneros al mayor Arévalo y regresado sus conductores, me dirigí al pueblo de Campaya, situado al nord-este de Vilcapujio, á consecuencia del aviso que recibí de haber llegado allí una partida de caballería de igual número de la que

acababa de sorprender; caminamos toda la noche y al amanecer del siguiente día me precipité tocando ataque con un clarín, sobre la pequeña población. Los enemigos, ajenos de hallarme yo por aquellas inmediaciones se asustaron, encerrándose en la iglesia, de donde los saqué á todos, enancándolos en sus propios caballos que mandé ensillar, los eché por delante llevándome también al teniente cura, que era enemigo; por los prisioneros supe que el general Otañeta estaba inmediato con 260 hombres de infantería y 50 caballos.

Así que Otañeta supo esta segunda sorpresa, destacó una partida de 25 hombres en mi persecución, continuando él mismo su marcha en dirección á Macha. Como al salir yo del pueblito con mi presa, observé desde las alturas la partida que venía en mi alcance, apresuré mi marcha y me puse á salvo. Al siguiente día entregué los 12 prisioneros al mayor Arévalo, y como al anocheecer llegaron mis bomberos con la noticia de que al ponerse el sol acababa de acampar el general Otañeta como á tres leguas distante de nuestra posición y Arévalo dispuso la retirada; me empeñé yo fuertemente en que fuésemos esa misma noche á sorprenderlo, ofreciéndome á conducirlo por donde no podíamos ser sentidos, por cuanto yo conocía el lugar en que estaban acampando y tenía sobre ellos dos indios espiando sus movimientos; hasta que decidido el Mayor por las seguridades que le dí, nos pusimos en movimiento sobre el enemigo como á las 10 de la noche.

No debe extrañarse que no siendo yo natural de aquel país tuviese confianza en los naturales que me servían de espías y baqueanos, pues, supe desde que salí de mi país en el año 1811, granjearme la estimación de los habitantes de todo el país que recorría; así por mi trato y suaves maneras para con ellos, como porque cuidé siempre y con el mas prudente interés de que mis soldados no dañasen ni en lo mas leve al vecindario, y á fé que nunca fui traicionado por ellos, y sí, muchas veces salvado por los naturales de caer en manos de

mis enemigos, lo cual me ha sucedido no pocas veces, tanto en ésta como en mis posteriores campañas ó parciales correrías.

Sería ya como la una de la mañana, cuando encontrándonos muy inmediatos ya al campo que ocupaba Otañeta, se desanima nuestro Mayor, á la idea de la responsabilidad por esta atrevida empresa y me manda retroceder. Fueron en vano todas las instancias que le hice para que continuásemos la marcha, ofreciéndome responsable delante de la tropa, de la seguridad del éxito, ó pagar con mi vida mi atrevimiento; nada fué bastante, contramarchamos á la vista de los fuegos de las guardias enemigas.

Así que aclaró el día y la descubierta enemiga observó por los rastros nuestra aproximación y contramarcha, movió su campo el general Otañeta en nuestro alcance; de esto fué avisado Arévalo por mis bomberos y se puso inmediatamente en retirada para el mineral de Aullagas, dejándome con 25 dragones en una estrecha y precisa quebrada que encontramos á poco andar, á efecto de que contuviese allí al enemigo cuanto me fuese posible y él continuó con el resto de la fuerza que no estaba bien montada, hasta ganar las alturas.

Así que la caballería enemiga llegó al estrecho que yo ocupaba, le acometí é hice retroceder mas de cinco ó seis cuadras, hasta que divisando su infantería pasó, habiendo dejado muerto ya al capitán que la mandaba y llevado cuatro ó cinco heridos. Así que descubrí yo la infantería regresé á mi puesto y me establecí en él: llegaron en esto los infantes y como no podían desplegar mas frente que el que yo tenía, me fué fácil contenerlos por algún tiempo, hasta que llegó el capitán Alejandro Heredia y me mandó retirar por orden del Mayor, que estaba ya á salvo de la fuerza.

Los enemigos no pasaron adelante y regresaron muy pronto á su cuartel general, que poco después pasó á establecerse á Condo, con cuyo motivo el coronel Zelaya se replegó con su regimiento de Dragones á la posta

de Leñas y volvimos nosotros á ocupar el punto de Macha. Al poco tiempo de haber regresado nosotros á Macha, recibió orden el mayor Arévalo de replegarse á Leñas para incorporarnos al ejército que se había movido ya de Potosí, en busca del enemigo. A los pocos días de nuestra marcha alcanzamos al ejército al llegar al campo de *Vilcapujio*, y no recuerdo si en esa misma noche ó en la siguiente fué destinado el teniente coronel Bernal que era el segundo jefe del cuerpo de Dragones á cubrir con todo él, el camino por donde se suponía bajaría el ejército enemigo, el cual estaba situado como á una legua de nuestro campo y poco avanzado hacia nuestra izquierda. El General en jefe ordenó que fuese yo á situarme con 25 hombres á la boca misma de la quebrada, por donde debía bajar el ejército contrario.

Al amanecer el 14 de octubre, descubrió el comandante Bernal á todo al ejército enemigo formado ya á su derecha, pues, había descendido en aquella noche directamente al frente de nuestro ejército, á consecuencia de esto emprendió su retirada por el frente del ejército español y dejándome con el encargo de cubrir y proteger su retirada, y dirigiéndose él á la derecha de nuestro ejército que era el lugar que le estaba designado para la batalla. Los enemigos destacaron alguna caballería sobre nuestros Dragones, pero estos sin hacer caso de ella continuaron su marcha hasta ocupar la derecha de nuestro ejército que iba ya en marcha sobre el enemigo. Yo me escopeteaba á retaguardia de mi cuerpo con las guerrillas enemigas y al pasar por el frente que llevaba nuestro General, me mandó éste llamar con un ayudante y entregándome una de sus pistolas, me dijo: «Espero que será ésta bien empleada por Vd., apresure su marcha hasta incorporarse á su cuerpo y dígame á su jefe, de mi orden que cargue ya sobre la caballería que viene á su frente.

Apresuré mi marcha hasta incorporarme y así que le comuniqué á mi jefe la orden que por mi conducto le mandaba el General, dió al regimiento que iba en li-

nea, la voz de *al trote*, y dando en seguida las demás, nos precipitamos sobre la caballería enemiga que mandaba el coronel Castro, la cual volvió la espalda antes de encontrarnos.

Al mezclarnos con los enemigos, cayó nuestro comandante y en seguida el sargento mayor Francisco Zamudio y algunos oficiales más, pues, el fuego era ya general y la infantería enemiga nos causó bastante daño. El resultado fué que al poco tiempo de haber emprendido el ataque, vine á quedar mandando el cuerpo, como el oficial mas antiguo de los que permanecía á su frente. Me precipité sobre el coronel Castro que hacía esfuerzos extraordinarios para contener su tropa; después de haber empleado la pistola que me había dado el General en un capitán que dejé muerto, íbalo casi dejando con mi espada, cuando me gritan mis soldados:—«Capitán, están tocando reunión, se retira nuestra gente.» Vuelvo á estas voces la vista y descubro á retaguardia de mi izquierda, una línea formada y á muchos de mis soldados corriendo hacia ella.

El ejército enemigo había sido deshecho, perdiendo cuerpos casi enteros y la mayor parte de su artillería estaba ya en nuestro poder, cuando sonó la funesta retirada que hasta hoy se ignora quien fué el que la mandó tocar. Los cuerpos vencedores paran á este toque que sonaba á retaguardia, vuelven la vista y descubren el cerro que dejamos á espalda, de nuestro campo, coronado de gente. Figúranse nuestras tropas que fuerza enemigas, nos habían tomado las alturas de la espalda y suena entre los nuestro la voz:—*Al cerro, al cerro*. Es secundada esta voz por todas partes y se precipitan todos en retirada al cerro. Mientras tanto la multitud de hombres que ocupaban dicha altura eran indios, amigos nuestros que observaban desde allí nuestro triunfos.

El resultado fué que no hubo poder humano que contuviese á nuestros soldados para que no subiesen al cerro, y que una vez subidos á él y ya ciertos de que no había allí tales enemigos, fué absolutamente imposi-

ble volverlos á bajar, por mas esfuerzos que hacian los Generales y demás jefes de los cuerpos.

En tales circunstancias, lleno yo de indignación al observar una transformación tan vergonzosa en unos hombres que momentos antes acababan de arrollar y despedazar al ejército enemigo, y del cual apenas existía á nuestra vista en el campo, los restos del batallón de Picoaga, en número como de 400 hombres y como 100 caballos escasos á las órdenes del coronel Castro, grito á mis Dragones: «Vergüenza eterna sería para los vencedores de *Tucumán* y *Salta*, que ese puñado de vencidos que teneis á la vista, quedase en posesión del campo que acabamos de conquistar, y abandonar al mismo tiempo sin saber porqué! Los que tengan sangre en la cara sigan mi ejemplo»—y me precipité cerro abajo. Anímanse los dragones y me siguen, mil voces repiten á mi espalda, *á ellos!* y observo al volver la vista, que principian á descender nuestros infantes por detrás de los Dragones.

Bajo hasta los fogones de nuestro campo, seguido de más de 70 Dragones y observando que iban llegando ya algunos de nuestros infantes y para mejor animar á los demás que iban descendiendo, formo en batalla á los Dragones y cargo sobre el coronel Castro que estaba formado á mi frente, el cual huye con sus cien hombres hasta descender al barranco de un riachuelo, que corre de norte á sud, en donde hizo alto y echó pié á tierra parapetado de los barrancos y mandó romper el fuego sobre mi caballería, puesta ya casi al abrigo de su infantería que estaba cerca.

Como los pocos infantes nuestros que bajaban, no siguieron mi movimiento, retrocedí;—Castro monta, entonces con su tropa y me sigue, pero asi que lo hube alejado del rio, volví sobre él á escape y le hice correr segunda vez, teniendo que retroceder del barranco como en la primera carga. Las tropas que habian empezado á bajar del cerro, retrocedieron y no me fué ya posible animar á los pocos infantes que habian bajado á que me

siguieran, sin embargo, de que por tercera vez volví á rechazar á Castro y hasta le disparé un cañonazo con una de nuestras piezas que habían dejado cargada al pié del cerro, nuestros soldados. Tuve que subir en vista de que ya nuestros soldados seguían desbandándose del cerro, sin que nadie pudiera contenerlos.

El señor General en jefe que me esperó arriba, continuó su retirada en dirección á Macha y me mandó adelante con mi ordenanza en alcance del Mayor general, que se había adelantado para reunir á los primeros dispersos, previniéndole que hiciera alto en Macha y le esperase allí con toda la fuerza que hubiese reunido.

Me separé del señor General en jefe para llenar dicha comisión, como de 4 á 5 de la tarde, hasta que habiendo llegado á los ingenios de *Ayohuma* con cinco hombres que había reunido á los dos ó tres días de marcha y sabiendo allí por los naturales que estaban pasando muchos dispersos y tomando otra dirección que la de Macha resolví quedarme allí á reunir cuantos dispersos llegasen y recogerles los caballos, y di parte al Mayor general en Macha de quedarme con este objeto y comunicándole la orden que llevaba del General.

Al poco rato de haber despachado al chasque observé dispersos bajando el cerro y pasé á establecerme al pié de él. Así que llegaban les iba tomando los caballos ó mulas que se habían proporcionado y los entregaba al cacique ó alcalde del lugar para que los mandara al pastoreo con indios. Todo el día permanecí allí y logré reunir más de 70 hombres de todos los cuerpos, pero ningún tambor ni corneta y al ponerse el sol marché á la población con todos ellos y me acuartelé en un ingenio, estableciendo una guardia de prevención á la puerta. Les proporcioné cuanto necesitaban por medio del cacique y no permití salir á nadie.

El chasque que llevó mi comunicación al Mayor general á Macha, regresó al anochecer con la noticia de no haberla entregado, en razón de que ya había pasado para Potosí. Amanecido el siguiente día se reunieron

como 20 hombres ó más, los alisté á todos y dí puerta franca para que salieran á pasear, dejando sus armas en el cuartel y con orden de correr á él al toque continuado de campana.

Habiendo observado á eso de las 12 del día, que muchos de los soldados andaban bastante alegres con la chicha, me propuse observar todas sus reuniones sin ser visto y escuchar su conversación á favor de los cercos de piedras con que están rodeadas todas las casas ó ranchos, cuando en una de éstas percibo á un soldado que decía á los demás—¡Qué A. . . el Capitán y el General están. . . quien sabe cómo de miedo y nos están aquí queriendo reunir y quitándonos los caballos!—No había concluido de proferir las últimas palabras, cuando de un salto me puse en medio de ellos con espada en mano y dando de cintarazos al que acababa de vertir estas voces sudver-sivas, grité á los demás: «Al cuartel corriendo». Todos corrieron, al cuartel y yo por detrás, apaleando tan solo al insolente que de tal manera se había producido. Mandé tocar la campana y así que se hubieron reunidos todos, pasé lista, estando todos presentes, mandé atar de las manos al referido soldado y colgado del marco de una puerta, le mandé dar dos azotes con unas riendas, por cada uno de los 80 hombres que estaban formados.

Pasado el castigo mandé romper fila, dejando al soldado medio colgado y ordené á la guardia que no dejase salir á nadie. Al poco rato comenzó el soldado á clamar para que lo soltara confesando su falta y pidiéndome lo perdonara. Entonces mandé desatarlo y después de afearle su conducta á presencia de todos, lo mandé á la prevención y pasé la noche en guardia. Al siguiente día llegó el General en jefe con bastante fuerza reunida y le presenté 96 hombres y más de treinta cabalgaduras, manifestándole que al efecto de reunir esta fuerza me había detenido allí, dando aviso al Mayor general, así de esta mi determinación, como la orden que por mi conducto le mandó á S. E.; pero que este aviso no se le había dado por haber ya dirijidose á Potosí con todos los

hombres que había reunido. El General aprobó mi conducta y me mandó en seguida pasar hasta Potosí, con una comunicación para el Mayor general.

Así que me entregó dicha comunicación me puse en marcha para Tinguipaya, con solo mi ordenanza y al llegar al siguiente día á dicho pueblo, encontré en él á muchos soldados de los diferentes cuerpos del ejército que andaban bebiendo por las pulperías.

El Curaca del pueblo, así que supo mi llegada, fué á suplicarme libertara la población de un saqueo que temían por los soldados dispersos. Yo le aseguré que nada temía que temer el pueblo si se me proporcionaba una casa cómoda para acuartelar la tropa y los alimentos necesarios para darle. El Curaca partió contento con algunos vecinos, asegurándome que muy pronto tendría preparado cuanto deseaba. En efecto, no había pasado media hora cuando vino á decirme que estaba todo preparado en una hermosa casa, y pasó á enseñármela en la misma plaza. Había en ella un acopio de corderos, papas, ollas, cántaros de chicha y cuanto podía necesitarse para comer bien, cien ó más hombres.

Monté á caballo con mi ordenanza y recorrí todas las pulperías acompañado del Curaca, reuniendo á todos los hombres que encontraba en ellas y los conduje al cuartel; nombré una guardia de ellos mismos y estableciéndome en la misma casa; se les distribuyó cuanto había preparado y pasaron allí el resto del día y toda esa noche muy contentos, sin que nada les faltase, así como á los demás que fueron llegando.

Al siguiente día muy temprano, salí del pueblo para Potosí, conduciendo más de cien hombres, los que entregué al Mayor general al 2º día, justamente con la comunicación del señor General en jefe. Impuesto de ella mi primo me dijo: «Muy bien, descansarás esta noche y regresarás por la mañana por Chuquisaca, llevando de paso una comunicación para el Presidente Ocampo.»

En efecto, al amanecer del siguiente día me entregó la comunicación, me mandó dar una paga y parti por la

posta. Entregué la comunicación al Presidente en Charcas al siguiente día y pasé esa misma noche para Macha á cuyo punto llegué creo al 4º día de haber salido de Potosí.

Impuesto el General por la comunicación, de cuanto había practicado en Tinguipaya, me dijo: «Vale V., un Perú, señor La Madrid, pero lo que yo exijo de V. ahora es que vaya á su cuartel, tome cuatro hombres de su confianza, bien montados y me vaya á hacer prisioneros por Yocalla»—este es un pueblito á diez leguas de Potosí al Nor-oeste.

Inmediatamente pasé al cuartel y escojí á los soldados Mariano Gomez, Santiago Albarracin, Juan Bautista Zalazar, y José..... el 1º tucumano, el 2º y 3º cordobés, y el 4º de Suipacha; les hice tomar los mejores caballos y pasé con ellos y mi ordenanza Santiago Ibañez tucumano, á casa del General á decirle que estaba ya pronto.

«Muy puntual es Vd., señor La Madrid», me dijo el General al presentarme con los 5 hombres, «¡Para servir á la patria, mi General, siempre seré lo mismo!» fué mi contestación.

El General mandó entonces, que se presentase el indio baqueano José Félix Reynaga, montado, y así que estuvo á su presencia, me dijo: «Aquí tiene Vd. un excelente baqueano; marche Vd. con él á Yocalla, donde ha llegado ya la vanguardia enemiga y traigame una noticia cierta de su fuerza, qué jefes la mandan, y cuántas piezas de artillería tiene».

«Muy bien mi General, será Vd. servido, le dije, pero necesitaría para llenar debidamente este encargo, que V. E. me diera un pasaporte para presentarme al campo enemigo y averiguarlo». El General se echó á reír y me dijo: «Marche Vd.», y me despedí encaminándome á mi destino sin detenerme.

Al siguiente día por la noche y favorecido por una copiosa nevada que cayó sin cesar en la mayor parte de ella, pude, aprovechándome de esta circunstancia y

sin descanso, aparecer al rayar el día, sobre el pueblo de Yocalla á favor del excelente baqueano.

Era tal la abundancia de la nieve, que no se descubría una piedra, ni un solo arbusto, ni se descubría en la población mas que montañas de nieve sobre los ranchos.

En estas circunstancias y hallándonos ya á distancia como de 8 cuadras á lo más de la población, me indica el baqueano con su mano tendida á la izquierda, una partida de 5 hombres montados, que marchaban hácia mi retaguardia sin habernos descubierto. Era ésta una descubierta que habia salido del pueblo en observación. Me precipito al instante sobre ella con mi partida y así que nos siente ésta, dispara sus armas contra nosotros, pero sin acierto y son al instante prisioneros y echados por delante en retirada, después de haberme asegurado que estaba allí el coronel Castro con 800 hombres y 4 piezas de artillería. Así que se sintieron los tiros en el pueblo, salieron diez hombres montados á reconocernos, pero habíamos ya ganado terreno y cuando nos descubrieron no se atrevieron á perseguirnos.

Por este medio logré dar á mi General, una noticia tal cual él la deseaba, pues, el bobo y los 4 soldados de que se componía dicha partida, me impusieron de todo. —Me dirijí con ellos por el pueblo de Tinguipaya, pués, tenía orden del General de llevarle preso al sacristán y un indio alcalde, por haber desarmado entre ambos algunos soldados de nuestros dispersos y mandádoslos al enemigo después de mi paso á Potosí.

Al llegar á dicho pueblo mandé al baqueano con un soldado á casa del indio alcalde, con orden de traérmelo preso á la plaza, á cuyo punto me dirijí con mis 4 hombres y los 5 prisioneros que los llevaba enacados y asegurados con un lazo por las piernas, uno con otro. Así que entré á la plaza, ya bien tarde, y pregunté por el sacristán en la puerta misma de su casa, me lo negaron diciéndome que no estaba; cuando oigo voces de tumul-

to á mi espalda y observo una porción de cholos reuniéndose al otro extremo de la plaza y armándose de piedras. Corro á ellos sable en mano con mi partida y los presos por delante; los indios entonces ganaron las casas y las boca calles en fuga, disparándome pedradas y dando voces en quichúa, que era su idioma. Procuré salir entonces á la plaza en busca del baqueano. pues, ya sentía iguales voces por aquella parte.

En efecto, así que salí del pueblo ya descubrí á Reynaga y el soldado que venían acosados por mas de 16 indios y cholos; me reuno á ellos y continuó mi retirada, mientras tanto se aumentaban en tropel por detrás, porción de cholos disparándonos piedras y armados algunos de fusil y fornituras, que probablemente estaban descompuestos los más, pues, solo nos habían disparado dos ó tres tiros.

Así que los hube alejado un poco del pueblo, di vuelta precipitadamente sobre ellos y acuchillé unos cuantos hasta que ganaron las calles, pero observando que por los cerros de uno y otro lado de la quebrada, iban apareciendo otros muchos, continué mi retirada, pues se acercaba la noche. Me siguieron hasta que oscureció, por sobre los cerros y se regresaron. Yo continué toda la noche hasta llegar á la posta de Actasa, distante como 7 leguas y ahí hice alto para dar un corto descanso á la tropa y las bestias y así que amaneció despaché dos hombres al cuartel general de Macha con los 5 prisioneros y el parte; pidiéndole al General me mandase inmediatamente una partida de 8 Dragones para castigar á los cholos de Tinguipaya, y me quedé con los tres naturales y el baqueano Reinaga en observación.

Adviértase que de los 5 prisioneros el cabo y un soldado eran de los juramentados en *Salla*.

Al siguiente día como á las dos de la tarde volvieron mis dos soldados con la partida de 8 hombres que había pedido á mi General, incluso un cabo y un sargento; y conduciendo las cabezas de los dos juramentados, fijadas en una tabla con esta inscripción — *por*

perjuros — los cuales debía hacerlos fijar por dos indios patriotas que las conducían, en lugar que pudiesen ser vistos por los enemigos, como lo ordené al momento, mandando al mismo tiempo que las cabezas, dos bomberos hasta los altos de Tambo Nuevo, en observación de los enemigos de Yocalla y con orden éstos de estar de regreso á las 8 de la noche, en cuya hora debía moverme sobre Tinguipaya para dar el asalto á la madrugada siguiente.

Mientras estos regresaban, nosotros descansábamos y pastaban nuestros caballos y al cerrar la noche mandé ensillar para estar listos á emprender la marcha así que llegasen aquellos: llega la hora señalada y se me presentan los bomberos con la noticia de haber dejado en Tambo Nuevo una compañía como de 40 á 50 infantes, que ellos habían visto llegar, desde Yocalla, y los cuales quedaron acampados al ponerse el sol.

En el acto de recibir esta noticia mandé montar á caballo á mis 14 hombres incluso el baqueano Reinaga, y en vez de dirigirme al pueblo de Tinguipaya sobre los cholos é indios sublevados, me dirigí á sorprender la compañía, pues venía seguramente (como lo afirmaron después los prisioneros) á tomarme la espalda por la quebrada, luego que me hubiera internado sobre aquel punto, á consecuencia del aviso que los cholos habían mandado al jefe enemigo de mi ataque anterior.

Empecé mi marcha en efecto, en esta dirección, mandando por delante á Gomez, Albarracin y Salazar, con los dos indios que acababan de llegar con la noticia, en clase de descubridores.

Seguía mi marcha en este orden con mi baqueano Reynaga á mi lado y habían pasado ya algunas horas, cuando se me presenta Albarracin avisándome de parte del soldado Mariano Gomez que encabezaba la descubierta, que venía en marcha conduciendo prisionera á la guardia abanzada por la compañía que iba á sorprender, en número de 10 hombres. Gustosamente sorprendido con esta noticia, pregunté al que mandaba este

parte «¿Cómo han obrado Vds. ese prodigio?» Continuando mi marcha me refiere Albarracin que al asomar los tres hombres al portezuelo de Tambo Nuevo, habiendo señalado el baqueano el rancho en que estaba colocada la guardia y que aproximándose Gomez con dicho indio, habia observado que dicha guardia dormia, al favor de una lámpara que ardia dentro del rancho, y que en un corral inmediato estaba encerrada la caballada; que regresando Gomez al momento, les propuso á sus dos compañeros si se animaban á echarse con él, sobre aquella guardia que dormia y cuyos fusiles se descubrian arrimados á la pared, con la luz de la lámpara; que habiéndole contestado ellos que sí, se precipitan los tres con los dos indios que los guiaban, sobre la puerta del rancho y que desmontado Gomez en la puerta con sable en mano, dió el grito de—«ninguno se mueva»—á cuyo tiempo abrazándose de los 11 fusiles que estaban arrimados, se los alcanzó á los dos indios: que en seguida hizo salir y formar afuera á los 11 hombres y los echó por delante, habiéndose colocado el exponente á la cabeza, á Salazar el centro y él (Gomez) ocupó la retaguardia, suponiéndose oficial y haciendo marchar á los dos indios con los fusiles por delante.

Mientras Albarracin me informaba de todo esto, presentóseme Gomez con sus diez prisioneros, 8 soldados y 2 cabos, diciéndome que el sargento que mandaba esta guardia, se le habia escapado tirándose cerro abajo al descender por un desfiladero y que no habia querido perseguirlo por temor de exponerse á que pudiesen fugar los demás, mientras él se ausentaba. Esta relación la oí habiendo mandado hacer alto y después de hacer de los tres valientes el elogio que merecian á presencia de los demás, me dirigí á los prisioneros y les dije: «si Vds. responden á mis preguntas con entera verdad, nada tienen que temer y serán felices, pero si me engañan pagarán todos con la vida, su embuste».

Me juraron contestar la verdad á cuanto les preguntase y empezó este interrogatorio. «¿Qué gente queda en

Tambo Nuevo?» «Señor, 40 hombres responden los cabos, incluso el sargento que ha fugado y tres oficiales con el capitán, pues eramos 50 entre todos». «¿Con qué objeto venían?» «Señor, con el de sorprenderle á la madrugada por la quebrada así que avanzara Vd. sobre el pueblo de Tinguipaya, pues el alcalde y el sacristán habían mandado aviso al señor coronel Castro de que Vd. los atacaría seguramente esta noche y pidiéndole que mandara una fuerza por este punto para que no se les escapara».

«¿No hay otra fuerza á retaguardia de Vds., con el objeto de protegerlos?» «Señor, ninguna, se lo aseguramos con la vida!» respondieron todos.

«Bien, les contesté, si es cierto cuanto me han dicho nada tienen que temer. Marchen Vds. ahora al cuartel general, que muy luego los alcanzaré yo con el resto de su compañía», y dirigiéndome al cabo de mi partida le mandé que apartara dos soldados y cargasen los tres sus armas. Listos ya añadí al cabo, á presencia de los diez prisioneros: «Marche Vd. con estos hombres y esos dos indios que conducen las armas, hasta el cuartel general, y preséntelos al señor General en jefe de mi parte, diciéndole que marchó con el resto de la compañía y cuidado, que responde Vd. con su vida de la seguridad de los presos, ellos pagarán á Vd. con la suya al menor intento de escaparse». Los presos al oír esta orden, repitieron con juramento que irían gustosos á donde los destinaba, á cuya nueva promesa recomendé al cabo la consideración con ellos, si se conducían bien y continué mi marcha habiéndolos despachado. A poco andar empezamos á repechar una cuesta de poca altura pero que tenía más de tres cuartos de legua, hasta llegar al portezuelo donde se había tomado la guardia y en circunstancias en que se acercaba la madrugada. Habíamos andado la mitad ó poco más del camino, cuando descubrí un centinela que nos dió el «quién vive» desde la altura de mi derecha y en momentos de ir pasando un desfiladero. Mando á Gomez que conteste con un tiro al

centinela y gritando en seguida como impacientado — «no hay que tirar un tiro, carabina á la espalda y sable á la mano», con toda la fuerza de mi voz, doy en seguida la voz de á *degüello* y me precipito á escape sobre los bultos que ya se descubrian. A esta voz se sobrecojen de terror los enemigos y echan á disparar, disparándonos sus armas sobre nosotros, juzgando sin duda de que eramos un crecido número los que lo atacabamos. Cuando les dí cara al subir al portezuelo en que habia tomado Gomez la guardia, empezaba ya la claridad del día y al descender los enemigos á un callejon de piedras que estaba del otro lado gritando «ya estamos rendidos, misericordia», descubren con la claridad del dia que no eramos más que 12 hombres los que los perseguíamos: hacen alto parapetados de los cercos y rompen el fuego sobre nosotros y me veo precisado á replegar mis hombres al portezuelo de donde dando voces de mando á la infantería, que no tenía, de tomarles la retaguardía por un bajo de mi derecha, que no podían descubrir los enemigos repito la carga sobre ellos y abandonan entonces los cercos y se desbandan por el cerro de mi izquierda. Cuando ellos conocieron desde lo alto su engaño y descubrieron nuestra verdadera fuerza, era ya tarde, pues teníamos en nuestro poder 5 prisioneros, 11 fusiles y quedaban tendidos en el campo cuatro hombres muertos y eramos á más dueños de la mayor parte de sus cabalgaduras. Así fué que continuaron su retirada.

En el momento y para poderlos perseguir sin dilación, procuré buscar un par de indios conocidos para remitir los 5 prisioneros, las armas y cabalgaduras que se habían tomado, al cuartel general, y así que se encontraron, despaché á los soldados Albarracin y Salazar juntamente con ellos á cargo de todo y conduciendo el parte respectivo.

Así que me hube desembarazado de esta carga y me encontré con los 10 hombres que me quedaban, bien montados; marché en persecución del resto de los enemigos que habían fugado, como á las 9 de la mañana, después

de haber instruido á los dos soldados conductores por donde debían conducirme en su pronto regreso con el cabo y los dos soldados que habían conducido los diez prisioneros, á fin de reunirme con la posible prontitud. Entre tanto, los enemigos que fugaban me habían adelantado ya como tres horas de camino, no me fué posible darles caza, sin embargo, de no haber parado en todo el día sino una hora para que comiese toda la tropa y los cabalios. Al ponerse el sol hice alto en un lugar dominante como á 2 $\frac{1}{2}$ leguas de Yocalla, y después de haber hecho reconocer todas las cercanías y de estar seguro de que no habíamos sido sentidos, resolví pasar allí en vela el resto de la noche y con la mayor precaución.

Cuando aclaró el siguiente día, hacía ya rato que estábamos todos montados y descubriendo desde la altura que ocupábamos que no había el menor indicio de enemigos en toda la circunferencia, mandé al valiente soldado Mariano Gomez, acompañado del baqueano Reina-ga, que se avanzase sobre Yocalla hasta descubrir algún punto avanzado de la vanguardia enemiga y con la orden de traerme todos los conocimientos que les fuere posible adquirir sobre la situación de los puestos enemigos y su número, hasta las 8 de la mañana, que los esperaría en aquel punto y designándole el otro en que me hallaría cuando alguna circunstancia le obligase á demorar más tiempo del designado.

No se habían pasado dos horas de haber marchado Gomez, cuando descubrí regresando al galope el baqueano que lo había acompañado, pero solo. Alarmado por la ausencia del soldado, marché al encuentro de Reina-ga con mi partida, el cual así que me vió se precipitó á mi encuentro dando *vivas á la patria* y comunicándome le precipitada retirada de la vanguardia enemiga, en la madrugada de ese día; y que Gomez quedaba esperándome en Yocalla acompañado del tambor de órdenes de mi cuerpo Manuel Ropesa y de dos soldados mas de nuestro ejército, que habiendo sido prisioneros y

heridos al salir del campo de Vilcapujio después de la batalla y conducidos hasta aquel punto por dicho jefe, los habían abandonado por la precipitación de la retirada.

Marché aceleradamente á Yocalla con el baqueano y me impuse por el tambor de órdenes de que el motivo de la precipitada retirada del coronel Castro con la vanguardia enemiga fué á consecuencia del parte que había pasado el capitán destinado á sorprenderme, desde Tambo Nuevo, en el cual decía al coronel (probablemente para cohonestar su descuido y cobardía) que le había yo atacado con un cuerpo bastante numeroso de caballería y que á mas llevaba también infantería, que habiendo agregado á este abultado parte, la inmediata llegada del capitán; luego que cerró la noche ya no se trató mas que de los aprestos para la precipitada retirada, la cual la habían efectuado á las dos de la mañana, á cuya hora les había sido fácil escaparse á los tres, aprovechándose de la confusión que reinó entre ellos en los últimos momentos, al salir el cuerpo de guardia que custodiaba á varios otros prisioneros.

En el momento despaché dos propios: el uno á Potosí dándole aviso al mayor general Diaz Velez, de todo lo ocurrido y pidiéndole encarecidamente me mandara alcanzar sin dilación con una partida de infantes escogidos y bien montados, mandada por un oficial, á la cual iba á esperarla á la posta de Leñas; siendo el segundo al señor General en jefe, con el agregado de que me proponía seguir los pasos de la vanguardia enemiga y causarle todo el mal que le fuera posible.

Despaché en seguida al valiente soldado Mariano Gomez, que acaba de ser ascendido á sargento de «Tambo Nuevo,» igualmente que Albarracin y Zalazar por una orden general del ejército, con dos hombres y el baqueano en observación de la vanguardia enemiga hácia la parte de Leñas.

En los momentos antes de salir Gomez á dicha descubierta recibí un propio del General en jefe en que fe-



E. Dixon Colson
[Signature]



licitándome por el suceso del Tambo Nuevo, me comunicaba el premio que había acordado á los tres valientes que sorprendieron la 1ª guardia agregándome que 'en cuanto á mi persona se reserva para cuando me le reuniese.

Habiendo recibido á las tres de esa misma tarde desde Leñas, un parte del sargento de Tambo Nuevo, de que los enemigos seguían en dirección á Vilcapujio, me puse en marcha para aquel punto; dejando dispuesto que siguieran á reunírseme allí, así la partida que esperaba de Potosí, como los 5 hombres que habían conducido las dos partidas de prisioneros al ejército; y poco despues de haber salido el sol se me incorporó también una partida de 16 granaderos del N° 6 al cargo de un oficial subalterno que me mandaba el general Díaz Velez desde Potosí. Mandé racionar de carne á toda esta tropa y no me faltó cebada bastante para todas las cabalgaduras, porque me lo proporcionaron muy en breve los indios.

En comer y dormir un poco, habían pasado ya como cuatro horas, cuando mandé tocar á caballo con un corneta que me había mandado el General en jefe y me puse en marcha para Vilcapujio como á las 11 del día, con 33 hombres de las dos armas, caballería é infantería.

Haremos una pequeña interrupción para hacer conocer á los lectores la posición que había tomado el ejército enemigo, después de la malhadada batalla de Vilcapujio.

Cuando dejamos los cerros de Vilcapujio después de la batalla, retirándonos para Macha, he dicho que no quedaron en posición de dicho campo otras fuerzas que los restos del batallón «Picoaga», y el coronel Castro con menos de cien caballos y esto dicho lo exacto.

El ejército enemigo sufrió una gran mortandad y mucha mayor dispersión y aún el mismo general Pezuela no volvió al campo, sinó mucho después de haber sido este abandonado por nosotros y hasta perdido de vista. Prueba de ello fué la revolución que estalló en

Arequipa creó á consecuencia de que se creyó perdida la batalla por los españoles, como lo acreditaban muchos dispersos que llegaron hasta aquella capital y aún más adelante. Tan estaban persuadidos de la pérdida que cuando despues llegó la noticia de su victoria no la creían, porque era desmentida dicha noticia por los mismos dispersos que habían presenciado su pérdida.

Resultó pues, de esta dispersión que el ejército enemigo fué á reunirse y quedó establecido en Condo, y que hasta el segundo ó tercer dia no recogieron sus muertos, ni los sepultaron.

Seguiremos ahora mi persecución á la vanguardia enemiga.

Castro había atravesado el campo de batalla sin detenerse y pasado á reunirse con su ejército en Condo, cuando me presenté yo con mi pequeña fuerza en él á eso de las tres de la tarde, sin que hubiesen pasado 18 días de aquella batalla, y lo recorrí todo él, alcanzando á contar 74 cadáveres de los muertos que habían dejado insepultos y conocer entre ellos al mayor Beldon, que murió atravesado la sien de parte á parte por una bala de fusil; estando el mayor número de dichos cadáveres comidos por los perros.

Permanecí practicando dicho reconocimiento en aquel campo, casi hasta ponerse el sol, sin que los enemigos que sin duda me observaban desde la altura, se hubiesen atrevido á interrumpirme. Abandoné pues el campo á dicha hora y pasé á tomar posesión á las alturas, en dirección á Macha ó Ayohuma, en donde pasé la noche.

Habiendo amanecido el siguiente día, observé desde la altura, bastante fuerza enemiga al pié del cerro de Condo y sobre el llano de Vilcapujio; y después de haber mandado un parte al señor General en jefe á Macha de todo lo ocurrido hasta aquel punto, pasé á situarme en dirección á Macha como á 6 leguas del campo de Vilcapujio, en un lugar aparente para observar cualquier movimiento que efectuase el enemigo.

No recuerdo si fué al siguiente día ó al segundo de

haber estado yo en el campo de batalla, cuando el general Pezuela movió su campo desde Condo en busca de nuestro ejército. Lo cierto es que yo dí aviso en el acto á mi General y me propuse no abandonar la vista del ejército enemigo hasta que estuviese muy proximo al nuestro. Asi continué diariamente á la vista de la vanguardia enemiga y tiroteándome con sus partidas por espacio, no recuerdo si de seis ú ocho días, hasta que habiendo llegado á la cumbre de Ayohuma, bajo cuyo llano estaba ya colocado nuestro ejército, me incorporé á él.

Serían como las 12 del día, en la víspera de la batalla de *Ayohuma*, cuando me incorporé al General sin haber perdido un solo hombre.

En este mismo día y poco después de mi llegada, fui hecho reconocer en la orden general por sargento mayor graduado y ayudante de campo del señor General en jefe, siendo capitán efectivo ya en dicha fecha.

El ejército enemigo se acampó sobre la cuesta cuyo campo alcanzábamos á descubrir en partes, desde el nuestro. Es una cuesta bien elevada la que el enemigo tenía que descender, y descendió al siguiente día á nuestra vista.

Los tres valientes sargentos de Tambo Nuevo, Gomez, Albarracin y Zalazar, fueron destinados al ponerse el sol, para salir á la cumbre y observar al enemigo en esa noche; después de haberles regalado el General los mejores caballos y muy particularmente á Gomez á quien le dió un hermoso caballo blanco de su propiedad. Partieron estos tres valientes acompañados de Reinaga al cerrar la oración y habiéndole ofrecido Gomez al General traerle los mejores caballos ó mulas del ejército enemigo. La noche los favoreció porque se puso muy nebulosa, pues al rayar el siguiente día se presentó Gomez al General con sus dos compañeros y le entregó 11 hermosas mulas de jefes y oficiales que logró sacar del campamento enemigo, cortando con sus cuchillos los lazos en que estaban amarradas á las estacas de las tien-

das, mientras sus compañeros velaban montados y teniéndole sus caballos; para comprobante de esta verdad traían atados todas ellas al pescuezo, pedazos de lazos. Al salir con ellas fueron sentidos por un centinela y perseguidos, sufriendo una descarga al pasar descendiendo la cuesta por cerca de la guardia, y cuyos tiros se sintieron en nuestro campo pero ellos salvaron con su presa y el General les regaló once onzas de oro por ellas. No he creído justo dejar en silencio un hecho semejante, como no dejaré otros aún más marcados del valiente tucumano Gomez, quien por su extraordinario valor y la más incansable actividad, con que llevó desde entonces las más arriesgadas comisiones que se le encomendaron, mereció toda la confianza y estimación del distinguido general Manuel Belgrano.

Al muy poco tiempo de haber regresado dichos valientes, empezó á descender la cuesta el ejército enemigo en circunstancias que el nuestro se preparaba para oír la misa que mandaba celebrar el General por el capellan del ejército en medio de nuestro campo: así fué que mientras nosotros la estabamos oyendo el enemigo continuaba descendiendo á nuestra vista y como á media legua de nosotros.

Concluido el sacrificio de la misa y vueltos los cuerpos á sus puestos, marchó el General con todos sus ayudantes en dirección al punto á que estaban descendiendo ya el ejército enemigo, hicimos alto como á un cuarto de legua distante de él, y estuvimos observando un buen rato desde una pequeña altura que nos servía de mirador. Me acuerdo que habían ya formados como mil hombres en la llanura del pié del cerro por donde continuaba descendiendo el resto de su ejército, cuando me atreví á proponer á mi General que nos precipitásemos sobre dicha fuerza y la anonadáramos antes que pudiese ser socorrida por aquél. El General me contestó:—«No haríamos otra cosa que espantar al mayor número, deje Vd., que bajen todos que así no se nos escapará ninguno». Tal fué su imprudente confianza del espíritu de

que veía animado á nuestro ejército, que perdió la ocasión más bella de hacerle pagar á Pezuela muy cara su imprudencia batiéndolo en *Ayohuma*.

La llanura en que está situado dicho campo de Ayohuma, podía extenderse á poco más de legua y cuarto de Norte á Sur, la cual está situada entre la cuesta por donde bajó el ejército enemigo y otra que teníamos nosotros á nuestra espalda, es decir al naciente y sería su ancho como de media legua ó poco más, pero con bastante declive hacia al poniente y atravesada por una zanja formada por la corriente de las aguas en tiempo de lluvias.

Nuestro General esperaba que el enemigo lo atacaría de frente según iba este ordenando su línea desde que empezaron á bajar. Por consiguiente él lo esperó con el frente al oeste y quedando el zanjón poco distante de nuestra derecha, pero se engañó por que el General enemigo así que hubo concluido de formar su ejército en el llano, marchó en columna á su izquierda y cambiando después á la derecha hizo apoyar este costado al cerro de nuestra espalda, dejando flanquear de un modo incomprendible por una altura que nos dominaba nuestra derecha, por el cuerpo de partidarios del enemigo en número como de 500 plazas y teniendo por delante de nuestra línea el zanjón ya dicho. Los dos ejércitos vinieron á quedar establecidos en el orden que he designado, poco antes de cerrar la noche y teniendo ambos que pasarla sobre las armas y creo peleándose por instantes.

En este nuevo orden de batalla nos había sido preciso colocar toda nuestra caballería á la izquierda, la cual se hallaba mejor montada que nunca por que el Presidente de Charcas general Ocampo nos había mandado todos los caballos pesebreros del pueblo y tuvimos también que trabajar la mayor parte de la noche á fin de allanar el zanjón en la parte que nos fué posible.

Así que amaneció, el general Pezuela aproximó su línea cuando hubo practicado el correspondiente re-

conocimiento del campo, mientras nosotros seguíamos allanando el zanjón por donde nos era posible. Establecido el ejército contrario en el punto que había elegido su General, empezó este á disparar sobre nuestra línea 18 piezas de artillería; cuyos disparos simultáneos y sin interrupción, sufrió nuestra línea por más de una hora, permaneciendo nuestros soldados más firmes que unas estatuas, sin embargo, de los frecuentes claros que hacían en ella las balas enemigas y los cuales eran llenados en el acto.

Es digno de transmitirse á la historia una acción sublime que practicaba una morena, hija de Buenos Aires llamada *tía Maria* y conocida por *madre de la Patria*, mientras duraba este horroroso cañoneo como á las 12 del día 14 de noviembre y con un sol que abrasaba. Esta morena tenía dos hijas mozas y se ocupaba con ellas en lavar la ropa de la mayor parte de los jefes y oficiales, pero acompañada de ambas se le vió constantemente conduciendo agua en tres cántaros que llevaban á la cabeza, desde un lago ó vertiente situado entre ambas líneas y distribuyéndola entre los diferentes cuerpos de la nuestra y sin la menor alteración.

Cansado el General enemigo de cañearnos, movió su línea sobre la nuestra y cuando se hubo aproximado un poco, mandó nuestro General avanzar la nuestra con paso de ataque á su encuentro y sin contestar á los fuegos de aquella, pero al poco instante se encontró con el zanjón y se precipitó á él en circunstancias que ya los enemigos estaban encima ó muy inmediatos, así fué que cuando mucha parte de nuestros soldados bajaban por adentro de él, buscando salida, ya los enemigos empezaron á quemarlos con sus fuegos desde la cima opuesta. Esta fué la causa por que se perdió aquel ejército tan entusiasta. Adviertase además, que así que empezó á moverse nuestra línea al encuentro de la enemiga, se precipitaron los partidarios sobre nuestra derecha y la envolvieron, después de habernos quitado ya muchos hombres con sus fuegos mientras permanecíamos formados.

Nuestra caballería al recibir la orden para cargar así que se movió nuestra línea, había arrollado completamente á la enemiga que tenía á su frente, pero así que observó el desorden de nuestra línea, tuvo que retroceder y ponerse en salvo.

Siendo esta la única batalla en que me he encontrado en mi vida sin poder operar á causa de mi nombramiento de ayudante de campo, en el día anterior, porque no juzgué propio separarme del General precisamente en el momento en que me acababa de elegir para acompañarle y dándome un ascenso, á pesar de que lo deseaba; tuve que retirarme con el General sin servir de otra cosa que de cubrir su retirada hasta la noche, reuniendo y salvando algunos dispersos con una parte de su escolta.

El mayor general Díaz Velez, hubo de ser tomado este día, pues, ocupado en reunir la derecha de nuestra línea en los momentos de la derrota, fué arrinconado por los «Partidarios» sobre un barranco elevado y cuando iba ya inevitablemente á ser prisionero, cerró las espuelas á su caballo y se precipitó desde la altura, sin recibir mas daño que un morrudo golpe. Como nuestra caballería ocupó en seguida la retaguardia y venía muy bien montada, no se atrevió la enemiga á molestarnos mucho tiempo y pudimos continuar retirándonos con mas tranquilidad la mayor parte de la noche.

A los tres ó cuatro días llegamos á Potosí, en donde no nos fué posible permanecer sino un día porque los enemigos estaban ya muy próximos y tanto que cuando acabamos de dejar el pueblo fué al poco tiempo ocupado por ellos. Continuando, pues, nuestra retirada, pasamos por Caiza como á las 11 del siguiente día y ya entrados á la quebrada del Agua Caliente al ponerse el sol, iba el General á retaguardia de la columna, acompañado del teniente coronel Gregorio Perdriel y otros varios jefes, y observando las escarpadas alturas de los cerros, por derecha é izquierda, dice, dirigiéndose á ellos y enseñándoselos: — «Que hermosos lugares estos para que un

oficial con 50 hombres pudiese contener al enemigo por uno ó dos días, mientras salvaba el ejército».—Seguíamos andando y el General había repetido por dos ó tres veces lo mismo sin que ninguno, de los jefes le contestase.

Observado por mí con vergüenza, semejante silencio, díjeme en alta voz:—«Mi General, cuando V. E. guste yo estoy pronto á quedarme!»—Paró entonces su caballo y dirigiéndose á mí, contestó:—«Bravo, señor mayor La Madrid, acepto gustoso su ofrecimiento: examine bien todos estos lugares y elija el que le parezca, que esta noche en la parada se le darán los hombres que Vd. desee».—Yo le contesté que los había examinado desde que hizo su primera indicación y nos retiramos.

Al cerrar la oración mandó hacer alto á la columna y dió orden para que se acompañasen los cuerpos hasta las 12 de la noche, en que se continuaría la marcha; y después de establecido el servicio para la seguridad del campo, me retiré al alojamiento destinado al Mayor general con quien acostumbraba acampar. Mientras quedé éste hablando con el General en jefe, pasé á mi cuerpo á elegir los 50 hombres con quienes debía quedar y regresando á descansar me encontré con el Mayor general y le avisé que iba á dejarme allí el General con 50 hombres que acababa yo de elegir. Sorprendido él con este aviso, me dijo:—«Pues te he privado de ser coronel y lo siento, porque al fin tu eres jóven y podrías tal vez, haber conseguido alguna ventaja: acaba de decirme Belgrano—Voy á dejar á retaguardia á Gregorio con 50 hombres, con el objeto de contener al enemigo en estos estrechos y hacerlo coronel, y juzgando yo que el Gregorio de quien me hablaba era el teniente coronel Pedriel, se lo he quitado de la cabeza».—Mucho mas lo senti yo, no tanto por el grado que me hacía perder este consejo, sino porque me hallaba ya impresionado por un ardid que se me ocurrió así que oí hablar al General esa tarde y me le ofrecí, mediante el cual concebí hacer un servicio distinguido al ejército y aterrar á la vanguardia enemiga.

Llegada la hora designada para la marcha, me llamó el General, y me dijo :—«He desistido ya del pensamiento de dejar á Vd. con 50 hombres para contener al enemigo, pero quedará Vd. con 4 soldados bien montados y un cabo, en observación, al efecto de darme los avisos necesarios y sin perder al enemigo de su vista». — «Ejecutaré puntualmente cuanto V. E. me ordena, le contesté, como habría ejecutado con mayor gusto su anterior pensamiento».—«De ello estoy bien seguro, me repuso el General, y es por eso que deposito en Vd. toda mi confianza»,—y dándome la mano se marchó con los restos del ejército que había experimentado una gran pérdida en la batalla.

Permanecí en dicho punto en vela todo el resto de la noche con los 5 hombres y mi ordenanza el valiente Gomez, «sargento de Tambo Nuevo», y así que amaneció practiqué un reconocimiento avanzándome más de una legua en que reuní tres hombres de tropa de nuestros dispersos los cuales venían bien montados y me dijeron que no lejos de allí habían descubierto como 200 hombres de caballería enemiga al descender ellos á la quebrada, más acá de Caisa. Me regresé con este conocimiento al lugar en que había descansado el ejército colocando un centinela en la altura de la quebrada.

Habían pasado como tres horas cuando avisó el centinela que se avistaban ya los enemigos; subí á la altura y así que hube reconocido toda la fuerza que no pasaba de 200 hombres, me retiré hasta la posta de Saropalca de la cual estaban encargados dos hermanos apellidados Villegas y muy realistas, por cuyo motivo habiendo llegado á puestas del sol no quise permanecer sino hasta que cerró la noche, mientras pastaban un poco mis cabalgaduras y despreciando las instancias que ambos hermanos me hicieron para que pasara allí la noche me despedí de ellos como para no volverlos á ver y llevando cada soldado un atado de alfalfa por delante y un pedazo de carne.

Habría caminado poco más de una legua cuando

hice alto en un pequeño bosque de algarrobos, que se extendía sobre la izquierda del camino, y resolví pasar en él un poco retirado del camino. Numeré á mis 9 hombres incluso el cabo y mi ordenanza y tomando yo el décimo número, establecí un centinela un poco separado del camino con orden de velar media hora cada uno mientras descansaban los demás, pues estábamos en extremo cansados.

Serían cerca de las 4 de la mañana cuando me tocó el turno y ocupé mi puesto para velar hasta el día, cuando al poco rato de estar en él, percibo tropel por una senda que se abría á mi derecha y algunas voces que conversaban: marché presuroso á donde estaba mi partida y mandándole montar volví con el sargento Gomez á mi puesto y así que se aproximó el tropel mandé á Gomez dar el «quien vive». A esta voz pasa el tropel y notando yo por el murmullo que no se atrevían á contestar les grité con toda la fuerza de mi voz—«O contestan quienes son ó les mando hacer una descarga. Mi voz fué conocida y contestaron — somos emigrados. «Adelántese el que hace cabeza para ser reconocido», repuse, y se me presentó al instante un comandante Salinas cochabambino á quien yo conocía el cual me impuso de que eran varias familias comprometidas, entre ellas la suya, y que les acompañaban 7 soldados de los dispersos á más de sus peones, añadiendo que no muy distante de la posta de Caisa habia acampado una partida enemiga pasadas las 12 de la noche y que con este conocimiento les permitiera alejarse cuanto antes.

Mandé llegar la comitiva y después de incorporar á mi partida los 7 soldados que les acompañaban bien montados, y de haberme provisto los emigrados de algunos fiambres y demás provisiones de las que llevaban, continuaron su marcha regresando yo á la posta con mi partida duplicada, ordené á los Villegas, dueños de ella y que eran hombres acomodados, que preparasen carne y forraje para 200 hombres de caballería, que llegarían dentro de pocas horas y pasé con mi partida en obser-

vación de la fuerza enemiga que el comandante Salinas acababa de noticiarme.

El maestro de posta y su hermano que creyeron en la llegada de la fuerza que les indiqué y eran como llevo dicho muy realistas, mandaron apenas me separé de ellos, un aviso á la partida enemiga y se apresuraron á reunir las provisiones que les había yo pedido.

Habría andado como dos horas cuando al subir una pequeña altura observo montando precipitadamente á caballo y formando una partida como de 25 á 30 hombres, como á distancia de cuatro cuadras. Así que observé este movimiento grité en alta voz — «Escuadron galope», precipitándome en seguida á dicho aire sobre ella.

Oír los enemigos mi voz, observar mi movimiento y echar á correr fué una misma cosa. Los acuchillé como media legua, en cuyo espacio dejaron 5 soldados muertos y llevaron varios soldados heridos, hasta que á consecuencia de la declaración de tres prisioneros que se tomaron dejé de perseguirlos, pues me aseguraron estos que la vanguardia enemiga estaba muy inmediata y que solo por el aviso que acababan de recibir sus oficiales de los Villegas desde Saropalca habían huido los treinta hombres de que se componía aquella descubierta, pues les habían mandado decir que 200 hombres los seguían.

Preguntados qué fuerza venía á vanguardia y qué jefe la mandaba, me dijeron que el coronel Castro la mandaba, siendo su número de 300 hombres de caballería y 500 infantes con 4 piezas de artillería. Con este aviso seguí apurando mi marcha, pues, ya se descubrían á la distancia los polvos de la columna.

Cuando llegué á la posta no encontré ya á los Villegas y preguntando á los indios postillones por ellos, me contestaron que habían ido en busca de corderos y del forraje que les había yo pedido, lo cual estaría muy pronto reunido, pues, ya habían algo acopiado y me lo enseñaron. Digan Udes. á sus patrones que voy á en-

contrar al Coronel con estos prisioneros y que á nuestra vuelta que será dentro de una hora, es preciso que esté todo pronto y me marché dejándolos así engañados, hasta Santiago de Cotagaita. Sabiendo en este punto que el ejército había pasado á Tupiza, mandé el parte al General de todo lo ocurrido juntamente con los 3 prisioneros, pero, habiendo dejado al sargento Gomez á retaguardia con dos hombres bien montados en observación del enemigo. Permanecí en dicho punto hasta después de puesto el sol, en que llegó Gomez tiroteándose con los descubridores enemigos. Pasé entonces el río y habiendo observado que ya se acercaba la vanguardia al cerrar la oración, continué mi marcha por el camino de Mochará hasta Suipacha y dejando el de la posta, que viene por Tupiza á mi derecha, pues, era ya preciso apurar el paso pues, que podía ser cortada mi partida por este otro.

Al siguiente día como á las 12, llegué al pueblo de Suipacha en donde encontré á los conductores del parte y de los tres prisioneros con la contestación del General avisándome que el regimiento de Dragones quedaria de retaguardia en el pueblito de Moraya y que él continuaba hasta Humahuaca con el ejército á donde me dirigiría en su alcance, así que el enemigo llegase á dicho punto de Suipacha.

Impuesto de esta comunicación pasé á establecerme á la otra banda del río, en Nazareno, mandando reconocer por ambos caminos hasta alguna distancia, por si los enemigos se hubiesen aproximado y habiendo regresado ambas descubiertas sin mas novedad que el aumento de 5 hombres de los dispersos, descansamos allí toda la noche.

Amanecido el siguiente día, mandé dos descubiertas compuestas de un cabo y dos soldados cada una por ambos caminos y con orden de avanzarse alguna distancia con la mayor precaución y estar de regreso á las 10 del día con el parte, y después de ocupar un ingenio colocado á orillas de la población y mandar desenfrenar los caballos de la partida en un cerco que tenía éste, con

alguna alfalfa, procuré averiguar de los indios de la casa, donde podría comprar un poco de cebada en grano para mis caballos y habiéndome asegurado que solo en el pueblo de Suipacha podría conseguirlo del alcalde, que era el único que había reservado un poco, porque el ejército había concluido lo que había, me resolví ir en persona á buscarla porque de lo contrario se excusaría el alcalde.

Mandé al valiente Gomez, me ensillara un hermoso caballo tordillo que se me había proporcionado el día anterior por bueno, aunque tenía el defecto de ser un poco sillón; previniéndole que el superior caballo de reserva que me había dejado mi primo el mayor general Díaz Velez al quedarme en la quebrada del Agua Caliente, lo ensillara él. Asi que hubo ensillado dichos caballos monté con él y pasamos á casa del dicho alcalde que está en la otra banda del rio, mientras regresaban mis descubiertas en busca de la cebada; y no me costó poco el conseguir apenas una arroba.

Como en esto se acercaba la hora en que debían de regresar las descubiertas, nos volvimos á esperarlas con la partida pronta, conduciendo Gomez la cebada por delante. El río de Suipacha es bastante ancho y muy exployado y no alcanza á cubrir el vaso de los caballos en tiempo que no llueve: venían nuestros hermosos caballos chapaleando el agua por la playa, cuando se me ocurre decir á Gomez:—«qué dirían nuestros enemigos si observasen estos hermosos caballos, juzgarían sin duda, que toda mi partida está tan bien montada»,—y diciendo esto, cerré las espuelas á mi caballo para probar su rienda, cuando volviéndolo sobre las patas observo mas de 50 hombres de caballería que bajaban ya á la playa, de galope. «Los enemigos», grité á Gomez y enderezamos á escape al Ingenio, dando voces de «á caballo». Paro á la puerta, gritando «salga esa partida», cuando en esto salen dos hombres á escape, diciéndome:—«sálvese mi Mayor, que la partida ha ganado á pié por los cercos»,—y no habiendo otro remedio que correr, pues

la partida estaba ya encima, apretamos la carrera, quedando yo y Gomez atrás.

La mayor parte de la fuerza enemiga había entrado al potrero donde estaba la partida y como 12 hombres seguían en mi alcance, cuando se me desprende la cincha y viendo que ya la jergas iban á salirse por las ancas, las agarré con una mano juntamente con una maleta en que llevaba una muda de ropa y lo eché todo por delante. Como el caballo era sillón me valió mucho para que el recado quedase á fuerza de apretar las piernas. El capitán enemigo que me observa en este estado y con ambas manos ocupadas con las jergas, la maleta de ropas y la espada, se precipita en mi alcance, cuando al volver por una curva de un callejón paro de golpe con Gomez, y precipitándose éste sobre el capitán que venía adelante lo derriba de una estocada; grito en seguida: «á la carga», á los dos hombres que iban conmigo, y los enemigos que ven á su capitán tendido á la salida del callejón echan á correr. Entonces desmontándome de prisa di un apretón á la cincha y alcanzando á uno de mis soldados las jergas y la maleta, continuamos nuestra retirada de carrera, pues, que se acercaban ya los enemigos que se habían detenido en la casa.

Llegaron estos al lugar en que quedó medio muerto el capitán y solo pasaron en nuestra persecución como 16 hombres, los que habiéndonos seguido como una legua repechando la cuesta, regresaron.

Desde la altura de mi retirada, observé la llegada de la vanguardia enemiga á Suipacha como á las 12 del día, con cuyo motivo me fué preciso continuar aceleradamente hasta Moraya para prevenir á los Dragones. Así que avisté el lugar en que estaban acampados y con la caballada suelta, mandé tirar tres tiros consecutivos para que sirviesen de aviso anticipado, en efecto, así que fueron oídos y nos vieron galopar así al campamento, gritándoles: «á caballo,» corrió todo el Cuerpo á tomarlos al toque de generala. Dejé á Gomez en observación con los dos hombres y pasé yo á dar parte al Coronel de lo

ocurrido para que continuara su retirada, pues, la vanguardia quedaba ya pasando á Nazareno y era probable que continuara por la noche.

Picado yo del mal comportamiento de mi partida de dispersos y seguro de que no podían haber sido tomados por cuanto alcanzaron á descubrirme desde la playa del río, cuando me corrían los enemigos, le dije al Coronel que yo regresaba á reunirlos y que le daría parte de lo ocurrido: que la sorpresa que había recibido en Suipacha fué precisamente dimanada de un descuido de mis descubiertas, pues, los dos habían caído prisioneros y me regresé á donde había dejado á Gomez. En el momento en que hubellegado, que serian como las 5 de la tarde, fui informado por éste, así como por seis de los soldados que se le habían reunido, de que los enemigos quedaban acampados en Nazareno y tenían una gran partida de caballería avanzada como á la mitad de la cuesta; agregándome los dispersos, que ninguno de nuestros soldados había caído prisionero, pues habían salvado los que faltaban hácia la parte de Sococha, por los cerros y dejando los más de ellos sus caballos ensillados; que el motivo de no haber salido á reunirse me fué el de haberse dormido, por cuya razón solo se despertaron á los tiros que dispararon sobre mí, al llegar á la casa en que estaban acampados y que en estas circunstancias no les quedó otro medio que correr á sus caballos, montar los que pudieron y tratar de salvarse saltando el cerco á la parte del cerro.

Impuesto por esta relacion de la direccion que habían tomado los hombres que faltaban, mandé al cabo con dos hombres á reunirlos, ordenándole se dirigiera con ellos á esperarme á la posta de la Quiaca al siguiente día. Habiéndose marchado el cabo con los dos hombres, permanecí yo hasta después de puesto el sol, á cuya hora habiéndose me reunido dos hombres á pié, continué mi retirada, en razón de haber notado que la fuerza enemiga que estaba avanzada, se había puesto ya en marcha, con cuyo motivo hice adelantar un hombre al alcance del

Coronel, comunicándole lo ocurrido y avisándole que al siguiente día le daría alcance con toda la partida.

Continué, pues, mi marcha la mayor parte de la noche y fui á situarme al lugar de Cuartos, que está unas cuatro leguas más allá del pueblo de Mojos y en donde principia ya el territorio argentino. Allí permanecí en vigilancia hasta que amaneció, á cuya hora mandé avanzar al sargento Gomez con dos hombres en descubierta, y habiendo éste regresado como una hora después con la noticia de venir ya en marcha una gruesa descubierta de caballería enemiga, continué mi retirada hasta la posta de la Quiaca, en donde encontré ya al cabo con cinco hombres que había reunido, faltándome dos hombres solamente y siendo informado de que el regimiento de Dragones había partido para Cangrejos después de salido el sol, continué hasta alcanzarlo en dicho punto, como á las dos y media de la tarde, pues, había parado el Coronel para que comiese la tropa.

Dile parte al Coronel, que había dejado aproximándose á Cuartos la descubierta de la vanguardia enemiga, como á las 6 ó 7 de la mañana, es decir, como á doce leguas de su campo; le entregué 15 hombres, de los cuales 11 habían sido reunidos por mí, y después de haber comido con él, me puse en marcha para Humahuaca á reunirme con el señor General en jefe, acompañado solo por el valiente sargento Mariano Gomez que me servia de ordenanza, y dejando al Coronel disponiéndose para continuar su retirada.

Al siguiente día, caída ya la tarde, llegué al pueblo de Humahuaca en donde encontré solo un cuerpo de infantería que había dejado el General, para que se estableciera allí la vanguardia con el cuerpo de Dragones que venía por detrás, habiendo él continuado con el resto del ejército hasta Jujuy. Allí pasé hasta el siguiente día en que continué mi marcha hasta Jujuy, donde alcancé al General al segundo día.

Impuesto el General de la continuación de la marcha del enemigo y del número de fuerzas que venían á van-

guardia, resolvió hacer regresar al valiente sargento de Tambo Nuevo, Gomez, con un oficial para el jefe de nuestra vanguardia, previniéndole que formados los cuerpos de que ésta se componía, le permitiese á dicho sargento apartar los hombres que él elija, y que dándole en seguida los mejores caballos, le deje marchar al encuentro del enemigo.

Marchó, pues, Gomez con este pliego en el mismo caballo blanco que le había dado el General el día anterior á la batalla de Ayohuma, ó llevándolo de tiro, pues, lo había cuidado con el mayor esmero y lo conservaba en el mejor estado de servicio.

La orden que llevaba Gomez del General, era la de venir siempre al frente de la vanguardia enemiga y darle partes consecutivos de sus movimientos y de su número, para cuyo efecto le ordenó que escogiera de entre los cuerpos de la vanguardia, todos los hombres que gustase, tal era la confianza que le merecía este valiente joven, que no pasaba en aquella fecha, de 19 á 20 años.

Creo de justicia hacer aquí una relacion de los antecedentes de este valiente tucumano y de la inmerecida muerte que le dió después el coronel Castro en Humahuaca, con sentimiento de todos sus jefes y oficiales.

Este valiente, nacido en la capilla de los Lules, á inmediaciones de la ciudad de Tucumán, marchó de soldado voluntario al pasar la primera expedición con el representante Castelli; y habiendo sido prisionero, creo en el Desagüadero, llegó á ser ordenanza del coronel Castro, que era entonces ó después, solo Comandante; y este jefe le había tomado cariño por la fidelidad con que lo sirvió, hasta que se acercaron á Tucumán el año 1812, en que se pasó é incorporarse á nuestro ejército, pero sin llevarle cosa alguna á dicho jefe.

Marchó, pues, Gomez á Humahuaca y el jefe de la vanguardia así que recibió la comunicación del General, mandó tocar llamada, y formados todos los cuerpos de la plaza, le dijo á Gomez que eligiese los hombres que gustase. Dió éste un ligero paseo por el frente del regi-

miento de Dragones y escogió solo 12 hombres, sacando por de contado, de los primeros, á sus dos valientes compañeros, sargentos también de Tambo Nuevo, Albarracín y Zalazar, cordobeses. Instado por el jefe á que sacara algunos otros más, contestó que eran sobrados, que más hombres no podría mandar.

Se les facilitaron los mejores caballos y mandó encontrar la vanguardia enemiga que se habia detenido en... .., creo.

El resultado fué que desde allí vino siempre al frente de la vanguardia enemiga que les arrebató de noche por una ó dos veces, algunos caballos del campo, matando é hiriendo algunos enemigos, hasta que muy cerca ya de Humahuaca, se le antojó de tirotear á la vanguardia enemiga y se adelantó al pueblo con toda su partida.

Así que hubo entrado á las calles, se dirigió con su partida á casa de una vivandera cochabambina que estaba allí establecida con una pulperia, ordenó á Zalazar ó Albarracín que continuasen andando hasta Uquía, que allí los alcanzaría, y la partida marchó, quedando él montado en su blanco á la puerta de la pulperia. Uquía es un pueblito que está como á legua y media de Humahuaca.

Se aproximaban ya los enemigos y queriendo marcharse Gomez, aquella maldita mujer lo detiene instándolo á que se bajara á tomar un poco más de vino, pues, ya había logrado hacerle tomar dos morrudos vasos, poco antes á fuerza de instancias, y resistiéndose el sargento, sale la mujer con otro vaso en la mano y le insta de nuevo á que lo tome á su nombre, tomándole la rienda del caballo. Gomez que estaba almorzando un pedazo de carne asada sobre el caballo y que observó que los enemigos se aproximaban ya demasiado, tomó el vaso de vino y picando el caballo salió de galope en alcance de su partida, pero muy cargado ya con el vino que le había hecho tomar aquella maldita mujer.

Como á media legua ó poco más del pueblo, hay sobre la izquierda del camino, ó había en aquella fecha,

un gran perchel de alfalfa seca y al acercarse Gomez á él, sintiéndose perdido ya de la cabeza, llega á él, se desmonta de su caballo y se tiende con la rienda de la mano y quédase dormido.

Entran los enemigos á Humahuaca poco rato de haber salido Gomez y al pasar los 50 hombres de que se componía la descubierta hacia la plaza por la puerta de la Cochabambina, sale ésta y le dice al oficial:—«Acaba de salir el sargento Gomez en este instante, solito y muy cargadito de vino que lo he largado».—Apenas el oficial oyó esto, mandó galopar á su partida y corrió con ella á su alcance hasta las Tres Cruces; es decir, como una legua, sin haber observado el caballo de Gomez al pasar; tales eran las ganas que llevaban todos de agarrarlo.

Llegados al punto de las Tres Cruces y descubriendo desde allí á la partida de Gomez entrando ya á Uquia, hizo alto el capitán y se volvió rabiando contra la cochabambina que lo había engañado, cuando á poco andar observan el caballo blanco y conociéndolo, (porque Gomez siempre se les presentaba con él), gritan «allí está!», y corren á él mandando circular el perchel que está en medio de un rastrojo. Bájase el capitán á la puerta con pistola en mano y sus soldados con las armas preparadas y lo encuentran dormido como un tronco; le amarran las manos, le quitan el sable y el puñal que tenía á su cinto y lo recuerdan después.

Cuando este bravo se vió amarrado y en poder de sus enemigos que lo burlaban, diciendole: «escápate ahora»; dicen que bramaba como un toro rabioso.

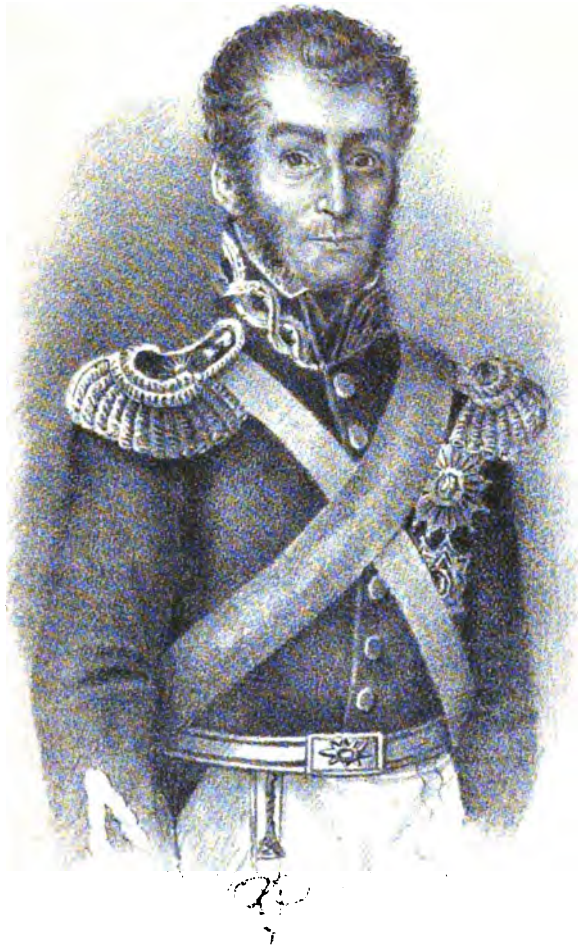
Salazar y Albarracín no habían descuidado ni olvidado de su compañero y jefe, pues, había quedado uno de ellos con dos hombres á esperarle un poco mas allá de las Tres Cruces y habiendo observado la operación de los enemigos y su regreso sin que Gomez llegara, volvieron sobre la marcha en su busca, sobresaltados ya por su jefe y compañero; cuando los enemigos regresaban del perchel con el prisionero amarrado, fueron des-

cubiertos aquellos y perseguidos y supieron por las voces que les daban, la caída de su caudillo, así como por el caballo que conocieron al instante, montado por el capitán de la partida. Dejemos á estos otros valientes regresar ya desconsolados por la pérdida de su mas caro compañero, los cuales continuaron sin abandonar la comisión de que estaban encargados y volvamos á seguirlo á este héroe, tanto más noble cuanto más humilde por su condición.

Presentado Gomez al coronel Castro, jefe de la vanguardia, fué recibido con afabilidad por éste, pues, le había tomado cariño realmente y le propuso dejarle libre y regalarlo si quería volver á servirle con la misma fidelidad con que antes de habersele fugado: Gomez que se conservaba como una fiera, aunque no tan cargado ya de la cabeza, así por el corto sueño que había echado como que se había descargado con los esfuerzos de su rabia de cuanto había sido la causa de verse en aquel estado, contestóle:—«Imposible que yo traicionara la confianza de mi General y á mi pátria, ni por todo el oro del mundo; no digo por mi vida, que la desprecio».—En vano fueron las repetidas instancias y promesas del Coronel para conquistar á este corazón noble á la par de valiente:—«Imposible, para qué se cansa, mi Coronel».—Era su contestación. «Si quiere conocerme, mi Coronel, mándeme desatar las manos y hágame entregar el sable ¿Qué puede hacerle éste muchacho á tantos que están á su presencia? Hágalo, por su vida, y sabrá entonces quien soy»,—dijo por última vez.

Todos los presentes y el mismo Coronel, quedaron conmovidos de ver tanta valentía, y mandó éste que le llevasen á la guardia y lo pusieran en capilla para fusilarlo al siguiente día. Gomez escuchó tranquilo esta sentencia, siguió á sus conductores hasta la capilla y habiéndole leído su sentencia de muerte por desertar al enemigo; pidió lo dejaran descansar y durmió tranquilo, aunque amarrado, un par de horas largas.

Así que hubo despertado, se le presentó el capellán



Don José Martínez

y se dispuso para morir. El Coronel no descuidó en hacerle repetir sus ofrecimientos, á fin de que se prestase á servir á la causa del Rey y volviera á sus servicios de asistente, pero todo fué en vano.

Al siguiente día, estando los cuerpos de la vanguardia formados en la plaza, fué conducido el desgraciado y valiente Gomez hasta el patíbulo con todas las formalidades de estilo, y antes de sentarlo en el banquillo fatal, mandó el coronel Castro ofrecerle por última vez su libertad bajo la expresada condición. Todos los jefes se interesaban por salvar la vida á este valiente joven, así fué que todos le instaron á que aceptase la oferta, pero en vano. Contestó muy tranquilo:—«Entréguenme mis armas y lárguenme en medio de este cuadro ¿qué temen de un hombre solo? Asi les hará conocer cuan imposible es que Gomez les sirva contra su pátria». El jefe que mandaba el cuadro, á instancia de los demás, mandó suspender por un instante la ejecución mientras ocurrieron al Coronel á suplicarle por la vida de este valiente; mas el Coronel se denegó y mandó ejecutarlo. Todo lo expuesto á este respecto, lo supimos por dos hombres pasados á nuestro ejército después de la ejecución.

El señor General en jefe cuando lo supo, no pudo menos que conmovirse. Igual efecto produjo en mi esta noticia cuando la supe en Tucumán. á cuyo punto había sido mandado por el señor General al siguiente día de haber salido Gomez para Humahuaca, con el objeto de formar un escuadrón de jóvenes voluntarios para su escolta; y como al tiempo de mi marcha hubiese recibido aviso el General de que venía el coronel San Martín á relevarle, fui también el conductor de un oficio para dicho General.

Al tercer día de mi salida de Jujuy, llegué á Tucumán y entregué el pliego al gobierno, quien lo hizo pasar en alcance del señor coronel San Martín hasta Santiago del Estero. Al siguiente día pasé yo á la campaña en solicitud de hombres voluntarios, entre los cuales

no había media docena que pasaran de los 24 años de edad.

A mi regreso había ya llegado el coronel San Martín con sus Granaderos y de Jujuy el teniente coronel de Dragones Diego Balcarce con parte de su Cuerpo y no recuerdo que otros regimientos más, y dicho jefe estaba ya en posesión del mando de dichas fuerzas; así fué que al siguiente día se previno á los Cuerpos en la orden general, que para las 4 de la tarde presentase cada uno en la calle de la Merced un número determinado de hombres para que el jefe separase de entre ellos los que fuesen de su agrado, para remontar el cuerpo de Granaderos á caballo.

El teniente coronel Balcarce, que hacía de jefe del Estado Mayor, me ordenó que presentase yo 25 hombres á la hora designada, sin que me sirviera para eximirme el haberle manifestado yo que aquellos hombres eran voluntarios para servir bajo mis órdenes en la escolta del General en jefe y cuya fuerza no formaba aun cuerpo alguno reconocido en el ejército. No hubo excusa, se me ordenó los presentara.

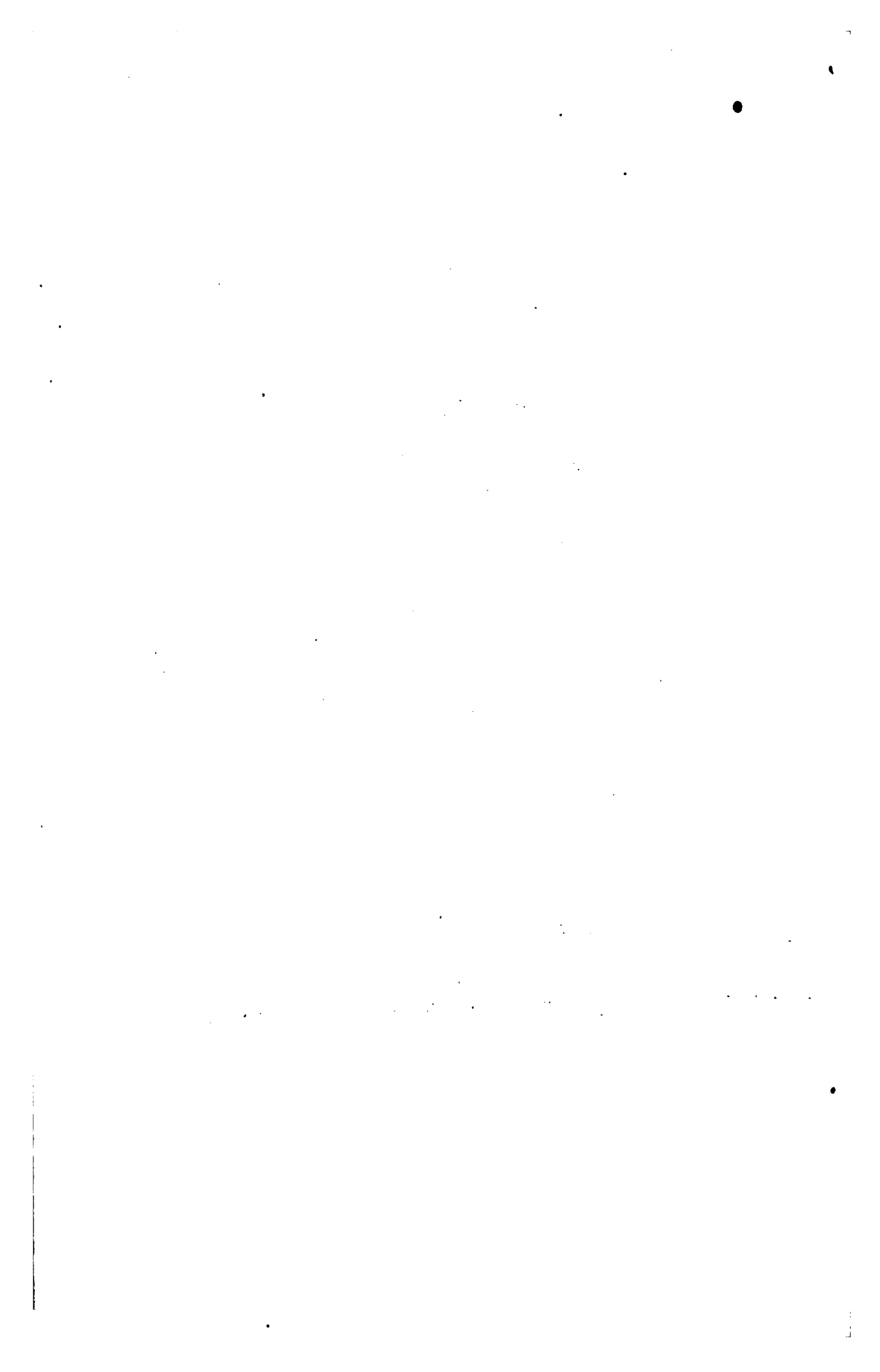
Los cuerpos de nuestro ejército por no desprenderse de los mejores soldados, llenaron el número con los hombres de menos importancia, así fué que cuando se presentó el coronel San Martín á revisarlos, fueron pocos los que separó, pero habiendo llegado á los 25 que yo presenté, los miró de un extremo á otro y mandó que saliesen todos al frente y fueron destinados á Granaderos, ordenándome en seguida que los restantes fueran incorporados á mi compañía.

Debe advertirse que así que llegué de la campaña con los voluntarios, fui echo reconocer en la orden general por Ayudante de campo del señor General en jefe José de San Martín.

Habían pasado dos días de esta separación, cuando viene el teniente 1º de mi compañía Felipe Heredia á decirme que habían dado orden para disolver los voluntarios, destinando 15 hombres á la artillería, 25 á



Philip Sheridan



Granaderos y el resto distribuido entre las compañías del Cuerpo. Pasé inmediatamente á ver al General en jefe y hacerle presente que aquellos hombres los había yo reunido voluntarios por orden de su antecesor el general Manuel Belgrano, para servir en su escolta bajo mis órdenes; y que distribuyéndolos en otros cuerpos, no solo quedaba desacreditada mi palabra para otra vez que se ofreciera, sino que aquellos hombres se irían, por cuanto se habían prestado á seguirme bajo la condición ya dicha.

El señor General en jefe me repuso: «¿Se queja Vd. de que se disuelva su fuerza? ¿Crée Vd. que estando á mi lado le faltará mejor acomodo? Deje Vd. que se cumpla lo mandado, si se van algunos no importa». — «No me quejo de ninguna manera, mi General, de su mandato, le contesté, pero me es sensible el inesperado engaño con que he arrancado á estos jóvenes del lado de sus padres para dejarlos ahora abandonados».

El escuadrón quedó disuelto y solo 18 hombres pude conseguir quedasen en mi compañía, y á fé que fueron los únicos que se conservaron sin desertar, pues, á los pocos dias no quedó igual número en los otros cuerpos y demás compañías de Dragones.

Llegó luego el señor general Belgrano con los restos del ejército y los entregó al señor San Martín, quien ordenó concurriesen á su casa por las noches, todos los jefes de los cuerpos, para uniformar las voces de mando. El brigadier general Manuel Belgrano, después de haber entregado el mando del ejército al coronel San Martín, dió el ejemplo de quedar bajo las órdenes de éste, á la cabeza de su regimiento N° 1º, y concurría como los demás jefes á casa del General en jefe á uniformar las voces de mando. En una de esas noches intentó burlarse del general Belgrano el comandante entonces del cuerpo de Cazadores Manuel Dorrego, á consecuencia de haber repetido aquél la voz de mando que dió el general San Martín; pero éste así que notó la risa del comandante Dorrego, empuñó uno de los cande-

ros que había en la mesa, y dando en ella con él, dijo á Dorrego, en alta voz:—«Señor Comandante, hemos venido aquí á uniformar las voces de mando y no á reír»; —con lo que le impuso silencio.

No se si al siguiente día, salió el comandante Dorrego destinado por el General en jefe á Santiago. Pasados algunos días, el general Belgrano obtuvo pasaporte y partió para Buenos Aires y así que llegó á Santiago, mandó Dorrego á felicitarlo con un loco vestido de brigadier, rasgo desgraciado del carácter de ese valiente jefe.

El ejército español, bajo las órdenes del general Pezuela, había ya ocupado á Salta y Jujuy y el gobernador de la primera, general Martín Güemes le hostilizaba fuertemente con sus milicias ó gauchos como él les llamaba, hasta el extremo de sacarles arrastrados de noche por las calles á muchos de sus centinelas, valiéndose sus milicianos para esta operación, de sus lazos.

Se me pasaba decir que el mayor general Eustaquio Díaz Velez, se retiró para Buenos Aires antes que el general Manuel Belgrano, y el coronel mayor Francisco Fernandez de la Cruz, que creo era entonces gobernador de Tucumán, había sido nombrado Jefe de estado mayor del ejército por el general en jefe José de San Martín.

Con el coronel San Martín, habían venido á Tucumán á mas del regimiento de Granaderos á caballo, el batallón N° 7° de morenos y no sé si el N° 3°, ello es que el ejército había recibido un aumento considerable de las tres armas y se disciplinaban los cuerpos con actividad, pero al poco tiempo de haber llegado dicho Jefe tuvimos la desgracia de que se enfermara de vómito de sangre; y le fué preciso mudar de clima y pasar á la provincia de Mendoza, dejando el ejército bajo las órdenes del general y jefe de estado mayor don Francisco Fernandez de la Cruz. El día de su partida para Mendoza, me regaló el señor general San Martín una hermosa espada de su uso, con guarnición y vaina de acero.

El general Cruz mandó avanzar una vanguardia al río de las Conchas, bajo las órdenes del general Martín Güemes que era quien hostilizaba eficazmente al ejército español que ocupaba Salta y Jujuy desde que se retiró nuestro ejército y me tocó ir en ella con mi regimiento de Dragones, á la cabeza de mi compañía, pues no quise quedarme de ayudante.

A los pocos días de estar establecido en dicho punto, resolvió el general Güemes mandar en persecución de la división enemiga que había penetrado hasta el río del Valle, tocándome ir de descubierta con una partida de 20 Dragones de mi compañía.

La fuerza de nuestra vanguardia era compuesta de una parte de nuestros Dragones, un escuadrón de Granaderos, el batallón N^o 7^o y mas de 200 gauchos.

La división enemiga que constaba de mas de 500 hombres de caballería é infantería, había emprendido su retirada hácia el Campo Santo, así que comprendió nuestro movimiento, llevándose arreados como 150 caballos. El general Güemes que era práctico de aquellos lugares y los conocía á palmo, destinó una división por el flanco izquierdo del enemigo, con el objeto de adelantársele y ocupar un desfiladero por donde debía precisamente pasar y en la cual ocupaba yo la vanguardia con mis 20 Dragones y unos 10 gauchos prácticos.

Iba yo aproximándome al lugar destinado por entre un bosque bien espeso de árboles, cuando somos descubiertos por los espías que el enemigo llevaba á su flanco, á causa de habersele disparado la tercerola á uno de nuestros gauchos. Así que apercibí á unos pocos infantes que el enemigo destinó á descubrir el bosque, mandé disparar unos 8 tiros sobre ellos, y en seguida, como incomodado por esta descarga, digo en alta voz:— «No hay que tirar un tiro. Escuadrones, al trote á ganarles el desfiladero».—A estas voces, los enemigos que no podían descubrir nuestras fuerzas y sintieron el galope de mi partida, precipitanse al desfiladero que empezaban ya á pasar y abandonar la caballada y unas 4

cargas que arreaban con ella, al cuidado de su retaguardia. Esta que sólo se componía de 40 hombres y se vió muy luego acometida por mis 30 Dragones; echó á un lado la caballada y las cargas y se precipitó también al desfiladero, por cuyo medio vine yo á quedar dueño de todos los caballos que llevaban y de dos cargas, que contenían 40 fusiles y tercerolas descompuestas; y dos de pólvora y cartuchos estropeados. Los perseguí en todo el desfiladero, logrando matarles tres hombres y tomarles dos prisioneros y regresé con mi presa á incorporarme con el general Güemes, á quien encontré ya muy inmediato.

Como este encuentro con el enemigo fué al ponerse ya el sol, y nos hallásemos no muy distantes del Campo Santo donde era de presumir tendrían fuerzas apostadas, resolvió el General no perseguirlos hasta el siguiente día y mandando unos milicianos en observación, acampamos en una estancia inmediata.

Como los gauchos de Salta eran frenéticos por su general Güemes y en extremo entusiastas, les habían hostilizado de tal manera á los españoles que acampaban dicha ciudad, que tuvieron que abandonarla replegándose sobre Jujuy, cuyo parte recibido esa noche por el General, lo decidió á continuar la persecución al día siguiente, pues se tenían ya antecedentes de que habían empezado á retirarse de esta última ciudad algunos cuerpos.

Amanecido el siguiente día recibió el General un parte de sus hombres descubridores, de haber pasado la división enemiga sin detenerse en el Campo Santo. Dió parte el General de estos últimos movimientos del enemigo, así como de su determinación de aproximarse á Jujuy con la vanguardia y todas las milicias de Salta, de haber evacuado aquella ciudad el ejército enemigo en la mañana de ese día, y de haberle tomado tres hombres prisioneros al Cuerpo que cubría su retaguardia, en una carga repentina que ejecutó uno de sus escuadrones momentos después de haber abandonado el pueblo.

Acampamos esa tarde, al ponerse el sol, como á dos leguas de la ciudad y en la mañana siguiente la ocupamos. Los enemigos continuaron su marcha sin precipitarse, así por que nuestra vanguardia no era bastante fuerte para perseguirlos, como por las ventajas que les proporcionaba la quebrada, aun cuando tuviéramos mayor fuerza de la que en realidad teníamos.

Se contentó pues, el General, con mandar seguir algunos escuadrones de milicias, para que molestasen la retaguardia del enemigo, mientras se proveía de herrajes á nuestra caballería y de todo lo preciso para continuar la marcha de una vanguardia.

A los tres días después de nuestra retirada á Jujuy, me mandó el general Güemes adelantarme con 26 hombres de mi compañía en alcance del enemigo, con orden de seguirle observando hasta la Quiaca ó Yavi, dándole todos los avisos que merecieran su conocimiento y prometiéndome que al segundo día saldría una fuerza á establecerse en Humahuaca. Marché pues con mi partida, y al concluir el segundo día alcancé al cuerpo de milicias que había seguido la marcha del enemigo, en la boca de la quebrada de Pulmamarca, cuyo jefe me impuso de hallarse la retaguardia enemiga en Tilcara ú Hornillos, que está á pocas leguas mas adelante; y que él se quedaba allí por orden del General, con el fin de cubrir el camino que sale por dicha quebrada para Casavindo y campos del Marqués de Yavi.

Pasé la noche en dicha quebrada, acompañado del Comandante y habiendo marchado al siguiente día, fui á alcanzar la retaguardia enemiga, pasando la posta de Huacalera; tuve un pequeño tiroteo con la guardia de prevención que cubría la retaguardia del Cuerpo, y los seguí observando á distancia, hasta que acamparon en Uquiá y me regresé á Huacalera que dista tres leguas. Así continué en este orden siguiendo la retirada del ejército enemigo y llevando á la vista su retaguardia, por siete ú ocho días, hasta la Quiaca y así que pasó el ejército en dirección á Suipacha, yo me fui á estable-

cer en Yavi, en cuyo punto recibí aviso el tercer día de haberse establecido ya en Humahuaca nuestra vanguardia.

El ejército enemigo hizo alto en Tupiza y Suipacha, y había mandado una división como de 500 á 600 hombres á Tarija, á las órdenes del coronel Vigil; cuando al cuarto ó quinto día de estar yo en Javi se me aparece una fuerza como de 40 hombres de caballería, y de igual ó mayor número de infantería. Así que los descubrí á la distancia, monté á caballo y emprendí mi retirada hasta salir al campo. Los enemigos que me observaron apuraron su paso por las alturas, en mi alcance, y como sus soldados de á pié andaban más que unos gamos porque eran naturales del Perú, muy pronto rompieron sus fuegos sobre nosotros que continuábamos retirándonos sin contestarlos y aparentando ya desordenarnos.

Como mi objeto era evadirme de aquel terreno ondulado en que está colocado el establecimiento de Yavi, así para evitar el ser encerrado en ella por una nueva fuerza, como para sacar al llano á la que me perseguía, mandé á mis soldados correr en aparente dispersión hacia la llanura, pero muy atentos á mi voz para contramarchar reunidos así que la diera. En efecto, así que los enemigos observaron que mis soldados empezaban á perder su formación apuraban el paso á galope tendido, cuando se precipita sobre nosotros el oficial que los mandaba, á la cabeza de sus 40 caballos y corriendo al mismo tiempo sus infantes por una altura de nuestra derecha.

Se practicaba este movimiento calculado, precisamente en el momento de salir á la llanura y como los infantes que venían por las alturas descubrieron que no teníamos en ella protección, no tuvieron embarazo en continuar su persecución con casi triple fuerza; así fué que cuando los hube alejado un poco de las alturas, que les eran ventajosas, mandé en alta voz volver caras á mis 30 Dragones y me precipité sobre la caballería que nos seguía de



Miguel Casavilla



cerca, la cual sorprendida por este ataque inesperado, dió vuelta y se puso en fuga, lo que por este medio pude acuchillarlos hasta que ganaron las alturas protegidos por los fuegos de su infantería, logrando acuchillarles muchos hombres, matarles 2, y tomarles 5 prisioneros y unas cuantas armas, y sin otra pérdida por mi parte que la de dos hombres heridos de bala y uno de sable.

Los enemigos retrocedieron á Yavi y yo me replugué á la posta de Cangrejos, distante 8 leguas, donde permanecí establecido por muchos días, variando de posición todas las noches para evitar una sorpresa.

Mientras tanto había llegado el general José Rondeau con el ejército á Jujuy en el mes de diciembre del año 1814, pues se había recibido del mando en Tucumán, cuando nuestra vanguardia se hallaba en Conchas, y después de efectuada la revolución contra el general Alvear que venía á relevarlo, había mandado al general Martín Rodríguez á Humahuaca á tomar el mando de la vanguardia.

A los muchos días de estar yo establecido en Cangrejos, se presentó el capitán Alejandro Heredia que era más antiguo que yo, á tomar el mando de las avanzadas, y trayendo á sus órdenes 100 hombres de Dragones y Granaderos, y pasé con él á Yavi que fué abandonado á nuestra aparición por los enemigos que se habían batido conmigo días antes.

Establecido en este punto, mandó el capitán Heredia una avanzada de diez Granaderos á establecerse en la posta de la Quiaca, bajo las órdenes de el entonces teniente Miguel Caxaraville, que después fué uno de los valientes que salvaron á Chile, bajo las órdenes del inmortal general San Martín. A los dos días de estar establecida dicha avanzada en la Quiaca, recibe Heredia á las 10 de la noche el parte de uno de nuestros bomberos, de haberse movido al anochecer desde Suipacha, una columna que mandaba en jefe el coronel Marquiegui, en dirección á la Quiaca, y me manda montar á caballo con 20 Dragones é irme á poner á la cabeza de

la avanzada que mandaba Caxaraville, lo que ejecuté en el acto y llegué á las 12 de la noche.

Caxaraville tenía un Cabo y dos Granaderos avanzados en Cuartos, con 4 indios, lugar inmediato entre la Quiaca y Mojos, que dista 8 leguas.

Los enemigos habiendo sorprendido dicha avanzada y tomándole el camino por donde debía reunírseos; pero el cabo se salió de los enemigos aunque sin reunírseos y nos adelantó un parte que llegó á la madrugada, yo mandé montar en el acto á mis 20 Dragones y sali á reconocer al enemigo ordenando á Caxaraville que mandase arrimar las cabalgaduras de sus 7 Granaderos y montase á caballo. Cuando sali al alto que está al frente de la posta ya alboreaba, y encontré la columna enemiga sobre nosotros, retrocedí á activar el ensillo de los caballos de Caxaraville y los enemigos que descendieron en seguida de la altura disolvieron nuestra pequeña fuerza, se precipitaron por derecha é izquierda circundándonos y tomándonos el camino.

En estas circunstancias mandé al Dragón mejor montado que atropellase por entre los enemigos, con el aviso al capitán Heredia para que se pusiera en salvo, pues no tenía más que setenta y tantos hombres. Los 200 hombres de caballería, nos formaron calle y los 400 cazadores nos confundieron con sus fuegos por la espalda. En este órden sostuve mi retirada hasta el lugar de Basicos distante 4 leguas, rechazando cuantas cargas me daba el coronel Marquiegui que me ofrecía á nombre del Rey hacerme coronel si me pasaba. En estas circunstancias iba yo solo á retaguardia de mi fuerza burlándolos por la mala dirección de sus fuegos, pues solo habían acertado á herirme dos soldados y tomarme 5 prisioneros de los que venian mal montados, en los diferentes zanjones y barrancas que tuvieron que atravesar, cuando recibió mi caballo un balazo y cayó muerto: grito «alto» á mi tropa y mando dar frente al enemigo. El teniente de Dragones Mariano García que iba con ella, deja la tropa al cargo de Caxaraville y

corre con dos Dragones á salvarme: mientras tanto descensillando yo mi caballo bajo los fuegos del enemigo, salvé mi apero de montar y subiendo en el caballo de uno de los Dragones continué mi retirada.

Los enemigos se contentaron con llegar hasta mi caballo, cortarle las 4 patas y llevarlas de trofeo. A las tres ó cuatro horas me encontré con el ayudante de Granaderos á caballo Luis Pereyra, que iba de parlamento al campo enemigo, mandado por el general José Rondeau, el cual había oído el continuado fuego del enemigo, desde 6 leguas antes de encontrarme y llegó á la Quiaca con los ojos vendados, en el momento en que acababan de llegar allí los enemigos. A su regreso contó al General y á todo el ejército los elojios que le había hecho el brigadier Alvarez de mi retirada; le enseñó la fuerza con que me había perseguido por tres horas, sin haberles sido posible desordenarme, agregando á presencia de su misma tropa, que ni el ejército del Rey, ni el de la Patria tenían un oficial como yo. Este es un hecho público, que lo supo todo el ejército y ni yo conocía entonces al general Rondeau, ni el á mi: pues yo me hallaba á vanguardia cuando él se recibió del mando del ejército.

Habiendo regresado hasta Humahuaca donde estaba nuestra vanguardia bajo las órdenes del general Martín Rodríguez volví á salir para la Rinconada, con el sargento mayor José María Perez de Urdininea y el entonces capitán Manuel Escalada (que fué también después uno de los valientes jefes que dieron la libertad á Chile, bajo las órdenes del general San Martín), con una fuerza de 150 hombres compuesta de 30 cazadores y el resto de Dragones, estos mandados por mi y aquellos por Escalada. Nos hallábamos establecidos en dicho punto cuando aparece, no recuerdo á los cuantos días, una fuerza enemiga de 200 infantes y 50 hombres de caballería. El mayor Urdininea me manda retirarme con toda la fuerza por entre los cerros en que está situado el pueblo de la Rinconada, hácia la parte

despoblada de Talina, quedándose él con una partida como de 20 Dragones, con el objeto de reconocer el terreno que descendía por nuestra izquierda hácia los campos del Marqués de Yavi, pues la Rinconada está situada bien al oeste del camino de postas y en los confines del territorio de Salta con el de Bolivia.

Emprendí, pues, mi retirada como á las 8 de la mañana, cuando á eso de las 10 (esto fué creo en los últimos días de enero del año 15 ó principios de febrero) nos dá alcance la fuerza enemiga en los cerros de Yucas.

Detengo mi marcha en la cima de este cerro y espero al enemigo aunque con mis caballos bastantes cansados, colocando al capitán Escalada con sus 30 cazadores en mi izquierda. Los enemigos no atreviéndose á atacarme subiendo á la altura que yo ocupaba, desfilan con la presteza de uno gamos y ocupan otro cerro colocado á mi derecha y que dominaba mi posición, pero separados ambos por una angosta quebrada, y empieza el fuego por una y otra parte con encarnizamiento. Varias veces los enemigos intentaron acometerme á la altura que ocupaba, pero fueron rechazados.

Nos habíamos batido á escopetazos de cerro á cerro como una hora, pues ambas alturas estaban á tiro de fusil, cuando se nos concluyen las municiones á unos y otros, y descienden los enemigos á la quebrada para atacarnos á la bayoneta, fiados en su mayor número. Así que advertí este movimiento y empezaban á subir el cerro que yo ocupaba, mando echar pié á tierra á mis Dragones, formándolos en batalla, los proclamo para recibir á los infantes enemigos que debían llegar cansados; cuando en este momento recibo orden del mayor Urdinenea para retirarme al otro lado de una cañada en cuya opuesta altura me esperaba él para protegerme con su partida y algunos indios. Así que recibí esta orden me fué preciso obedecer; mandé montar á caballo á mis Dragones y descendí á la parte opuesta del morro, los enemigos que venían subiendo formados con dificultad, así que nos vieron montar á caballo y descender á la parte

opuesta dieron un grito de victoria; pero yo que conocía que tardaríamos mucho mas en bajar aquel cerro en nuestros caballos cansados, que los enemigos en bayonetarnos por la espalda, separé 25 Dragones de lo mejor montados y volviendo con ellos por la derecha, en contorno del morro los acometí repentinamente por la derecha á tiempo que ellos asomaban cansados á la cima y los puse en desorden acuchillándolos sin descanso. Al dar yo esta vuelta me había observado el capitán Escalada, que era un valiente y contramarchado con sus cazadores. Así fué que al descubrir éste que los había yo envuelto y hecho retroceder con mi repentina carga, se precipitó sobre ellos y los pusimos en completa fuga y los perseguimos mas de una legua, hasta que mandé hacer alto y toqué reunión. Por de contado que así que yo regresé sobre el enemigo con los 25 hombres, regresaron todos los Dragones que no tenían sus caballos enteramente cansados.

Estaba el capitán Escalada tan entusiasmado que quería los persiguiésemos hasta Lima si preciso fuese, mas yo que sabía que por el camino de postas habían fuerzas enemigas, ya á nuestra retaguardia, no quise y regresamos conduciendo 30 prisioneros incluso dos ó tres oficiales, mas de 40 fusiles y dejando en el cerro por donde los perseguimos treinta y tantos muertos, incluso un Capitán, y sin haber tenido mas desgracia por nuestra parte que la de 4 ó 5 hombres heridos.

Como nuestras cabalgaduras estaban en extremo estropeadas y mucho mas con la persecución que acabamos de hacer al enemigo, nos fué preciso así que nos reunimos al mayor Urdininea, continuar nuestra retirada por toda la noche, pues temíamos que una mayor fuerza enemiga que había llegado á Talina ese día, se hubiese puesto en marcha sobre nosotros, así que llegaron á ella los primeros dispersos de Yucas y en todo el camino fuimos dejando caballos cansados. En esa noche tuvimos la noticia por unos indios de haber tomado prisionero el general Olañeta el General jefe de nuestra vanguar-

dia Martin Rodriguez en el Tejar, es decir como á 20 leguas á retaguardia de los cerros de Yuca con cuyo motivo nos fué preciso recostarnos mas á la derecha y tomar por la travesía de salinas á Casavindo, donde llegamos casi todos á pié al anochecer del siguiente día, sin haber tenido un momento de descanso. Pasamos allí algunas horas mientras comió la tropa y se curaron los heridos, asi los enemigos como los nuestros, y luego continuamos nuestra retirada por la quebrada de Pulmamarca hasta Huacalera, donde encontramos al señor general Rondeau y vine recien á conocerle, creo á los 5 días después de nuestro triunfo y prisión del general Rodriguez. Pasados algunos dias después de este acontecimiento, marchó el general Martin Güemes hasta Yavi al mando de nuestra vanguardia, en la que iban los Granaderos á caballo, parte del Regimiento de Dragones en que fuí yo también y el batallón N° 7. Allí estuvimos establecidos algún tiempo, cuando se aproximó la vanguardia enemiga y llegó repentinamente hasta la Quiaca como á las 9 de la noche, con 1500 hombres de las tres armas.

Asi que el general Güemes fué informado pocos momentos después de dicha novedad por el oficial que cubría aquel punto, tuvo que disponer precipitadamente su retirada; para cuyo efecto me hizo salir en el acto con 25 Dragones de mi compañía, en observación del enemigo, con orden de dirigirle mis avisos momentáneos por el camino de la costa de Cholacos que era preciso tomara con la vanguardia para no exponerse á un encuentro. Según recuerdo, tuvo lugar dicho movimiento del enemigo días después de haber vuelto el general Rodriguez á nuestro ejército con pasaporte del general Pezuela.

Marché, pues, en el acto á la Quiaca echando por delante mis observadores de á pié, acompañados de un cabo y de 4 soldados de confianza. Asi que me hube aproximado y tuve aviso de que estaba acampada toda la fuerza, mandé por derecha é izquierda dos partidas

de 6 hombres al cargo de un oficial y un sarjento, y yo seguí con el resto por el frente. Era de noche como he dicho. Las partidas llevaban orden de aproximarse cuanto pudiesen al campo enemigo y á la señal de dos tiros consecutivos que yo dispararía, romper el fuego sobre el campo enemigo, dando voces de ataque, correr después de alarmado éste á reunírseme en el campo que les señalé á la parte del camino de postas.

Asi que alcancé á percibir la voz de los centinelas enemigos que pasaban la palabra, dispersé un poco mis 13 hombres y me avancé con precaución hasta recibir el *quien vive!* de un centinela á quien contesté con dos tiros indicados, y cargando á la voz de *á degüello!* sobre el retén que tenía á mi frente, asi que mis dos partidas rompieron sus fuegos con voces de ataque. Logré asi alarmar el campo enemigo, el cual contestó con descargas de sus guardias á los fuegos de mis dos partidas y después de haber sableado algunos soldados del retén enemigo que corrió hasta el puesto que ocupaba su principal guardia (la cual me recibió con una descarga), corrí al punto de reunión señalado, llevando dos hombres heridos levemente. Al reunírseme las partidas, sentí todavía algunas descargas de los enemigos, que solo lograron dañarse asi mismo, según me dijo al siguiente día uno de nuestros soldados prisioneros en Ayohuma, que logró escapar esa noche.

A pocos instantes de haberse reunido las partidas, sentí que se aproximaba alguna caballería, me retiré hasta Cangrejillos, mandando parte al general Güemes de todo lo ocurrido. Allí permanecí en vela el resto de la noche: y notando después que amaneció, que el enemigo movía su campo en mi dirección y que muchos de mis soldados á lo mas estaban muy mal montados, los despaché á todos con el teniente Garcia (Mariano) y me quedé yo con 4 soldados bien montados en observación.

Serian las 10 de la mañana cuando apareció una fuerza de caballería enemiga como de 100 hombres, des-

cubriendo yo desde una altura, que la seguía la columna á poca distancia, empecé á retirarme, tiroteando á la partida que venía de descubierta, en circunstancias que empezaba á llover con abundancia. El campo de Cangrejillos está situado en una hondura que forman unos pequeños cerros; y así que los enemigos ocupaban la altura que yo dejaba para atravesarlo y no vieron en todo él mas fuerza que me protegiera, cargando sobre mi, á pesar de la abundante lluvia que caía. Yo corrí hasta la altura opuesta en que hice alto y eché pié á tierra para hacerles creer que estaba allí nuestra fuerza. La caballería que me perseguía paró, y mandó unos pocos hombres á un cerro que estaba á la derecha y que dominaba la posición que yo ocupaba. Mientras estos hombres subían, bajaba ya toda la columna al campo sin que el agua dejase de caer á torrentes. Observando yo que acampaban, así que descubrieron que no teníamos fuerzas en las inmediaciones, continué mi retirada; habiendo parado el agua á poco rato, eché pié á tierra en la pampa que sigue hasta la posta de Cangrejos, que dista como legua y media ó dos.

No bien habíamos acabado de desmontar cuando me grita el cabo:—«Mi Mayor, los enemigos».—Vuelvo la vista y viendo que venían á escape sobre nosotros como 100 hombres, mandé montar precipitadamente y echamos á correr hacia un cenegal que hay al frente de Cangrejos, cuya parte está colocada en una rinconada, á la derecha, que despunta dicho cenegal; muy persuadido yo de que la partida mal montada, que había mandado adelantarse esa mañana, estaría ya en salvo.

Como los enemigos no daban caza ya, no trepidé en atravesar aquel ciénego que era muy pantanoso. Al entrar en él empantanóse uno de mis soldados y cae del caballo, quedando éste tendido en el fango: me aproximó al soldado y mandele montar en ancas del mío, sufriendo ya los tiros enemigos y empieza mi caballo á dar corcobos en medio del ciénego al sentir las espuelas del soldado.

En tales circunstancias observo á mi partida, á la que creía ya en salvo, que salía recién de la posta, ancando sus caballos la mayor parte de los soldados. Al fin apurando el mio, logró salir á saltos de aquel fango y corriendo hácia la partida, le mandé abandonar los caballos ancados y correr á pasar el río Colorado, que se encuentra á poca distancia. Me quedé con mis cuatro hombres y seis ó siete más, que iban montados y con el teniente Garcia, á tirotear á los pocos hombres que me habían perseguido sin atreverse á pasar el ciénago para dar tiempo á que salvarsen el río los hombres de á pié. Pude practicar esta operación porque la mayor parte de la caballería que me perseguía se había dirigido á despuntar el cenegal por la posta, en alcance de la partida que habia visto salir de ella á pié. Lo despuntaron y se nos acercaron haciendo fuego sobre nosotros; yo seguía mi retirada tiroteándolos también, pero al llegar al río veo á mis hombres de á pié detenidos por estar el río muy crecido con la avenida de los cerros ocasionada por la lluvia. Los enemigos se precipitan sobre nosotros y tenenõs que tirarnos al río, tomando por la mano á los de á pié que pudieran agarrar, hasta ponerlos en el otro lado.

La mayor parte de los enemigos quedaron en la otra banda con los 9 hombres que me tomaron y solo pasaron como 30 hombres, siguiendo desordenadamente nuestro alcance, cuando volví repentinamente con los 12 hombres que me acompañaban montados, incluso el Teniente, y cargué sobre los que venían mas inmediatos y los cuales volvieron caras: los demás que se habian detenido á tomar los 5 hombres que habíamos hecho pasar el río, siguieron su ejemplo y se tiraron al río, abandonando aquellos prisioneros.

Contribuyó también á esta fuga de los enemigos y á que no nos persiguieran más toda la caballería de su vanguardia, el haber yo llegado, al toque de generala, que se oyó mas acá de la posta de Colorado. La había mandado tocar el jefe de uno de nuestros batallones,

que iba á incorporarse á nuestra vanguardia desde que sintió las descargas que me hicieron y recibió también el parte que yo había mandado, de ir perseguido por toda la vanguardia enemiga y de retirarse la nuestra por el camino de.....hacia la posta de la Cueva.

Continué, pues, mi retirada en circunstancias de ponerse ya el sol: Llegué á Colorados muy cerrada la noche y encontré que el dicho batallón había retrocedido, abandonando algunas tiendas de campaña y unas cuantas ollas de rancho, porque las bestias que las debían conducir, estaban cansadas. Mandé cargar todo en dos cabalgaduras de mi partida y me retiré. Allí fué donde se me incorporó el indicado soldado que escapó del enemigo en la noche anterior.

Al siguiente día me reuní en La Cueva, con nuestra vanguardia; y la enemiga permaneció en Cangrejos, dos días creo y luego pasó al puesto del Marqués de Yavi.

En estas circunstancias se movió el señor general Rondeau con nuestro ejército desde Huacalera su cuartel general, no recuerdo si marchando él por la quebrada de Pulmamarca y el Jefe del Estado mayor general Francisco Fernandez de la Cruz, se puso á la cabeza de la vanguardia y marchamos sobre el enemigo; á consecuencia del regreso del general Martín Rodriguez. A los pocos días de nuestra marcha atacamos la vanguardia enemiga, con la nuestra, casi al anochecer y fué aquella batida con bastante pérdida y perseguida hasta muy cerrada ya la noche y en la cual se nos reunió nuestro ejército.

El general Pezuela, que se había ya movido sobre el nuestro, á consecuencia de no sé qué esperanza que le hizo ver el general Rodriguez, cuando obtuvo su pasaporte, se hallaba creo en la Quiaca, cuando la derrota de su vanguardia en el Puesto le obligó á retirarse con precipitación, sabiendo que todo nuestro ejército le seguía. Dicha batalla fué el 17 de abril de 1815.

Al siguiente día muy temprano, continuó nuestro

ejército la persecución del enemigo concentrado ya y sabiendo por la tarde la retirada del ejército enemigo, nuestro General, continuó sin detenerse no recuerdo si hasta el pueblo de Mojo. Lo cierto fué que destinó al general Martín Rodríguez con el núm. 7, parte del Regimiento de Dragones, el de Granaderos á caballo y no sé si dos piezas de artillería, á interponerse por el camino de Mochará entre el ejército del general Pezuela y la división del coronel Lavin, que se retiraba de Tarija con el objeto de batirla.

Ya tarde de la noche, me parece que del siguiente día, acampamos bastante desordenados por la larga marcha y por el tormento de la sed, precisamente á cuatro ó seis cuabras antes de llegar á la punta del camino que traía la división de Lavin, á la que íbamos empeñados en tomar. Cansada la tropa se durmió á pierna suelta y los enemigos pasaron de largo sin ser sentidos, antes de amanecer, como lo confesaron después los prisioneros de que hablaré más adelante.

Al aclarar el día, se avistaron hombres armados de infantería á vanguardia y se alarma nuestro campo. El general Rodríguez entonces me manda montar á caballo con 8 Dragones, un cabo y un sargento, para reconocerlos: voy y encuentro que eran soldados nuestros de los muchos que se habían dispersado esa noche, los mando al campo y siguiendo un poco más adelante me encuentro con el camino por donde acababa de pasar la dicha división; sigo sus huellas frescas hasta distancia como de más de una legua, en donde descubrí almorzando en una altura la retaguardia del enemigo, compuesta de 80 infantes montados.

En el acto de descubrir esta fuerza, mando un Dragon con el parte al General, pidiéndole 35 Dragones para atacarla. Así que los enemigos vieron volver de galope al Dragon, principiaron á montar á caballo para retirarse. Entonces dirigiéndome á mis nueve hombres les digo: «Sería una vergüenza para unos valientes, el que perásemos ayuda para acuchillar á estos cobardes» — y

habiéndome contestado—«Vamos sobre ellos mi Mayor, cuando guste»—mandé carabina á la espalda y sable á la mano y marché por delante repechando la loma y dando en seguida las voces de trote, galope y á degüello.

Los enemigos al empezar nuestro trote se echaron los fusiles á la cara esperándonos formados y á caballo y cuando mandé á degüello hicieron su descarga y volvieron caras al mismo tiempo, viendo que ella no nos contenía. Los perseguí como media legua y regresé con 21 prisioneros incluso un oficial, 84 fusiles, dos cargas de equipajes y algunos caballos ensillados, dejando 23 ó 24 hombres muertos.

Habiendo bajado la loma en que fué el ataque, abrí las dos cargas de equipaje y distribuí la ropa entre los soldados, con más de cien y tantos ps. fuertes que encontré en el equipaje, de los cuales di 10 á cada uno de los soldados, 12 al cabo y 14 al sargento, tomándome yo 30.

Después de esta operación que fué muy breve, marché en retirada con los prisioneros y mi partida, cargados de fusiles, pues se tomaron dos cargas con 40 fusiles descompuestos y el resto era de los prisioneros y muertos; sin haber tenido por mi parte más que un soldado herido.

Habíamos andado diez cuadras cuando descubrí al mayor graduado Manuel Escalada, que venia al galope con 25 Granaderos en mi auxilio. Nos encontramos y regresé con él.

El parte lo pasó el general Rodriguez al General en jefe, pero desfigurando el hecho; pues decía que habiendo mandado á los sargentos mayores La Madrid y Escalada, con una división, á observar á la columna enemiga, habíamos alcanzado su retaguardía y obtenido la ventaja que dejo detallada. Este parte que se dió en la orden general del ejército en Tupiza, fué celebrado allí con músicas y dianas, pero por el mismo conductor de él, al cuartel general, varios individuos del ejército, reci-



Manuel de Escalada



bieron cartas de oficiales y soldados de los cuerpos que estaban con el general Rodriguez, en las que les comunicaban la realidad del suceso; esto es, haber sido yo solo quien había obtenido aquella ventaja y no con una división, sinó con 9 Dragones solamente. Sin embargo el parte no fué remitido á Buenos Aires, como no se había remitido tampoco el triunfo de la Rinconada, ni el de la Quiaca.

¡Oh valiente Mayor, como vá!—fué el único agasajo con que el general Rondeau, me recibió, al presentármeme en Tupiza, después de dicho encuentro, pués había yo pedido licencia al general Martín Rodriguez para ir al cuartel general en busca de un buen caballo que me había llegado de Tucumán.

De allí continuamos la marcha hasta Potosí, habiéndonos reunido con la división del general Martín Rodriguez en el pueblo de Cotagaita.

De Potosí pasó el general Martín Rodriguez, no recuerdo si con los Dragones, á establecerse en Chuquisaca, de Presidente de dicha Capital, nombrado por el señor general Rondeau, cuya marcha fué inmediata á la llegada del ejército.

Como habían emigrado con el ejército español del general Pezuela, muchos comerciantes y vecinos pudientes realistas y de un modo precipitado, así como de Chuquisaca, muy luego empezaron á descubrir varios tapados ó entierro de dinero, que habían dejado ocultos, así como alhajas y algunas otras especies de valores, tanto en Potosí, como en Chuquisaca, de que resultó un gran auxilio para el ejército y no poco para los comisionados ó jefes principales.

Yo me había quedado en Potosí con el Mayor general Francisco Fernandez de la Cruz, desempeñando el puesto de su Ayudante, fuí mandado á Chuquisaca, no recuerdo con que orden ó comunicación para el general Martín Rodriguez. Estando yo allí presencié el descubrimiento de uno de los varios tapados ó depósitos que allí habían encontrado, y aun fuí comisionado por el se-

ñor Presidente Rodriguez para ir á sacarlo del Monasterio, de Santa Clara ó Santa Mónica por aviso que había tenido del Gobierno de haber allí un depósito perteneciente á enemigos de la causa, que habían emigrado con el ejército enemigo.

El resultado fué que habiéndome presentado al locutorio de dichas monjas, enseñado á la Madre Abadesa la orden que llevaba del señor Presidente para registrar el Monasterio, si no me presentaban los intereses que habían ocultado allí algunos españoles que habían emigrado, me prometió dicha madre entregarme todo lo que tenía y para el efecto de que no se diesen cuenta en el Monasterio, hizo abrir la puerta y me introdujo con dos ó tres acompañantes que yo llevaba á una pieza donde me presentó no recuerdo si cinco ó seis baules y petacas y no sé si algunas piezas de géneros.

Mandé abrir á presencia de ella misma y de dos monjas mas que le acompañaban, los baules y petacas, para que viesen lo que contenían y habiendo encontrado que solo tenían todos ellos un poco de ropa y los mas un cargamento surtido de diferentes piezas de cuerno primorosamente trabajadas, como juegos de café, vaseras, copas de todas clases y de tornillos, platitos y cubiertos maravillosamente contruidos para dulces y otras muchas piezas curiosas, mandé amarrar las petacas y baules é hice entrar unos soldados que tenía á la puerta para que los sacaran, y conduje á la presidencia y habiendo echado el ojo para pedírsela al Presidente, á una preciosa vasera de 12 vasos.

Habiendo llegado á la presidencia le presenté al señor General y Presidente Martin Rodriguez todo cuanto había encontrado en dicho Monasterio, diciéndole que aunque no era de valor, habían multitud de piezas de mucho gusto y que yo había elegido una vasera por si tenía la bondad de cedérmela. El me contestó que con mucho gusto me la daría, que entregase todo al jefe encargado de recibir todo cuanto se secuestraba, y tomase la vasera. Pasé á la habitación ó depósito que era una

hermosa pieza y entregué todo al jefe encargado, que no recuerdo quien era, si Balcarce ó Zamudio.

Lo cierto es que habían varios presente y que habiéndoles dicho que el Presidente me había cedido una vasera que estaba á la vista, me quedé sin ella porque se le antojó á uno de los presentes jefes, y chocado yo de una acción semejante, no quise escoger ninguna otra cosa de las diferentes curiosidades que había del mismo material, y me salí; pero para no quedar chasqueado del todo, acepté un hermoso matecito de cuerno y un par de vasos y copitas de lo mismo que me regaló después uno de los oficiales de Dragones y fué con lo que regresé á Potosí y con dos pagas que me mandó dar el Presidente y llevando no recuerdo cuantos miles de pesos en surronada, para el ejército.

No recuerdo tampoco, el tiempo que permanecemos en Potosí, pero sí que el ejército fué pagado y bien provisto de vestuario y que no faltaron diversiones.

En seguida marchó el ejército para Leñas, con dirección á la provincia de Chayanta y habiéndose adelantado de dicho lugar, el Mayor general Cruz conmigo y sus demás ayudantes á un pueblito inmediato, cuyo nombre no recuerdo, y creo que tambien el General en jefe, fué allí que nos tomó esa noche una horrorosa nevada mientras dormíamos, pues me acuerdo que al amanecer habiéndose despertado el general Cruz y pedíome que llamara á su criado, para que le alcanzara un mate, pues teníamos las camas en una misma pieza, me dijo al ver el resplandor blanco que entraba por las rendijas de la puerta:—¿Qué demonio es eso que blanquea? Es nieve mi General, le contesté, y abriendo la puerta ví que estaba obstruido todo el patio con mas de una vara de ella.

Había sido esta nevada tan abundante, que para pa-

sar yo al rancho donde estaban los ordenanzas, con bota granadera bien alta, me internaba hasta mas arriba de la bota y se me introducía la nieve por entre ella; y para venir los soldados, tuvieron que abrir un ancho camino con palas, y el día amaneció claro.

No se veía un solo arbusto ni una piedra en el campo y esta nevada costó al ejército la pérdida de más de 200 hombres, pues tuvimos que continuar la marcha por entre la nieve, creo que dos ó tres días, con mil trabajos y casi todos ciegos. Yo y algunos otros nos libramos de esto poniéndonos un pañuelo de seda á la cara y asegurado por el sombrero ó la gorra.

Marchamos así trabajosamente hasta llegar á Chayanta y el general Pezuela tenía el cuartel general en la posta de Sorasora cerca de Oruro, y su vanguardia en el pueblo de Venta y Media.

La desertión del enemigo á nosotros era crecida, pues se nos pasaban diariamente porción de hombres armados. No sé á los cuantos días de haber llegado á Chayanta fui destinado á pedimento mío, á ir á recorrer la posición de Venta y Media con 16 Dragones.

El general Rodriguez propuso al General en jefe que iría á sorprender la vanguardia enemiga, la cual se hallaba en Venta y Media, á 10 ó 12 leguas de Chayanta, teniendo este su cuartel general ocho leguas mas allá en Sorasora y se lo propuso á consecuencia de los partes que yo había pasado, por hallarse, hacia dos días, al frente de la vanguardia enemiga con 16 hombres.

El general Rodriguez, salió llevando para esa empresa 400 cazadores y 200 Dragones, contando la vanguardia enemiga de mayor número. Antes de llegar aquella columna á inmediaciones de Venta y Media, se adelantó el general Rodriguez con su escolta hasta el punto en que yo me encontraba, con el objeto de que le mostrara la posición del enemigo; y así lo verifiqué, haciéndole salir al cerro, en cuya falda del Oeste estaba el pueblo de Venta y Media. Estando allí el General, al abrigo de unas piezas que le ocultaban, le pedí permiso

para ir con 10 hombres bien montados á sorprender una guardia que el enemigo tenía hácia la parte de su cuartel general; y obtenido velozmente al norte por una quebrada. El mayor graduado Manuel Escalada, ayudante del General, también obtuvo ese permiso después de haberme yo separado y me alcanzó sólo, en circunstancias que acababa yo de sorprender dos ordenanzas del enemigo, que pasteaban en una quebrada 11 mulas de jefes y oficiales: me informé de ellos acerca del lugar que ocupaban dos guardias enemigas de 12 hombres cada una y ambas de infantería, y supe que estaba la 1ª al otro lado de un portezuelo inmediato y la otra á 8 ó 10 cuadras mas adelante, á la orilla del pueblo, y la caballada en pastoreo, en la cañada inmediata.

Con este conocimiento dejé á los dos prisioneros desarmados y encerrados en un rancho de piedra con un centinela á la puerta y me lancé al portezuelo mandando tocar á degüello, así que salí á él y descubrí la guardia, la cual sin darle tiempo á huír fué hecha prisionera, habiéndole muerto dos hombres. La otra guardia huyó al pueblo haciéndonos algunos tiros.

Observada por mi la caballada, ordené al mayor Escalada hiciera alzar en ancas á los prisioneros, mientras yo con el corneta la juntaba y la echaba por delante; lo que practicado inmediatamente y sin dificultad por haber fugado los dos hombres que las pastaban, emprendimos la retirada, perseguidos ya por la columna de infantería que salió del pueblo. Escalada con los prisioneros por delante y yo con el corneta arriando como cien animales, entre caballos y mulas, á eso de las dos ó tres de la tarde y observado por el general Rodríguez desde la altura, sin ser descubierta por el enemigo.

Cuando ya hube dejado de ser perseguido, el General bajó, se me reunió llenándome de elogios, y retrocedió á encontrar nuestra mencionada columna, que como he dicho, había quedado atrás. Yo quedé allí en observación del enemigo, después de convenidos en que la co-

lumna debía llegar después de bien cerrada la noche y llegada que fuese la columna, daríamos el asalto al pueblo por sobre el cerro.

Cerrada ya la noche llegó el General con la columna y después de haber dado el debido descanso á la tropa, mientras se tomaron todas las disposiciones necesarias, me mandó á sorprender con 200 Dragones la guardia reforzada que pusieron los enemigos mas adelante del punto en que había yo tomado la del día anterior, con el objeto de llamar allí la atención del enemigo; cuya operación vine á ejecutar como á las 3 de la mañana por haberme el General hecho practicar dos marchas y contramarchas del norte al sur y del sur al norte, vacilando sobre cual de los dos puntos debía yo atacar, hasta que habiéndonos sentido los enemigos (por un tiro imprudente que disparó un ayudante del General, capitán Eustaquio Moldes, sobre el teniente Felipe Heredia, que iba mandado por mi á dar parte al General, de no haber novedad en la altura) y hecho seña á su cuartel general con dos cohetes de luz, me precipité sobre el punto del norte que me había indicado primero, desobedeciendo una nueva orden de hacer otra contramarcha al sur; pues ya los enemigos nos habían sentido como se lo mandé prevenir.

El resultado fué que habiendo acuchillado un retén que había avanzado la gran guardia enemiga, por haberlo engañado á su centinela, contestando—*español*,—al quién vive, y nombrando patrulla, tuve que replegarme á la descarga que me hicieron cien infantes desde la altura, con el fin de esperar 20 hombres mas que había mando pedir al General, para cargar á la gran guardia, llegó entonces el capitán, en aquella fecha, Julian Paz con ellos; y á penas se me incorporó, mandé echar carabina á la espalda y sable á la mano y nos arrojamos hácia la altura, cambiando de frente á la luz de la descarga con que fuimos recibidos. Los enemigos fueron todos muertos á excepción de 35 prisioneros que pudo salvar el capitán Paz y á excepción también del capitán

entonces, N. Valdes (á) el Barbarucho, que logró escapar. Sin mas desgracia por nuestra parte que la de un cabo muerto y dos ó tres heridos.

En esta circunstancia y empezando ya á aclarar el día, salió del pueblo una columna como de 200 infantes y al verme formó en batalla, dando la espalda al cerro, en que debía estar el general Rodriguez. Mandé yo á mis 40 Dragones dar frente á ellos y sintiendo al mismo tiempo el paso de ataque con que venía la columna de nuestros cazadores, por el mismo lugar que habíamos bajado nosotros, corrí á dar aviso al entonces mayor Rudesindo Alvarado, sin hacer caso de mi aviso siguió adelante, diciendo que su orden era tomar el pueblo; se interpuso entre la línea enemiga y mis 40 hombres é hizo alto. Los enemigos que observaron nuestras fuerzas se dieron por perdidos, descansaron sobre las armas y quedaron inmóviles, esperando sin duda la intimación para rendirse. Yo varié entonces de dirección por retaguardia de mi derecha, sobre la izquierda en batalla y quedé en orden inverso dando la espalda al pueblo y mi frente al flanco izquierdo del enemigo, al cual amenacé en alta voz, al ejecutar mi cambio de frente, con que serían pasados á cuchillo si disparaba un solo tiro. Asi es que habiendo un Capitan con nueve ó diez hombres de línea enemiga echado armas al hombro y pasándose á nosotros, sus compañeros no le hicieron un tiro, ni dieron una sola voz para detenerlos. Este es un hecho que pasó á la vista de todos.

Alvarado, que á la vista de tan felices circunstancias, debió formar batalla á la izquierda y marchar sobre el enemigo, dispersó su compañía de tiradores sobre el flanco izquierdo, y por consiguiente inutilizó su columna para hacer fuego por sobre ellos.

Serenados los enemigos de su primera sorpresa, se dispersaron en tiradores, subiendo hácia el cerro que tenían á su espalda, y haciendo fuego sobre nuestros cazadores. En este momento se veían salir del pueblo hombres y mujeres ganando los cerros opuestos, con

atados de ropa á la cabeza. Yo quedé esperando la descarga de nuestra columna sobre nuestros enemigos para caer sobre ellos; pero nuestra columna se dispersó sin haber formado en batalla. Yo quedé interpuesto y solo, entre los 200 infantes enemigos, y otras fuerzas mas que salían del pueblo; pues los Dragones que recibieron orden del general Rodriguez para cargar á la fuerza que subía dispersa al dicho cerro, huyendo de nuestros tiradores, fueron puestos en desorden por el obstáculo de una zanja que encontraron y por una descarga que recibieron al mismo tiempo; de manera que para incorporarme á nuestras fuerzas que huían, tuve que romper por entre los enemigos, atropellando cerro arriba á los que quisieron oponérseme y perdiendo algunos hombres.

Este fué el fruto de la acción de *Venta y media*, en la cual habiendo debido y podido apoderarnos de toda la fuerza enemiga que allí había, después de la ventaja que ya había conseguido, fuimos batidos y dispersados y de toda la columna, apenas regresamos á incorporarnos al ejército en Chayanta, noventa y cuatro hombres entre infantería y caballería, á los que tengo bien presentes. Entre ellos estaba el entonces sargento mayor de Dragones José María Paz, el cual salió con un brazo fracturado, de un balazo que recibió por hacer los mayores esfuerzos á fin de contener á su cuerpo y volverlo á la carga.

Desde aquel momento, paró la deserción del enemigo, pues antes de este acontecimiento, se nos estaban pasando diariamente muchos hombres armados, hasta el extremo de habérsenos presentado un día 40 soldados con sus armas; y no fué esto solo, sinó que se movió inmediatamente el ejército enemigo sobre nuestro cuartel general de Chayanta.

En la retirada, que se efectuó con precipitación, creo que al siguiente día ó al otro, de nuestro regreso al ejército, yo fuí encargado por el señor general Rondeau de ir á la cabeza de cincuenta Dragones de que contaba

mi compañía, á encontrar al ejército enemigo que se movió rápidamente sobre nosotros, pero con el ascenso á Sargento mayor en propiedad, conferido por una orden general extraordinaria, y que fué precursora del llamamiento que me hizo el General con su ayudante Miguel Planes, para confiarme dicho encargo. Todos los jefes de los cuerpos me franquearon sus caballos de marcha, para que mis Dragones los llevasen de tiro y jamás soldados algunos, nuestros, se vieron mejor montados, ni mas honrosamente expuestos. Partí con ellos á encontrar al enemigo, al anochecer del siguiente día del contraste; y el ejército se movió en retirada, no recuerdo, como acabo de decir, si en esa misma noche ó al amanecer del siguiente día, recibí orden del General después de haber marchado para salvar á mi regreso y de paso lo que pudiera de la parte del tren de artillería y municiones, que por falta de bestias, dejaba abandonada en el cuartel general y de quemar lo que no pudiera salvar.

Dos días estuve tiroteándome con la vanguardia enemiga en retirada. En el último de ellos, remití para el ejército al doctor Lopez, santiagueño, capellán del general Pezuela, que se me presentó pasado. Me puse entonces en marcha hacia nuestro ejército, salvé al paso como se me había ordenado, dos cañones volantes, algunos arzones y cureñas y cuatro ó cinco cargas de municiones y piedras de chispas, cargándolo todo en nuestros caballos y mulas de marcha. Solo pegué fuego á un cajón de cartuchos sin balas; esto á la vista ya de una partida enemiga, que se aparecía al dejar yo el Pueblo. Alcancé dos días después, en el pueblo de Capinota, al coronel de Granaderos á caballo Juan Ramón Rojas, que iba cubriendo la retaguardia de nuestro ejército; entreguéle cuanto había salvado y pasé adelante á presentarme al General, á quien alcancé en marcha á la cabeza de toda la fuerza.—Esto se ha olvidado él en la Memoria.

Entre tanto el enemigo, al cerciorarse bien de nuestra retirada, dejó de seguirnos y retrocedió tomando otra dirección á Sipe-Sipe.

El mismo día en que como he dicho, alcancé al señor General en jefe, le pedí licencia, que me otorgó, para pasar á Sipe-Sipe, con el objeto de conocer la ciudad de Cochabamba que está tres leguas mas adelante.

Llegué allá, en efecto, y el cura y algunos que me obsequiaron, iban á conducirme para hacerme conocer la ciudad, así que acabásemos de comer, cuando recibí un propio del General, ordenándome esperase en Sipe-Sipe la llegada de la compañía que había dejado de mandar y que pasara con ella á ponerme al frente de la vanguardia enemiga en su nueva ruta, dándole avisos instantáneos de sus movimientos. Así lo efectué dos horas después, luego que llegó la compañía, quedándome con el deseo de conocer á Cochabamba.

Cuatro dias consecutivos vine tiroteándome de día y de noche con la vanguardia enemiga y dando avisos al General, hasta que en la noche del último, me incorporé al ejército, dejando ya al enemigo dueño de la cumbre, por donde se desciende al llano que ocupaba nuestro ejército.

Al siguiente día salí con el General á enseñarle el camino por donde debía descender el enemigo. Lo reconoció todo y destacó la mitad del ejército á unas alturas que dominaban el desfiladero por donde debía bajar el ejército enemigo: allí debía perecer todo él antes que conseguirlo, si se hubieran conservado esas ventajosas posiciones, que sin embargo se abandonaron despues sin saber por qué.

Este abandono fué el que ocasionó la pérdida de la batalla, precisamente en el día mismo en que debíamos quedar dueños de todo el Perú, por la destrucción total de todo el ejército de Pezuela.

La retirada de nuestra ala derecha, abandonando un parapeto que la cubria, para venir á ocupar la direccion de nuestra izquierda que estaba mas á retaguardia, retirada que aún no se sabe quien la ordenó, produjo en seguida la dispersión simultánea de los demás cuerpos del ejército, como paso á manifestarlo.



Cornelio Zelaya



Yo, sin embargo de ser edecan del Mayor general, había pedido permiso para mandar un escuadrón en la batalla, para no encontrarme por segunda vez, de simple conductor de órdenes. Se accedió á mi solicitud y se me dió el mando del segundo escuadrón de Dragones en el ala izquierda, la cual era mandada por el coronel Zelaya.

Nuestra ala derecha que mandaba el mayor general Cruz, habíase parapetado de unos cercos de piedras que había sobre la barranca misma del río, en cuya playa estaba formado el ejército enemigo, desde donde le causé tal daño á éste, que Pezuela iba ya haciéndolo retirar por el flanco derecho á ganar la quebrada, por donde había descendido al llano, cuando un edecán lo alcanzó é hizo parar, probablemente á consecuencia del abandono del parapeto, hecho por nuestra derecha. Yo había insistido en esos momentos al coronel Balcarce, que mandaba los Dragones, para que cargásemos al enemigo que se retiraba, pero se excusó con que no tenía órdenes.

Hacer alto la línea enemiga, dar frente y moverse sobre nosotros, fué una misma cosa. En seguida observamos la dispersion sucesiva de todos nuestros Cuerpos; pero el Coronel, firme en su propósito de no moverse sin orden del General, permaneció inmóvil, aun estando ya próximo el enemigo.

Llegó por fin la orden, y el Coronel mandó:—«Escuadrones por la derecha, marcha de flanco, conversión á la derecha», y nos movimos en retirada de flanco. Otra columna de caballería enemiga, como de 300 hombres, se nos adelantaba ya por nuestro flanco derecho; cuando corrí á la cabeza, á solicitar permiso del Coronel para cargarla; lo encontré con su caballo bandeado por el hocico, cortada la cabezada del freno y éste hecho preta, por el pescuezo del animal, que él castigaba con su espada para hacerlo andar, me contestó:—«cargue Vd. si quiere ó haga lo que le parezca, pues ya vé Vd. como voy».

Así que me dió esta contestación, contramarché vo-

lando, y puesto al costado de mi escuadrón, le dije: « Vergüenza eterna sería para nosotros que esta columna se nos escapara; si hay 50 valientes entre vosotros, que me sigan ó moriré yo solo »—y di vuelta hácia el enemigo: como 50 bravos me siguieron y rompí por medio de la columna enemiga, en circunstancias que ella estaba pasando un zanjón. Los enemigos iban en extremo borrachos, por haberse apoderado de unas cargas de aguardiente poco antes, y no nos conocieron; pero apenas lo advirtieron, con motivo de haberles volteado mas de 50 hombres á sable, cuando se puso la columna en precipitada fuga.

Toda la infantería de la derecha enemiga, así que vió á su columna de caballería en fuga, siguió su ejemplo, y los perseguí acuchillándolos hasta la boca de la quebrada por donde habian descendido de la altura; antes de llegar á este punto, había yo mandado un alferéz, llevando al General, al pueblo de Sipe-Sipe que era el punto de reunión, el parte del triunfo que obtenia, para que me remitiese mas fuerzas.

Los enemigos, así que llegaron á los cercos de piedra de la boca de la quebrada, se pararon parapetados en ellos y me recibieron con una descarga.

¡Pero cuál fué el asombro cuando observaron que poco menos de 50 Dragones habian hecho correr á mas de mil hombres!!

Yo regresé al pueblo de Sipe-Sipe, juzgando entonces reunido allí á nuestro ejército á virtud del aviso mandado; mas mi sorpresa fué igual á la del enemigo, que acababa de perseguir, cuando fuí recibido á balazos por los enemigos del costado izquierdo que estaban en posesión del pueblo.

Convergi entonces á la derecha y estábamos pasando un zanjón, cuando se me presenta el teniente de Dragones Rafael Olavarría á avisarme que el mayor general Fernandez de la Cruz, acababa de caer de un balazo é iba á ser prisionero por un escuadrón de Talaberas. En el acto ordeno á los Dragones que habian

pasado el zanjón que corriesen á reunirse con el Coronel y retrocedí con Olavarría al punto en que había caído el Mayor General, con veinte y tantos hombres quien me llamaba y cargo sobre el escuadrón de Talaberas que iba ya á tomarlo. Al oír mi nombre los enemigos se apartan y el Mayor General es salvado y conducido en el caballo de un ordenanza mío y montado éste á sus ancas para sostenerlo y escoltado por mi fuerza. Le doy en seguida seis hombres y un oficial que lo conduzcan; me quedo con veinte ó mas Dragones á salvar á nuestros infantes; los enemigos no se atreven á perseguirme y soy el último que dejo el campo de batalla y sacando en ancas de mi caballo á un soldado español, infante nuestro y al cual salvé últimamente, rechazando á unos Talaberas que iban á tomarlo. (1)

De los hechos de esta mi relación, fué testigo presencial, la mayor parte de nuestra izquierda y aún existen hoy en Buenos Aires y aquí mismo soldados y oficiales que presenciaron todo.

Dejado el campo de batalla me retiré muy tranquilo con cerca de treinta Dragones hasta Sacace, sin ser perseguido por nadie, allí encontré al *General en jefe con alguna fuerza y con los mas de los jefes del ejército*, pues el cura de dicho punto que era bastante realista, le había dispuesto una comida, no sé si para detenerlo. El resultado fué que cuando se levantaron de la mesa se había mandado mudar la mayor parte de la fuerza, sin orden. El General, así que supo esta dispersión, continuó su marcha como á eso de las cuatro y media de la tarde, con los pocos jefes y ayudantes que tenía á su lado, siendo uno de ellos el capitán Julián Paz, hasta una población de indígenas, cuyo nombre no recuerdo, en la cual había alguna fuerza reunida.

[1] A este soldado lo encontré en Tupiza de comerciante y con una hermosa tienda el año 32, cuando me retiraba después de la acción de la *Ciudadela* contra Quiroga y me regaló un par de pistolas y dos onzas de oro, instándome, hasta que las tomé. Yo no lo había conocido, pero él se me manifestó así que nos vimos.

Al marcharse el General, de Sacace, había yo aumentado mi pequeña fuerza con algunos Dragones y quedado á retaguardia, con el objeto de cubrir y proteger la retirada avisándoselo, por supuesto, al General.

Acampado éste después de puesto el sol, en la población indicada, con los restos del ejército, llegué yo momentos después á verme con el General y avisarle que como á un cuarto de legua de allí quedaba acampada mi fuerza en número como de sesenta hombres, bien montados, que podían pasar la noche tranquilos hasta la madrugada, pues yo respondía de que no serían sorprendidos, por que los enemigos quedaban borrachos y no se habían movido de Sipe-Sipe cuando se ponía el sol; que á las doce de la noche iba mandar tocar diana con los cornetas de Dragones que tenía reunidos, para imponer á las partidas que pudieran observarnos, que por consiguiente no se alarmaran al oír dicho toque y regresé donde había dejado mi fuerza.

A las 12 de la noche, montado á caballo con toda mi fuerza y tomadas las precauciones necesarias, mandé tocar la diana y fué esta la señal, sin embargo, de mis precauciones, para que se pusieran en movimiento á esas mismas horas todos los restos del ejército sin orden alguno; de manera que cuando regresaron mis partidas descubridoras y mandé el parte sin novedad, antes de amanecer no encontró el conductor á quien darlo y regresó. Púseme entonces en retirada y alcancé al General como á las once de la mañana.

Así que hablé al General y dí parte de no haber novedad, le propuse adelantarme con la mitad de mi fuerza para contener á todos los hombres que se habían desbandado y quitarles á los infantes las cabalgaduras de que se hubiesen provisto, pues no descuidaban en semejantes casos, en quitar cuanto encontraban en el tránsito, para montar con ellas nuestros hombres de caballería. El General aprobó mi pensamiento y yo marché con presteza, distribuyendo dos partidas por derecha é izquierda y designándoles el punto en que debían reu-

nírseme á la cinco de la tarde, con todos los hombres y cabalgaduras que encontrasen, pero sin dañar al vecindario.

A la hora señalada estuvieron las dos partidas reunidas con algunos hombres y bestias y esperé al General, con mas de setenta hombres reunidos, y veinte y seis buenas cabalgaduras, que destiné á la caballería asi que llegaron; allí pasamos la noche con más tranquilidad y como á diez y seis leguas del campo de batalla, y de este punto se adelantó el General con sus ayudantes y creo algunos jefes para Chuquisaca, dejando al coronel Zelaya al cargo de la fuerzas que iban reunidas.

Como en la operación del día anterior hubiese aumentado yo muchos hombres y cabalgaduras al ejército, se me destinó á practicar igual operación todos los días y al anoecer lo esperaba con los hombres y cabalgaduras que había reunido en el día. Asi llegamos á Chuquisaca á los pocos días y después de haberse proporcionado un socorro á toda la fuerza del ejército que llegó, fuí despachado de orden del General en jefe por el Presidente, general Martín Rodriguez, hacia el río Grande que está á no muchas leguas de Sipe-Sipe, con el objeto de observar al enemigo, con solo 10 Dragones y en cuya comisión se me dejó abandonado, marchándose el ejército sin darme aviso, á consecuencia de haber marchado una división enemiga en dirección á Potosí, con el general Olañeta.

Regresando de mi comisión al tercer día con el aumento de 12 hombres que reuní, vine á saber dos leguas antes de Chuquisaca, que el ejército se habia retirado y que los cholos sublevados después de la marcha del ejército, tenían encarcelados á varios soldados de nuestros dispersos y uno ó dos oficiales que habían desarmado para entregarlos al enemigo. Entré con esta noticia á la plaza, confiado del respeto que ya me tenían los indios y cholos y llamando al Alcaide le mandé abrir las puertas de la cárcel y que me entregase todos los individuos del ejército que allí habia.

El Alcaide quiso excusarse con que necesitaba orden del Juez, pero habiendo amenazado fusilarlo, obedeció y me entregó veinte y tantos hombres, con uno ó dos oficiales y marché inmediatamente con ellos, caída ya la tarde, continuando la mayor parte de la noche.

Al acercarme á Bartolo en la noche del siguiente día fui informado de estar allí la fuerza enemiga y me fué preciso dirigirme por sobre los cerros de la izquierda á tomar el camino de Cinti, pues me era ya imposible alcanzar al ejército. Llegué á dicho pueblo de Cinti á los pocos días, con cerca de cien hombres que había logrado reunir, la mayor parte de ellos infantes y desarmados. Las autoridades del pueblo y en particular un coronel Camargo indijena, bastante acomodado y de influencia, se empeñaron así que me vieron, en que me quedara para defender con ellos aquel Departamento.

Como no tenía yo facultad para aceptar el partido que se me proponía, sin embargo de que me inclinaba á ello así para fomentar el patriotismo de los habitantes que me eran ya afectos por mis hechos de armas anteriores, como por el deseo que ya tenía de adquirir una reputación obrando solo sobre los enemigos de nuestra independencia que ya respetaban mi nombre, les contesté que aceptaba gustoso la proposición que me hacían, pero que no podía quedarme sin obtener antes el permiso de mi General, que al efecto era preciso que yo pasara en su alcance.

El resultado fué que en ese mismo día mientras me proporcionaron almuerzo, á mi y á los dos oficiales que me acompañaban; la tropa se sublevó en el cuartel á consecuencia del vino con que los obsequiaron y atropellando la guardia se salió hácia la plaza dando voces de saqueo. Corrí con espada en mano á su encuentro, así que fui informado y á fuerza de estocadas y sablazos los hice retroceder al cuartel; castigué á dos que aparecían los principales promotores de aquel escándalo y quedó todo en sosiego.

Al siguiente día al emprender la marcha se me pre-

sentaron de nuevo las autoridades, el Coronel y mucha parte del vecindario, con la misma pretensión del día anterior, pero con tantas súplicas que me fué preciso condescender en dejar la fuerza como una prenda del cumplimiento de mi palabra y partí solo con 16 Dragones prometiéndoles volver á los 8 días y dejando la demás fuerza á las órdenes del coronel Camargo.

Al tercer ó cuarto día alcancé al general Rondeau en Moraya y le di cuenta del compromiso en que había quedado con las autoridades y vecindario de Cinti y solicité su permiso para regresar. El General me lo otorgó y quedó resuelto mi regreso para el siguiente día muy temprano, pero dándome el General la orden de formar un cuerpo de caballería de los hombres dispersos que yo reuniese y de los voluntarios que se me presentasen y del cual sería yo su jefe, formando un cuerpo separado.

Así que amaneció mandé que ensillaran los 16 Dragones que había traído para marchar y se presenta un Ayudante del general Martín Rodríguez, diciéndome que en lugar de los 16 Dragones, debía marchar con 8 hombres que acababan de traer presos con grillos y enancados, desde Tarija y á los cuales acababan de quitarles las prisiones para entregármelos. Me indigné como era natural de una acción semejante y sin querer esperar á que se levantase el General en jefe, me marché con ellos y mal armados, acompañado solo por el valiente teniente Mariano García que se lo había pedido al General la noche antes y contentándome solo con mandar decir al general Rodríguez con su Ayudante:—«Diga Vd. al General que mas he de hacer yo con estos ochos presos, que él con todos los Dragones que le quedan».

A los 4 días estuve de vuelta á Cinti y fui recibido con entusiasmo, pero llegué yá con 14 hombres bien montados, pues se me reunieron 5 en la marcha. Al siguiente día marché á Culpina, acompañado por el coronel Camargo y la fuerza que le había dejado: me situé allí en unos ingenios de propiedad de dicho Coronel. Despaché

proclamas á los pueblos del interior, del entonces Alto Perú y quedó formado en ese mismo día el primer escuadrón de Húsares de la Muerte, cuya denominación quise ponerle, escogiendo para el efecto, los hombres mejores de entre los infantes; nombré Capitán de la 1ª compañía al teniente Mariano Garcia y de la 2ª á un oficial Adanto Cinteño.

Dí colocación en el escuadrón á uno de los oficiales que salvé de la cárcel de Chuquisaca; promoví á Alférez de una de las compañías á un Sargento mendocino llamado Martín Ferreira, que era un valiente, y dejando vacantes las demás plazas, para llenarlas con los que mas se distinguieran en el primer encuentro con los enemigos, me contraje á disciplinarlos tarde y mañana.

A los pocos días, llegó la fuerza de este escuadrón á 80 plazas, con algunos soldados que se me reunieron de las republiquetas inmediatas, á virtud de mis proclamas y de seis jóvenes voluntarios que se me presentaron de Cinti; cuando en esto se nos presenta el brigadier español Alvarez, con una fuerza de 500 infantes y 150 caballos.

El armamento de mi nuevo escuadrón consistía solo en 22 sables y 12 tercerolas; pero se hallaba todo él perfectamente montado y mucho más dispuesto; para darse una nombradía en el primer encuentro con el enemigo, por ser este mi primer empeño al formarlo. Tenía además de esta fuerza, unos cuarenta morenos armados, que pertenecían á los cuerpos del ejército y dos partidas avanzadas sobre el río de San Juan, compuestas ambas de 16 Dragones. No trepidé pues, en esperar al referido jefe que conocía ya mi nombre, con mi fuerza formada en el campo, á pesar de su excesiva superioridad, proponiéndome pisotear su columna con mi puñado de valientes.

Descendió el enemigo al llano de Culpina y se me dirigió formado en columna, en masa. Yo le esperé con mis 40 infantes dispersos en tiradores al frente de mi derecha y con la orden éstos de aparentar una fuga así

que la columna rompiese sus fuegos. Llega este momento y mis 40 infantes, lejos de aparentarla, la emprenden en realidad, botando hasta sus fusiles. Instruyo á mis Dragones del movimiento que voy á practicar y mándoles volver caras en retirada, para provocar al jefe enemigo á dejar su formación de columna para perseguirme, mas éste es demasiado prudente y solo me persigue con sus descargas sucesivas, que hieren á algunos de mis hombres. Párome entonces y doy frente al enemigo, que para y me espera con rodilla en tierra, calando bayoneta su 1ª fila y los fuegos de las demás; y puesto yo á su frente, grito á mis soldados en alta voz:—«Si quereis cubriros de gloria, seguid á vuestro jefe y le vereis pisotear esta columna de esclavos!!!» —Soy contestado por un grito de:—«Viva nuestro comandante La Madrid».—Y me lanzo sobre ellos, dando las correspondientes voces de ataque, cuando al llegar ya á la columna, advierto que solo ocho hombres seguían á la cola de mi caballo, y con ellos la atravieso sin vacilar. Saliendo al otro lado, con mi caballo herido de un balazo y de bayoneta y yo con un golpe terrible por el riñón izquierdo, que me dejó grabada la boca del fusil por dos ó tres días, pero sin perder á ninguno de los 8 valientes que salieron sanos.

En el acto enarbolé una bandera que llevaba amarrada al cinto y que era la señal de reunión para mi tropa y tuve el placer de verla reunida á mi lado antes de 4 minutos, con solo la falta de 7 individuos que habían caído heridos ó muertos.

El enemigo, que juzgó por mi reunión que iba yo á ocupar un cerro que estaba á mi espalda, hácia el oeste, corrió á ocuparlo en columna; yo que tenía otro intento, marché presuroso al cerro del frente por donde había bajado el enemigo y dejado su guardia de prevención con los equipajes y la música. El enemigo, viéndose burlado, bajó y me siguió, pero con tanta presteza, que siempre alcanzó á evitar que su guardia fuese concluída, mas no que le hubiésemos acuchillado algunos

hombres y tomado una parte de sus equipajes y algunos instrumentos de su música.

Observada por mi la columna, formo mi escuadrón y marchó sobre ella proclamando á mi tropa y ordenando al capitán García que saliese á la izquierda y lo atacase por dicho costado.

Verme la caballería enemiga, moverme sobre su columna, desmontarse, abandonar sus caballos y ganar la columna, fué una misma cosa. Sus caballos ensillados, dispararon por decontado, al estrépito de las balas y carga de mi escuadrón; había ya yo dado la voz:—«á degüello»—é iba á penetrar á la columna, cuando vuelvo la vista sobre mi tropa y me encuentro sólo, pero sin detener mi caballo, le cierro los espuelas y arremeto á ella; cuando al asomar la cabeza de mi caballo sobre la primera fila, recibe cinco balazos y tres bayonetazos que lo tienden muerto sobre ella, saliendo yo de carrera hácia mi izquierda con espada en mano.

En el acto mismo de caer mi caballo, oí la voz del jefe enemigo, que gritó atronadamente:—¡No lo maten! El fuego paró y salieron corriendo varios hombres á tomarme. Había corrido ya como dos cuadras ó poco menos, por entre el barro, pues llovía, é iba ya á pararme muerto de cansado y con los enemigos encima, cuando advierto que como á cuatro ó cinco cuadras, corrían á mi encuentro tres valientes ordenanzas que debo nombrar—Gregorio Jaramillo, salteño; Santos Frías, puntano y Juan Manzanares, correntino.—Verlos, cobrar aliento, y salir como un viento de entre los enemigos que ya alargaban las manos para tomarme, fué una misma cosa; me encuentran estos tres valientes ó mas bien héroes y me dá el estribo Frías, tómoló con el pié izquierdo y al subir á las ancas, se me escapa éste del estribo y caigo parado, cuando cazándome el puntano con la mano izquierda por entre el corbatín y el cuello de mi casaca y el salteño por un faldón, me suspenden y sientan á las ancas del primero, en circunstancias que iban ya á tomarme y parten á escape conmigo.

Entonces los enemigos, perdida ya la esperanza de tomarme vivo como tenían orden del Virrey, según lo supe después, nos hicieron una descarga, pero sin fruto. Separado ya del alcance de las balas, mandé parar á los tres hombres y me dice el correntino:— «Mi Comandante, Vd. está herido en el pecho». Mírome y me encuentro con la casaca bañada en sangre, lo cual me sorprendió. Me bajo, desabrocho y veo que estaba sano.

¡Aseguro á mis lectores que me quedé el hombre mas triste y pensativo del mundo! Pero observé que mis oficiales reunían la tropa á la distancia, y recordé sobre todo el mensaje que le había yo mandado al general Martín Rodriguez, al partir de Moraya con mis 8 hombres presos y me llené de orgullo; y deseando concluir con aquella columna ó quedar en el campo, monté en el caballo de Frías y mándole á este montar en ancas de uno de sus compañeros, eché á correr en alcance de los que se retiraban y así que me puse á distancia de ser oído, dí un estruendoso grito de «Alto». Mi voz fué conocida y el escuadrón paró. Llegué á él y lo llené de convenciones por su debilidad. Híceles ver que era preciso morir ó triunfar de aquellos cobardes, que no habrían tenido poder para resistirme, si hubiesen habido entre ellos 25 bravos que me hubieran seguido como los 8 primeros y retrocedí con la falta de diez hombres, mitad muertos y mitad heridos.

Como á 8 ó 10 cuabras antes de llegar á la columna que estaba descansando en el lugar en que dejé mi caballo muerto, había un rastrojo de cebada: entre á él y mandé quitar los frenos desmontando el escuadrón, con el objeto de que descansaran un poco mientras yo exortaba á mis soldados.

Al poco instante toqué á caballo, formé á fuera y marché sobre los enemigos con mi bandera Argentina enarbolada, pero los enemigos aterrados por mi temerario arrojó, tocaron tropa, formaron y ganaron el cerro.

Llegué entonces al lugar en que estaba mi caballo muerto, y le vimos con asombro, tendido sobre las pi-

sadas de la 1.^a fila, pues estaban estas estampadas en el barro en todo el lugar que había ocupado la columna. Allí fué donde se le contaron los cinco balazos y tres bayonetazos; y uno de aquellos le bandeaba la tabla del pescueso, del que fué seguramente la sangre que me salpicó en el pecho al caer de él.

Un solo tiro no nos dispararon los enemigos de la altura y yo me retiré al cerro del frente á cuyo pié había un alfalfar para mis bestias, con el objeto de dar de comer á mi tropa y mandar se me reuniera las dos partidas que tenía apostadas sobre el río de San Juan.

Los enemigos bajaron entonces y se acamparon en el Injenio donde yo había tenido mi cuartel, el cual distaba de mi nuevo campo como una legua. Desde que los naturales del país presenciaron estos dos choques y que el enemigo á pesar de su superioridad numérica había reusado el terreno, ya comenzaron á venirse en grupos á mi campo, así fué que en la tarde de ese mismo día 31 de enero de 1816, puesto ya el sol, hice tocar orden para llamar la atención del enemigo y mandé formar el escuadrón montado y los indios con mis pocos infantes en línea, cuando aun se distinguían los hombres de uno y otro campo y al cerrar la oración, cuando habíamos perdido ya la vista de los objetos en el campo enemigo, dando las voces de mando en alta voz, rompí en columna el frente y me dirigí al toque de marcha sobre él. Este al momento de haber oscurecido tocó generala y como mi objeto no era otro que el de que no pasaran la noche ellos bajo techo y nosotros al raso y en el barro, contramarché con la columna á mi alfalfar y mandé que el capitán Garcia con 12 hombres continuase batiendo marcha con la única corneta que tenía.

Así lo verificó el Capitan hasta los cerros del mismo Injenio de donde sacó con los indios que le acompañaban, unas seis mulas que habían dejado los enemigos, pues habían ganado ya el cerro y en él pasaron toda la noche sobre las armas, llamándoles la atención Garcia

por diferentes puntos, hasta las 12 de la noche, en que se retiró.

Se me ocurrió esa noche la invención de una man-teada á la columna enemiga para el siguiente día y preparé dos hombres decididos con los cuatro mejores lazos del escuadrón, pues con ellos debían llevarse por delante la columna marchando á escape, por derecha é izquierda de ella á vanguardia de mi escuadrón, en el momento de la carga. Pero desgraciadamente nuestros prudentes enemigos no quisieron darme el gusto de probar este nuevo invento, pues se retiraron por la cima del cerro en dirección á Cinti al amanecer.

El coronel Camargo, reunió en esa noche y en el día siguiente 1° de febrero, como 300 ó mas indios con ondas. Así que amaneció y observé la retirada, me moví en su persecución, observándoles por el llano y decidido á acometerlos en la quebrada antes de llegar á la Palca, así que cayese á ella, pues estaba impuesto por el Coronel expresado, de que no tenía el enemigo otro camino que éste, porque en llegando á un punto que he olvidado, no les era ya posible seguir por la cima y debían por precisión caer á la quebrada.

En el siguiente día 2, llegó este momento, y lo esperaba ya el coronel Camargo con todos sus indios y mis pocos infantes que se los di en la cima del cerro de la derecha de dicha quebrada, por cuya falda izquierda tenía que salir los enemigos al salir de ella hácia Cinti ó la Palca, atravesando un largo desfiladero con un profundo despeñadero á la izquierda.

Caidos, pues, los enemigos á la quebrada empecé yo á perseguirlos por el cerro de la izquierda, tendiendo por sobre él, mi fuerza para que les arrojase algunas piedras, toda vez que la configuración del camino lo permitiera y yo con los 12 tiradores únicos que tenía el escuadrón, mas los tres valientes que me habían salvado, crucé una pequeña quebrada para aproximarme á observar el fondo de la quebrada, cuando advierto á poco andar un morro montuoso por cuyo pié estaban pasando

precisamente los enemigos y mando á mis 12 tiradores con un sargento á ocuparlo y molestar con sus fuegos á los enemigos que estaban pasando por el pié de él, y quedándome yo con el baqueano y los tres valientes en otra altura muy inmediata.

Pocos instantes hacía que mi partida habia empezado sus fuegos, cuando observo que descendían huyendo con el sargento á la cabeza, á un pequeño bajo ó quebradita que nos dividía. Fué tal la impresión que me causó esta huida que me lancé al bajo con mis tres hombres y desmontándome con ellos corrí á pié con espada en mano al encuentro del sargento Delgadillo, que éste era su apellido y lo paré de una estocada en una pierna. Los demás sôldados que les seguían se pararon aterrados é mi presencia y me dicen, «se nos han concluido señor, las municiones»—á este mismo tiempo asomaban ya descendiendo sobre ellos unos cuantos soldados enemigos. Envaino mi espada y tomando dos piedras en las manos, dígoles:—«no necesitamos municiones para acabar con estos miserables», - y subo al encuentro de los que bajaban, seguido de mis tres valientes y de toda la partida que imita nuestro ejemplo, descargando una lluvia de gruesas piedras sobre los primeros diez hombres que habian empezado á bajar el morro y los cuales hechan á correr. Los que iban subiendo por el lado opuesto con dificultad, por entre los garabatales (arbustos espinosos como garfio) y ven correr á sus primeros compañeros, dan vuelta y huyen también.

Obsérvolo yo así que subí á la cima del morro con mi partida y me precipito sobre ellos, tocando ataque y dando voces de que avancen los Húsares de la Muerte. Los enemigos que iban apurando el paso por aquella estrecha quebrada y ven bajar en precipitada fuga á cien infantes que habia mandado subir el jefe de la retaguardia, á las ordenes del mayor salteño, hechan á correr abandonando hasta sus cargas.

Yo que todo lo observaba, descendiendo, apuro el paso y dando voces supuestas á fuerzas que estaban aun distan-

tes y caigo con mi partida hasta el fondo de la quebrada y los persigo algunas cuadras, sin advertir el peligro á que me exponía hasta que cansados ya, nos tiramos al suelo sumamente fatigados. Pasado un instante y habiendo observado que ya el capitán Garcia descendía con el resto de la fuerza un poco más adelante, mandé por los caballos y así que vinieron continué la persecución, pero apercibiendo ya el clamoreo de los indios de Cargamargo, desde la altura que estaba ya inmediata y los alaridos de las víctimas enemigas al atronador torrente de grandes pedrones que disparaban sobre ellos desde la altura.

Cuando llegamos al desfiladero que habían acabado de pasar ya los enemigos, nos horrorizamos al observar el estrago ocasionado á los enemigos por las piedras que habían disparado los indios en el fondo del desfiladero, pues habían en él mas de ochenta cadáveres, mutilados la mayor parte por las piedras y hasta los fusiles estaban destrozados muchos de ellos. Fué perseguido el enemigo hasta las inmediaciones del río de la Palca, hasta ponerse ya el sol, tomándoles mas de cuarenta prisioneros, un gran número de fusiles y casi todas sus cargas de equipaje.

Al siguiente día muy temprano continuamos la persecución y al llegar á la Palca fuimos informados por algunos heridos que dejaron, así como por los vecinos de que el enemigo había empleado la mayor parte de la noche en pasar el río que estaba crecido y perdiendo en él, muchos hombres ahogados y llevando varios heridos. Pasamos instantáneamente el río á bolapié y al llegar al pueblo de Cinti, observamos que el enemigo salía en desfilada, subiendo al cerro que está á la parte del oeste.

Un sargento Bracamonte, oriental, muy valiente que iba de descubierta con una partida, atravesó el pueblo persiguiendo á los que cubrían la retaguardia enemiga y habiéndose empeñado en gritarles -- «Dice, el comandante La Madrid que si no le dejan la montura los ha de perseguir hasta Lima». Estaba acabando de pasar el

pueblo cuando se me presenta el expresado sargento con mi montura liada por delante, pero sin los estribos de plata con que la tomaron cuando me mataron el caballo, diciendo: «tanto los he amenazado en su nombre mi Comandante, para que le dejaran su montura, que al fin acaban de largarla como se la presento.» Me eché á reir conociendo la debilidad que semejante paso mostraba en el enemigo.

Suspendí la persecución para que lo creyeran y regresé en dirección al río de San Juan, pero fué en razón de estar ya el ejército enemigo en Santiago de Cotagaita, que está á pocas leguas de San Juan y dividido por un cerro.

Hay un pueblo llamado Camataquí, como ocho leguas antes de llegar á San Juan. Llegado á él con mi fuerza y los prisioneros, pedí al vecindario un empréstito de trescientos pesos para dar un socorro á mi tropa y mientras se realizaba mandé un alférez con una partida de veinte húsares, conduciendo los prisioneros y con orden de pasar con ellos el río de San Juan, en dirección á Tarija y por delante de dicha partida al capitán Adanto con doce hombres á San Juan para observar el camino de Cotagaita.

Así que se hubo reunido el empréstito, me puse en marcha con toda la fuerza para dar el socorro en San Juan. Habíamos andado como dos leguas, cuando recibo aviso de Adanto de que acababan de llegar de Cotagaita á San Juan, una columna como de seiscientos infantes y cien hombres de caballería, á la cual quedaba observando con su partida desde un morro inmediato al dicho pueblo.

En el acto de recibir esta noticia me adelanté al punto en que estaba el Capitán con mis tres valientes libertadores, dejando la fuerza á cargo del capitán Mariano García. Subo al morro que ocupaba el Capitán, observo y reconozco al teniente coronel Eustaquio González (jefe nuestro pasado al enemigo en Potosí) á la cabeza de la caballería, que no se atrevió á subir al

morro que ocupaba Adanto y grítole:—«arrimate infame desertor, que aquí está La Madrid».

Así que reconoció mi voz, volvió su caballo y comunicó al parecer una orden, pues observé que subía al instante una partida al cerro de mi derecha por cuyo pié sigue el camino á Cinti y lo descubre hasta gran distancia.

Informado al poco instante González de que no se descubría mas fuerza que los diez y siete hombres que estábamos en el morro, marcha al galope con toda su fuerza repechando el morro: yo al observarlo ya inmediatamente me pongo en retirada. Cuando él hubo subido y reconoció que por todo el cañón del camino no aparecía mas fuerza que la partida con que me retiraba, se largó á escape y golpeándose en la boca (como acostumbra nuestros gauchos) en mi persecución. Yo como he tenido de costumbre ocupé la retaguardia. Nos habrían corrido como seis ú ocho cuabras, cuando me encuentro con un ordenanza mío, porteño, que venía tirando mi carga de petacas y con un tambor de los prisioneros de Culpina en ancas y me dice: ¿qué hago señor, de la carga?—«Salva como puedas»—fué mi contestación, pues me pisaban ya los enemigos; mas como el pobre ordenanza llevaba la mula de carga atada á la cola de su caballo, fué prisionero al momento.

El jefe enemigo, que conoció ser mi ordenanza, pasó á informarse de él, por el paradero de mi fuerza, con la mayor parte de la suya y solo pasarían como treinta hombres en mi persecución; cuando noté yo esto y que no alcanzábamos á descubrir el escuadrón, grito «alto» á la partida, y para.

Los enemigos retroceden á escape y yo mando un hombre en busca del capitán García, con orden de que se adelantara á mi encuentro con los hombres mejores montados que hubiera.

Despachado ya este chasque á García, dejo á Adanto con la partida y vuelvo con el sargento Airala, porteño, en observación del enemigo por entre el bosque

que hay á la derecha del camino, cuando á poco andar percibo las preguntas que hacía el teniente coronel González á mi ordenanza á la orilla del mismo bosque. Me aproximé mas y oigo las preguntas y respuestas que siguen: —¿Qué fuerza trae el comandante La Madrid?

—Señor, quinientos hombres.

—El tambor—miente, señor, no son ni cien hombres.

—Comandante—¿Cómo viene de municiones?

—Señor, á cuatro paquetes, fuera de dos cargas de reserva.

—Tambor—miente, señor, no traen un cartucho y; era cierto!

—¿Cómo vienen de caballos?

—Señor, bien montados.

—Miente, señor, que vienen á pié.

Esto era también en cierto modo efectivo, pues las cabalgaduras estaban muy fatigadas y estropeadas con el largo trabajo de 13 días y la aspereza de los caminos, pues era 12 de febrero.

El Comandante enemigo indignado por los embustes de mi ordenanza, según los desmentidos del tambor, grita á sus soldados—«Amarren á este pícaro á ese árbol y denle cuatro tiros.»

Al oír esta orden, conmovido de perder un soldado tan fiel, digo en alta voz — «¡Avancen los Húsares de la muerte, no hay que dar cuartel á estos perversos!» y golpeando los guardamontes que llevábamos, atropello.

Fué tal la sorpresa de los enemigos, que abandonan al ordenanza huyen precipitadamente dejando algunos caballos ensillados. Los perseguí como dos cuadras, hasta que al salir á un campichuelo, descubren que solo yo con un hombre los perseguía y paró á vista ya de su infantería y vuelven sobre mi, á escape. Me habrían corrido ya como nueve cuadras á balazos, cuando encuentro al capitán García, corriendo á escape, con el corneta y veinte y cinco ó treinta hombres, en mi auxilio. Verlo, gritar al corneta que toque á degüello y volver sobre los enemigos, fué obra de un instante.

La infantería enemiga que percibió la huida de su caballería y que no sabía á quién daría crédito sobre el número de mi fuerza, si al tambor ó á mi ordenanza que había ya escapado, retrocedió á ocupar el morro de donde me habían corrido primero; así fué que tuve tiempo para acuchillar y dejar tendidos en el campo treinta y tres enemigos, incluso un oficial; proveerme de las municiones de estos y esperar la llegada de mi fuerza que se verificó muy luego.

Mientras esto pasaba y consideraba yo salvo ya á los prisioneros, por mi partida á la otra banda del río; se había el oficial detenido á orillas del río (que estaba crecido) sin atreverse á pasarlo con los prisioneros, cuando apareciendo los enemigos á ese tiempo, había tenido que tirarse al agua, salvando los prisioneros que pudo y perdiendo los demás, los unos porque fueron arrebatados por la corriente del río y otros rescatados por sus compañeros.

Reunida ya toda mi fuerza, no me era posible vacilar, entre tirarme al río á nado fuera del paso que estaba ocupado ya por los enemigos ó caer en sus manos con toda mi fuerza. Se me pasó prevenir á su tiempo que al retirarme de Cinti había yo dejado al coronel Camargo todo el armamento tomado á la fuerza del brigadier Alvarez, á excepcion solo de los fusiles que tomé para armar á los 40 infantes que tenía yo, y de 12 tercerolas y sables que dí á mi escuadrón. Preferí, pues, tirarme al río, ya que la vacilacion de mis cobardes enemigos me habían dado tiempo á que se me reuniera el resto del escuadrón. Yo que tengo mas miedo de un río crecido que de tres baterías, pues no sé nadar, puse á mi lado cuatro bravos correntinos que tenía en el escuadrón y me arrojé con ellos á la vista de los enemigos que se asombraron del hecho, por ser el río muy fangoso por esa parte y que nadie acostumbraba á pasar por allí; se arrimaron, pues, á la playa y rompieron sus fuegos sobre nosotros, pero fuimos bastante felices, por que no tuvimos mas desgracia que la de dos soldados heridos y tres aho-

gados, habiendo recogido antes algunas tercerolas y los sables de la caballería de Gonzalez, que le matamos en la carga.

Llegué á Tarija sin novedad, y me presenté con mi fuerza al Teniente gobernador, que lo era el entonces sargento mayor del cuerpo de Dragones Domingo Arévalo, y recuerdo que era el último día de carnaval.

Habían pasado como seis días cuando recibió parte Arévalo de que estaba descendiendo el coronel Vigil, del ejército enemigo, la cuesta, con una fuerza considerable de las dos armas, y ordenó nuestra pronta retirada.

Yo tenía ya mis Húsares remontados al número de mas de 150 hombres con algunos dispersos que se me reunieron en la marcha y muchos voluntarios tarijeños que se me habían presentado. Salimos pues, en direccion al camino por donde bajaba el coronel Vigil, y recuerdo en este momento que me acompañaba el Dr. Manuel Vicente Mena, eclesiástico santiagueño, que habiéndose incorporado en Cinti, antes de los combates expresados, lo nombré capellán del cuerpo que formé en Culpina. Nos encontramos, pues, con la fuerza de Vigil y habiendo Arévalo reconocido la superioridad del enemigo, ordenó nuestra retirada, siendo yo el encargado de cubrirla con mis Húsares.

Tuve en la tarde de ese día un choque con la caballería de Vigil que se atrevió á perseguirme y le costó caro, pues le tendí una emboscada mandada por el valiente capitán Mariano Garcia, y volví repentinamente sobre ellos al mismo tiempo que éste le acometió impetuosamente por entre el bosque, del flanco derecho, y los pusimos en completa fuga, matándoles algunos hombres y tomándoles diez armas entre tercerolas y sables, hasta que se refugiaron á su infantería.

Después de este encuentro no hubo ya choque alguno y nos retiramos hasta Jujuy, (habiendo pasado antes Arévalo á incorporarse á su cuerpo que se hallaba á retaguardia), adonde llegué yo con dos escuadrones, fuertes de 196 plazas entre soldados veteranos del ejército

que había yo reunido y voluntarios que se me presentaron para servir expresamente bajo mis órdenes, de entre los muchos tarijeños que se retiraron con nosotros. El señor general Rondeau, en premio de los triunfos mencionados que había yo alcanzado con ese Cuerpo formado por mi, á virtud de su orden y en fuerza solo de la reputación de que yo gozaba, lo disolvió en la plaza de Jujuy, al siguiente día de haber él regresado de Salta, con el Supremo Director del Estado, brigadier Juan Martín Puyrredon, que acababa de ser nombrado por el Congreso General reunido en Tucumán. El general Rondeau procedió á dicha disolución á pesar de haberle yo representado que se exponía así á perder la mayor parte de esa fuerza benemérita, como la perdió en efecto; pues, habiéndola repartido en diferentes cuerpos, en esa misma noche desertaron mas de las tres cuartas partes de ella. Desde allí fui mandado al siguiente día por dicho General á Tucumán, á formar otro cuerpo de voluntarios de caballería.

Habiendo, pues, llegado á Tucumán, salí inmediatamente á la campaña en busca de hombres voluntarios y sin embargo del antecedente que ya tenían de la disolución de otro cuerpo en la campaña anterior, regresé á los pocos días con 170 jóvenes, desde la edad de 18 á la de 25 años, que se me presentaron voluntariamente. Luego que formé el primer escuadrón, el señor general Rondeau que había ya llegado de Jujuy, quiso incorporarme al regimiento de Dragones con el objeto de remontarlo, yendo yo en calidad de comandante del segundo escuadrón. Yo me opuse á esta medida y pasé á ver al señor Director, le hice presente el desaire que había recibido en Jujuy del señor General en jefe, en la disolución de un Cuerpo que yo había formado á costa de la exposición de mi vida, por orden del mismo General yéndome á retaguardia del ejército enemigo, con solo 8 hombres que se me dieron y que eran unos presos, y con el cual había obtenido tres espléndidas victorias, contra centuplicados fuerzas enemigas y que si en el momento en que después de

eso, acababa de formar otro de voluntarios, se trataba ponerme con él, bajo la dependencia de otro jefe y yo hacía dimisión de mi empleo y solicitaba mi separación absoluta del ejército.

El señor Director entonces, palmeándome el hombro me dijo: «Enhorabuena, valiente La Madrid, desde hoy será Vd. Teniente coronel del ejército y jefe del cuerpo, que se denominará Húsares del Tucumán», y en efecto fuí dado á reconocer como tal en la *Orden general* del ejército.

Después de formado el escuadrón de Húsares y reconocido yo por Teniente coronel y jefe de él, llegó el señor brigadier general Manuel Belgrano, de Buenos Aires, á recibirse del mando del ejército relevando al general Rondeau que se hallaba ya en Tucumán con parte de él, pues los demás Cuerpos estaban recién llegados al pueblo de Trancas, que está situado al norte á distancia de 20 leguas.

Para que pueda formarse una idea del carácter y de la reputación que tenían ambos Generales en el ejército, referiré lo ocurrido en Trancas, así que se supo la llegada y recepción del mando del primero. El señor Rondeau que era por lo demás un excelente sujeto en todo sentido, no era respetado en el ejército por su excesiva tolerancia y bondad, por cuya razón había poca subordinación hacia él, en la mayor parte de los jefes, así fué que casi todos habían llevado una conducta irregular mientras anduvieron en el Alto Perú.

En el momento de saberse en Trancas que el general Belgrano se había recibido del mando del ejército y que pasaba á revistar los Cuerpos allí existentes, hubo un safrarrancho general en el acto, pues no quedó una sola mujer en el ejército, por que todas salieron por caminos extraviados. Tal era la moral y disciplina que había introducido en él cuando lo mandó por primera vez y tal el respeto con que todos lo miraban.

Reunidos los restos del ejército en Tucumán á mediados del año 15, se dedicó el general Belgrano á



For Monday
B

su disciplina y aumento con los reclutas que pidió á los pueblos y mandó delinear y abrir los fosos de una ciudadela á pocas cuadras al sur del pueblo y se trabajaron en ella cuarteles para todos los Cuerpos construyendo cada uno los suyos, de tapia las paredes y los techos de paja, la cual así como las maderas fueron inmediatamente acopiadas por las milicias á virtud de órdenes del Gobernador de la Provincia, quien á mas de esto, mandó que cada uno de los escuadrones y cuerpos de aquellas sembrase una cantidad de maíz, zapallos y sandías para el ejército y distribuyó además una especie de contribución de ganado, mensual, á todos los acusados según sus facultades y cuyos servicios fueron prestados sin repugnancia por largo tiempo.

No recuerdo si fué á fines del año 15, cuando el general José de San Martín á virtud de orden que recibió del Gobierno para levantar en Mendoza el ejército que debía libertar á Chile y lo libertó después, pidió al general Belgrano el cuerpo de Granaderos á caballo. Ello es que marchó este cuerpo.

Instalado el Congreso en Tucumán el 24 de marzo del año 1816 y declarada la independencia el 9 de julio, nos propusimos todos los jefes del ejército, incluso el señor General en jefe dar un gran baile en celebridad de tan solemne declaratoria; el baile tuvo lugar con esplendor en el patio de la misma casa del Congreso, que era el mas espacioso. Asistieron á él todas las señoras de lo principal del pueblo y de las muchas familias emigradas que había de Salta y Jujuy; como de los pueblos que hoy forman la república de Bolivia.

No recuerdo si fué antes ó después de esta función cuando estalló una revolución en Santiago del Estero, encabezada por un Borges, hijo de dicho pueblo, pues solo era entonces Tenencia de Gobierno que pertenecía á la capital de Tucumán. Aunque creo que antes, por cuanto mi cuerpo estaba recién formado y tenía solo como 130 hombres de que se componía el primer escuadrón. Ello es que fui elegido por el señor general en

jefe doctor Manuel Belgrano, para marchar con mi escuadrón á sofocarlo, y marché inmediatamente.

Se hallaba al mando de dicho pueblo como Teniente gobernador el teniente coronel Gabino Ibañez, que pertenecía al ejército y tenía allí á sus órdenes al capitán de Dragones, Lorenzo Lugones, con una pequeña partida, al efecto de disciplinar reclutas para el ejército y el cual había sido seducido por su paisano Borges, y se le había reunido en la campaña.

Llegado yo á Santiago y avisado por Ibañez, del punto en que estaban reunidos los revoltosos en número de 700 y mas hombres, pasé en el acto al río y me dirigí sobre ellos, caminando la mayor parte de la noche; y después de un pequeño descanso como de un par de horas, continué mi marcha á la madrugada, llevando al capitán de la 1ª división Mariano Garcia, á vanguardia con 25 tiradores.

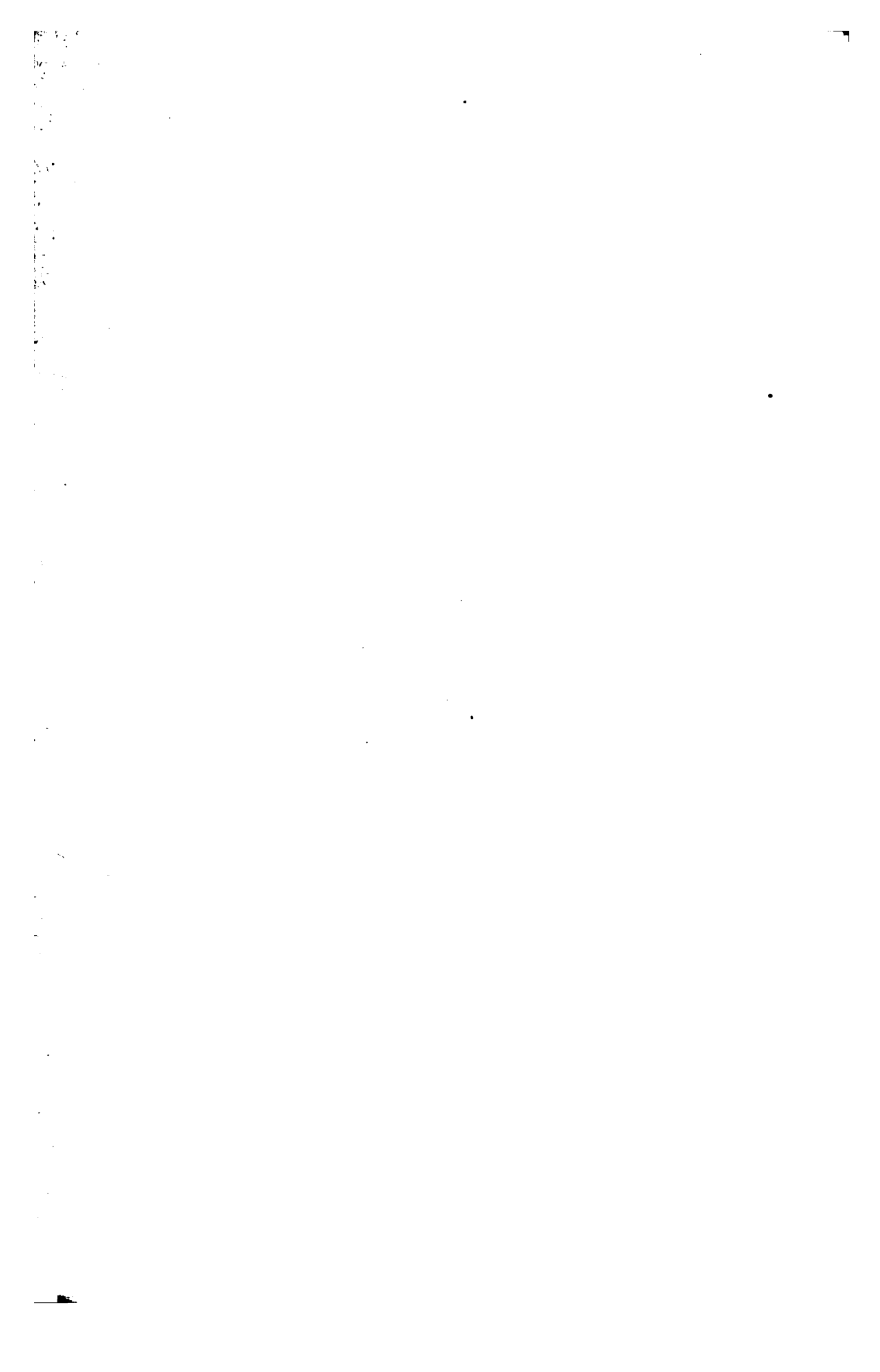
Aclarando ya el día en Pitambalá, que era el lugar donde estaba acampado Borges con sus fuerzas, siento una descarga que hace á mi descubierta, una guardia de los revoltosos y oigo la voz de «á la carga», que dá el Capitán de aquella

Entonces sin detenerme, grito en alta voz:—«Escuadrones carabina á la espalda y sable en la mano, galope», —y me lanzo del bosque por donde iba, al lugar de su campamento. Al desembocar á él, descubrí á Garcia que iba acuchillando la guardia enemiga hacia el campamento, y haciendo tocar á degüello con mis cornetas, me precipité sobre los enemigos que corrían desatinados á formarse montados, los pongo en completo desorden y son perseguidos en todas direcciones, al monte de los pinales que fué donde se dirigieron los más, siguiendo á su jefe y al capitán Lugones.

Fueron acuchillados por muy largo trecho en el espacio como de hora y media, hasta que fueron presos los cabezas principales Borges y Lugones. Les matamos como 30 hombres y tomamos mas de 80 prisioneros, varias armas de fuego entre fusiles, tercerolas y trabucos



Juan Fran.^{co} Borges
B



y muchas lanzas ó cuchillos amarrados en cañas que les servían de astas.

Después de haber dado un corto descanso á mi tropa y tocado antes reunión, regresé al campo de Pitambalá con los prisioneros é hice recojer 16 ó 18 heridos; pasé parte al General en jefe del resultado de esta jornada y de haber dado libertad á varios de los prisioneros, para que fuesen á decir á sus compañeros, de mi parte que se retiraran tranquilos á sus casas, pues nadie los perseguiría, porque no tenían ellos la culpa sino el jefe que los habia engañado y sacrificado inútilmente.

Di orden, en seguida, al Alcalde del lugar para que hiciera reunir y sepultar los muertos, y después de haber comido la tropa, marché á la capilla de los Pinales que está á pocas leguas de Santiago, al naciente ó sud este, á donde llegué al siguiente día.

En dicho punto recibí aviso del señor General en jefe, de haber salido en precaución para Santiago el coronel Juan Bautista Bustos, con su regimiento N^o 2 y creo escuadrón de Dragones á las órdenes del comandante entonces, José Maria Paz; y del teniente gobernador Ibañez avisándome en respuesta al parte de mi triunfo, que habían llegado dichas fuerzas.

En dicho punto me fué preciso detenerme hasta saber si los dispersos se habían vuelto á sus hogares ó si se reunían en algun punto. Al anoecer de ese día, recibí la contestación del señor General en jefe, felicitándome por el glorioso ensayo que habia dado á mi Cuerpo, y ordenándome fusilara inmediatamente al teniente coronel Borges, pues habia sido en España creo, oficial de los guardias de Corps, y que el capitán Luiones quedaba degradado y penado á servir como aspirante en su mismo Cuerpo. Por de contado, que la ejecución de Borges, me prevenía fuese después de proporcionarle los auxilios necesarios.

Inmediatamente le hice notificar la sentencia al reo y le mandé poner en capilla. Este al principio se resistió

á las insinuaciones que le hacía el teniente cura, para que se preparara, pero luego mas tarde, mandó suplirme que le hiciera venir un sacerdote de Santiago, y que le proporcionara papel y tintero para sus últimas disposiciones. Esto último se lo proporcioné al instante, y mandé en el acto al pueblo con un oficio al Teniente gobernador para que sin demora, mandase al sacerdote que Borges pedía, y el cual llegó á la madrugada.

Dispuesto ya el reo, tuvo lugar la ejecución á las 12 del día ó dos de la tarde, y después de haber recibido avisos al siguiente día de no observarse reunión alguna en ningún punto, y que muchos de los dispersos se habían restituido á sus casas; marché al pueblo: permanecí allí no recuerdo si tres ó cuatro días, hasta que el señor General mandó al coronel Bustos se replegase con toda la fuerza y dejando solo un destacamento, no recuerdo si de Dragones ó Infantes. Regresados á Tucumán sin haber perdido un hombre y con el aumento de los mas jóvenes y solteros, que incorporé de entre los prisioneros. Decretó el señor General en jefe, un escudo de paño azul claro á favor de los vencedores, el cual debía usarse en el brazo izquierdo con esta inscripción,—«Honor á los restauradores del orden».—Esta inscripción debía ser bordada en hilo de oro para el jefe y oficiales, y de plata para la tropa, el cual fué costeadado por el General.

Mientras tanto el ejército enemigo á las ordenes del general Laserna, había bajado ya á Jujuy. El general Martín Güemes, gobernador de la provincia de Salta, continuaba hostilizando activamente al enemigo, pero con cierta independencia del General en jefe del ejército, la cual tenía su origen desde la retirada del señor general Rondeau ó desde su arribo á la ciudad de Jujuy, después de la batalla de Sipe-Sipe ó mas propiamente desde la vuelta. días antes, del general Martín Rodriguez á Tucumán con destino á Buenos Aires, pues al pasar dicho jefe por el territorio de Salta, fué asaltado su equipaje y tomado por una partida de Güemes, con el pretexto

de sorprenderle la correspondencia que este creía haber tenido aquél con el general Pezuela; se quedó la partida con mucha parte del equipaje ó al menos con lo que contenía de valioso; de estas resultas circularon muchos cuentos, y cuando el general Rondeau llegó á Jujuy, dió Güemes asilo descaradamente á todos los desertores de los cuerpos del ejército, á los cuales incorporó á sus cuerpos de *gauchos*.

Este es, en mi concepto, el único borrón que tiene la memoria de ese valiente jefe, que tanto dañó á los ejércitos españoles en la guerra de nuestra independencia, hasta haber recibido la muerte combatiéndolos siempre.

Si se nota en estas Memorias alguna precipitación ó demora en algunas de las operaciones inmediatas, tén-gase presente que solo será debido á las dos pérdidas que he tenido de estos apuntes, cuya circunstancias me ha hecho adelantar ó atrasar talvez algunas de las operaciones, pues, por lo que respecta á la exactitud de los hechos que refiero, no me asiste temor alguno de ser desmentido.

Seguía, pues, el gobernador Güemes, hostilizando activamente al ejército del general La Serna en Jujuy y manteniéndose con cierta independencia, en buena relación con el señor general en jefe Manuel Belgrano, cuando al principiar el año 17, convencido éste del próximo ataque que le preparaba el general La Serna, con fuerzas mucho mas superiores que las suyas, proyectó exponer 300 hombres, lanzándoles á retaguardia del ejército español con la idea de sublevarle los pueblos de retaguardia y libertarse por este medio de un ataque que le era en extremo desventajoso, por cuanto carecía en aquellas circunstancias de todos los auxilios que le eran precisos.

Llámame el General en los primeros días de marzo á su casa y después de comunicarme dicho proyecto y las razones que le habían obligado á formarlo, me dice: —«Se animaría Vd. mi querido Gregorio á realizar esta empresa atrevida, dirigiéndose secretamente sobre Oruro

por el despoblado, con cuya operación podemos salvar el ejército y conseguir inmensas ventajas, si la fortuna y su coraje le ayudan?»— «Mi General, le contesté, sepa V. E. que en nada puede complacerme tanto como el proporcionarme con frecuencia las ocasiones de sacrificarme por la felicidad y gloria de mi patria y de V. E. No tiene mas que señalarme el día de la marcha y los hombres con que debo salir á mas de mi cuerpo».—«Corriente, La Madrid, me contestó, véngase á las 10 de la noche y lo arreglaremos todo»; y me despedí en seguida muy contento.

Llegada la hora señalada marché á casa del General y quedó todo arreglado para salir tan luego como estuviesen prontos 300 buenos caballos herrados de piés y manos y 600 mulas que me ofreció para la empresa, añadiendo que llevaba tres compañías de infantería de 50 hombres cada una, la 1ª del regimiento núm. 2, la 2ª del 3 y la 3ª del 9, con mas dos piezas de artillería ligera y del calibre de 4, que con 130 hombres fuera de la artillería.

Trabajé cuanto pude para persuadir al General para que no me cargara con el peso de esta última arma, que no me servía sinó para retardar mis movimientos y comprometerme por no abandonarlas, pero siendo inútiles todas las razones que le dí para no encargarme de ellas, tuve al fin que ceder para complacerlo; pero bien me pesó después, lo mismo que á él, pero tarde.

A mas de este armamento le pedí 50 milicianos de Tucumán, que los saqué del cuerpo que llamaban de los *peladitos* de Famaillá, que era uno de los cuerpos mas decididos de dichas milicias y me ofreció que llevaría 200 pesos fuertes, único auxilio metálico que podía proporcionarme, asi para entretener á la tropa con algún socorro, como para atender á los gastos que naturalmente debían ocurrir, como espías, conductores de comunicaciones, etc.

Mi escuadrón antes de salir tenía muy cerca de 200 plazas con algunos reclutas que me había dado el Ge-

neral y los prisioneros con que le había aumentado en Santiago; pero deseando yo ser justo con los valientes soldados que me habían acompañado en las espléndidas victorias de Culpina, cerros de Cinti y río de San Juan; y que el señor general Rondeau me los había quitado tan bruscamente en Jujuy y perdiéndolos casi todos por esta causa, quise volverlos á mi cuerpo para que me acompañasen en esta nueva empresa. Al efecto propuse á los jefes de los Cuerpos en que existían unos 12 hombres de estos, cambiárselos dándoles por cada uno tres de los reclutas que yo tenía, lo que conseguí á fuerza de empeños.

Esta es la razón porque al tiempo de la marcha no saqué mas que 150 Húsares, pero todos decididos y valientes.

Llegó por fin el 18 de marzo de dicho año 1817, sin que hubiesen podido proporcionarse ni los caballos ni las mulas ofrecidas y me fué preciso partir en las peores de estas últimas que había traído el ejército en su retirada del Perú y con la promesa de que me alcanzarían en el camino con cuantos caballos y mulas se proporcionasen y llevando un negro herrador y los herrajes necesarios en cargas.

La expedición partió llena de contento desde la plaza de Tucumán en dicho día 18, después de haber sido proclamada por el señor General en jefe y por el que escribe estas Memorias. Según las instrucciones por escrito que llevaba del General, mi marcha debía dirigirse á la ciudad de Oruro, que quedaba como á cerca de 200 leguas á retaguardia de Salta.

Habiendo encontrado como á los 5 días de nuestra marcha una parte de yeguada en la falda de uno de los cerros que pasábamos, mandé algunos milicianos á reunirlos y pudimos acorralarlos en una rinconada estrecha, para ver si se tomaban algunos potros de los que en efecto, se encontraron unos pocos. Estaba yo parado á caballo en un extremo de la boca de la quebrada, cuando al salir estos de disparada tira su laso uno de los soldados que

se hallaban al otro extremo como para tomar el animal á quien le cayere, y la armada de este en vez de caer sobre las yeguas, cae sobre mi cabeza y se me ciñe por los ojos.

En el acto de sentirlo, al mismo tiempo que se me ceñía, logré meter el dedo índice de la mano derecha entre el laso y la cara, y ya al arrancarme de mi caballo, la furia con que los animales llevaron el laso por delante, pude lograr safarlo, pero después de haber quedado aturdido y con el dedo, ojos y orejas desollados ó quemados por el laso: siendo la causa el estar el otro extremo de él prendido á la cincha del soldado.

Quedé por mucho rato viendo visiones y marché unos cuantos días ciego, porque se me formó una costra por sobre los dos ojos que apenas me permitian vislumbrar un poco. Esta fué la primera desgracia de mi marcha.

Como á los 8 días llegamos al valle de San Carlos sin otra novedad que la de dos desertores de una de las compañías y por la tarde ya al ponerse el sol se me presentó un oficial de milicias de Tucumán, conduciendo 74 caballos de buen servicio, como para reserva y un oficio del señor General, en que me comunicaba con pesar, ser esos los únicos caballos buenos que le habían presentado sus comisionados, por estar en extremo estropeadas todas las caballadas, de resultas del servicio y creo de la escasez de pasto que hubo en dicha fecha.

Contesté al General manifestándole mi pesar al verme privado del principal elemento, en una marcha tan dilatada y expuesta, pero consolándolo con la idea de que yo sabría proporcionármelo pronto en Tarija. Al siguiente día continué la marcha, pero resuelto ya á variar de dirección separándome de las instrucciones del General. Por consiguiente tomé la dirección hácia los campos del Marqués de Yavi, por Casalindo, con el ánimo de atravesarlos y dirigirme á Tarija que estaba guarnecida por el batallón «Gerona», en número de 400 y mas hombres, incluso un escuadrón de caballería.

Al cruzar dichos campos de noche, fuí informado

por mis hombres, de hallarse una partida enemiga en número como de 30 hombres en uno de los puestos del Marqués, y destiné en el acto al teniente Cortés, de Húsares, con 40 hombres de su compañía y una mitad de infantes del 2, á sorprenderla. A la madrugada estaba logrado el objeto y toda la partida en nuestro poder, excepción de tres hombres que escaparon y de cuatro ó cinco muertos; sin mas desgracia que la de un soldado herido y muerto el valiente oficial. Se les tomó á dicha partida á mas de unas armas algunos caballos y mulas, pues eran los mas de infantería.

Logré atravesar dichos campos sin haber sido descubierto por nadie mas que por dos ó tres indios que encontramos en dos ranchos, á los cuales llevé presos hasta Tarija, pues los tres enemigos que escaparon no distinguieron mas que una partida que ganó la puerta á sus compañeros. Asi que tomé la partida pasé el parte al General, avisándole por medio de la clave que llevaba al efecto, las razones que me habían obligado á tomar la dirección á Tarija separándome de sus instrucciones. En toda mi marcha tuve la precaución de llevar presos en la prevención á cuantas personas veían nuestra fuerza; ya fuese de algun rancho que encontrásemos en el paso, ó ya á las postas de algún rebaño de ovejas ó llamas que descubrían mis observadores de los flancos. Mi objeto al tomar una medida tan cruel, era el de librarme por este medio, que las personas que nos veían de cualquier sexo y edad, trasmitiesen la noticia.

Un día antes de llegar á Tarija, me alcanzó una comunicación del señor General en jefe en que contestándome á la que le dirigí de San Carlos, indicándole que yo me proporcionaría los caballos en Tarija, se quejaba amargamente por haberme separado de sus instrucciones, pero con tanta fuerza, que me ofendí de reproche tan injusto, en mi concepto; porque siendo los caballos el primer elemento para la empresa, no parecia propio que me lo hiciera, quien no me los había proporcionado y mucho menos cuando de seguir sin ellos la

ruta que se me indicaba, marchaba de seguro al precipicio, sin conseguir el objeto que el General se había propuesto.

Contesté pues, esa noche, que mal podía reñir á un jefe á no apartarse en presencia de los obstáculos, de las instrucciones que se le habían dado, desde una inmensa distancia y sin conocimiento de ellos; que al menos siendo yo General, jamás quitaría á un oficial que comisionara, la libertad de obrar en sentido contrario si la fuerza de las circunstancias y su inteligencia se lo aconsejaban; pero que en cambio le haría pagar con la vida, si preciso fuese, las faltas que cometiera por su imprudencia ó falta de tino.

Despachado el chasque, continué á esas mismas horas descendiendo la cuesta á los valles, al sur de Tarija y resuelto á sacrificarme para hacerle conocer á mi General el acierto de mi deliberación. Al descender ya el llano, fuí informado por mis hombres de hallarse un escuadrón de caballería enemiga con algunos infantes en el valle de la Concepción; y variando inmediatamente mi marcha casi á la izquierda por una quebrada, me dirigí á Tarija, dejando esta fuerza á mi derecha. Logré proveerme en dicha quebrada de algunos caballos y aceleré mis marchas hasta que fuí descubierto por las fuerzas de la plaza, cuando me hallaba como á 14 cuerdas, á las 3 $\frac{1}{2}$ de la tarde del 20 de abril.

El coronel Ramirez jefe del batallón Gerona, que había quedado con el mando de la Provincia por haberse marchado á Potosí días antes, el brigadier Alvarez que lo mandaba, mandó tocar generala en el momento de descubrirnos y notando que mi columna apuró al galope al sentir dicho toque, creyó que éramos los gauchos tarijeños del comandante Uriondo, que existían en la Provincia hostilizándolos. En este supuesto, observando que ya descendíamos de los altos de la Tablada, al río que está á orillas del pueblo hácia el poniente, salió precipitadamente con su cuerpo, diciéndoles: «Vamos á correr á estos gauchos».

Yo que iba con mis dos piezas montadas, mandé desplegar en batalla á mi caballería con el frente á la columna enemiga, que empezaba ya á pasar el primer brazo del río y desplegué en guérrilla dos compañías de infantería. Ramirez que advirtió que no eran gauchos los que desplegaban con tanta precisión bajo los fuegos ya de su columna, pasó en el acto, y contramarchó de carrera así que vió disparar mis dos piezas sobre su columna, pero perseguido ya por las dos compañías de cazadores y los Húsares que mandé los cargaran.

Fué ejecutada con tanta precisión esta carga que apenas tuvieron tiempo de ganar la plaza, que tenían atrincherada desde una cuadra en circunsferencia. Ocupé en el acto con mis tres compañías de infantería y las dos piezas, el alto de San Roque que domina la plaza á tiro de cañón, al Cabildo que ganaron sus tropas; suspendí el fuego y mandé un parlamento intimando la rendición en el término de media hora.

El parlamento fué recibido y regresó luego con una contestación altanera del jefe enemigo, mandé continuar el fuego de cañón sobre la plaza é hice que penetrara mi caballería á los puntos mas principales del pueblo; dejando completamente encerrado al enemigo. Por la noche hizo repetidos esfuerzos por salirse, el teniente coronel graduado Andrés Santa Cruz, que era entonces el que mandaba el escuadrón que yo había dejado á mi retaguardia en el valle de la Concepción, por no hacerme sentir por los de la plaza; pero todos sus esfuerzos fueron vanos: igualmente que los que repitieron durante toda la noche, los diferentes chasques que despachó el jefe sitiado, ya, á la fuerza de Santa Cruz que estaba en dicho valle, como al general Vivero, que se hallaba en Cinti con otra división.

Era tal la vigilancia con que estaban cerradas todas las avenidas, que los chasques que no fueron tomados, se me presentaron pasados.

Aclarando ya el día, me dá parte la guardia que había dejado en la banda opuesta del río, de que apa-

recia una fuerza por el camino que habíamos traído y en seguida descubrimos los polvos que hacía la columna; marché inmediatamente en persona con un escolta de 12 hombres á reconocer dicha fuerza, haciendo que me siga de paso la guardia avanzada de 20 Húsares, que me había dado el parte, cuando al subir á la Tablada que está á poco mas de un cuarto de legua del pueblo, me da noticia la descubierta de que los enemigos estaban ya encima.

En el acto de recibirla y cierto ya que era el escuadron que había dejado á mi espalda en el valle de la Concepción, mando corriendo á mi ayudante Victorio Llorente, á pedir á mi 2º, el sargento mayor de artillería Antonio Giles, que mandara al instante al capitán de la 1ª de Húsares Mariano Garcia, con su compañía; y subiendo yo precipitadamente á la tablada, descubro ya sobre nosotros, al escuadron enemigo marchando en batalla y con 40 infantes dispersos en tiradores á su frente.

El lance era crítico y peligroso. Llorente no había todavía hablado al mayor Giles; los enemigos habían subido á las torres y tejados y me observaban. Era, pues preciso ó volver á escape acuchillado por el escuadrón dando á mi tropa al disgusto de ver huir por primera vez á su Jefe, ó aterrar al enemigo con mi audacia, precipitandome sobre él. Elegí sin vacilar este último partido y mandando en el acto salir por mi derecha al ayudante de Húsares Manuel Cainzo con 10 hombres y con 8 al aspirante Lorenzo Lugones por mi izquierda, doy atornadadamente la voz de «carabina á la espalda y sable á la mano», á ellos que son unos cobardes, y mandando tocar á degüello con el trompa de órdenes que iba á mi lado me precipito al centro con los 14 hombres y el oficial de la partida que me quedaba y seguido con igual ardor por las dos pequeñas partidas de mis flancos.

Los enemigos tiradores que habían roto ya sus fuegos, al ver separar los dos partidas á los flancos, vuelven la espalda así que sienten mi voz, y son acuchillados

en el acto. El escuadrón que presenciaba este espectáculo que venía mandado por el capitán Vaca, cinteño y que me conocía: se aterró y se puso en fuga, pues era compuesto en partes de milicianos. Fué tan rápido este suceso que, cuando el capitán García salió á escape al campo de la Tablada, me encontró acabando de reunir 40 prisioneros que había ya tomado, acuchillando los más de ellos.

Recorrimos de vuelta el campo por donde los había perseguido y se encontraron 63 hombres muertos, sin haber tenido mas desgracia que el negro herrador que marchaba á mi lado, muerto, y tres ó cinco heridos levemente. Regresé pues, envanecido de tan prodigioso triunfo y entré al pueblo proclamando á mis tropas; y así que me incorporé á mi 2º, que ocupaba el alto de San Roque con las tres compañías de infantería y las piezas, entre atronadores victores, escogidos de los prisioneros que estaban mas heridos, y dándoles dos pesos á cada uno los mandé á reunirse á sus compañeros de la plaza, diciéndoles: «Vayan Vds. á contar á sus compañeros como pelean los soldados de la patria; díganles que 33 hombres de los mas inferiores de mis Húsares me han bastado para anonadar á 140 de los suyos; díganles que Vds. son testigos oculares, de quedar muertos en el campo, 63 de sus compañeros, y que si no se me entregan á discreción fiados de mi clemencia, serán muy pronto pasados á cuchillo». Estos pobres se resistieron á marchar, diciéndome que no querían volver á exponerse incorporándose á unos enemigos á que solo podían servir forzados; mas los obligué é hice marchar acompañados hasta cerca de la trinchera mas inmediata.

Mientras tanto había ya hecho avanzar una fuerza por entre las casas y ocupar los tejados que dominaban el cuartel enemigo. Así que los dos heridos se aproximaron á la trinchera, subieron á ella sus compañeros y dándoles las manos, los ayudaron á hacer lo mismo. Yo había mandado cesar el fuego para observar el efecto que producía en la plaza el envío de dichos hombres, quienes así que entraron fueron conducidos á ella.

Luego que hube dado tiempo á que el Jefe enemigo se impusiera de cuanto había yo encargado á dichos prisioneros y observé las carreras de los ayudantes por la plaza, llamando según las apariencias á los Jefes á junta, mandé al ayudante de mi cuerpo Manuel Cainzo, en calidad de parlamentario á la plaza, con la siguiente intimación de oficio. — «Si el Jefe que guarnece esta plaza no se rinde á discreción en el término de 5 minutos, será pasado á cuchillo igualmente que su tropa».

Asi que el parlamento se anunció á la trinchera más inmediata salieron dos oficiales á recibirle la comunicación, pero habiendo aquél manifestado que llevaba orden de entregarla solo al Jefe enemigo en persona, siguió corriendo uno de ellos á la plaza y volvió al instante con la orden para introducirlo vendado.

Al poco instante de haber sido introducido el parlamento, pues todo lo descubrí yo desde la altura que ocupaba, regresó éste acompañado por el Jefe enemigo hasta mi campo y me entregó una capitulación escrita que venía á solicitar. Impuesto yo de ella y observando que el hecho mismo de venir el Jefe de la plaza á solicitarla por sí, manifestaba su debilidad, quise ser generoso. Le contesté dándole la mano:—«El venir Vd. mismo á solicitar esta capitulación, me hace conocer su estado, pero me manifiesta tambien que Vd. ha venido confiado en que no abusaría yo de mi posición: está concedida».

La capitulación estaba reducida á que se les permitiera á los Jefes y oficiales el uso de su espada y uniforme y que se respetaran sus equipajes, quedando todos prisioneros después de entregar las armas. Le ordené saliese inmediatamente con toda su tropa, al campo de las carreras, que está al sur-este del pueblo, donde iría yo con mis fuerzas á recibir las armas: él me pidió un Jefe para que lo acompañara y quedase al cargo del pueblo, mientras él salía, á fin de evitar todo desorden. El sargento mayor de artillería Antonio Giles, marchó con él y yó pase al punto señalado.

No tardó el Jefe enemigo diez minutos sin presentarse al frente de su línea con 300 hombres formados en columna. Le ordené que desplegara al frente en batalla y mandando hechar armas á tierra al frente, desfilara por su derecha. Esta orden fué ejecutada al instante y después de hacer levantar los fusiles por mi tropa, mandé á dicho Jefe que formara en columna y entré con él á su cabeza hasta el pueblo, siguiendo á retaguardia mi tropa.

Le mandé destinar una casa con los muebles necesarios para los Jefes y Oficiales prisioneros y pasaron á ella con una guardia de Oficial y con la orden de poder salir á pasear cuando gustasen, acompañados de uno de mis oficiales, toda vez que quisieran hacerlo y del modo que gustasen, ya fuese individualmente ó ya reunidos.

Habían pasado como dos horas cuando se presentó un correo de Tupiza que venía con la balija y acompañado ya por un patriota desde la posta, á virtud de órdenes que había yo librado al efecto á todas las postas desde el día anterior; y el condutor de la correspondencia no supo que había ocurrido semejante cambio en la plaza hasta que hubo entregado la balija al nuevo administrador.

Toda la correspondencia de los Jefes y Oficiales fueme presentada por el administrador y habiéndome impuesto de la que solo merecía mi conocimiento, la pasé toda al coronel Ramirez con mi ayudante Llorente. Me acuerdo que entre ella venía un oficio ó del general Canterac, ó del de la misma clase Valdés desde Tupiza. en el cual avisaba al coronel Ramirez «que por un acaso había escapado de caer en manos de una fuerza que se había aparecido por Yavi ó sus inmediateciones juntamente con el caudal que conducía para el ejército á Jujuy, que este escape lo debía al aviso que le hizo retroceder no recuerdo si de Mojo. Que en dicho aviso se le decía va Belgrano con tropas de su ejército, lo cual lo creía imposible, que lo más probable era que serían

algunos gauchos, pero sin embargo, bueno seria se mantuviese con toda la precaución posible».

Asi que Ramirez se impuso de esta comunicacion, le dijo á mi Ayudante:—«Mire Vd. que b..... á buena hora viene con sus prevenciones, cuando estoy mas seguro que un pájaro en la jaula». Se me olvidaba prevenir que en las 24 horas que duró el ataque, hasta la toma de la plaza, no tuve más pérdida que la de 5 ó 7 heridos y dos hombres muertos.

Pasado dos días remité á todos los prisioneros á Tucumán por Oruro, escoltados por el capitán Carrasco con sus 50 milicianos de Tucumán, después de haber proporcionado un socorro de 12 pesos á toda mi tropa y en proporción á los oficiales, mediante un auxilio que me proporcionó el pueblo; y de haber separado unos 80 ó más de entre los prisioneros indígenas del Perú, que quisieron tomar partido y los cuales fueron distribuidos en las tres compañías á excepción solo de los muy pocos que desertaron.

Los 14 días que me fué preciso permanecer en Tarija para proporcionarme todas las cabalgaduras necesarias, fueron empleados en aumentar mi cuerpo de Húsares con más de 60 jóvenes tarijeños, y en ejercicios continuos hasta que emprendí mi marcha sobre Potosí, el 5 de mayo, con más de 400 hombres, para llamar allí la atención del enemigo y alejarle del verdadero punto á que me dirigía, habiéndome puesto también en comunicacion con los varios comandantes de republiquetas ó fuerzas que hostilizaban á los enemigos, compuestas de indígenas y de algunos dispersos de nuestros ejércitos.

Habiéndome acercado el 16 de mayo hasta 9 ó 10 leguas de Potosí, levanté mi campo por la noche y me dirigí rápidamente por el camino de esta ciudad á la de Chuquisaca, y como llevaba en mi compañía un número crecido de indígenas patriotas y conocidos, tenía interceptada la comunicacion que pudieran tener las guarniciones de ambos pueblos; asi fué que cuando tomé esta



Lorenzo Leganes
[Signature]



determinación, ya existían en mi poder varias de las comunicaciones que se habían cambiado entre el Gobernador de Potosí y el Presidente de Charcas ó Chuquisaca, que es una misma cosa; por ellas estaba instruido de que ambos tenían una misma pretensión, la de ser auxiliado. Ambos sabían que había salido de Tarija, pero ninguno cual era mi dirección, ni el punto en que me encontraba.

Precisamente momentos después de tomada esta última dirección, vino á mis manos una comunicación por duplicado, del Presidente Vivero de Charcas al gobernador de Potosí, por la cual conocí de un modo indudable que estaba ya convenido este último á mandar un auxilio de 300 hombres á Charcas.

El 20 por la tarde, íbamos ya á subir la cuesta de Cachimayo que está á pocas leguas de Chuquisaca, cuando me avisa el capitán Lorenzo Lugones, (1) que iba de descubierta, que aparecía descendiendo por el mismo camino que llevábamos una fuerza enemiga de caballería. Mando detener la columna en la quebrada y marchó mas allá de la descubierta á observar por mi mismo, la fuerza que bajaba. Paróse ésta al ver desde la altura que mi columna se detenía, y adelantándose algunos pasos, saco un pañuelo blanco y les hago señas, gritando en alta voz:—«Bajen Vds. que es el auxilio de Potosí».

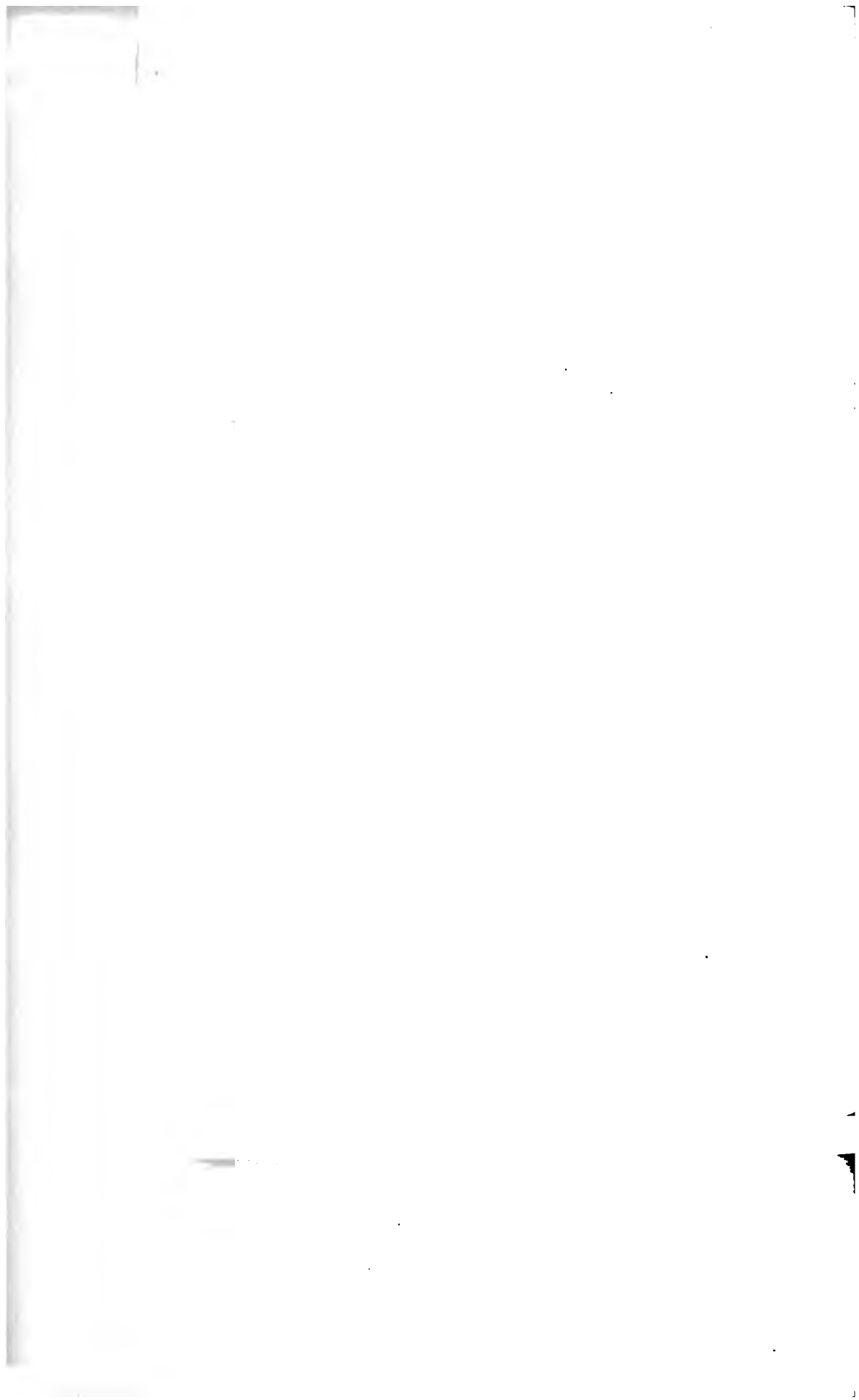
Así que oyen esta voz y ven que les llamaba con el pañuelo, se adelanta descendiendo al trote largo, el comandante de la fuerza teniente coronel Lopez y 5 ó 6 oficiales más; bajan y pasando por delante de mí, creyéndome un cualquiera, me pregunta sin detenerse:—«¿Quién es el Comandante?»—A este mismo tiempo, el último de ellos que venía un poco atrás, dirígese á mí con los brazos abiertos, en ademán de abrazarme, diciendo:—«Ostria, ¿cómo estás?»—y habiéndole contestado yo: no soy Ostria, paisano, me contesta:—Dispéñeme paisano, que lo he equivocado. ¿Quién es el Comandante?,—y di-

(1) Le había devuelto su empleo, pasada la toma de Tarija.

continuado clamoreo de los perros, pues eran los únicos sabedores de nuestra entrada, según se supo después. Daba el reloj las 12 $\frac{1}{2}$, cuando era ya dueño de la expresada altura de San Roque, que dominaba la plaza y la mayor parte de la población, y estaban al mismo tiempo ocupadas las 8 calles que entran á ésta, á distancia de dos cuadras de las trincheras; mas había yo disentiendo de la primera idea de penetrar á la plaza en persona á la cabeza de 50 hombres vestidos con la ropa de los prisioneros y prevalido de la voz del mismo jefe de ellos (esto me privó de tomar la plaza y con ella 90,000 pesos fuertes que había en cajas), por pura delicadeza, y porque no se me escapara ninguno de los jefes que habían en ella.

Sin embargo del silencio sepulcral en que encontré al pueblo á mi entrada y de haberme asegurado del teniente coronel Lopez, que ningún indio baqueano tenía cuando lo tomé prisionero, que pudiese haber llevado esta noticia al Presidente, así como de que este no tenía en la plaza otra guarnición que un piquete de 90 hombres; no pude yo resolverme á creer lo primero en razón del conocimiento práctico que tenía de la costumbre de todos los ejércitos en aquel país, de llevar siempre toda fuerza que sale en comisión, algunos indios, ya para baqueanos ó ya para cualquier servicio que se le ocurra al jefe, aunque no sea para otra cosa que para tenerle el caballo, tal era la servidumbre en que se les tenía á los indígenas en aquellos tiempos; y temían por lo mismo recibir un chasco exponiéndose sin necesidad, á perder conmigo la división y el objeto á que había sido enviado por el General, mucho mas cuando el número reducido de la guarnición no podía resistirme estando el pueblo completamente cercado. A esto se agregaba para hacerme variar aquel acertado pensamiento, el temor de que podrían muy bien mis soldados, á pesar de su disciplina, cometer algunos robos, prevalidos de la oportunidad y cuyo hecho echaría un borrón á la bien merecida reputación que había adquirido allí toda la división, por





su honrado proceder, que era uno de mis primeros cuidados y lo será siempre.

Resuelto, pues, por las razones dichas á esperar el día para intimar la rendición de la plaza, al general presidente Vivero; ordené á todos los oficiales, comandantes de los destacamentos, que al tiro de dos cañonazos que yo dispararía desde el alto que ocupaba, respondiesen todos con un alto—«viva la patria»,—y avanzando hasta una cuadra de las trincheras hicieran alto, repitiéndolo y esperasen órdenes.

El alto de San Roque, está precisamente al frente mismo de la calle de la Presidencia, está situado á media cuadra de la plaza. Coloqué las dos piezas al frente de la iglesia de este nombre y después de haber dirigido yo mismo las punterías al fogón que la guardia de la presidencia tenía al frente de la puerta. esperé á que los enemigos tocaran la diana para dispararlas; mientras tanto los 4 centinelas que los enemigos tenían en las cuatro esquinas de la plaza, pasaban la palabra muy tranquilos de rato en rato.

Acercábase ya el día, cuando el tambor de guardia de la presidencia empieza á templar la caja; espero y al empezar este redoble para la diana, mando disparar las dos piezas consecutivamente sobre el fogón, y fuertes vivas de mis tropas resuenan por dos veces en toda la circunsferencia de la plaza. El tambor enmudeció por mas de un minuto al ver rebotar las balas casi sobre el fogón y tocó luego generala, por un instante y calló; pero no habiendo concurrido nadie probablemente á dicho toque, fué luego repetido por tres ó cuatro tambores, fué entonces que el pueblo concurrió á la plaza á tomar armas muy ageno de que yo hubiese sido el que mandé disparar los dos cañonazos, ni mi tropa la de los vivos.

Había un indio Venancio, muy patriota y que capitaneaba una republiqueta ó reunión de indígenas, el cual hostilizaba al ejército español, y se hallaba en Yamparaez, á pocas leguas de Chuquisaca al sud oeste, y el

Presidente Vivero tenía dada la orden de acudir todo el mundo á la plaza al tiro de dos cañonazos, pues se temía un asalto ó saqueo por parte de aquel capitán; pero ignorando yo dicha orden, vine sin imaginarlo á llamar al pueblo contra mí, por dicho medio; por consiguiente no debe estrañarse que la parte de aquel pueblo que se hallaba de trincheras adentro, hubiese concurrido á la plaza, á pesar de haber sido siempre tan patriota, pues solo concurrieron en la inteligencia de ser la gente de Venancio la de los *vivas*, y no la mía, como lo manifestaban los semblantes de todos los vecinos, asi que aclaró y vieron mis fuerzas y la bandera Argentina.

Asi que hubo aclarado, mandé un parlamento intimando la rendición al Presidente Vivero, y avisándole que su escuadrón de descubierta para recibir el auxilio de Potosí, estaba todo en mi poder con su jefe y oficiales, pero dicho parlamento, tuvo que regresar por el fuego que le hicieron desde las trincheras, á pesar de haberse anunciado por el toque de corneta y la bandera. El teniente coronel Lopez que estaba prisionero, me hizo las mayores instancias para que lo mandara con el pliego, asegurándome por su honor que asi que el Prêsidente supiese por él que yo era, se entregaría, pues era imposible que pudiera resistirme, y que si tal no sucedía me juraba por lo mas sagrado que volvería; pero yo no quise admitir su propuesta y mandé un oficial con un cadete que había entre los prisioneros del escuadrón de éste. A poco rato estaba de vuelta la contestación, pero no con el que llevó la intimación, sino con un cholo. Decía en él, el Presidente, que las tropas del Rey no se rendían por las bravatas de sus enemigos, mientras tuviesen pólvora y balas.

En fin, el cholo fué despachado, avisándole, que sobre la amenaza marchaba á la ejecucion. Encargué á mi 2º el mayor Giles, atacar por la calle de mi derecha, llevando una pieza de artillería al frente del la compañía N° 2, que estaba colocada á una cuadra de aquella trinchera, la otra pieza se la despaché al capitán Francisco

Pombo de Otero, que estaba colocado por la entrada al sur de la plaza, con su compañía del N° 3. El capitán del 9, Manuel Segovia por la izquierda de Otero, y el sargento mayor M. Toro, de Húsares, con el resto del cuerpo por el otro frente del poniente. Yo que me hallaba en el alto de San Roque con el 2° escuadrón de Húsares, cuya segunda compañía la componían los reclutas tarijeños y con los prisioneros, dispuse quedara con estos en dicho punto, la primera que mandaba el valiente capitán Mariano García, y que bajara aquella á la calle para atacar yo por el frente, la casa de la presidencia. Ordené en seguida al capitán García, que dejando su compañía á cargo de su primer teniente y demás oficiales, viniese con 8 hombres escogidos, para que sirvieran de guías á la compañía de tarijeños, que mandé dividir por mitad; 30 hombres al mando de su capitán Mendieta, por la vereda de la derecha y los otros 30, al del capitán García por la izquierda.

Distribuidas así las fuerzas y comunicadas las órdenes á todos los que las mandaban, para que al sonar el toque de á degüello de mi trompa de órdenes, diesen un viva á la patria, y se lanzaran á las trincheras, sin tirar un tiro y repitiendo dicho toque; me coloqué yo en el medio de la calle con 12 Húsares de escolta montados y dando la señal de ataque con el corneta, marché á paso de carrera sobre la trinchera de la presidencia, seguido por las dos filas de los tarijeños, sin que nos detuvieran los disparos á bala raza y después á metralla que nos dirigieron los enemigos desde ella, hasta que habiendo llegado casi á la mitad de la cuadra de dicha trinchera, cayeron los primeros veteranos que guñaban ambas filas con el último tiro á metralla que nos dispararon los enemigos, abandonando al mismo tiempo la trinchera y las dos piezas; pero este tiro fatal había aterrado á mis reclutas y hécholos esconderse en todas las puertas de una y otra vereda, así que vieron tendidos sus guías.

Observado por mí este movimiento, me precipité so-

bre ellos presentándoles la punta de mi espada al pecho para hacerlos volver, pero en vano fueron todos mis esfuerzos porque me doblaban el sable y ganaban las puertas, teniendo que sufrir mientras tanto los fuegos que se nos hacían desde los balcones y las torres de la plaza y sufrir las piedras, tejas y tachos de agua hirviendo que nos arrojaban desde las ventanas, cuando en esto veo asomar atravesando las boca-calles de atrás, á toda la compañía del 2 y al mayor Giles.

Mientras volví yo en el acto, sobre aquella compañía, para hacerles penetrar á la calle, pues había abandonado la que debía atacar prestamente con el cañón por habersele vencido el eje al hacer el primer disparo, habían regresado ó acudido la mayor parte de los enemigos que guardaban las otras avenidas á la plaza, á la trinchera que yo atacaba, en virtud de que mis otros oficiales habían abandonado las calles á los primeros disparos de las trincheras y por consiguiente nos abrasaban con sus fuegos.

Conocido por mi todo esto, así como el abandono de la pieza que había dejado el mayor Giles, en la calle de mi derecha, me lancé á escape con diez Húsares que me quedaron de mi escolta, que me habían muerto uno y herido otro casi ya sobre la trinchera, en busca del cañón. Cuando yo desemboqué á la calle, lo llevaban ya tirando unos cuantos vecinos hácia la trinchera, los cuales al verme cargar sobre ellos, lo abandonaron; mandé á mis hombres de la escolta que atasen el cañón con sus maneadores y lo volví á la boca-calle en que había dejado el mayor Giles con su compañía del 2 y la con que yo atacué de Húsares y me fué ya preciso retroceder á la Recoleta, porque fueron en vano los esfuerzos que hice para hacerles entrar nuevamente al ataque á la calle, ni aún á los infantes del N^o 2, en razón como he dicho, de haber cargado allí toda la fuerza enemiga.

Toqué, pues, la retirada y antes de pasado un cuarto de hora, tuve toda mi fuerza reunida en el alto de la Reco-

leta, á excepción solamente de 11 hombres que quedaron muertos casi todos en la calle que atacué y 21 heridos que se sacaron. Resultó de las averiguaciones, que el capitán Otero á los primeros tiros de la trinchera que debió atacar, había abandonado la calle y la pieza que llevaba y que el capitán Segovia con unos 50 infantes del 9, juzgando mejor reunirse á Otero y faltando á mis instrucciones, había abandonado también su calle para venirle á buscar y atacar juntos por ese lado; pero felizmente había llegado á tiempo que los enemigos cargaban con el cañón abandonado y este capitán mucho más valiente que el otro, se fué sobre los enemigos y matando algunos de ellos, quitó el cañón y lo salvó. El Mayor de Húsares no se portó bien, pues no atacó la calle que se le había designado, so pretexto de que las dos compañías de infantería habían retrocedido.

Permanecí, pues, todo el día en el referido alto y circulando todas las salidas de la plaza con partidas; y con los indios, los extramuros del pueblo.

Observaba yo desde la torre con mi buen anteojo, los semblantes mústios y desencajados de todo el vecindario que estaba en armas en las trincheras y conocía bien que permaneciendo toda esa noche estrechado el pueblo y amenazándole con algunos ataques falsos, se pondrían todos á lo más en salvo, y me sería fácil tomar la plaza al siguiente día; pero pesaba sobre mí otra razón mas poderosa para apartarme de esta idea y era la de que en el pueblo de Tarabuco, á 12 leguas de la Capital, se hallaba el coronel Lahera con 500 infantes defendiendo un hermoso reducto con que guardaba aquel punto, y que dicho jefe, si yo le daba tiempo podría, reunido con los 300 hombres que venían de Potosí, aplastarme con toda mi fuerza, que había ya acabado sus municiones, ó la mayor parte de ellas, en el ataque que se sostuvo en la mayor parte de aquel día. Asi fué que al cerrar la noche me había ya decidido á marchar sobre el reducto asi que oscureciera y atacarlo en la madrugada del segundo día.

Dadas ya las órdenes para la marcha y momentos antes de efectuarla, recibí un propio de Tucumán, con la contestación del General en jefe, á la nota que le pasé la noche del 19 del anterior, al descender de la cuesta á Tarija, y al parte de haberlo tomado el 21 y adjuntándome con ellos el despacho de Coronel graduado. —Con relación á la primera, en que le hacía yo presente la impropiidad de sus quejas, por haberme apartado de sus instrucciones, cuando se me había faltado á mí con el primer elemento para la marcha y operaciones, me recuerdo que me decía, entre otras cosas: — «tiene Vd. sobrada razón, para decirme que no puede un General reñir á un jefe que comisione á gran distancia, á no separarse de las instrucciones que le diese, pues no puede propiamente el General, proveer desde la distancia, los obstáculos ó embarazos que puedan presentarse por mil accidentes, y que debe dejarse al jefe comisionado la libertad de salvarlos según su buen sentido. Por consiguiente queda Vd. desde esta fecha autorizado con todo mi poder para obrar á su criterio, pues tan buenas muestras acaba de darme, así de su buen juicio, como de su valor».

Mucho siento el haber perdido toda mi correspondencia y borradores, así con este General como con los demás bajo cuyas órdenes he servido, en el campo del Tala y últimamente en Tucumán; y mucho más la de Belgrano que ha sido el mas justo y el mas patriota de nuestros Generales, sin agravios á ninguno. Si él hubiese sobrevivido algún tiempo más, muchos mayores servicios habría yo prestado á mi patria, porque habría sido empleado por él, en mayor escala, pues nunca fué émullo de mis acciones como no sé que lo fuese de ninguno. Bien convencido estaba de esta verdad el finado general Quiroga, como lo está también su rival el general Rosas, por varias predicciones más que deben obrar en el poder de ambos.

Cerrada ya la noche, emprendí mi marcha sobre Tarabuco, con toda mi fuerza y cargando con todos mis

heridos, caminé la mayor parte de ella y al siguiente día llegué al pueblo de Yamparaez antes de medio día; comió allí la división y despaché antes de ponerse el sol al teniente de Húsares Carlos Gonzalez, que era un valiente español, con una partida de 10 hombres del cuerpo y otros tantos indios prácticos, á ocupar con la noche y bien temprano, la abra de carretas que está colocada á la cima de una larga cuesta que debia yo subir con la división asi que anoheciera, para poder atacar el reducto, sorprendiéndole á la madrugada.

El objeto que llevaba este Oficial, era el de cubrir con su partida asi el dicho camino, como dos sendas que se desprendian de aquella abra, para Yamparaez, á fin de evitar de que pudiera pasar por cualquiera de ellas ningún chasque del enemigo, ó la misma fuerza del reducto, mientras yo la buscaba por el carril principal, sin ser sentida.

Llegó, pues, la oración y emprendí la marcha muy confiado en que tenia ya cubiertos los caminos, por la expresada partida, pero sin embargo con todas las precauciones necesarias; y llevando á mi vanguardia al capitán Venancio que se me reunió ese día con su partida, compuesta de algunos soldados de los dispersos de nuestro ejército y bastante número de indios, y puesto á la cabeza de 400 indios que llevaba, siguiéndole el mayor de Húsares Manuel Toro, con una compañía de su cuerpo y enseguida yo, con la artillería á lomo de mula y dos compañías de infantería, á la cabeza de la columna.

La cuesta que teníamos que subir hasta llegar al abra de Cortaderas, empieza desde muy cerca de Yamparaez, llegados á ella empezamos á repecharla por su falda, dejando la mayor altura del cerro á nuestra derecha y la cual es casi intransitable. Nuestras cabalgaduras estaban ya muy estropeadas por la larga marcha y aspereza de los caminos y era preciso hacer alto con frecuencia para llevar la fuerza reunida, hasta que el capitán que cubria la retaguardia con su compañía de infantería, pasaba muy despacio la voz de marcha para

continuar ésta; así que llegaba la voz expresada, nos era preciso hacer desmontar dos ó tres hombres y dar sus cabalgaduras, para cargar los cañones ó sus montajes, porque las mulas que los llevaban no podían levantarse de donde se recostaban en cada alto que hacían.

En una de dichas paradas á eso de las 12 de la noche, habia sido dada ya la orden de marchar á mi vanguardia, cuando se dispara sobre esta una descarga de infantería enemiga que es acompañada del paso de ataque tocado por dos tambores y un corneta al mismo tiempo. Oír la descarga y partir yo volando con mi escolta de 12 Húsares sobre el punto de donde había sido disparada, fué una misma cosa, ordenando antes á mi Segundo preparar la división para ejecutar mis órdenes. Llego á la compañía de Húsares que iba á las órdenes del mayor Toro y lo encuentro á este formando algunos hombres de dicha compañía, pues acababa de ser desordenada por mi indiada de vanguardia que fué la que recibió la descarga. Al momento en que yo llegaba, seguían los toques de ataque del enemigo ya muy próximos, cuando los fogonazos de una segunda descarga casi á quema ropa, me muestra el frente de donde partía; precipítome á él con mi escolta y los pocos hombres que estaba formando Toro, mandado hechar sable á la mano, pero antes que me hubiese entreverado con los enemigos, recibo por la espalda una segunda descarga de mis dos compañías de infantería que dejaba á la cabeza de mi columna, mandada disparar por orden de mi Segundo el mayor Giles; mando, sin detenerme, orden á Giles para que no repita sus fuegos por estar yo de por medio y nos entreveramos acuchillando á los infantes enemigos. Paran éstos el fuego y gritan:—son nuestros.—Mis soldados suspenden sus cuchillos é inclinándose sobre los enemigos, me repiten:—«Son, señor, nuestros cazadores».

«No son nuestros cazadores, sino los enemigos»,—digoles yo, descargando al mismo tiempo una cuchillada sobre los que estaban mas inmediatos, pero estos que la reciben advertidos por el engaño de los míos, gritan:—

«No nos peguen, señor, que somos los cazadores ¿qué no nos conocen?»—Demasiado los conocí yo por enemigos, pero visto que los míos, los confundían por los vestuarios y las fornituras; retrocedí mandando á mis Húsares que me siguieran para hacerles conocer su engaño.

Apenas nos habíamos separados de ellos, cuando disparan sobre nosotros una tercera descarga que es contestada por sobre mí, por mis compañías de infantería. Volví á la carga sobre los fogonazos de aquellos gritando á *degüello* é incorporado segunda vez, reparando cuchilladas, cesa el fuego y se repite la primera escena.

«Son enemigos, grito yo, acuchillarlos.» - Mis soldados replican: «Señor son nuestros cazadores prisioneros ¿que no les vé la forniture y el uniforme?»—«Si, señor, somos los prisioneros» repetían los enemigos, y los estaba yo tocando con los estribos, pero muy persuadido de lo contrario, cuando en medio de este alegato y bajo muchos tiros que disparaban mis infantes por sobre mí, sin embargo de haber yo repetido la orden para que no nos fusilaran, desconocíanse unos cuantos de mis soldados y tiranse algunas cuchilladas y una de las cuales da en mi espada y hacémela saltar de la mano, sobre las cabezas mismas de los enemigos con que estábamos interpolados.

Sorprendido yo de este incidente que me privaba de un recuerdo de un General que estimaba en extremo, hube de bajarme del caballo para recojerlo, pero temiendo ser tomado prisionero, pues estaba cierto de que eran enemigos y no nuestros, di vuelta á mi caballo y mandé á mis soldados que me siguieran. No bien habíamos acabado de separarnos de entre aquellos cuando nos disparan otra descarga y repiten el paso de ataque. Tomando entonces el sable de uno de mis soldados, me dirijo hácia el lugar donde creí haber dejado á mi Segundo con la columna y llamándole por su nombre, pues la noche estaba tan oscura que no se veía uno las manos; cuando me contesta una voz:—«No está mi Coronel, el

Mayor se ha retirado con la columna?—Enfurecido yo, con semejante anuncio, grito aterradamente:—«¿Adonde están mis tucumanos?»—El capitán de ellos José Carrasco, que había regresado ya de conducir los prisioneros de Tarija y había quedado firme en su puesto esperándome, contesta en alta voz:—«Aquí estamos mi Coronel».

Contesté á esta repuesta consoladora:—«Que vivan mis valientes tucumanos, ellos solos me bastan para concluir con estos miserables! Seguidme!»—y volví al encuentro. El paso de ataque y los fuegos del enemigo cesaron al oír mi contestación al expresado capitán, pues advirtieron que no era el capitán Venancio el que se les presentaba sino la división victoriosa de Tarija.

Suspenderé por un momento la continuación del relato de este encuentro, para explicar así el objeto que había conducido á los enemigos, que solo eran 150 hombres de infantería, como el porqué no fui avisado por el bravo teniente Gonzalez, que había sido detenido en tiempo á cubrir los caminos. Habiendo sido avisado el coronel Lahera en ese día, por su descubierta desde la abra de carretas, de observarse mucha gente en el pueblo de Yamparaez, la cual era la mía que acababa de llegar, juzgó dicho jefe que venía la indiada del capitán Venancio y mandó aquella fuerza al cerrar la noche, con el objeto de sorprenderla, y como su primera descarga la hizo ésta precisamente sobre los indios que iban á las órdenes de Venancio, que dispararon al recibirla, juzgó el oficial que la mandaba que los que habían presentándose á la carga serían los pocos soldados dispersos que aquel tenía, y conoció su error al oírme preguntar por los tucumanos, y recibida la contestación del capitán que los mandaba, verme marchar á su encuentro. El teniente de mi descubierta abrumado por el frío, había cometido la imprudente falta de hacerse á un lado del camino, mucho mas arriba, y encender un fuego para calentarse un momento, dejando un centinela al camino. Los enemigos que venían descendiendo ya, lo observaron desde la distancia y separándose del camino por un ro-

deo, se habían interpuesto entre la descubierta y fuerza, cuando talvez empezaba recién á subir. El resultado fué que aproximándose los enemigos á la descubierta por la parte que este había subido y contestando:—la patria,— al quien vive de su centinela, no le dejaron dar lugar para dar aviso, pues aunque los conocieron por enemigos no pudieron salvarse sino desbarráncandose por una quebrada y perdiendo sus caballos ensillados, según me informó Gonzalez al reunírseme al siguiente día con la partida. Sigamos.

Los enemigos así que conocieron su engaño por mis voces, retrocedieron y los seguía yo como á tres ó cuatro cuadras mas allá, de donde nos habían hecho la primera descarga, cuando un oficial que iba á mi lado, el cual hacía poco que me había entregado una comunicación de un coronel Fernandez, patriota, me dice:—«Mi Coronel, mire Vd. que nos cortan por arriba de la cuesta», enseñándome la cima que llevabamos á la izquierda,—Paro y observando á la cima que me enseñaba, veo los bultos que corrian hácia mi retaguardia.

Hecha esta observación, no juzgué ya prudente continuar la persecución, mucho mas cuando el resto de mi fuerza había retrocedido, pues me persuadí que toda la fuerza del reducto podía ser la que marchaba por la cumbre, con el conocimiento que había adquirido por mi partida que yo juzgaba prisionera. Retrocedí pues y habíamos bajado como unas ocho cuadras la cuesta, cuando siento el paso de ataque por muchas cajas con que subían á mi encuentro.

Esto me confirmó en la idea que había formado al retroceder de que era fuerza enemiga la que había visto correr hácia mi retaguardia por la cumbre.

Paré y mandé apretar las cinchas de los caballos para abirnos paso y continuábamos ya descendiendo con precaución, cuando me dan el quién vive. «¿Y quiénes son los que lo dan?» Repuse en voz alta, sin contestarlo, y fuí conocido. Era mi Segundo que volvía en mi busca con la fuerza, pero en poco número.

Pregunto por los cañones y me contestan que no saben. Mando volver un ayudante por si las cargas iban descendiendo la cuesta y mando en seguida al mayor Giles, que ordene á los capitanes pasen lista por números.

Cumplida esta orden, vienen los capitanes á decirme que faltaba mas de la tercera parte de la fuerza. ¡Cómo quedaría yo á esta noticia después que venía cierto de la retirada de los enemigos que nos habían atacado y al considerar perdidos mis cañones; podrán calcular los lectores!!!

Continué descendiendo con toda la fuerza, pero con mi alma mas negra que un carbón!!!

Era, pues, preciso bajar cuanto antes, aquella cuesta fatal, que amenazaba (por lo expuesto anteriormente) ser el sepulcro del vencedor y de todos sus compañeros! Mas de un cuarto de hora llevábamos ya de marcha retrazada; perdida la espada que había ceñido á su cinto el muy recomendable general San Martín, también mi vanguardia (aunque de naturales del país) y tal vez mis cañones, cuando regresa mi ayudante después de haberse cerciorado por los últimos hombres que iban retrocediendo por delante, de que no había pasado una sola carga!!!

Aprésuré la marcha y bajando al llano, mandé acampar después de practicado el reconocimiento del campo y que armasen mi tienda para escribir. Eran las dos de la mañana.

Proclamé á mi fuerza que estaba formada con los caballos de la brida, afeándoles á todos la cobardía que habían mostrado y pronosticándoles el fin que nos aguardaba si sobre la marcha no lavábamos aquel tizne que ennegrecería nuestro nombre hasta la posteridad, y exigí en seguida que si aun quedaban cincuenta valientes á mi lado para ir en busca de los cañones, que reputaba quedados sobre las bestias que los conducían en el lugar mismo donde se sintió la primera descarga, pues que había yo pasado persiguiendo al enemigo algunas cuerdas mas allá, que saliesen al frente.

Salieron en efecto y en mayor número, cuantos tenían buenos caballos, porque como dije antes, estaba con toda la caballada malísima.

Llamé al valiente capitán de Húsares, Mariano García, y le encomendé el pronto desempeño de subir y traerme los cañones, con aquellos valientes. Partieron al instante y yo despaché sin demora comisionados en todas direcciones para contener y reunir el tercio de mi fuerza que me faltaban y prender un soldado distinguido de los cincuenta prisioneros tomados en Cachimayo, que se había fugado de la guardia que lo custodiaba, juntamente con otro soldado.

Esperábamos vigilantes y con ánsia la llegada del día. Apareció por fin y nos mostró sin peligro el campo, descubriéndose en seguida al capitán García que venía descendiendo la cuesta con los cañones y dos cargas mas que habían quedado. Un grito de alegría fué manifestados por todos, y mucho mas cuando al poco instante de callar las dianas con que mandé celebrar su vista, ya descubrimos los diferentes grupos de dispersos que se dirigieron á nuestro campo y los cuales empezaron á incorporárenos momentos después de haber llegado los cañones y también el oficial de la descubierta que había sido el causante de aquel suceso.

El capitán García me dió parte de haber encontrado muertos, poco mas allá de donde estaban las mulas echadas con los cañones, nueve hombres de los nuestros y veintidos ó veintitres de los enemigos, presentándome al mismo tiempo herido mortalmente al valiente capitán de la compañía del número 2, José Calé.

A las 7 de la mañana estábamos ya en marcha para Tarabuco, con toda mi fuerza á excepción solo del sargento de Húsares, Martín Bustos, con 8 ó 10 soldados que nos faltaban, y después de haber mandado ejecutar al distinguido y soldados prisioneros, que fueron tomados muy cerca ya de Chuquisaca, por una partida de nuestros fieles indios y dado una gratificación á los hombres que habían conducido nuestros cañones.

Serían las 8 cuando descubrimos ya la división del coronel Lahera, que venía huyendo del reducto de Tarabuco, por sobre la cima de la misma cuesta por donde marchábamos. Despaché en el acto al valiente Santiago Albarracín (sargento de Tambo Nuevo) y que era ya alférez de Húsares, con 25 hombres de su compañía, en persecución de aquella fuerza, mientras que por otro lado destiné otras fuerzas al mismo objeto. El resultado fué que los enemigos salvaron para Chuquisaca por sobre las asperezas de la sierra, pero dejando en poder de mi valiente Albarracín, dos cargas de municiones de calibre de mis cañones, dos de fusil, dos cornetas de platas, una carga de equipajes que cedí para su partida, diez y ocho prisioneros y diez mujeres, con varias cabalgaduras.

Continué, pues, á Tarabuco, muy complacido, particularmente por las municiones, pues se nos habían concluido las nuestras y llegamos cerca de las doce de ese mismo día al reducto y encontramos en él, ciento ochenta cabezas de ganado vacuno, mayor número de ovejas, mas de veinte arrobas de chalonas ó charque de ovejas gordas y gran acopio de cebada, leña, etc., que habían abandonado nuestros enemigos. Mi primer cuidado fué hacer reparar el eje del cañón que se había vencido en el ataque á la plaza de Chuquisaca, pasar el parte al General en jefe y despachar proclamas incendiarias á todos los departamentos y avisarles mi marcha sobre la capital de Charcas.

Al siguiente día, bien temprano me fué presentado preso el sargento Martín Bustos y sus diez soldados, por uno de mis comisionados naturales del país y escoltado por mas de setenta indios. Formé en el acto toda mi división en cuadro en la plaza y puestos los presos dentro de él, llamé al curaca ó alcalde del pueblo y le ordené me presentara al instante once polleras de las mas andrajosas de las indias é igual número de suecos y monteras de cuero de las que ellas usan. Listo todo al momento, mandé desnudar á los presos y vestidos por

fuerza con aquel traje y el aro en la mano, aunque me clamaban todos que los fusilara primero; mandé abrir filas é hice que los pasearan por entre ellas, ordenando á la tropa que escupiera á esos cobardes, que no merecían ser sus compañeros, pues eran los únicos que querían regresar á su país manchados. Fué un rato de comedia para la división y el pueblo, y del mas amargo llanto para los que sufrieron aquel castigo; perdió el sargento la gineta.

En esa misma tarde regresé con toda la fuerza sobre la Capital y al tercer día amanecimos circunvalándola, y no recuerdo si fué en ese mismo día, amenacé un ataque por la tarde, por todas las calles, en circunstancias que la procesión del Corpus, empezaba á pasear por la plaza. El resultado fué que así las tropas como el pueblo la abandonaron y el sacerdote ó no se si el obispo con los demás eclesiásticos, tuvieron que ganar la catedral con el palio.

Mientras fui á Tarabuco y volví, después del ataque á la Capital, se habían reunido ya en ella unos mil novecientos hombres de las dos armas, infantería mil cuatrocientos y quinientos caballos; pero á pesar de dicha fuerza no se atrevieron á salir á batirme, cuando no tenía yo mas fuerza que la de cuatrocientos y pico de hombres de las tres armas. Permanecí sitiando la plaza no recuerdo cuantos días, pero en ellos hubieron dos ó tres juntas de guerra, sobre si deberían salir á batirse ó nó, y en ninguna de ellas, se resolvieron á lo primero. El jefe que anduvo mas atrevido en su dictamen fué el coronel Balle ó Lavalle, pues fué el único que á pesar de la resistencia de todos los demás, fué de parecer que debían salir con todas las fuerzas y situarse en el cerro, no recuerdo si de San Fernando ó de San Roque y mantenerse allí en observación de mi fuerza, hasta que se les reuniera una división creo de 400 hombres que esperaban de Potosí. Esto lo supe por las comunicaciones que les intercepté, é impuesto así mismo de que dicha fuerza debía estar ya próxima, me moví por la noche con

toda mi división sobre Potosí, por las alturas á la izquierda del camino y dejando solo las ligeras partidas que juzgué precisas para los movimientos del enemigo.

Habíamos andado hasta las 12 de la noche y mandé parar una hora con el objeto de darle descanso á mi tropa, cuando se me da parte por uno de los capitanes de infantería, de que habían desertado dos hombres de los prisioneros de Toro, que habían tomado servicio en su compañía, siendo uno de ellos, sargento y que según los informes que acababa de tomar al echarlos de menos en la lista, resultaba que hacía mas de una hora que no eran vistos por nadie en la compañía.

Convencido por este parte, de que el sargento y soldado desertores se habían dirigido precisamente á Chuquisaca, con el objeto de dar parte al Presidente Vivero, de mi marcha sobre Potosí; y de que éste al recibir dicho aviso se había movido precipitadamente en mi alcance con todas sus fuerzas, con el fin de echarme al medio, así que entrara yo á la quebrada de Pilcomayo; contramarché en el acto por el mismo camino y serían las dos de la mañana, cuando me encontré con el parte que me mandaba el alférez Albarracin, de la salida de toda la tropa enemiga desde Chuquisaca, como á las doce de la noche y de haberse acampado en el Tejar, es decir, una legua fuera del pueblo. Continué mi camino hasta aproximarme á dicho punto, cubierto por la cima del cerro que está de por medio y mandé orden al alférez para que observara á los enemigos desde la altura sin hacerse ver y que si estos continuaban su marcha hácia á Potosí, no se hiciera sentir por ellos y me diese parte.

Acampados en la falda este del cerro que nos dividía del enemigo, esperamos el día y junto con él recibí el aviso del oficial Albarracin de que se movía la fuerza enemiga para Potosí. Subí con cuidado á la cima del cerro y observaba yo sin ser visto, el movimiento de la columna enemiga, cuando siento hacer dos tiros sobre la retaguardia de ésta y á ellos salir un hombre á esca-

pe en su caballo para la cabeza de la columna. Cuando esto sucedía me fastidiaba grandemente, pues temí desde que se dispararon los dichos tiros lo que era natural que sucediera, precisamente en el momento mismo en que toda la fuerza enemiga iba á sucumbir irremisiblemente á nuestras manos, pues iba ya la cabeza de dicha columna empezando á penetrar á la quebrada en que iba yo á sepultarla; y para que no se dude de la exactitud de mi cálculo, distraeré al lector con la explicación siguiente.

Tomé yo entre los indios que me seguían y los muchos que se habían apartado ya sobre las alturas de la quebrada del Pilcomayo, por mis órdenes, mas de mil quinientos hombres armados de onda y con la poderosa metralla que les suministra aquellos cerros; esperando solo el primer cañonazo que yo disparara para aparecer sobre uno y otro lado de la cima, arrojando el diluvio de pedrones que manejan tan hábilmente; pues fué este precisamente el objeto con que retrocedí, así que recibí el parte de la deserción del sargento y el soldado prisioneros y solo esperaba yo la introducción de toda la columna á dicha quebrada, para precipitarme por su espalda dando la señal convenida.

El jefe enemigo, en el momento de haber sido alcanzado por el hombre que partió de retaguardia con el aviso de los tiros, contramarchó por su izquierda y le ví yo mismo dirigirse con toda la columna á la altura que yo ocupaba y dirigiendo por diferentes partes varias partidas de infantes á ocupar la cima y reconocerla.

«¡Perdidos somos por esta imprudencia,» había dicho yo á mis ayudantes Victorio Llorente y Manuel Cainzo, que estaban á mi lado, así que se dispararon aquellos fatales tiros!!! La distancia que tenían que repechar los enemigos para llegar á observarnos, era bien larga y me dió tiempo para emprender la retirada, pues no me era de ningún modo posible el esperarlos; así por el malísimo estado en que se encontraban ya mis cabalgaduras, como por la falta de municiones, que no teníamos

más que las tomadas en la cuesta de Carretas pocos días antes, como por hallarse la indiada que se me había reunido, algo distante de aquel punto, y dividida por uno y otro lado de la quebrada.

Mandé á uno de mis dichos Ayudantes con orden al mayor Antonio Giles, para que emprendiera en el acto la retirada tomando el camino á Pomabamba y mandando por delante los cañones y demás cargas, pero dejándome al capitán Mariano García con cincuenta Húsares de los montados que hubiesen en el cuerpo y los Oficiales que dicho Capitán eligiera.

Mi división, que no estaba distante, emprendió luego la retirada como lo había ordenado y quedó el Capitán desmontado, después de haber apartado los hombres que se le ordenaron, aguardándome á que yo bajara con la escolta y guías que me acompañaban. Despaché también dos hombres de estos últimos, el uno mandando desplegármese al alférez Albarracín con las partidas de observación, y el otro con orden al capitán Venancio que lo había hecho reconocer como Comandante en jefe de la indicada, previniéndole á este por escrito cuanto debía ejecutar. Cuando la columna enemiga corrió á la cumbre y nos descubrió, estaba yo á la cabeza de los 50 Húsares de García y mi división descendiendo ya á una llanura distante de la cima mucho más de una legua, como las nueve de la mañana. Avistada la columna y descubierta por el jefe enemigo toda nuestra fuerza, no tuvo ya embarazo en seguirnos; con su caballería por delante. Fuí perseguido sin cesar en todo el día, hasta que cerró la noche y ví retroceder al enemigo y acamparse sobre la costa de un río ó arroyo que habían pasado persiguiéndome, y creo fué el de Yamparaez; pero con toda esta larga persecución logré detenerlos cuantas veces quise, para dar tiempo á que adelantara camino la artillería y mi columna, pues cuantas veces me detenía con los 70 hombres que llevaba, hacían lo mismo los 500 caballos enemigos, hasta que llegaba toda su masa de infantería y no continua-

ban su persecución sino después de reconocidas todas las alturas en que me había yo detenido. Tal era el respeto que les había yo infundido con mi arrojo á los jefes españoles.

Habiéndose acampado los enemigos, continué yo marchando toda la noche, y como al amanecer se notó la falta de 10 ó 12 hombres de los soldados enemigos que habíamos incorporado á nuestra infantería en Tarija, puse todo mi empeño en llegar á Sopachuy caminando día y noche; y sin más descanso que el preciso para que respirasen un poco los hombres y las bestias, pues temían y con razón, que los enemigos impuestos ya del verdadero número de mi fuerza y su estado, por los pasados, les sería fácil adelantarme por un camino de mi derecha que iba á salir poco antes de llegar á dicho punto. Tardé cuatro días en llegar á él y sin haber tomado más alimento que de unas 80 ovejas que se encontraron y distribuyeron en la división. Era tal el sueño y cansancio que experimentábamos todos, que se vieron caer á muchos hombres desnudos en la marcha, y yo mismo hube de despeñarme á una profundidad, al descender una cuesta en la tercera noche. Era el camino en extremo peligroso, la noche muy oscura y bajábamos todos á pié, tirando sus caballos los que los tenían, cuando dormido, pierdo el pié, hacía el precipicio, salvando milagrosamente por la precaución que había tomado al empezar á bajar, de darme dos vueltas en la mano derecha con fuertes riendas y llevar las cañas de ellas bien apretadas en la mano, pues al despeñarme se sentó mi mula sobre las patas y el tirón que sentí me recordó é hizo sostenerme con uñas y dientes de las riendas, á favor también de un arbusto ó raigón de tala que encontró el pié y sirvió para afirmarme; y el Ayudante y ordenanza que estaban inmediatos pudieron ayudarme tomándome por las manos.

Pero no fué este el último susto ocasionado por el sueño: así que descendimos á la quebrada, paramos hasta que acabasen de bajar todos; había dado la orden para

que no se hiciera fuego, ni se fumase de noche, pero los oficiales abrumados por el frío, la falta de alimento y de dormir, habia encendido uno con huano de caballo, seco, en un hoyo, y el cual estaba cubierto por una gran piedra y por los capotes de los oficiales que tomaban mate acechándome para no ser descubiertos. Quien sabe qué tiempo hacía que estábamos parados, cuando se me presenta el ayudante de Húsares Rafael Riesco (estaba yo hablando con algunos capitanes) y me dice:—¿Mi Coronel, marchamos ó echa pié á tierra la tropa?— ¿Y quién la ha mandado montar?—pregunto al ayudante indignado. Éste largando la risa, responde:—Señor, hace como un cuarto de hora que Vd. me mandó que hiciera montar los escuadrones, y están á caballo esperando la orden.—Repliqué indignado que yo no había dado semejante orden, pero tuve al fin que creerlo porque uno de los capitanes me aseguró que á su presencia había yo dádole la orden al ayudante.— Dé Vd. la orden á todos los capitanes que lleven sus compañías bien reunidas en la marcha y que guarden el mayor silencio,—dígele.

El ayudante partió á dar la orden y yo monté á caballo para continuar la marcha, cuando vuelve Risco con la novedad de que no encuentran al capitán Cainzo ni su compañía, para darle la orden, pero que todos los demás se estaban ya prevenidos.— «¿Y qué es del Capitán y su compañía, no ha bajado aún? pregunté».—Sí, señor, aquí ha bajado, y cuando Vd. me dió la orden para que montara el cuerpo, fué el último á quien se lo comuniqué,—me dice el ayudante. En fin, y para no cansar más con esta relación, marchamos á las tres de la mañana llenos de recelos y desconfianza, sin saber qué creer de esta desaparición, pero todos alarmados y muy vigilantes. Alboraba ya, cuando recibo parte de mi descubierta que en la crucijada del camino que nos interesaba superar, estaba situada una fuerza de caballería. Al instante mandé que se prepararan todas las compañías como para un encuentro, y me adelanté con mi escolta

á recorrer yo mismo la fuerza, cuando al cerciorarme á favor de la claridad, reconozco ser el capitán Cainzo, y voy á él enfurecido á reconvénirle por haberse adelantado sin orden. - Sorprendido el Capitán, me contesta que yo mismo, así que estuvo reunida toda la fuerza al descenso de la cuesta, le había ordenado ir á fijarse en aquel punto con su compañía y mandar reconocer el camino que podría traer el enemigo; que dicho reconocimiento estaba ya practicado y no había novedad.

Á esta relación no hubo más remedio que conocer que dormido habría yo dado aquella orden que aspiraba realizar despierto. He escrito esta relación para mostrar cuán inmenso es el cuidado y la responsabilidad que pesa sobre el que manda.

Continué, pues, desde allí, libre ya de cuidado, y mandé adelantar una partida al pueblito de Sopachuy para que nos esperase con ganado vacuno para que la división pudiera comer bien á la noche en que llegaríamos, pues nos faltarian como 8 leguas de camino y las cuales no pudimos vencer sino después de las 11 de la noche, á cuya hora llegamos.

Sopachuy está situado en una altura ó morro, al salir de una quebrada; y al descenso para esta parte del sur; mandé acampar la división y que se montasen y cargasen los dos cañones en precaución; y yo en persona coloqué las avanzadas, á nuestra retaguardia en la quebrada, una, y la otra á la derecha del camino que traíamos; y así que dejé todo arreglado me tendí sobre un catre después de haber mandado que desensillara la tropa y asegurarse cada uno su caballo, á fin de que pudieran revolcarse y descansar las bestias, pues hacían ya cinco días que no se les quitaba el apero y estaban los más maltratados; al tenderme ordené á mis asistentes que solo quitasen el freno á mi caballo y los suyos, y les pusieran de comer, y poniéndome un cuarto de la primera res que se desollara, pues estaban carneando, me despertasen así que estuviera pronto.

Esa tarde había recibido aviso de mis bomberos, al

ponerse el sol, de quedar los enemigos á la madrugada de ese mismo día, á 25 leguas de Sopachuy, es decir, muy poco menos de las que yo había tenido que andar en 4 días con sus noches; por consiguiente, estaba muy lejos de creer que pudieran ellos andarlas en todo el día y la noche. Tenderme y quedarme dormido fué una misma cosa, y no me recordé sino al querer empezar á rayar el día. Me levanté al instante reconveniendo á los ordenanzas por no haberme recordado con el asado, y me contestan:—qué asado, señor, cuando nadie ha comido, asómese y verá las reses desolladas y los soldados dormidos al lado de ellas,—y observé que era verdad.

Llamé al teniente.... y dándole mi caballo mejor y mi antejo, lo mandé con dos hombres á reconocer el camino á retaguardia como á distancia de dos leguas: di orden á la división que ensillaran los caballos y que pasando una prolija revista se me diera un estado general ó matriz, pues quería pasárselo al señor General en jefe y me puse á escribir el parte.

Habían pasado como veinte minutos de la salida del Teniente y tendría yo escritas como doce líneas, cuando oigo disparar dos tiros á la parte del camino; y grito á mi ordenanza el sargento de Culpina, Frias, que enfrente mi caballo y el suyo, y cerrando aceleradamente mi papelera, monto á caballo y salgo con el Sargento (á cuyo tiempo disparaba mi avanzada una descarga) y dando al ayudante Llorente la orden de avisar á mi segundo que estaba pasando revista y ordenarle saliese volando con las dos piezas y las tres compañías de infantería, á la altura que solo distaria una cuadra á lo sumo del campo; corro unos pocos pasos y descubro á mi avanzada defendiéndose á bayonetazos en retirada y revuelta ya entre la cabeza de una columna como de doscientos cazadores enemigos que la traían á bayonetazos y sin disparar un solo tiro; á cuyo tiempo gritando á mis Húsares, «á la carga y que la infantería descienda por mi izquierda», lánzome con el sargento hacia los enemigos que dan vuelta al oirme, y pueden salvarse cinco hombres de la avan-

zada que habían llegado defendiéndose, al empezar á subir el morro. Los enemigos, que solo por la sorpresa que les causó mi voz, habían retrocedido como una cuadra, al verme descender sobre ellos con solo un hombre y que no aparecía tal infantería sino mis Húsares, dan vuelta y me dirigen varios tiros á un tiempo.

Vuelvo sobre la marcha mi caballo, y al salir á la altura perseguido por los infantes enemigos, encuéntrome con mi corneta de órdenes montado y al ayudante Riesco; doy vuelta y gritando al ayudante:—«corra Vd. y diga al mayor Giles que salga con las dos piezas y la infantería y mande tocar á degüello»—y cargo seguido del corneta y sargento. Vuelven segunda vez la espalda los cazadores enemigos y sucede lo que en la primera vez, cuando me advirtieron solo.

Corriendo entonces hacia mi campo, y encontrándome con varios oficiales de Húsares y como treinta hombres del mismo cuerpo al salir á la altura, ordenéles que echando pie á tierra y parapetados de unas paredes de piedra que había, sostengan el punto á todo trance mientras yo volvía con la infantería y los cañones, y me dirijo en su busca. Todo este tiempo había dado á mi segundo, para arrastrar una cuadra á lo menos, las piezas y la infantería á la altura, y haber anonadado aquellos doscientos cazadores que solo eran la vanguardia de la columna enemiga como se observó en seguida. Toda esta relación ha sido leída á presencia de un consejo de guerra en Buenos Aires, formado á dicho mayor Giles, y diez ó más oficiales que huyeron con él, y por esta razón la repito hasta su conclusión.

Fuí, pues, en busca de dicho Mayor. ¡Pero cuál fué mi indignación y sorpresa al descubrirlo, retirándose con la columna y las dos piezas arrastradas!!! — «Vuelva Vd. so cobarde con la artillería y las piezas al punto que se le ha ordenado»,—le grité á presencia de todos,—y volví con algunos hombres en auxilio de los que había dejado defendiendo la subida: pero ya era tarde! pues asomaban á la altura los infantes enemigos for-

mados, y mis oficiales y tropa montaban á caballo bajo los fuegos enemigos para retirarse.

Vuelvo corriendo á encontrar á Giles y á apurar la marcha, pero recibo un nuevo chasco. Él iba ya en fuga con la tropa, subiendo á una segunda altura, y había dejado abandonadas las piezas, corro á tomarlas y mando á los Húsares de mi escolta amarrarlas á la cincha de sus caballos y sigo con ellas; ¡pero á este tiempo desplegaba ya el enemigo con fuego sobre nosotros, por compañías, toda su columna, y aparecía al mismo tiempo su caballería por la derecha!

Mandé á los soldados que las tiraban, cortar los lazos con sus cuchillos, y descendiendo la loma pasé un arroyuelo y subí á la altura del camino á Pomabamba, que había tomado Giles en su fuga, y formé en él noventa y tres hombres, que fieles y valientes no habían querido abandonarme, así como la mayor parte de los oficiales del cuerpo de Húsares.

¡Estaba yo tan enardecido por tan inesperado como ignominioso comportamiento, que formé dicha fuerza resuelto á perecer con toda ella resistiendo al enemigo si se atrevía á pasar el arroyo á buscarme! Pero mis enemigos más *prudentes* que nunca, conocieron, creo, mi intención y no se atrevieron á pasar; se contentaron con llegar á donde quedaron mis cañones y volver con ellos á la cima de Sopachuy, habiéndome tomado prisionero al Dr. Serra, Capellán de la división, por un retardo suyo en querer salvar su carga; al valiente oriental sargento Bracamonte, diez ó doce hombres más con los del retén que habían sorprendido, y mi equipaje.

En vano mis Húsares los insultaron provocándolos á que pasaran el arroyo con su caballería, no quiso aceptar el combate y se acamparon á nuestra vista, poniéndome yo á la de ellos, á tomar por mí mismo una lista de todos los valientes que me acompañaban para darles por siempre la preferencia que merecían ante sus indignos compañeros; y tuve la satisfacción de notar que entre dichos valientes, se encontraron de los primeros los

once que había vestido en Tarabuco con las polleras y zuecos de las indias, y que fueron durante toda la campaña los que mejor se desempeñaron en el Cuerpo; y para mostrarles que así como castigaba á los cobardes sabía también recompensar á los valientes, le devolví la gineta á presencia de todos, al sargento Bustos.

Después de esta operación, continué mi marcha muy despacio, y habiendo encontrado dos vacas con tres terneros desde uno hasta dos años, á la intermediación de un oratorio ó capilla vieja, mandé encerrarlas en el pretil cerrando sus puertas con la tropa, y carnearlas todas con cuero, hallándonos como á dos leguas y media de Sopachuy, pues no habíamos tomado ni bocado. No permití detenernos á comer y continué la marcha hasta una pequeña quebrada con agua y muy leñosa, y siendo el combustible muy escaso por aquellos lugares, no quise pasar adelante, sin embargo de no habernos separado del enemigo sino cinco leguas. Dije á mis soldados:

—¡Aquí pasaremos la noche comiendo, y si los enemigos se atreviesen á buscarnos, moriremos como valientes ó triunfaremos como en Culpina y Tarija, porque los valientes no se aterran jamás á la vista de los realistas.

—Sí, señor; ¡qué viva nuestro Coronel!—gritan todos.

Coloqué yo mismo los puestos avanzados, y pasamos allí la noche comiendo perfectamente, después de haber despachado órdenes en alcance del mayor Giles para que parara donde lo encontrasen.

Al amanecer emprendimos la retirada al toque de marcha y habiendo antes echado la diana con todas las cornetas del cuerpo, y repitiendo de trecho en trecho el toque de reunión, á cuyo favor iba reuniendo hombres por todo el camino hasta que llegamos al pueblo de Pomabamba á las doce de la noche del cuarto día, con doscientos y tantos hombres. Allí fuimos informados de haber pasado el mayor Giles con diez ú once oficiales que le acompañaban, y algunos soldados, después de las doce de la noche del mismo día de la sorpresa.

Se me pasaba una noticia singular y que ocasionó la

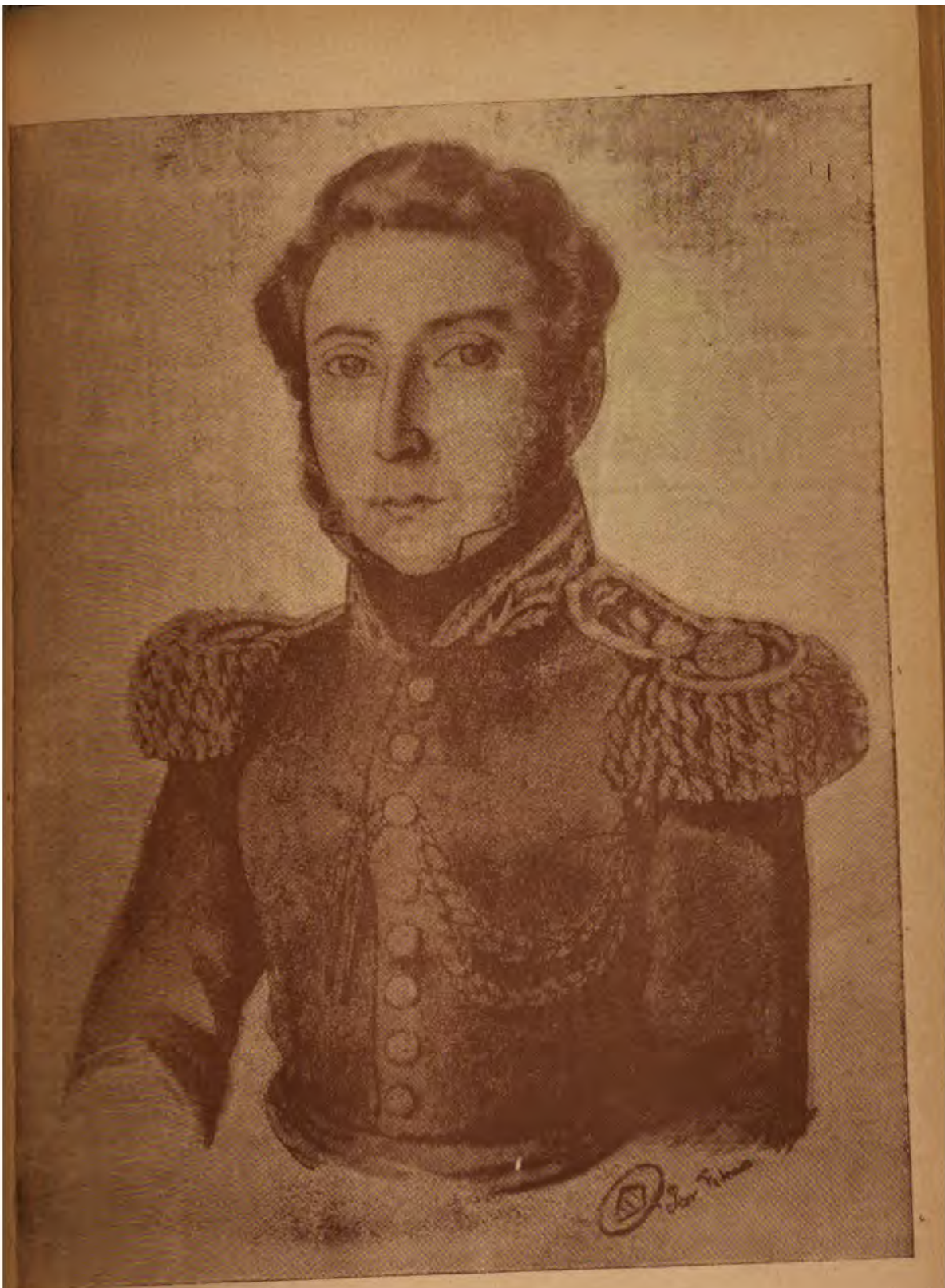
sorpresa. Un teniente encargado del reconocimiento esa madrugada, montado en mi mejor caballo y con mi antejo, emprendió desde aquel momento su fuga por el camino que su miedo le indicó como el más seguro; así fué que pudiendo con su aviso haber esperado prevenidos al enemigo y quitándole infaliblemente sus doscientos cazadores de vanguardia, pues se habían adelantado; fué al contrario sorprendida su primera guardia ó retén y muerta ó prisionera más de la mitad de la avanzada, y por cuyo accidente tuvo el mayor Giles la oportunidad de conducirse como se condujo.

Desde Pomabamba comisioné á un Capitán de Húsares con una partida para pasar en alcance del mayor Giles y los oficiales que le acompañaban, y prenderlos.

Dicha partida marchó por delante de mí al siguiente día; y en un lugar llamado la Loma, á las cercanías ya de Tarija, vino recién á darles caza, porque allí recién habían parado á respirar, como á setenta leguas de Sopachúy.

Al acercarme á Culpina llevaba ya reunidos trescientos hombres ó más; pero desmontados los mas, sin municiones, muchos desarmados, y todos enteramente desnudos. En estas circunstancias recibo aviso de haber llegado á Cinti el General en jefe del ejército enemigo La Serna, con una fuerte división de su ejército. Para salvar yo en el estado en que iba mi tropa, no encontraba sino dos caminos á cuales más peligrosos. El uno era tomar por el desierto del Chaco, expuesto á perecer seguramente, ya por el hambre y la sed, ó ya por los indios que nos recibirían á pié, estenuados y careciendo de los medios necesarios para defendernos. El otro era dirigirme osadamente sobre el General en jefe enemigo y ver si lograba engañarle con un falso ataque, y dejándolo burlado, tomar el camino de Tarija.

Preferí este último por parecerme mas glorioso aunque pereciera; marché á Culpina y avancé una gran guardia sobre Cinti, mientras buscaba por todas partes como proveerme de algunas cabalgaduras: permanecí en dicho punto no recuerdo si uno ó dos días.



James Wright

El General enemigo que iba en mi busca y me vió marchar á su encuentro, juzgó prudente esperarme y era precisamente lo que yo buscaba.

Proporcionadas las cabalgaduras que se pudieron encontrar, y habiendo descansado y comido bien las mulas que llevábamos, en los alfalfares; me retiré aceleradamente por el camino á Tarija, al cerrar la noche; después de haber ordenado á mi fuerza avanzada sobre Cinti, que bien cerrada la noche se dirigiera en mi alcance forzando cuanto pudiera sus marchas.

Interrumpiremos un momento para hacer conocer al lector el parte que recibí antes de salir de Culpina.

Fuí instruido por uno de los agentes que tenía en Tarija de hallarse el general Canterac marchando hacia la cuesta del Obispo con una división de mil hombres, fué con este conocimiento que aceleré mi marcha de Culpina sobre dicho General, pues también tenía sobre mí la amenaza del general en jefe La Serna.

El hoy general Tomás Iriarte, que estaba en aquella fecha al servicio de los españoles, se hallaba, con el general La Serna en aquellas circunstancias, pues habiéndose pasado á nuestro ejército, creo, después de mi dicha retirada, instruyó al señor general Manuel Belgrano de la orden que pasó La Serna á Canterac, á consecuencia de haberlo yo dejado burlado en Cinti. El resultado fué que yo me dirigí sobre el general Canterac que esperaba por la cuesta del Obispo, pero ya algo mejor montado y con algunos hombres más que se me habían reunido de los dispersos. Así que Canterac me vió marchar resueltamente sobre él, ocupó las mejores posiciones y me esperó en disposición de batirse; yo continué de frente en columna casi hasta tiro de cañón, y así que me hube franqueado un estrechó descenso, varié á mi izquierda y descendí con presteza á los llanos de Tarija.

Canterac, avergonzado sin duda de haber sido burlado como su General, se movió inmediatamente en mi persecución, pero no llevaba arriba de trescientos caba-

llos escasos, y éstos no se atrevieron nunca á marchar sobre mí en las repetidas veces que los esperé yo en persona á la cabeza de cincuenta Húsares escogidos, pues eran los únicos que podían montar bien, y con ellos cubría la retirada de mi fuerza.

Cuando llegué á Tarija tenía reunida ya toda mi fuerza á excepción solo de los pocos hombres que había perdido entre muertos y prisioneros.—Pasé sin detenerme en dicha ciudad, y me establecí en el valle de la Concepción, pero dejando á Canterac en ella rodeado por mis partidas y por algunas fuerzas del país que reuní para hostilizarlo, y habiendo mandado á Giles y además oficiales presos á Tucumán con un parte al General en jefe.

Llegué á estrecharlos tanto que no se atrevieron á salir del pueblo ni en busca de leña, y estuvieron algunos días echando mano de los tirantes y puertas de algunas casas que desarmaron, para dar ración de leña á su fuerza. Les había hecho entender también por medio de proclamas que introducía á la plaza, de que había recibido de refuerzo al Regimiento núm. 2, á las órdenes del teniente coronel Moron, y aunque era verdad que dicho cuerpo fué mandado al efecto por el señor general Belgrano, el Gobernador de Salta, general Martin Güemes, no le dejó pasar y tuvo que regresarse á Tucumán por las hostilidades que recibía.

Del valle de la Concepción mudé mi campo á Toldos, donde establecí una plaza cerrada por sus cuatro frentes con hermosos galpones que trabajé para mis tropas, cortando las maderas á sable las mas de ellas, y construyendo dichos cuarteles con los mismos soldados; pues cada capitán se encargó de trabajar el suyo con su compañía. Se construyeron cuartos espaciosos á retaguardia de cada frente, para los oficiales; un buen galpón para la maestranza, otro cómodo y espacioso para el hospital, pues había traído veinte y un heridos desde Chuquisaca, y de los cuales por un olvido no he referido en su lugar el modo como salvé á siete de ellos que estaban en es-

tado de no poder ser conducidos y quiero ahora expresarlo.

No queriendo dejar un solo hombre abandonado de cuantos me habian acompañado, mandé trabajar siete pariguelas ó angarillas, y formando el asiento de cuero para tender á los heridos. Los oficales al verme dirigir dichos preparativos, me decian: — «¿Y cómo vamos á llevar estos heridos, mi Coronel?» — «Luego lo verán ustedes», les contestaba.— Listos ya y en el momento de la marcha, mandé acomodar en ellas á los heridos. Llamé á los oficiales de Húsares, y tomando yo uno de los cuatro brazos de una de ellas mandé que me imitaran los demás, y cargando con todos tomé la cabeza de la columna con nuestros heridos al hombro.

A las dos ó tres cuadras de marcha, bajamos é hice que nos relevasen los que quedaban, y después los de las otras compañías de infantería y artillería: acabados los oficiales siguió el turno por compañías, y concluida la última, volví á turnar con los oficiales. En este orden los llevamos hasta Yamparaez, ayudados también por los naturales del pais que á porfia se disputaban la preferencia viendo que yo mismo los cargaba.

En Yamparaez fueron dejados bajo la custodia de un cacique y de varios indios y familias patriotas, y habiendo tomado el reducto de Tarabuco fueron conducidos allí por los indios y dejados recomendados cuando volvimos sobre Chuquisaca, hasta que á nuestra retirada y estando ya mejores pudimos conducirlos con mas comodidad.

Establecidos, pues, en Toldos, llegó el facultativo Dr. Juan Hougham mandado por el señor general Belgrano, y fué tan eficaz la asistencia, contracción y acierto de este recomendable facultativo, que á los quince días de su llegada estuvieron sanos así los heridos como varios otros enfermos. Pocos días despues de la llegada de dicho doctor, vino el oficial que había conducido á Giles y demás, conduciendo ocho cargas de municiones, dos mil pesos en plata, y no recuerdo que otros auxilios

que me mandaba el general Belgrano. La tropa y todos los oficiales estábamos completamente desnudos, á tal extremo que en los descansos de las marchas, nos sacábamos los oficiales los pedazos de camisa que traíamos puesta, por que toda la ropa blanca que teníamos y que no era mucha por cierto, la habíamos concluído en hilas y vendas para los heridos.

El tiempo que permanecí en Toldos ó Villa de Madrid, que fué el nombre que dimos á nuestra población á insinuación del Dr. Hougham, lo emplié en ejercicios doctrinales, limpiando para el efecto con la misma tropa, un hermoso campo muy pedregoso, que lo allanamos en tres días, formando en ala toda la división y ordenando que al toque de ataque cada soldado marchase disparando á su frente cuantas piedras encontrase.

De este modo, á título de fuego, pues parecía una guerrilla, quedó un gran espacio de mas de dos cuabras de largo, limpio, y un gran monton de piedras al otro extremo. Esta operación se practicaba mañana y tarde por espacio de media hora después del ejercicio. Así fué que cuando regresamos á Tucumán, mis Húsares marchaban y maniobraban coma el mejor cuerpo de ejército, como se los dijo el mismo General en los ejercicios.

Canterac seguía estrechado en Tarija por mis partidas y habiendo tenido noticias por mis espías de que se dirigía el general Olañeta, de la parte de Yaví, con mil quinientos hombres hácia los cerros de Tarija, con el objeto de cortarme por el Baritú, marché con cuarenta hombres hasta el valle de la Concepción al efecto de reunir todas las partidas que circunvalaban el pueblo, para retirarme.

A la oración llegué á dicho punto y me acampé: no faltó quien diese aviso al enemigo, y al siguiente día por la tarde ya al ponerse el sol, habia mandado Canterac una columna de doscientos cincuenta infantes, con el objeto de sorprenderme á la madrugada, pero yo en ese día dejando mi fuerza en aquel punto, me habia marchado para Tarija, con solo una escolta de doce

hombres bien montados, á efecto de andar mas ligero y poder con la noche por medio de un engaño reunir mis partidas que estaban hácia el norte y oeste del pueblo.

Con el objeto de llegar al anoche á Tarija, había salido tarde del valle y llevando tres cornetas. Así fué que al cerrar la oración iba ya á descender á un río seco que hay á las orillas de Tarija y como á ocho ó diez cuabras, poco mas ó menos de distancia.

El río es ancho y barrancoso y tiene monte por una y otra banda; y precisamente á esa misma hora descendía también por el mismo camino y por la opuesta barranca la columna que iba á sorprenderme; pero ignorando unos y otros de nuestra aproximación.

Al empezar yo á bajar el barranco ya cerrada casi la noche, descubro bajando por el otro lado la cabeza de la columna; paro un instante y después de prevenir á mis soldados, doy las voces de mando á mis escuadrones en alta voz y me lanzo tocando al galope con los tres cornetas.

Los enemigos asi que percibieron mi voz, dieron vuelta de carrera, y apretaron á correr con mas empeño asi que sintieron el toque de las cornetas y el galope de mis caballos, pues oscurecía á ese mismo tiempo y no podían ya distinguírnos.

Dos ó tres hombres les acuchillamos y tomamos dos prisioneros, pues no quise yo empeñarme en alcanzarlos temeroso de un igual chasco, por alguna emboscada y mucho mas cuando mi objeto no era otro que el de alarmar al enemigo, engañándole y replegar mis partidas para ponerme en salvo.

Llegaron, pues, los enemigos al pueblo muy cansados, escopeteados por la espalda y juzgando que tenían encima toda mi fuerza. La generala sonó en el acto y fué iluminado todo el pueblo; mientras tanto había yo mandado que se replegasen mis partidas, y distribuído por derecha é izquierda del pueblo, dos cornetas batiendo marcha. Toqué en seguida alto desde el punto en que estaba, que fué repetido por ambos

lados; y habiendo pasado media hora ó poco mas, toqué orden general que repetida por los dos cornetas,—era la señal para que se me replegaran, asi estos como las partidas.

Serian las 9 de la noche, cuando estuvieron reunidas estas, y emprendí mi retirada hasta el valle de la Concepción y marché con toda la fuerza que allí dejé, sin detenerme. Esto era en el mes de noviembre, y asi que llegué á mi campamento al siguiente día, emprendimos la retirada por la noche, pegando fuego á nuestros cuarteles y cuantas casas se habían trabajado, para que no les sirvieran á nuestro enemigo.

El general Canterac, alarmado esa noche con el falso ataque, y juzgando que iba yo á atacarlo con todas mis fuerzas, había mandado propios por duplicado, llamando al general Olañeta, que se dirigía á mi retaguardia, por el Baritú, en su auxilio.

Regresó, pues, Olañeta, por sobre la cumbre, esa misma noche, y habiendo descendido al llano frente á Tarija, al siguiente día ó antes de acabar de bajar, recibió aviso de haber desaparecido mis fuerzas y tuvo que contramarchar, enojado con Canterac, en procura de su primer objeto, pero cuando el cayó al..... había yo pasado ya esa noche antes y quedó burlado.

Con el auxilio que recibí de Tucumán, del señor General en jefe, había yo comprado cordillate blanco de lana, que tejen los naturales del país, y mandado hacer con los sastres que había en la división, pantalones y ponchos para todos, de mí abajo, y había proporcionado también una miserable cuota de un peso á la tropa, diez y doce reales á cabos y sargentos y dos pesos á los oficiales; pero duplicada dicha cantidad á todos los que me habían acompañado en Sopachuy, los cuales eran desde entonces preferidos para todo hasta para las cabalgaduras.

Asi era que los otros venian corridos á cada paso, ya cuando se ofrecía distribuir algo á la tropa y oficiales, ya en fin, cuando había una buena cuenta ó que se

repartía caballos, porque al momento sacaba yo mi lista y los separaba para que eligieran lo mejor á presencia de todos.

Sin mas que esto, logré emular tanto á toda mi división, que se disputaban las ocasiones en que poder lavar aquella mancha para hacerse dignos de mi aprecio, como los otros.

En esa retirada pasamos innumerables trabajos de toda especie, pues tuvimos que caminar á pié y descalzos, abriendo camino por entre los bosques con nuestros sables, hambrientos, y atravesando cadillares en que nos espinábamos hasta las cejas y cabeza, pues el cadillo es una planta á especie del trigo, pero de caña mucho mas sólida, y sus espigas se componen en vez del trigo, de una especie de granos que cada uno contiene centenares de una espina muy sutil y que se pega en la ropa, en el pelo y en cuanto se roza con ellos.

En uno de esos días de marcha, en que habíamos andado todo el día sin comer, ni beber, y sufriendo un sol abrasador, se levantó repentinamente una gran tormenta á eso de las cuatro y media ó cinco de la tarde, en circunstancias que bajábamos por la falda de unas alturas cubiertas de palmares, pero llanas y limpias; pero apenas habían algunas matas de pastos y nos fué preciso acampar asi que empezó á llover, pero destinando un lugar separado para las cargas de municiones.

Llovería copiosamente como una hora, y caerían mas de cincuenta rayos y centellas que nos tenían en zozobra, ya por el temor de que cayese en la pólvora ó ya sobre cada uno de nosotros.

Pero lo que mas nos asombró, fué el ver á cada trueno arder una palma de entre medio de nosotros y por la circunferencia de nuestro campo; pero pasó felizmente sin daño alguno y tuvimos abundancia de agua con que satisfacer la sed, hombres y animales, por toda la noche, y un aire mas fresco para el siguiente día.

Llegamos por fin á la ciudad de Oran á los no sé cuantos días, sin haber comido nada en los dos

últimos; pero fuimos encontrados á la otra banda del Bermejo que dista del pueblo como una legua ó poco menos, con algunas cargas de naranjas y pan, con que nos obsequió el mayor ó teniente coronel N. Sevilla, salteño, que estaba allí de gobernador ó comandante del punto por el señor Güemes; el cual había sido nuestro compañero de armas y oficial de mi mismo cuerpo cuando serví en Dragones en las campañas anteriores.

Referiré aquí el paradero que vino á tener la espada que me regaló el general San Martín al marcharse para Mendoza de Tucumán, y que me fué volteada de la mano en el encuentro nocturno de la cuesta de Carretas.

El valiente oriental, sargento Bracamonte, que había sido tomado en Sopachuy y conducido á la cárcel de Chuquisaca, con los pocos prisioneros que me tomó allí el enemigo, había logrado escaparse poco tiempo después, reuniéndose en esta retirada de Tarija y dándome la siguiente relación:

Que después de haber permanecido en la cárcel por algunos días, fué un oficial de parte del Presidente, á ofrecerles la libertad á todos los que quisieran tomar servicio á favor del Rey, y que habiendo todos contestado que sí, en la resolución de poderse así escapar, los sacaron á todos; y observando al pasar por debajo de los portales del Cabildo, que un soldado de varios que estaban parados, estaba afirmado sobre el puño de una espada con la punta en tierra, conoció ser la mía y volviéndose á uno de sus compañeros, le dijo:—«Mira la espada de nuestro Coronel».

Oído este dicho por el oficial que los conducía, le preguntó: ¿Cómo conoce Vd. esa espada?—«Porque es la de mi coronel La Madrid, que en la noche del ataque de la cuesta de Carretas se la voltearon de la mano unos soldados nuestros que se desconocieron y dieron algunos sablazos estando él parado entre los enemigos».—Que el oficial entonces, dirigiéndose al soldado que la tenía, le preguntó como la hubo, pidiéndosela al mismo tiempo;

y que habiéndole contestado el soldado al dársela, que había caído sobre él y la había recogido sin saber más sino que era de uno de los enemigos que les habían cargado—que á este dicho la miró bien el Oficial y sacando dos onzas de oro se las ofreció al soldado, el cual se la cedió y guardó muy contento sus dos onzas; pero que al siguiente día oyó él decir á los soldados de la compañía á que lo destinaron con los dos soldados con que se había fugado pocos días después, que un Coronel le había dado seis onzas al Oficial por la espada.

Cuando el general Sucre entró después á Chuquisaca y fueron enviados por nuestro Gobierno cerca del general Bolívar, el general Alvear y el doctor Díaz Velez, mi padre político, la espada estaba en poder de un jefe colombiano. El doctor Díaz Velez hizo varios empeños para conseguirla á cualquier precio y no le fué posible. Esa espada habría sido para mí el mayor presente que se me podía haber hecho.

Permanecí unos pocos días en Oran habiendo llegado con algunos enfermos de fiebre y otras causas procedentes de los soles y mojaduras del camino, y habiendo tenido noticia de la aproximación del general Olañeta al mismo tiempo que una división del general Güemes se me acercaba con el objeto de hostilizarme, resolví mi retirada.

Habíamos llegado á Oran casi todos á pié, y las cabalgaduras que estaban en estado de poder continuar la marcha apenas alcanzaban para conducir á los enfermos, á tres ó cuatro heridos que tuvimos al retirarnos de Tarija, y nuestras cargas de municiones; pues el jefe de Oran apesar de ser mi amigo y antiguo compañero, no pudo facilitarme ninguna cabalgadura por no contrariar las órdenes de su Gobernador el general Güemes, quien también me hostilizaba pero no por falta de patriotismo ni por prevención conmigo, sino puramente por recelos infundados de que á mi paso tuviese órdenes del señor general Manuel Belgrano para darle algún golpe de mano, que no las tuve.

Mi división se hallaba toda en extremo entusiasmada, y tomé sobre ella tal ascendiente con la tropa y oficiales, así por la familiaridad que usaba para con todos, fuera de los actos de servicio, como por el esmerado empeño que tenía en participar á la par del último soldado de todas las privaciones y fatigas que eran consiguientes, hasta el extremo de exponer muchas veces mi vida por salvar al último de ellos, que estaba cierto de que ninguno me abandonaría.

Dos noches antes de retirarnos de dicho punto y con conocimiento ya de la aproximación del general Olañeta, quise probar el estado de la división por medio de una falsa sorpresa que preparé ya tarde de la noche.—En efecto, pasadas las 12 de la noche salí de mi cuarto sin ser sentido y recordando, muy despacio á un cabo y seis Húsares de mi escolta, los mandé que enfrenasen sus caballos y que saliendo armados de sus tercerolas por el fondo de la cerca, se dirigieran por la parte que esperábamos al enemigo é hicieran un tiro á orillas del pueblo; y que disparando sucesivamente los demás por elevación, corriendo y dando voces de ataque como á espaldas del pueblo, disparasen nuevamente todos juntos sus tercerolas, de modo que las balas silvaran por encima del cuartel que estaba en la plaza.

Despachados dichos hombres gané mi cama, sin ser sentido por mis ayudantes, pero dejando prevenido al centinela que tenía á la puerta, que al sentir un tiro entrase dando voces hasta recordarme, pues me proponía hacerme el dormido para que los ayudantes despertaran primero.

Llegó el momento y entra el soldado gritando:—«Mi Coronel, los enemigos».—Mi Coronel, etc. A la segunda voz se sienta uno de mis ayudantes, gritando también «los enemigos». Yo corrí entonces, como sorprendido, á tomar mi espada, y gritando á las armas, mandé tocar al corneta de órdenes el punto agudo, que era la señal de alarma, y me dirigí de carrera al cuartel en mangas de camisa y con espada en mano, seguido por mis ayudantes,

hombres de la escolta y ordenanzas; y al llegar á la plaza observé que por todas partes corrían los oficiales y sus ordenanzas, repitiendo el mismo grito y dirigiéndose al cuartel y silvando las balas por sobre nuestras cabezas.

Todo el mundo salió á formar al frente del cuartel con sus armas; destacué una compañía de infantería á cubrir la entrada á la plaza hacia donde acababa de sentirse la descarga última, y mandé pasar lista. No faltó un solo hombre, todos concurrieron volando, algunos oficiales á medio vestir, y hasta hubo uno que se había metido el pantalon al revés y vino recién á notarlo después de la lista.

Observada por mí la exactitud con que habían concurrido todos, proclamé á la división manifestándole mi complacencia por su decisión, y mostrándole cuán seguro estaba de no ser nunca abandonado por ellos; les mandé distribuir yerba y un poco de aguardiente, con lo cual pasaron el resto de la noche contentos y burlándose mutuamente por el chasco sufrido y por el traje y estado en que todos habían concurrido sin advertirlo hasta después de formados.

Al segundo día muy temprano, estaba ya formada toda la división en la plaza y cada uno con su montura liada á su frente, según se había prevenido en la orden la tarde anterior. Cuando me presenté montado, en la plaza, estaban ya todos los enfermos á caballo, las cargas listas para emprender la marcha, y un crecido número del vecindario observándonos. Me desmonté al frente de mi tropa, tiré yo mismo mi montura, y llamando un herido de mi escolta que se hallaba con su montura á los pies, le entregué mi caballo ordenándole que lo ensillara con su apero y montura. Dirigiéndome en seguida a mi división, le dije:

«Soldados.

¡Hoy hacen mas de nueve meses á que nuestro digno General, distinguiéndonos con su confianza, nos mandó nada menos que doscientas leguas á retaguardia del pode-

roso ejército español! El objeto de nuestro General era fiar á nuestro arrojo la importante comisión de llamar sobre nosotros al ejército enemigo, por nuestros hechos audaces á su espalda; para así salvar el nuestro que carecía de los elementos y fuerza necesaria para resistirlo.

Hemos, pues, llenado, camaradas, dignamente nuestra misión; aunque no todavía con todo el esplendor que yo deseaba y que tuve derecho á esperar.

Hemos obtenido brillantes triunfos; hemos rendido una plaza guardada por mayores fuerzas que las nuestras; y lo que es más, hemos hecho retroceder al orgulloso ejército español desde Salta, y atravesando osadamente por entre sus divisiones, con un puñado de valientes, le hemos dejado burlado á su General, y cuando debíamos esperar ser obsequiados por los habitantes de esta provincia hermana, somos hostilizados por orden de su gobierno.

¿Quién lo creyera, camaradas?

Soldados: no importa. Seguid el ejemplo de vuestro Jefe y marchemos, diciendo:—¡VIVA LA PATRIA, Y VIVAN SUS VALIENTES DEFENSORES!—Y echando mi montura al hombro, rompí la marcha entre los vivas de toda mi fuerza y el llanto del pueblo espectador. Preciso es confesarlo en obsequio de la verdad; todo el pueblo de..... y su jefe, sintieron sobre manera este comportamiento inesperado del Gobernador Güemes.

El soldado que había montado en mi caballo de pelea, así que me vió mandar:—«aperos al hombro», á la división, después de cargado yo con el mío, se arrimó por mi espalda, y tomándome el apero con ambas manos, procuró en vano echarlo por delante de su caballo, pero se lo resistí tenazmente á pesar de las súplicas con que me lo pedía sin lograrlo, hasta que me ví precisado á mandarle resueltamente que se retirase.

Yo, que por primera vez en mi vida me veía cargado con semejante peso, me rendí muy pronto; pero era preciso animar á todos con mi ejemplo, y lo hice, parando solo á largas distancias para descansar un mo-

mento con toda la columna. Anduvimos ese día ocho leguas por el despoblado, camino al río del Valle; y acampamos á eso de las cuatro de la tarde, en un puesto abandonado de un hacendado de Oran, que fué conmigo, á efecto de ver si podía reunir el mayor número que pudiera del ganado alzado que allí tenía, para dármelo en venta mediante un libramiento al señor General en jefe.

En el resto de esa tarde y la mañana del siguiente día, se reunieron más de ciento cincuenta cabezas de buen ganado, pero en extremo bravo y alzado, y nos costó mucho trabajo para acollararlo; pues era el único medio de poderlo llevar y con dificultad, por la espesura de los montes y falta de camino. Así fué que en precaución mandé inmediatamente, de reunido el primer ganado, carnear algunas reses por compañía, y que las charquearan, como se hizo, pero no pudiendo detenernos á esperar que se secara y no teniendo la sal necesaria para salarlo, poco nos duró, pues nos tomó un aguacero que contribuyó á corromperlo muy pronto. Yo y mis oficiales habíamos llegado en extremo estropeados con la carga y la caminata: muy particularmente yo, porque mi apero pesaba más que el de todos, por estar mejor provisto de jergas y pellones, pues era la única cama que usábamos. Así fué que al continuar la marcha, al siguiente día, me costó un gran trabajo porque amanecí tan dolorido como si me hubiesen apaleado por todo el cuerpo y las piernas.

Todos los oficiales se empeñaban en que marchara á caballo ó que al menos hiciera poner mi montura en una carga, pero no quise yo acceder á ninguna de las dos cosas, y continué con ella, pero tan cansado al empezar la marcha, que me parecía imposible el poder continuar. Sin embargo, conforme fui andando me fué desapareciendo aquel entumecimiento, y en fuerza de mi constante empeño por alentar á todos con mi ejemplo, logré llegar á la jornada no ya tan fatigado como en la anterior: mas en cambio de este triunfo so-

bre mi cuerpo, perdimos en esa marcha cerca de la mitad del ganado que habíamos reunido á causa de la espesura del bosque y de las pocas y malas cabalgaduras para contenerlo, pues á cada instante atropellaba el ganado al menor ruido y ganaba esos impenetrables montes, sin que nos fuera posible dar caza á muchas de las parejas.

Nuestro recomendable cirujano y médico Dr. Ohughan, seguía en la mayor parte del camino nuestro ejemplo, marchando á pié y tirando de su caballo, sin embargo de haberle yo exonerado de ello; y frecuentemente se lo pasaba al soldado que observaba mas cansado obligándolo á que lo montara, y aun pasaba á pié los ríos como yo lo había hecho muchas veces, aun antes de llegar á Oran.

Ultimamente y para no ser molesto con digresiones, á la segunda jornada no nos quedaron mas que diez ó doce parejas de ganado, y estas en extremo cansadas, me fué preciso mandar que se carnearan todas y que se distribuyese la carne á las compañías. Era tal la espesura del bosque, en los primeros días, que teníamos que venir abriéndonos camino con los sables, y guardándonos mucho de las abundantes culebras y vívoras que hay en ellos, y que son tan venenosas muchas de ellas.

Como las mulas y caballos que conducían nuestras municiones empezaron á faltarnos desde el tercer día de nuestra marcha, y era preciso que nuestros infantes se encargaran de conducir los paquetes, mandé que dejaran las monturas y muy pronto me creí precisado á libertar á todos de su peso, por la incomodidad que nos ocasionaban los montes, no menos que los excesivos calores.

Apesar de mi orden prometí á los soldados llevar las jergas que quisieran ó pudieran cargar y algunos alimentos, pues no teníamos ya que comer.

Íbamos ya tan acostumbrados, que hacíamos marchas de diez y once leguas, algunas de ellas sin agua, y aún sin tener mas descanso que el corto rato de parada que hacíamos al pié de algunos algarrobos cargados de fru-

ta verde, pues estábamos á mediados de diciembre y no eran ya los bosques como los de Oran; pero estos ratos de parada los devengaba yo en la carrera que emprendía con toda la división, cada vez que se descubría la fruta expresada desde la distancia; pues señalando á cada compañía los árboles á que debía dirigirse, les mandaba tocar el paso de ataque, y partíamos todos disputándonos la preferencia en el comer, pues aquellos que llegaban primero tenían á su disposición la mejor algarroba, y aunque esta aumentaba la sed, nos consolaba por lo pronto su dulzura, sirviéndonos al mismo tiempo de alimento, pues no había otro.

Nos encontramos algunas veces con partidas de indios mansos del Chaco, y teníamos un rato de júbilo asi que los divisábamos, pues generalmente nos cambalachaban ó vendían algunos poronguitos de rica miel, charque, algun poco de maíz tostado y otros bastimentos.

Descubrimos al fin el fuerte del río del Valle, que está al Este de Salta ó de su frontera del Sud, y fué para todos un gran consuelo, pues hacían tres días que se nos había concluido la poca carne y charque que algunos habian conservado, y en ellos no habíamos tomado mas alimento que alguna algarroba, donde la encontrábamos, y los muy limitados cambalaches con los indios.

Llegados que fuimos á dicho fuerte con no poca sorpresa de los que lo guardaban, se nos proporcionó por su Comandante la muy precisa carne para la división, pues él no quiso alargarse, y aún negaba lo que se le pedía, escusándose con que no tenía orden de su Gobierno y con que era bien poco el ganado que alli había por el temor de los indios; mas habiéndole asegurado yo que era amigo del coronel Antonio Cornejo que era comandante general de frontera, muy patriota y en extremo recomendable; no trepidó en proporcionarnos lo necesario y obsequiarnos, y mucho mas desde que vió al Dr. Ohughan y supo que era médico, pues nunca faltan enfermos en el campo, y el doctor los curó.

Tomé conocimiento por este Comandante de las jornadas que debería hacer hasta el río del Tala que divide la jurisdicción de Salta con la de Tucumán, marchando en derechura por la frontera y sin aproximarse al camino de postas; obtenido éste, pasé al Capitán ó Comandante del Departamento, el correspondiente aviso de las jornadas que debería hacer con mi división, para que se me esperara con las reses necesarias, y mas las cabalgaduras que pudieran proporcionarse, asi para las cargas como para los enfermos ó heridos, pero con la prevención expresa de que serían estas religiosamente devueltas asi que llegáramos á la siguiente jornada.

Despachado dicho oficio el mismo día de mi llegada al Fuerte y también el parte al señor general Belgrano, continué mi marcha al siguiente día por un camino ya poblado y cubierto de ganado y cabalgaduras; pero con tal orden, que ningún individuo se separaba del camino ni se tomaba animal alguno.

Llegados á la parada, encontramos una partida de gauchos con las reses mas precisas en el corral, pero tan flacas que casi no se podían comer, y sin ninguna cabalgadura. Preguntado el Oficial de la partida—Porqué no había cabalgaduras encontrándolas nosotros en toda la marcha, contestó secamente que él cumplía con la orden que tenía de su Comandante.

Según eso, le dije:—¿Tendría Vd. la orden de proporcionarnos las reses más flacas é inservibles, pues en todo el trayecto las hemos encontrado bien gordas?—No me contestó y se retiró con su partida bajo de unos árboles un poco apartados de mi campo, y reconocimos entre dicha partida, algunos desertores de nuestro ejército.

Mientras se carneaba y proporcionaban leña los soldados de mi división, no dejaron de insinuarse los desertores con algunos de nuestros soldados, invitándolos á que se quedaran con ellos á pasar mejor vida, mas la contestación que tuvieron los avergoñó, y no osaron repetir sus instancias. Esto lo supe luego por los mismos

soldados que habían sido invitados y les aplaudí su fidelidad y patriotismo regalándolos.

Este mismo recibimiento tuvimos en todo el camino, hasta que al fin avistamos el río del Tala que nos separaría dentro de pocos instantes del territorio de Salta. Verlo la división, dar un «viva á la patria» y precipitarse á pasarlo, fué todo uno; y apenas se hubieron colocado en la opuesta banda del territorio tucumano, dieron vuelta todos como animados de un mismo impulso, y empezaron á dirigir cruces y maldiciones con ambas manos á la opuesta banda. Nos tendimos á descansar, y al poco instante ya descubrimos una numerosa caballada que arriaban los milicianos hácia nosotros.

Entre vivas y felicitaciones mandé rodear la caballada con mi tropa, y muy pronto se tomaban caballos para todos, los mismos milicianos. Desde allí ya nuestra marcha fué feliz y triunfal, pues nada faltó á la división, y aunque nuestros soldados iban cabalgados sin montura, en todo el camino les fueron proporcionados ya aperos viejos, ya cueros de carnero para que no se magullaran tanto sobre el lomo limpio del animal.

Como del río del Tala á Tucumán no hay sino veinte y una leguas, á los tres días estuvimos á una legua de la capital en la banda del río, en cuyo punto había recibido orden del señor General en jefe, de esperarlo, pues quería presentarnos al pueblo y al ejército, colocado á la la cabeza de nuestra columna.

A las dos horas de espera, lavada ya toda la división y formada á pié con nuestro uniforme de poncho y calzón de picote blanco, apareció nuestro querido General, seguido de todo su Estado Mayor, del Gobernador de la Provincia con mucha parte de lo principal del vecindario, y su escolta por detrás, y precedía dicho cortejo la banda del ejército y los músicos de los Cuerpos.

Al enfrentarse el General á nuestra línea, compuesta de 386 hombres de tropa, fué saludado con tres estrepitosos vivas. El primero á la Patria, el segundo al Exce-lentísimo Superior Gobierno y el tercero á S. E. el señor

General en jefe del ejército, y marchó en seguida á presentar las armas y batir marcha.

Nuestro digno General, ahogada su voz por lágrimas de complacencia, felicitó á toda la división, á su jefe y oficiales. Yo le mandé victorear nuevamente, agregando que no habíamos hecho otra cosa que llenar en la parte que nos había sido posible, la honrosa misión que nos había confiado; y que constantemente encontraría á la división toda, dispuesta á sacrificarse por la patria y por su General. Mandé en seguida echar armas al hombro y romper en columna al frente por mitades, como se me había ya ordenado así que acabó de hablar el General.

Yo quería entrar á pié á la cabeza de mi columna, pero el General no lo consintió, y me mandó montar en el caballo que se traía preparado, y colocarme á su lado izquierdo, pues el Gobernador y Capitán General de la Provincia, ocupaba el derecho. En este orden continuamos la marcha, ocupando la cabeza de la columna y la banda de música, y con toda la comitiva á vanguardia.

Atravesamos la plaza y nos dirigimos á la Ciudadela, donde nos esperaba todo el ejército formado.

Establecida la división en el punto que se le designó en el cuadro, y colocado yo á su frente, dirigió el General al ejército una proclama entusiasta, encomiando á la división exajeradamente. Concluida la cual y después de los correspondientes victores, pasaron las tres compañías de infantería y el piquete de artillería á incorporarse á sus cuerpos y yo con el mío á mi cuartel. Mi regreso fué en los últimos días de diciembre, y con treinta y seis hombres más que los que habia sacado de Tucumán, es decir, después de diez meses largos de campaña.

No sé si al segundo ó tercer día de mi llegada á Tucumán, me adjudicó el Cabildo una manzana de terreno, al frente de la Ciudadela y contigua á la casa que había construido y habitaba el Excelentísimo señor general Manuel Belgrano. Tomé posesión de ella y me puse inmediatamente á hacer trabajar el material

yo mismo con mis soldados, y pagándoles como á unos peones, y con él trabajé en seguida una de azotea con tres habitaciones al frente de la calle, mirando al norte. Cerqué de tapia los cuatro costados; construí yo mismo un jardín en el frente del este que miraba á la alameda y mandé trabajar cuatro piezas más en el interior, haciendo sembrar el resto del terreno, pues todos los jefes de los cuerpos tenían sus quintas destinadas para cultivar legumbres y hacer sembrar granos y algunas frutas para sus tropas sin que por estos trabajos pasasen un solo día los ejercicios doctrinales, por compañías por las mañanas, por cuerpos todas las tardes, y de linea todos los domingos y días festivos.

A mediados del año 1818, fui mandado por la posta, por el señor General en jefe, con 300 hombres de caballería, á salvar al coronel mayor Juan Bautista Bustos, que se hallaba con su Regimiento núm. 2, sitiado en el Fraile Muerto, jurisdicción de Córdoba, por el Gobernador de Santa Fé, Estanislao Lopez. Los 300 hombres de dicha fuerza lo componían mis dos escuadrones de Húsares, y uno de cien Dragones que lo mandaba el entonces comandante José Maria Paz. Partí inmediatamente por la posta con esta fuerza, con tanta celeridad que á los siete ú ocho días estuvimos en la capital de Córdoba que dista 170 y tantas leguas; pero habiendo llegado yo en extremo mortificado por una indisposición que tuve en los últimos días, me fué necesario detenerme, no recuerdo si tres ó cuatro días, hasta que restablecido en ellos mediante la extremada bondad y esmerada asistencia de la amable señora madre de mi segundo, el comandante Paz. Continuamos la marcha hasta el Paso de la Herradura en el río 3°. Allí hicimos alto acampándonos á la misma costa del río, ó más propiamente, ocupando la boca de la Herradura que forma aquel barrancoso río, pues el gobernador Lopez se había replegado á mi aproximación hacia su territorio, abandonando el sitio.

Como al respiegarse Lopez sobre la frontera de su territorio, se había establecido en un punto que no estaba muy distante de mi referido campo, y su modo favorito de hacer la guerra á las tropas de Buenos Aires era el de sorpresa, y arrebatándoles los caballos, me previne al instante contra esta táctica por medio de una línea curva de postes asegurados de tres en tres varas, y de unas dobles varas amarradas horizontalmente á ellos; la primera á la altura del pecho de un hombre y la segunda á una tercia de la tierra.

Acampado en este orden, hacía pastar de día mi caballada en el campo de mi frente, y por la tarde montaba á caballo con toda la fuerza é íbamos á cortar alfalfa á una hermosa propiedad que tenía..... Casas como á unas 16 ó 20 cuadras de nuestro campo y nos regresábamos al ponerse el sol, cada uno con su atado de pasto por delante. Asi dormíamos con la caballada asegurada y bien comida dentro de nuestro campo.

Por temor de las fuerzas de los santafecinos, habían respiegándose hacia Córdoba todas las familias de la costa del rio 3º, por consiguiente estaban todas las casas abandonadas con cuanto en ellas tenían, pero era tal el respeto que nuestra tropa guardaba á la propiedad del vecindario por donde transitamos, que á pesar de este abandono no hubo ejemplo de que un soldado nuestro hubiese jamás tocado nada de cuanto había en ellas.

El retiro de Lopez desde el Fraile Muerto, á mi aproximación, había sido con el objeto de esperar mas fuerza, asi fué que al momento de haberse replegado á mi campo, el coronel mayor Bustos movió él el suyo, pero reforzado por 500 indios tapes á quienes mandaba un ingles Campbell y fuerte de mas de 1500 hombres, como se sabrá mas adelante.

Avisado yo de su aproximación asi como del re-fuerzo que había recibido, pero ignorante del número de fuerzas con que me buscaba, se me ocurrió un medio, en mi concepto fácil, pero demasiado severo para engañar á Lopez y obtener el conocimiento que deseaba.

Era orden establecida en mi cuerpo desde que lo formé, de que el soldado que causara la menor extorsión al vecindario por donde transitara y tomase el mas insignificante utensilio de cualquiera de estos, sería castigado por primera vez con cincuenta palos y por la segunda con doble número y despedido del cuerpo se le destinaria á la infantería, y era tal el interés que había yo inspirado á todos por conservar la estimación y el honor del Regimiento, que unos á los otros se fiscalizaban por el mas pequeño deslíz.

Se me ocurrió, pues, el pensamiento de hacer que se pasara al gobernador Lopez un ordenanza mio, salteño, y apellidado Robles, y que me trajera el conocimiento que deseaba, pero para esto debía él sufrir un cruel castigo que lo infamara á presencia de su cuerpo.

Convencido yo de la valentía de este soldado, asi como de su patriotismo y del afecto que me profesaba, lo llamé á solas dos noches antes de que se apareciera el enemigo y le dije:—«Necesito precisamente saber cual es la fuerza de los santafecinos que se atreven á atacarnos y cual su armamento y demás, para que podamos dar un día de gloria á la patria y aumentar la de nuestro cuerpo. Te he elegido á tí para hacernos este importante servicio pasando al enemigo mañana por la noche, pues eres el soldado que mas merece mi confianza y estimación. Pero escucha atentamente.

Mañana te toca salir con los demás ordenanzas á pastorear la caballada; las casas del frente á cuya sombra suelen descansar los que las pastorean, estan vacías ó sin gente: abrirás una puerta con cualquier pretexto como ocultándote, y tomarás alguna pequeñez de las que en ella se encuentran. Tus compañeros te lo han de reprobar y probablemente te acusarán como es natural. Asi que esto suceda, te mando poner preso y en presencia del regimiento vas á ser castigado con cincuenta palos bien dados, y te voy á mandar rapar hasta las cejas por el barbero. Esto es duro en realidad, pero necesario para engañar á Lopez.

Así que sufras dicho castigo, pasarás preso á la prevención de donde te costará poco trabajo escapar con cualquier pretexto así que cierre la noche, y dirigirte al punto tal donde encontrarás un caballo atado. Tu sabes nadar y nada te cuesta tirarte al río sin que ninguno te sienta. Presentándote de dicha manera al gobernador Lopez no puedes dejar de engañarlo, pues llevas en el cuerpo y cabeza el comprobante inacusable de la verdad de cuanto le digas.

Principiarás por quitar sus defectos al Diablo para ponérmelos á mí, manifestándole la friolera porque te he puesto en el estado en que te vé; que no tengo mas fuerza que doscientos Húsares, cien Dragones y poco mas de treinta infantes que tendrá el n^o 2, que mis soldados son nuevos y que soy mas presumido que valiente pues públicamente digo á mi tropa que los he de correr á él y á sus santafecinos con veinte Húsares, lo cual es solo para animarlos. Tu vez que cuanto te encargo decirle es la verdad, por consiguiente no tengas temor de ser desmentido; á esto podrás agregar todos los defectos que quieras ponerme, añadiéndole que por vengarte del bárbaro castigo que acabas de sufrir has resuelto pasarte para hacerme conocer del enemigo el día del ataque.

Con esta relación que es verídica vas á ser creído indudablemente, y aun concibo que te ponga en su escolta ó quiera dejarte á su servicio. Si esto sucede tendrás un medio muy fácil de proporcionarte el mejor caballo y tirarte en él al río que está á nado, en la noche que se nos haya aproximado; pero esto deberás practicar después que te hayas impuesto de su fuerza y armamento así como del estado de su caballería. Yo en premio de este importante servicio que vas á prestar á la patria y á tu Coronel, te haré sargento con el sueldo de tal, pero sin separarte por esto de mi lado: serás recomendado en la orden general á la consideración y aprecio de todos tus compañeros, así como á la de todo el ejército por tan extraordinaria muestra de patriotismo: y yo particularmente te daré una abundante grati-

ficación y depositaré en ti toda mi confianza y mi estimación.

La contestación del valiente y patriota ordenanza Juan de la Rosa Robles, cuyo nombre acabo de recordar, fué esta:—¡Mi coronel! Vd. sabe cuanto amo á mi patria, y sobre todo á Vd. y aunque la prueba que me pide es tan amarga voy á sufrirla mi Coronel, no por los premios que me ofrece, sino por la patria y por Vd. para que acabe de conocer cuanto lo quiero. — Mil gracias mi querido y valiente Rosa, le dije abrazándolo fuertemente, prepárate á sufrir mañana un amargo rato de dolor y vergüenza y retirémonos, pero no olvides que yo también lo sufriré á la par tuya.

Llegó el siguiente día y le tocó á mi valiente Rosa ir con otros ordenanzas á pastorear la caballada, y llenó su misión, cortando con un cuchillo una lonja de cuero fresco con que al abandonar la casa, había su dueño asegurado el candado de una puerta por faltarle una de las dos argollas, y solo sacó de la pieza un par de maneadores (este nombre dan nuestros paisanos á una lonja de cuero fresco que soban muy bien á mano para atar sus caballos y aun para enlazarlos) con el pretexto de que los suyos no eran tan buenos. Dos compañeros lo vieron entrar y salir con ellos, se lo reprobaron espresamente amenazándole hasta con darme parte — ¿Qué me va hacer mi Coronel por esta porquería cuando me quiere tanto y estamos esperando al enemigo?—Contestóles y sin hacerles caso los ató á su caballo y cerró otra vez la puerta.

No se había retirado todavía con la caballada, cuando fui instruido de este hecho por uno de los espresados compañeros. En fin se le mandó preso por el oficial que estaba á cargo de la caballada, y le mandé aplicar por la orden del día el castigo que le había ya designado, á presencia del cuerpo por haber violado una casa cerrada y manchando la buena reputación del cuerpo y de toda la división, por un hecho semejante. Yo quise presenciar el castigo, no sin commoverme, hice

conocer á la tropa toda la fealdad de aquel hecho, al parecer insignificante: pues que el soldado habia respetado otros objetos de mas valor, y mandé que se le aplicaran con fuerza los cincuenta palos después de bien afeitada su cabeza y pestañas.

Concluido el castigo pasó el soldado á la prevención y yo marché con la división de caballería al corte de pasto, y en esa noche no le fué difícil al preso evadirse por entre el mismo campo, pues que teníamos la espalda cubierta por el río á nado; y sin embargo de lo cual no dejó el oficial de la guardia de sufrir también su correspondiente arresto, así que fui instruido de la fuga.

Como los enemigos venian ya decididos á sorprendernos, supe al siguiente día por la tarde, por conducto de mis espías, de hallarse aquellos inmediatos por nuestro frente, cuando en la mañana del inmediato se nos presentó dentro de nuestro campo mi valiente ordenanza la Rosa en uno de los caballos del gobernador Lopez con los conocimientos que deseaba. ¡Grande fué el asombro de todos al presenciar las afectuosas consideraciones que le dispensé á este valiente azotado y afeitado dos días antes! Todos á porfia lo congratularon así que me hubo instruido de su misión, por la valentía con que habia sufrido tan duro castigo por hacernos un servicio tan importante.

Excusado es relatar el modo con que cumpliendo diestramente mis instrucciones, engañó al gobernador Lopez y las consideraciones que este le dispensó. Este valiente todo hinchado por las espaldas, se nos presentó en uno de los buenos caballos de aquel Jefe, y cuando aclaró el día estábamos ya cercados por mas de 1,500 hombres desde el uno al otro extremo de la línea curva que formaba aquel barrancoso río, y nuestro campo mismo, pero á gran distancia y con solo algunas partidas avanzadas.

El coronel mayor Juan Bautista Bustos, tuvo la bondad de ordenarme que dirigiera yo á mi albedrío, el ataque ó la defensa. Yo habia mandado en el día ante-

rior cubrir todo el frente del palenque que circulaba nuestro campo con los cueros frescos de las reses que había consumido la división desde el día anterior, colocándolos sumamente estirados por las bases transversales así con el objeto de cubrir á nuestros soldados á la vista del enemigo, como con el de presentarles un fantasma de parapeto. Ordené, pues; á la infantería que estaba colocada al centro de dicho parapeto que no disparara un solo tiro aunque se aproximara el enemigo, sin mi orden.

Tres grandes puertas había yo dejado al palenque para que pudieran salir nuestros soldados formados en columna. El comandante José María Paz, con sus cien Dragones ocupaba la izquierda, el primer escuadrón de Húsares compuesto en aquel momento de ochenta plazas bajo las órdenes del capitán Mariano García, ocupaba la derecha y el 2º, bajo las órdenes del mayor Toro, formaba la reserva á espalda de la infantería que estaba al centro. y de una carretilla de municiones.

Dispuestas nuestras fuerzas en el orden expresado, salí en persona con 25 Húsares á dar el primer ensayo sobre una doble fuerza de caballería enemiga que estaba colocada al frente del centro, la que así que me vió dirigirme resueltamente á ella, empezó á retirarse al mismo tiempo que una igual fuerza de su línea marchaba á galope á reforzarla. Así que observé este refuerzo que se movía, mandé pedir doce hombres mas de Húsares, y así que se reunieron continué sobre los enemigos, que no me esperaron.

En estas pruebas infructuosas, con el deseo de mostrar á mis soldados la poca importancia de nuestros enemigos, se nos fué la mañana sin conseguir que me esperaran una vez, hasta que aburrido de hacer trabajar inútilmente á mis caballos, me replegué al campo mandando la tropa á sus puestos y ordenando se conservasen los escuadrones formados, á pié y con sus caballos de la brida. Pasado mucho tiempo empezó el enemigo á mover su línea sobre la nuestra, pero mi resolución estaba to-

mada y nos mantuvimos firmes en nuestros puestos á pesar de ser provocados por sus guerrillas; hasta que causado Lopez de mi espera, se aproximó á tiro de fusil y ocupando los quinientos tapes de Campbell su izquierda sin que mis soldados les contestaran á sus fuegos, echaron pié á tierra estos últimos y maneando sus caballos salieron al frente haciéndonos fuego, muy caida ya la tarde. Como mi tropa estaba ya prevenida de lo que debía ejecutar, así que diera yo la voz de «á caballo», hizo la infantería una descarga; así que la dí, salieron al mismo tiempo Paz y Garcia con sus escuadrones sobre el enemigo. El primero formó su escuadrón en batalla, así que salió y cargó con el mayor orden á la derecha del enemigo; pero no hizo lo mismo el segundo, porque impacientes los soldados tucumanos por acuchillar á los 500 tapes que estaban desmontados, se fueron á la carga conforme fueron saliendo las mitades.

Yo que observé este desorden en el primer escuadrón á tiempo que salía con el 2º por el porton del centro, dejé á este formado afuera y corrí á contener y ordenar el de Garcia, pero no logré alcanzarle sino al tiempo en que se mezclaban ya con los tapes, quienes no creyendo que aquellos 80 hombres desordenados llegasen hasta ellos, no habian pensado en sus caballos; pero así que conocieron su engaño corrieron á ellos olvidándose muchos de desprender las maneadas, así fué que sufrieron una larga y terrible acuchillada; mientras que el comandante Paz acuchillaba en orden y bizarramente á todo el costado derecho que huyó igualmente que el centro, al cual seguia mi 2º escuadrón á gran galope formado en columna.

Los perseguí poco menos de una legua hasta ponerse el sol, retrocedí juntamente que el núm. 2 que había salido en nuestra protección.

Los enemigos tocaron reunión así que me vieron retroceder, y regresaron en seguida hasta las inmediaciones de mi campo, permanecieron circulándolo hasta después de cerrada la noche en que se retiraron, después

de haber arrastrado al río todos sus muertos á excepción de los que habian caído más inmediatos á nuestro campo que no se atrevieron á quitarlos.

Amanecido el siguiente día, salimos á reconocer mucha parte del campo por donde los habiamos acuchillado y solo encontramos veintisiete muertos del enemigo y dos de los nuestros del escuadrón de Garcia, pero estaban patentes las rastrilladas en el pasto por donde habian arrastrado á la cincha de sus caballos, hasta botar al río por uno y otro costado, sobre sesenta muertos. Nuestra pérdida consistió solo en tres Dragones heridos, los dos Húsares muertos y más cuatro ó seis heridos, no siendo de estrañar la mayor pérdida de estos últimos, atendiendo la manera como se entreveraron entre los tapes.

El enemigo tuvo más de 60 muertos y mayor número de heridos, y muchos de ellos mortalmente según los notamos en la persecución al tercer día. Como yo habia mandado afilar todos los sables de la caballeria al salir de Córdoba, la mayor parte de los cortes fueron mortales; me acuerdo que á uno de los cuerpos que encontramos á la inmediación de nuestro campo, le habian volado todo el cráneo á más de dos varas del cuerpo. Prisioneros se tomaron no sé si diez ó doce hombres, los más de ellos tapes, pero si tengo muy presente que los hice curar en extremo y que conquistados por mi después para que sirvieran en el cuerpo, fueron unos excelentes soldados.

Dos ó tres horas después de salido el sol, se avistaron los enemigos con toda su fuerza reunida, aproximándosenos al campo, pero parando á la distancia dejaron pasar la mayor parte del día, y solo se acercaron mucho muy caida ya la tarde, pero con grande aparato, habiendo reunido hasta la tropa que estaba á cargo de sus caballadas. Como hubo cerrado la noche con este movimiento, mandé yo salir tres patrullas, una de infantería colocada á mi derecha, sobre la costa del río con toda la banda de tambores del número 2, y las otras dos de caballería, colocada la una á la izquierda,

con un corneta de Dragones, y la otra al centro con todos los trompas de Húsares.

Los oficiales que mandaban las dos primeras, tenían la orden de dar las respectivas voces de mando y romper á su frente batiendo marcha cuando yo, que estaba al centro, lo anunciara.

Llegado el momento, como á las 9 de la noche, mandé en voz alta:—Escuadrones por compañías, romper por la derecha para marchar en columna al frente.—El oficial de Infantería repitió la voz de mando á su cuerpo, y el de Dragones al supuesto escuadrón, y rompieron al mismo tiempo las tres patrullas nuestra marcha al frente, al toque de cajas y cornetas. Sentir los enemigos este movimiento y hacer retumbar la tierra con su precipitada carrera en fuga, fué todo uno, yo continué marchando con precaución y precedido de algunos hombres, unas pocas cuadras, y callando las cornetas, regresamos á poco rato á nuestro campo y pasamos la noche tranquilos y en completa oscuridad; pero habiendo amanecido formados los enemigos al siguiente día con el mismo aparato que el anterior, á cierta distancia, y aproximándose en seguida, me dispuse á salir con todas las fuerzas sobre ellos y ordené al efecto que se distribuyeran las municiones á la tropa, habiendo yo salido á situarme al frente con una partida de observación, cuando al concluirse ya el reparto de las municiones, sucede por un descuido una explosión de dos ó tres cajones que quedaban en la carretilla.

Este inesperado accidente sorprendió á los enemigos que se tendieron sobre los pescuezos de los caballos creyendo fuese un cañonazo; pero no menos me sorprendió á mi que adivinando la causa corrí al lugar de la explosión y me encontré con unos cuantos hombres abrasados por el fuego, dos de ellos de peligro.

Por la humareda que se elevó, conoció el enemigo el motivo de aquel gran estruendo, y se aproximó poco después. Grité entonces á mis escuadrones:—«A caballo», y saliendo al mismo tiempo por las tres puer-

tas, me dirijo en tres columnas sobre ellos, y con la infantería por detrás, pero los valientes santafecinos no quisieron esperarnos y se pusieron en fuga. Los perseguí alguna distancia y regresé á mi campo á disponer de los heridos y quemarlos para continuar la persecución hácia el fuerte del Tío que era la dirección que tomaron.

Después de despachados los heridos y demás enfermos á Córdoba y de libradas las órdenes para que nos salieran al encuentro con caballos, marchamos por la mañana siguiente en persecución de los enemigos y en todo el camino fuimos encontrando cadáveres á medio sepultar y la noticia de que llevaban 14 carretas de heridos y que caminaban de día y de noche. Se nos presentaron en dicha persecución que fué hasta el fuerte del Tío, cuatro ó cinco pasados los cuales nos confirmaron la noticia del crecido número de heridos que llevaban en carretas, agregando que mandaba el Jefe matar á todo herido que no podía ya sufrir la marcha, pues para resistir á las súplicas que dichos heridos le hacían, el Jefe inglés Campbell se disculpaba con que yo era un hereje, pues que había mandado contra la ordenanza, aflar los sables de mis soldados.

No me fué posible darles caza y concluirlos, por culpa del coronel mayor Bustos que no me permitía seguirlos solo con la caballería; y cuando á poco rato de haber llegado á la Villa de los Ranchos, vinieron mis bomberos á decirme que estaba Lopez acampado á distancia de legua y media de nosotros, y le insté para que marcháramos inmediatamente sobre él; me repuso —Ya se habrán ido al oír nuestras cajas; mejor sería que mande otra vez á ver si aún permanecen para no molestarnos de valde.—Iré yo solo, con los tres escuadrones de caballería que es bastante, le dije—No hay necesidad de exponernos,—me replicó, mejor es que mande Vd. otra vez á ver si están.

Me retiré fastidiado y mandé nuevamente un Oficial y ocho soldados acompañados de los bomberos, el que

regresó antes de una hora el parte de dicho oficial, instruyéndome de que estaban tomando caballos á prisa para marcharse, habiendo salido ya las carretas por delante, conduciendo los heridos. Corrí al general Bustos con este parte á solicitar su permiso para ir yo solo con la caballería si no quería él molestar á sus infantes.

«Es ya tarde, me contestó, mientras nos ponemos en marcha irán ya lejos y nuestra tropa no ha comido, será mejor que mande Vd. carnear y lo que salga la luna marcharemos».

«¡General, le repuse, mis soldados no quieren comer, sino alcanzar á sus enemigos y acuchillarlos!!!» Su contestación con sonrisa, fué la siguiente:—«Refrésquese compañero y vaya y mande carnear». Me retiré incomodado juntamente con el comandante Paz, que se empeñaba también en que los persiguiéramos. El resultado fué que no marchamos hasta el amanecer del siguiente día. Cuando llegamos al Tío, caída ya la tarde, los enemigos estaban en salvo, pues habían pasado por allí muy de mañana. Permanecimos en el Tío, no recuerdo si dos días y regresamos á Córdoba, el general Bustos con su cuerpo y yo á la Herradura con toda la caballería.

El gobernador Lopez en su fuga, tropezó con el coronel Hortiguera que marchaba desde Buenos Aires con una división sobre Santa Fé, en circunstancias de estar éste tomando caballos y lo derrotó completamente.

No recuerdo la fecha en que esto sucedió y menos el ataque de la Herradura, por haber perdido mis primeros apuntes en el campo del Tala, y aunque después los volví á renovar en Bolivia y volví á perderlos en mi última campaña sobre Cuyo, el año 41.

Por esta misma razón no recuerdo la fecha en que el señor general Manuel Belgrano bajó á Córdoba con el ejército desde Tucumán, por orden del Directorio, con el objeto de marchar sobre el gobernador Lopez de Santa Fé; pero sí que yo vine á recibirlo á la Villa de los Ranchos ó del Rosario con mi caballería. Allí permanecimos algún tiempo mientras se proporcionaron caba-

lladas para el ejército y el General premió particularmente á mi ordenanza el sargento La Rosa, por la valentía con que había sufrido un cruel castigo por prestar el servicio que le exiji y celebró mucho mi ocurrencia.

Acercados los momentos de nuestra marcha sobre Santa Fé sucedió una ocurrencia desagradable en el ejército. El general Juan Bautista Bustos que conservaba el mando del Regimiento N^o 2, lo municionó tarde de la noche y manteniéndolo formado mandó llamar al General en jefe á su habitación por medio de un ayudante. El General, alarmado por esta inesperada ocurrencia, mandó llamar inmediatamente á su habitación á todos los Jefes principales de los cuerpos, pero ordenándoles los dejasen sobre las armas á cargo de sus segundos.

Reunidos todos los Coroneles en su habitación, nos hizo presente el General el paso escandaloso que acababa de dar el general Bustos y pidió que por antigüedad diéramos todos nuestro parecer sobre el partido que debería tomarse para enfrenar aquel paso anárquico.

Me acuerdo que todos los coroneles, Zelaya, Ramirez, Pico y Dominguez, incluso también el mayor general Francisco Fernandez de la Cruz, fueron de un parecer paliativo, pues aunque todos conocían la gravedad de la falta, temían todas las consecuencias, si se procedía con la firmeza que era necesaria. Llegado el turno á mi que era el menos antiguo de ellos, le dije:— «Mi General, lo que en mi concepto debe hacerse con el General que acaba de dar un escándalo semejante, es agarrarlo ahora mismo y pegarle cuatro tiros á presencia de su Regimiento, y si no hay quien á esto se atreva, aquí estoy yo para ejecutar la orden de V. E.»—El General, entonces, volviéndose á los demás, les dijo:— «Contra el parecer de todos ustedes estoy por ejecutar el que dió el coronel La Madrid, que me parece el mas acertado». Pero desgraciadamente para la pátria y para el ejército, esta convicción de nuestro General no quedó mas que en un parecer. Se resolvió que mandara el Gene-

ral intimar á Bustos que desarmara el cuerpo, ó le recogiera las municiones, y que lo mandasen retirar á su cuartel.

Mandó el General entonces dicha orden con uno de sus ayudantes; el general Bustos se aterró, la obedeció y mandó al General una carta suplicatoria, disculpándose con su enfermedad y con que el llamado solo había sido para suplicarle le permitiese retirarse á Córdoba hasta reparar su salud.

Nos mandó el General que nos retirásemos y permaneciéramos á la cabeza de nuestros cuerpos hasta que amaneciera. Así lo ejecutamos y al siguiente día obtuvo el general Bustos su pasaporte para Córdoba por enfermo, y el ejército rompió la marcha hácia la Cruz Alta, quedando el teniente coronel del 2º Bruno Morón á la cabeza del Regimiento.

A la 1ª jornada ya empezó á notarse la desertión en el 2, y continuó después con escándalo; pero todos los desertores iban á presentarse á Córdoba á su coronel mayor Bustos. El Gobernador de dicha Provincia, que lo era el doctor Castro, que fué después Camarista en Buenos Aires, dió parte al General de que todos los desertores del 2, estaban en casa del general Bustos sin que pudiera tomar él sobre ellos ninguna providencia para hacerles volver al ejército, porque dicho General los apadrinaba.

Llegados al Fraile Muerto con el ejército, nos fué preciso parar algunos días para esperar las caballadas, y era tal la escasez de recursos con que el Directorio tenía al General, y tal la resignación y subordinación de nuestro distinguido Jefe, que estuvo mantenido el ejército en los días de su parada con solo mazamorra de trigo que le ocasionó una gran disenteria. Allí fué donde una noche me ordenó el General que le presentara una relación de todas las acciones y encuentros parciales en que me había encontrado desde que tomé la carrera de las armas, y allí mismo en los días de nuestra parada, se la presenté escrita lijeramente.

Antes de marchar adelante con el ejército, después de llegadas las caballadas, me mandó el General escoger de los cuerpos de infantería 200 hombres para aumentar mi cuerpo. Los escogí, en efecto, empezando por todos los que me habían acompañado á la expedición á Chuquisaca, y como el cuerpo de Húsares había experimentado algunas bajas, formé de los dos escuadrones el 1º é hice el 2º de los 200 infantes, y después de bien montados todos, emprendimos la marcha hasta la Cruz Alta. Llegados á este punto con una considerable baja en el regimiento N° 2 y bien arrepentido el General de no haber seguido mi parecer en la Villa de los Ranchos, me preguntó una tarde que se paseaba conmigo, como haría para volver al ejército mas de ciento cincuenta desertores que tenía Bustos á su lado, en Córdoba.— «Mi General, le dije, mande V. E. una circular por la posta, para que dispongan los gobiernos que se me espere en todas ellas con 400 caballos con el pretexto de que marchó á Tucumán, á efecto de hacer la guerra al ejército español, voy con mi cuerpo, y en el mismo día de mi llegada á Córdoba, fusilo al general Bustos, y regreso con todos los desertores; pues la circular le quitará todo motivo de recelo puesto que los españoles han vuelto á ocupar Salta ó Jujuy».

El general, aplaudió mi pensamiento, despachó en el mismo día la circular y me mandó salir al siguiente día con mi cuerpo; pero habiendo llegado al Saladillo de Ruiz Díaz que está como á 18 leguas al norte de la Cruz Alta, recibí orden de detenerme y me mandó regresar al segundo ó tercer día. Probablemente habría confiado mi secreto á algunos de los jefes y le aconsejaron no llevar adelante dicha medida.

Bien le pesó después.

Continuamos la marcha, y habiendo llegado á la posta de las Cortaderas, territorio de Santa Fé, no distante del pueblo del Rosario, recibió el General, un parte del general Juan José Viamonte, en que le consultaba desde allí sobre si admitía ó nó la capitulación á que

se prestaba el gobernador de Santa Fé, Estanislao Lopez. Nuestro General, dejando el ejército en dicho punto, pasó con solo su escolta y sus ayudantes al pueblo del Rosario, á verse con el general Viamonte, que estaba allí con otro ejército de Buenos Aires; y después de aprobar dicha capitulación regresó al segundo día.

Todos los jefes pasamos á su alojamiento en el momento de su llegada, y después que nos hubo instruido de todo lo que se había ya acordado, se dirigió á mí, diciendo:

—¿Y qué le parece á Vd., señor don Gregorio, esta capitulación?

—Malísima mi General—fué mi contestación.

—¿Y por qué?—me replicó.

—¡Se ha prestado Lopez, á ella le dije, por temor de V. E. y de su ejército bien montado, pues sabe bien que no á de fugarse con él, como con los otros que está acostumbrado á correr!!!—Mañana nos dejará á pié y, nos hará otra vez la guerra!—El General sonriendo me dijo:

—Descanse Vd. Coronel, y déjese de aprehensiones, que no sucederá tal.

—Lo veremos! fué mi contestación á presencia de todos, y poco después nos despedimos, puesto ya el sol.

Llámase aquel lugar la posta de Cortaderas, porque hay en efecto un gran cortaderal en todo el campo. Toda la caballada de mi cuerpo dormía á sogas y cada soldado después de abiertas las filas, dormía sobre el hoyo en que aseguraba la sogas que sujetaba su caballo, sin temor de que la arrancara.

Serían las 8 de la noche y me sentaba yo á tomar asado sentado á la rueda de una carretilla que llevaba mi cuerpo, cuando aparece como una exhalación un caballo con un cuero á la cola, oyéndose al mismo tiempo el chasquido de las sogas que reventaban todos los caballos y su disparada. Sentirlo y levantarme gritando:—«á tomar todos sus caballos» y con un látigo en la mano, fué todo uno. Un soldado no quedó en mi campo, pues

todos corrieron hácia la parte que había disparado la caballada; pero adviertiendo yo que no era prudente que todo el regimiento se alejase desarmado en busca de sus caballos, pues podríamos muy bien ser cargados en seguida por los que nos habían dejado á pié; mandé corriendo un ayudante á prevenir al General que no estrañara el toque de llamada que iba á echar para reunir mi cuerpo, pues todo él, se había dispersado siguiendo sus caballos por aquel cortaderal.

Mandé tocar en seguida la llamada con toda la banda, y al regresar el ayudante, me impuso de haberse disparado igualmente toda la caballada del ejército. Reunióse el cuerpo al instante, unos con sus caballos y otros sin ellos; y aunque muchos no reventaron los lazos de que estaban atados, faltábame sin embargo alguna parte de los caballos. Hice salir dos partidas en su alcance, y esto mismo hicieron los demás cuerpos y tuvieron que seguir hasta cerca de la Cruz Alta para alcanzarlos, pero no atados, por que muchos se fueron á las querencias, y los que se volvieron estaban inutilizados los más; particularmente los míos que dormían con manea á pesar de estar atados, pues con la larga carrera se lonjearon todas las manos.

Luego que se reunió el Regimiento, pasé á darle parte al General de la falta que había y de las partidas que había mandado en su alcance, y así que le ví, le dije;—¿Qué le parece mi General la capitulación? ¡No esperaba yo que tan pronto mis enemigos le confirmaran mi anuncio!—¿Y cómo han podido introducirse al campo con caballos y cuero á la cola sin ser sentidos? me repuso el General.—Nada es más fácil para ellos, le dije; pues que los tenemos entre nosotros, y tal vez con V. E. mismo hayan venido quizás los que nos han hecho este servicio.

Al siguiente dia recibió aviso el General de venir de Mendoza para Buenos Aires, la señora del señor general San Martín, y me mandó encontrarla y acompañarla escoltada con mi cuerpo desde la Cruz Alta, y le dije al

partir:—Si mi General quisiera permitírmelo, yo tomaria de paso una justa venganza en la Esquina, con el comandante Acevedo fusilándolo al entregarle este aviso que V. E. le manda de la capitulación, pues no es otro el que nos ha hecho disparar la caballada: (era un bribón el tal Comandante, que nos descamisaba á todos nuestros pasajeros continuamete) el General se echó á reír, y me dijo:—apresúrese y conduzca cuanto antes á la señora de nuestro amigo, el señor San Martín.

—¡Cuando se trata con caballeros, mi General, ninguno es más caballero que yo!—le dije; pero con los malvados como estos forajidos, es preciso ser más pillo que ellos! —y me despedí dejando al General riéndose.

En la posta de la Esquina entregué al comandante Acevedo la comunicación de mi General, y él así que fué impuesto de ella, me contestó que ya lo sabía por su Gobernador; y en la siguiente posta encontré á la señora de Escalada, esposa del señor San Martín, que acababa de llegar, cerrada ya la noche; le hice presente el objeto que me conducía, y después de darme las gracias, pasé á acampar el regimiento, y al siguiente día muy temprano, la conduje escoltada y haciendo tirar su coche por mis soldados hasta llegar donde estaba el ejército.

El señor General salió á recibirla, y después de haberla obsequiado, le dió una escolta para que pasara á la jurisdicción de Buenos Aires.

Después de esto, regresamos con el ejército hasta la Cruz Alta, en cuyo punto nos fijamos.

Se me pasaba decir que á la ida íbamos encontrando todas las casas del territorio santafecino, abandonadas y los pozos de agua llenos de caballos muertos y corrompidos; y para probar el orden que nuestro General hacia guardar al ejército aún en territorio enemigo como este, quiero referirlo que pasó en la posta de Arequito. ¡Lugar, poco tiempo después, de tan amargos recuerdos!!! Habíamos acampado á la costa del Río 3º. ó Carcarañá, la leña es por allí muy escasa, y algunos soldados de diversos cuerpos, menos de Húsares, estaban

desbaratando unos inservibles ranchos ó ramadas para leña en el lugar de la posta, en circunstancias que estaba el General conversando conmigo. Adviértolo al momento y grita á uno de sus ayudantes:—¡Corra Vd. ahora mismo á botar aquellos soldados y aviseme á qué cuerpos pertenecen!—Partió el ayudante á escape hacia ellos, y apenas le vieron se tiran todos de los ranchos y echan á correr, dejando los pocos palos ó ramas que habían empezado á sacar.

Vuelve el ayudante y le pregunta el General:—¿Ha visto Vd. bien á que cuerpos pertenecen?—Si, señor, le contesta; son de todos los cuerpos.

Vaya Vd. ahora mismo y llámeme á todos los jefes de los cuerpos, dícele el General.—Como yo tenía la certidumbre de que no había un solo Húsar, porque no salía uno de mi campo sin mi permiso, aun para visitar á los compañeros del cuerpo más inmediato, fué de que eran bien conocidos entre todos por el uniforme.—dijele al ayudante:—¿Se ha fijado Vd. bien señor ayudante, y ha visto por ventura algún Húsar? El Ayudante reflexionó un instante y dijo:—No, señor, no había ninguno,—y partió á cumplir su orden, retirándose en seguida. Reunidos al instante todos los demás jefes, menos yo, les hechó el General una fuerte reconvención preguntándoles cómo permitían semejante desorden.

Fijados con el ejército en la Cruz Alta, jurisdicción de Córdoba, nuestros soldados tenían que pasar el río medio á nado para ir en busca de leña á la banda opuesta; cuando una tarde en que el General, ya medio enfermo del pulmón, se paseaba conmigo muy despacio por la costa, aparece una partida de santafecinos por la banda, repentinamente, y se echa sobre nuestros soldados que recogían leña, desarmados y muy ajenos de semejante riesgo, y alzando en ancas á cuatro ó cinco de ellos que no alcanzaron á tirarse al río, se los llevan á nuestra vista.

El pobre de nuestro General dando un suspiro, me dijo:

—¡Cuánto me pesa La Madrid querido, el no haber

seguido su consejo en Cortaderas, lo mismo que su dictámen en la Villa de los Ranchos!!!» —No pude menos que conmoverme al ver cuanto le afectó dicho recuerdo.

Desde aquel día no pasaban sino en partidas armadas, de todos los cuerpos y con un oficial á la cabeza, y nuestras caballadas iban desapareciendo. Se agravó la enfermedad del General y marchó para Tucumán con una escolta y algunos ayudantes, llorado por todo el ejército al tiempo de su partida.

Cuando el general Belgrano se movió de Tucumán para esta campaña, había dejado allí al teniente coronel de Dragones ó comandante Domingo Arévalo, á cargo de los piquetes que dejaron los cuerpos encargados de la instrucción de reclutas; y antes que yo marchara á Córdoba por la posta, habíase presentado al General, el teniente ó ayudante entonces Juan Felipe Ibarra, que venía escapado de Casas Matas desde Lima, pues había sido prisionero en la batalla de Ayohuma; y el General, ascendiéndolo á Sargento Mayor, le había mandado de Comandante al Fuerte de Abipones, su patria, en la provincia de Santiago del Estero.

Pocos días después del retiro de nuestro General á Tucumán, retrocedió el Jefe del Estado Mayor del Ejército, general Francisco Fernandez de la Cruz, con todo él, hasta situarse en la Villa de los Ranchos. Allí empezaron á notarse síntomas de revolución entre algunos oficiales, y el coronel mayor Juan Bautista Bustos que había venido á incorporarse al ejército con sus desertores, fué nombrado Jefe del Estado Mayor por el general Cruz.

Así que se notaron los primeros síntomas entre algunos oficiales de los cuerpos y teniendo el general Cruz algunos comprobantes, empezó por separar del ejército no al cabeza de la revolución que era Bustos, sino solamente á unos cuantos oficiales subalternos como al entonces ayudante Eugenio Garzon, Ventura Alegre, y no recuerdo que otros, los cuales fueron despachados no recordosi á Mendoza. Pero esta medida no era por cierto la que debía el General tomar, pues no deben con justicia

castigarse las manos auxiliares cuando se dejan impunes á las cabezas que las dirigen; por consiguiente seguía el Jefe del Estado Mayor, Bustos, ganando terreno entre algunos oficiales é infundiendo recelos al General del ejército y á muchos de los jefes principales de los cuerpos.

Lleno el general Cruz de antecedentes, nos había reunido dos ó tres veces en su casa, y secretamente á todos los Coroneles, incluso el teniente coronel y jefe del 2º, Bruno Morón, que merecía nuestra confianza, para consultar el partido que debería tomarse con el coronel mayor Bustos que era el cabeza principal. Todos los compañeros se encogían de hombros, conocían que sin separar á dicho jefe no se cortaría el mal, pero no se atrevían á aconsejar al General que diera este paso resueltamente, en razón de justos temores que tenían de complicidad en algunos de sus oficiales y tal vez de la misma tropa.

Me acuerdo que resueltamente dije yo al General á presencia de todos ellos, no una, sino todas las veces que nos reuníamos al efecto:—¡Si el señor General quiere autorizarme, ahora mismo voy y fusilo al general Bustos á presencia de su Regimiento! No tengo yo temor alguno de que ningún individuo de mi cuerpo me sea infiel, al menos en la tropa!—pero el General nunca se atrevió.

Llegó entre tanto el tiempo de abrir nuevamente la campaña sobre Santa Fé, por orden del nuevo Director del Estado señor general Rondeau, y marchamos; no sé si al llegar al Fraile Muerto ó mas allá, nos encontró un convoy de 60 carretas que nos mandaba el Gobierno, cargadas de paños y demás géneros para vestir al ejército, y dichas carretas tuvieron que volver, y seguir el convoy la marcha de éste.

El jefe del Estado Mayor, general Juan Bautista Bustos, que había esperado torpemente á dar el escandaloso paso de la revolución cuando estuviésemos mas inmediatos al enemigo, y por consiguiente al Director Supremo

que había salido de Buenos Aires también á campaña, contra el gobernador Lopez; había dispuesto que los cuerpos de caballería dieran el servicio de avanzadas por compañías, y en la marcha, por expresa orden del general en jefe Francisco Fernández de la Cruz, ocupaba yo la vanguardia con mi regimiento de Húsares y desde que llegamos al Saladillo, habían principiado ya las fuerzas santafecinas á molestarnos en la marcha, pero sin otro suceso que el de correr estas cuantas veces se nos aproximaban, y me iba yo sobre ellos.

Llegamos en este orden, con el ejército, á la posta de Arequito, caída la tarde, el 7 de Enero del año 20 con porción de fuerzas santafecinas en circunferencia del ejército y disparándonos algunos tiros á la columna, las cortas partidas que se aproximaban, fiadas en sus buenos caballos; cuando acampado el ejército sobre la costa del río 3º ó Carcarañál, ordena el general Bustos que el servicio de caballería se hiciese desde aquella noche por escuadrones, designándome el lugar en que debía yo colocar el 1º, que lo componían todos mis Húsares, y lo mandaba el capitán José ó Mariano Mendieta, tarijeño; por la razón ya expresada de haber reducido á uno la tropa de que se componían los dos y formar el 2º con los 200 infantes que me había dado el general Manuel Belgrano.

Aprestado ya todo el escuadrón marché yo mismo á colocarlo en el punto designado y sacando de él al teniente José Segundo Roca con una partida de 20 hombres les hice pasar el río, y que se situara en el frente que ocupaba yo por esta banda con el 2º escuadrón, y me retiré á mi campo después de encargarles mucho la vigilancia. El sargento mayor de mi cuerpo era entonces un N. Lopez, paraguayo, que había sido Capitán de uno de los cuerpos de infantería, al cual, llamándole, le previne todo el cuidado con que era preciso que marcháramos desde aquella noche, agregándole que veláramos en ella los dos, él hasta las 12 y yo hasta el día, para cuyo efecto le ordené que al retirarse de mis visitas al escuadrón,



J^r. Lam. Lomax
B



me recordara, pues estaba yo mal dormido y me iba á recoger temprano.

El motivo que tuvo el jefe de estado mayor Bustos, para nombrar el servicio por escuadrones, había sido como lo supe al siguiente día, en razón de que todos mis oficiales de Húsares estaban metidos en la revolución y no habiendo podido conseguir de ninguno de ellos que se resolvieran á prenderme en esa noche, como lo debían hacer con los coroneles Zelaya, Pinto y Dominguez, sus mismos oficiales, prendiéndolos, y saliendo con sus cuerpos, pues mis oficiales le habían asegurado que no podrían hacerlo por el gran ascendiente que tenía yo en la tropa, la cual no lo consentiría.

Con motivo de dicha resistencia había dispuesto Bustos mandarme llamar á su tienda como jefe de estado mayor, y prenderme así que estuviera dentro; para cuyo efecto tenía ya nombrada la guardia de su cuerpo que debía hacerlo; pero habiéndole manifestado el coronel graduado Alejandro Heredia que era el Teniente Coronel de Dragones, y el comandante de escuadrón del mismo cuerpo José María Paz, que era expuesto este paso en razón de que yo no me entregaría impunemente preso, pues era mas que probable que atropellaría la guardia y daría voces que frustrarían la revolución ó podrían frustrarla; habían acordado por fin el robarme la tropa de toda mi confianza por aquel medio y sustraerme dormido, juzgando, sin duda, que dueños ya de ella y manifestada la revolución les sería fácil engañarla. ¡Cuánto se engañaban!

Durmiendo estaba yo en mi carretilla, cuando me despierta el centinela que tenía á la puerta por haberse sentido un tiro, en cumplimiento de la orden que tenía; me levanté al instante y mandando enfrenar mi caballo monto y mando que me sigan cuatro Húsares de los diez que conservaba á mi lado, para tener un centinela que me despertara por la noche, en los ratos que dormía; pues eran los de mi mayor confianza. Corro con ellos hácia el escuadrón avanzado, después de habe

reconvenido al Mayor, por no haberme recordado, pues era cerca de la una, y era la parte á donde se había sentido el tiro, y al alcansarme en esto el teniente coronel Emilio Salvigni, edecan del General en jefe, que venía á llamarme con mi cuerpo de parte de dicho General, y á avisarme la resolución hecha por el jefe del estado mayor, Bustos, añadiéndome haberse llevado dicho jefe los regimientos nueve y diez de Dragones y que á sus coroneles los tenía presos.

Diga Vd. al General, que voy ahora mismo, díglele al edecan, y corrió á donde estaban de avanzada mis Húsares. ¡Grande fué mi sorpresa al no encontrar ni al capitán Mendieta, ni á individuo alguno del primer escuadrón! Corro hácia la posta que estaba distante de nuestro campo como un cuarto de legua, ó poco mas, llamando á voces al capitán Mendieta, y nadie me respondía, vuélvome de carrera al lugar donde había colocado al sargento Ayrala, con la caballada y no lo encuentro; corro en seguida al río por el frente donde había mandado colocar al teniente Segundo Roca y doy las voces para que venga y tampoco me responde. No me quedó ya duda de que los oficiales se habían llevado al Cuerpo, y corrió al segundo escuadrón y mandándolo montar á caballo, marché con todo él, bramando de coraje, al cuartel general, y di cuenta al General en jefe de la desaparición de mis Húsares, que habían sido avanzados por orden del jefe del estado mayor, y llevándose toda la caballada.

El General que se hallaba reunido con los coroneles Ramirez, de artillería, Aparicio del núm. 3 y el teniente coronel Morón del segundo, se quedó pasmado al oír mi relación, no menos que los demás, pero los tranquilicé diciendo que adivinaba el motivo de haberme pedido Bustos, nombrase á mis Húsares de servicio, pero que no obstante no los consideraba perdidos á mis soldados. Preguntó el General á todos los jefes presentes, su opinión respecto al partido que deberíamos tomar para salvar el resto del ejército: todos menos yo, se encontra-

ban indecisos, entre si deberian marchar adelante á reunirse al supremo Director, el brigadier general Rondeau, que estaba en el Rosario, y posta de la Orqueta, ó si regresaría para Mendoza ó Tucumán. Yo fuí el único que opiné resueltamente que debíamos irnos sobre los revoltosos en el acto y batirlos.

El general Cruz y los demás jefes se opusieron por temor de perder el ejército, aun cuando lográramos batirlos y temían además que parte de sus soldados estuviesen contaminados. Aclaraba en esto el día y estaban los revoltosos formados en el frente de la posta de Arequito, y les insté nuevamente á que marcháramos sobre ellos, ofreciéndome ir por delante con mi escuadrón segundo y prometiéndoles que á mi vista se me reuniría el primero de Húsares, pero fué en vano. Dije entonces al General, (pues había prevalecido la opinión de abandonar el convoy y pasar á reunirse al Director): «Puesto que no se atreven á atacar á unos infames compañeros, soy de opinión que sería indigno el premiarlos con el convoy. Este premio pertenece de justicia á los valientes y fieles soldados que se han mantenido firmes al lado de su General y sus jefes; que se distribuya ahora mismo entre los Cuerpos que nos acompañan cuanto quieran y puedan llevar, y que quemándose todo lo demás marchemos en el acto á reunirnos al supremo Director, cuya operación podremos hacerla antes de 48 horas».— «¿Y qué comerá nuestra tropa cercados por los montoneros y tal vez perseguidos por los mismos nuestros? Dijo no sé cual de los jefes».— «Llevaremos los bueyes de nuestras carretas, le dije y por lo que respecto á los montoneros de Lopez, yo les respondo que no se acercará ninguno á la redonda del ejército, dénseme todos los caballos de los jefes y oficiales de infantería y esto me basta».

Se combino entonces en que marcháramos llevando las carretas con el convoy, pero después que hubiese comido la tropa, mis instancias fueron inútiles para que marcháramos en el acto sin comer, y dejando las carretas vacías.

Se mandó carnear, pero antes de esta operación se salieron de disparada de la formación sublevada, ocho ó diez húsares y se me reunieron á mí que estaba á su frente. Estos me impusieron haber llevado los oficiales el escuadrón con el siguiente engaño — Que mandó el capitán montar á caballo, y replegada la partida de Roca, marchó con todo el escuadrón y la caballada hácia la posta diciendo que iba el regimiento á sorprender al enemigo, el primer escuadrón por un lado y yo con el 2º, por otro.

Todos los Húsares, me dijeron dichos hombres, empezaron á manifestar desconfianza, diciendo públicamente, si fuéramos á batir á los montoneros, el Coronel no había de ir con los infantes sino con nosotros; cuando en esto se avista un hombre de poncho blanco por la parte de atrás y grita uno de los oficiales «el Coronel» á cuya voz corrieron todos los oficiales hácia la cabeza: que la tropa toda, al observar dicha corrida de los oficiales así que oyeron mi nombre, paró de golpe, pero que á este mismo tiempo se presentó el teniente coronel de Dragones Alejandro Heredia con todo su cuerpo y colocando una fuerza á retaguardia de los Húsares los proclamó como que iba con ellos á batir á los montoneros y mandó continuar la marcha hasta la posta; que mi tropa no supo de tal revolución hasta que estuvo incorporada á los demás cuerpos, y supo que los jefes de estos estaban presos, que si no se habían reunido todos, era porque los tenían al medio, y que ellos fiados en sus buenos caballos habían partido á todo trance, á escape desde la formación.

Quizás parecerá á muchos cansada é innecesaria esta relación que acabo de hacer, pero no así á los militares de juicio y que conocen cuanto importa en el que manda, ser justo con el soldado y obtener de él, respeto y estimación por sus hechos, pues estos son los que me han hecho merecer la estimación del soldado en todas partes y encontrar como pocos, tantos hombres voluntarios que me han seguido al peligro cuantas

veces se ha ofrecido en diferentes pueblos, y aunque estos es notorio no está demás expresarlo.

Habiendo acabado de comer la tropa, emprendimos la marcha tomando yo la vanguardia y quedando los revolucionarios algo distante de nosotros, esto es, el n° 9, el 10 y Dragones como he dicho; pero así que acabó de moverse nuestra fuerza, esto es, la artillería, el n° 2, el 3 y mis Húsares, se habían movido también aquellos amenazando nuestra retaguardia. Marchaba yo en persecución de gruesas partidas de santafecinos que se habían aproximado por vanguardia, cuando recibo orden del General en jefe para volver sobre los revolucionarios que amenazaban ya nuestra retaguardia. Aseguro á mis lectores que al recibir esta orden y observar á nuestros compañeros del día anterior, hostilizarnos á la par que nuestros enemigos, contramarché como una fiera y resuelto cual nunca, á estrellarme contra todos ellos; pero con un feroz placer ahogado con lágrimas de indignación!!!!

Llegado que fui á la retaguardia con mi escuadrón, marchaba presuroso al encuentro de tan pérfidos compañeros, cuando aparece el coronel graduado Alejandro Heredia solicitando al General en jefe para tener con él una entrevista. El general Cruz consiente en ello, me manda detener y parte sólo al sitio en que Heredia lo esperaba, también sólo, en medio de ambos cuerpos de caballería. Conferencian un rato y vuelve nuestro General, y llamando á todos sus jefes á junta nos dice haber acordado entregar el mando de todo el ejército al coronel mayor Bustos, para que respondiese dicho jefe á la nación por él, pues decía Bustos que el objeto de la revolución era solo el de atender á guardar las provincias contra el ejército español, y dejar de hacernos la guerra unos contra otros; que respecto á los jefes y oficiales de nuestra fuerza, habían acordado que continuarían en sus puestos todos los que gustasen, y los que no, obtendrían sus pasaportes para donde los pidieran, y se les proporcionarían los medios de conducirse.

Todos los jefes quedaron conformes, y tuve por fuerza que resignarme á dicho acuerdo. El general le mandó comunicar á Bustos y se puso éste en marcha para la Cruz Alta, siguiendo nosotros sus huellas en retroceso, á poco rato y habiendo dejado de hostilizarnos los santafecinos. Al emprender nosotros esta marcha, acercábase el sol á su ocaso, y al poco rato de haberse ocultado, mandó el General que se hicieran á la derecha los cuerpos de vanguardia para dejar franco el camino al convoy para que pasara en alcance de los rebeldes. Yo me quedé lleno de indignación al verle desfilar, y continuamos después hasta la Esquina y acampamos sobre la costa del río, ya cerrada la noche, presenciando que por detrás del convoy empezaron á desfilarse la mayor parte de los soldados del 2, y cuyo ejemplo siguieron esa noche varios soldados de los otros Cuerpos.

Al siguiente día ordenó el general que se descargase con su saca-trapo las armas y que se limpiaran para entregar esa tarde los Cuerpos. Limpiando estábamos las armas cuando se nos aparecieron porción de fuerzas santafecinas tiroteándonos, sobre nuestro campo. Mandé á mis soldados tomar sus sables al instante, y haciéndolos montar á caballo marchaba sobre ellos, cuando recibo aviso del teniente coronel Heredia, que nos observaba desde su campo, de detenerme, pues iba mandar retirar á los santafecinos: «¡Diga Vd. á su teniente Coronel, contestele al ayudante, que no necesito de su ayuda para castigar á estos bandidos, pues me bastan mis soldados!» Seguía al galope sobre dichos enemigos que se habían ya detenido al verme, pues Heredia que apuró su marcha, hablaba á este tiempo con los santafecinos y empezaban á retirarse, y retrocedí.

Concluida la limpieza de las armas, emprendimos la marcha precedidos á la distancia por los jefes y fuerzas rebeldes; cuando se presentó un oficial enviado de Bustos á nuestro General, y mandando éste parar la columna, nos llamó á todos los jefes de los cuerpos á una distancia, á izquierda del camino; y mandó que pasaran

todas las fuerzas nuestras con el coronel Dominguez á su cabeza hasta reunirse á los *héroes de tan gloriosa jornada*, y los cuales los recibieron con vivas; mientras que nosotros éramos unos fríos espectadores de tan merecido desenlace, desde una altura, y con el Ayudante de Bustos á nuestro lado....

Al mandar entregar nuestras fuerzas al *héroe de Arequito*, se había prevenido que nos quedáramos los jefes con solo nuestros ordenanzas. Esta orden la habían cumplido todos, menos yo, pues al despedirme de mis soldados apartándome con el valiente ordenanza La Rosa hácia donde estaba el General con los demás jefes, haciendo quedar solo la carretilla, me siguieron los diez y ocho ó veinte Húsares que me acompañaban, incluso en este número los que se habían disparado de las filas rebeldes en la mañana anterior;—diciendo que ninguno de ellos quería separarse de mi lado; lo cual hecho presente al General, dispuso que quedaran conmigo hasta que el nuevo Jefe del ejército dispusiera lo que gustase.

En seguida de esta incorporación continuó la marcha el ejército hasta las inmediaciones de la Cruz Alta, donde acampó; y nosotros con nuestro General y ordenanzas, que habíamos seguidole á distancia por retaguardia sobre el flanco izquierdo, fuimos conducidos á unos ranchos abandonados que se encontraban á varias cuadras á retaguardia del campamento, para que nos alojáramos en ellos. Mas yo, que llevaba una comitiva y quería parar con ella donde hubiese pasto para nuestros caballos, dijeles á los compañeros así como al ayudante de Bustos:—Yo me voy á parar al campo donde tengan que comer mis caballos, y sin esperar respuesta marché como una cuadra, á un bajío pastoso y me desmonté mandando que desensillaran, que atasen los caballos y pusieran después la tienda por sobre la carreta y me formasen una sombra, asegurándola con sus lanzas. Se estaba practicando dicha operación, cuando se me comunicó la orden del general Bustos de que pasáramos

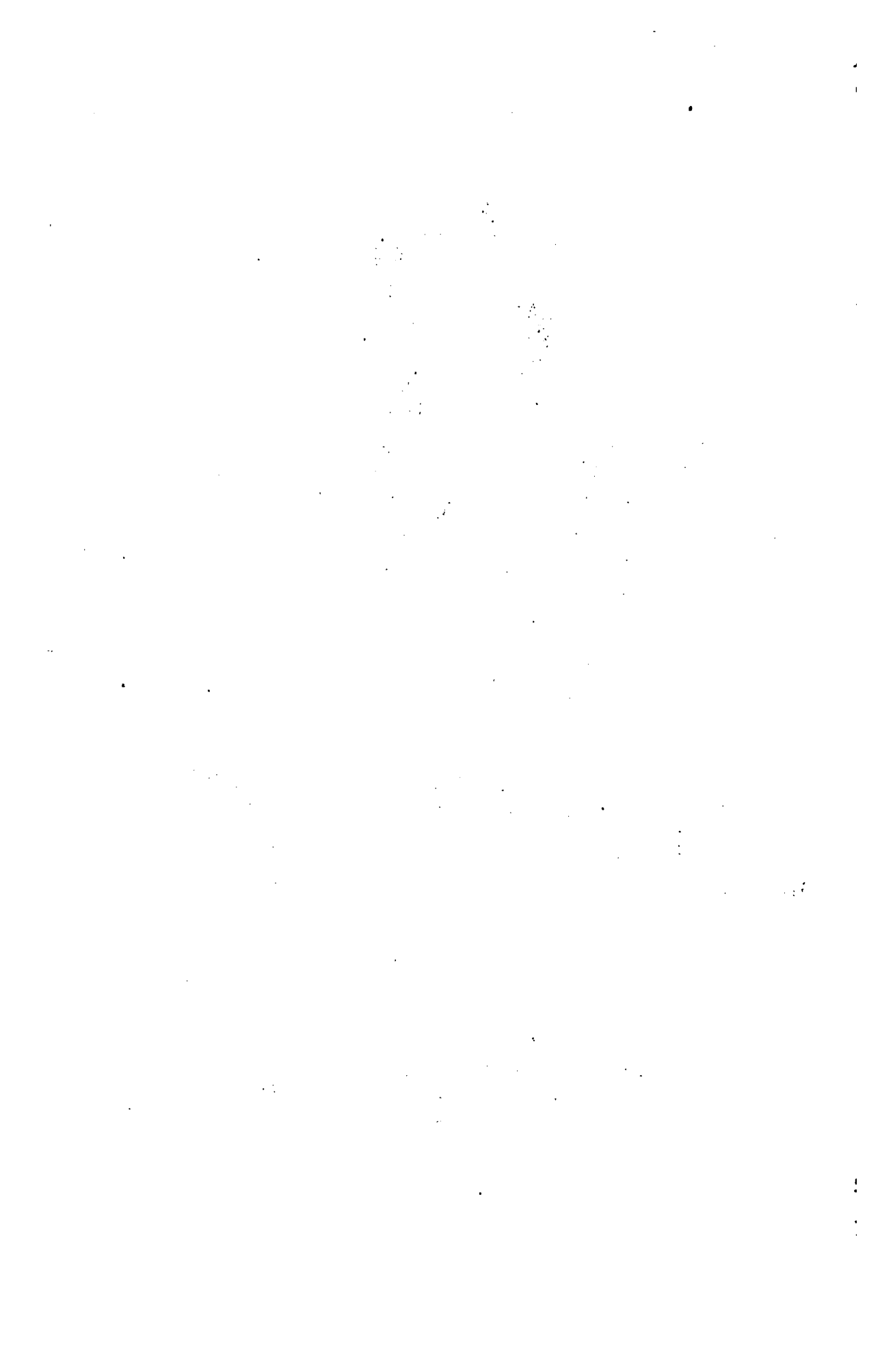
todos los jefes una relación de todos los hombres y armas que conservábamos cada uno á nuestro lado. Mandé al teniente de Húsares (Pazeño) Luis Leiva, que se había conservado á mi lado sin saber palabra de la revolución, que formase la relación que se pedía y la entregara; puesta ya la tienda me tendí sobre un poncho á la sombra de una carreta, muy ajeno de haberse puesto una guardia del N° 2 á inmediación de la casa en que estaba el General con los demás jefes, pues los habían reunido ya á los Coroneles que tuvieron presos. Queriendo yo salir al campo, grita un centinela que me habían puesto sin que yo lo notara:—«Atrás mi Coronel»,—vuelvo á él la vista con indignación sin detenerme, y repitiéndome la misma voz, le contesté echándole á pasear y sigo mi camino. El soldado calló y me dejó pasar sin llamar á su cabo.

Al rato regresé y volví á tenderme bajo mi sombra, ardiendo de cólera, y al tiempo de entrar bajo la carreta observé á la distancia á varios Húsares dirigiéndose á mi con solo sus miradas tristes: les eché una mirada de desprecio y me tendí. Como de las casas hubiesen notado los compañeros lo que me pasó con el centinela, habían pedido permiso el coronel Aparicio y su mayor Ibarra, á la guardia, y se vinieron á la sombra de mi carreta: conversando estábamos, tendidos bajo la carreta cuando desmontándose mi paisano y amigo el coronel graduado Heredia, me saluda y se tiende á nuestro lado saludando al mismo tiempo á los otros y dice en tono quejoso pero festivo:—«¡No nos ha sido creíble que hayan habido compañeros nuestros que opinaran en la junta de ayer por la madrugada, que debían atacarnos!»

No bien acabó de decirlo cuando le contesté secamente:—«Nadie con mejor propiedad que yo puede imponer á Vd. y sus compañeros de lo que se trató hoy en la junta. El único exclusivamente que fué de la opinión de atacarlos he sido yo, y deben ustedes dar gracias á Dios (Ibarra y el Coronel me tiraban á este tiempo de la casaca por detrás para que no le dijera)



Alex. H. H. H.



por no haberse aceptado mi parecer, de lo contrario, no sé donde estarían Vdes. hoy!»

«¡Lo hubieramos visto!» me repuso Heredia—«¿Y que eran capaces Vdes. de resistirnos, cuando de puro miedo á los santafecinos se han echado un eterno borrón con esta revolución infame?»—le dije enfurecido, é Ibarra que estaba con su mano tendida á mi espalda me apretaba para que callara!

Heredia un tanto desconcertado por esta respuesta me alargó la mano y me la apretó diciéndome:—«¡Vaya Gregorio, (pues me tuteaba) estás muy acalorado, es preciso refrescarse! Luego vendrán Paz y Bustos á verte»—y se despidió.

Los dos jefes que estaban á mi lado, me dijeron un tanto sobresaltados:—«¿Como ha tenido Vd. valor para decirle semejantes cosas á presencia del centinela que tiene y en vista de la guardia que nos han puesto á todos?»—«Déjenme Vdes., les dije, que estoy deseando que me toquen para pelearme con todos ellos juntos! ¡Oh, qué bien, creo, sería para la patria el que esa canalla lo intentara!» les dije.—Fuéronse en seguida para dejarme sólo, pues calculaban como yo, que las visitas anunciadas eran con el fin de hacerme alguna propuesta.

Estaba ya el sol bajo y mandé sacar mis petacas y un par de banquitos para esperar las visitas anunciadas.

Al poco rato llegó mi amigo el comandante José Maria Paz, y aunque era un compañero el cual por simpatía le quise desde que le conocí el año 11 á su llegada á Jujuy, y mucho más después que le hube tratado y expedicionado con él poco antes á la Herradura, no pude recibirle sino con seriedad: y mucho más desde que por lo dicho por Heredia, esperaba yo que fuese él conductor de alguna propuesta.

Le convidé asiento después de habernos saludado y esperé callado que empezara la misión de que lo juzgaba encargado; y viendo que nada me decía tomé la palabra hablando de cosas indiferentes: conversamos así un instante y se retiró ofreciéndoseme pero sin tocarme pala-

bra sobre el asunto que yo pensaba. Al poco rato apareció el general Bustos, á quien hice igual recibimiento y después de un otro rato mas largo de silencio le hablé yo como al anterior y se despidió igualmente que Paz.

Al día siguiente temprano, se nos hizo marchar á todos los jefes por delante del ejército pero escoltados por un escuadron de Dragones y bajo las órdenes del sargento mayor Juan José Gimenez, chileno, y amigo mio. En esa noche se habían valido los oficiales de Húsares de todos los medios posibles para atraerse á los 18 hombres que me acompañaban, hasta el extremo de decirles, vista su resistencia, que nos iban á mandar á todos al Hervidero á disposición de Artigas, con cuyo conocimiento no debían ellos aventurarse á sufrir talvez la muerte por seguirme; mas nada pudieron sacar de ninguno de ellos, pues todos les contestaron á una que fuese cual fuese la suerte que me esperaba, ellos la correrían igualmente á mi lado.

Acampamos con nuestro escuadrón de escolta en la posta de la Cabeza de la Tigre que es la que sigue hácia Córdoba, de la Cruz Alta, antes de cerrar la noche y habíamos ya comido y acostádome yo dentro de mi carretilla cuando observé desde mi cama que cruzaba una partida de infantes armados por entre nuestro campo de prisión y juzgué fuesen soldados que habían perdido el camino, pues sentía estar pasando el ejército por nuestra izquierda.

Yo conservaba por las noches un centinela á la puerta de mi carretilla y nuestros caballos dormían todos ensillados pero sin freno, pues temía que estando dormidos amaneciéramos un día bajo una distinta custodia que la de nuestros Dragones, porque todo era de temer, según las amenazas que dirigían algunos oficiales y aún algunos soldados que estaban ya desmoralizados á varios de los jefes que iban presos; con el objeto de no ser sacrificados impunemente había yo prevenido á mis soldados la mayor vigilancia para arremeter con ellos, en un caso preciso, y aún nos habíamos numerado todos los

jefes á indicación mía para que hubiese uno en vela durante toda la noche y nos despertábamos mutuamente cuando nos tocaba el turno. Nos amaneció sin novedad por mi parte, pues acampaba yo un poco separado de los demás, en precaución de mis caballos, no así por la del general Cruz y de mis compañeros, pues la partida que ví cruzar por la noche había sido mandada por el general Bustos bajo el comando de un oficial á desarmar á todos los ordenanzas de los jefes y lo habían ejecutado recogiendo las armas de todos menos de los míos, á quienes no llegó la partida; ya fuese por recelo ó ya porque tal vez así se lo prevendrían á dicho oficial. El resultado fué que al amanecer me grita uno de los compañeros, de la puerta:—«Que descansado duerme Vd. sin saber lo que nos ha pasado con estos pícaros!»—«Que es lo que Vd. me dice»,—contesté, saltando al mismo tiempo fuera de mi carreta, y dirigiéndome hácia el círculo en que estaban mis demás compañeros que acababan de llegar. «Que los han desarmado anoche á todos los ordenanzas por orden de Bustos, mandando una partida con un oficial al efecto, como si fuéramos unos foragidos».—«Pues si el oficial llega á mi con esa comisión, lo corro á balazos, les contesté; y voy ahora mismo á ver al General y reclamar contra un hecho tan infame con unos compañeros».

El mayor Gimenez que llegaba á ese tiempo de su fogón y supo por mi lo ocurrido y que iba á ver á Bustos, dícame, seguramente para que no fuera solo, «pues voy en tu compañía, porque justamente iba yo á una diligencia».—«Muy bien», le dije, montando á caballo al mismo tiempo, y partimos, dando él la orden para que se pusiera en marcha el escuadrón y con él los jefes, hasta la posta de Rui Diaz. Galopamos un trecho hasta los Chañarcillos donde encontramos formadas las columnas de los cuerpos, esperando solo la orden de marcha. Preguntó el Mayor por el General y habiéndonos indicado el lugar donde estaba, nos dirigimos á él, y encontrándolo con Heredia tendidos sobre la barranca del

rió, los saludé, desmontándome. — «Qué busca, compañero, dícame el general Bustos con semblante risueño». — «Vengo á ver á Vd. por una acción infame que ha mandado cometer anoche con nosotros, le dije, enviando una partida armada á desarmar á nuestros ordenanzas como si fuéramos salteadores. ¿Porqué si tuvieron Vds. miedo que le hiciéramos con ellos una contra revolución, no se nos pidieron las armas cuando dimos cuenta del número de cuantas tenían los hombres que acompañan? ¡Agradezcan Vds. que el oficial no se atrevió á llegar donde yo estaba dormido, que si lo hace lo echo á balazos del campo!» — (Tan ciego iba de rabia que le fleté toda esta relación sin darle tiempo á que me interrumpiera.) — «Habría hecho Vd. muy mal, compañero, me replicó. — «Oh, no, le repuse, porque á eso y mucho más se expone el que procede de un modo infame». — «Sé que con Vd. se ha tenido consideración, sin embargo de que sabemos que no faltan entre los compañeros quien nos vengan despellejando, me dijo.

«El único que habla de Vds. soy yo, porque lo merecen!, le dije, montando á caballo. Queden Vds. con Dios» — y me marché donde me esperaba el mayor Gimenez, oyendo sorprendido todo nuestro altercado, lo mismo que la tropa que estaba inmediata y era la del N° 2, pues de intento hablaba yo fuerte. Marchamos enseguida á delante por el costado derecho de la columna; los soldados del 2 me saludaron al pasar y los Dragones que estaban montados hicieron lo mismo, enterneciéndose algunos de ellos al verme con semblante airado, y Gimenez que lo notó, me dice: — «¡Quédate La Madrid con nosotros, que estos pobres son los que mas se interesan para que mandes toda la caballería! — ¡Eso quisieran esos cobardes montoneros, le dije, que de puro miedo á los santafecinos de Lopez, han perdido el ejército! No seré yo el que sirva con semejantes jefes! — Mientras esto conversábamos, enfrentamos á mis Húsares que iban á vanguardia. Verme y ponerse á llorar los soldados, fué una misma cosa.

Este lance me traspasó y volviendo mi semblante para ocultarles las gruesas lágrimas que asomaron á mis ojos, desapareciendo mi rabia y sin poderlo remediar, cerré las espuelas á mi caballo y parti á escape. El pobre de mi amigo Gimenez no pudo menos que conmoverse y volverme á instar para que tomara servicio con ellos, pero fué inútil.

Llegado á la posta de Rui Díaz ya reunido con los demás Gefes y el escuadrón que nos escoltaba pasamos á situarnos un poco mas distante al norte sobre el río para dejar lugar al ejército que debía llegar pronto, y llegó en efecto al cerrar ya la noche; cuando á eso de las ocho de ella me llama á parte el teniente Leiva y me dice á nombre de cinco ó seis sargentos de Húsares que esperaban la respuesta, que el escuadrón estaba decidido á venir en esa noche y sacarme con todos los jefes que estabamos en arresto, atacando si preciso fuese al escuadrón que nos custodiaba y dirigirse conmigo al punto que le ordenara, que ellos venían mandados por la tropa á tomar mi consentimiento y saber la hora á que estarían listos para no faltar á ella, que de vergüenza no se atrevían ellos á llegarse á mí, pero que estuviese yo seguro de que ningún individuo de la tropa me había traicionado ni lo haría nunca.

Mandé á Leiva que volviera á los sargentos y les dijese de mi parte que se retirasen en el momento al escuadrón y les dijerán que cuando mas necesitaba yo de la presencia, me habían éstos abandonado, que no necesitaba yo ahora de ellos para nada. Le encargué al oficial que les previniera de su parte que se fuesen al instante á su campo para que no fuesen tomados, pues iba yo á dar parte, no porque dudase del dicho de los sargentos, sino por precaución, pues podía ser muy bien que hubiese entre estos algún Judas.

Después que di tiempo á que los sargentos se hubieran restituído á su campo pasé á ver yo solo al mayor Gimenez y prevenirle que diera parte á Bustos que estuviesen vigilantes sobre el escuadrón de Húsares,

y preguntando á unos Dragones por él fué uno de ellos á enseñarme donde estaba dormido. Como lo encontrase en aquel estado y tendido boca arriba, se me ocurrió darle un chasco á presencia de sus soldados, me senté sobre él, tomándole por ambos puños, cruzele las manos y le dije:— «Date preso pícaro, yo te enseñaré á hacer revolución».—Fué tal su sorpresa que no supo lo que le pasaba y solo daba quejidos turbados y hacía fuerza inútilmente para levantarse, pues le tenía yo bien asegurado, y sus soldados que no sabían si esta mi acción era broma se reían á carcajadas desde su fogon al ver la sorpresa de su jefe.

Después que le hice forcejear un rato sin saber lo que le pasaba, le dije en broma; «levántate y manda avisar al General que no se descuide con los Húsares, porque ha de quedarse sin ellos, pues tengo antecedentes para creerlo». Montó á caballo el mismo, le llevó esta parte. No se si esa noche ó al siguiente día desarmó Bustos el escuadrón y lo llevó en vigilancia despues hasta Córdoba.

De allí nos pasaron á situar el paso de la Herradura en cuyo punto estuvimos me parece que dos días, y el ejército se detuvo no sé si en el Saladillo ó el Fraile Muerto. En el día en que llegamos á este punto salía yo de darme un baño en el río cuando encontré á un sargento de milicias del tercero, cuyo nombre no recuerdo, esperándome en el galpón donde estában los demás jefes, y así que me vió me dijo todo conmovido:—«¿Cuando esperaba yo ver á mi coronel en semejante estado? Acabo de saber como viene Vd. y aunque soy un pobre, no quiero verle pasar trabajos, doscientos pesos tengo y vengó á ofrecérselos, hágame el gusto de recibirlos».—No pude menos que conmovirme, al ver una tan noble acción en un pobre miliciano, y dándole la mano le dije que se lo agradecía en el alma como si los recibiera, pero que no tenía necesidad, que le daba un millon de gracias por tan generoso ofrecimiento. Mil instancias me hizo el pobre sargento para que aceptara su ofreci-

miento, hasta que viendo mi resistencia me dijo:— «Pues ya que no quiere recibirme el dinero que le ofresco, siquiera algunos caballos me ha de hacer el favor de recibirme que voy á traerselos».—No creí prudente rehusar este nuevo ofrecimiento tan ingénuo, ya porque se creía ofendido, ya también porque mis caballos ó los de los soldados que tiraban la carretilla estaban ya malos. Le acepté esta oferta dándole las gracias y se marchó diciéndome que muy de madrugada estaría con los caballos de vuelta. Como á la hora de haberse marchado nos llegaron los pasaportes de Bustos para todos los jefes, y doce pesos y medio para cada uno á fin de que nos condujeramos, unos á Tucumán y otros á Chile y Mendoza.

Así que recibí el pasaporte les dije á mis compañeros: «me voy en el momento sin esperar el obsequio de los caballos, cuando los traiga el sargento podrán recibirlos Vdes.», y me marché al instante resistiendo á las instancias que me hicieron para que marcháramos juntos al siguiente día, ya porque sabía que lo pasaría mejor solo, ya también para alejarme de los efectos de la desmoralización en que venía la tropa.

Al llegar á la posta del paso de Ferreira, me encontré con un paisano que arreaba una punta de caballos bastante crecida y habiendo éste sabido por uno de los soldados que venían atrás, quien era yo, volvió en mi alcance, mandando detener su caballada y me rogó que le aceptase algunos para mi tropa ó la carretilla. Yo le dí las gracias escusándome con que iba por la posta y tendría que abandonarlos pronto privándose él inútilmente de los caballos que me diera, pero no fué posible dejar de admitirle media docena porque fué él mismo y me los trajo tirados por sus peones. Me despedí en seguida dándole mil gracias y era la primera vez que lo veía en mi vida.

Al día siguiente de haber marchado del paso de Ferreira, fui encontrado con caballada que mandaba el maestro de posta de Tío Pujio en mi alcance, y lle-

gados á esta posta mandó carnear una tampera para mis soldados y despues que hubimos almorzado me hizo conducir hasta el corral del maestro, me obsequió con algunos caballos y no me llevó interés ninguno. Esto mismo me sucedió en todas las demás postas hasta Córdoba, á cuya capital llegué por la posta y con mas de treinta caballos sobrantes de los que me habían regalado por el camino, fuera de varios que dejé en el tránsito para que se entregasen á los demás compañeros que venían detrás, y sin haber gastado un solo medio porque no se admitió por los maestros de posta pago alguno.

El general Bustos que fué informado á su paso, después, del recibimiento que me habían hecho en todo el camino, se quejó á los maestros de posta de la preferencia con que todos me habían servido.

Se me pasó expresar en el lugar correspondiente, un empleo que me ofreció el señor general Manuel Belgrano al marchar para Santa Fé el 25 de mayo del año anterior 1819. Se acostumbraba en aquel entonces dar algunos grados ó empleos por clases en celebridad del aniversario del 25 á los individuos que el General juzgase mas meritorios: con este motivo al llegar al Fraile Muerto, creo quizo el General darme la propiedad del empleo de Coronel de Húsares y yo lo resistí, diciendo:— «Permitame V. E. no aceptar el empleo con que me favorece, pues no quiero deber ninguno de mis grados sino á los esfuerzos que hiciese en el campo de batalla».

A mi llegada á Córdoba me fué preciso hacer una pequeña reparación á mi carretilla, y el señor Gobernador me mandó auxiliar con 50 pesos. Continué mi marcha hasta Tucumán, despues de dos días de estar en Córdoba y llegué á mi pueblo como habia llegado á Córdoba, sin haber gastado un solo peso en el camino y con mas de 60 caballos buenos, regalados en el camino; pero habiendo tenido antes el placer y disgusto al mismo tiempo, de encontrarme con mi benemerito general Manuel Belgrano, al llegar al río de Santiago en el paso

de Gimenez, gravemente enfermo; y además fui instruido con pesar de los disgustos y molestias que le habían proporcionado en mi pueblo al hacerse la revolución de Bernabé Araoz por los piquetes del ejército encabezados por el capitán Abrahán Gonzalez del N° 9. Un rato corto me detuve al estribo del coche de mi General, que no quise alargar porque conocí cuanto le había impresionado mi vista por los amargos recuerdos de nuestra malograda campaña, y nos despedimos ambos con los ojos humedecidos y un apretón de manos.

Entré á Tucumán con treinta y tantos Húsares incluso varios que me alcanzaron en el camino desertados de Córdoba.

El exclarecido Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros que se hallaba en Tucumán en esa fecha, dió ejercicios espirituales á los pocos días después de mi llegada y entré á ellos con todos mis Húsares, y como á los dos meses después, me puse en camino para Buenos Aires, que ansiaba conocer, en la tropa de carretas de Anacleto Gramajo á efecto de pasar incógnito en ella para no ser conocido en el territorio de Santa Fé. Salimos á fines de abril; pero habiendo notado que en toda la jurisdicción de Córdoba salían los paisanos al encuentro de la tropa preguntando por mí para verme y obsequiarme, juzgué que me era ya inútil el ir encarretado, porque se sabría también en la jurisdicción de Santa Fé.

Con este motivo al acercarme á Córdoba en la víspera del 25 de mayo, quise entrar á dicha ciudad con Gramajo, ver la función del ejército en aquel día y tomar la posta el 26.

Al ponerse el sol pasábamos el río con Gramajo y dos ordenanzas, al frente mismo de aquella capital, en circunstancias que un soldado negro del 10, llegaba á dar agua al caballo de un oficial, el cual así que me conoció al salir del río, dió vuelta su caballo y corrió al pueblo, probablemente á dar aviso á sus compañeros, pues que apenas nos apeamos del caballo en la

casa de posta del pueblo, cuando comenzaron á llenarse á la puerta los soldados de todos los Cuerpos á verme, y llorando los mas de ellos en la calle á la puerta de la posta; y fué tal el tropel que se iba aumentando por instantes que gané al interior de la casa suplicándoles que se retirasen, y todos conmovidos al considerar perdido aquel ejército, que poco antes era por su disciplina, valor y constancia, toda la esperanza de nuestra patria!

Pasamos en seguida á presentarnos al General y Gobernador Juan Bautista Bustos que me recibió muy bien, y así que regresamos á la posta, fui visitado por todos los jefes y algunos oficiales.

El comandante Juan María Paz, que había entrado en la revolución, engañado por Bustos con que pasaría inmediatamente con el ejército á Salta ó Jujuy, al efecto de hacer la guerra al ejército español, se había marchado ya para Santiago del Estero desde que vió colocarse á aquél en el gobierno y fijarse en Córdoba con el ejército sin pensar más en la guerra.

Al siguiente día, 25 de mayo, nos levantamos muy temprano y pasamos á la calle «Ancha» á ver la formación del ejército, el cual estaba vistosamente uniformado. Asi que me presenté en la vereda opuesta, paseando por el frente de él, se manifestó en el semblante de todos los soldados, el contento que les inspiró mi vista, pues me saludaban todos con una inclinación de cabeza y se hablaban al oído á mi paso.

No quise detenerme y me retiré, porque observé que semejante demostración no podía menos que mortificar á los jefes que estaban á su frente. Puedo asegurar sin temor de equivocarme, que si yo hubiese tenido un poco de ambición al mando y no hubiese sido tan extremadamente moderado, pude allí hacerme dueño del ejército con solo hablarle! ¡Y cuánto ha sufrido después mi patria por aquella falta mía, y este mi exceso! ¡Yo mismo no me lo perdono porque he conocido mejor que nadie esta verdad!

En todo el día 25 que permanecí en Córdoba, me visi-

taron todos los oficiales del ejército incluso los de Húsares, los cuales procuraron disculparse con que habían sido engañados con la promesa de volver con el ejército á continuar la guerra contra los españoles marchando á las Provincias del norte, esta misma disculpa me dieron varios otros oficiales de los diferentes cuerpos, agregando unos y otros que estaban aburridos.

Dijeles el mal que habían hecho con prestarse á la revolución á todos cuantos me dieron estas disculpas; quejáronseme también de no haberseles dado sueldo, ni gratificación alguna, pero ni aún distribuídoseles los efectos correspondientes del convoy: ante estas manifestaciones, les hice presente que era preciso sufrir con paciencia todas aquellas privaciones, pues eran propias de las circunstancias; que todo debieron haberlo previsto á tiempo, recomendándoseles la constancia, la disciplina y la conservación de la tropa, pues podían ser todavía muy útiles á la patria.

Al siguiente día 26, marché por la posta acompañado de Gramajo y del oficial Rico (Clemente). Al concluir la carrera de la jurisdicción de Córdoba, en la cual fui perfectamente tratado en todas las postas, le previne al oficial Rico que no fuera á descubrirme en el territorio de Santa-Fé, pues temía que no me dejaran pasar á Buenos Aires, ó cuando menos que me obligasen á presentarme á los generales Alvear y Carrera, que se hallaban en el Rosario, los cuales podían comprometerme, cuando iba yo decidido á ofrecer mi servicio al Gobierno de Buenos Aires. Habíamos andado ya la mayor parte del territorio de Santa-Fé sin ser conocidos, y esperábamos solo que alistasen el animal para la carga en la posta de las Cortaderas, cuando llegan de Buenos Aires dos comerciantes que me conocían, y sabiendo el maestro de posta por ellos, quién era yo, se arrima al despreciable caballo que me había tocado y echando la rienda arriba en ademán de montar, me dice:

—¿Paisano, tiene algo que perder su caballo?

—No, paisano, le dije; monte Vd.

Cuando yo le dije esto, estaba ya á caballo y marchando para el corral.

No dejé yo de sorprenderme por semejante acción, y mucho más cuando el comerciante me dijo en seguida:— Acabo de preguntarle quien era Vd., y se lo he dicho; cuando al poco instante vuelve en un hermoso caballo y me dice: — «ahora si que puede decir, paisano, que va bien montado; me alegro de conocerlo; y me alarga la mano».

Le di las gracias, y después de ofrecerle mi amistad, marché ya caída la tarde á todo correr; llegué á la posta siguiente al cerrar la noche, y á fuerza de empeños y de gratificar á los postillones, conseguí que nos despacharan después de oraciones, y no paré hasta que llegué al Arroyo del Medio ó sea la primera posta del territorio de Buenos Aires, tarde ya de la noche; y debí á esta diligencia el haber salvado el compromiso que tenía, pues habían mandado un oficial del Rosario á llamarme, de parte del general Carrera, una hora después de haber partido yo de la última posta.

En la Villa de Luján me encontré con el general Miguel Estanislao Soler que estaba allí con un ejército, pasé á su casa á saludarlo y presentarle mi pasaporte y continué á eso de las tres de la tarde hasta llegar á Buenos Aires como á las 9 de la noche, en los primeros días de junio, y me alojé en casa de Rico, pues conocía yo al hermano Manuel que había sido oficial de Húsares y marchado conmigo á Chuquisaca el año 1817.



Jose Mig. Duralbolon



GUERRA CIVIL EN LAS PROVINCIAS UNIDAS

AÑO 1820

Llegado á Buenos Aires el autor de estos apuntes, visita antes que todo á su general Manuel Belgrano.—Preséntase al gobierno del señor Ramos Mejía en los primeros días de junio del año 1820.—El general Miguel E. Soler se hace proclamar gobernador de Buenos Aires; sale en seguida á campaña y es derrotado en la cañada do Cepeda por el Gobernador Lopez, de Santa Fé y los generales Alvear y Carrera.—Aproxímanse estos á Buenos Aires, y el pueblo se agolpa en la plaza y pide al Cabildo Gobernador, que encargue al autor la defensa del pueblo.—Encárgase de ella.—Acontecimientos que siguieron.

Llegado á Buenos Aires el 8 de junio en la noche, pasé al siguiente día bien temprano á casa de mi primo el doctor José Miguel Diaz Velez, que vino á buscarme para que me alojara en ella, y después que me hubo presentado á su familia y mandado buscar mi equipaje á casa de Rico, pasé á saludar á mi general Manuel Belgrano, acompañado por el referido Dr. Díaz Velez.

Encontré al General sentado en su poltrona y bastante agobiado por su enfermedad. Mi vista le impresionó en extremo, no menos que á mí la suya, y apenas se tranquilizó tiró con su mano de la gabeta de un escritorio que tenía á espaldas de su silla, y sacando los apuntes de mis campañas que había yo escrito en el Fraile Muerto el año 1818, por orden suya, me los alcanzó diciendo: — «Estos apuntes los hizo Vd. muy á la ligera, es menester que Vd. los recorra y detalle más prolijamente y me los traiga». «Con mucho gusto complaceré á mi General», le dije y los guardé.

Hizome algunas preguntas de Tucumán y del ejército y me manifestó después su pesar por haber anticipado

mi llegada, pues que se había él empeñado con el señor gobernador Ramos Mejia, para que salieran á encontrarme al Puente de Márquez en ese mismo día, á virtud de aviso que le había dado el correo de las Provincias que llegó la tarde anterior, de haberme dejado por el Arroyo del Medio. ¡Tal era el afecto que el distinguido General me profesaba!

Habiéndome despedido de mi General despues de un largo rato de conversación, pasé á presentarme al Gobierno, y me retiré después á mi casa, sin haberle hecho mas ofrecimiento que el de etiqueta; pues me había dicho el Dr. Díaz Velez que no me comprometiera porque no tenía estabilidad el Gobierno, que acaso no duraría muchos días. Asi sucedió en efecto, pues á los dos ó tres días vino el general en jefe del ejército, Miguel E. Soler y se hizo pregonar Gobernador y capitán general de la Provincia, por medio de una partida y á son de trompeta por las calles.

Todo lo principal de aquel gran pueblo me visitó y dispensó las mayores consideraciones. Me avergonzaba bastante en mis primeras salidas á la calle, por la curiosidad con que todos corrían á las puertas para conocerme, asi que pasaba y había algún conocido que me indicara. En el mismo día en que se hizo nombrar por si mismo Gobernador, el general Soler, mandó por bando que todos los militares marchasen al siguiente día á presentarse al ejército en Luján, fuí yo á verlo en virtud de este mandato y preguntar si me comprendía también. Me contestó, friamente, que hiciera yo lo que gustase. «Quede Vd. con Dios», le dije, y me marché á mi casa resuelto á no ir, por que me chocó su modo.

Partió enseguida dicho Gobernador y General para Luján y á los pocos días le vimos entrar de vuelta, solo y derrotado hasta la playa del río, pasar del caballo á un bote y marcharse para la Colonia, pues acababa de ser batido en la cañada de Cepeda, por el Gobernador Lopez y los generales Carlos Alvear y José Miguel Carrera, los cuales habían tomado por capitulación al

coronel Celestino Vidal con todo su cuerpo de cazadores, negros.

El coronel Pagola que pertenecía á dicho ejército, se presentó al siguiente día en el Fuerte y tomado de su autoridad el mando de las armas, mandó echar generala por las calles, llamando á todo el mundo á las armas.

La desmoralización en que se hallaba la milicia en aquella época era incomprensible, y comenzó el terror del pueblo á las tropas de Lopez. Las generalas servia de aviso á los militares, ó para ocultarse de todo compromiso ó bien para salir á reunirse al general Alvear: nadie concurría á su toque.

Acércanse los enemigos entre tanto; el pueblo se alarma y corre á la plaza. La única autoridad legal y en la que recaía el Gobierno en semejantes casos era el Excelentísimo Cabildo. A él se dirige el pueblo, pidiéndome por su Jefe para correr todo él á defenderse bajo mis órdenes.

Mandóme llamar el Cabildo por uno de sus edecanes y le contesté que iba al momento. Llamo á mi primo el doctor Díaz Velez y le digo:—«¡Qué gran compromiso el que se me presenta!, pero es necesario vencerlo! A nadie conozco; el pueblo está dividido: puedo ser traicionado. Mas el Cabildo me llama á pedido del pueblo para defenderle, según me ha dicho el edecán; y preciso es corresponder con mi vida á una honra semejante, voy ahora mismo».—«Bendiga el cielo sus nobles sentimientos», díjome mi primo. Vistiéndome estaba á gran prisa, cuando se me presenta por segunda vez, no recuerdo si el mismo ú otro edecán, exigiendo mi pronta presencia en el Cabildo.—«Diga Vd. á S. E. que me vé disponiendo á partir, que dentro de un instante me tendrá á sus órdenes».

El edecán regresó con mi contestación y salí yo en seguida. Cuadra y media me faltaba para llegar á la plaza, cuando me encuentro con el señor Dolz, alcalde de primer voto, acompañado por el de segundo, que iban

á buscarme, frente á la casa de Ambrosio Lezica; los cuales me honran colocándome á su centro y regresan conmigo al Cabildo.

La plaza estaba tan poblada de gente de todas clases, que era preciso abrirse paso en medio de los atornadores víctores con que me recibía aquel entusiasta pueblo. Entrados con dificultad á la sala del Cabildo, por el inmenso gentío que había en él, fuí recibido de pié por todo el Ayuntamiento y después de haberme dado asiento al lado del Presidente, díjome éste á presencia de un inmenso concurso:

—El pueblo pide á V. S. por su jefe para defenderse contra el ejército invasor que se encuentra ya á sus inmediaciones y el Cabildo espera que V. S. aceptará el puesto de su General con que se le honra. — «Muy gustoso me sacrificaré por defender este heróico pueblo y á V. E., le dije; pero advierto que hay en él jefes de mayor graduación y de mejores conocimientos que yo, los cuales se resentirán con justicia, de que se me confie este destino siendo un forastero».

No bien había concluido yo la última expresión, cuando el entonces coronel Dorrego, que se hallaba en la barra, dijo en voz alta:—«Yo seré el primero que tendré mucha honra en servir bajo las órdenes del general La Madrid!»—Si señor, que viva nuestro General contestó todo el concurso, y que viva el coronel Dorrego. El presidente del Cabildo ó todo él junto, me dijo entonces en alta voz:—El pueblo tiene su confianza en V. S. y no en ninguno de los otros, y esta expresión del Cabildo fué confirmada por mil víctores por todos los concurrentes.

—¡Acepto Excelentísimo Señor, el destino con que V. S. y el pueblo me honran; será él libre, ó dejaré de existir! Esta fué mi contestación y salí á tomar disposiciones entre los mas entusiastas vivas de todo aquel inmenso concurso,

El pueblo que momentos antes se mostraba sordo al llamamiento á las armas, á que le convocaba uno de los jefes de su ejército, corrió presuroso y entusiasmado á

tomarlas, así que me vió colocado á su frente. Mi primer paso fué pasar de allí mismo al bajo del río á invitar á los peones carreteros de las Provincias, para la defensa del pueblo, todos responden á mi voz, y dejando sus carretas me siguen al Fuerte en busca de armas, y obtenidas, los mandé con ellas al Hospicio, donde se encontraban dos piquetes del ejército; de Blandengues el uno y de Colorados de las Conchas el otro.

El Comandante de armas, coronel Manuel Vicente Pagola que me había recibido afablemente, y dado las pocas armas que habían en el Fuerte, y monturas para los voluntarios de las Provincias, me dice:—Pida Vd., compañero, cuanto quiera y necesite, en la inteligencia de que cuanto Vd. desee lo obtendrá.

A este tiempo entra un edecán del Excelentísimo Cabildo á llamar á Pagola, y dícame este cediéndome su asiento y presente entre otros muchos *¡Juan Manuel Rozas!!!*—¡Compañero, siéntese y ponga aquí mismo el oficio pidiendo cuanto quiera y necesite para la defensa, que ahora mismo lo obtendrá. Voy á ver que quieren estos hombres y salió con su edecán y sus ayudantes.

Me senté y puse un oficio, pidiendo tabaco, papel, yerba y dos mil pesos plata para socorrer ó gratificar como 160 ó 170 hombres que se me habían presentado de las carretas, y los demás que concurriesen, pues que á los otros sería un insulto el ofrecerles gratificación alguna. Concluido este oficio, se lo entregué al señor Márcos Balcarce, secretario del Gobierno y dejé el asiento, cuando en esto entra el coronel Pagola, acalorado, diciendo:— «¡He ido al Cabildo donde he encontrado una porción de gente reunida que dicen es pueblo! Me ha preguntado el Cabildo si sostendré sus deliberaciones y le he contestado que no!»—y dirigiéndose á mi en seguida me dice:—«Compañero; ya Vd. no puede salir ahora, pues es preciso hacer junta de jefes, saldrá mañana.

Llamó en seguida á sus ayudantes, y mandó citar á los jefes para las tres, de la tarde. Mientras esto ordenaba Pagola, estiraba yo la mano por sobre la me-

sa y alzando por delante del secretario Balcarce el oficio que momentos antes le había entregado, lo guardé diciendo:—«Puesto que no he de salir ahora, lo presentaré mañana»,—y me despedí.

Así que salí del fuerte, marché derecho al Cabildo y encontrando á sus individuos bastante acalorados por lo que acababa de contestarles Pagola, les dije, preguntado que fué por el objeto que me llevaba:—«Acabo de oír al Comandante de armas, en el Fuerte, relatar cuanto ha pasado con V. E. y su negativa á sostener sus deliberaciones: me ha dicho que no podría yo salir hasta mañana, &^a. Vengo solo á decir á V. E. que me retiro á mi casa, renunciando el destino que se me había confiado, porque si lo admití, fué tan solo para sacrificarme en favor de este heróico pueblo, y de ninguna manera para coartar sus derechos, ni ajar á sus autoridades!—No bien concluí de hablar, cuando se levanta todo el Cabildo, y me dice:

—¡No nos abandone Vd. en estas circunstancias, General, á las tropelías que cometerá contra el Cabildo y al pueblo, ese Coronel! Salga Vd. por amor de Dios con toda la gente que pueda á Barracas, ó á la quinta de los Borbon, donde se le reunirán también el general Martín Rodríguez y el coronel Dorrego!

—Cumpliré con la orden y deseos de V. E., les dije, y bajando las escaleras monté á caballo, que me esperaba al frente de los portales, y corrí al Hospicio, proclamando al pueblo á seguirme en busca del enemigo, y sin darme por entendido de lo que había pasado.

Todo el mundo corrió á las armas y montando á caballo, tenderos, pulperos, quinteros y artesanos, fueran al Hospicio en mi busca. Llegado que hube á dicho punto, mandé montar á caballo los dos piquetes de Blandengues y Colorados, y tomar sus aperos al hombro á todos los provincianos que se me habían presentado, y regresé por la calle de las Torres (hoy Rivadavia) con quinientos y más hombres.

Mi objeto al tomar dicha dirección, era el de mos-

trarme por el centro de la Capital y tomar por la calle de San Miguel el camino recto á Barracas, pues era también el único que yo conocía. Por toda esa larga calle se iba engrosando mi columna con hombres de todas clases; así fué que al llegar á la bocacalle de San Miguel, llevaba ya más de mil doscientos hombres; cuando al doblar á mi derecha gritan « á las armas » los centinelas que habían en las azoteas, y corren á ellas los cívicos del 1º y 2º tercio que habían estado ocupándolas bajo las órdenes del coronel Zapiola y, al llegar á la plaza Nueva figurándose que fuéramos de los invasores. Íbanse ya á echar los fusiles á la cara para disparar sobre mi columna, cuando mándola parar, y corro adelante nombrándome. Mandó entonces el coronel Zapiola retirar las armas, y saludándome con su sombrero se ofreció á mis órdenes con todo el batallón. Le dí las gracias y mandé continuar la columna en medio de los más entusiastas vivas.

Cuando llegué á la quinta de los Borbon llevaba ya como dos mil hombres y me salieron al encuentro el general Rodríguez y coronel Dorrego con algunos mas, y diciéndome este último que el Cabildo me ordenaba que volviera con la columna á la plaza, le dije:

—Yo no puedo marchar á la plaza sin prevenir antes á los jefes que vienen en la columna que lo dispone el Cabildo, é instruírles de lo que ha pasado; voy á reunirlos al efecto.

—No haga tal, compañero, mande Vd. contramarchar la columna, me repuso, para hacer respetar el Cabildo.

—Sería exponerse á un bochinche en la plaza si yo marchara á ella sin imponer antes á los jefes, le dije; y mandé á mis ayudantes que llamaran á los coroneles Horoña, de Blandengues; Vilela, de Colorados, y Vega de unas milicias de San Isidro, y pasé á esperarlos al costado de una columna, un poco apartado de ella.

Habiéndoseme presentado, les impuse de todo lo ocurrido antes de mi salida, y de la orden que acababa de recibir para que marchara á la plaza. Los dos primeros

que habían sido amigos del coronel Pagola, se impresionaron al oír mi relación, pero me dijeron los tres en seguida:

—«Aunque nosotros no tenemos el honor de conocer al señor General, conocemos su patriotismo, y no le consideramos capaz de mezclarse en ninguna cosa injusta. Lo que el señor General mande será obedecido por nosotros».—Dándoles entonces las gracias por el honroso concepto que me manifestaban, los mandé ocupar sus puestos y contramarchar con la columna hacia la plaza, y colocándome en su centro con el general Rodriguez y coronel Dorrego.

Al desembocar por la calle de Juan Manuel Rozas á la del Colegio, para dirigirme á la plaza, hubo en ésta su alarma juzgándonos enemigos, pero se tranquilizaron luego que me conocieron. El Cabildo y todas sus galerías estaban llenas de un gentío principal, y al entrar yo á la plaza acompañado también por el doctor Houghan, fui saludado con mil vítores dirigidos exclusivamente á mi persona, á tal extremo que el general Rodriguez incomodado, dijo:

—¿Qué pueblo este de tantos que parece que no hubiera más oficial aquí que La Madrid?—Esto no lo apercibí yo, pero me lo dijo el doctor Houghan al retirarme.

Entrado á la plaza, y después de contestar ó corresponder con mi espada á los saludos del Excelentísimo Cabildo y demás concurrentes, volví la espalda para mandar conversión de á 4 de frente, por la vereda ancha que está á la derecha, habiendo observado al volver, que caían de las galerías varios impresos que se arrojaban á la multitud que ocupaba el centro. Así que la cabeza de la columna hubo circulado la plaza hasta haber ocupado todo el frente del Cabildo, mandé alto é hice dar frente á la izquierda. Seguía entretanto entrando la columna, y viendo que aún faltaba muchísima fuerza, mandé cuadruplicar las filas, ocupando la última hasta las veredas y aún quedó prolongada la cola de la columna hasta la plaza de Monserrat ó poco menos.

Luego que hube dado frente, acercóseme el coronel Manuel Dorrego y alargándome uno de los impresos que vi yo arrojar desde las galerías, me dice:

— «Acabo de ser nombrado en este instante, Gobernador provisorio de la Provincia, por el Excelentísimo Cabildo, como lo verá Vd. por este impreso: es preciso que Vd. me dé á reconocer por tal y que proclame á la tropa y al pueblo invitándolos á la obediencia y al orden».

Poco me faltó para largar la risa al conocer el papel que se me había hecho representar desde que se creyeron salvos por mi nombre, en virtud del entusiasmo del pueblo en mi favor, pero me contuve; y después de impuesto del decreto del Cabildo, que no era tirado por cierto, ni impreso en aquel momento.... tuve que cumplir lo que me ordenaba mi nuevo jefe.

Le hice reconocer por tal Gobernador por mandato del Cabildo y proclamé al pueblo y las tropas recomendando el nuevo gobernante,

Pasada esta ceremonia me ordenó el señor Dorrego que volviese al Hospicio con toda la columna, y que puesto allí entregase todos los quinteros y gente del pueblo que se me habían reunido, al coronel Domingo Saenz, que se me presentaría á tomar el mando de ellas; que los piquetes de Blandengues, Colorados de las Conchas y milicias de San Isidro, dispusiera que pasasen á ocupar con sus Comandantes los puestos que ántes tenían y que yo me quedara á la cabeza de mis voluntarios ocupando el Hospicio. Fué tan singular el descenso que me proporcionó este Gobernador formado á mi sombra, que de General y Jefe de armas del pueblo, nombrado por el Cabildo á pedimento de aquél, vine á quedar de simple comandante de trescientos y picos de carreteros voluntarios de las provincias.

Marché pues á mi destino, riéndome por la calle, sin poderme contener, con mi amigo el doctor Houghan, al ver el ridículo desenlace de esta farsa, pues apareciendo yo como el autor principal de la caída de Pagola, por cuanto todo el mundo conocía que sin mi presencia

no habría reunido el nuevo Gobernador un solo hombre, vino éste á quedar colocado y me rebajó á mí, de General á Comandante de los hombres ya mencionados.

De intento hago esta descripción verídica y que parecerá cansada á todos los que quisieran dejar en olvido estos hechos, pero me he propuesto poner en conocimiento de todos mis compatriotas cuantos servicios he prestado á mi patria, y no creo justo privar al público de esta relación ni del modo con que he sido recompensado, como no lo defraudaré de manifestarle mi falta.

Al siguiente día me llamó el nuevo gobernador Dorrego, con el objeto de hacerme salir á campaña con solo mis voluntarios, y no recuerdo si también los tres piquetes, pues las tropas invasoras habían llegado á Morón. Como el pueblo todo se había desagradado por la conducta de Dorrego conmigo ó mejor dicho del Cabildo, que fué quien lo fraguó ó dispuso todo; no quería ni podía contrariar la voluntad bien pronunciada de todo aquél, que estaba porque saliese yo al encuentro de los enemigos; y fué por esto que el gobernador Dorrego se empeñó en hacerme salir: pero de un modo tal, que me obligó ó á perecer en manos de las fuerzas invasoras, ó retirarme cansado de sus asechanzas, para facilitar la entrada al general Alvear.

Habiéndome presentado esa mañana en el Fuerte á su llamado, dícame el gobernador Dorrego:—«El pueblo está empeñado en que salga Vd. á campaña contra el ejército santafecino, y es preciso que marche Vd. ahora mismo. Como el general Manuel Rodríguez es amigo de Vd. y tiene él gran séquito y conocimiento en la campaña del Sur, que Vd. no conoce, lo he nombrado General en jefe del ejército, y ha marchado anoche al efecto de convocar todas las milicias y aprestar las caballadas necesarias, de modo que así que pase Vd. el puente de Márquez ya encontrará Vd. las caballadas que necesite, reunidas: y encontrará al General, su amigo, en San Vicente, con todas las milicias del Sur reunidas. Marche Vd., pues, y vaya cuanto antes á reunirsele».

Presente estaba Juan Manuel Rozas, á una distancia, en el mismo salón del Fuerte, con varios otros, y en el cual hablábamos. Como conociese yo el objeto que el gobernador Dorrego se proponía, ya por lo ocurrido el día anterior, y ya en fin, por la relación que acababa de hacerme, le contesté:—«Muy bien, señor Gobernador, saldré ahora mismo, pero se me han de dar caballos, pues los que tengo, son tomados del foso del Fuerte, de la caballada cansada que han traído los derrotados del ejército, y voy á parar á una legua ó poco más del ejército enemigo».

—«Ya he dicho á Vd. que va encontrar las caballadas en el patio de las casas en cuanto pase Vd. el puente, pues están dadas ya las órdenes», díjome el Gobernador—«¡Señor Gobernador, las órdenes se dan, pero rara es la vez que se cumplen, en circunstancias como la presente!»—Esta fué mi contestación.

Nadie sabía mejor que Dorrego, con cuanta razón pedía yo los caballos para salir. Los concurrentes en el salón habíanse aproximado á oír nuestro altercado, y deseando él picar mi amor propio ante dicha concurrencia, (el general Ignacio Alvarez Thomás estaba también en ella), para que marchara al precipicio, á pié, me dice:—«¿Dónde quiere Vd. recibirse de la fuerza? ¡Yo se la sacaré á Vd.!»

—«¡Señor Gobernador, díjele exaltado, yo no necesito que V. E. ni nadie me saque la fuerza! Basto yo para salir á la cabeza de ella pero ha de ser montado; de lo contrario puede salir V. E. con ella, ó mandar á quien guste, que yo me retiro!»

Viendo malogrado su objeto, pero sin desistir de él, me dice:—«¿Se contenta Vd. con 150 caballos?»—Por no parecer terco, sin embargo de que conocía su intento, le dije:—«Está muy bien, señor Gobernador, que vengan los caballos».

Llamó á sus ayudantes y designándoles los números de seis cuarteles, les ordenó pública y lijamente que previniesen á sus Alcaldes que á las tres de la tar-

de presentarían 25 caballos cada uno, en la quinta de Santa Lucía sin falta alguna, y apenas hubo concluído de dar estas órdenes, agregó:—«Ya tiene Vd. prontos los caballos, marche Vd.»—Me despedí y dirigiéndome al bajo del río por si encontraba algunos otros provincianos que quisieran seguirme, volví al instante con varios otros que se me presentaron, al Fuerte. Pedí monturas y sables ó lanzas, que se me dió, y marché con ellos a pié hasta Santa Lucía, seguido ó acompañado por Juan Manuel Rozas.

Otra inmensa concurrencia del pueblo llenaba toda la calle de Barracas. Pregunto por los caballos y solo encuentro no recuerdo si 25 poco más ó menos. Conozco, á no dudarlo, que lo que se proponía el Gobernador con aquello, era desesperarme para que me retirara y dejara franca la entrada al enemigo, que estaba ya en el Paso Chíco y era muy calda la tarde. ¡Me acuerdo del entusiasmo con que había sido pedido por el pueblo para que me pusiera á su cabeza para defenderlo, de la prontitud con que denodadamente me había seguido el día anterior, y del modo inicuo con que éste había sido burlado, y me resuelvo á sacrificarme antes que abandonarle á una intriga semejante! Pregunto por el práctico ó prácticos que me había prometido el Gobernador que encontraría allí; y se me contesta que no habia ninguno preparado! Pero diceme en el acto Juan Manuel Rozas:—«No necesita de baqueano, General, yo basto para conducirle y soy mejor que cuantos puedan darle».—Habíale yo tomado afición á este joven al verle tan diligente y resuelto, varias veces á mi lado, desde el día en que fui nombrado».

En efecto, amigo mío, le dije, mucha mas confianza me inspira Vd. que el mismo Gobernador, pero es ya tarde y debemos apurarnos: no quiero dejar á estos mis valientes paisanos que me siguen á pié desde el bajo, abandonando sus carretas. «Y es preciso alcanzarles», me dijo él, anticipándoseme á tomar uno en sus ancas, y dió un grito á los suyos. Había alzado yo ya, otro, y

habiéndose presentado al instante varios peones suyos, igualmente que varios vecinos, se levantaron en ancas á todos los soldados de á pié. Partí al instante ardiendo en cólera y proclamando á mis 500 bravos que me seguían por entre aquel numeroso concurso.

Una agrupación de pueblo llenaba la calle de Barracas; todo él me victoreaba igualmente que al puñado de valientes que me acompañaban. ¡Cuántos de entre vosotros, decía yo en mi mente, servirá de espía y habrá ya anunciado al enemigo el estado y fuerza con que voy! Me propuse desde aquel instante, burlar á los espías, igualmente que al ejército enemigo.—¡En esta noche misma habrá desaparecido ese numeroso fantasma de despreciables montoneros!—Iba yo diciendo á voces á los que me acompañaban.

Habiase puesto ya el sol cuando acabamos de pasar el puente; y mientras que al patriota y activo Juan Manuel Rozas, le había encargado de proporcionarme caballos al instante, para los hombres de á pié, á quienes sus compañeros les cargaban por delante sus monturas. ¡Espíaba yo al momento en que á la vista de todos debía moverme sobre el ejército enemigo que estaba tan inmediato, y disponiéndome tal vez la manera con que debía tomarme con todos los míos!

Preséntame el diligente Rozas los caballos que necesitaba, se ensillan y casi ya al oscurecer mando que me guíe al campo enemigo, y marchó con mi columna dejando á todos en expectación.

Con el ejército enemigo y al lado del general Carlos Alvear, habían varios oficiales de los del ejército auxiliar del Perú, que me conocían, y aun muchos jefes también de los que habían servido bajo mis órdenes en la expedición del año 1817. Uno de estos era aquel valiente oficial español Carlos Gonzales, que me ocasionó la sorpresa en el cerro ó cuesta de las Carretas, donde perdí el sable que me había dado el valiente libertador de Chile y Perú, San Martín. Todos estos debían contribuir poderosamente y sin pensarlo á

favorecer mi pensamiento, como sucedió en efecto. Habiéndoles dicho todos ellos á los Generales (y muy particularmente Gonzalez y Alvear) que era preciso estar en la mayor vigilancia, y no dormirse fiados en mi poca fuerza, pues que era yo tan arrojado que me habían visto atropellar con 50 hombres á todo el ejército español.

A poco andar cerró la noche y dijele al joven Rozas que tomara la dirección á San Vicente ó Cañuelas, pues no recuerdo á cual de los dos puntos; variamos al instante á la izquierda y caminamos silenciosamente por esos bañados sin permitir que nadie fumara, pero dejando hombres en observación del enemigo, de los mismos que me proporcionó el comandante Rozas.

Llegamos por fin á una estancia ó casa de campo donde me dijo el practico y diligente Rozas, que podíamos parar ya sin riesgo, y serían ya como las dos de la mañana; despacho al instante algunos hombres á la campaña y mientras dispuse que se aprestara la carne necesaria nos pasamos tomando mate. Al aclarar el día me condujo á casa de un Capitán de milicias Castro, que pertenecía á su cuerpo, y en la cual encontramos á mi General en jefe Martín Rodriguez con algunos pocos hombres, que no pasaban por cierto de 25. Dispuso el General, inmediatamente que se carneara para que comiese la tropa, y mientras esta diligencia se practicaba empezaron á llegar partidas de milicianos, y vecinos sueltos de la campaña por todas partes: los cuales conforme iban llegando preguntaban por el general La Madrid y se me presentaban. Yo los recibía muy afablemente y les indicaba al señor general Rodriguez diciéndoles:—«El señor es el General, y es á él que deben ustedes presentarse».—Lo cierto es que así sucedió con la mayor parte de las milicias que se nos presentaron, bien fuese porque hubiese llegado á su noticia el primer nombramiento de General hecho por el Cabildo á pedimiento del pueblo, en mi persona, ó bien porque el mismo comandante Rozas lo hubiese así prevenido, pues

que le había chocado tanto así el nombramiento y el modo con que se recibió Dorrego, como la conducta que había observado éste para conmigo, desde el momento en que se recibió del mando.

Habiendo comido la tropa, pasamos al monte Chingolo, después de haber sido yo impuesto por los hombres que había dejado el comandante Rozás, en observación del enemigo, de haberse movido del campo al amanecer, una gruesa columna de caballería hacia el puente de Barracas, y que al poco tiempo de haber regresado se movió todo el ejército en nuestra dirección.

Caída ya la tarde, se nos habían reunido muy cerca de mil hombres; y habíamos recibido también varios partes de diferentes partidas de vecinos y milicianos que hostilizaban al ejército enemigo, en todas direcciones habían dejado los enemigos al coronel Vidal con todo su cuerpo de negros en el pueblo de Morón. Con este conocimiento concebí el proyecto de dejar burlados por segunda vez á los Generales enemigos, y quitarles nuestro cuerpo de morenos que mandaba el coronel Vidal; dueño yo del cual, me consideraba seguro de acabar con todo su ejército y salvar al pueblo que me había encomendado su defensa sin conocerme, pues siendo yo visto por dicho cuerpo no dudaba que lo conseguiría. Propuse este pensamiento al general Rodríguez y él me dejó la libertad de obrar como me pareciera.

Mandé hacer algún acopio de leña sacando postes de algunos corrales y que se distribuyesen de modo que pudieran ser aumentados los fogones de nuestro Cuerpo, así que anocheciera, pues los enemigos se habían aproximado esa tarde. Cerrada ya la noche, mandé encender todos los fogones, y dejando unas partidas de milicianos á cargo de unos oficiales ó vecinos que me proporcionó el comandante Juan Manuel Rozas, para que cuidaran de avivar los fuegos al mismo tiempo que observasen al enemigo, me puse en marcha con toda la fuerza para el puente de Barracas, tomando el camino de la costa.

Habiendo acabado de pasar dicho puente sin ser apercibido por el ejército enemigo á las 11 de la noche, dícame el general Rodriguez:—«Bien conoce Vd. amigo La Madrid, que Dorrego es un loco, y que podría embromarnos si salimos mal de la empresa que Vd. se propone sin haberle consultado; y para evitarlo será mejor que yo mismo pase á imponerlo del propósito de Vd. y obtener su consentimiento. Mande, pues, desmontar la tropa mientras paso corriendo al pueblo; si él aprueba el pensamiento de Vd. vuelvo al momento para que marchemos, y si no lo aprueba, estaré con Vd. al amanecer»—«¡Pues no es Vd. el General! le dije ¿Qué necesidad tiene de consultarlo?»—«No, es mejor ponernos á cubierto de los cargos que podría hacernos», me dijo y se marchó!

Mandé echar pié á tierra á la tropa, bastante impacientado al verme así coartado por un jefe sin resolución, y quedé cierto de que Dorrego no consentiría que llevase á cabo mi empresa.

Había pasado ya mas de una hora larga, cuando se me presenta un ordenanza del general Rodriguez, con una esquela en que me decía:— «He demorado, este aviso, porque me encontré con que Dorrego había marchado temprano con una columna de los cuerpos cívicos, en busca de los cazadores, á Moron. Felizmente acababa de regresar desde el monte de Castro: le he manifestado su pensamiento y se ha incomodado; previniéndome últimamente que diga á Vd. que no se mueva de Barracas; que mande Vd. al comandante Vilela, con sus Colorados á las inmediaciones de Moron, para solo proteger la deserción de los cazadores, pues están todos con él, y que Vd. permanezca en Barracas con su fuerza.— Se lo prevengo á Vd. para que así lo disponga,—mañana nos veremos».

Lleno de indignación al leer semejante mandato de Dorrego, mandé montar á caballo toda la fuerza y me puse en marcha (resuelto á responder con mi vida si no lograba mi intento) para Moron, por entre las quintas.

Al salir al camino muy cerca ya de San José de Flores, me encontré con dos enviados negros de los soldados pertenecientes al batallón que había quedado en el pueblo; los cuales regresaban de las orillas del pueblo de Moron, sin haber podido entregar las comunicaciones con que los había mandado el mismo gobernador Dorrego, para algunos oficiales y sargentos del Cuerpo, invitándolos para que se sublevaran con el Cuerpo y se pasaran á él; de cuya relación fui instruido por los mismos conductores, pues habían sido impuestos por el mismo Dorrego, del contenido de dichas cartas. Los mandé que pasaran á dar cuenta de su misión al Gobernador, con las cartas y seguí adelante.

En la cruzada por entre las quintas, se me había quedado mucha parte de la fuerza de milicias que se me había reunido, pues fui á amanecer á la vista de Moron, en las orillas del pueblo, con poco más de quinientos hombres.

Inmediatamente que avistaron mi fuerza, salió el mayor del cuerpo Ramón Rodríguez con bandera de parlamento, mandado por su coronel Vidal á saber qué fuerza era la que se presentaba.

— «Regrese Vd. ahora mismo,—díjeme á Rodríguez,—y diga á su coronel que salga en el momento con su Cuerpo, pues vengo al solo objeto de libertarlos». Vuelto el Mayor, sale el coronel Vidal sólo á verme, con su lente en la mano, y me dice:

— «¿Cómo te has atrevido muchacho á venir con tan poca fuerza?»

— «No perdamos tiempo Coronel. Salga en el acto con toda su fuerza,—le dije, pues dejo al coronel Saenz apostado con 500 caballos sobre el Paso Chico en observación del ejército enemigo, que lo dejo burlado en el Monte Chingolo; y todos los Cuerpos cívicos los dejo escalonados desde el Molino á San José de Flores (1). Se volvió corriendo á Morón en busca del Cuerpo, pero regresa sobre la marcha, y me dice:

[1] Todo esto era cuento para animarlo.

—«Queda ya dada la orden al mayor Rodríguez para que salga con el batallón,—dame un hombre que me acompañe al pueblo que quiero irme por delante».

—«Tome Vd. dos», le dije, y marchó con ellos á Buenos Aires.

El Mayor demora y mándole apurar con uno de mis ayudantes para que saliese al instante.—Que está alisando unas carretas para traer todos los útiles del rancho y lo que pertenece al cuerpo,—me manda decir.

—Corra Vd. y diga á ese Mayor que todo hay de sobra en Buenos Aires, que abandone todos los útiles y salga cuanto antes con la tropa,—dígoles al ayudante Juan Antonio Llorente. Vuelve éste de comunicar dicha orden, y siento el toque de llamada con toda la banda de cornetas, que manda echar el Mayor, asomando ya el sol. Fué tal la impaciencia que esto me causó, que grité á la división:—Á caballo, y dije al teniente coronel Gerónimo Helguera, que iba también de ayudante mio:

—«Corra Vd. y diga al mayor Rodríguez, en presencia de su tropa, que calle en el acto su banda, y que si no sale al instante con su Cuerpo, voy yo á quitárselo á cuchilladas,»—y me puse en marcha. Helguera cumplió la orden dándosela á voces en la plaza, en presencia del Cuerpo que estaba formado, y en circunstancias llegó á darla, que el Mayor hablaba precisamente á la tropa, pues le alcanzó á percibir estas palabras (al tiempo que llegaba):—Vamos, qué dicen, contesten ustedes.

Intimidada así mi orden y viendo á mi división en marcha sobre el pueblo, no hubo mas remedio que cumplirla. Salió con todo el batallón, y puesto yo al frente de él, proclamé á los soldados recordándoles cuánto me había expuesto por ellos en *Sipe-Sipe*, y cuán dispuesto estaba á sacrificarme para vengar la injuria con que habían sido aprisionados. Con mil vivas fui saludado por todo el batallón, y le mandé romper en columna por mitades de compañía, para Buenos Aires, á paso redoblado y toque de música, pues no me cuidada de que se me

apareciera el ejército montonero, puesto yo á la cabeza de aquel Cuerpo.

Al instante que me ví dueño del cuerpo, mandé corriendo á mi ayudante Pedro Rico, á decir al Gobernador que iba en marcha con todo el batallón de Cazadores; que juzgaba prudente hiciera salir los Cuerpos cívicos más allá del Molino de viento, y me mandara encontrar con el cuerpo de Quinteros del coronel Saenz, pues podía muy bien ser atacado en el camino Rico entró publicando á voces por todas las calles y dándome vivas,— que había sacado yo el batallón de Cazadores é iba en marcha con él; así entró, hasta el Fuerte, donde al presentarse, el Gobernador Dorrego le dijo, incomodado:

—Miente Vd., so botarate, calle la boca!—Rico afirmó que era cierto, y Dorrego lo despidió indignado. A presencia de todos me repitió Rico cuanto he relacionado, así que se me incorporó.

El Gobernador salió con su Estado Mayor y el secretario Márcos Balcarce; mandó apostar los Cuerpos cívicos desde la plaza hasta el Molino de viento y despachó al coronel Domingo Saenz á mi encuentro con solo 50 hombres, pero presumo que esto último lo hizo desde San José de Flores, porque Saenz me encontró cuando estaba yo á seis cuadras de la calle principal de dicho pueblo. Entrado ya á la calle principal y muy cerca de la Iglesia, me indicó al Gobernador en un grupo que estaba parado media cuadra adelante.

Mandé hacer alto á la columna, que descansara las armas y pasé á saludar á S. E. Este sin contestar siquiera á mi saludo, tendió su brazo á la izquierda y me dijo: «¡Todo el sur se está batiendo; los paisanos solos están haciendo la guerra al enemigo! ¿Tiene Vd. el parte Balcarce?» dijo á su secretario.—«Sí, señor», contestó éste y sacando un parte de *viejas* lo leyó en voz alta y no pude menos que sonreírme al oírlo. El parte era de Pedro, el cual decía al Gobierno que según el parte de Juan, Antonio, se estaba batiendo con los enemigos.

Díjome enseguida. «Vaya Vd. y prevenga á su colum-

na el orden en que hemos de hacer la entrada. Entrará Vd. á la cabeza de los Cazadores á mi lado, tras de los Cazadores han de seguir los Cuerpos cívicos que están tendidos desde el molino de viento y tras de los cívicos seguirá la caballería de Vd.

Un crecido número de comerciantes y vecinos de la Capital me esperaban con impaciencia y apenas me separé del Gobernador para ir á comunicar á mi columna lo que me ordenaba el Gobierno, cuando corrieron á mi dandome mil vivas y abrazarme. El Gobernador se desagradó de este incidente, pues, aunque me desprendí al instante de los antedichos y pasé á mi división, no había acabado de comunicarle el orden de la marcha cuando fuí llamado por Dorrego á renovarme la orden. — «Los Cazadores, me dijo, entrarán á la cabeza de la columna y yo con el estado mayor á su frente, seguirán los cuerpos cívicos y detrás de todos los cívicos entrará Vd. á la cabeza de sus voluntarios y demás fuerzas».

¡Lástima me inspiró este hombre por otras partes recomendable—! «Será cumplida la orden de S. E.», —le dije y me retiré, mandé que siguieran los Cazadores y quedé yo á retaguardia con mi caballería, pero acompañado de varios vecinos y señores del comercio.

Las calles estaban cubiertas de un inmenso gentío, el cual era tanto que nos costaba trabajo para andar por la marcha de flanco por el medio de la calle. Todos preguntaban cua! era el general La Madrid, así que asomaba la cabeza de la columna de Cazadores para conocerme y el Gobernador sufría mortificado estas preguntas, y pasaba en silencio; pero para mayor mortificación suya no dejaba de apereibir los prolongados vítores con que yo era saludado á la cola de la columna.

He juzgado necesaria esta minuciosa, pero verídica relación para que el público conozca las ridículas faltas que han cometido algunos de nuestros mandatarios, y con cuanta injusticia un hombre que ha hecho infinitamente mas que los mas de ellos, he sido y olvidado, nada mas que por emulación.

Llegados al pueblo pasé á acamparme con mi caballería á la quinta de los Borbon, sin que el Gobernador me hubiese pedido conocimiento alguno del modo como había traído los Cazadores, pero al día siguiente muy temprano nos mandó una porción de ejemplares del boletín que había publicado, en el cual decía que los coroneles La Madrid y Saenz habían protegido la fuga del batallón. Todos los jefes y oficiales que se hallaban conmigo se indignaban al leerlo, despedazando los boletines. El capitán Juan Antonio Llorente que hacía de mi ayudante, había ido al pueblo y leyendo el boletín en uno de los cafés dijo públicamente que era mentira cuanto decía el boletín y refirió el hecho como realmente fué; pero le costó una prision el haberse expresado así.

Después de recibido el boletín y desagradado de su conducta pasé al pueblo y al salvar una zanja que estaba llena de agua pisó mal mi caballo y cayó apretandomé un pié: quedé bastante dolorido, y al llegar á mi casa me metí á la cama por haberseme hinchado el pié.

Los generales Lopez, Alvear y Carrera, habían abandonado en la madrugada del día anterior mi campamento en el monte Chingolo, haciendo descargas con su infantería mientras yo les quitaba los Cazadores de Morón; pero así que se encontraron burlados, habían retrocedido sobre Morón y encontrándose sin los Cazadores, emprendieron su retirada.

El gobernador Dorrego, á virtud de la retirada del enemigo, había ordenado al general Martín Rodriguez salir con toda la fuerza en su persecución, mientras tanto yo era visitado estando en cama por muchos comerciantes y vecinos del pueblo, siendo uno de tantos Ambrosio Lézica, uno de los primeros capitalistas de Buenos Aires, los cuales indignados por el hecho de Dorrego, juzgando que mi estadía en cama era un pretexto, me aconsejaban todos me hiciera el enfermo y no saliera á campaña.

—«Hágase Vd. de rogar y no salga, que por fuerza lo han de hacer á Vd. lo que Vd. quiera, pues lo nece-

sitan y sin Vd. nadie hace nada.—Adviertase que cuando esto me decían, era ya á consecuencia de haber venido uno de mis ayudantes á decirme que habiendo mandado orden el general Rodriguez para que se pusiera en marcha la división que ya la alcanzaría él, habían contestado todos que no marchaba ninguno si no salia yo con ellos.

Sabiendo esto el General, como sabia tambien que yo estaba con el pié medio dislocado, habia repetido la orden para que marchara en el acto la división é ido él mismo; el resultado fué que la división se mantuvo fuerte en no salir si yo no me ponía á su cabeza, y la tropa ya alborotada se disponía á marcharse para sus casas, cuando corre á mi casa un cabo Ortuño, oriental, ordenanza que habia yo llevado de Tucumán, á decirme el estado de la división, agregándome:—Si no vá, mi Coronel, en el momento toda la división se vá, pues quedan ya ensillados seis caballos; esta es, señor, la razón porque he corrido á avisarle.

En el acto mandé ensillar mi caballo y sin embargo de las instancias que se me hacían por los concurrentes para que no fuera, marché al momento, se apaciguó la tropa y me puse en marcha con la fuerza. El general Rodriguez salió también y tomó el mando. El comandante ~~Juan Manuel Rozas~~ se me incorporó con su cuerpo de *Colorados*, que alcanzaba á 400 hombres y marchó desde entonces siempre reunido con mis voluntarios de las provincias, que les llamaban los Celestes porque sus camisetas y chiripás eran de dicho color.

Se nos reunieron varios otros cuerpos de milicias y llevábamos ya mas de 2.500 hombres en persecución del gobernador López, pero conservando el mayor orden así en las marchas como en el campamento, sin permitir que hombre alguno se nos separase, ni causara la menor molestia al vecindario, pues este era mi principal cuidado. Para que comiera la tropa, mandaba pedir á los hacendados solo las reses absolutamente necesarias, pues era yo el 2º Jefe del ejército.

Habíamos llegado al monte del Durazno, me parece, ó estaban allí los enemigos y nosotros á su inmediación, cuando se nos aparece el gobernador Dorrego á la cabeza de uno de los batallones cívicos, me parece también que los Cazadores y unas piezas de artillería, y toma el mando del ejército como Gobernador.

Llegar el Gobernador y desaparecer del ejército hasta la mas pequeña sombra de orden, fué una misma cosa. Los Cuerpos nuestros que hasta allí habían consumido seis ú ocho reses, fué preciso tolerar después que carneasen mucho mas que el duplo á excepción de mi división, contándose en ella la del comandante Rozas que no tomaba sino la carne precisa y con solo la diferencia de haberles aumentado un par de reses ó tres para ambas divisiones, y esto solo en fuerza del escandaloso número de reses que carneaban los demás Cuerpos.

Agréguese á esto que desde el día en que el Gobernador tomó el mando, no contábamos en las marchas con la tercera parte del ejército; pero incluyéndose en este número mi división de *Colorados* y *Celestes* intacta, pues era la única de donde no se separaba un solo hombre en la marcha, ni en los campamentos.

Lo había yo dicho al comandante Rozas, así que llegó Dorrego y estableció el desorden:— «Mi amigo, es preciso que nos esmeremos ambos en conservar siempre el mejor orden, y no permitir que se nos separe hombre alguno de la columna, ni del campo, pues si al enemigo se le ocurre dar vuelta sobre nosotros, no debemos contar con otra fuerza que la nuestra para resistirlo, pues ya Vd. ve como se desgranán y desbandan los soldados así que ven un avestruz, llevándose por delante al Gobernador y sin que les diga una palabra».

Pero no era esto solo. El día de su incorporación, dividió el ejército en tres divisiones. La derecha, á las órdenes del coronel Manuel Escalada y compuesta como de 700 hombres de caballería. La izquierda, que la componían como 450 *colorados*, del comandante Juan Manuel Rozas y como 340 de mis voluntarios; la mandaba yo; el

centro lo mandaba el general Martín Rodríguez y tendría igual fuerza que la derecha. La reserva no recuerdo quien la mandaba. Así que se designaron las divisiones, pedi permiso para marchar, ya al anochecer sobre el enemigo, que estaba, creo, en el Monte del Durazno, y sorprenderle; no se me permitió, diciendo que marcharíamos con todo el ejército así que descansara la infantería, y no marchamos hasta el siguiente día al amanecer, y cuando el enemigo no había marchado ya. Así que se movió la columna y hubo aclarado, principiaron á desgranarse los soldados de la derecha que iba á la cabeza, y del centro, por derecha é izquierda y á escape como si fuesen corriendo el pato (diversión que acostumbraban nuestros paisanos del campo corriendo á toda furia) y sin que el Gobernador que los observaba hiciera otra cosa que festejarlo.

Así fué que á la hora ó poco más de marcha, no iba en la columna la tercera parte de la fuerza. Llegamos así á la parada sin que se nos hubiesen reunido, pero habiendo antes pedido á las divisiones un oficial con una partida para que se adelantara con un ayudante del Gobernador á esperar con las reses carneadas; de modo que cuando llegamos encontramos reses muertas como para triple número de fuerzas.

Al poco rato de estar ya acampados, empezaron á caer las caravanas que se habían desprendido temprano de la columna, pero cada soldado cargado de patos, pavos, gallinas; el uno con una lengua de buey ó de vaca á los tientos, el otro con un sobrecostillar con cuero, aquél con una picana, etc., etc., etc. Así siguieron llegando hasta las ocho de la noche.

Al siguiente día levantamos el campo y nos pusimos en marcha quedando en el campamento carne como para otro ejército como el nuestro, y conforme abanzábamos, íbamos descubriendo por derecha é izquierda, aquí una vaca que solo le faltaba la lengua, allí un buey que la picana, más allá una ternera que le faltaba solo la entrepierna, al otro lado un novillo que después de

muerto, le habían dado solo un tajo en el pecho, y no estando bien gordo le abandonaron. Y no se crea que esto es exageración, es la pura verdad; todo el mundo lo vió, y muchos como yo se escandalizaron! Baste decir que la campaña de Buenos Aires no había presenciado nunca un destrozo semejante ni por los mismos santafecinos que eran abonados para eso de destruir al pueblo que invadían. Si estos hechos son chocantes á todo hombre sensato practicados aún contra sus propios enemigos, con cuanta más razón me chocaría á mí viéndolos practicar entre los mismos nuestros, y atropellando hasta lo que los mismos enemigos á quienes perseguíamos habían respetado!!!

Llegamos á la Villa de Luján y nos acampamos después de pasado el pueblo y el puente, sería la una de la tarde ó poco menos; los enemigos estaban detenidos por el río de Areco que estaba en extremo crecido por la abundante lluvia del día y la noche anteriores, sin que hubiese yo podido conseguir del gobernador Dorrego, ni que continuásemos á batirlos antes con mucho de que se pusiera el sol, pues era corta la distancia, no menos que me permitiera ir yo solo con mi división, pues creía poderlo hacer.

Estábamos tendidos sobre el pasto y con los caballos de la rienda, á la sombra de unos álamos, á inmediaciones del camino, y á retaguardia del campo, los jefes siguientes:

El señor gobernador Dorrego, el general Rodriguez, coronel Escalada, creo también que el coronel Pacheco, el comandante Juan Manuel Rozas y yo; cuando pasan por delante de nosotros, como á dos ó tres varas de distancia, dos ó tres soldados de la escolta del señor gobernador Dorrego, tan cargados de pavos, patos y gallinas á las ancas de sus caballos, que venían cubiertos dichos hombres hasta mas arriba de la cintura. Díceles Dorrego al pasar (haciendo con su mano la indicación de que eran robadas las aves)—«las habrán comprado. ¿Cuánto les han costado á Vds?»

— «Sí, mi General, nos han costado cinco», —le contestaron, repitiendo la misma acción del Gobernador y en el mismo tono festivo en que él les hizo la pregunta, y pasaron.

Fué tal la impaciencia que este hecho escandaloso me causó, que sin poder contenerme, le dije:— «Señor Gobernador, este es un escándalo que debería contenerse, pues estoy cierto de que los montoneros á que vamos persiguiendo, no hacen otro tanto!» — Lo corté con semejante dicho, y poniéndose serio, me dice:— «¡Eso está cortado en el momento, todo está en que los Jefes se aten los calzones!» — «¡Habría querido decir el señor Gobernador que nos atemos!, —le repuse.— Yo estoy cierto de ese número, porque los tengo bien puestos, y también el comandante Rozas, porque en nuestra división no se comen aves, cuando nos son compradas ó regaladas por sus dueños». Lo dejé frío á presencia de todos.— «Es realmente una vergüenza», dijo el general Rodriguez y no recuerdo que otro, y mucho más desde que van botando la carne como lo vemos, pero no pasó de aquí sino á mayores progresos el mal que yo deseaba evitar, y que lo había evitado sin violencia desde que salí por primera vez, y sin otro trabajo que el del consejo y la persuasión.

— «Señor Gobernador, díjele por último, aquí venimos, según parece, no solo justificando á los santafecinos y su jefe, sino escoltándolos para que marchen con toda la comodidad y calma que quieran; pues el río los ataja y nosotros nos paramos á comer pavos! Yo no he prestado mis servicios al pueblo para descamisar á sus hijos, sino para defenderlos, libertándolos de sus invasores; si no hemos de atacarlos, yo me retiro, porque para desacreditarme, el tiempo es largo».

— «No señor, no ha de marcharse el señor Coronel, es preciso que nos acompañe; en cuanto se reuna el ejército marchamos» —me dijo, y montó á caballo, marchándose poco satisfecho. El comandante Juan Manuel Rozas, díjome entonces:

—«¡Bien haya! La carga que le ha dado, mi *General*, es la mejor que ha dado en su vida».

Adviértase que Rozas me llamaba General (1) y Dorrego, Coronel; ese mismo que el día de mi nombramiento, en vista solo del entusiasmo popular á mi favor, dijo en la barra que *sería el primero que tendría mucho honor en mandar una guerrilla bajo las órdenes del general La Madrid*. Pensaba tal vez desde ese mismo instante, y á la sombra de ese mismo entusiasmo sobreponerse al siguiente día y anularme cuando no me sacrificara.

Marchamos al anochecer cuando ya los enemigos se habían puesto en salvo, y continuamos en el mismo orden hasta el río de Arrecifes. En este punto tuvimos noticias de haber quedado la división de chilenos del general Carrera, con su jefe á la cabeza, en San Pedro, distante pocas leguas de nuestro ejército.

Como hubiese yo notado ya, que el Gobernador no había salido á ponerse á la cabeza del ejército con otro objeto que evitar que batiéramos al general Alvear y Carrera, quise comprometerle á presencia de los demás Jefes en esa misma tarde y le propuse á presencia de todos que iría con mi división á sorprender en esa noche á dicha fuerza pues era suficiente la mía para el efecto. El gobernador Dorrego se denegó so pretexto de que no había necesidad de exponernos, pudiendo marchar con todo el ejército. Dió, en efecto, la orden para que se tomasen los caballos de reserva para marchar en esa noche así que oscureciera; pero la pasamos toda ella con

[1]. No se crea que cito aquí este dicho de Rosas por alusión á lo que él podía valer con el tiempo. Nò. Lo cito solamente y lo expreso ahora de intento, porque pertenecía él al mal pueblo que me había proclamado y me hubo nombrado por su General en Jefe, por su única y legítima autoridad; y la cual no había ordenado mi cese; pues fué este el sentido de Rosas, entonces. Y lo cito últimamente para hacer notar que son muchos los que hoy conservan títulos que se dieron á sí mismo, ó hicieron dar por unos pocos de sus parciales; y yo con mejor y mas legal título que todos ellos—¡permanezco olvidado por los hijos de ese mismo Pueblo! Y por el mismo que así se expresaba!

los caballos ensillados y no nos movimos hasta el siguiente día y Carrera se había marchado ya.

Llegamos por fin á San Nicolás y encontramos allí de sorpresa á la división de Chilotes del general Carrera, pues López con Alvear y el mismo Carrera habían pasado á Pavón con el resto de la fuerza. Nos avistamos á San Nicolás en tres columnas paralelas. El gobernador Dorrego nos mandó hacer alto y tomando su escolta y una ó dos partidas de guerrillas de la división del coronel Escalada, adelántase á jugar guerrillando á los enemigos que habian salido al frente.

Mientras esto sucedía observé yo que se iban saliendo de disparada algunos hombres del pueblo por la parte del norte, y para evitarlo corrí allá con mi columna y desplegando al frente por la izquierda sobre el pueblo, les cerré la salida y cargué en divisiones sobre la plaza. Había llegado ya á media cuadra de ésta, quitándoles un cañón que tenían á la entrada en la plaza y puesto á cubierto de los fuegos que me hacían desde una azotea que estaba en la misma esquina, cuando se me presenta á escape un edecán ó ayudante del Gobernador, intimándome que no diese un paso adelante y parase donde recibiese aquella orden hasta esperar otra nueva; que me hacia responsable en caso que siguiese.

Tuve por precisión que obedecer; dijele al ayudante:—«Ya vé Vd. la posición que ocupo, les he quitado el cañón que tenían á mi frente á media cuadra de la plaza, las tropas que tienen en esta azotea no pueden ya dañarme porque estoy á los piés de ella; la plaza está ya en mi poder, pues no tengo mas que dar un salto á la puerta y está rendida la fuerza de esta azotea, que es la que la defiende, así digaselo Vd. al señor Gobernador».

Regresó el ayudante corriendo á donde estaban las dos columnas nuestras, paradas; y asi que le impuso al Gobernador de la posición que yo ocupaba, le ví marchar hácia la plaza por el sur de ésta, con la columna de la derecha y en el momento que yo conocí el objeto de mi deten-

ción, para ser él el primero que entrara cuando yo lo tenía ya todo allanado, me precipité á la plaza y rendí la fuerza toda que ocupaba la azotea. A ese tiempo las fuerzas de la columna de Dorrego, desde un balcon de la opuesta esquina, al sur de la plaza, hacían fuego á los enemigos que se me habían ya rendido. Atravesé la plaza de carrera y mandé que cesaran el fuego, pues estaban ya rendida la fuerza, y gritándome Dorrego:— «¡Aquí estoy yo, retírese Vd.»—Obedecí y regresé á bajar los prisioneros que habían ya tirado las armas.

Bajar los prisioneros y empezar el resto de nuestro ejército á descerrajar balazos á todas las puertas y empezar el mas horroroso saqueo, fué todo uno. En el momento que lo advertí, díjeme al comandante Juan Manuel Rozas:—«Vámonos fuera con toda la división y los prisioneros, que esto no se puede sufrir. ¡El Gobernador está presente y autoriza este acto bárbaro que no lo consentiría yo en un pueblo enemigo! Lopez con toda su fuerza está inmediato y puede muy bien caer sobre el pueblo y despedazarnos. ¡Seríamos nosotros solos los que lo resistiríamos y quedaremos libres con nuestra división, de esta horrible mancha!»—Y salimos con toda la fuerza y nos mantuvimos formados en el campo á muchas cuerdas fuera del pueblo.

Los balazos á las puertas y el mas espantoso saqueo siguieron hasta media tarde que sería cuando entramos, sin embargo de haberle mandado yo decir al Gobernador que me mantenía formado afuera con toda mi fuerza, que si él me permitía entraría con toda ella á contener el desorden y hechar fuera á nuestras tropas, que advirtiera que el enemigo podía cargarnos y despedazarnos en aquel desorden.

Caída ya la tarde salió el Gobernador con los hombres que quisieron seguirle y con todos los jefes, y me mandó orden de retirarme al monte del Tala, que está como poco más de media legua al sur del pueblo, que era el lugar á que él se dirigía

Llegamos allí el comandante Rozas y yo, con toda

nuestra fuerza y los prisioneros, sin que uno de nuestros soldados hubiese tomado un solo pañuelo, y era el campo una tienda revuelta de efectos y bebidas de todas clases. Hasta cerrar la noche estuvieron llegando grupos de hombres cargados cada uno de inmensa cantidad de efectos; llena la clin y colas de sus caballos, de ricos encajes y cintas de todas clases, y con cuarterolas y barriles de bebidas á la cincha de sus caballos.

Le dije al Gobernador, que era aquel el mayor escándalo que habia visto en mi vida y que era preciso recojer cuantos efectos habia en el campo para devolverlos:—«¿Y como va Vd. á quitar á todo el ejército lo que ha robado cuando no hay uno que haya dejado de hacerlo?» me contestó.—«Se equivoca señor Gobernador, le dije:—Ni en mis voluntarios ni en toda la fuerza del comandante Rozas encontrará un hombre que haya tomado un pañuelo. Autorizeme el señor Gobernador y verá si recojo cuanto han robado».—«Eso es imposible»,—fué su contestación.

Los prisioneros que yo tomé, asi como los demás que tomaron otros, y entre todos los cuales habia un crecido número de jefes y oficiales de Buenos Aires, de los que estaban con el general Alvear ó se le habian pasado; los habia mandado el Gobernador al anochecer, con el comandante Irasosqui del cuerpo del comandante Rozas, para Buenos Aires. Al siguiente dia asi que amanecié, le dije al Gobernador:—«Yo me retiro ya del ejército, pues no puedo por mas tiempo presenciar este desorden. Yo no pertenesco al ejército; me presenté solo al reclamo del pueblo y del Cabildo, para defenderle; y no para saquear á los mismos nuestros».—«No puede Vd. retirarse, me dijo: es preciso que nos acompañe para marchar contra los santafecinos».—Me resistí tenazmente, y negándose él á permitírmelo, le dije que estaba enfermo y que no daría un paso adelante. Conociendo él entonces mi resolución mandó estenderme el pasaporte y me ordenó que me encargara de la conducción de los prisioneros que llevaba Irasosqui.

Marché al momento dejando la división de voluntarios y habiendo alcanzado en San Pedro á los prisioneros, acampados en el convento y mezclados los jefes y los oficiales con la tropa, en un inmundo calabozo ó sótano; mandé inmediatamente asear el refectorio, que era la mejor pieza del convento y dispuse que pasaran á ella al instante todos los jefes y oficiales. Se hallaban entre los primeros el general Nicolás de Vedia, el coronel Gregorio Perdriel y no recuerdo que otros.

Habían llegado hasta dicho punto, malísimamente tratados por el comandante Irasosqui, así fué que al experimentar aquel instantáneo cambio de alojamiento en el momento de mi llegada y las consideraciones que se les dispensaron, tuvieron todos ellos un bueu rato, pues se habían figurado que iba yo con el encargo de hacerlos fusilar á todos, pero así que yo lo supe pasé á visitarlos y los tranquilicé á todos. La acción de *San Nicolás* fué el 2 de Agosto.

Al siguiente día marché con todos ellos y con la misma escolta, pero separados los jefes y oficiales y dispensándoles toda libertad, pues les había dicho, que seguro de que no procuraría ninguno de ellos comprometerme ni obligarme por dicho medio á tomar contra todos medidas que consideraba impropias del carácter que ellos imvestían, tenían desde aquel momento toda la libertad para marchar como unos compañeros de armas. Me lo prometieron afirmándolo bajo su palabra y lo cumplieron. Hicimos, pues, un viaje divertido y los entregué en el Fuerte á disposición del Gobernador sustituto el señor secretario Márcos Balcarce, quien los mandó presos al cuartel del Retiro.

El general Martín Rodríguez y el comandante Juan Manuel Rozas parece que se retiraron al segundo ó tercer día, por la misma causa que yo. Como era grande el entusiasmo del gran pueblo de Buenos Aires en mi favor, todo el mundo empezó á pronosticar la derrota del gobernador Dorrego, sin mas razón que la de faltar yo del ejército. Así fué que desde el siguiente día de

mi llegada ya se empezó á rugir en el pueblo que yo volvía á campaña para reunirme al ejército, y en este concepto había la mejor disposición en todas las gentes de armas llevar para acompañarme.

Suspenderemos un instante la continuación para instruir á mis lectores del mas interesante objeto para mí, en toda mi vida.

Asi que llegué á Buenos Aires desde Tucumán y fui conducido de casa de Rico por mi primo el doctor José Miguel Díaz Velez á la suya, y presentado á su amable familia, me había enamorado de la mayor de sus dos hijas, Luisa Díaz Velez, y poco después, el 1º de septiembre, contraí matrimonio con ella.

Á los muy pocos días de mi llegada á Buenos Aires con los prisioneros de San Nicolás, y de estar el general Martín Rodríguez, llega la noticia de la derrota del *Gamonal*, sufrida por el ejército del gobernador Dorrego; y desde este momento empieza el pueblo á decir:

—¡He ahí confirmado nuestro pronóstico! ¡Faltó el general La Madrid, perdimos el ejército!— todos los de armas llevar, corren á mi casa á presentarse voluntarios para salir á campaña al encuentro del enemigo, reforzando nuestro ejército que venía en retirada. El delegado de Dorrego, el señor Balcarce, á quien aquel le pedía socorro, pero que no fuera yo con él, sabía este ofrecimiento del pueblo para marchar conmigo, pero excusaba llamarme por las órdenes que tenía.

Yo que sabía esta prevención, y no quería comunicarla al pueblo ó á los hombres que se me presentaban, les contestaba, dándoles las gracias, que nada me había dicho el gobierno de salir á campaña, pero asi que se me llamara yo cuidaría de avisarles; que se mantuviesen prontos.

Mientras que todas las mañanas al abrirse la puerta de mi casa en la calle de las Torres (hoy Rivadavia) encontraba muchos voluntarios de á caballo y á pié que se me venian á ofrecer, el Delegado ponía bandera de enganche en la plaza mayor para juntar hombres ofreciendo una onza de oro á los que se presentaban. Iban muchos á la mesa, se enganchaban algunos y recibían la onza; pero muchos preguntaban: — ¿Va el general La Madrid con nosotros?—y contestándoles que no — No queremos la onza—y se retiraban. Asi pasamos unos cuantos dias no recuerdo si dos ó tres, hasta que al fin salieron como 300 hombres, pero valiéndose del engaño de que saldría yo con ellos y los alcanzaría en el puente de Márquez.

Llegaron allí en efecto pero no habiendo yo aparecido, se volvían todos y perdió el Gobierno las 300 onzas; mientras tanto seguían llegando á la puerta de mi casa hombres á ofrecérseme para marchar conmigo, y los despedía como á los anteriores.

Vuelve el Gobierno á mandar fijar nueva bandera de enganche y logran juntar bajo el mismo engaño mas de 400 hombres. Van á marchar creo del Hospicio ó de sus inmediaciones que era el cuartel de depósito. Preguntan por mí los enganchados y se les proclama diciendo, que ya los alcanzaría. Marchan y no habiendo yo aparecido vuelven casi todos, y apenas llegan al pueblo de Areco, donde se había detenido el gobernador Dorrego con 50 ó 60 hombres.

Entre tanto el comandante Juan Manuel Rozas, estaba ya me parece, que en Santa Catalina á pocas leguas de Buenos Aires, con su regimiento de *Colorados* en número de mas de 400 hombres; y el señor Balcarce le había ordenado que pasara á San Antonio de Areco á presentarse con su fuerza al señor gobernador Dorrego; pero aquél jefe contestaba al Gobierno: que él no era militar, que se me mandara á mí á ponerme á la cabeza de su fuerza y que entonces iría gustoso. Balcarce se cansó en repetirle órdenes para que marchara y el co-

mandante Rozas contestaba lo mismo: «Que venga el general La Madrid».

Desengañado al fin, de que no conseguiría voluntarios, ni que el comandante Rozas marcharía sin que yo fuese, me mandó llamar el Gobierno para que marchara á ponerme á la cabeza de los *Colorados* del comandante Juan Manuel Rozas, que me pedía.

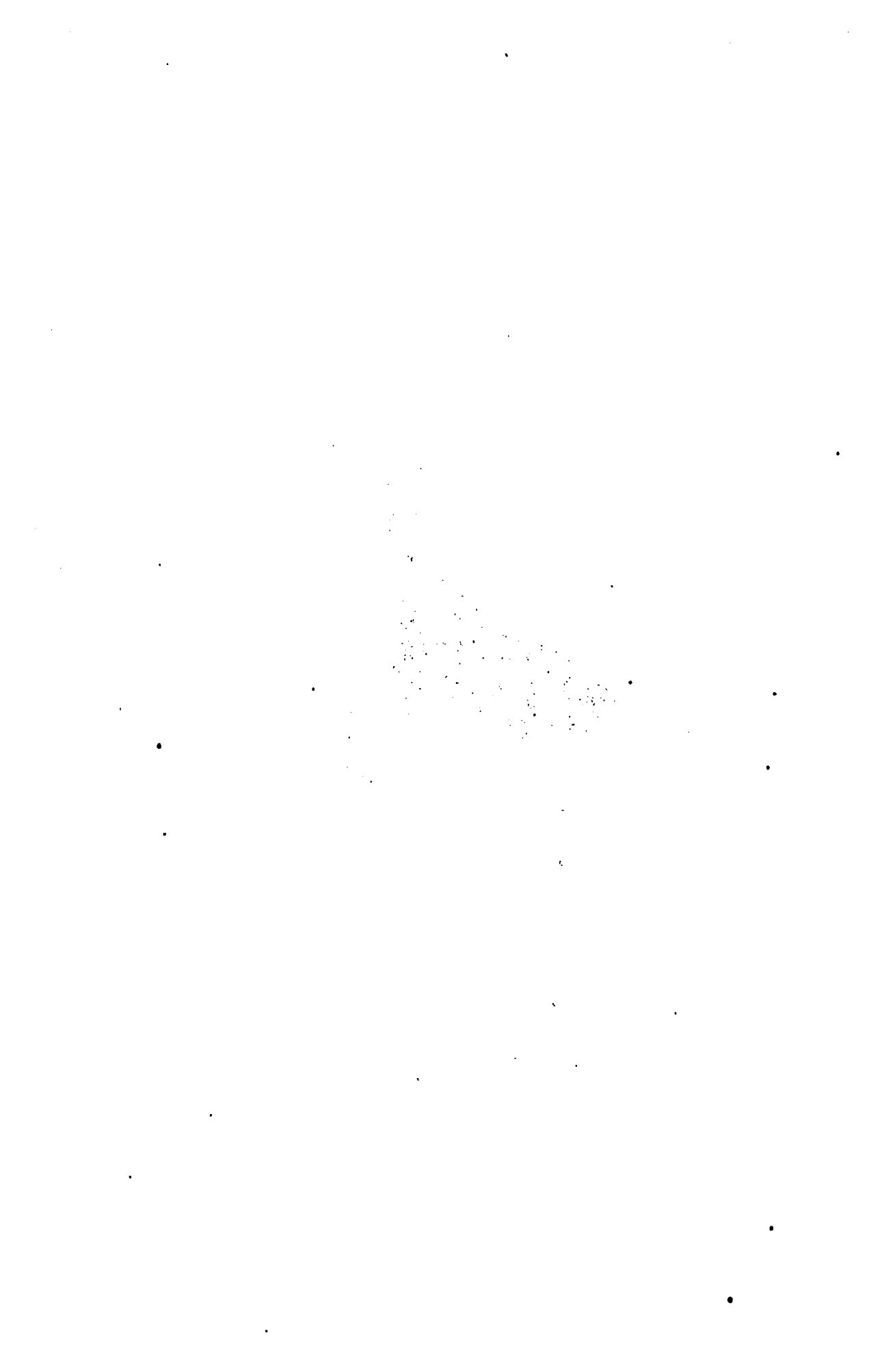
Díjeme que estaba pronto á salir, pero que me prometiera fijar una proclama invitando á los muchos hombres voluntarios que estaban prontos á seguirme. El señor Balcarce se excusó con que el Gobierno no tenía armas para darles á los hombres que se presentaran, lo cual era verdad, pues no tenía ninguna, y con que el comandante Rozas que me pedía, tenía solo 500 hombres. Agregué yo que era preciso no despreciar á los hombres que voluntariamente querían seguirme, pues eran por este hecho los que mas confianza me inspiraban; que con respecto á las armas, yo armaría á todos los que se me presentasen si el Gobierno me autorizaba para ofrecer un corto premio en mi proclama por cada sable ó tercerola que se me presentara. Accedió al fin el señor Delegado, fijé mi proclama de invitación sin premio alguno de enganche, y ofreciendo solo una pequeña gratificación por las armas que me presentaran, en varias esquinas en los lugares mas públicos y pasé al cuartel de la Ranchería á establecerme con el teniente Luis Leiva y una mesa, para anotar los hombres que se me presentaran.

En todo ese día y el siguiente, tuve como 500 hombres alistados y acuartelados, y las armas necesarias presentadas por ese heroico pueblo, y sin que le costase al Gobierno sino muy pocos reales, porque fueron muy contados los pocos infelices que me admitieron la gratificación.

Fué en esas circunstancias, que sabiendo que el gobernador Dorrego se movía sobre el pueblo, se trató de nombrar otro gobernador y se fijaron en el general Martín Rodríguez, el cual me llamó á su casa y salien-



Martin Kowalewski



do con él á caballo por el puente de Barracas, y habiendo caminado alguna distancia, nos encontramos con el comandante Juan Manuel Rozas, que nos esperaba tendido en el suelo y con su caballo de la rienda; nos bajamos también y nos tendimos igualmente á su lado, y fué entonces que supe el objeto de aquella salida. Iba el señor Rodriguez conmigo porque así lo había exigido el comandante Rozas, para obtener de éste, la promesa de que trabajaría para que la campaña diese su voto al general Rodriguez, para Gobernador, ó para que lo dieran los diputados de ella en la Junta, pero bajo la condición de que sería yo nombrado por Rodriguez, Comandante General de campaña. Rodriguez se lo prometió á Rozas y nos despedimos, volviendo al pueblo.

El general Rodriguez se encargó del Gobierno para poner el pueblo en defensa, pues Dorrego marchaba sobre él con miras siniestras según se creía y cuantos hombres desertaban de su ejército se me venían á presentar á mí. Querían quitar á dicho Jefe el mando del ejército, por que lo temían, y no encontrando otro Jefe que pudiese ir á relevarlo sino yo, por razón del prestigio que tenía en el ejército, fuí nombrado General en jefe de él, por el señor Rodriguez, en la noche; y se me entregó el despacho de tal para que marchara al siguiente dia. ¿Pero, se le habia comunicado á Dorrego por algunos de sus adictos (tal vez de la misma oficina) el despacho que yo había obtenido? Conocía él, que iba hacer recibido con júbilo por el ejército; y este valiente Jefe manda inmediatamente su dimisión y se marcha para la Colonia!

La dimisión llega antes que yo hubiese salido y dejándome con el despacho, nombra el señor Rodriguez, me parece que al coronel Pico, para se recibiera del ejército.

Se me hace salir en seguida con mis 400 y mas voluntarios á reunirme á la división del comandante Rozas, y solo se me dá un peso fuerte para cada uno de estos hombres! Recibenlo y marchan todos contentos

hasta los extramuros en que fué preciso pasar por ser ya tarde (1).

Habiéndome reunido al siguiente día con el comandante Rozas y sus fuerzas, permanecimos allí algunos días en ejercicios doctrinales, y habiendo salido después á campaña el gobernador Martín Rodríguez nos reunimos al ejército y marchamos hasta San Nicolás de los Arroyos. El comandante Juan Manuel Rozas se desagradó bastante con el señor gobernador Rodríguez así que supo que me había dejado con el nombramiento de General y ordenado que otro se recibiera del mando del ejército luego que Dorrego hizo su dimisión; y mucho más cuando no realizó nunca la promesa que le había hecho, de nombrarme Comandante general de campaña.

En seguida se hizo la paz con los santafecinos, en la que Rozas tuvo una principal parte, pero á costa de imponer á la Provincia ó á su Gobierno, una carga, pues le ofreció á Lopez, gobernador de Santa Fé, que le pasaría el Gobierno de Buenos Aires no se cuantos mil pesos todos los meses para que gratificara á las familias de sus soldados á trueque de que cesaran sus continuas escursiones á la Provincia y además un crecido número de cabezas de ganado para que las distribuyera á las gentes pobres de aquella Provincia ó á sus soldados.— En esta oferta apareció el comandante Rozas atribuyéndose el mérito de ser él, quien se comprometía á dar dicho ganado; pero quien lo dió en realidad, fueron los hacendados de la Provincia; pues Rozas mismo, ó se encargó de pedirles personalmente á todos ellos que lo ayudaran á llenar aquel sacrificio que había hecho en obsequio

(1) Una onza de oro se había dado pocos días antes á cada hombre, para que marchara y contados fueron los que llegaron! Amanece el siguiente día y me encuentro que había en el campo casi tantas mujeres como voluntarios. Proclamé á la tropa diciendo:—¡Soldados y no mujeres necesito para batir al enemigo! El que no quiera seguirme sin ellas, dé un paso al frente y será despachado á su casa. La mujer que siga la columna sufrirá la vergüenza de ir emplumada á la cárcel. Las mujeres desaparecieron y todos marcharon contentos sin que me abandonara ninguno!

de la paz y de todos ellos, pues los libertaba por ese medio de las continuas arreadas que les hacían los santafecinos, ó se los pidió de oficio.

El resultado fué, que desde aquel instante ya dió él á conocer sus pretensiones ambiciosas, pues recolectó un crecido número de cabezas de ganado, lo condujo con los mismos milicianos ó peones de los hacendados, y en los caballos de estos mismos; pero se hizo pagar después por el señor gobernador Rodríguez, presentándole una crecida cuenta de los gastos para la conducción de dicho ganado. Al gobernador Lopez le vendió la lisonja de ser él quien había hecho aquello en favor de su Provincia y quedó ya asegurado de la amistad de dicho Gobernador, no descuidó de cultivarla para cuando llegara el tiempo de necesitar su ayuda.

Después de celebrada la paz se hizo la expedición á la sierra de la Ventana contra los indios pañpas. El gobernador Rodríguez marchó con una división por Chascomús y el coronel Hortiguera por la laguna de la Polvaredas con otra, en la cual fuí yo con el cuerpo de Húsares del Orden, que había formado por orden del señor gobernador Martín Rodríguez, y también el comandante Rozas, pero ya de Coronel del cuerpo de Colorados, cuyo ascenso había obtenido á consecuencia de la revolución del 5 de octubre del año 1820 anterior, que he dejado de relatarla inadvertidamente, y la pondré en seguida de esta campaña, pues dicho ascenso fué antes de hacerse la paz.

La fuerza que llevaba el coronel Rozas en su regimiento de Colorados, ascendía me parece que á 500 hombres. Ambas divisiones debían reunirse en la sierra de la Ventana, pero no lo hicieron porque el coronel Rozas hizo que su regimiento mostrara síntomas de descontento hasta el extremo de decirle al coronel Hortiguera cuando estuvimos ya cerca de dicho punto, que no marchaban adelante. Rozas aparentó el papel de arrojar su uniforme ó chaqueta colorada, á sus soldados; diciendo que renunciaba su mando si no obedecían á su jefe y

seguián adelante, pero los soldados recogióndola, se volvieron con todos sus oficiales, y tuvimos todos que retroceder, sin que se diese aviso al Gobernador. Fué este el tercero de los avances de Rozas.

Estaba yo para formar el regimiento de «Húsares del Orden», por disposición del señor gobernador Martín Rodríguez y al efecto había puesto una bandera de enganche en el cuartel de la Ranchería, para alistar á todos los que voluntariamente quisieran tomar servicio en dicho cuerpo, y precisamente empecé esta operación el día antes de la revolución; cuando al siguiente día á eso de la una de la tarde, mándame llamar al Fuerte el señor Gobernador, y me comunica que en esa noche debía haber una revolución apoyada por el 1º y 2º tercio cívico; y que el punto de reunión de dicho cuerpo y los demás que la encabezaban, sería en el cuartel del «Fijo» que estaba en el Retiro; díjome que era preciso me mantuviera con los 90 hombres provincianos que se me habían presentado voluntarios hasta aquella hora, reunidos en mi cuartel y me mandó entregar tercerolas y sables para todos ellos y también una carga de municiones.

En el acto de habérmelo comunicado el Gobernador, le propuse un medio muy sencillo de evitar dicha revolución, si él me lo permitía; pero no habiendo querido aceptarlo, tuve que marcharme á mi cuartel con las armas y las municiones. Mi plan era ir yo en aquel mismo momento al cuartel del «Fijo», llevando una orden suya para que el jefe del Cuerpo me presentase todo él formado, y entregase á mi disposición todos los hombres que quisieran seguirme para pasar al Cuerpo que iba á formar, y como yo contaba con que todos, ó á los más, se me pasarían gustosos, pensaba mandar venir mis 90 voluntarios y quedar establecido allí mismo; donde mandaría el Gobernador sin demora algunas piezas de artillería y como aquel era el punto designado para la reunión, y el jefe de dicho cuerpo era uno de los comprometidos en ella, no me quedaba duda de evitarla quitando dicho cuerpo y reforzando aquel punto.

Marché á mi cuartel y armé á todos mis voluntarios; y al cerrar la noche, pasé con ellos al cuartel de la Merced por orden del señor Gobernador; el batallón de «Morenos» del coronel Vidal, estaba en dicho cuartel y también el gobernador Rodriguez, cuando yo llegué; y sabiendo que estaban principiando á reunirse en el cuartel ya designado, del Retiro, los cívicos de la revolución, le propuse al señor Gobernador marchar yo en el acto con dicho batallón y mis voluntarios por el bajo y atacarlos; pero el señor Gobernador no se atrevió á consentírmelo y me dió orden de que pasara con mis voluntarios á la Fortaleza á tomar el mando de ella, pues que estaba guardada por un Capitán del primer tercio cívico, ó del que estaba en la revolución; pues temía que dicho oficial pusiera en libertad á los presos políticos que tenía; el doctor Pedro José Agrelo y el coronel Manuel Pagola.

Marché, en efecto, al Fuerte, tomé el mando é hice que el capitán de guardia me enseñara la habitación de los referidos presos que estaban incomunicados en dos piezas distintas de las de arriba y cuya subida se encuentra á inmediación del cuerpo de guardia.

A pocos instantes de haberme yo posesionado del Fuerte, y teniendo á mis 90 voluntarios formados con sus armas en el corredor de la izquierda, siéntese el ruido de los cañones con que entraba á la plaza, en retirada, el señor Gobernador con todo el batallón de Vidal.

Puesto en ella y acompañado además de varios amigos suyos con que había quedado en el cuartel de la Merced, hizo colocar todas las piezas en las boca calles que entran á la plaza, según se me informó; cuando á poco rato entran en la Fortaleza los coroneles Irigoyen, Arévalo y no recuerdo que otros jefes de los que acompañaban al Gobernador, y me dicen:

—¡El señor Gobernador ha abandonado la plaza y se ha salido con el batallón y el comandante Rozas, por los barrios del Alto!

¡Los cívicos acaban de tomar la plaza y nosotros venimos á ponernos en seguridad aquí! Todo se ha perdido por falta de energía!

—¡Muy lindo, caballeros!,—dijeles—¡Le quedo muy agradecido al señor Gobernador por haberse ido en silencio y dejándome aquí encerrado!!!

Mandé que levantaran el rastrillo que sirve de puente, y que cerraran la puerta, y seguí paseándome por frente del cuerpo de guardia; los jefes referidos subieron donde habían varios otros empleados. Preséntaseme en ese momento y sin saber por donde había entrado, un enviado por el señor Gobernador, con un papelito en que me decía: —*Compañero y amigo: Siga Vd. al conductor de este papel, sólo ó con un ordenanza y lo conducirá con seguridad á donde yo me encuentre con todos los amigos.*

—¡Diga Vd. al señor Gobernador que le doy las gracias por el interés que se ha tomado por mí, pero que es ya tarde!—y le dí la espalda.

Era ya tarde de la noche y se acerca el capitán de guardia y me dice:—«Señor Coronel: de parte de los señores jefes y del doctor Agrelo, que suba Vd. á tomar un mate con ellos»—«¿Y quién ha levantado la incomunicación al doctor Agrelo, díjele».—Señor, los mismos jefes se han entrado á su cuarto y están allí reunidos tomando mate todos, y me mandan decirle á Vd. que lo esperan, sin que yo haya tenido parte ni haya podido evitarlo», fué su contestación. Este convite se lo debo á mi mejor amigo el ser Gobernador, pensé para mí; —avise Vd. á esos señores, que ya subo, le dije al capitán; y habiéndose marchado, subí detrás de él diciendo en mi interior:—Desde que el Gobernador ha tenido *la atención de abandonarme* ¿qué obligación tengo yo para con él?

Habiendo subido al cuarto de mi preso, el doctor Agrelo, fui muy bien recibido por éste y todos los demás jefes que se hallaban en su compañía, incluso el mismo coronel Pagola: y me presentaron un hermoso mate. Estaba tomándolo cuando entró el Capitán de guardia y llama, no recuerdo si al coronel ó general Irigoyen ó coro-

nel Arévalo, el llamado se salió con el Capitán. Vuelve éste poco después y llama también al otro, que sale igualmente. Volviéndome entonces al doctor Agrelo, le dije, en tono de risa:—«Señor doctor, el resultado de estas llamadas lo adivino ya.»

—«¿Cuál le parece que será?» díjome Agrelo.

—«¡El que voy yo á ocupar el lugar de Vds!»—contestéle riendo. Se echaron á reir todos y me dijeron:—«no lo espere Vd.»

En efecto, no bien acababa de pasar esto, cuando se me presenta el Capitán de guardia, diciendo:—«Señor Coronel: de parte del Exmo. Cabildo, le busca á Vd. un edecán.»

—Ya tienen Vds. cumplido mi pronóstico, díjeles y me salí siguiendo al Capitán.

Al bajar la escalera, encuéntrome con cien cívicos formados con el arma al hombro á mas de la compañía de guardia, y delante de dichas fuerzas al edecán, què me dice:

—¡De parte del Exmo. Cabildo, que se mantenga Vd. arrestado en el alojamiento ó cuartel del oficial de guardia!

—¡Diga Vd. al Exmo. Cabildo, que le doy las gracias; que esta es la recompensa que yo esperaba por los servicios que le he prestado!!! Y agregando en seguida:— Para obedecer al Cabildo será preciso entregar las armas de mi tropa.

—Si señor, es la orden que traigo, me repuso el edecán.

Llamé á un ayudante y le mandé que formara los voluntarios con sus armas y los condujera á mi presencia. Estaba yo parado frente al cuarto del oficial de guardia; vino mi ayudante de «Húsares del Orden» Luis Leiva, con los voluntarios, les fui tomando las armas uno por uno y acomodándolas en el cuarto y cuando hube desarmado al último, les dije:—«¡Quedan Vds. presos junto conmigo!»—Los pobres carreteros de las provincias, tucumanos muchos de ellos, se tiraban los cabellos de ira, y me dijeron:— ¡Nos lo hubiera avisado antes de

desarmarnos, mi Coronel, y nos hubiéramos visto las caras!

Quedando así obedecida la orden del Cabildo, el edecán se marchó, la tropa cívica descansó las armas y yo entré al cuarto de bandera. En seguida y siendo ya la madrugada, entró el coronel mayor Hilarion de la Quintana, con algunas fuerzas más y tomando posesión del Fuerte y del gobierno, me mandó subir, me recibió muy bien y me destinó á una pieza inmediata á la del despacho de gobierno, pero sin guardia.

Allí permanecía metido, cuando apenas hubo asomado el sol, empezó á llenarse mi cuarto de visitas de todo lo principal de Buenos Aires, se me hicieron por todos, los mayores ofrecimientos y me insinuaron muchos la determinación en que estaba el pueblo de sacarme en esa noche, atacando si era preciso á la fortaleza, caso que no se me diera la libertad en el día: que el interés de la mayoría del pueblo era, para que yo saliera á reunirme al señor Gobernador que estaba afuera con el comandante Juan Manuel Rozas, y todos los amigos que se le estaban reuniendo por instantes. Yo me opuse á que dieran este paso de ataque, porque no conseguirían otra cosa que comprometerse; pues que habiéndome dejado el señor Gobernador encerrado en el Fuerte y abandonado cobardemente la Plaza sin avisármelo, yo no saldría á reunirmele, que en esta virtud diesen las gracias á mi nombre á todos los señores del pueblo, por el interés que les merecía, como yo se los daba á ellos también y me dejaran correr la suerte que se me deparara; ¡ese Cabildo que tres meses antes, me había perdido poco menos que por Dios lo salvara!!!

Las visitas no me abandonaron hasta muy avanzado el día; y fueron muchos los que manifestaron el deseo que había en sacarme, por supuesto que, con el interés ya expresado, aun á pesar de mi resistencia. Así fué que apenas quedé solo y tuve la proporción de hablar al coronel mayor Hilarion de la Quintana, le manifesté que entre los muchos señores que me habían visitado

no habían faltado quienes me hicieron las proposiciones ya expresadas; y que aunque yo me había opuesto á ellas abierta y decididamente, temía sin embargo que lo intentaran; y para no verme talvez sacrificado impune é injustamente, por alguno de los soldados de la revolución, le agradecería me mandara poner una guardia á la puerta, pues no teniendo yo porque recelar de ninguno de los partidos, no quería verme espuesto á ser atropellado.

El señor Quintana me dijo:—«No tenga Vd. cuidado compañero, se le pondrá la guardia solo por el objeto que Vd. la pide, yo pasaré luego á verme con el Cabildo y los representantes del pueblo, para que lo pongan en libertad».—Dicho esto se marchó, vino luego la guardia y salió él del Fuerte como á las tres de la tarde, y habiendo regresado pasadas las 9 de la noche, me dijo:—«Compañero, he podido recién verme con el Cabildo y los representantes del pueblo; les he hecho presente cuanto Vd. me dijo esta mañana y me ha ordenado que lo mande á Vd. á su casa en libertad, seguros de que no tomará Vd. compromiso ninguno, por consiguiente puede retirarse ahora mismo». — «No compañero, le dije, la plaza está llena de civicos de los comprometidos y los más de ellos están en agitación; no quiero exponerme á recibir un insulto que no lo sufriría, será mejor quedarme esta noche y por la mañana saldré». — «Me parece bien compañero, piensa Vd. con juicio, me dijo, pero queda ya en libertad desde ahora y puede salir cuando guste». — «Gracias compañero, me iré por la mañana, le repuse y se despidió».

Al siguiente día ya avisada mi familia, por conducto de mi hermano Mariano, que habia venido de Tucumán conmigo y se hallaba á mi lado cuando me comunicó dicha orden Quintana, salí del Fuerte para mi casa como á las 7 de la mañana y al cruzar por el arco de la Recoba me echaron mil vítores los civicos del primer tercio, no como á Coronel sinó titulándome General. Correspondí á dichos saludos con mi sombrero y pasé.

Apenas hube llegado, cuando empezó á llenarse mi casa de visitas de lo principal del pueblo y hasta de las mas bajas de las clases.

Se me reiteraron las proposiciones para que saliera á reunirme al señor gobernador Rodriguez y al comandante Juan Manuel Rozas, asegurándome que este último estaba ya haciendo reunir todo su regimiento de *Colorados* y hasta sus peones, á las orillas ó inmediaciones del pueblo. El señor Ambrosio Lezica uno de los primeros comerciantes y capitalistas de Buenos Aires, era el mas interesado y con quien mas relación había yo tomado desde mi llegada. (1) Con todos me escusé manifestándoles las razones que tenía para ello.

Fué tal la concurrencia, que eran ya las dos y media de la tarde y no nos habíamos desayunado todavía, hasta que mi primo y padre político les dijo á los pocos amigos que aun quedaban que si querían acompañarnos á la mesa, por que el preso no se había desayunado aún. Despidiéronse con esto tres ó cuatro amigos que habían quedado sin admitir el convite y pasamos á la mesa.

Habíamos empezado á comer cuando entra un edecán del señor comandante de armas Hilarion de La Quintana, á llamarme de su parte, al Fuerte—«¿Si será para volverme á la prision?»—díjele con sonrisa —«Diga Vd. al señor Jefe de armas que así que acabe de comer me tendrá á su presencia».—Marchóse el edecán y yo procuré de tranquilizar á mi jóven y querida esposa que se había sobresaltado en extremo, diciéndole:—«nada tienes que temer ni hay porque, esto no es mas que una alarma ocasionada por las numerosas visitas que he tenido y probablemente tendremos otra noche mas de separación, pero creo que no pasará á más; lo que así fué en efecto».

(1) Después de haberse retirado, mandó á su capellán el..... ofrecerme 300 onzas de oro para que saliera á reunirme con el señor Gobernador. Le contesté que cuando no había salido por su amistad, no esperase que lo hiciera por todo el oro del mundo.

Me marché en el instante que acabamos de comer, y así que llegué al Fuerte me dijo el señor Quintana —«Compañero, el pueblo se ha alarmado por la mucha gente que ha visto concurrir á su casa y ha pedido que vuelva Vd. á estar detenido aquí en el Fuerte, por que teme que Vd. vaya á reunirse con Rodriguez: tenga pues un poco de paciencia». — «Corriente, le dije, felizmente por las visitas no habíamos tenido tiempo de mandar por la cama y no tendré que mandarla pedir á mi casa» — y después de un rato de conversación pasé á mi antiguo cuarto, mandando avisar á mi señora que no tuviera cuidado, pues no era mas que lo que habia yo calculado.

Para esto el señor gobernador Rodriguez y el comandante Juan Manuel Rozas se habían ya aproximado á la iglesia de la Concepción y con motivo de mi nueva prisión se indignó más, ese mismo pueblo, cuyo nombre habia invocado Quintana diciendo que pedía mi prisión, y salieron con este motivo muchos mas á reunirse al señor Gobernador.

Amanecido que fué el funesto y fatal cinco de Octubre con partidas de los *Colorados* de Rosas cruzando las bocacalles haciendo tiros á los de la plaza y dando voces amenazadoras, mandome llamar el Exmo. Cabildo para convertirme de preso, en custodia del Alcalde de 1^{er} voto don Norberto Dolz y comisionado y mediador al mismo tiempo.

Salí, pues, con mi uniforme de Húsar en compañía del referido señor Dolz, con proposiciones, á vernos con el señor Gobernador, á pié ambos. Las partidas de *Colorados*, así que yo me les nombraba y mandaba retirarse y suspender sus fuegos sobre la plaza, se prestaban facilmente á ello.

Llegados á la iglesia de la Concepción fuimos recibidos por el Sr. Gobernador y como mi comisión no era otra que la de acompañar al Sr. Dolz y servirle de salvaguardia, al mismo tiempo que de mediador para con el Sr. Gobernador á fin de que se prestara á conceder á los revoltosos las condiciones que pedían para someterse

poca ó ninguna parte tomé en la discusión que tuvieron y la cual no fué larga; pues el Sr. Gobernador creo que le exigió al referido alcalde de primer voto el que se entregaran á discreción.

Llegado el momento de marcharnos para la plaza y al salir de la portería para el pretil de la Iglesia que estaba lleno de *Colorados* de los de Rozas, gritan todos éstos:—«Nosotros no permitimos que el general La Madrid se marche, queremos que se quede con nosotros porque si se vuelve lo van á volver á poner otra vez preso! Si señor, que se quede, no queremos que vuelva, repitieron todos á voces».

Viendo yo este desorden y que todos se agolpaban sobre nosotros, dijeles:—«Mis amigos; yo agradezco el interés que Vdes. manifiestan por mí pero mi deber me impone el volver al Cabildo con el Sr. Alcalde á dar cuenta de la misión que se nos ha encargado y no me quedaré de ninguna manera».

«A la fuerza no lo detendremos»—gritan todos cuantos estaban mas inmediatos á nosotros y agarrando al mismo tiempo por las espaldas al señor Alcalde de primer voto se lo metieron cargado á la portería (él todo asustado) y diciendo á voces:—dejemos que el Sr. General vuelva con el aviso, pero nos tomamos en rehenes con el Alcalde—no hubo otro remedio que volverme solo entre los vivos y algazara de la multitud de tropa que llenaba el pretil.

Regresado yo á la plaza y habiendo impuesto al Cabildo de lo ocurrido con el Alcalde de 1^{er} voto, se sobrecojieron todos y me pidieron por segunda vez que los salvara, encargandome que yo me arreglara con el señor Gobernador y le propusiera el modo de someterse las fuerzas rebeldes, evitándole todo el mal que pudiera hacerles el Gobierno. El jefe del Fuerte ó Gobernador provisorio ó qué se yo lo que era Hilarion de la Quintana, así como el coronel Pagola que estaba al mando de las fuerzas que estaban en la plaza se convinieron también en que yo formara el arreglo del modo

que mejor me pareciera, consultando la seguridad de todos los comprometidos.

Vine pues á quedar convertido en plenipotenciario por parte de los que me habian tenido preso y ya el Sr. Gobernador se habia avanzado hasta San Francisco así que yo regresé de la Concepción. En consecuencia, arreglé las proposiciones que me parecieron mas racionales y propias de una guerra entre hermanos y que debía terminar obrando generosamente el Gobierno, á fin de ahorrar una sola gota que fuera de sangre y fueron las siguientes—1º Las fuerzas del Gobierno se retirarán á la quinta de los padres Betlermos y las de la plaza, al Retiro.—2º El Gobierno dará un indulto ó amnistía para todos los comprometidos en el movimiento del 2 contra su autoridad, sin que pueda causárseles el menor perjuicio.—3º y último—Bajo estas condiciones, las fuerzas del movimiento así como sus Jefes y oficiales depondrán las armas en manos del coronel de Húsares Gregorio Araoz de La Madrid y se retirarán á sus casas.

Todos los comprometidos en el movimiento quedaron contentos de estas condiciones y yo marché á presentárselas al señor gobernador Rodriguez, que lo encontré en el pretil de San Francisco, dejando persuadidos á todos los de la plaza, de que serían aceptadas dichas proposiciones, mas así que el señor Gobernador se impuso de ellas y vió la facilidad con que se prestaban los del movimiento, se avanzó temeraria y torpemente á exigir la condición que no debió jamás sin echar sobre sí la sangre que se vertiera y se vertió en efecto.

La de que se entregaran á discreción en el acto, ó serían atacados y sujetados por la fuerza y aún quiso más: lanzarse al ataque sin que yo volviera con el aviso.

Me opuse yo á un proceder tan ilegal y bárbaro. Díjele que no sería yo el que cargara con la abominable nota de traidor, para con los que de corazón me habian confiado su destino; que me permitiera al menos poner en su conocimiento su demanda cruel.—Vaya Vd., me dijo, y que contesten en el acto.

Partí al momento y así que asomé á la plaza, dije en voz alta al Jefe y oficiales que estaban en la calle de la Defensa, y á cuantos habian bajado ya de la Recoba felicitándose por el arreglo — «El señor Gobernador se niega á admitir la razonable propuesta que le he presentado y exige la entrega á discrecion, momentánea, tomen Vdes. la resolución que les convenga mientras paso á prevenirselo á los demás puntos; y corrí por media plaza al café de Bares que era donde estaba colocado un fuerte destacamento; antes de entrar á la calle de la Catedral, me alcanzó el señor Félix Alzaga tambien á caballo y de carrera — Apenas empezaba á instruirles á los que ocupaban dicha azotea de Bares, de la intimacion del Gobernador, cuando ya se sintió el fuego no interrumpido de una y otra parte.

El señor Rodriguez habia mandado avanzar á paso de carrera, asi que yo entré á la plaza y casi no tuvieron tiempo de ocupar los altos ó azoteas de la Recoba, los que habian bajado de ella. Yo y el señor Alzaga, hubimos de ser sacrificados por los cívicos que ocupaban la azotea de Bares, quienes asi que sintieron el fuego vivísimo de la plaza, se echaron los fusiles á la cara para disparar sobre ambos, pero el jefe y algunos oficiales les levantaron con la mano los fusiles y nosotros dos corrimos á escape hácia San Juan y en la primera ó segunda cuadra doblé á la izquierda y llamando algunas partidas de *Colorados* que habian en algunas de las bocacalles, corrí con ellas hasta la plaza por la calle del Cabildo (hoy de la Victoria), y mandé desmontar á los soldados milicianos bajo los corredores del Cabildo; pues los cívicos que habian ocupado la Recoba se sostenian; pero se entregaron muy luego, asi que me vieron mandar desmontar la caballería, y que les hacian fuego los míos parapetados de los arcos del Cabildo.

Mandé al momento cesar el fuego y corrí á caballo á evitar que ofendieran á los rendidos. ¡Bastantes desgracias hubieron en ese día! ¡fatalísimo por cierto! Pues no solo se vertió inmediatamente la sangre de tantos

ciudadanos. . . sino que, el carnicero gaucho Rozas, que fué quien aconsejó esa matanza indebida, para mirarla de lejos, gustó desde aquel momento, el placer de oprimir á las clases ilustradas del pueblo; con los hombres de la campaña; y tuvo el atrevimiento de atribuirse el triunfo y apellidarse el «mejor defensor de las leyes»; cuando en el hecho mismo de desechar las humanas y conciliadoras proposiciones que hube yo presentado por parte del pueblo, las hollaba todas.

Muchos ciudadanos de lo principal de ese gran pueblo y que fueron los primeros en exponerse en aquel día, por sostener la autoridad, contribuyeron no poco á evitar en cuanto pudieron, la efusión de sangre. Lo que si es preciso decir es, que el orden que guardaron nuestras milicias en ese día, fué admirable! Pero bien calculado también! por que en el dió ó quizo dar el primer paso para su elevación. El señor Gobernador lo condecoró con el empleo de Coronel del regimiento de *Colorados*, que fué conocido desde entonces por el de *Los Colorados de Rozas*.

Desde sus primeros años, ya Rozas empezó á desplegar su carácter dominador y perseverante; en sus mismos establecimientos de campo; pero cubierto de la hipócrita capa del respeto á la propiedad y elevandolo al mas alto extremo, y era tan rígido en el cumplimiento de sus mandatos, que tenía arrojado por punto general en todos sus establecimientos de campo, que sus órdenes debían ser irrevocablemente cumplidas, aun contra él mismo, si las quebrantaba.

Todas sus órdenes eran bárbaras y crueles y para que sus domésticos ó dependientes supieran hasta que punto quería que fuesen obligatorios, empezó por hacerlas ejecutar en sí mismo de un modo singular.

Había establecido por punto general que nadie saliera al campo sin su laso á los tientos y las boleadoras á la cintura; que todos los sábados, al retirarse del trabajo, todos sus sirvientes ó peones, depositaran sus cuchillos en poder del capataz de cada uno de sus estableci-

mientos, para evitar las desgracias que son consiguientes en los días festivos entre nuestros paisanos del campo (ojalá el sistema de Rozas, se observara en todas nuestras ciudades, en esta parte); que nadie pudiera apartar ganado suyo ó caballos; cuando se hubiesen interpolado en las haciendas de los vecinos, sin obtener antes su venia, ó pedir al propietario que pasara su rodeo para apartar los animales que del suyo se habían entreverado, que nadie corriera avestruces en campo ajeno, ni cazar nutrias y por consiguiente en el suyo, sin su permiso.

Todos estos mandatos eran por de contado muy laudables y merecieron la aprobación de todos los hacendados, y mucho mas desde que vieron la rigidéz con que estas sus órdenes eran observadas aun contra él mismo si no las cumplia.

Las penas por las infracciones eran — dos horas de cepo del pescuezo, á todo el que se le encontrara con cuchillo el día festivo ⁽¹⁾ y 50 azotes á pantalón quitado al que saliera sin su lazo al campo ó corriera avestruces, etc. Pues él sufrió ambas penas, lo primero para enseñar á todos los suyos hasta donde llevaba el cumplimiento de sus mandatos. En su primera falta por el lazo, no quiso el capataz que era esclavo suyo, aplicar á su amo los 50 azotes, sin embargo de haberse él mismo desnudado, bajándose los pantalones y tendiéndose en el campo y en presencia de todos sus peones para que cumpliera con su deber. El criado tuvo reparo en azotar á su amo y se resistió á cumplir en él la orden. ¡Pues le costó cien azotes bien pegados!

No contento Rozas con esto, hizo muy luego que se olvidaba y se salió una mañana al campo con los peones sin poner su lazo á los tientos. El capataz que ya

(1) El cepo en estos paises, es compuesto de dos largos tablones como de una cuarta de ancho y un palmo de espesor, unidos de un extremo por una visagra y con concavidades en ambos, para asegurar del pié ó del pescuezo á un hombre; y con un candado por el otro extremo.

había probado cuanto gustaba su amo de ser obedecido, le advirtió al instante y mandándolo apearse del caballo, quitarse los pantalones y tenderse, se los aplicó con toda fuerza los 50 azotes. Rozas los sufrió sin hacer un gesto y regaló después á su capataz y criado por haber llenado su deber. Igual experimento sufrió en el cepo del pescuezo por haber salido con cuchillo bien oculto. No se crea que esto es supuesto; me lo aseguraron sus mismos dependientes, ponderándome el orden que se observaba en todos sus establecimientos de campo.

Pues á pesar de todo este rigor con que se hacia obedecer, era él, el hacendado que mas peones tenia, porque les pagaba bien y tenía con ellos en los ratos de ócio, su jugarretas torpes y groseras con que los divertia, y apadrinaba además á todos los facinerosos ó desertores que ganaban sus estancias y nadie los sacaba de ellas.

Este fué el modo con que Rozas empezó á formarse una reputación, y después del suceso del 5 de octubre, era ya en toda la campaña del Sur, muy particularmente, mas obedecida una orden suya que la del mismo Gobierno.

Era tan torpe en sus juegos, que en la campaña que hicimos juntos á la sierra de la Ventana, yo le he visto practicar con un capitán de mi cuerpo, casado con una prima suya y de apellido Soler, lo siguiente y por dos veces: Ibamos en marcha y por lo regular se venia Rozas casi siempre á mi lado: lo he visto sacar repentinamente su lazo, echárselo al cuello al referido capitán su primo y correr, bajándolo por supuesto del caballo, y arrastrándolo como media cuadra y riéndose á carcajadas.

¡ Yo confieso que andaba receloso de él, por estos sus juegos torpes, todas las veces que iba á sus establecimientos, ó que andábamos juntos; pero por fortuna me respetó siempre y jamás me dió broma alguna!

CAMPAÑA CONTRA RAMIREZ

Á PRINCIPIOS DEL AÑO 1821

General en jefe el autor de estas Memorias.—Batalla de Coronda.—Derrota de Ramirez y Carrera.—Marcha de estos á la Cruz Alta á sitiar al gobernador Bustos, de Córdoba.—Marcha del autor en su auxilio.—Retirada de aquellos—Persecución de Ramirez y su muerte por las fuerzas del gobernador Lopez que marchó de acuerdo conmigo en auxilio de Bustos.

Después de los primeros contrastes que experimentamos en la guerra de nuestra independencia, empezaron á asomar síntomas de descontento ó de celos, en algunas de las Provincias contra el gobierno de Buenos Aires; ó mas propiamente, habían dejádose sentir muy luego, después que se nombró el Gobierno ó su primera Junta general. Siendo los primeros que lo manifestaron el gobierno de Montevideo, el de Entre Rios y el de Santa Fé, siendo derivados dichos celos, ó desavenencias, con los gobernantes de Buenos Aires. Así fué que desde los principios, siempre estuvieron en más ó menos pugna los expresados gobiernos y sus provincias.

Al principiar pues, el año 1821 y después de bien sentado el gobierno del general Martín Rodriguez en Buenos Aires y de hecha la paz con el gobernador Estanislao Lopez de Santa Fé, pasó el general Francisco Ramirez, que gobernaba en Entre Rios, con una fuerte división ó ejercito destinado á obrar contra del gobierno de Buenos Aires; y en su compañía vino también el general José Miguel Carrera, chileno, que se había refugiado allí con sus chilotes después del contraste sufrido en San Nicolás de los Arroyos á mediados del año anterior.

El gobernador Martín Rodriguez me nombró General de la expedición que destinó contra el dicho Ramirez, y marché en consecuencia con mis escuadrones de Húsa-



Estanislao López





res, el regimiento también de «Húsares de Buenos Aires», que mandaba el coronel Domingo Saenz, ambos de línea y los de milicias que mandaban los coroneles Domingo Arévalo, Fleytas, y el entonces teniente coronel José María Vilela de «colorados de las Conchas», y llevando además como 200 voluntarios de las Provincias, que se me presentaron á la primera invitación que les hice por medio de una proclama, al tiempo de mi marcha, en Buenos Aires.

Mientras se me reunieron los tres expresados cuerpos de milicias, permanecí yo en San Nicolás de los Arroyos unos cuantos días, disciplinando é instruyendo á mis voluntarios en los primeros y mas necesarios movimientos para un ataque, pues había salido yo antes de que Ramirez hubiese pasado, á virtud de avisos que tuvo el gobierno.

Reunidas todas mis fuerzas que ascenderían á 1500 hombres, me moví sobre Coronda, por el Rosario, así que pasó Ramirez, pero de acuerdo ya con el gobernador de Santa Fé (1) Estanislao López, con el cual en combinación, debíamos atacarle, según lo había acordado el señor gobernador Martín Rodríguez.

Habiéndome acercado á las inmediaciones de San Lorenzo así que desembarcó el general Ramirez, el coronel Anacleto Medina, oriental, salió á recibir caballadas con un escuadrón de las fuerzas de dicho General. En el momento de recibir este aviso le salí yo mismo al encuentro con una compañía de mis Húsares y un escuadrón de mis voluntarios, en circunstancias que regresaba el ya dicho coronel Medina, arreando un crecido número de caballos y yegüada; mas éste, así que me vió, abandonó la caballada y se vino á mi encuentro: yo lo recibí al gran galope y lo arrollé, al mismo tiempo que

(1) Este Lopez habia sido sargento al servicio del gobierno de Buenos Aires cuando la expedición del señor general Manuel Belgrano al Paraguay en el año 1810, y por medio de una revolución contra el Gobernador de su provincia, habia ocupado dicho gobierno años después.

había desprendido una fuerza á cerrarle su retirada, esta operación no pudo realizarse, por razón de haberlo advertido en tiempo el coronel Medina y haber apretado su carrera con el escuadrón á sus órdenes; pero le tomamos algunos prisioneros y libertamos las caballadas que se llevaban arreando.

Noticioso yo por los prisioneros, del punto en que estaba acampado el general Rodriguez y ya al cerrar la noche, de que se había avanzado al frente, dirigí una comunicación al gobernador Estanislao Lopez, avisándole el punto que había ocupado Ramirez y la ventaja conseguida sobre el escuadrón del coronel Medina; previniéndole al mismo tiempo, que en esa noche á favor de una inmensa neblina, iba yo á tomar la retaguardia del general Ramirez por entre los bosques de la costa del Paraná, interponiéndome entre este río y el ejército enemigo: que la señal de haber yo ocupado el punto que deseaba y estar listo para cargar al ejército de Ramirez por la espalda, se la daría yo con dos cañonazos, para cuyo solo efecto habíalos sacado yo de San Nicolás ó mandados traer, un cañoncito de á dos, montado sobre dos pequeñas ruedas macizas; que así que yo le die- ra dicho aviso por medio de los tiros indicados, debería él acometer á Ramirez por su flanco izquierdo, á cuya inmediación él se encontraba.

Marché, pues, la mayor parte de la noche, luego de recibir la contestación del gobernador Lopez, dejando encendidos mis fogones y aclarado el día, había conseguido ya el objeto que me proponía. La niebla era muy cargada; los enemigos me esperaban por el frente del Oeste y yo pude acercarme hasta el tiro de cañón por su espalda, después de aclarado el día, con el aumento de cerca de 300 santafecinos de los del Rosario y desmochados que se me habían reunido con el Comandante de dicho Departamento.....y dejando al coronel Fleytas con sus 400 hombres de milicias de San Nicolás, colocado al frente del flanco que debió ser y fué derecho del enemigo, para que al cargarlo yo des-

plegara él su columna al frente y lo envolviera por la derecha.

Colocado en dicha posición y con la certidumbre de estar el gobernador Estanislao Lopez próximo por mi flanco derecho, según lo acordado en la noche anterior y lo cual erà cierto en realidad; mandé disparar los cañonazos sobre la espalda de la línea enemiga, seguidos de un fuerte «viva á la patria» y marchando enseguida con mi línea sobre ellos.

Fué tal la sorpresa del ejército enemigo al verme interpuesto entre él y sus buques de transporte, y por el punto que menos lo esperaba, que hubieron de confundirse al cambiar su frente á retaguardia. Describiré el orden de mi línea para que mejor se comprenda la injusticia con que perdí dicha batalla después de ganada, y en la cual debió quedar prisionero todo el ejército enemigo y sus jefes.

Mi derecha la mandaba el coronel Arévalo, y era compuesta de su cuerpo de milicias y un escuadrón de mis Húsares.

La izquierda que mandaba el coronel Saenz, la componían sus dos escuadrones de Húsares de Buenos Aires y los *Colorados* de las Conchas que mandaba el comandante Vilela. El centro, que lo formaba la división santafecina del comandante.....y mis voluntarios los mandaba yo; mi reserva compuesta del 2º escuadrón de mis Húsares y un escuadrón de milicias que mandaba el comandante ó mayor Francisco Sa-yós, estaba á las órdenes de este Jefe.

Al cargar al enemigo en el orden designado, se me atrasó un tanto la división santafecina al extremo de formar una curva y queriendo ya sujetar sus caballos. En el momento que lo advertí me precipité á su frente proclamándolos y mandándoles que me siguieran, y fuí tan puntualmente obedecido por mi ejemplo, que acometieron con denuedo y rompieron la línea enemiga y se puso toda en fuga sin que el gobernador Lopez apareciera. Había ya dejado á mi espalda las carretas y bagajes del

cuartel general enemigo que estaban á su retaguardia é iba yo pasando por sobre los cadáveres de los enemigos, cuando observo que mi linea vuelve cara y corre en formación hacia los bosques del Paraná.

Dicho retroceso habíalo producido la fuga de la columna del coronel Fleytas, quien en vez de desplegar sus 400 hombres á su frente y acuchillar por su izquierda á los enemigos que yo perseguía, retrocedió hacia mi espalda por la costa del monte, precisamente en el momento en que los enemigos que huían de mí, pararon sus caballos al considerarse cerrados por dicha fuerza; así fue como mi linea huyó de Fleytas, esto de los enemigos que yo perseguía después de derrotarlos, y estos últimos temiendo á la columna de Fleytas pararon sus caballos tal vez para entregarse; más viendo que toda mi fuerza ó su mayor parte había vuelto caras y corría á escape por retaguardia, volvieron siguiéndola los dispersos enemigos, pero indecisamente y sin saber lo que aquello significaba.

Yo que en el calor del combate, ya ganado, me había adelantado con unos pocos hombres en persecución del caudillo Ramirez que me lo había indicado uno de los santafecinos, y lo ví parar repentinamente con sus hombres dispersos y volver sobre mí; echo vista á mi linea y la encuentro toda en fuga. Apreté la carrera á mi caballo, y mandando tocar alto con el trompa de órdenes que llevaba á mi lado, y gritando al mismo tiempo á mis soldados para que volvieran; pero todo fué inútil. Corro entonces á mi reserva y mandando yo mismo al comandante Sayós que me siga sobre el enemigo; doy vuelta mi caballo y cargo con los pocos hombres y dos ayudantes que me seguían, y al llegar á los enemigos que venían por delante conteniendo sus caballos, advierto que mi reserva se había evaporado también.

No quedándome ya otro recurso, corrí hacia los míos que huían, gritándolos para que volvieran y tratándolos de cobardes. ¡Qué no hay un jefe que contenga esa tropa y la vuelva al enemigo!—decía yo en voz alta,—y se

me responde:—¡Se conoce que el señor General no se ha encontrado aquí jamás en derrota, pues pretende reunir la gente que ha vuelto caras! me contestaron algunos de los jefes y oficiales que huían á la par de los soldados, dirigiéndose á unos esteros que hay por la costa del rio Paraná.—Sigamos m.i General que por aquí no hay riesgo, me gritaban algunos y se tiraban á dichos esteros zambulléndose igualmente que sus caballos.

—¡Los cobardes mueren ahogados!--les grité; y dando vuelta mi caballo con una docena de hombres que me seguían, les grité:—¡Los que sean valientes que me sigan! Y cerrando las espuelas á mi caballo embestí por el medio de los enemigos, y éstos me abrieron paso mas que de prisa y salvaron conmigo algunos hombres más que me siguieron de los voluntarios y mis Húsares, siendo por todos como unos 25 hombres.

Mucha parte de mi fuerza había corrido con el coronel Domingo Arévalo hacia el lado que debía encontrarse el gobernador Estanislao Lopez y se reunieron en efecto como 700 hombres. Los más habían marchado río abajo hacia la campaña de San Nicolás; por consiguiente, yo, que habiendo cruzado por entre los enemigos sin ser perseguido, observé desde su retaguardia que los míos tomaban á carrera dicha última dirección, y que los enemigos se rehacían sobre el punto de donde yo había atropellado; partí de carrera á contenerlos, y habiendo alcanzado á salirles por delante en fuerza de un buen caballo que me proporcionó un sargento, pues el mío había sido herido, logré sujetarlos como á una legua ó poco más del campo de batalla, y mandé echar pié á tierra para que descansaran los caballos y se serenaran un poco los hombres; y para inspirarles mayor confianza mandé voltear unas cuantas reses para que tomaran unos asados, pues no habíamos carneado en el día anterior y caminado la mayor parte de la noche.

Mientras desollaban las reses y preparaban los fogones, había mandado algunos hombres á reconocer el campo y avisar á los dispersos que encontraran, cuál era

el punto en que me encontraba, y apeándome á tomar un mate en el rancho de un paisano que estaba colocado á retaguardia de mis fuerzas, cuando se sienten dos tiros que habían disparado unos pocos hombres de los dispersos que venían á reunirse. Adviértase que cuando mandé desmontar toda esta fuerza que había sujetado, que pasaba de 400 hombres, había ordenado que desenfrenaran los caballos y los dejaran pastear maneados y con hombres que los vigilasen, y que nadie montara á caballo sin que yo lo ordenara, é imponiendo la pena de 50 palos al soldado que montara ó se separara del cuerpo, pues á pesar de esta orden, lo mismo fué oír los dos tiros y descubrirse el polvo que levantaban los dispersos que los habían disparado y venían de galope á reunirse, cuando corrieron todos á sus caballos, montaron y echaron á correr, y algunos hasta dejando sus caballos ensillados.

Monté en el acto á caballo con los hombres que tenía á mi lado y partí de carrera en su alcance, ordenando antes al mayor Miller, de mi cuerpo, que tocara á caballo, formara toda la tropa y me esperara, mandando reconocer el polvo que se descubría; alcancé á los soldados y los volví á palos al campo, á excepción de unos pocos que por estar bien montados lograron evadirse, pues á pesar de haber llegado ya los dispersos y confesado estos mismos ser ellos los que habían disparado los dichos tiros y levantado el polvo que se había observado, no me fué ya posible detenerme á que comieran un asado los soldados, y tuve que marchar en retirada, pues á cada instante corrían los hombres á sus caballos, y aún se fugaban algunos. Marché pues llevando á pié á la cabeza de la columna á todos los que se habían disparado, pero sin tener la menor noticia del gobernador Lopez, ni aviso alguno de los jefes que se le habían reunido, ó que me faltaban. Pretendía en vano acamparme en esa noche á cuatro leguas del campo de batalla para esperar la mayor reunión de mis dispersos ó avisos del gobernador Lopez, y tuve al fin que conti-

nuar caminando la mayor parte de ella por haberseme ido más de 60 hombres, mientras me detenía y al caer ya la noche; al amanecer me encontré con que no tenía más que doscientos y pico de hombres de mis Húsares y Voluntarios, y sin el conocimiento que deseaba.

Pasé parte al Gobierno del modo ignominioso con que se había perdido la batalla después de ganada, por causa del coronel Fleytas y por haber faltado el gobernador Lopez á lo convenido en la noche anterior, y despaché partidas con oficiales á reunir los hombres que encontrasen dispersos.

El gobernador Lopez con sus fuerzas quiso mantenerse á la distancia, en observación, hasta ver el resultado de mi encuentro con el ejército de Ramirez: si yo le vencía, caer él sobre los dispersos y agarrarlos; y si era yo vencido, caer él de refresco sobre el vencedor, que quedaría indudablemente debilitado, como quedó en efecto, pues tuvo más de doscientos hombres muertos y muchos heridos y dispersos, y ser él el dueño de la victoria. Los jefes que me acompañaban en mi ejército, creo más que probable que solo huyeron por aquella maldita emulación á la nombradía de un provinciano, que por primera vez les mostraba cuán poco valían las fuerzas y los jefes que los habían tenido sometidos. Emulaciones innobles y poco propias en hombres decentes y que se llaman impropriamente patriotas. Mi patria ha sido y será siempre, toda la República; mi patriotismo es puro y general y no conozco el egoísmo. Jamás trabajé ni trabajaré en la guerra, sino por mi patria! ¡Cuántos males hemos sufrido y seguimos sufriendo por solo aquella causa!

El gobernador Lopez, cayó al siguiente día ó en esa misma tarde sobre el debilitado ejército de Ramirez y con el poderoso auxilio de una gran parte del mío y lo batió.

Ramirez y Carrera se dirigieron con la fuerza que salvaron, á la Cruz Alta, perteneciente á la provincia de Córdoba, en circunstancias de hallarse allí el Gobernador de dicha provincia, coronel mayor Juan Bautista Bustos,

con una división del ejército auxiliar del Perú que había sublevado en Arequito, y los sitiaron y los habrían tomado, si no marchó yo en su auxilio sin orden del Gobierno.

Me hallaba con las fuerzas que había reunido de Húsares y voluntarios, me parece que en la costa del Carcarañá, cuando recibí aviso del coronel mayor Bustos, desde la Cruz Alta, de hallarse sitiado por las fuerzas de los caudillos Ramirez y Carrera, solicitando mi protección, so pretexto de que si dichos jefes lograban apoderarse de su fuerza y por consiguiente de la provincia de Córdoba, ya tendría mi Gobierno que haberse las con unos enemigos poderosos.

No tenía órdenes del señor gobernador Rodriguez para semejante operación; consultarle y pedirselas, era entregar dichas fuerzas de Bustos y la provincia toda de Córdoba y con ella las demás, á la influencia y el dominio de aquellos caudillos. Me decidí, pues, á marchar, dando cuenta á mi Gobierno de las poderosas razones que me obligaban á dar aquel paso; me dirigí en el acto al gobernador Lopez solicitando su cooperación para salvar al gobernador de Córdoba y con él á su Provincia, remitiéndole el aviso que acababa de recibir de Bustos.

La contestación del gobernador Lopez, fué:— «Mis caballos están en malísimo estado; si el Gobierno de Buenos Aires me manda caballos, ó con que proporcionarlos, marcharé al momento en combinación con Vd.»

Así que recibí dicha contestación, en el mismo día en que le hice la invitación, me puse en marcha con solo mi fuerza, compuesta como de 500 hombres escasos, previniéndoselo al gobernador Lopez, diciendo— Que si yo esperaba la contestación de mi Gobierno, perderíamos la fuerza del gobernador Bustos y toda su Provincia, que para evitarlo, marchaba yo solo en aquel momento; y que la responsabilidad de los resultados, caso de ser funestos, que no lo esperaba, no sería mía.

Dí cuenta de todo al señor gobernador Rodriguez, y

marché en el acto, ya cerrada la noche. Al siguiente día, así que los enemigos tuvieron noticias de mi aproximación, levantaron el sitio y se marcharon divididos; el caudillo Ramirez para la Villa de los Ranchos, hacia el norte, y el general José Miguel Carrera para Mendoza, con sus chilotes.

Yo llegué á la Cruz Alta cerrada ya la noche; me acampé á la costa del Río 3º, á orillas del pueblo, y pasé á éste á verme con el señor gobernador Bustos y ofrecerle mi cooperación para perseguir á las fuerzas de los referidos Ramirez y Carrera. Fui muy bien recibido por el general y gobernador Bustos y me retiré á mi campo. Todos los jefes y oficiales que estaban con él y que habian pertenecido al ejército, me visitaron inmediatamente.

Asi que amaneció, pasé por segunda vez á visitar al señor Bustos y repetidas mis ofertas, él las agradeció, pero no fué una sola vez á mi campo á pagarme las varias visitas que le hice. Sus oficiales me decian que temía él que yo lo aprehendiera y quitara la fuerza, en cuyo conocimiento no esperase yo que él fuese á visitarme á mi campo. Todos deseaban y me lo pedian, así oficiales como tropa, que los llevara conmigo á Buenos Aires, pero yo me negué abiertamente, y procuré con mi confianza, desengañar al general Bustos de sus recelos.

Al siguiente día llegó el gobernador Estanislao Lopez con sus fuerzas, por la otra banda del río, pero habiendo despachado al coronel Arévalo para la campaña de Buenos Aires, ó habiéndose este marchado sin venir á reunírseme. Reunidos los tres: Bustos, Lopez y yo, propuso el segundo que él iría en persecución del caudillo Ramirez con toda su fuerza, y que dándome el gobernador Bustos cien infantes, marchase yo en persecución del general Carrera. Dicha proposición nació de haberles yo dicho cuanto importaba la pronta persecución de ambos Generales, pues que al general Bustos le habia yo instado en vano desde mi llegada, para que marchara él sobre Ramirez y yo sobre Carrera.

Dicha proposición del gobernador Lopez fué admitida por Bustos y habiendo éste quedado comprometido entre ambos en darme los cien infantes para que marchara esa misma noche en alcance del general Carrera, el gobernador Lopez se marchó inmediatamente en alcance de Ramirez. Mas así que Lopez se separó, el gobernador Bustos se negó á darme los cien infantes montados, y aún á que yo marchara sin ellos, como se lo propuse, diciendo que era mejor que fuésemos con toda la fuerza.

Yo tuve que ceder y marchamos juntos, pero muy lentamente. No quería Bustos alcanzar á Carrera. En esta marcha iba Bustos lleno siempre de desconfianza, y jamás pasó á visitarme una sola vez á mi campo, sin embargo de que todos sus oficiales siempre estaban en el mío y casi siempre yo en el suyo.

En fin, marchamos tres ó cuatro días juntos hasta que al fin de ellos, me despidió, diciendo:—«Puede Vd. retirarse con sus fuerzas, porque no necesito ya de ellas.»

Me puse en marcha al momento para Buenos Aires. Pero así que supo el general Carrera mi regreso, volvió sobre Bustos y este se encontraba ya perdido. Se me dió aviso del apuro y riesgo en que el general Bustos se hallaba, por los individuos mismos de sus fuerzas, y habiéndolo yo recibido á los dos días después de mi separación, ya cerrada la noche, contramarché dirigiendo un oficio á Bustos en que le decía:

«Apesar de las desconfianzas infundadas por las que V. S. me ha despedido con mi fuerza, no puedo ser indiferente al peligro en que lo veo: acabo de ser informado del regreso del general Carrera sobre las fuerzas de V. S. y marchó en el acto en su auxilio,—y marché en efecto.

Al siguiente día me encontró un oficial del gobernador Bustos con una contestación satisfactoria y avisándome el punto á que salía él á recibirme. En efecto, así lo hizo adelantándose con solo sus ayudantes y una pequeña escolta.

El general Carrera, retrocedió al momento que supo mi contramarcha, y apuró sus marchas sobre Mendoza.

Yo insté al general Bustos para que aceleráramos nuestras marchas en su alcance, pero él con pretexto de hacer buscar caballada para su infantería del N^o 2^o no lo hizo así. Yo dirigí aviso al teniente coronel Bruno Morón á Mendoza para que saliese con fuerzas al encuentro de Carrera. Salió éste, en efecto, con fuerzas suficientes, pero habiendo Bustos retardado demasiado nuestras marchas, Morón se batió solo con Carrera y fué vencido, habiendo sido éste tomado y fusilado despues de un encuentro con el general Alvino Gutierrez en la *Punta del Médano*. Con este motivo regresé yo para Buenos Aires, de las cercanias de la Villa del Río 4^o.

Yo había escrito al señor gobernador Rodriguez desde la Cruz Alta, avisándole el estado en que estaba toda la tropa del gobernador Bustos y cuan grandes eran los deseos de toda ella asi como el de sus oficiales, de pasar conmigo á Buenos Aires. El señor gobernador Rodriguez me hizo contestar privadamente por 2^a mano que apresase á Bustos y lo llevase preso, quitándole toda la fuerza, y como dicha carta la recibí antes de separarme de Bustos, pues yo no cargaría con semejante responsabilidad por un simple encargo verbal, pues ahora recuerdo que esta orden me la mandó verbal con el oficial ó ayudante con quién le había dado dicha noticia.

El gobernador Lopez había dado alcance al caudillo Ramirez antes de llegar al fuerte del Tío, batiéndolo, en cuyo choque murió Ramirez, por defender ó salvar á una muger que llevaba y que había caído en manos de los soldados de Lopez que le perseguían; sin este incidente habríase salvado.

Me había conducido tan bien con los santafecinos en el tiempo que estuve con ellos mientras la corta campaña de Coronda y lo mismo toda mi tropa, que al pisar el territorio de Santa Fé á mi regreso de la provincia de Córdoba, salían los milicianos á encontrarme y pedirme cada uno dos ó tres de mis Húsares y volunta-

ríos para llevarlos á obsequiar á sus casas, pues no se me separaba un hombre de la marcha. Yo se los concedía con la condición de alcanzarme en el día, señalándoles en el punto de la parada; pues todos estuvieron prontos en ella sin faltarme uno solo, en los días que tardamos en atravesar aquel territorio. Los presentaban los mismos soldados que los habían pedido, y bien obsequiados ya, y no fueron pocos, pues hubo día que llevaron con licencia mas de 40 hombres. Desde entonces se estrechó la amistad con los santafecinos.

Quando llegué á Buenos Aires en el mes de julio, conocí á mi primer hijo Gregorio, que me lo presentó su madre por la ventana de la sala, al pasar, y le di un beso, de á caballo. Había nacido el 19 de junio anterior, y mi padre político, el doctor José Miguel Díaz Velez, quiso que se le pusiera mi nombre.

Habiendo formado la división en la plaza, mandó el gobierno que pasáramos al cuartel designado, llegué con unos cuantos hombres de aumento que se le habían desertado á Bustos y alcanzádome en el camino.

Los voluntarios fueron socorridos al siguiente día y licenciados y algunos se quedaron á servir en el Cuerpo.

Al coronel Fleytas que lo había yo mandado preso por la disparada con su columna flanqueadora en Coronda, que nos ocasionó la pérdida después de estar vencedores, se le formó un consejo de guerra de gente conciliadora y fué absuelto.

Me parece que en el año 1822, fué que se dió la ley de Reforma por el gobierno y deseando retirarme á la vida privada, y poco satisfecho también por los celos que había notado así por parte del gobierno, como de algunos de los compañeros de armas, insinué por que se me reformara y no pude conseguirlo.

A la vuelta de la campaña á los indios, me había dicho el señor gobernador Martin Rodriguez que echara el ojo á algunos de los terrenos baldíos que había yo

visto y se lo pidiera así que llegásemos á Buenos Aires. Yo le había dado las gracias y prometíle no descuidarme así que llegáramos, pues me había prendado de la Laguna de las Polvaderas al pasar por ella, pues es una laguna bien grande, de mucha profundidad, excelente agua y abundante de pescado.

Llegados á Buenos Aires se la pedí por escrito. El decreto fué muy gracioso.—«Si yo le doy á Vd. ese terreno será un motivo de celos para los demás jefes, que se figurarán que es Vd. preferido á ellos por el Gobierno, y para evitarlo es mejor que retire la solicitud».—Se la dió después al coronel Arévalo.

No recuerdo al cuanto tiempo después de mi regreso de la campaña de Córdoba, pasé á establecerme con mi regimiento, en la Guardia del Monte. Compré allí media cuadra de frente y una de fondo, en el centro de la Guardia ó de su población y trabajé una casa cercando el terreno con tapias construídas de tierra al uso de las Provincias, y fueron las primeras que allí se vieron.

Compré también un terreno para chacra á la orilla de la población, trabajé en él una ó dos piezas de tapial, lo mandé zanjear, cercar de pita y sembrar. Puse al contorno algunos miles de plantas de álamos y hasta almacigos de semilla de árboles que había pedido á Tucumán y de los cuales alcancé á dejar varias plantas ya crecidas cuando marché á las Provincias el año 1825.

No recuerdo el año en que repentinamente y sin yo solicitarlo, pues cuando lo pedí se me había negado, se me presenta á dicha guardia el aviso de la Inspección, de haber sido reformado, y la orden para que entregara el mando del cuerpo al coronel Domingo Arévalo. Dí cumplimiento al momento á dicha orden y pasé después á Buenos Aires, quedando en el cuerpo, de capitán, mi ayudante de Húsares de Tucumán, Luis Leiva, que había venido conmigo á Buenos Aires, y creo de Alférez, mi hermano mayor Severo, que había venido con mi madre Andrea Araoz y dos hermanas, que las había mandado traer de Tucumán después de mi casamiento.

Llegado á Buenos Aires recibí mi reforma, y aún en ésta, lejos de favorecerme como se hizo con algunos, se me perjudicó y solo me tocaron 17 mil y pico de pesos en papel, creo del 6 %. Hipotequé la mitad de ellos á José María Esteves por 2 mil pesos para poner una casa de negocio en el Monte, á cargo de mi hermano Mariano, por tres meses, pagándole el 2 ½ % mensual. Al tiempo de hacer la hipoteca, quiso comprarme los billetes al 40 % y no quise, porque al acercarse el trimestre de los réditos, subían de precio los fondos, pues calculaba que cuando el vencimiento del plazo, no hubiese podido reunir el dinero para pagarle, podría venderle á mejor precio.

El resultado fué que al llegar el plazo no se pudo reunir los dos mil pesos por haber sido muy escasas las rentas y que los fondos en vez de subir bajaron. Así fué que para pagarle tuve que vendérselos á él mismo á 37 ½ % en vez de los 40 á que me los quiso pagar al dejarle en hipoteca, no recuerdo si 9 ó 10 mil pesos.

Como yo no tenía fortuna ni podía mantener mi crecida familia con solo los réditos, muy pronto tuve que quedarme sin un peso de la reforma porque fué preciso ir la enagenando por partes. Pero otros que no estaban en mi caso y que no necesitaban de la reforma para vivir y que á más, habían sido favorecidos por localidades, hicieron negocio. Uno de ellos fué el coronel Arévalo á quien le tocaron noventa y tantos mil pesos de reforma: no se hallaba en mi estado; el rédito de una tan crecida suma, le producía lo bastante para no verse precisado á tocarla; así fué que al muy poco tiempo habiendo subido los fondos vendió su reforma al noventa y cuatro por ciento y salió algo mejor que si hubiera vendido á la par al principio, por los réditos que percibió.

Yo me hallaba en la Guardia del Monte sólo, y el coronel Arévalo permanecía también allí con el Cuerpo que le habían mudado de nombre llamándole de Blandengues, no recuerdo si en el 1823 ó 1824, y había dispuesto mi marcha á Buenos Aires para el siguiente día, no sé

de qué mes; cuando en la madrugada de él, se introduce un número crecido de indios pampas y arrebatan las caballadas del Cuerpo que pastaban en la parte del Salado, y hacían una reunión además de haciendas vacunas y de familias cautivas que habían sorprendido.

Estaba ya ensillando mi caballo para marcharme, cuando se me agolpa el vecindario de la Guardia á pedirme que no los desampare y que me quede á defenderlos, pues todo el vecindario se comprometía á ponerse bajo mis órdenes y salir á defender sus haciendas y sus familias.

Fueron tantas las instancias que se me hicieron y la compasión que me causó al ver aquellas gentes tan afligidas, y á los que habían sido mis soldados á pié y sin saber que hacer, que monté á caballo y puesto á la cabeza de unos veinte y tantos vecinos que estaban presentes, corrí al campo á juntar las caballadas que había por las cercanías, y con los indios ya á la vista y juntando los ganados (1).

En pocos minutos regresé á la Guardia arreando toda cuanta caballada pude juntar y que bastaba para que sirviese al cuerpo del coronel Arévalo. Se las metí al corral de la misma Guardia, bajo de fosos, y salí con cerca de 80 vecinos en alcance de los indios, mientras los Blandengues ensillaban. A poco que nos separamos de la Guardia hácia el nord-oeste que era la dirección que recorrían los indios, vimos ya salir á los Blandengues con su coronel Arévalo á la cabeza, en dirección á la Guardia de Lobos, algo desviados de nosotros hácia el norte. Cargué en seguida sobre la indiada que empezó á huir arriando las haciendas.

Apuré el paso y abandonaron las haciendas que arribaban y hasta algunas cautivas, entre ellas la familia del

(1) Esta, mi aparición, salvó al ayudante entonces N. Lopez de ser tomado por los indios, pues habia salido en comisión por Arévalo para descubrirlos, no sé si con dos ó cuatro hombres, y lo cercaron en un rancho, pero se defendió bizarramente, y los indios huyeron al ver mi fuerza.

teniente coronel Saraza, que se la llevaban de su hacienda. Nos acercábamos ya al río Salado, muy inmediatos á los indios, con mi hermano Mariano á la cabeza, cuando vuelven los indios sobre mí, estando ya pasando el río algunos de ellos. Causándome estrañeza dicha vuelta, vuelvo la vista á mi gente para mandar á acometerlos y me encuentro que habían vuelto caras y que iban en fuga, y era esta precisamente la causa porque los indios habían vuelto sobre nosotros viéndonos solos.

Volvimos nuestros caballos á escape, y dando voces de «alto» á los vecinos, pero imposible de contenerlos ó que se detuvieran; mientras tanto ya los indios nos tiraban sus boleadoras y amenazaban con sus grandes chuzas, y á mi hermano que me cubría la espalda, le habían atado ya por la cintura un par de boleadoras.

Los Blandengues con Arévalo nos divisaban de lejos y seguían al galope, no hacía nosotros para favorecernos sino dirigiéndose al norte. Cerré espuelas entonces á mi caballo, y alcanzando á varios de los vecinos, les dije mil desvergüenzas, echándoles en cara que si me habían comprometido solo para abandonarme, y pude contenerlos. Los indios así que me vieron volver con algunos hombres, echaron á correr.

Los perseguí hasta que se echaron todos á la otra banda del Salado, que estaba crecido, pero abandonando las haciendas. Se me reunieron todos los milicianos, pero Arévalo había pasado con sus Blandengues como á diez cuadras del Salado, hacia Buenos Aires. Corrí á él y ya se movió á mi encuentro. Dígole que pasemos en el momento en persecución de los bárbaros, y se me niega, pretestando estar mal montado y no saber el número de los indios que habían al otro lado. Pídole que me dé un escuadrón para pasar con él y los vecinos, me lo niega también, diciendo que era mejor esperar al siguiente día que se habrían reunido ya más fuerzas.

- ¡Quede Vd. con Dios!—le dije, y me marché impaciente para Buenos Aires, con mi hermano y un ordenanza que tenía.

Se me había olvidado decir que el día que entregué al coronel Arévalo el cuerpo y me marché para Buenos Aires, tuvo más de 60 desertores.

El 17 de setiembre del año 1822, nació mi segundo hijo á quien puse por nombre Francisco Ciriaco, y del cual fueron sus padrinos el coronel Juan Manuel Rozas y su señora, pues habíamos cultivado una amistad sincera desde que le conocí á mi llegada el año 1820, con motivo de los sucesos ocurridos cuando me pidió el pueblo por su General, y el 4 de diciembre del siguiente año 1823, otra hija mujer, á quien puse el nombre de Bárbara, por ser el santo ó santa del día, y de la cual fueron sus padrinos, mi antiguo compañero y amigo, el coronel Manuel Dorrego y su señora.

A fines del año 1824, habiendo cumplido el señor gobernador Martín Rodríguez el término de su mando y dejando la Provincia en el mejor estado de tranquilidad y adelanto, gracias al señor Bernardino Rivadavia que se había encargado del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, á fines del año 1821; le sucedió en el gobierno el general Juan Gregorio de Las Heras.

El 16 de diciembre se instaló en Buenos Aires el Congreso General Constituyente, pero antes de haberse instalado, había promovido el coronel Juan Manuel Rozas entre los hacendados de la campaña, el elevar una solicitud al Congreso ó sala de Representantes, pidiéndome á mí por Comandante General de la campaña, sin que yo tuviese conocimiento de semejante proyecto, y el encargado de hacer la presentación fué el canónigo Figueredo. No faltó quien hubiese comunicado al Gobierno que se andaban ya recogiendo las firmas entre los hacendados de la campaña para dicho objeto, y se le intimó por la policía, de orden del Gobierno, al encargado de recogerlas, que serían soberanamente reprendidos si tal solicitud presentaban; con este motivo desistieron de dicho proyecto.

Como á esa fecha ya se tenía en Buenos Aires la noticia de la victoria de *Ayacucho* por el general Sucre,

sobre el ejército español, y el Gobierno había nombrado á consecuencia de esta noticia, al general y gobernador de Salta, Juan A. de Arenales, para que expedicionara con las fuerzas de su provincia al Alto Perú, contra el general Olañeta, que se mantenía separado del virey Laserna, en Chuquisaca, quizo el gobierno del señor Las Heras, que yo acompañase al general Arenales, para dicha expedición, y fui nombrado para marchar á Salta á pesar de estar reformado, llevando en mi compañía al entonces sargento mayor Ramón Rodríguez y no recuerdo si dos oficiales mas.

El 23 de marzo me puse en marcha por la posta, vendiendo antes la casa y chacra que tenía en la Guardia del Monte, á P. Arnold, para dejar algún recurso á mi familia y pagar una pequeña deuda.

Habiendo llegado á Salta en el mes siguiente y encontrándome con la noticia de haberse marchado ya hacia algunos días el Gobernador, con una división de las tres armas, y llevando de su segundo al entonces teniente coronel José María Paz, al mando de un batallón de infantería, continué inmediatamente mi marcha hasta Nazareno, en donde alcancé acampada con la división al teniente coronel José María Paz, he dicho mal, había sido yo promovido á Coronel del batallón que mandaba, pues el general Arenales habíase adelantado á Potosí á verse con el general Sucre que se le había adelantado y batido ya al general Olañeta.

Llegaría como á las tres de la tarde y encontré comiendo á mi antiguo compañero y amigo Paz, que me recibió con el mayor cariño; pero esa misma noche atacóme un tabardillo furioso. Los facultativos que habían allí fueron de opinión que se me sangrara en el acto, porque de lo contrario moriría.

Yo he sido y soy hasta el día, contrario á sangrarme y hasta ver la sangre de otro, porque me descompongo, por consiguiente me opuse fuertemente. Mi amigo el coronel Paz, á quien los médicos le habían dicho que si no me sangraba moriría; viendo mi resistencia quizo

hacerse picar una vena en el brazo para animarme, pero me opuse resueltamente diciendo, que era inútil que lo hiciera, porque no conseguiría que yo me resolviera, y me empeñé en que se me diera un vomitivo que casualmente lo tenían en la división, pues se había ofrecido hablar de dicha medicina, poco después de mi llegada, con cuyo motivo lo supe.

Tuvieron al fin que ceder y continué tomando el mismo remedio durante cuatro ó cinco días que permanecimos en dicho punto, pero muy malo, y en este estado tuve que marchar en retirada con la división porque recibió el coronel Paz la orden de retroceder, del general Arenales. Cuando llegamos al pueblo de Mojo, empezó á ceder un poco la fiebre, pero recibí allí una noticia que casi me costó la vida.

Desde que salí de Buenos Aires no había tenido noticia alguna y recibí una carta de mi padre político por medio de un comerciante que pasaba para el Perú, en que me avisaba la muerte de mi Barbarita, que la había dejado de 15 meses sana, y era todo mi querer. Abrir la carta, no ver letra de mi señora y encontrarme con aquella noticia, fué para mí una puñalada mortal.

Me hizo sufrir mucho y en el estado sumo de debilidad en que me encontraba, se afligía en extremo el médico para serenarme; salí de Mojo á fuerza de las instancias del facultativo, pues la división había marchado demorándome yo por recibir la carta, Llegamos á la quebrada de Sococha con mucho trabajo, cerrada ya la noche, pero un poco aliviado: allí descansamos dos ó tres días y continuamos después hasta Salta á cuya capital llegué ya fuera de peligro, pero muy debilitado, creo que á principios de julio.

Mientras convalecía en Salta, recibí orden del gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Las Heras, encargado por el Congreso Nacional de los asuntos de guerra, para conducir el contingente que el gobierno pedía á la Provincia, para la guerra con el impe-

rio del Brasil, y marché á Tucumán para activar el apresto del contingente de aquella Provincia y el de la de Catamarca, después de dejar prevenido al gobernador de Salta para que aprestara el suyo, para cuando lo pidiera yo desde Tucumán, á fin de llevarlos todos reunidos.

Gobernaba en esa época en la provincia de Tucumán, el comandante de milicias Javier Lopez, que se había hecho gobernador él mismo, sublevándose contra su Gobernador, patron y protector, el coronel mayor Bernabé Araoz, primo hermano mío y fusilándolo también, así á él, como á su hermano Pedro y varios otros jefes y oficiales que le servían; no recuerdo si en el año anterior; y el gobernador de Catamarca era el coronel Gutierrez.

Habiendo llegado á Tucumán y manifestándole al gobernador Lopez, el encargo que tenía del Presidente de la República para conducir los contingentes de tropas que había pedido dicho gobierno á las Provincias y que me hallaba facultado para proveer á los gastos de su conducción, se excusó Lopez de darlo con mil pretextos. Yo, que deseaba vivamente llevar de mi país natal un brillante cuerpo de caballería con que poder lucir en aquella guerra nacional, hice todos los esfuerzos que pude para que el gobernador Lopez se prestara á facilitarlo; y tanto mayor era mi interés, cuando sabía que muchos jóvenes deseaban acompañarme; mas todos mis empeños fueron inútiles, pues hasta se negó á permitirme publicar una proclama para llevar solo á los hombres que voluntariamente quisieran seguirme, pues quería por dicho medio libertarlo á él del compromiso de obligar á los milicianos á marchar, designándolos él.

La Provincia estaba entre tanto muy desagradada de él, y aun había por los montes partidas de hombres insurreccionadas y acaudilladas por oficiales ó vecinos de los partidarios del gobernador Araoz, su víctima, y además de esto se conservaban en las provincias de Santiago del Estero y de Catamarca (que de tenen-

cias del gobierno de Tucumán, habíanse declarado provincias independientes, para voltear al Presidente Araoz, en unión con Lopez) varios jefes y oficiales del partido de Araoz que habían emigrado después de su caída, y los cuales estaban protegidos por los gobiernos de ambas Provincias, por haberles Lopez faltado á las promesas que les hizo para que los ayudara á voltear á su bienhechor.

Para que todo el mundo conozca la clase de sentimientos de Lopez y su conducta, haré una verídica relación de cuanto le debía al gobernador Araoz.

Javier Lopez era un pobre joven, hijo de un pobre vecino de Monteros, compadre creó de Bernabé Araoz, y su ejercicio era el de hacer correr los caballos parejeros, y que se acostumbra por allá dar un medio por peso de lo que se juega en la carrera, al corredor que gana. Este era su ejercicio, pero era un muchacho juicioso.

Bernabé Araoz, que antes de ser Gobernador fué comerciante, se lo pidió á su padre y lo trajo á su lado á su tienda, y le enseñó á leer y á escribir.

El joven se comportó bien y Araoz lo mandó á Buenos Aires con cartas de recomendación para su apoderado y amigos, y lo puso en giro.

Condújose bien el joven y siguió fomentándolo Araoz; hasta que á consecuencia de la revolución del ejército en Arequito, siendo ya gobernador Araoz, se proclamó Presidente de la República de Tucumán y lo nombró Coronel de milicias, á su ahijado Lopez, para que lo ayudara. De este modo fué como Lopez vino á figurar por solo su bienhechor Araoz, y el modo con que le pagó tantos sacrificios.

Me marché á principios de noviembre de dicho año 1825, para Catamarca, á fin de activar el apresto del contingente de dicha Provincia, y de facilitarle á su Gobernador Gutierrez los fondos que necesitara para remitirme á Tucumán, en donde había dejado encargado á mi tío el doctor Pedro Miguel Araoz, cura y vicario, de

hacer todo empeño para que Lopez me permitiera llevar los hombres que querían seguirme. — Puesto en Catamarca y después de haber allanado con el gobernador Gutierrez el mas pronto envío de su contingente, resolvi regresar al siguiente día para Tucumán; cuando por la tarde me comunica mi primo el doctor Agustin Colombres que era cura de Piedra Blanca y se hallaba allí, que iban á marchar al siguiente día sobre Lopez todos los jefes del partido del finado Araoz, que se hallaban allí auxiliados por el gobernador Gutierrez y que igual movimiento debían practicar los que se hallaban en la provincia de Santiago, encabezados por mi primo hermano el comandante José Manuel Helguera.

Asi que me hubo informado de ésto, sacándome como de paseo para comunicármelo á mi sólo, me opuse abiertamente, manifestándole los males y desgracias que habrían indudablemente en nuestra provincia, ocasionados irremisiblemente por todos aquellos hombres resentidos, contra cuantos pertenecían al partido de Lopez, de que dimanarán, le dije, las mas fatales consecuencias, por los resentimientos y ódios que van á engendrarse por las venganzas que estos hombres van á ejecutar.

Habiéndome él replicado que no había otro remedio que era preciso quitar aquel malvado que había enlutado tantas familias y llevaba la muestra de ser un tirano feroz; le dije:—«Pues diga Vd, primo, al gobernador Gutierrez que suspenda la salida de esos hombres y escriba también á Ibarra para que haga lo mismo, que yo voy á encargarme de quitar á Lopez, sin efusión de sangre, y sin que se cometa ninguna tropelia, ni venganza».

—«¡Cuánto me alegro, me dijo, de que seas tú el que nos libertes de ese malvado; Asi podrás llevar los hombres que quieras y dejarnos en paz».

Regresamos en el acto á casa del gobernador Gutierrez y le comunicó al instante mi pensamiento á virtud de haberme él manifestado la marcha que iban á emprender los jefes emigrados.

El gobernador Gutierrez se alegró mucho y se ofre-

ció para acompañarme con la fuerza que yo quisiera. Le contesté que no necesitaba ninguna, que solo quería que me proporcionara un oficial de su confianza con ocho hombres buenos, pero que éstos habían de presentármese como voluntarios; que en aquella misma hora colocaría unas proclamas en los lugares mas públicos, invitando á los que quisieran seguirme voluntariamente para marchar á la guerra contra el Brasil, y que al siguiente día temprano dispusiera fuera á ofrecérmese al lugar designado para que todo el mundo los tuviera por presentados, pues que con aquellos me eran bastantes.

Gutierrez convino al instante: fijé ó el hizo fijar las proclamas que hice en el acto, y al siguiente día se me presentaron individualmente el oficial y los 8 hombres, con cuatro ó cinco hombres mas que se ofrecieron á seguirme muy ajenos de mi pensamiento.

En la tarde de ese mismo día marché, creo que á mediados de noviembre, con 13 ó 14 hombres incluso el ordenanza que habia llevado.

Llegué al pueblo de Monteros donde estaban los hermanos del gobernador Lopez, que eran nativos de dicho pueblo, y su hermano mayor, Luis, que era el juez, me proporcionó á pedimento mío, 14 caballos para pasar muy de mañana el 26, y los cuales debía devolverlos de Tucumán. Parecía que el juez como adivinando mis intenciones, hubiese mandado escoger los peores animales, sin embargo que no habia dejado traslucir nada, pues tuve que mudar varios en el camino. Me acercaba ya á la ciudad de Tucumán. cuando descubro al gobernador Lopez, que venia del pueblo á galope con una escolta de seis hombres por detrás, y el cual asi que me vió se hizo á la derecha del camino y siguió al trote. Yo me hice el que no lo advertía y continué por ver si se dirigía á mi, mas viendo que iba ya á pasarse por mi izquierda sin hablarme, mandé parar mi partida y galopé á saludarlo, y encontrandolo le di la mano y saludé.

Era tal el sobresalto con que me recibió, que al tomarle la mano lo noté temblando. No quise apresar-

lo y me despedí, habiéndome él dicho que iba á dar un paseo á Monteros, pues que si hubiera querido tomarlo me bastaban los hombres de su escolta para amarrarlo, pues eran soldados de nuestro ejército, mas pensé, si tomo á este hombre, por sobre mi lo matan los civicos del pueblo ó me comprometen incluso la mayor parte de los vecinos agraviados por él; mejor será que se escape.

Entré al pueblo como á la una p. m. y devolví en el acto todos los caballos, quedándome á pié con mis 14 hombres. En el acto mandé llamar al sargento Corbera, un pardo pastero, para que viniera trayéndome mi caballo que se lo habia dejado á cuidar en su quinta, á mi tio cura, Araoz, que era muy aficionado á las carreras y no le faltaban nunca cinco ó seis caballos buenos, mandé pedirle que me hiciera el gusto de mandarme todos sus caballos para escoger el que mas me agradara, para dar un paseo esa tarde y que al instante se devolvería los otros.

La casa del cura estaba á una cuadra de la mía y yo á una y media de la plaza, pues me alojé en casa de mi hermana Catalina, madre del valiente joven Crisóstomo Alvarez, en la casa contigua á la en que se declaró la Independencia por el soberano Congreso.

Habia llegado ya el sargento Corbera montado y con mi caballo de tiro, y seis más que me mandó el Cura, con sus criados.

Hice apretar la puerta de calle y mandé ensillar en el momento al oficial y cinco soldados, y que alzarán en ancas cada uno de ellos incluso Corbera á los demás.

Listos ya todos y montados, mandé abrir la puerta y salí á escape para la plaza, habiendo dirigido al oficial con dos ginetes y los de sus ancas á casa del secretario de Gobierno, Paz, sita en la misma plaza, y al sargento con otros tantos á casa de mi tio el coronel Diego Araoz, suegro del gobernador Lopez y encargado del gobierno por éste, para que lo prendiera sin demo-

ra. De modo que yo, solo con un ginete y un soldado á sus ancas corrí á la guardia de Cabildo que era de cívicos. Esta así que me vió entrar á escape á la plaza, grita el centinela:—«á las armas», y sin saberlo que era.

Cuando llegué á los portales del Cabildo, la guardia que era de 18 á 20 hombres estaban acabando de formar de tropel y parando mi caballo delante de ella les dije:—«¡Mis valientes cívicos, estad conmigo!»—«¡Sí mi Coronel, que viva la patria!»—gritaron todos incluso el centinela.—«Pues mantenerse firmes y esperar mis órdenes»—les dije, y corrí con solo el soldado que me acompañaba con otro enancado al cuartel de morenos del 10, que era la escolta del gobernador Lopez, y estaba á una cuadra de la plaza donde era la maestranza, y estaban los cañones.

Encontré comiendo á la guardia en el zaguan del edificio y los demás en el patio, y entrando sin detenerme les dije, con [espada en mano:—¡Cazadores venirse conmigo á la plaza! ¡Si mi coronel! que viva nuestro Coronel! fué el grito de todos y corriendo á sus armas salieron todos conmigo, y sin quedar allí mas que el cabo de guardia, el centinela y dos hombres mas que mandé dejar, y corrí con ellos á la plaza, y mandé tocar la campana del Cabildo con los 40 morenos armados de la escolta de Lopez llegaba también el teniente Bildoza, que este era el apellido del oficial catamarqueño, y el sargento Corbera, trayendo presos al gobernador delegado Diego Araoz y al secretario de Lopez, Javier Paz, que venían mas muertos que vivos.

«No hay que sorprenderse mi querido tío y mi paisano Paz, les dije, solo siento la sorpresa noticia que les he causado; pero no es mía la culpa, sino del gobernador Lopez que ha provocado este paso».—«Ya nos hacemos cargo; cuanto ha que debia Lopez dejar el Gobierno que no le trae sino incomodidades», me contestó mi tío; y el Secretario añadió, mas vuelto ya en sí—«¡Pero el señor Gobernador vendrá muy pronto con fuerzas y V. S. no debe descuidarse mucho ni considerarse tan seguro!»

«¡Ojalá se crean Vds. tan seguros como yo!»—le repuse un poco airado y le ví perder el color que había empezado á volverle.

Les mandé subir al Cabildo y poner incomunicados, pero avisando á sus casas que no tuvieran por ellos el menor recelo, pues les respondía de ellos yo mismo.

De esta manera fué ejecutado un movimiento, sin fuerza, sin disparar un solo tiro, ni ocasionar el mas leve insulto; y lo que es más, sin consultarlo con nadie, ni aun con la tropa. Tal es la confianza del que procede bien y obra solo por el interés de su patria y el de sus compatriotas. Pero faltaba aun para tranquilizarme completamente escuchar el parecer de los Representantes del pueblo que eran amigos, ó partidarios de Lopez los más, como es consiguiente.

Este movimiento fué practicado la vispera de mi cumple-años, el 27 de noviembre del año 1825, y estaban reuniéndose á gran prisa en el Cabildo al continuado llamar de la campana, los Representantes y vecinos, mientras yo me mantenía formado, y á caballo ya todos mis 14 hombres en la plaza, engrosándose los civicos con las armas que tenían, que eran bien pocas por cierto, pues Lopez había enterrado las sobrantes y también las municiones.

Así que recibí aviso de estar ya reunida toda la Representación del pueblo y porción de su vecindario principal, me desmonté y subí espada en mano hasta la sala y haciendo en ella un profundo y respetuoso saludo á todos les dije:

«¡Los señores Representantes de mi pueblo saben mejor que yo cual es el estado de agitación en que se encuentra la Provincia, por las demasías del Gobierno! ¡Que nos hallamos empeñados en una guerra nacional y justa! Y que habiendo este Gobierno negádose á poner á mi disposición el contingente de tropas que le demanda el señor Presidente de la República, se ha negado hasta el extremo de no permitirme siquiera llevar tan solo á los hombres que voluntariamente quisieran y

quieren seguirme; que á mas de esto se encuentran en las Provincias vecinas, muchos jefes expatriados y perseguidos por el gobernador Lopez, los cuales contando con el apoyo de dichos gobiernos iban ya á caer sobre la Provincia y ejecutar como era de esperarse, los males que yo dejo al alcance de los Representantes y del mismo pueblo en calcularlos!!!

Sabedor de esta noticia señores, en los momentos de mi salida de Catamarca, me he decidido á dar sólo el paso que acabo de dar, por solo salvar á mi cuenta y á ese mismo Gobernador contra quien todos se dirigian! Porque me he creído obligado á llenar por mi mismo este deber que lo creo sagrado, aun exponiendo mi reputación y mi vida. Mi interés no es otro que este, señores y el de marcharme enseguida á cumplir las órdenes que tengo del Gobierno Supremo para defender los derechos y el honor de nuestra patria.—Los señores Representantes y el pueblo que está reunido á su lado, deliberarán francamente lo que consideren de justicia, muy ciertos de que seré el primero en obedecer su mandato, aunque sea contra mí mismo, y para lo cual bajo á esperararlo á la plaza».

Dicho esto, hice un respetuoso saludo con la cabeza y con mi espada, y me salí, dirigiéndome á esperar la resolución á caballo. Permanecí montado y en silencio largo rato á presencia de un inmenso concurso del pueblo. Los Representantes, según fui informado después, pesaron las razones que yo les había expuesto, y encontrándolas justas, pues todo el pueblo las conocía, acordaron el cese de Lopez y nombrar un gobernante provisorio, y eligieron al doctor Manuel Berdia, cirujano del ejército auxiliar del Perú, que estaba casado y avecindado en Tucumán. Habiéndose este negado á encargarse del Gobierno, fué nombrado el ciudadano José Manuel Silva, que se negó también. Viendo entonces que todos rehusaban y que las circunstancias eran urgentes, resolvieron todos de acuerdo que me encargara yo del gobierno provisorio mientras se pacificaba la Provincia, y me man-

daron comunicar el nombramiento por medio de una comisión y que me presentara á prestar el correspondiente juramento. Bajé de mi caballo envainando mi espada, subí con los comisionados y presté el juramento por solo el tiempo que se necesitara para alejar las alarmas, pues mi objeto no era otro que el de volver con los contingentes á la guerra contra el Imperio del Brasil.

Prestado el juramento, exijí de la Sala que se intimara el cese á Lopez, mandándole abstenerse de contrariar su resolución, y avisándole mi nombramiento provisorio. La Sala lo acordó en el acto y mandó un comisionado al instante para que entregara á Lopez su acuerdo por escrito, y yo bajé entre los mas placenteros vítores de todo el pueblo á tomar mis medidas de seguridad.

Mandé en el acto á mi primo hermano el coronel de milicias José Ignacio Helguero á su hacienda de la Ramada, distante seis leguas, con orden de traer en esa misma noche todos los milicianos de ese punto que pudiese reunir y trasmitiendo á Burruyaco al norte ó noroeste el acuerdo de la Sala. Mandé también al comandante N. Villafañe á la Yerba Buena que dista una legua y media, para que trajera al instante los hombres que encontrara en sus casas, montados, y procurara armar los cívicos y salí á situarme al campo, á la parte de la capilla del Señor de la Paciencia, hácia el oeste y á pocas cuadras del pueblo.

Villafañe estuvo muy pronto de regreso con mas de 50 milicianos antes de cerrar la oración, y el coronel Helguero se me reunió pasadas las 10 de la noche, con cerca de cien hombres.

Al amanecer el 28, tuve yo aviso de que Lopez venía sobre el pueblo con mas de 700 hombres. Salí á esperarle al frente de la Ciudadela, con cien cívicos, desarmados los mas de ellos, los 40 morenos de la escolta de Lopez y como 160 milicianos, que ordené del modo siguiente:

Los 14 hombres que había traído de Catamarca con

el oficial Bildoza, los aumenté á 25 con algunos soldados que escogí de entre los milicianos y que habían pertenecido á mi regimiento de Húsares de Tucumán, y los coloqué á la derecha para obrar yo con ellos. Desarmé á los 40 morenos y pasé sus fusiles á los cívicos, que coloqué al centro, bajo la dirección de sus oficiales, mandados por el comandante José Ignacio Bringas, y á mi izquierda coloqué al coronel Helguero con todos los restantes que eran de caballería y que no pasaban de 140.

Colocados en dicha posición, aparece Lopez por el camino del Rincón, con su gran línea formada y avanzando sobre mí. En el acto salió el doctor Agustín Molina, que era representante de la Junta, con una nota de ésta para Lopez, intimándole su retiro, y cuyo pase lo firmé yo de á caballo en circunstancias que habían disparado ya unos cuantos tiros algunos de los hombres de Lopez que venían adelantados por el frente. El señor Molina partió de galope y con un pañuelo blanco en la mano haciendo señas, y yo me dirigí al frente de mis cívicos, y les dije:

—«¡Ninguno dispare un solo tiro contra mis paisanos, que no quiero ofenderles. Solamente después de provocados por ellos, que no lo espero, sabré defenderme! ¡Coronel Helguero, le grité, manténgase Vd. al frente de toda esta fuerza sin permitir que dispare un solo tiro, pues voy solo con estos 25 hombres á recibir á Lopez! Si Vd. ve que él me acomete, que no se atrevera, defiéndame Vd. entonces!»

Dicho esto y habiendo observado que Lopez así que recibió la comunicación del representante doctor Molina, lo mandó á su espalda y se dirigió hácia mi derecha, á la cabeza de mas de 300 hombres, á galope y continuando el resto de su fuerza al mismo aire sobre la mía, le salí al encuentro de galope con mis 25 hombres en circunstancias que me volteaban á mi lado á un ordenanza, de un balazo. Mis pocos hombres empiezan á oblicuar sus caballos, á la derecha; adviértolo yo y precipítome sobre Lopez que venía al frente de los suyos,

diciéndole:—«Ah! ¡grandísimo tunante que tienes la osadía de venir sobre mí! ¡Yo te haré conocer ahora quien es La Madrid!» Y cerrando las espuelas á mi soberbio caballo, me dirigí á él.

Oír ese miserable mi voz, conocerme y dar vuelta, todo fué uno.

Sus soldados así que me notaron dirigiéndome á Lopez, dieron vuelta todos y echaron á correr. Partiendo entonces por entre medio de todos ellos, en persecución de Lopez, sin ayudarme de ninguna manera de sus soldados que dejaba atrás, porque no los juzgaba capaces de hacer armas contra mí, llevaba á Lopez rayándolo con mi espada por las espaldas; pero el tunante que era mejor ginete que yo, me ganaba un gran terreno en cada vizcachera que encontrábamos, pues las salvaba tendido sobre el pescuezo de su caballo, cuando yo tenía que abrir el mío para salvarla.

Advierto en esto que el coronel Helguero se había lanzado acuchillando á los que huían por mi izquierda, y mando tocar «alto» y reunirse, con el corneta que llevaba á mi lado. Reunido en el campo de los Aguirres con mi fuerza, escribo el parte al gobierno de Buenos Aires instruyéndole de todo lo ocurrido, y de las razones que me habían impulsado á dar aquel paso; asegurándole al mismo tiempo que no dudase el Gobierno por un momento de que yo marcharía en el acto con un lucido contingente de mi Provincia, á sacrificarme por defender los derechos y la gloria de mi país. Era el doctor Manuel José García el Ministro del gobierno de Buenos Aires.

Despachado el propio con dicha comunicación, hablé á mi tropa previniéndole el orden y el mas completo olvido de todos sus agravios para con los vencidos ó partidarios de Lopez; entré á la plaza guardando un silencio sepulcral, y todo conmovido, por algunas víctimas que había visto sacrificadas. ¡Créanmelo si quieren! Muchos de los ciudadanos que nos vieron entrar de aquella manera, juzgaron que estábamos vencidos.

Puesto en la plaza, manifesté á todo el pueblo y mi tropa, cuan grande era mi pesar por las víctimas sacrificadas. Híceles ver cual era la marcha que deseaba establecer, para acabar con las prevenciones y bandidos, y marchar solo al objeto del adelanto, unión y progreso de nuestro país; pero á pesar de que Tucumán había sido siempre el pueblo mas afecto al gobierno de Buenos Aires y á la unidad, no faltaban ya sus desconfianzas entre los pocos partidarios de Lopez; porque tanto este como los demás caciques, los tenían ya y muy fuertes, contra el gobierno de aquella Provincia y los porteños en general, pues decían que aspiraban á dominar á los pueblos por medio del gobierno de Unidad. En una palabra, aspiraban ya todos esos caciques á la federación á su modo; esto es, á ser cada uno absoluto en su Provincia, y armarse todos contra la de Buenos Aires y su Gobierno.

Esta pretensión ha sido común en los más de los pueblos, desde mucho antes del año 1820, en razon decían, de la preferencia que se daba á los hijos de Buenos Aires, sobre las Provincias, por los Gobiernos y los Generales.

Estando, pues, en la plaza, recibí aviso de un oficial de la banda del río, que acababa de llegar Lopez con solo seis hombres y con los caballos cansados, á la estancia de Simon García, distante una legua ó poco más del pueblo y preguntándome si reunia gente para ir tomarlo; de los mismos que estaban formando en la plaza se ofrecieron varios para hacerlo y no quise.

Dirigióse por fin á Salta, y poco después á Buenos Aires, atravesando de incognito por el territorio de Santiago por la parte del Salado, y yo me contrage á organizar la Provincia y todos los cuerpos de milicias; no menos que á reunir hombres para el contingente, pues había dado cuenta á los demás Gobernadores de las provincias, de mi nombramiento provisorio, y de las causas que me habían obligado á aceptarlo; pero previniéndoles que así que estuvieran prontos los contingentes marcharía con ellos.

Los gobernadores Ibarra y Bustos, y aun el comandante general de los Llanos, Quiroga, ⁽¹⁾ no habían dejado de alarmarse por mi colocación en el gobierno, pues calcularon al principio que podría ser ordenado por el gobierno de Buenos Aires, pero se desengañaron muy pronto cuando recibieron la circular, de dicho Gobierno para atacarme. Pero apenas tuvieron dicha circular desaparecieron sus recelos y se dirigieron á mi invitándome á que debíamos estar prevenidos todos los gobernantes de las Provincias para resistir los avances del gobierno de Buenos Aires, pues quería comprometer á las Provincias en una guerra exterior, y arrancarles con este pretexto á muchos de sus hijos, para embarcarlos para la Banda Oriental.

Es preciso advertir que había una formal disposición á mandar los contingentes, en las provincias de Santiago Córdoba y la Rioja, como lo había habido en Tucumán por parte de Lopez.

Yo me habia ofendido altamente por esta circular que expidió el gobierno del señor Las Heras, contra mí, después de la franca exposición que le habia hecho el mismo día del encuentro con Lopez, de las poderosas razones que me habían impulsado á dar el paso de separarlo del gobierno, solo por salvar á mi pueblo de los inmensos males que iba á experimentar por causa solo de Lopez; y para llenar mis deseos, como los del gobierno, de llevar un lucido contingente de mis paisanos y sacrificarme con él combatiendo por la libertad y los derechos de mi patria.

Mas sin embargo de todo esto, no podia yo nunca prestarme á las anárquicas miras de Quiroga, Bustos é Ibarra; pero como había perdido la confianza del gobierno de Buenos Aires, no podia abiertamente rechazarlos, porque en tal caso prevalidos de la orden que tenían me harían pedazos, por no estar mi pueblo preparado, ni

⁽¹⁾ Este era su título ó el que él se habia dado, pues el de General lo tomó después de su casual triunfo en el *Tala*.

uniformada en su opinión. Vime, pues, precisado á estrecharlos con falsas promesas, mientras uniformaba la opinión, preparaba á mi pueblo, y obtenía la confianza del gobierno del señor Las Heras.

Volví á escribir al gobierno de Buenos Aires, con este motivo y según recuerdo fué ya al señor Ministro de la Presidencia el Dr. Julian Segundo de Agüero, pues había sido ya nombrado Presidente de la República el señor Bernardino Rivadavia; mi objeto al dirigir esta nueva comunicación, no era otro que el de desimpresionar al Gobierno Nacional, de los infundados recelos que había concebido contra mí el gobierno del señor Las Heras.

Decíale al señor Ministro en dicha comunicación, que el único medio de enfrenar á los gobiernos de Santiago del Estero, Córdoba y La Rioja, era el de levantar una fuerza en Tucumán, para contenerlos y sujetarlos á la obediencia, pues se negaban ya abiertamente á prestar su reconocimiento y aceptación al Presidente que había nombrado el Congreso, pero como yo veía que el Gobierno desconfiaba de mí, sin merecerlo, me abstenía de pedirle autorización para ello.

El señor Ministro, me contestó que el levantar una fuerza en Tucumán, sería ocasionar la alarma de dichas Provincias y de sus caudillos; que dicha fuerza era mas propio levantarla en Salta, por ser una Provincia limítrofe á una república extraña, ⁽¹⁾ por cuya razon no ocasionaría los recelos de las demás; que en esa virtud había dispuesto el Gobierno que el general Juan A. de Arenales gobernador de Salta, lavantase un ejército, para cuyo objeto le remitía dos mil fusiles y mil quinientos sables, y que esperaba que yo cuidaría de que no se pusiera ningún embarazo á la tropa que conducía dicho armamento; pero el verdadero objeto de dicho levantamiento de tropas, era el de contenerme, en el equivocado con-

(1) Bolivia que había sido declarada República por el libertador Bolívar.

cepto de considerarme enemigo del Gobierno, cuando era su mejor apoyo, como lo había sido siempre.

Se me olvidaba decir que antes de haber yo regresado de Salta á Tucumán, había pasado de Ministro Plenipotenciario cerca del general Bolivar y enviado por el gobierno de Buenos Aires el general Carlos Alvear y mi padre político el Dr. José Miguel Diaz Velez, como secretario, y que el coronel Manuel Dorrego había pasado después para Bolivia con pretexto de un negocio de minas. Que á los pocos días después de estar yo encargado del gobierno de Tucumán había el general Arenales, mandado su contingente creo de 400 hombres, bajo las órdenes del coronel José Maria Paz, sin embargo de tener yo la orden para conducirlos todos juntos.

Al poco tiempo después de haber pasado el coronel José María Paz, había yo mandado, á mi primo el coronel José Ignacio Helguero para Buenos Aires conduciendo, me parece, que 300 hombres para el ejército y entre los cuales fué tambien de soldado aquel famoso Arbolito, que fué poco tiempo después, uno de los brazos fuertes de Juan Manuel Rozas.

Al muy corto tiempo de estar encargado del gobierno de Tucumán, pasó del Perú para Buenos Aires el general peruano Miller á quien obsequié en mi casa y lo instruí de las razones que me habían obligado á dar el paso de separar al gobernador Lopez, y cuan disgustado estaba de las injustas desconfianzas del Gobierno, pues me privaba de los deseos de ir á tomar parte en la guerra contra el Imperio del Brasil.

Al poco tiempo logré arreglar la Provincia y unir todos los ánimos, hasta el extremo de convertir en amigos á todos los partidarios del ex-gobernador Lopez.

Para consolidar dicha unión, que no la había de mucho tiempo atrás, procuré establecer (y la establecí), una junta ó sociedad de todas las personas mas notables del pueblo y de su campaña, y de la cual me constituí su presidente. El deber que impuse á todos los individuos de ella, fué el de denunciarme en las reuniones, que eran

en todos los días festivos por la noche, todos mis actos que merecieran su reprobación ó la del pueblo, en vez de ir á criticarlos á los cafés, como tenían de costumbre. Dijeles que semejantes críticas en los cafés solo servían para estraviar la opinión retirando la confianza al Gobierno, muchas veces ó las mas de un modo injusto; pues sin saber los motivos porque el Gobierno habia dictado esta ó aquella medida tal vez justa y necesaria, iban á desacreditarlo. Que siendo solo mis deseos los de hacer la felicidad del país promoviendo sus mejoras y adelantos, deseaba que todos los ciudadanos acusaran mis actos ante la sociedad con toda libertad; que si estas acusaciones eran infundadas, tendria yo la satisfacción de hacerles conocer su injusticia, y era para mí mas honrosa la de enmendar los defectos que hubiera cometido, pues de ello no me avergonzaria jamás, puesto que mis intenciones y deseos no eran otros, que los de obrar bien y de ninguna manera mal. Estaban asi mismo autorizados para proponer todas las mejoras que considerasen útiles y necesarias.

Me costó bastante trabajo para decidir á muchos de los ciudadanos á prestarse á dicha reunión, pues temian el expresar francamente su sentir á mi presencia; y esto nacia de que estaban acostumbrados á los actos despóticos de los anteriores gobernantes. Pero al fin conseguí mi objeto y logré unir todos los ánimos, inspirando á todos la mas completa confianza.

Mandé hacer también un reconocimiento del rico cerro del Aconquija, por un peruano inteligente en el ramo de minas, y se descubrieron siete ricas vetas, y me acuerdo que una ó dos de ellas, me dijo el enviado que no las habia visto mas ricas en Potosí.

Establecí escuelas y designé una plaza para mercado, en las bóvedas del corralón de San Francisco que no se comunicaba con ese convento.

Con motivo del descubrimiento de minas en Aconquija, se apresuraron muchos comerciantes y vecinos pudientes á pedir estacas en propiedad para trabajarlas

y concedí varias, pero quedó todo paralizado con la invasión de Quiroga.

Antes de ésta, había regresado de Bolivia para Buenos Aires mi compadre el coronel Manuel Dorrego, muy empeñado en derribar el gobierno de Rivadavia, y al efecto me había hecho mil instancias y ofrecimientos para que fuese yo el que diese el primer paso de desconocer su gobierno.

Me excusé fuertemente, manifestándole los males que semejante paso produciría al país; y ultimamente para cohonestar mi negativa, le dije que no quería de ninguna manera exponer ó comprometer mi familia, pues si tal paso daba, no me permitiría tal vez hacerla venir. Pero él que todo lo allanaba, me aseguró que él mismo sería el conductor de mi familia, y que para el efecto le diera yo una carta para su comadre; que dado el paso de deponer al gobierno del señor Rivadavia, yo sería el de la mayor influencia en las demás Provincias del norte, porque se establecería el gobierno federativo y arreglaríamos el país de otro modo.

Para libertarme de estas molestas pretensiones, le prometí tomar inmediatamente mis precauciones secretas, y que luego que tuviese todo arreglado le mandaría un propio con la orden para que mi esposa se viniera con él. Solo así pude libertarme de él y se marchó muy contento ó esperanzado, pero era en lo que yo menos pensaba.

Viendo los gobernadores Quiroga y Bustos como también Ibarra, que yo retardaba demasiado el paso de desconocer al gobierno de la Presidencia para la cual había sido instado repetidas veces, se dirigieron al gobernador Gutierrez de Catamarca para que desconociera dicho gobierno, del señor Rivadavia, pero este me consultó inmediatamente sobre la pretensión de aquellos gobiernos, diciéndome que él no haría sino lo que le ordenara. Recibi precisamente dicha comunicación cuando acababa por el contrario de reconocer al referido gobierno que había sido nombrado por el Congreso.

Inmediatamente díjelo en respuesta al gobernador Gutierrez, que siguiera mi ejemplo y prestase su reconocimiento al Presidente de la República, como yo lo había hecho; que participase dicho reconocimiento por toda respuesta á los Gobiernos que lo habían invitado para todo lo contrario; y despachado el propio de Catamarca con esta mi contestación, despaché otro al instante al señor Ministro, el doctor Agüero, dándole cuenta del reconocimiento que había prestado con mi Provincia al Gobierno Nacional y adjuntándole original, la nota del gobernador Gutierrez y la cópia de mi contestación.

Cuando el Presidente de la República y su Ministro recibieron mis comunicaciones, advirtieron recién su error, de haber puesto en duda la lealtad y buena fé del mejor amigo del Gobierno, y de su mas fuerte y decidido apoyo. Me nombraron entonces Coronel del Regimiento N^o 15 de Caballería y me dieron orden para su formación.

¡Pero por su desgracia, por la de la Patria y mía, era ya tarde!

Pues recibí estas comunicaciones cuando se había empeñado precisamente, la carga de mi caballería contra la de Quiroga, en el campo fatal del *Tala*, el 27 de octubre del año 1826! ¡Cuatro días antes, esta orden, habria salvado la Patria! Los funestos caudillos Quiroga, Bustos é Ibarra, habrían desaparecido sin remedio! Nuestro mejor y mas ilustrado Gobierno, se habría cimentado de un modo firme; y no habríamos tenido federación ilusoria, sin mazorca ni *héroe del desierto*! Ved la prueba de esta verdad, en la verídica relación que sigue.

En el momento que Quiroga y Bustos recibieron del gobernador de Catamarca, Gutierrez, el aviso de haber reconocido al señor Rivadavia por Presidente de la República y prestándole su obediencia, dispusieron una fuerza en unión con el gobernador Ibarra de Santiago del Estero; y espedicionaron sobre Catamarca; sorprendieron al gobernador Gutierrez, y se apoderaron de la Provincia.

El gobernador Gutierrez, que logró salvar, me dió

cuenta al instante desde la frontera del sur de Tucumán. Recibido que hube dicho aviso, mandé salir al siguiente día á mi primo el coronel José Ignacio Helguero (que ya había vuelto de su comisión) con 300 hombres de caballería en auxilio del gobernador Gutierrez, y con la orden de que se lanzaran sin demora sobre las fuerzas que habian ocupado á Catamarca. Esta mi orden fué ejecutada sin demora y las fuerzas invasoras fueron arrolladas y dispersas.

Quiroga que era audaz y atrevido, mas para hacer sacrificar á sus hombres que para esponerse él; y que se vió burlado, por mi, que había esperado encabezaría la oposición contra el Gobierno Nacional, reúne inmediatamente sus fuerzas en los Llanos, y marcha á los pocos días, con 300 infantes y 800 ó mas hombres de caballería sobre Tucumán pasando por la provincia de Catamarca, con rapidez. El gobernador Gutierrez, poco menos que sorprendido por segunda vez abandona su Provincia y se dirige hácia la de Tucuman con bien pocos hombres.

Fué tan rápido el movimiento de Quiroga, que cuando me llegó la noticia á Tucumán el 20 de octubre, se aproximaba ya á pisar su territorio. Hicele un propio á Ibarra en el acto, proponiéndole una entrevista sin mas compañía que un par de hombres y dos ayudantes en Vinará, avisándole la invasión de Quiroga y mandé convocar para el día siguiente todos los escuadrones de milicias al campo de la Ciudadela. Ibarra se negó y los escuadrones estuvieron prontos, caída ya la tarde del 21. En estas circunstancias pasaba para Salta por la plaza de Tucumán como á las dos de la tarde, la tropa de carretas que conducía los 200 fusiles y 1500 sables para el general Arenales, que le mandaba el Presidente de la República.

Yo no tenía armas para la campaña que iba á emprender contra Quiroga. El señor ministro Agüero, me habia comunicado el objeto con que dichas armas eran remitidas á Salta excusándose á la indicación que le

había yo hecho. ¡Echar mano de ellas para mi empresa (que ¡ojalá lo hubiera hecho!), era alarmar al gobierno de Salta á mas de la autorización que Quiroga tenía para atacarme!

Me contenté, pues, con pedir al tropero un cajón ó dos con 40 fusiles, y otro con igual número de sables, y di cuenta por medio de un expreso al gobernador Arenales, del motivo porque me había tomado la libertad de usar de dichas armas, pero que serían devueltas asi que regresara.

Como apenas tenía como armar 400 hombres de lanza y de tercerola, no todos; traté solo de sacar 25 hombres para escuadrón, de entre los 16 que había convocado; con los cuales y 90 cívicos que tenía ya reunidos asi suficientemente para combatir á Quiroga pues debía incorporarlos á mi paso para Monteros y río Chico y un escuadrón más y también la fuerza que pudiera tener el gobernador de Catamarca.

Asi fué que llegados los escuadrones, salí á proclamarlos, anunciándoles que el insolente Quiroga había pisado nuestro territorio, y marchaba á castigarlo; les dije:

— «Para esto solo necesito 25 hombres decididos de cada escuadrón, y quiero que sean de los menos ocupados y solteros. Con este conocimiento marchen al frente los que quieran seguirme». — Apenas hube dado la voz de marchar, cuando todos los escuadrones marcharon al frente, sin quedar un solo rezagado.

Díles las gracias por su decisión, y les aseguré que jamás había dudado de ellos; pero volviendo á repetirles que con solo 25 hombres de cada escuadrón me bastaban, y de la clase que les había dicho, sucedió lo mismo á la voz de marchen. Entonces, mandé que salieran al frente todos los que fueran solteros, sin llevar uno solo que fuese hijo único, á parte de los 25 hombres que había pedido, de cada escuadrón.

Nombré los oficiales y jefes que debían mandarlos y me puse en marcha ya cerrada la oración, pues los 90

ó 100 cívicos, estaban ya esperándome formados, con dos piezas de artillería y una carretilla con los cajones de los 40 fusiles y otros tantos sables.

Mi hermano político Ciriaco Díaz Velez, que había pasado en compañía de los diplomáticos Alvear y el doctor Díaz Velez, y que se hallaba ya de regreso, marchó también conmigo, al mando de uno de los escuadrones.

Al pasar por Monteros llevé al coronel Almonte, boliviano, casado en dicho punto, con un escuadrón que estaba á sus órdenes.

En San Ignacio, ya cerca del campo del Tala, se me incorporó el gobernador Gutierrez con cerca de 80 hombres; de los cuales armé 40 infantes más y los incorporé á mis cívicos. En este día hubo un encuentro con una fuerza de Quiroga, al llegar á San Ignacio, y fué rechazada, tomándosele unos cuantos prisioneros que me fueron presentados, ya al anochecer.

Después de haberme informado por dichos prisioneros, del número de fuerzas que tenía Quiroga; por probar un arreglo amigable, á fin de evitar la efusión de sangre, escribí una carta á Quiroga, preguntándole cual era el objeto de haber pisado ya el territorio de la Provincia, sin darme el menor aviso, ni recibido por mi parte agravio alguno; que si tenía él alguna queja particular contra mi, era mejor que tuviéramos al siguiente día una entrevista los dos solos, á presencia de nuestras fuerzas, para satisfacernos; y caso que esto no se lograra, podríamos allí mismo decidir nuestra querrela solos, sin exponer para nada la vida de nuestros compatriotas; que siendo esto lo más racional y justo se lo mandaba proponer con sus mismos soldados que había tomado prisioneros y se los despachaba en libertad.

Puesta así dicha carta llamé á los prisioneros, les hice devolver la ropa que les habían quitado, y los mandé con la carta, despidiéndose estos muy agradecidos, y prometiéndome además, que si su General



Juan Facundo Quiroga



no aceptaba mi justa pretensión, no serían ellos los que pelearían contra mí. Me avancé después de despachados dichos hombres, hasta un rancho que había inmediato, y solo distante del campo del Tala, cuatro leguas, pues las fuerzas de Quiroga habían retrocedido á dicho campo desde San Ignacio en la mañana de ese mismo día.

Muy de madrugada rompí la marcha y esperé en vano la contestación de Quiroga, al frente ya de sus fuerzas. Dispuso él su línea y yo la mía en el orden siguiente:

Al gobernador Gutierrez le di el mando de mi derecha, y mi izquierda al coronel Helguero mi primo, quedando yo encargado del centro, que lo componían mis 90 cívicos tucumanos con los 40 más que había armado de la gente de Gutierrez, y 80 milicianos de reserva á las órdenes del entonces sargento mayor Gregorio Paz, primo mío también.

Los 300 infantes de Quiroga estaban colocados á su centro en columna, y tenía 200 de caballería de reserva. El resto de su fuerza estaba en ambos flancos; y no pasaba el total de la mía de 650 hombres.

Se habían cruzado ya algunos tiros y escaramuzas provocadas por la gente de Quiroga que se movió á mi encuentro, cuando mandé disparar sobre su infantería dos tiros de cañón á cuya señal debía cargar mis dos alas sobre la caballería enemiga, como lo hicieron en efecto, llevándose por delante á los de Quiroga: ¡pero al disparar los dos cañonazos acababa de recibir el pliego del señor ministro Agüero, y con él la confianza del Gobierno Nacional! Véase, pues, con cuanta razón dije: ¡Esta orden cuatro días antes, habría salvado la patria! Pues deteniendo entonces la tropa que llevaba el armamento para Salta, habría, con la demora de uno ó dos días más marchado con dos mil hombres, cuando menos ¡Y qué habría sido entonces de Quiroga, de Bustos y de Ibarra? ¡Calculen los lectores! ¡Una imprudente y temeraria desconfianza por parte del gobierno que nos perdió, y aca-

bó de consumir nuestra desgracia, su más imprudente liberalidad!!!

Puesta en fuga la caballería de Quiroga, y habiéndose lanzado en su persecución toda la mía; muévase él á la cabeza de sus 200 caballos de reserva y hace al mismo tiempo mover sobre mí su columna de infantería. Sálgole yo al encuentro con mis 80 caballos, y mando á mis cívicos romper el fuego de cañón sobre la columna y que la carguen en seguida.

Los 200 caballos de Quiroga, y él con ellos, no esperaron á cruzar sus lanzas con mis 80 milicianos y se pusieron en fuga; procuré inmediatamente contener una parte de mi caballería para ir en protección de mis pocos cívicos, y pudiendo apenas detener más de 30 hombres, regresé con ellos; pero mis cívicos llevaban ya en retirada á la columna de Quiroga y le había arrebatado su bandera negra con dos canillas y una calavera blanca (sobre ellas) y la siguiente inscripción: *Rn. O. M.*

Me lancé al instante en alcance de ella con mis pocos hombres de á caballo, pero así que me vió cerca, paró la columna y me hizo una descarga con la que me volteó mi caballo y unos pocos hombres é hirió al mayor Gregorio Paz en una mano. Mis hombres dispararon así que me vieron caer, pero habiéndose enderezado mi caballo al instante, salté á él y crucé por entre la columna nombrándome y ofreciéndoles indulto para que se rindieran. Muchos tiros me dispararon pero ninguno me tocó.

Habiendo cruzado la columna sólo, regresé á escape por su flanco izquierdo en alcance de los míos de caballería, pues los cívicos venían apurando su marcha y tirando los dos cañones; los contuve á palos y regresé por segunda vez sobre la columna que había seguido su retirada. Animo á mis pocos hombres y lánzome otra vez sobre ella, pero hácenme otra descarga y huyen por segunda vez mis soldados, pero la atravieso yo solo como al principio y vuelvo más enfurecido en alcance de los cobardes que me habían abandonado por segunda vez y los retrocedo nuevamente á palos.

Á esta tercera y temeraria carga se siguió una igual escena á la primera. Mi caballo cayó por segunda vez como á 50 pasos de la columna, y mis hombres dispararon, habiendo quedado tres ó cuatro tendidos. Habiéndose parado por segunda vez mi caballo, lo monté al instante pero no pude ya hacerlo mover; unas cuantas balas le habían atravesado el pecho. En el acto fui rodeado por un grupo como de 14 ó 18 hombres de caballería que se habían refugiado entre la columna, y me acuerdo que estuve defendiendome de ellos con mi espada, por unos instantes, pero sin haber sido herido. ¡Lo que pasó después, no lo sé!

Mis civicos que iban inmediatos cuando me voltearon mi caballo, y que me vieron montar, quedarse mi caballo parado y rodearme en seguida los pocos hombres de á caballo: dicen que se vieron perplejos, que corrían, ya unos en mi auxilio, y no siendo seguidos por los otros, regresaban. El resultado fué que cuando me vieron caer por muerto se echaron á llorar y regresaron todos. Mientras tanto los enemigos me dejaron desnudo y por muerto en el campo, con 15 heridas de sable. En la cabeza 11, dos en la oreja derecha, una en la nariz que me la volteó sobre el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo, y más un bayonetazo en la paletilla y junto con el cual me habían disparado el tiro para despenarme, tendido ya en el suelo.

Me pisotearon después de esto con los caballos, me dieron de culatazos y siguieron su retirada. Mi hermano político el mayor Ciriaco Diaz Velez, que regresaba vencedor con algunos de sus hombres en busca mía encuéntrase con la columna que se retiraba, y la divisa y se dirige á ella, juzgándola ya prisionera, pues no llevaba la bandera; y es recibido con una descarga. Conociendo por esto su error da vuelta á escape hácia la izquierda, se encuentra con un árbol y cae y es hecho prisionero después haberle dado seis ó siete heridas entre lanzadas y sablazos.

La columna sigue con él prisionero enancado hasta

que alcanza á su general Quiroga, que había pasado el aviso de mi muerte y retroceso de mi caballería. Preséntale el coronel Bargas jefe de su infantería mis armas, mi sombrero y toda mi ropa y también á mi hermano Diaz Velez. Quiroga le enseña á este mi ropa y mis armas y le pregunta si en realidad es mio todo aquello. Diaz Velez se sorprende al ver dichas prendas y dice al General que efectivamente era aquella la ropa y las armas con que estaba yo vestido.

Como Bargas (1) le había asegurado que la poca tropa que estaba conmigo se había retirado así que me vieron caer; y que el campo en que quedaba y muerto había quedado abandonado, resolvió regresar, mandó reunir cuantos hombres pudo, pues su dispersión fué tan grande, que muchos de sus soldados fué preciso traerlos de los llanos de La Rioja. Así que hubo reunido alguna caballería contramarchó al campo de batalla, y habiendo llegado á él, bien caida ya la tarde y haciendo conducir á mi hermano Diaz Velez en ancás; mandó reunir todos los cadáveres que se encontraban en el campo, y que no eran pocos é hizo que Diaz Velez pasase vista por todos ellos para que le indicara cual era el mio.

Como los cadaveres estaban ya hinchados, y desnudos los más de ellos, pues había pasado ya algunas horas desde las 10 bajo un sol abrasador, temía mi hermano (según me comunicó después de su fuga), equivocarse no conociéndome, y para no sufrir tal vez su muerte por dicha causa, los registró á todos con cuidado buscando en ellos las dos únicas señas por donde podría conocerme, y eran—Un balazo único que tenía desde la guerra de nuestra independencia, en el muslo izquierdo que había sido recibido en la acción de Salta y por un balazo que tenía y un diente que me faltaba en la mandíbula inferior. Luego que hubo practido dicho reconocimiento díjole á Quiroga que no estaba mi cadáver entre

(1) Este Bargas era de Santa Cruz de la Sierra y había sido sargento de Dragones en el ejército auxiliar del Perú y por consiguiente me conocía.

ninguno de cuantos tenía á la vista y para que no dudase el General, le hizo la explicación de dichas señales. Quiroga entonces mandó acampar su gente después de bien cerciorado de la retirada de la mía, y libró sus órdenes para la reunión de todos sus dispersos y escribió también á Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, llamándolo con sus fuerzas para que pasaran juntos á Tucumán.

Mientras Quiroga reunía sus fuerzas para volver al campo del Tala cuando le alcanzó Bargas, mi caballería vencedora y sus jefes se retiraban desconsolados por la noticia de mi muerte, que recibieron conforme fueron regresando; pero antes de esto había sucedido con mi supuesto cadáver algo singular.

El campo del Tala tendrá como media legua ó tres cuartos de ancho, de este á oeste. Los civicos se retiraban después que me vieron caer, y me consideraron muerto; y al llegar á la ceja del monte á la parte del norte dice uno de ellos á los demás—¿Como es posible que dejemos á nuestro Gobernador, tirado en el campo? ¡Si hay dos hombres que me acompañen para ir á buscar su cadáver y llevarlo á Tucumán, yo me vuelvo! Salieron al instante dos y regresaron los tres; registraron el campo y me encontraron completamente desnudo, todo ensangrentado, privado de mis sentidos, y sin otra prenda que un escapulario de Mercedes que me había mandado mi señora de Buenos Aires, y un pedazo del cordón con que tenía colgado el reloj al cuello regados con la sangre.

Estos tres buenos soldados, dicen que me levantaron por delante en el caballo de uno de ellos y echaron á andar, y que avistándose una partida de caballería por detrás, echaron á correr conmigo, creyéndola enemiga, me les tiré yo del caballo, diciéndoles (de modo que apenas se me entendía) sálvense Vdes. que yo voy á morir. Como dichos tres hombres vieron que la partida corrió hacia ellos así que habían empezado á huir conmigo, apretaron su carrera, pues no había tiempo ya para levantarme. La partida que corría por detrás y vió caer un hombre,

dirijese á él y queda sorprendida al reconocirme. Era de nuestros soldados que regresaban vencedores de la caballería de Quiroga! Alzanme y siguen su camino, juzgando que la infantería enemiga y su reserva, me habían batido. Avistan otra por detrás, la juzgan igualmente que la primera partida, enemiga, apuran sus caballos y vuelvo á tirarme al suelo repitiéndoles lo que había dicho á los civicos:—que se salvaran.

La partida nuestra huyó, y yo quedé abandonado. No pudo descubrirse después, si esta segunda partida fué nuestra ó enemiga; el resultado fué que quedé allí tirado, que habiendo referido más adelante dicho pasaje, se volvió un cabo de las milicias de Catamarca llamado Francisco ó Miguel Nuñez, en mi busca, y que encontrándome por las señas que tomó, me sacó del campo como á las tres de la tarde y dejó á un lado del camino así que hubo entrado al monte, para ir en alcance de algunos para que volviesen en su ayuda y buscarme un poco de agua, pues dice que iba yo desesperado por la sed.

Habiendo galopado el cabo como una legua sin encontrar á nadie, se regresó con un chifle de agua, y quedó sorprendido al no encontrarme en el lugar que me había dejado; pero habiendo advertido por los rastros de la sangre en la huella que había dejado en las pajas á la derecha del camino, me descubrió debajo de un árbol, á pocos pasos distantes, corrió á mí y me dió el agua, después de haberme alarmado al sentirlo y díchole que no me rendia.

En seguida de esto decia el cabo, que observando ya que los enemigos estaban regresando al campo de batalla como á las cinco de la tarde, me dijo:—¿Quiére señor que nos vamos, pues los enemigos están ya volviendo? que á este dicho no le contesté sinó con una inclinación de cabeza y que sentándome por delante de su caballo y montando en seguida, continuó su camino con mucho trabajo, porque á cada instante me le quería dejar caer del caballo, hasta que atándome con la punta de un

pañuelo por la pierna izquierda ó derecha, me aseguró con la otra punta en la argolla de la cincha desu caballo y por cuyo medio logró llegar como á las 8 de la noche al rancho en donde había yo dejado en la noche anterior, la carretilla y los cajones en que había llevado los fusiles y los sables.

Fué así que la mujer única que había en el rancho le ayudó á bajarme del caballo y meterme adentro, descargándose un fuerte aguacero, la mujer le pidió en seguida su caballo para dirigirse al monte á llamar á su marido, la cual habiendo vuelto al poco instante con él y unos cuantos hombres más, y entre ellos un santiagueño curandero; hizo que este me curara las heridas, cortase un pedazo de la oreja que venía pendiente de un hilo, y cosiese la punta de la nariz que la tenía caída sobre la boca, y que colocando en seguida dos varas aseguradas por debajo del cajón en que habían ido los fusiles que estaban allí tirados, me acostaron en él y marcharon llevándome al hombro por el monte. Que de este modo me condujeron hasta el río Chico. De 14 á 15 leguas de Tucumán, ayudados ya por varios milicianos que se habían juntado; pero conduciéndome siempre por entre los bosques de la falda del cerro.

Como la noticia de mi muerte y pérdida, después de haber vencido á Quiroga, había llegado á Tucumán al siguiente día 28 de octubre en circunstancias de hallarse todo lo principal del pueblo en la iglesia de la Merced, mientras se predicaba el sermón de los apóstoles San Simón y San Judas, que son los patronos; y trasmitiéndose allí dicha noticia, teniendo que bajarse el predicador del púlpito sin concluirlo, por que toda la gente se salió, sin que pudieran contenerla, llorando y pidiendo al cielo por que me salvara aunque perecieran sus esposos ó sus hijos (1) me tenían ya todos por muertos. Y

(1) El padre Reto, religioso mercedario, y tenido en Tucumán por un santo, me hizo dicha relación cuando hube recobrado mis sentidos y regresado á Tucumán, después que se retiró Quiroga; asegurándome que solo entonces había conocido cuánto era yo querido en mi pueblo.

aunque al siguiente día 29 llegó un tambor cordobés de los que hablan ido conmigo, pidiendo albricias por que había salvado, pues era él, uno de los que me habían ayudado á cargarme en el cajón; y cuya noticia le había producido el llenar su gorra de dinero que le daban todos por ella, mucha parte del pueblo creyó que fuese una invención de mi secretario y delegado el Dr. Berdía para calmar la agitación pública.

Para cerciorarse, pues de esto, partió á escape para la campaña mi primo hermano, Luis Antonio Helguero, y se me presentó en esa misma tarde del 29, en el río Chico, dicen que me trajo un papel y una pluma pidiéndome que pusiera mi firma para satisfacer con ella al pueblo, y que habiéndolo puesto yo mi último apellido, se regresó volando. El resultado fué que el 30 me encontré ya un coche, con la madre de dicho Helguero, tía mía, José Araoz, el cura Pasellon, el boticario y el médico Rodriguez.

Fué conducido por ellos con mas comodidad ya, pero sin conocimiento, hasta Tucumán, á donde entré acompañado por la mitad de la población que salió á recibirme á pié, en coches y á caballo, á mas de una legua fuera del pueblo, el 2 de noviembre como á las 10 del día, con repiques generales en todas las iglesias, y en mis cinco sentidos, desde el Manantial que dista legua y media; parece que la providencia quiso hacerme gustar de aquella satisfacción mezclada de la mas amarga sensación, al conocer el público sentimiento que ocasionaba mi desgracia, pues pasado el puente del Manantial, volví como de un letargo á mis sentidos, alcancé á oír los dobles en todas las iglesias que acostumbran tocarse desde las 12 del día de ánimas hasta igual hora del día siguiente, y descubriendo en seguida la gran masa de población que salía á mi encuentro, percibí también el cese de los dobles y la sustitución de los repiques en todas las iglesias.

Me acuerdo que el presbítero Dr. Agustin Molina, que fué el primero á saludarme, me dijo desmontado

al estribo de mi coche y con los ojos anegados en lágrimas:

La Madrid, debes hacer gala
En lugar de entristecerte!
Pues nunca fuiste mas fuerte.
Que en el campo del *Tala!*
¡La fama allí te señala
Por las hazañas que hiciste;
Y aunque un accidente triste
Te arrebató la victoria,
¡Cuánto de heridas, de gloria
La Madrid, allí te cubriste! (1)

Así que me entraron á Tucumán y paró el coche en la puerta de la casa de mí prima Ceferina Araoz, volví á perder el sentido y no lo recobré hasta un mes después. Ocho ó nueve días me tuvieron allí, asistido por todos los mozos del pueblo que me hacían la guardia, relevándose de dos en dos horas, dos hombres á un tiempo; el uno abierto de piernas sobre mi cama y sosteniéndome por las espaldas sobre almohadas arriamadas á su pecho, y el otro sentado al lado cuidando de mis manos, para que no me volteara la nariz, pues lo había hecho ya en un descuido, y tuvieron que coserla nuevamente.

Mi cuerpo estaba todo abotagado, y dicen que tenía estampadas en el pecho y las costillas, las pisadas de los caballos y las culatas de los fusiles.

A los ocho ó nueve días entró recién Quiroga, y cometió toda clase de excesos. Algunas horas antes de su entrada, me condujeron al pueblo de Trancas, 21 leguas al norte de Tucumán.

(1) He querido expresar estas verídicas pequeñeces, aunque se me tenga por necio, pues los testimonios de estimación de mis compatriotas son la única gloria á que yo he aspirado, y aspiraré, porque estoy persuadido que solo se prestan al que obra bien, y es la única herencia que quiero dejar á mis pobres hijos. ¡La estimación y amparo de mis compatriotas!

Mi primo el coronel José Ignacio Helguero, se había retirado á la posta de Tapia, 8 leguas también al Norte, con más de 800 hombres de caballería y cívicos. Casi todo el pueblo emigró, y mi secretario el doctor Berdía y varios comerciantes del pueblo, marcharon á Trancas conmigo y permanecieron á mi lado hasta mi regreso.

Así que entró Quiroga en compañía del gobernador Ibarra á Tucumán y fué impuesto por los pocos vecinos que habían quedado de haberme sacado para Trancas, no quiso creerlo, pues me tenía por muerto, ó pretendía al menos hacerlo así entender á los suyos, para cuyo objeto publicó por bando, imponiendo la pena de muerte al que digera que yo vivía; y para convencer á los mismos que me habían visto vivo, les enseñaba mi sombrero echo pedazos, pues lo había conservado con un barbijo, mi poncho con varios balazos, mi chaqueta con el bayonetazo y balazo en la espalda; en fin, mi espada toledana con 14 ó 16 cortes que había parado. Mandó que le presentaran cuanto había oculto, impuso una fuerte contribución é hizo todo el mal que pudo.

En Salta se había recibido orden del Gobierno Nacional para levantar el Regimiento núm. 14, y lo había empezado á formar el comandante Magan. El general Arenales había dispuesto enviar una división de 600 ó 700 hombres en auxilio de Tucumán contra Quiroga é Ibarra, bajo las órdenes del coronel Francisco Bedoya y en la cual fué el comandante Magan con su cuerpo.

Cuando dicha fuerza estaba pasando por Trancas, hacía ya más de un mes que Quiroga estaba en Tucumán, yo había visto una mañana desde mi cama, por la puerta de mi casa, pasar alguna gente armada por el camino en dirección á Tucumán, pero no sabía qué gente era ni por qué me encontraba en Trancas, ni que Quiroga é Ibarra existieran en Tucumán. Esto era en el mes de diciembre ó á mediados de él; cuando por la tarde habiéndome dejado solo en casa, por haberse ido á cazar al monte mi secretario y demás comerciantes que paraban en la misma casa, oí una conversación á los

asistentes que se hallaban en el comedor, de las fechorías y daños cometidos por Quiroga é Ibarra en Tucumán. Al oír esto, despierto como de un letargo y sentándome enardecido me aproximé agarrado de las sillas hasta la última que estaba cerca de la puerta, escucho y comprendo todo el misterio de las tropas que había visto pasar y del motivo de permanecer yo allí, así como de las penas impuestas por Quiroga al que dijera que yo vivía. Llamé á uno de los soldados y le recombiné asperamente por haberme ocultado la entrada de Quiroga. En vano quiso el soldado negarlo, pues le hice conocer que había escuchado toda su conversación, por consiguiente me confesó todo y satisfizo á cuantas preguntas le hice: así de las fuerzas que había visto pasar, como del lugar que ocupaban las nuestras y los jefes que las mandaban. Le mandé que me presentara papel y tintero y llamase un paisano de confianza, sin avisarlo á nadie, y le impuse penas si comunicaba lo que yo hacía.

Así que me presentó el papel, puse á Quiroga é Ibarra la siguiente carta:

«El muerto del *Tala*, desafía á los caciques Quiroga é Ibarra, para que lo esperen mañana á darle cuenta de las atrocidades que han cometido en su pueblo: pues la Providencia le ha vuelto á la vida para que tenga la satisfacción de castigarlos como merecen».—Como el mozo estaba ya pronto, lo llamé aparte y le dije:

—Toma esta carta y marcha ahora mismo á Tucumán á entregarle tú mismo á Quiroga en esta noche. Si desempeñas con prontitud esta comisión, serás bien regalado por mí á tu vuelta; nada tienes que temer porque han de mandarte con la contestación, pero ¡cuidado con que nadie te vea ni sepa el objeto á que vas!

Marchó el soldado miliciano al instante, y me sentía ya lleno de vigor á pesar de mi extrema debilidad. Llegados al poco rato mi secretario, el doctor Berdía y los comerciantes Piedra Buena y Rodríguez que le habían acompañado á la caza, díjeles enardecido:—¡En este momento manden Vds. preparar el coche para marchar á

Tapia, donde está nuestra fuerza y correr á castigar á los bandidos que ocupan mi pueblo!

Se quedaron sorprendidos al verme expresar con tanta viveza, y díjome Berdia:

—Es imposible señor Gobernador, porque el estado de debilidad en que se encuentra no le permite moverse sin un riesgo evidente de su vida.

—Diga Vd. cuanto quiera y se le antoje,—le dije. He prevenido ya á esos dos caciques que voy mañana á castigarlos, y no he de faltar á mi palabra, porque me siento con vigor para ello; que venga el coche ó me hago montar en un caballo! Viendo mi decisión y temiendo que ejecutara lo que decía, dijo Piedrabuena que mandase preparar el coche, pero á pretexto de que necesitaba una pequeña refacción y de que no podía estar pronto antes de cuatro horas y de que no me convendría el fresco de la noche, me propusieron que marcharíamos por la mañana, y tuve que ceder porque los ví ya decididos á no contrariar mi voluntad.

Apesar de mis apuros desde que amaneció, siempre retardaron mi salida con varios pretextos, hasta cerca de las 10 y al emprender la marcha se me presentó el miliciano que había ido á Tucumán, con una contestación solo de Ibarra, en que me decía:

«Me alegro mucho que estés ya mejorado para servir á tus amos los porteños; pero respecto al castigo con que nos amenazas, lo veremos!!!» —Pero se fueron á esperarme, á Santiago, él y Quiroga á la Rioja, en esa misma noche, á pesar de estar nevando.

El conductor de mi carta había llegado á las 11 de la noche, entregándosela á Quiroga, quien así que conoció mi firma le pasó la carta á Ibarra y mandó prepararse para marchar, á sus tropas, á pesar de estar nevando. A las 2 de la mañana, estaban ya en marcha ambos.

Cuando llegué á la posta de Tapia, me encontré con la noticia de haberse retirado los enemigos después de haber arreado cuanto ganado y caballos había en la Provincia.

Llegados á Tucumán fué preciso que se reunieran los médicos para atenderme, porque estaba yo en extremo debilitado, con una ó dos costillas rotas, y una tos de mal agüero para todos; se opinaba además que debía de tener la bala en la espalda y que era preciso operarme.

Yo instaba por marchar inmediatamente sobre Santiago del Estero para libertarnos de Ibarra, que era el enemigo que nos perjudicaba mas que ninguno en la Provincia; así por la intermediación á que lo teníamos como por mil pechos que impuso á las carretas que transitaban para Buénos Aires como al mismo pueblo de Santiago y en campaña, que se abastecen de todo en Tucumán; pero todo el mundo se opuso porque me consideraban con peligro de una muerte muy próxima, por cuya razón habían dispuesto ya que se preparara una fuerza de 200 cívicos de entre los artesanos del pueblo, y 800 hombres de las milicias que agregados á los 600 que había traído de Salta el coronel Bedoya, componían una fuerza de 1900 hombres, la cual debía marchar sobre Ibarra, bajo las órdenes del referido jefe de Salta.

Berdía que era el encargado del Gobierno, facilitó el apresto de dicha expedición con no poco trabajo, por la falta de caballos, y aun por la del ganado, que era preciso llevara la expedición, pues que en la provincia de Santiago no encontrarían absolutamente que comer. En fin, mientras yo me resistía á la operación, de un modo abierto y decidido, alegando que la herida de la espalda no podía ser de bala, (pues que de serlo me habría bandedo) por cuanto recordaba haber estado sano y bueno cuando me rodeaba la caballería sobre la columna de Quiroga; despacharon al fin la expedición y ultimamente me convencieron y me operaron inútilmente, pues no encontraron la bala y solo me sacaron un pedacito del filete de la paletilla y parte de una costilla, en la cual estaba la señal de la bayoneta.

Tuvieron que sacarme á los pocos días al campo del Manantial, [legua y media de la ciudad] con el objeto

de tomar los aires, pero no me probaron bien, porque son húmedos y algo fríos por la proximidad del Aconquija y me volvieron al pueblo al acercarse los días de Carnaval.

El coronel Bedoya había retrocedido ya de Santiago, sin conseguir ventaja alguna, habiendo, por el contrario, perdido la mayor parte del ganado que llevó; pues había cometido la imprudencia de meterse al pueblo y dejarse sitiado en él; y faltándole los alimentos, tuvo que regresar escopeteado por Ibarra, en la jurisdicción de aquella Provincia.

Con este motivo los chicos habían compuesto una nueva letra para la vidalita alusión á la desgracia del *Tala*; á esta malograda expedición, y el estribillo de cada verso, era el siguiente:

«Es porque La Madrid se halla herido!»

Por cierto que con esta canción me mortificaron en extremo en la noche que me trajeron al pueblo, pues á mas de haber recién llegado de Bolivia mi padre político, el doctor Díaz Velez, con el general Alvear, se agruparon á cantar tantos versos sentimentales con aquél estribillo, respirando cada uno de ellos tal entusiasmo y deseos de vengarme, que me traspasaban el alma y aumentaban mi deseo de corresponder al interés que todo el pueblo demostraba por mí; tanto que mi padre político quiso salir al pátio y decir á los que estaban, que no me mortificaran con sus canciones.

No recuerdo la fecha en que se recibió en Tucumán la noticia de la llegada del coronel colombiano Matute, que había venido á Salta, pasado del ejército del general Sucre, que estaba en Bolivia, con un cuerpo de granaderos colombianos de á caballo, con el cual levantaron la campaña contra el gobernador Arenales, el doctor Gorriti y los Puch. El resultado fué que llegada la noticia y al mismo tiempo la orden al coronel Bedoya para

que marchara por el camino de las Cuestas sobre los insurrectos; no conseguí que dicho Coronel demorase siquiera un día, para darle 200 de mis cívicos y dos piezas de artillería ligera que habían salvado de las manos de Quiroga é Ibarra. Salió el mismo día con 50 cívicos que se encontraban en el pueblo, pues los demás andaban con licencia por la campaña ó entretenidos en el carnaval; llevó también las dos piezas.

Advertiremos aquí que el día que regresó á Tucumán, Bedoya, con la expedición de Santiago, había ya salido á proclamar á los cuerpos de milicianos, invitándolos á servir en el regimiento N^o 15, que tenía orden de formar para llevarlo á la campaña del Brasil. Conseguí reunir como 170 jóvenes que formaron el primer escuadrón y que poco después subió á 190 plazas.

Nombré comandante de dicho escuadrón á mi primo el mayor Gregorio Paz y lo encargué de su instrucción despues de haber nombrado sus oficiales.

Como mi salud continuase mal, pasé con una escolta de dicho Cuerpo, llevando á mi padre político á la estancia de los Porcel, en la Banda.

Poco pude permanecer allí, pues como estaba cerca de la jurisdicción de Santiago, Ibarra trató de sorprenderme una noche, pero arrollamos su fuerza, despues de lo cual regresé á la ciudad ya muy mejorado.

Llegó en estas circunstancias de Buenos Aires, enviado por el Presidente Rivadavia, mi primo Miguel Diaz de la Peña, mayorazgo de Guazan y diputado al Congreso por Tucumán. La misión era manifestarme que me moviera con una fuerte división sobre Santiago y Córdoba para derrocar á sus gobernantes Ibarra y Bustos, á cuyo efecto el Gobierno Nacional había mandado se colocase en el Pergamino el valiente coronel de Húsares, Federico Rauch, para que obrase de acuerdo conmigo y á mis órdenes.

Me llenó de satisfacción esta noticia, pero no dejé de estrañar que el Presidente no me enviara una orden por escrito. Pero conocía por esperiencia la debilidad de

nuestros Gobiernos y que aquella medida coincidía con la indicación que yo le había hecho al ministro doctor Julián Segundo de Agüero, y era preciso ejecutarla para que la Constitución que se había sancionado fuese aceptada por las Provincias, y no trepidé en cumplirla confiado en la palabra del comisionado.

Dicho comisionado venía autorizado para proporcionar por sí ó por otros, los fondos que se remitieran, girando las letras contra el Gobierno Nacional. Hablamos con Pedro Frias, comerciante de Santiago del Estero, que estaba en Tucumán, y con sus hermanos Javier y José, proporcionando el primero los fondos de que pudo disponer; y como no fueran bastante, el mismo Diaz de la Peña enajenó una de sus fincas para facilitar lo que faltaba.

Mientras tanto, había tenido ya lugar, ó lo tuvo después (lo cual no recuerdo) la derrota del coronel Bedoya en Chicoana á ocho ó diez leguas de Salta, por el coronel Matute y los Puch; por solo la inadvertencia del gobernador Arenales, pues debiendo mandar al encuentro de dichas fuerzas todo el batallón de Cívicos de Salta que le era decidido, y cuyo jefe el doctor Zuviria, se le había ofrecido al efecto; no lo hizo por indecisión, y dejó perecer la mayor parte de la división, después de haberse sostenido todo el día rechazando con solo 50 cívicos tucumanos y sus dos piezas de artillería, cuantas impetuosas cargas dió Matute con sus valientes granaderos, hasta que cerrada ya la noche, los asaltaron por la espalda por entre unas chacras, y salvando paredes, en el pretil de la Iglesia, en la que se habían hecho fuertes.

Perecieron en esta bizarra defensa innumerables hombres, y casi todos los cívicos que se sostuvieron hasta no haber quedado sinó 16 ó 20 hombres y heridos los mas. Solo así pudo Matute triunfar de esos decididos soldados-ciudadanos.

Todo el pueblo de Salta, sin exceptuar ni los españoles, de los prisioneros que estaban allí trabajando, se pusieron de parte del señor gobernador Arenales. Los

revoltosos se habían aproximado al pueblo, mas les fué absolutamente imposible penetrar á él.

En estas circunstancias, y cuando no había un habitante en Salta que no estuviese con el Gobierno, tuvo la debilidad el general Arenales, que era un valiente, de abandonar furtivamente el pueblo en una noche, so pretexto de no querer que por su causa se vertiese sangre. ¡Cuando un pueblo entero quiere ser libre, debe el que lo manda, perecer diez mil veces antes que abandonarlo! Yo al menos así lo habría hecho y lo haré aunque tenga ochenta años!

Cuando á la madrugada se supo en las trincheras y demás puestos avanzados que el Gobernador había desaparecido, los vecinos batieron las armas haciéndolas pedazos y se retiraron á sus casas.

Entrados los de la revolución, se colocó en el Gobierno el doctor Gorriti, y comunicó su nombramiento á los demás Gobiernos. Yo me apresuré á reconocerlo, (pues me hallaba ya encargado del Gobierno) porque tenía interés en que me facilitara el cuerpo de granaderos Colombianos para mi expedición, y también porque sin embargo del cambio, Gorriti seguía prestando su obediencia al Presidente de la República; y como le interesaba tanto ó poco menos que á Tucumán, el librarse de Ibarra, por los perjuicios que ocasionaba al comercio de Salta, no dudé de que se prestaría á dicha mi demanda.

Se la hice, pues, pidiendo al coronel Domingo Lopez Matute con su Cuerpo, y me dirigí á éste, manifestándole el placer que tendría de verlo á mi lado,

En efecto, Matute vino muy pronto, pero antes me había yo dirigido al gobernador de Catamarca, el señor Gutierrez, manifestándole la orden que tenía del Gobierno de obrar sobre Ibarra; previniéndole que saliera él con una división de 500 hombres por la parte de Choya (1)

[1] Es una población de la provincia de Santiago, al sud oeste de la Capital y que limita con la provincia de Catamarca.

sobre Santiago á efecto de sorprender á Ibarra, pues tenía él para dicha empresa, al valiente teniente coronel Pantaleón Corvalán, santiagueño, mientras yo le llamaba la atención por el norte, pero señalándole el día del asalto y el punto en que debíamos reunirnos.

Acordado todo esto, con conocimiento ya de la pronta llegada del coronel Matute, lo esperé con todo listo y mis tropas pagadas como nunca: á 10 pesos al soldado, 12 al cabo y 16 al sargento y un sueldo á los oficiales; y vestida además; consistiendo esta en 500 hombres de caballería y 200 cívicos.

Llegó Matute con sus colombianos en número de 190 hombres, á mediados de mayo del año 1826, poco antes de mediodía, y se me reunió en el campo de los Aquirres, donde le esperaba yo con mis 700 hombres listos y dos piezas de artillería. Así que llegaron, les mandé dar la paga que había dado á mis tropas y me puse en marcha ya al venir la oración ó al ponerse el sol, metido yo en un birlocho, pues no podía montar á caballo porque me lo embarazaba la herida que tenía en el brazo izquierdo y tenía abierta además la herida de bayoneta en la paletilla.

Matute, así que recibieron la paga, había licenciado algunos soldados para que fueran al pueblo sin mi conocimiento, á comprar lo que necesitasen dichos soldados, que eran bastantes y en extremo audaces y provocativos, se habían puesto á beber y no volvieron á su Cuerpo cuando hubimos marchado. Nos hallábamos ya á cerca de tres leguas del pueblo y en marcha á las 8 de la noche, cuando me alcanza un propio de mi delegado el doctor Berdia, avisándome la consternación en que habían puesto al pueblo una porción de colombianos que se habían vuelto á mas de los licenciados; pues habían atropellado á muchos ciudadanos, herido algunos, y aun muerto á uno.

Me prevenía también que los cívicos y vecinos del pueblo habían corrido á mi casa y echando abajo la puerta de la pieza en que estaban las pocas armas que ha-

bían quedado, acababan de salir armados, en busca de los colombianos y que se temía un fatal resultado si yo no mandaba una fuerza á sacar dichos soldados colombianos.

Llamé al instante al coronel Matute y le reconvine por haber permitido separarse á semejantes hombres de su Cuerpo. Le enseñé el parte del Gobernador delegado y le dije:

—«Semejante conducta no la esperaba yo de los valientes veteranos de Colombia, pues con ella no hacían mas que prevenir contra su Cuerpo la opinión de todos los ciudadanos y obligarme á tomar medidas que me serían muy sensibles pero necesarias.»

Matute se inmutó avergonzado y me pidió le permitiera volverse con 20 hombres á traer amarrados á los granaderos que tal falta habían cometido.

Mandé acampar la división y dí al Coronel el permiso que solicitaba, pero previniéndole se condujera con prudencia, porque los cívicos del pueblo no habían de dejarse atropellar impunemente.

—«Pierda V. E. cuidado», me dijo, y se marchó.

Mandé colocar guardias avanzadas al rededor del campo y ordené que nadie se moviese de su puesto. No había andado el coronel Matute una legua, cuando se encontró con todos sus soldados amarrados y conducidos por una partida de cívicos montados que traían enancados á mas de 20 de sus granaderos, heridos algunos de ellos; y con la noticia de haber muerto dos y quedado tres gravemente heridos. Sorprendido Matute de un hecho semejante, con unos soldados que los consideraba invencibles, y no sin razón, pues eran en extremo valientes; no pudo menos que darle las gracias á los conductores y regresarse con todos ellos ó mandarlos con un oficial, pasando él solo con 4 hombres, llevándose dos de los cívicos para que lo guiaran á ver á sus heridos.

Llegados los presos fueron entregados á la prevención de su Cuerpo por mi orden, y me fué preciso no

continuar la marcha hasta el día siguiente, y esta demora nos costó bien cara, como se verá mas adelante,

El coronel Matute regresó á la madrugada, después de haber presenciado la asistencia que se habia prestado á sus heridos, por orden del Gobierno, y asi que amaneció me pidió permiso para fusilar á uno de los presos que debia él ser el causante de aquel hecho que le era en extremo sensible. Yo me opuse, pues queria solo hablar al Regimiento, afean aquel hecho á los que lo habian cometido, y manifestarles cuan amargo era mi pesar al ver que indiscretamente aquellos pocos hombres, habian manchado la estimación de un cuerpo tan valiente, y para mí tan estimado; pero tuve que ceder á sus instancias, porque consideré necesario un ejemplar para moralizarlos y después de haber sido efectuado, hablé á los granaderos como deseaba y los dejé satisfechos, poniendo en libertad á sus compañeros, manifestándoles cuanto confluaba en ellos, y en que no me proporcionasen en adelante un disgusto semejante.

Continué enseguida la marcha, y en todas las paradas acostumbraba á visitar el campamento de los granaderos muy particularmente. Acostumbraban estos, cuando carneaban, sacar unos asados desde el cogote al jamon de la pierna de la res; y ensartado en el asta de sus lanzas, la clavaban parada á la inmediación de un gran fogon y con algunas varillas colocadas al traves, quedaba estirada la hermosa manta de carne, recibiendo el calor del fuego, que muy pronto la asaba. El nombre que ellos le daban á esta carne, era *Llamado*.

No habian, pues acabado de desollar las reses, cuando ya estaban clavados á la orilla de los fogones varios *llamos*; cuando yo pasaba á visitar su campo, salian los granaderos á instarme á que tomase un bocado de asado presentándome sus cuchillos para que cortase de donde mejor me pareciera, y como las reses eran generalmente gordas, incitaban realmente á dar un tajo en aquellos hermosos asados; y como todos ellos se esmeraban para que

me llegase á ellos, me acostumbré, por complacerlos, y también porque me agradaba á salir con un pan en el bolsillo y dar un tajo en cada uno de sus *llamados*, y era esta por lo regular la comida que yo hacía en dicha campaña, con satisfacción de todos ellos y también con la mía.

Antes de llegar á Santiago, y creo á los tres días de mi salida, se me había formado un tumor bastante grande en el lado izquierdo sobre las costillas, y el doctor Luis Lewis, cirujano inglés y casado en Santiago con la hermana de la señora de don Pedro Frías, que iban ambos conmigo, me lo abrió esa tarde en la parada, y sacó un pedazo de hueso pequeño.

En esa noche hubo una alarma, pues se avistó una fuerza de santiagueños estando acampados en la posta de las Palmitas, y Matute que lo había nombrado yo jefe de Estado Mayor el día mismo de su llegada, manda montar á 50 de sus granaderos y llegándose con ellos al cuerpo de mis cívicos que estaba ya formado, dice:

—«Haber 25 cazadores y un oficial, pronto, que con estos y 50 de mis granaderos, me sobran para comer á toda la santiagueñada. No había acabado de hablar, cuando ya los tuvo á su lado y marchó, pero no le esperaron, pues apenas lo vieron aproximarse, se pusieron en fuga por el monte. Les había tomado afición Matute á mis cívicos desde el encuentro de Chicoana en que tanto trabajo le dieron los 50 que tenía Bedoya y que murieron con dicho jefe los más; que en cuantas veces se ofrecía salir él en esa corta campaña, siempre llevaba cívicos á su lado.

Al siguiente día habiendo acampado sobre el río de Santiago mas adelante del paso de los Gimenez, cometieron los colombianos una falta en los ranchos y maizal, pues habían atropellado á las mujeres que estaban recogiendo choclos y maíz, quitándose todo y.....algo más, porque eran abonados, (á la par que valientes) para ello, á presencia de su jefe que no les privaba esas cosas con sus enemigos. Mas yo que no acostumbraba á dañar á

nadie y que quería muy particularmente atraer á los santiagueños, no podía dejar sin reparar dichas faltas, al paso que era preciso en cierto modo, no tirarles demasiado la cuerda á los granaderos que estaban acostumbrados á lo contrario, y que sobre todo los necesitaba y quería ganarlos poco á poco, por medio de la persuasión y del ejemplo, como al fin lo conseguí muy luego.

Al momento vinieron las mujeres llorando á quejarse de haber perdido cuanto tenían, que todo se lo habían quitado aquellos demonios, como ellas los llamaban, y que hasta les habían muerto dos vaquitas lecheras y seis crías; que ellas eran unas pobres y que quedaban ya á perecer, & &. Me compadeció la suerte de estas infelices, y las consolé previniéndoles que les pagaría el perjuicio que habían sufrido, y disculpando á los colombianos para con ellas, con que eran unos hombres valientes que estaban acostumbrados á hacer la guerra de aquel modo á los españoles y á los pueblos que no les obedecían.

Mandé justipreciar el daño por don Pedro Frías y el comisario del ejército, Alberdi, y las despaché muy contentas, dándole cuatro onzas de oro, que en su vida tal vez las habían visto en sus manos; y pasando enseguida al campo de los colombianos, les hice ver con palabras persuasivas la fealdad de aquel hecho en una Provincia que íbamos á auxiliar, libertándola de un bárbaro gobernante, y sobre todo el mal que ellos mismos se causaban, obligándome á indemnizar aquel daño con el dinero que debía servir para socorrerlos á ellos mismos.

En ese mismo día recibí la noticia de haberse anticipado el golpe á Ibarra, por disposición del gobernador Gutierrez; pues el teniente coronel Corvalán con 50 infantes y 150 hombres de caballería, lo había sorprendido en el pueblo, pero escapándose dicho Ibarra desnudo y en pelos, tirándose al río, perseguido por el teniente Hilario Ascasubi, quién le tomó el sombrero y hasta su bastón. Apuramos la marcha, en consecuencia de esta

noticia, y llegando á los dos días á Tipiro, á cinco leguas de Santiago, encuéntrome al amanecer del 30, con el doctor Francisco de la Mota, secretario del gobernador Gutierrez, que venia escapado con dos hombres, de la sorpresa que habían sufrido esa noche por Ibarra, en la cual habían perdido muchos hombres, y entre ellos al valiente teniente coronel Corvalán; y lo peor de todo, la noticia de haberse dirigido Gutierrez con sus hombres dispersos para Anjull, sierra de Catamarca, en vez de haberse dirigido á mi encuentro.

Mandé disparar dos cañonazos en el acto, para que sirviesen de aviso á los dispersos y mandando un propio bien montado en alcance del gobernador Gutierrez, apuré la marcha sobre Santiago.

A las 12 del día estaba ya entrando al pueblo, pero Ibarra se había ido ya á la otra banda del río; esperando sin duda que yo me acamparía en el pueblo, pues estaba acostumbrado á que cuantas expediciones se habían hecho sobre él, por los tucumanos, no habían pasado jamás á la otra banda del río, mas yo que quería cumplirle la promesa que le había dirigido así á él, como á Quiroga, al moverme desde Trancas, pasé sin detenerme, y sin embargo de estar el río crecido, y mandando adelantar al coronel Matute con cien granaderos y cincuenta cívicos, fué y sorprendió en los Robles, con solo esta fuerza, el campamento de Ibarra, y se lanzó sobre él sin esperarme y los acuchilló completamente haciéndoles abandonar las reses que estaban comiendo.

Cuando yo llegué al poco instante y á caballo ya, á la cabeza de la infantería, pues había apurado la marcha así que sentí las descargas de los 50 cívicos, no descubrí sino los polvos. Mandé tocar llamada al instante para que se me reuniera el coronel Matute, y registrado el campo se encontraron 24 ó 28 cadáveres y varios heridos gravemente; así como una porción de caballos ensillados, aperos, alforjas y otras varias cosas que habían abandonado.

Regresado el coronel Matute con varios prisioneros, continué la marcha hasta que cerró la noche. Ibarra disparó hasta la provincia de Córdoba, sin que nadie hubiese vuelto á presentar resistencia (1).

Desde que llegamos á Santiago, ya Matute había manifestado alguna repugnancia para continuar mas adelante, por consiguiente vencido Ibarra, con mucha mas razón continuó manifestando su disgusto hasta Loreto, 20 leguas mas allá de Santiago, en cuyo punto cometieron los granaderos un atentado, con motivo de haber una partida de santiagueños disparado de entre el monte al llegar al pueblito, algunos tiros á una descubierta de su cuerpo. Violaron una niña ó dos y saquearon la casa que tenía varios efectos. Este hecho me desagradó en extremo, costó mas de 400 pesos y lo peor de todo fué que públicamente manifestó Matute en esa noche su resolución de no querer pasar adelante, que él se regresaba á Salta á donde estaba su Luisa, con sus granaderos.

Matute se había casado violentamente en Salta, con una señorita de una de las primeras familias; con doña Luisa Ybazeta. El padre de esta señorita, era español, de los comerciantes ricos de Salta, casado además en la familia de los Figueroa, con una hermana del Provisor. Dicha señorita, pasaba ya de los 25 años y probablemente se enamoró de él repentinamente en un baile. El resultado fué que la pidió, Matute, que era un pardo de pasas, á sus padres y se la negaron como era natural: pues sin mas formalidad que sacarse á la señorita del baile y obligar á un sacerdote á que lo casara, quedó celebrado su matrimonio antes de haberse venido para Tucumán. Esta era la razón principal que tenía para no querer continuar la campaña á Córdoba.

Al siguiente día y muy temprano, avisame secreta-

(1) Esta noticia fué comunicada al Gobierno desde Córdoba, y el Presidente dió contra orden al coronel Rauch, para no aparecer él, autor de mi movimiento. Estas debilidades nos han perdido.

mente un capitán negro, muy querido del general Bolívar, que venía en los granaderos, cuyo nombre no recuerdo y era el negro mas lindo que he visto, que su coronel había mandado un propio al gobernador Ibarra en esa noche, agregándome, que era la segunda vez que le había escrito, pues que al pasar para Santiago le había dirigido su primera carta, que esto lo sabía por el mismo oficial escribiente de Matute, á quien podía yo preguntárselo, pues estaba pronto á descubrirlo; que semejante conducta de su Coronel merecía el desagrado de algunos de sus oficiales y era por esto que me lo comunicaba, para que yo tomara las precauciones que juzgara convenientes.

Con semejante noticia que fué confirmada por el oficial escribiente de Matute y la licencia que él permitía á sus soldados, no juzgué prudente continuar mi marcha, sobre Córdoba; mucho menos desde que el gobernador Gutierrez me había contestado que le sería ya difícil volver á reunir las fuerzas, después del contraste que había sufrido en Santiago, con la presteza que yo quería y era necesario, como asi mismo por no haber recibido aviso ninguno de haberse movido el coronel Rauch sobre Córdoba, por orden del Presidente de la República, como se me había asegurado, por el diputado Díaz de la Peña.

No dejaba yo de conocer que habia ganado bastante la voluntad de los granaderos; pues cuando Matute llegó á faltar de la cabeza del Cuerpo, en virtud de algunas cortas separaciones por comisión, nunca se me había separado un soldado de la marcha, ni del campamento, ni dado el menor motivo de queja; mas esto no era lo bastante para que al frente del enemigo me expusiera á separarlo, pues consideraba que era muy natural que sus soldados y oficiales, estuvieran mas decididos por su jefe que por mí que era un extraño para ellos; y sobre todo, que no les permitía la licencia á que estaban acostumbrados y que él mismo se las fomentaba. Seguir adelante con semejante conocimiento,

era exponerme á que llegado el momento de estar al frente del enemigo, me encontrara abandonado por dicho jefe y su Cuerpo, y hacer mucho mas embarazosa la situacion del Gobierno Nacional.

Me resolví á regresar á Tucumán con el objeto de movilizar dicho Cuerpo de granaderos y ver de liberarme de su jefe; me moví en retirada para Santiago con el objeto ya dicho, y el de llevar de paso dos culerinas de bronce de á 6 y de 8, que había traído Ibarra de Tucumán, y estaban tiradas y clavadas en el campo, sin sus montajes.

Así que batí á Ibarra en los *Robles*, yo había dispuesto que se convocara al pueblo y nombrara su Gobierno; en virtud de esta orden había sido nombrado el Sr. Palacios. Me dirigí á él, pidiéndole dispusiera el apresto necesario para la conducción de las dos piezas de artillería. Llegado á Santiago, dí cuenta al Presidente de la República de todo lo ocurrido, y permanecí allí unos pocos dias mientras se trajeron los cañones, y pasé en seguida á Tucumán, á cuyo punto llegué el 25 de junio, con la noticia de que volvía Ibarra contra Santiago.

En el momento de llegar á Tucumán, mandé que todos los carpinteros y herreros pasaran á la Maestranza á trabajar las cureñas y montages de dichas dos piezas de artillería con toda la brevedad posible y dispuse que se les abriese el oído. Di asimismo la orden para que hubieran ejercicios en los Cuerpos, encargando á un oficial de los colombianos para enseñar el manejo de la lanza, al escuadrón del 15 y sus oficiales.

El 28 llegó el teniente Hilario Ascasubi, de la sierra de Anjulí ó de Ancaste, mandado por el gobernador Gutierrez con una comunicación muy urgente, participándome la venida del general Quiroga con fuerzas de La Rioja y de Córdoba, por el territorio de esta Provincia, con la mayor rapidez, para invadirme en unión con el gobernador Ibarra, y como al llegar dicho oficial ya se me había confirmado dicha noticia, desde Santiago, avisán-

dome que ya había entrado el general Quiroga al territorio de dicha Provincia, mandé activar con mas empeño la construcción y herrage de los cañones, y dispuse que el oficial Ascasubi no volviera hasta después de la próxima batalla que esperaba, y lo detuve, porque había ya riesgo en la frontera por haberse levantado una montonera á la parte de la sierra, y haber muerto al Dr. Mota que regresaba para Catamarca.

Mandé colocar en la posta de Palmitas una vanguardia de 300 hombres de milicias á las órdenes del coronel José Ignacio Helguero. Yo entretanto seguía con dos heridas abiertas: la de la espalda que profundizaba hacía el pulmon izquierdo y la nueva de las costillas, sin poderme libertar todavía de una larga mecha con que conservaba abierta para mantener la supuración de la estocada que tenia detrás de la oreja derecha, ni poder todavía hacer uso de mi brazo izquierdo.

Se me mantenía á una dieta rigurosa y estaba en extremo aniquilado; aun las costras en algunas de las heridas de la cabeza no habían acabado de caer, y conservaba cerrado uno de los conductos de la nariz.

Así que llegué de Santiago, sabiendo un viejo de la campaña que conservaba todavía abierta la herida de la bayoneta, habia dicho que no sanaría mientras no se me chupara la herida, y que solo él podia hacerlo si yo queria. Se me avisó al instante por el comandante y coronel Zerreuela y me mandó en seguida á dicho viejo. Así que llegó este y me vió la herida, díjome:—«ya estaría esta herida sana si yo la hubiera visto desde el principio y chupádola: la bayoneta ha entrado ó resbaládose para la parte de abajo y el humor no puede salir sinó sacándolo con la boca á fuerza de chuparlo.

—«¿No vé señor, como lo sacan?—me dijo, viendo que exprimian con la mano, de abajo para arriba, para extraer el humor—va á ver ahora la diferencia»,—y poniendo no se qué en la boca la aplica á la herida, y me dió un chupón tan fuerte y continuado que sentí su impresión desde el fondo de la herida, como si me ex-

trageran algo con un fuelle; en seguida escupió una porción de humor, se enjuagó la boca con vino aguado y repitió otra con el mismo éxito. En efecto, sentí un consuelo, pues conocía visiblemente que se me había descargado de un peso.

Acaricié mucho al viejo y quedó establecido en mi casa; mandé ponerle cama en mi mismo dormitorio y siguió siendo mi médico de cabecera, pues el Dr. Berdía me dijo que era verdaderamente el mejor medio para poder extraer todo el humor.

Los trabajos de las dos piezas de artillería y los ejercicios, seguían entre tanto con mayor empeño, así como la construcción de lanzas, y para abreviar más este último me pidieron los herreros que les permitiera hacerlo en sus casas donde con más comodidad y presteza lo harían, pues cada uno tenía su fuelle y herramientas. Así lo acordé y le señalé á cada uno el número de lanzas y regatones que debía presentar por día. Yo me hacía conducir á caballo á la Maestranza y las herrerías para más estimularlos. El resultado fué, que cuando Quiroga con sus fuerzas de las tres Provincias y en compañía del gobernador Ibarra, sorprendió á Helguero en Vinará ó las Palmitas por medio del comandante Frontanel que mandaba su vanguardia; en la madrugada del 4 de julio ya estaban las dos piezas montadas y acabándose de enlantar las cuñas de los carros y construidas más de 500 lanzas completas.

Todas las milicias estaban preparadas para marchar á la primera orden, la recibieron en seguida de haber recibido el aviso de la sorpresa para venir á Tucumán, excepto una fuerte división que destiné para ocupar la retaguardia de los enemigos.

La sorpresa de las Palmitas fué de poco resultado, pues no se perdieron sino muy pocos hombres, pero me indignó en extremo el haberse dejado sorprender el coronel Helguero.

El 5 por la noche ó el 6 á la madrugada, se avistó Quiroga por Santa Bárbara con más de 200 hombres, y

sali á esperarlo al campo de la *Ciudadela* con mas de 200 civicos infantiles, mis 4 piezas de artilleria y como 1,500 hombres de caballería, habiéndome hecho subir á caballo, pues no lo podia hacer yo solo.

Todos los individuos del comercio, Representantes y vecinos de Tucumán, salieron á presenciar nuestro triunfo que yo lo consideraba seguro; se colocaron á retaguardia de mi línea de espectadores, y Quiroga habia llegado ya al campo del Rincon ó del Manantial, y preparaba sus fuerzas para el combate. Yo me habia avanzado hasta el pajonal ó campo de los Aquirres, como á media legua del pueblo, y todos los espectadores estaban colocados á espalda de mi línea y preparando sus almuerzos.

Mi derecha la componía el Cuerpo de colombianos de Matute y un fuerte escuadrón de milicias bajo las órdenes de dicho Jefe; el centro mis 220 civicos con la artillería, bajo mis inmediatas órdenes, y la izquierda la componía el escuadrón N° 15 y el resto de las milicias, bajo las órdenes de mi primo el coronel Helguero; tenia además una reserva de 20 hombres de las milicias y de las mejores.

Yo que estaba aburrido de la rigurosa dieta á que me tenían, y vi los hermosos asados adobados y chorizos de chancho que preparaban los comerciantes, les insté para que me dejaran tomar unos bocados; pero como todos se interesaban por mi salud y conocían que aquello debía serme dañoso, no me lo permitieron; mas como la privación es causa del mayor apetito, se aumentó el mio, y mandé á uno de mis ordenanzas que les robase un asador de chorizos y lo llevase oculto al punto que le indiqué. Así lo ejecutó al instante, y me comí tres ó cuatro de ellos y un buen trago de Burdeos encima.

Al poco instante, estando ya todo preparado y mis dos alas colocadas en escalones, ordenéle á Matute, después de haber disparado sobre la línea enemiga muchos tiros de cañón con acierto, que cargue sobre el gobernador Ibarra que estaba á su frente con mas de 700

santiagueños; pero previniéndole de antemano que cuando él se moviese á la carga, habian de disparar los santiagueños, y para perseguirlos, pues no volverían á reunirse, bastaban 50 de sus granaderos; que no se empeñara él en perseguirlos con toda su fuerza, sino que la formara y esperara mis órdenes. Ascasubi fué agregado á los colombianos.

Helguero tenía la orden de cargar, así que Matute hubiese arrollado el costado izquierdo enemigo. Cuando cargó Matute, dispararon al momento los de Ibarra y él á su cabeza; Matute olvidándose de mi encargo, lanzóse en su persecución con toda su fuerza y los siguió hasta mas de tres leguas, haciendo una gran carnicería. El escuadrón 15 que estaba entusiasmado y veía que los colombianos iban lanceando á toda la izquierda enemiga, quería irse á la carga, como era natural y debió ser; pero su Jefe el comandante Gregorio Paz (que mostró allí ser un cobarde) no se lo permitía, pretestando que no tenía orden del coronel Helguero, y este que esperaba que Paz se moviera á la carga, pues era el primer escalón de la columna para cargar con los otros, quédase parado.

Quiroga que se vió ya perdido, acosado por los fuegos de mi infantería y artillería, y que se corría con sus riojanos al monte de la derecha, pues una parte de los cordobeses habían huido con Ibarra, manda mover una fuerza sobre mi izquierda que la observó indecisa.

Paz que vé correrse por entre el monte á su izquierda la caballería de Quiroga, vuelve cara; síguele Helguero con todas sus milicias y llévanme por delante mi reserva y me dejan con solo los infantes y mi artillería.

Yo en estas circunstancias, con los vítores que di á los mirones y mis tropas, por la victoria de Matute, había sentido una gran descomposicion de estómago, efecto del desarreglo que había hecho y me sostenía agarrado del pescuezo de mi caballo. Así que observé

en tal estado la fuga de toda la caballería de la izquierda y mi reserva, tirando hácia la falda del cerro, quise tirarme del caballo y puesto con mis 12 hombres de escolta á la cabeza de los cívicos, perecer con ellos mientras regresaba Matute, pero reflexionando que sería mejor ir á buscar al Cuerpo vencedor de Matute, ordené á mis cívicos, que los mandaba el valiente comandante Yoici que se sostuviera á todo trance mientras yo volvía con los Granaderos, y acometí con mis 12 hombres á los enemigos de mi frente para buscar la direccion de Matute, por el paso del Rincón, que estaba á retaguardia de Quiroga.

Los enemigos me abrieron campo y yo salvé por entre ellos rodeada por mis fieles soldados de escolta, y echando hasta sangre por los esfuerzos de la rabia.

Cuando pasé el manantial por el paso del Rincon, el sol se aproximaba ya á perderse tras el nevado Anconquiya, pues la accion había empezado como á las tres de la tarde.

Me dirigí á la Hacienda de San Pablo distante como dos leguas al sur de Tucumán, ya cerrada la noche, y aun se sentian los cañonazos de mis cívicos. Habia mandado en alcance de Matute para que regresara y órdenes para que se me reunieran las fuerzas que habían huido por mi izquierda.

Cerrada ya la oracion había regresado Matute al campo de batalla, dando vivas á la patria y á mí, juzgándome dueño del campo, y lo reciben los infantes de Quiroga con una descarga, pues los cívicos habían acabado las municiones de las dos piezas y perdido mas de las tres cuartas partes de su fuerza, y solo asi se habían entregado poco antes de que llegara Matute. Tuvo, pues, que repasar el Manantial y dirigirse al punto de reunión de San Pablo, con algunas pérdidas.

Estaba yo en extremo molestado por mis heridas, y fatigado por los esfuerzos que había hecho para contener nuestras milicias, y sobre todo por mi larga permanencia sobre el caballo, tan debilitado, después de 8

meses de quietud, que solo mi resolución pudo darme ánimo para continuar con toda la fuerza, la marcha hasta la Yerba Buena que está al frente de Tucumán, poco mas de una legua al oeste.

Desde allí mandé al pueblo y supe que los enemigos se habian replegado al norte del Rincon, y que habian tenido mucha pérdida.

Asi que amaneció, me puse en marcha para el campo de batalla, pasando el Manantial por el Puente y con una fuerza como de 700 hombres escasos.

Quiroga asi que me vió aproximar al mismo campo de batalla, formó todas sus fuerzas en la ceja del monte. El había traído sobre 600 infantes, pero había perdido muchos el día anterior. Formada su línea, mando formar los cincuenta cívicos que solo se le habian entregado cuando quedaron reducidos á dicho número, y habian agotado sus municiones, al frente de su infantería, y á pocos pasos de ellos, los mando hincar desnudos como los habian dejado, y juntamente á los pocos oficiales que habian quedado con vida, é hice que toda su infantería les dirigiera la puntería con sus fusiles. Colocados asi en este estado mandé levantar á un ayudante de los cívicos que era criado de la casa del canónigo Agustin Molina, y le dijo:—«Marche Vd. y diga á su Gobernador, que si da un solo paso adelante ó me dispara un solo tiro fusilo á todos sus prisioneros; que Vd. ve como quedan».

Estábamos formados nosotros en el mismo campo de batalla y reconociendo los muchos cadáveres que habia en él, cuando vemos venir al Ayudante, desnudo, sin sombrero, y con solo un pedazo de trapo con que apenas se cubría, y el cual se dirige á mí llorando; me repite el mensaje de Quiroga, y agrega:—«Por Dios, mi, Gobernador no de un paso adelante, pues 50 cívicos que son los unicos que han quedado vivos, y solo así se han entregado cuando no tenian ya un cartucho y muchos de ellos estaban heridos».

Esta relación me conmovió. Mi fuerza no era sufi-

ciente para cargarlo con esperanza de buen éxito sobre la ceja del monte, teniendo él mas de 400 infantes ó cerca de ellos, y como 500 hombres de caballería. Fuera de esto tenía yo la certidumbre, de que asi que me moviera sobre él, aquellos beneméritos prisioneros eran sacrificados sin remedio, pues conocía las entrañas de aquel bárbaro.

Me hice bajar del caballo y puse á Quiroga un oficio diciéndole:—Que si él atentaba contra la vida de uno soio de mis prisioneros, no daría yo cuartel á más de ciento de los suyos entre oficiales y tropa, que tenía en mi poder.—Yo no tenía en realidad sino unos pocos que había traído el coronel Matute, pero como le faltaban á él mas de mil hombres, no podía saber sí realmente era cierto lo que yo decía.

Puesto dicho oficio, despaché al mismo ayudante con él, pues le había dicho Quiroga, que si no regresaba con la contestación lo fusilaría también.

Despachado el ayudante, permanecí allí mas de media hora haciendo reconocer el campo, y se contaron mas de 200 cadáveres y recogieron dos ó tres heridos mortalmente que los mandé colocar en los primeros ranchos del Manantial, asi que me retiré en seguida para Yerbabuena, con el objeto de ver si se reunía alguna fuerza más, y dejando á Quiroga en su misma posición sin que tampoco él me hubiese molestado. Pero iba yo en extremo incómodo, debil y sin haberme curado hacía ya cerca de dos días; y cuando dejamos el campo eran mas de las 11 p. m.

Llegados á la Yerbabuena, mandé carnear para que comiese la tropa y me hice limpiar las heridas con un poco de agua templada. A puestas del sol descubrimos polvos por el camino de Santiago, que se aproximaban al campo de Quiroga, en seguida le vimos á este moverse sobre el pueblo, y como no se me habían reunido sino muy pocos hombres y Matute me inspiraba ya serías desconfianzas, traté de retirarme al cerro de San Javier, y me puse en marcha ya al oscurecer por la

cuesta que está casi al frente del pueblo, y un poco inclinada al sud-oeste.

Caminamos toda la noche, tirándome un soldado el caballo y con otro sentado á las ancas para que me sostuviera y libertase de las armas. Desde la altura se descubrían los fogones del campamento de Quiroga á las orillas del pueblo hácia la parte del nor-oeste.

A la madrugada y ya viniendo el día, estábamos arriba de la cumbre desde donde se descubre el pueblo y toda su campaña. Le eché un adios tierno á mi patria desde aquella altura y creí no volverla á ver más, pues en esa noche me comunicó el capitán Pereda, aquel lindo negro colombiano, que Matute llevaba muy malas intenciones y me encargó no me descuidara.

Ya desde aquel momento formé la intención de dirigirme á Salta, y dí la orden asi que amaneció, que luego que descansara un poco la tropa en la hacienda de San Javier marcharíamos para Tapia por las Tipas. Nos dirigimos en efecto á dicho punto y estando en él acampados, por la tarde me avisó el mismo capitán Pereda, que su coronel Matute había propuesto al cuerpo agarrarme y entregarme á Quiroga, pero que todos le habían mostrado abiertamente su desagrado por una acción semejante.

Dispuse continuar la marcha, y al siguiente día desde la posta de Ticucho le dije al coronel Matute que siguiera á la cabecera de la columna, que yo me adelantaba á Trancas para esperarlo con caballos y carne y ver si proporcionaba dinero para dar una buena cuenta, y me marché con una buena escolta de 20 hombres que había escogido del 15, pero decidido ya á libertarme de él.

Asi que me hube separado alguna distancia, mandé cambiar de rumbo y me dirigí acelerando la marcha pára el valle de San Carlos, proveyéndome de buenos caballos y haciendo llevar por delante unos 500 que me proporcionó, no recuerdo que vecino.

Cuando Matute llegó tarde ya á Trancas y no me

encontró, mandó poner presos á todos los oficiales del 15, y arrestó también á la tropa. Yo apuré la marcha en esa noche y quedé libre de él. En San Carlos ó antes de llegar á este punto, me encontré con el valiente y buen patriota el coronel José Ignacio Murga, que se empeñó en acompañarme hasta ponerme en salvo ó ir conmigo hasta Bolivia, pero no se lo permití por no ocasionarle perjuicio, y le mandé que se volviera á Tucumán.

Quiroga había publicado en esta vez un bando en Tucumán llamando á todos los vecinos que habían emigrado, y amenazándolos con la pérdida de sus intereses á los que no volvieran; y quiso también mostrarse mas justo. Nombró gobernador al Dr. Nicolas Laguna.

Habiéndose presentado todos, y entre ellos el referido coronel Murga y mi tío el Dr. Araoz, cura y vicario de Tucumán, preguntó á ellos que por que venian recién y no se habían presentado antes. Este valiente y honrado tucumano le contestó, (presentándole al mismo tiempo su sable):—Porque fui á cumplir con el primero de mis deberes, acompañar á mi jefe, y ponerlo en salvo; he cumplido ya con él, y vengo ahora á ponerme á las órdenes de Vd.

Quiroga al oírlo, le dió un abrazo y le dijo:—«Cíñase su sable que ahora es mi amigo, jasi deben ser los hombres!».

Ahora recuerdo que Murga me condujo hasta San Carlos y de allí le hice regresar. Mandaba él, el cuerpo de la Yerbabuena y el de los carniceros. Quiroga le dijo en seguida:—«Vaya V. y póngase á la cabeza de su Cuerpo, y á todo soldado que vaya á robar mátele V. por que estos santiagueños son muy ladrones».—Ibarra había vuelto ya con su gente y estaba allí

Murga se despidió del general Quiroga y cumplió al pié de la letra la orden que le había dado, pues se fusiló más de ocho ó diez santiagueños y nadie le dijo nada.

Quando se presentó el cura Araoz le preguntó Qui-

roga quien era y habiéndose nombrado, díjole;—«¿hombre y todavía vive Vd?» —El cura que era en extremo miedoso, y deseando congratularse con el General, le dijo;— «No soy tan viejo, señor, y siempre he sido afecto á V. E. y opuesto á las ideas de mi sobrino; y sino que lo diga el padre Bernabé (1) pues por su conducto le comunicaba á Ibarra la debilidad de las fuerzas de mi sobrino». Asi que hubo concluido le repuso Quiroga;— «¡Pues, por eso precisamente creí yo que Vd. no viviera ya! Por que su sobrino debió haberlo fusilado!» Lo dejó pues al pobre de mi tío.

Al salir de San Cárlos me proporcioné dos mulas buenas, pagándolas á buen precio, y volví á cometer otra locura que casi me costó la vida. Al salir ví en una casa colgados algunos alimentos y mandé un ordenanza á que me comprara, y en la posada por la noche los comí asados; cuando á las tres horas me produjeron un gran malestar. Unos indios dueños del rancho me salvaron, dándome té de coca.

El camino ese, es de cuestras y hay nieve en ellas, pues encima de dichas cuestras y sobre la nieve me levanté varias veces la ropa para que me curaran las heridas, exprimiéndome el humor de abajo para arriba con la mano; y seguí mejorándome.

Así que llegué al territorio de Bolivia despaché 17 soldados de los que me habían acompañado, dándoles una onza á cada uno, y un caballo y una mula para que regresaran á sus casas, y continué hasta Potosí, pero antes de llegar á dicho punto se me habían cerrado las dos heridas de la paletilla y costillas por dos veces y vuéltose á abrir; después de seis ú ocho dias aun seguian descompuestas.

Cuando llegué á Potosí iba muy molesto con las dos heridas abiertas, y le había dirigido aviso al general y Presidente Sucre solicitando asilo. Así fué que en el

El capellan de Ibarra que estaba presente.

acto de haber llegado tenía ya casa preparada y fué al instante un facultativo mandado por el prefecto Galindo, cuya graduación no recuerdo, á reconocerme las heridas. Luego que las hubo visto y registrado me echó un jeringatorio en la herida de bayoneta, una especie de bálsamo ó agua blanca, pero al mismo tiempo de echármelo le dió tan mal resultado que no quizo repetirlo.

Luego que hube descansado, pasé á presentarme al Prefecto con bastante trabajo por el soroche, un cansancio estremado que se siente allí al caminar por efecto de la rareza del aire.

El prefecto sintió mucho que me hubiese tomado aquella molestia en mi estado y me dijo que tenía orden del Presidente de darme 500 pesos y que mandara por ellos. Le di las gracias y me retiré mandando después el recibo que se me había pedido y me entregaron los 500 pesos.

Era tal fatiga que sentía desde que llegué á dicho pueblo que no podía respirar fácilmente ni estando sentado, dentro de mi casa, así fué que me resolví pasar al siguiente día á Chuquisaca y marché en efecto por ser el temperamento de allí mucho más benigno.

Llegado á la Posta y Baños de Bartolo se me ocurrió el bañarme, pues son aguas Termales, y así que entré sentí un gran consuelo, con cuyo motivo pasé un día mas y me di tres baños que me sentaron bien. Como cuidadoso por haber ya comunicado la herida á la caja del cuerpo, no quise demorarme y pasé, pero reunido ya á mi primo don Miguel Diaz de la Peña que se me había reunido en Potosí.

Llegado á Chuquisaca sentí alguna mejoría y fui muy bien recibido por el señor Sucre y su ministro el Dr. Infante, igualmente que mi primo don Miguel Diaz de la Peña, quien representó un papel bastante lucido, así por que era un jóven de fortuna como por su educación y trato afable.

Fui visitado por todo el mundo, hasta, por los cura-

cas indígenas de las inmediaciones, lo cual causó alguna alarma al Gobierno del señor Sucre, pues habían ya sus rivalidades entre los hijos del país y los colombianos, y no estaban contentos las jentes de ser mandados por un extraño sin embargo de que era el señor Sucre un general estimable y de una franqueza y modales que lo hacían querer de todos.

Su mesa era espléndida y siempre concurrida para muchos de los primeros sujetos del país. Fuimos convidados á ella con mi primo el ex-diputado Diaz, varias veces, pues vivíamos juntos.

El coronel don Manuel Dorrego mi compadre, que tanto había trabajado conmigo para que me pronunciara contra el gobierno del Presidente Rivadavia, se había desagradado bastante por no haberle dado gusto, y al fin había conseguido él y sus partidarios derribarlo, y colocarse en su lugar.

No recuerdo el tiempo que permanecí en Chuquisaca, pero si que allí sentí una gran mejoría, pues contando el modo de curarme la herida de la espalda por aquel viejo gaucho tucumano, encargué al coronel don José Ignacio Bringas que también me acompañaba, que me buscara algún indio que quisiera chuparme la herida, ofreciendo pagar bien. Muy luego encontró, uno este buen amigo, dándole un peso fuerte por cada vez que lo hiciera. Así fué que al poco tiempo con la continuación de chuparme la herida dos y tres veces en el día, logré que se limpiara bien y que sanara, no así la de la costilla que seguía siempre abierta y supurando.

Yo había recibido cartas de mi familia desde Buenos Aires y sabía por ellas que mi señora había estado gravemente enferma de resultas de mi desgracia del Tala, pues no faltó una mujer imprudente que viéndola pasar un día por la calle, viniendo de misa, dijera para que la oyese;— «Que agena va esta de que su marido á muerto, toda su ropa ensangrentada y hasta sus armas están en poder de Quiroga».

Al oír estas expresiones casi cae muerta. «Qué mujer tan imprudente», dijole, desfallecida, y pudo apenas llegar á su casa casi sin sentido, y sostenida por su hermana que le acompañaba y una criada. Le ocasionó esta noticia un tan fuerte arrebato, que quedó sorda como una tapia, y estuvo en extremo mala. Era y es la mujer mas extremoña, pues desde que salí de Buenos Aires no pudieron sus padres jamás conseguir el llevarla al teatro ni otras diversiones.—Este su estremado cariño la ha hecho víctima de tantas desgracias, trabajos y privaciones como á sufrido, y sigue sufriendo, con la mayor resignación, á la par mía y de sus hijos! ¡Esta es para mí la mayor mortificación que he sufrido en mi vida!

En la acción de *Ayohuma* había caido prisionero mi otro hermano mayor don Francisco Araoz, que servía en la infantería en la clase de capitán y se conservó preso en Casa Matas con los demás prisioneros hasta la toma del Castillo por las fuerzas Libertadoras. En Lima había casado poco despues con una sobrina del Marqués de Torre Tagle, y se hallaba de Gobernador del Callao habiendo ascendido á teniente coronel, y había escrito á nuestra madre Da. Andrea Araoz, llamándola á su lado con nuestras dos hermanas que se hallaban en Buenos Aires, y no había querido ir por no separarse de mi familia. Mas así que se recibió en Buenos Aires la noticia de que había yo muerto en el *Tala* y que todo el mundo la tuvo por cierta por algún tiempo, se había resuelto con dicho motivo á pasar á Lima en virtud de las instancias de su otro hijo y marchándose con su nuevo yerno D. Andrés Risso Patron que había casado con mi hermana menor Pepita.

Explicado esto, continuaremos la relación de mi permanencia en la capital de Chuquisaca.

Me hallaba yo un poco mejorado, cuando recibimos una falsa noticia de haber jurado la última Constitución que dió el soberano Congreso, algunas de las Provincias del Norte y nos resolvimos á marchar con mi primo Diaz por Potosí, á Salta.

El general Sucre así que llegué á Chuquisaca, me había mandado dar otro socorro no recuerdo si de 800 pesos. Así que supieron nuestros preparativos de marcha no faltaron sujetos de los principales del país, que se empeñaron fuertemente para que no me marchara en razón de que trataban ya de rebelarse contra el señor Sucre y libertarse de la dependencia en que se consideraban del general Bolívar, pero yo me resistí, y marchamos.

Llegados á Potosí, nos encontramos allí con nuestro compatriota don Joaquin Achaval que venía de Cobija, para Chuquisaca, á no se que asunto; y que debía volverse dentro de 10 ó 12 días, para dicho puerto de Cobija, y nos convencimos al mismo tiempo de la falsedad de la noticia.

Como mi objeto era pasar cuanto antes para Buenos Aires, á reunirme con mi familia, pues á pesar de que me sentía un poco mejorado tenía muy pocas esperanzas de mi vida según la opinión de todos los médicos, me propuso Achaval que á su vuelta él me llevaría hasta Cobija sin que me costara un medio el pasaje. Acepté su oferta, y para no esperar en Potosí á que él volviera pues no me sentaba aquel temperamento, resolví volver con él á Chuquisaca, y regresar juntos concluida su diligencia.

Marchamos, pues, al siguiente día con Achaval, quedándose mi primo don Miguel Díaz en Potosí. Mi regreso á Chuquisaca alarmó un tanto al general Sucre, y encargó á algunos de sus ayudantes que me observaran secretamente, é indagaran el objeto de mi vuelta averiguándolo al mismo Achaval, según este mismo me lo aseguró. Esta alarma había nacido, según el mismo Achabal me lo dijo, de haber venido á visitarme desde la provincia de Yamparaez y otros puntos, varios curacas cuando llegué por primera vez, y también de los antecedentes que él tenía de las miras de los bolivianos. Mas se desvanecieron pronto dichas sorpresas, así por la visita y manifestaciones que le hice al General, del mo-

tivo de mi vuelta, como por mi firme resolución de no detenerme si no el tiempo que Achaval tardase en despachar el negocio que lo había conducido.

A los 8 ó 10 días concluyó Achaval las diligencias y nos regresamos á Potosí. Llegados allí, no recuerdo á consecuencia de que noticia con respecto á la guerra con el Brasil, resolvimos con Díaz, marcharnos para Salta, pues me sería mas cómodo y facil dirigirme á Buenos Aires por la posta en un carruaje.

Pusímonos en marcha á los dos días, y llegamos á Salta me parece que en el mes de Diciembre ó á fines de Noviembre, pero con la herida de la espalda un poco hinchada, y abierta la de la costilla. El coronel Matute había ya sido fusilado por el gobernador Gorriti, á consecuencia de un movimiento que trató de hacer, y los más de los colombianos se habían regresado para Tucumán y otros estaban trabajando por haberse disuelto el cuerpo.

Se hizo junta de médicos y todos opinaron que debía operarme para extraer la bala que debía estar adentro, pues eran de la misma opinion que de los de Tucumán, que la herida era de bala y bayoneta. No bastaron las reflexiones que les hice para persuadirlos de lo contrario, y me aseguraron que si no me resolvía á dejarme operar, moriría. No quise consentir en ello sin embargo de esta declaración, y mandé un propio á Tucumán solicitando del Gobernador de dicha provincia Dr. don Nicolás Laguna el permiso para pasar á Buenos Aires por la posta, y para quitarle todo motivo de temor, le hacia presente mi estado y la opinion de los médicos y mi resolución de ir á morir al lado de mi familia, y para que se persuadiera de la verdad de cuanto le decía y no retardara el permiso que solicitaba, le pedía que mandara una persona de su confianza acompañada de una escolta que también se la mereciera para que me condujese, en la inteligencia de que no pasaría en Tucumán sino el tiempo necesario para tomar un carruaje, el cual bien podía esperarme pronto y hacérseme

pasar con la misma escolta hasta la provincia de Santiago.

La contestación de dicho Gobernador fué negativa, pues según decía, que de ninguna manera se me permitía pisar el territorio de la Provincia, pues no sería bastante ninguna escolta para evitar los males que mi aproximación podía ocasionar á la provincia.

Me produjo un gravísimo mal con esta bárbara negativa, pues yo había traído de Chuquisaca mil quinientos pesos, que había tenido la fortuna de ganar en una tertulia en que nos convidaron con mi primo don Miguel Díaz, alguno de los principales empleados de Chuquisaca días antes de nuestra salida, fuera de quinientos pesos que entregué á don Joaquin Achaval en Potosí, para que los entregase á mi señora. Vivíamos juntos con mi primo Díaz, y nos habían convidado á una tertulia que tenían los primeros comerciantes de Salta.

Díaz que era bastante aficionado á divertirse, y que tenía dinero, me invitó y asistimos á ella; gané en la primera y segunda noche, mas de mil docientos pesos.

Se había establecido en dicha tertulia no dar ni pedir dinero, y la caja era de 100 pesos. A instancias de mi primo asistí la tercera noche, pero sin llevar mas que mi referida caja, la fortuna no estuvo buena y los perdí muy pronto y me levanté y como en la mesa podían ganarse á los de la partida, tres ú cuatro mil pesos por que los tenían en oro en los bolsillos, pasé á mi casa, tomé 6 onzas y volví resuelto á no volver más, perdiera ó ganase.

La fortuna cambió y gané mil pesos y me retiré á pesar de las instancias, so pretexto de mi enfermedad. Al siguiente día no quise ir y me resolví á escribir al general Quiroga solicitando su permiso para pasar á Buenos Aires, ó más propiamente avisándole mi ida para La Rioja, pues le dirigí, poco mas ó menos la siguiente carta: — «General, según la opinión de los facultativos así de Bolivia como de esta ciudad, me veo ex-

puesto á una muerte próxima por el mal estado de mis heridas; y demando como es natural, que ella no me tome lejos de mi esposa é hijos. Solicité del gobernador de Tucumán el correspondiente permiso para pasar por la posta á Buenos Aires con toda las seguridades que él quisiera. Este permiso me ha sido negado expresamente por dicho Gobernador, como verá Vd. por el contexto que le adjunto. En esta virtud, y no permitiéndome el estado de mi salud ninguna dilación, he resuelto ponerme en las manos de Vd. marchándome mañana para ese punto, antes que exponerme á pasar por Santiago y Córdoba, porque estoy seguro de que un valiente como lo es Vd. no será capaz de oponerse á tan justa demanda, ni dañarme por detrás; cuya confianza no tengo en los otros. Por mi ayudante el teniente coronel don José Ignacio Bringas conductor de esta mi comunicación, espero recibir el permiso de Vd. muy próximo ya á esa ciudad para tener el gusto de conocerle de paso, y ofrecerle la inutilidad de su atento compatriotay SS.--G. A. DE LA MADRID.

Habiéndome denegado á ir á la tertulia de ese día, invítalos don Miguel Díaz á concurrir á nuestra casa esa noche á don Máximo Arias, el coronel don Pablo Alemán y don J. Cobo que eran los comerciantes de la tertulia, sin yo saberlo, cuando así que cerró la noche entrarse todos y manda Díaz á sus criados disponer una mesa para tener el dado. Yo me escusé cuanto pude pero tanto me incitaron á jugar solo una caja de doce onzas que me fué preciso condescender.

La fortuna que no siempre es buena me hizo perder la caja al poco rato y saqué otra que corrió la misma suerte, ello es que perdí más de mil pesos y me levanté maldiciendo de la invención de mi primo á quien no le fué menos mal que á mí.

Bringas había marchado ya, y me dispuse á salir al siguiente día con mis tres ordenanzas. Instame Díaz en la mañana siguiente á que probásemos otro ensayo después del almuerzo, pues que los había convidado á

almorzar á los tertulianos al tiempo de retirarse; alagándome con las esperanzas que son consiguientes. El resultado fué que vinieron y perdi más de mil quinientos pesos y me levanté disgustadísimo y mandé pedir los caballos.

Por la tarde me puse en marcha, maldiciendo de mi condescendencia y contra el gobernador Laguna que me había ocasionado tal demora.

Llegado al valle de San Carlos, á los pocos días, ó en las inmediaciones de Santa Maria, encuéntrame el comandante Bringas con la siguiente contestación de Quiroga: --- «General: No me es posible allanarle su tránsito por esta Provincia, temeroso de un contraste que no está en mis manos el evitarlo, pues que deseando servirlo con la mayor eficacia, tal vez quedaría mal. Esta es la unica razón por que he preferido recomendarlo por el oficio adjunto, á los Exmos. Gobiernos de Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba y Santa Fé, para que le presten todas las consideraciones y asistencia que le son debidas, como á un antiguo defensor de la patria, etc., etc.—*Juan Facundo Quiroga*».

El oficio á los cuatro gobiernos que venía abierto, y debía servirme de pasaporte, me recomendaba altamente por el General de los libres, que así se titulaba, pues en él les decía que habiendo yo solicitado su permiso para pasar á Buenos Aires por la Rioja, había él preferido concedérmelo por la posta, para que fuera con mayor comodidad, y que esperaba se me prestaran todas las atenciones y servicios que merecía por mis antiguos servicios á la patria.

El temor que dicho General me manifestaba le impedía el permitirme el paso por la Rioja, lo atribuí mas bien á recelo suyo por sus paisanos, pues que yo no tenía enemigos que pudieran dañarme, cuando de él lo eran todos y le obedecían solo por el temor, pero de todos modos yo se lo agradecí infinito, pues á mas de proporcionarme un camino mas corto y cómodo, me consideraba seguro y perfectamente asistido por solo su reco-

mendación que no podía ser mas expresiva. Pero me engañé con respecto al Gobierno de la Provincia que menos debía temerlo, la mia.

Marché, pues, á Tucumán, después de haberle contestado dándole las gracias, pero con el aumento de tres oficiales ó comandantes patriotas de Catamarca y de los soldados de confianza que estos tenían y se hallaban expatriados y sin poder volver á sus casas por su Gobierno. Estos nueve ó diez hombres que habian servido antes conmigo y eran por consiguiente conocidos, se hallaban precisamente en el punto donde me encontré Bringas, pues habían venido á visitarme asi que llegué y supieron por la comunicación que recibí á su presencia, que yo me dirigia para Tucumán á Buenos Aires, me rogaron tan encarecidamente que los llevara en mi compañía á esta última Provincia, donde podrian encontrar algún trabajo de que ocuparse, que no me fué posible resistirme á pesar de que no llevaba yo ni lo preciso para mi conducción, pues había tenido que comprar mulas y caballos de repuesto para cinco individuos que éramos nosotros, fuera de los animales para la carga.

Marché, pues, con todos ellos para la hacienda de Tafi, que está como á 12 leguas de Tucumán y en cuyo punto tenia precisamente su hacienda el gobernador Laguna. Asi que llegué á dicho punto y me alojé en la hacienda del Gobernador, le puse á este una carta, avisándole la resolución del general Quiroga que me había obligado á dirigirme por allí y remitiéndole el oficio del General para todos los Gobiernos con mi ayudante Bringas, y dándole cuenta al mismo tiempo de los hombres que me habían suplicado les permitiera ir en mi compañía hasta Buenos Aires, y de las armas que llevaba, que consistían en tres sables de los comandantes y seis malas lanzas de los soldados.

Le prevenia además, que pasaba á esperar al río de Lules su contestación, para según ella entrar á Tucumán, que iba muy incomodado de mis heridas, pues había

abiértoseme nuevamente la de la espalda, para que no le quedara duda de la verdad de cuanto le decía, le pedía también que mandara un comisionado á los Lules (cuatro leguas de Tucumán) para que se informara de todo y recojer las armas de los que me acompañaban si lo juzgare necesario.

Despachado Bringas al anoecer, dormí yo allí y marché de madrugada para los Lules esperando en que pronto descansaría, pues había escrito también á mi primo José Manuel Silva, para que me preparasen un carruaje. Llegado á los Lules al caer la tarde, devolví los caballos que me había prestado el capataz del Gobernador para que descansaran los míos, cuando al poco rato se me presenta Bringas con la contestación del gobernador Laguna, mandándome salir inmediatamente de la Provincia sin pasar adelante, y me avisan del pueblo que no me descuide, pues aprestaban tropa para sorprenderme, y habían colocado guardias en las afueras del pueblo para prohibir á todos los vecinos el venir á verme; permiso que había sido negado á cuantos amigos lo habían solicitado.

Una noticia tan inesperada me llenó de indignación y contesté al Gobierno:—«Que no había yo esperado un reproche semejante al pasaporte que le había remitido el general Quiroga, y mucho menos á mi persona en el estado en que me encontraba, precisamente por defender la dignidad y los derechos de mi pueblo: que mi estado era peligroso y carecía de los recursos necesarios para conducirme, que ya que el Gobierno me negaba el pase para mi pueblo me proporcionase al menos los recursos necesarios para mi viaje, á cuenta de dos mil pesos que se me debían de mis sueldos, por el tiempo que había gobernado la Provincia, y que cuando aún esto se me negara, que permitiese al menos á mis amigos el venir á verme para pedírselos á ellos, y que se me mandase un facultativo para que curase mis heridas».— Despachada esta comunicación, tuve que ganar el monte al anoecer dejando la carga en casa de don Miguel

Perez Padilla, para precaverme de una sorpresa hasta que amaneciera y recibiera la contestación del Gobierno.

Todo el mundo se indignó de una acción semejante por parte del Gobierno y tuve yo que pasar una malísima noche en el monte y como si estuviese al frente de mis enemigos.

Así que amaneció y se me mandó avisar por el dueño de la casa que no había temor alguno que me impidiera el pasar á ella, volví, y pasado un rato de haber salido el sol, se me presentó un facultativo mandado por el Gobierno y la orden para que regresara inmediatamente, y saliese de la Provincia, pero sin mandarme auxilio alguno, ni permitir á los amigos el que me viniesen á ver.

Lleno de indignación por semejante conducta le dije al facultativo, que no había esperado jamás un proceder tan infame como el del Gobernante de mi pueblo y llamando á uno de mis ordenanzas que era hijo de allí le ordené que aparejara la mula y marchara sin demorar con mi carga de petacas hasta la plaza de Tucumán, y que llegado á ella las bajase en su centro, las abriera y pusiese toda mi ropa sobre las tapas; y que á cuantos se arrimaran á ver y preguntar el objeto de aquella demostración, les digera: — «Vengo por orden de mi Coronel á vender toda su ropa por lo que quieran darme por ella, sea cual fuese la oferta que se me haga».

El ordenanza cargó las petacas y se marchó, y yo antes de hacerme ver con el facultativo me desnudé y me tiré á bañarme á la acequia que pasaba por el patio de la casa, sin embargo de la opinión contraria de todos. Esto era el sábado víspera de carnaval, despues que me hube dado un corto baño que me consoló bastante, salí y me hice ver enseguida por el facultativo que curó mi dos heridas después de reconocerlas.

Pasada esta operación y después de haber almorzado me puse en marcha para Monteros, al Sur, con la mira de dirigirme á la Rioja. No recuerdo si al moverme de

los Lules ó en el camino me alcanzó el ordenanza con mi carga un poco desbalijada, pues solo le faltaban algunas prendas que tomaron algunas personas de las primeras que concurrieron al verle poner de manifiesto mi ropa, y me entregó me parece que cien pesos que le habían dado, pues luego recibió orden de mandarse mudar al instante con la carga.

Nos tomó la noche como á dos y media leguas antes de llegar á Monteros, pasamos allí con varios milicianos, algunos oficiales y vecinos que habían salido á recibirme, al camino

Al siguiente día, domingo de Carnaval, quise marcharme temprano para alcanzar la misa en Monteros, pero tuvimos que demorarnos por que amaneció lloviendo, mas así que escampó un poco, me puse en marcha con bastante presteza, pero llegamos cuando era ya tarde y lloviendo; nos desmontamos en el corredor que daba á la plaza, en casa de una parienta mia, á media cuadra de la iglesia.

En el momento que hube entrado á la plaza, se transmitió la noticia de mi llegada á las gentes que estaban en la iglesia, y así que hubo concluido la misa, se dirigieron en tropel al corredor de la casa en que estaba yo sentado, provistos ya con algunas guitarras los cívicos, varios vecinos y milicianos del pueblo.

Así que llegaron dándome mil vivas, canta uno de los diferentes corrillos que rodeaban el corredor de la casa, el siguiente verso de vidalita, acompañado por dos guitarras:

La Madrid, se va para abajo (¹)
no le dejemos pasar,
reúnamonos paisanitos
que á la fuerza se hai quedar.

Contéstale otro en seguida:

(¹) Llaman así los paisanos á los que van para Buenos Aires y para arriba, cuando marchan hácia Salta ó al Perú.

Ni preso quieren que entre
á su pueblo desgraciado.
¡ En premio de sus servicios,
bonito pago le han dado!

No había acabado bien de cantar el segundo grupo esta cuarteta, cuando contesta otra con la siguiente:

Año y cuatro meses hace,
muerto le vimos pasar!
¿ Quién pensaba paisanitos
que así le habían de pagar?

El estribillo con que estas se improvisaron, fué también improvisado por el primer grupo, y era este:

¡ Siga la guerra, no quiero paz;
Yo quiero cielos, vengarme más!

Fué tal la impresión que este último verso causó en todos, muy particularmente en mí, que largaron el llanto muchos; yo anegados mis ojos, me levanté precipitadamente y me metí á la casa, haciéndoles señas para que se retiraran, tuvieron que callar las guitarras, pero ya con la resolución formada de seguir el consejo de la primera cuarteta, como lo ejecutaron en seguida.

Al poco rato después que pasó ya el agua, me hicieron de comer, continué mi marcha, pues los grupos de milicianos, oficiales y cívicos se habían retirado, salí acompañado de muchos vecinos hasta el río del pueblo viejo, una legua al sud de Monteros, cuando empezaron á salir en grupos mas de cuatrocientos hombres con sus oficiales y comandantes, me rodearon, manifestándome su resolución de no dejarme pasar ni salir de la Provincia en el estado en que iba, que me había de quedar por fuerza y no abandonarlos.

En fin, fueron inútiles cuantas reflexiones les hice para que no me comprometieran, ni se comprometieran ellos tampoco, me fué preciso acompañarme con todos ellos en una casa y rastrojo, de sobre dicho río.

Inmediatamente dirigí una carta al gobernador Laguna, participándole el compromiso en que me había puesto su imprudencia, por no dejarme entrar él, y que iba á entrar toda la campaña, pues estaban llegando grupos de todas partes con la misma pretension de no dejarme pasar.

Le decia en dicha carta, que el único medio que yo encontraba para apaciguar aquel desórden, que solo él había provocado, era el siguiente:

«Mande Vd. al canónigo Dr. don Agustín Molina, con uno ó dos vecinos de su confianza, con un decreto de amistía para todos los que se han comprometido en esta reunion, puestos ellos aquí, y haciendo público dicho decreto, yo me comprometo á recojer todas las armas á mas de 500 hombres que hay ya reunidos, llevarlos con ellos y (con los comisionados) entregarlos á Vd. después de haber despachado á todos á sus casas. Solo así quedará esto concluido y podré yo pasar cuanto antes, dejando á Vd. satisfecho de mi honesto proceder, y á mi pueblo en paz, pero deseo que sea esto cuanto antes».

Despaché á un vecino con esta mi carta, encargándole la mayor presteza, y quedamos allí á esperar la contestación del Gobierno.

La mayor parte de la noche la pasaron jugando Carnaval, en el nuevo campamento y cantando vidalitas, pero con un nuevo estribillo que yo les dí en lugar del que habían improvisado esa mañana, y era el siguiente:

¡ Cese la guerra, yo quiero la paz
pues no permito, venganzas más !

Al otro día temprano, estubo de regreso el conductor de mi carta, con una contestación muy satisfactoria del Gobierno, pues convencido de su imprudencia y de mi buena fé, me ordenaba que pasara yo mismo á la cabeza de toda la fuerza hasta el Manantial, en cuyo punto estarían los diputados que habia yo pedido, asi que llegasen para pasar conmigo al pueblo, después que

hubiese descansado la fuerza y despachado la gente á sus casas.

Con esta contestación, me puse en marcha al instante, pero ya con mas de 600 ó 700 hombres y llegamos al Manantial como á las tres de la tarde;—al instante se presentó el canónigo Molina, el Dr. Mur, presbítero y no recuerdo que otro en un coche, para llevarme al pueblo.

Asi que llegaron dichos comisionados, mandé formar toda la fuerza para que la hablara el señor Molina, haciéndole presente el indulto del Gobierno, y recogerles yo en seguida las armas.

Asi que el doctor habló, haciéndoles saber el indulto; que el Gobierno me admitía ya gustoso, pues venian ellos á conducirme, gritan todos: «No permitimos nosotros que nuestro jefe se vaya, por que en el monte de los Aquirres, hay una fuerza destinada á prenderle, y si él nos falta, nos perseguirán á nosotros».

Apenas hubieron dicho esto, cuando indignado yo díjeles en alta voz: ¿Qué significa este desórden? Han creído Vds. que yo he de someterme á sus caprichos y permitirlo! A la fuerza señor, no lo detendremos puesto que V. S. quiere ir para que lo sacrifiquen, dijeron todos los comandantes y oficiales; pero nosotros no entregaremos las armas en ese caso, y sabremos vengarlos. ¡Si V. S. nos deja, nos meteremos á salteadores en los montes! Mas enfurecido yo con esto, díjeles á los comisionados: «Señores, esto está concluido, vámonos al pueblo que yo volveré mañana á contener este desórden», y me dirigí á subir al coche.

Los Dres. Molina y Mur, que me vieron subieron ya al coche y que todos los hombres montaban en sus caballos, se dirigieron á mi y deteniéndome por la ropa me instaron á que bajara y me quedara á contener aquel desórden. «¡Por Dios, no se baya Vd. paisano! me dijo el canónigo Molina, porque esto se vuelve una leonera. ¡Déjenos Vd. ir solos á imponer al Gobierno de cuanto hemos presenciado, ocasionado todo por su imprudencia! Veremos de remediarlo de otro modo».

Fueron tantas las instancias que tuve que ceder: bajé del estribo del coche y les dije: «Muy bien, por Vd. señor doctor, voy á esperar á los Lules la última resolución del Gobierno, y tratar de persuadir á estos hombres, y monté á caballo, subiendo ellos á su coche, y nos separamos, marchando ellos para Tucumán, y regresando yo para aquel punto.

Al siguiente dia, último de carnaval, se me aparecen muchos cívicos y mozos del pueblo, como á las 9 de la mañana dando vivas y diciéndome que podía ya pasar al pueblo, pues que el gobernador Laguna había convocado á la Sala y al pueblo, y renunciado el gobierno en virtud de un chasco, que habían recibido en el campamento el comandante general don Vicente Villafañe y su tropa, — (dicho Villafañe había sido nombrado por Quiroga), y que quedaba en aquel momento reuniéndose el vecindario en el Cabildo para nombrar Gobernador.

Dijeles que no pasaría adelante hasta que el pueblo ó la Junta no nombrara su Gobernador, y tuviera permiso de éste para entrar.

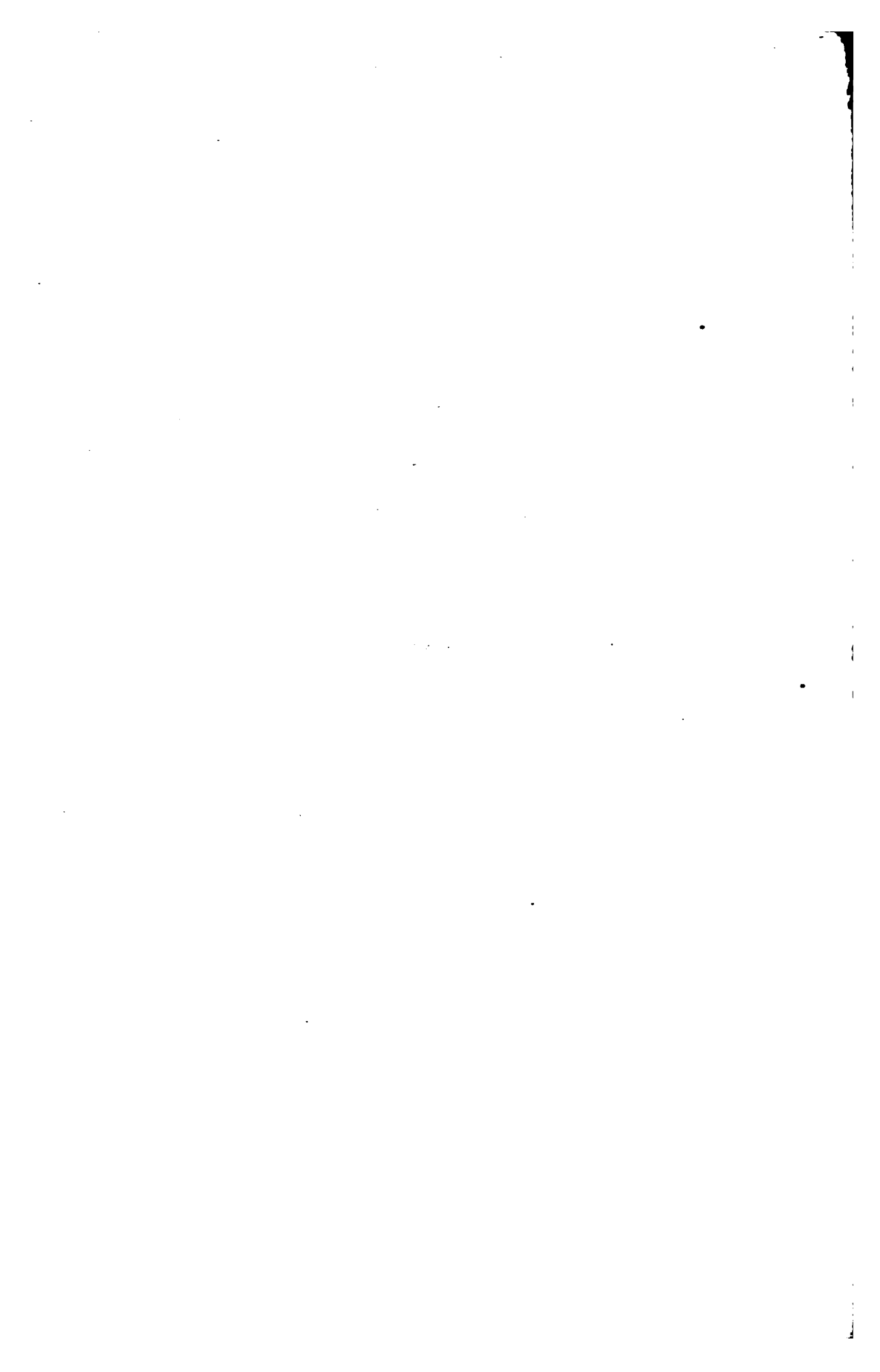
—¡Pero valiente señor! que se quiere hacer el forastero! ¿que no conoce á su pueblo? A quién han de nombrar sino á usted?—fué la respuesta que me dieron.

Me heché á reír sin poderlo remediar al ver la formalidad, y la tonada tucumana en que me lo dijeron, y les repuse: «Eso querian ustedes, y tal vez yo mismo, en otras circunstancias. Hoy no podría darles gusto aunque lo quisiera todo el pueblo, porque si tal cosa admitiera nos traerían al momento la guerra Quiroga é Ibarra y el doctor Molina y demás de la comisión que vinieron ayer á verme, saben que debo yo pasar al momento... «Eso será si lo dejan», contestáronme, riéndose.

«Bájense ustedes y cuéntenme qué es lo que ha sucedido, y por qué ha renunciado el señor Laguna», les dije: — Se bajaron, y me dijeron lo siguiente: — La derrota de los Colorados del señor Villafañe, á sido muy graciosa, estaba él acampado en el bajo con su gente,



GENERAL JOSÉ B. VILLAFAÑE



por la quinta de Carranza, y pasaba de galope para el campamento un negrito del señor Posse para su quinta. Como los soldados estaban azorados lo que supieron por los diputados, la gente que tenía usted y lo que había pasado al quererse venir con ellos; viendo los polvos que levantábamos corriendo el carnaval por la Ciudadela, le preguntaron al negrito que polvos son aquellos, y lo rodearon; el pillo del muchacho para que lo dejaran pasar les dijo:—«es el general La Madrid que viene entrando»— No bien oyeron esto, cuando gritaron los soldados, los colombianos primero:—«que viva nuestro General»,— y corrieron á sus caballos que estaban ensillados.

El Comandante general viendo aquello, y que todos corrían á cual más á encontrar á usted, disparó para la Banda con unos cuantos que lo siguieron, y los demás que venían á buscarlo á usted se hallaron con que éramos nosotros los de los polvos. Ahí tiene usted todo el fandango. El señor Laguna que vió esto, y le avisaron los vivos, fué al instante al Cabildo mandó tocar las campanas y renunció. Allí los dejamos á los comerciantes y los de la junta, para nombrar Gobernador; pero nadie quiere admitir, por que el señor Silva que es el que se empeñan todos en nombrar, no quiere prestar el juramento sino por una hora. — Dicho esto, se hecharon á reir todos, festejando la ocurrencia del negrito, y haciendo burla de los que habían pensado oponerse á que yo entrara y reunido gente para atacarme.

Enseguida vino un propio del gobernador Silva, avisándome su nombramiento y previniéndome que pasara con toda la fuerza hasta la plaza. Marché al momento después de haber hecho saber á todos la orden del nuevo Gobernador y mandado retroceder á mas de cien hombres que venían ya cerca, del Río Chico y Graneros.

Antes de llegar al Manantial me encontraron ya varios comerciantes y vecinos que entraron conmigo hasta la plaza — Puesto en ella proclamé á todas las milicias haciendo reconocer al nuevo Gobernador, é in-

vitando á la unión y el orden: les recojí todas las armas que entregué al Gobierno, y despaché á todos para que regresaran á sus casas, lo que practicaron contentos, y contando probablemente con que yo me quedaría.

El entusiasmo de la mayor parte del pueblo; y muy particularmente el de los cívicos y soldados colombianos, que se habian venido de Salta después que el gobernador Gorriti fusiló á su coronel Matute, fué grande y decidido para que me quedara y encargara del Gobierno; mas ni yo lo pensaba ni lo podía hacer, sin comprometer á la Provincia en una nueva guerra.

Había también dado yo cuenta al general Quiroga asi del rechazo de su recomendación por el Gobernador Laguna, como del compromiso en que me habían puesto las milicias al ver que me retiraba rechazado por el Gobierno, pero asegurándole mi firme resolución de pasar á Buenos Aires.

Traté, pues, de llevar adelante mi pensamiento y marcharme al siguiente día, pero habiendo esta noticia ocasionado un grande alboroto asi en la tropa cívica y mucha parte del pueblo, como de los soldados colombianos que me habian tomado cariño y solo se consideraban seguros conmigo, me fué preciso formar un nuevo proyecto.

Púseme antes de acuerdo con Silva, y le propuse en seguida al Gobierno, que queria tener una entrevista con el gobernador Ibarra, para que puesto de acuerdo con él pudiera yo quedarme á encargo del Gobierno; pidiendo para que me acompañaran al desempeño de esta comisión, al ex gobernador Dr. don Nicolás Laguna, y á don Francisco Itugarte representante de la II. J., con los cuales debía yo marchar en un carruaje y con una escolta de diez hombres.

Dispuesto ya este engaño de acuerdo con el gobernador Silva alborótase la tropa y se opone temiendo quedar engañada, pues sospechaba mi intento. Entonces para desimpresionarlos de sus fundadas sospéchas tuve que dejar mi equipaje y mi cama en el cuartel como una prueba de mi vuelta. Aquietados por esta muestra

y por las promesas que les hice de volver pudimos marcharnos al siguiente día ya tarde, pero habiéndole anticipado yo el aviso al gobernador Ibarra, &.

En el Rio Hondo paso de los Gimenez, nos encontramos con el comandante don Lorenzo Diaz que me esperaba prevenido ya por Ibarra, y puesto en guardia, recelándose una sorpresa.—Con el pretexto de no estar los caballos prontos, nos demoró dicho comandante como un par de horas, y nos hizo salir para Santiago después de puesto el sol, para poder aparentar un gran campamento, sobre el camino que íbamos á pasar, cerrada ya la noche; pero este pobre hombre lo hizo con tanta torpeza que fué facil conocer su objeto.

Había mandado hacer tal acopio de fogones en diferentes líneas paralelas, por uno y otro lado del camino, que un ejército de cuatro mil hombres no necesitaria tantos.

Una legua antes de llegar á Santiago, al tercer día de nuestra salida se nos hizo destacar hasta que viniera á recibirnos un oficial primo del Gobernador, y el cual nos condujo á la casa que se nos había destinado en la Plaza. Medio pueblo concurrió asi que nos bajó del coche, á ver por sus ojos al muerto del Tala, pues por tal me tuvieron por mucho tiempo, y fué tal su curiosidad que se llenó el gran patio de la casa y casi hasta el medio de la sala en que nos alojamos, fuera de los innumerables hombres y muchachos que estaban apiñados en dos grandes rejas de las ventanas que daban á la plaza.

El Dr. Laguna é Itugarte estaban admirados de ver el interés con que todos se pedían permiso para verme, cuando observando el primo de Ibarra el empeño con que se agolpaban casi hasta media sala, saliendo unos y entrando otros, arráncale el sable á uno de mis ordenanzas y empieza á echar á palos á toda la gente para fuera.

Me desagradó bastante dicha acción y le dije con buen modo— «Deje señor oficial que satisfagan su curio-

sidad, pues en nada nos incomodan, querrán ver al muerto resucitado»—lo cual no obstante, siguió él repartiendo palos hasta que los echó fuera, pero ganaron las ventanas y estuvieron por largo tiempo relevándose en ellas hasta que se fueron raleando.

Luego vino el Gobernador y nos abrazamos y fué impuesto del empeño de que había sido preciso valerme para que me dejaran salir mis paisanos. «Si este les ha echado gualicho (1) á sus paisanos, por eso no lo querian largar», dijo Ibarra riéndose.

Después de haber conversado un rato nos llevó á comer á su casa, y al salir dijo al oficial su primo, «que lleven el equipaje de Gregorio á mi casa», y contestándole yo, que mi equipaje había quedado en prenda en el cuartel se echó á reir y me dijo:—«no importa yo te prestaré cama y lo que necesites».

Al siguiente día se regresaron para Tucuman mis dos compañeros y la escolta, quedándome yo con solo dos ordenanzas y habiendo recibido mi carga y la cama que me remitió el Gobernador, habiéndola sacado del cuartel con el pretexto de hacerme lavar la ropa. ¡Algunas vidas costó á esos leales y decididos soldados esta mi separación, pues Laguna volvió á ocupar el Gobierno y Villafañe la Comandancia! Les tomaron gran prevención, empezando á perseguirlos y tuvieron que morir algunos, defendiéndose y expatriarse otros!

Después de tres ó cuatro días de permanencia en Santiago en casa de mi antiguo amigo Ibarra, marché para Buenos Aires en un carruaje y acompañado por el oficial, primo de Ibarra hasta el Saladillo, línea divisoria de Santiago y Córdoba, só pretexto de precaverme de algunos insultos en las postas de su territorio, según me lo dijo el Gobernador al destinármelo para que me acompañara, pero su verdadero objeto era el de observar mis acciones, pues aun con solo mis dos ordenanzas le inspiraba todavía temores: más en cambio de esto

(1) Brujería ó cosa del diablo, llaman nuestros paisanos, para atraer.

tuvo el primo que sufrir por dos ó tres días la mortificación de presenciar en todas las postas desde que salimos de Santiago, los obsequios y consideraciones que me prestaron todas las gentes así de todas las postas, como de muchos ranchos inmediatos que se costeaban á verme llevándome algunos pequeños obsequios.

Antes de llegar al Saladillo se me cerró la herida de bayoneta en las espaldas, con no se que remedio que me dieron en Santiago, y no volvió más á abrirseme hasta hoy, pero seguí con la de las costillas abierta. Era tal el terror que habian inspirado los soldados colombianos de Matute, entre las gentes del campo de aquellas Provincias, que voy á referir un pasaje gracioso que ocurrió al llegar al Pozo del Tigre, 2ª posta de la jurisdicción de Córdoba, y que no dejó de alarmarme.

Iba yo muy apurado por llegar cuanto antes á Buenos Aires, así por el mal estado de mi salud, como por el deseo de ver á mi señora y mis tres hijos, que al último de ellos no conocía; que mandé adelantar á uno de mis ordenanzas luego que salimos de la 1ª posta, á la espresada del Tigre, para que me esperaran con los caballos prontos. Tanto el que quedó conmigo como el que se adelantó llevaban su lanza con banderola y su sable.

El que se había adelantado que no era práctico del camino, descubre porción de gentes que estaban en una trilla al lado del camino, y corre allá á preguntar por la posta. Ver al soldado y dirigirse á ellos de galope, y echar á correr cuantas gentes habían, unos á caballo y otros á pié ganando los maizales todo fué uno. El soldado sorprendido por semejante fuga apretó á correr en alcance de unas mujeres que disparaban desoladas y votando sus mantas, para tranquilizarlas hasta que las contuvo gritándolas que no tuvieran miedo.

Yo, que asomaba ya en mi birlocho y alcancé á ver la disparada en todas direcciones, no dejé de alarmarme sin adivinar el motivo. Llegué por fin á la posta y me

impuso el soldado del motivo de la disparada y el cual había hecho huir también á los postillones; díjome que las mujeres que el contuvo le confesaron que habían huido todos creyéndolo colombiano, pues los Santiagueños les habían dicho que volvía yo otra vez con unos soldados colombianos que eran el demonio en figura de hombres, que nada respetaban y á nadie temían que esta sola era la causa por que habían corrido todos.

No pude menos que reirme al oír esta relación, y mucho más cuando comenzaron á salir contentos los paisanos luego que supieron que estaba yo allí y me repitieron la misma relación que les habían hecho los santiagueños.

Al pasar por Córdoba fui bien recibido por el gobernador Bustos y mucho más por las gentes del pueblo, quienes me contaron que al correista Carnerito que había pasado para Buenos Aires cuando yo llegaba á Tucumán, de Trancas, así que se retiró Quiroga después de la acción del Tala, lo había tenido preso Bustos con una barra de grillos, por que contó que estaba yo vivo, y que la firma que llevaba en su pasaporte era mía, lo cual era verdad; por que estando ya despachado dicho correo por la administración de Tucumán en el día en que debía llegar de Trancas, se había esperado para verme y dar noticia á cuantos le preguntasen; y para mejor comprobante me había pedido que le pusiera mi firma como se la puse en dicho pasaporte.

Pues por sola dicha causa estuvo el correo preso muchos días. Tal era el empeño que tenían en hacer creer á todos de que yo había muerto, pues se persuadían esos pobres hombres, por que así debe llamárseles, que con solo esto quitarían á sus gentes el respeto ú temor, que solo ellos me tenían (¹).

(¹) Los caudillos, pues sería un embustero, á más de injusto, en decir que las gentes me temían, ó tenían contra mí, prevención alguna, por que han mostrado lo contrario en todas partes.



Frank Dorego
R3



En la Villa de Lujan tuve la satisfactoria complacencia de ver que mi padre político el Dr. don José Miguel Díaz Velez, que había salido con toda mi familia y la suya á recibirme. ¡Grande fué ciertamente mi placer; pero mezclado del sentimiento que inspiró la vista de mi virtuosa y amable compañera! Y por el cariño de mis tres inocentes hijos!!! El semblante de aquella estaba todavía demudado por los padecimientos ocasionados por mi ausencia y por la noticia de mi desgracia, y al verme poco menos que cadavérico, no pudo menos que echarse á mis brazos toda anegada en llanto y exclamando: ¡Gracias á Dios que te veo! Pero en que estado! Todos se conmovieron, y en especial sus recomendables padres que no les costó poco trabajo el separarnos, para que pasáramos al templo á dar gracias al Todopoderoso por aquel beneficio!

Llegados después á Buenos Aires y así que pasaron las primeras felicitaciones, fuí al Fuerte á presentarme al señor Gobernador y mi compadre don Manuel Dorrego, á quien habiéndole encontrado ocupado en el ministerio de la guerra, me paseaba esperándole en el salón del frente de la capilla. Salió de allí acompañado de su ministro de la guerra el general Balcarce, pero al saludo que les hize solo me contestó el ministro afectuosamente, pues el gobernador Dorrego, no hizo más que decirme secamente. — ¡Siga V.!— y pasar.

Seguía yo por detrás. El ministro entró á su despacho haciéndome una inclinación de cabeza al pasar, y yo continué trás del gobernante, enfurecido. Él iba con la llave de su bufete en la mano pero sin hablarme, y al llegar abrió la puerta y dando inmediatamente vuelta y parándose en el umbral, dijome secamente:— ¡Cuando vino V.!— ¡Anoche! le respondí con tono.— Retírese V.— dijome con la vista fija en mi; pero no dándole tiempo á que concluyera le volví la espalda sin hablarle y me retiré, entrándose él á su despacho y cerrando con fuerza la puerta.

Bajé las escaleras, ciego de cólera, y me dirigí á la

Policía á presentarme por cortesía, á mi antiguo amigo y tocayo don Gregorio Perdriel, que era entonces el jefe, pero diciendo entre mí :

—¿Y con trompetas como éste á la cabeza del Gobierno, pensaremos tener patria? ¿Podrán jamás unirse los pueblos para constituir un Gobierno fuerte y respetado?

Preguntándome Perdriel al saludarnos y fijándose en mi semblante, que era lo que tenía, le instruí del recibimiento que me había hecho mi compadre y nuestro comun amigo Dorrego, y agregué:

—«¡Cómo se conoce, tocayo, que los hombres que se sientan en este maldito Fuerte, solo se llenan de viento, olvidando lo que han sido y lo que deberían ser en su nuevo puesto!»

— «¡No esperaba yo en Dorrego, tocayo, me dijo, un proceder semejante y mucho menos con Vd.!»

--«No nos ocupemos mas de semejante Quijote», le dije y nos despedimos afectuosamente, manifestándome él, el disgusto que le había producido semejante conocimiento, pues era Perdriel un excelente sujeto, y teníamos la mejor amistad desde que nos habíamos conocido en el ejército del Perú.

Llegado á mi casa, me encontré con mi amigo el doctor Houghan, y otros varios de visita, y después de habernos saludado, me llamó el doctor aparte para reconocerme las heridas; se asombró por cierto, de que hubiese salvado de tantas, y manifestó su sentimiento, que era igual al mío, de que hubiesen sido ocasionadas por nuestra maldita guerra civil, cuando en la de nuestra independencia me habían respetado las balas y el acero en mas de 70 combates y encuentros parciales. La de la espalda y 15 mas de la cabeza y el brazo, estaban completamente curadas, pero se mantenía abierta la incisión que se me había hecho en la costilla rota cuando mi expedición á Santiago; la reconoció bien, encontrando una astilla fracturada sobre la costilla, la cual la sentía yo al moverla, él con la tintera, me dijo :

— «Esta es la razón porque esta herida ha cerrado y vuelto á abrirse tantas veces, mientras no salga este cuerpo extraño, moviéndome el hueso, no sanará de firme, pero esto es nada, lo curaremos, mi amigo».

Yo me consolé con este anuncio y salimos á la sala, quitando el doctor todo motivo de aprensión á la familia, y los amigos; pero como entre los muchos que continuaron viniendo había también diferentes facultativos, mi padre político y mi señora, quisieron que todos me reconociesen y tuve que darles gusto, pero causando en todos igual asombro que en el primero: el haber salvado de tan feroces heridas como algunas que estaban de manifiesto en la cabeza y en la espalda; mucho más después de haber estado abandonado en el campo desde las diez de la mañana hasta las tres ó cuatro de la tarde, sin lavarme, ni vendarme las heridas hasta la noche.

En fin, dieron motivo para varias digresiones estos reconocimientos, y todos hicieron por tranquilizar á mi familia y quitarle todo motivo de temor, pero apenas salieron de allí, manifestaron su temor de que no duraría yo con vida arriba de tres ó cuatro meses, los que mas se alargaban.

El doctor Houghan, que era el amigo de mi mayor confianza, se encargó de mí, y á él, después de Dios, le debo mi vida.

Yo había llegado á Buenos Aires, no recuerdo si el 22 ó el 23 de marzo, con una tos que á todos daba cuidado, y muy particularmente por el *pus* que arrojaba por el esputo y mi extremada debilidad. Pasaron algunos días y amaneció la herida cerrada, y como el doctor venía todos los días á curarme, y me estaba administrando una bebida de un cocimiento de zarza, orosú y no sé que otros ingredientes compuestos por él; díjome así que la vió que aquello era como en las veces anteriores, que volvería á abrirse, y que no sanaría hasta que hubiese salido el hueso. Así lo hice, y al siguiente día amaneció abierta.

Yo seguía tomando á pasto el cocimiento preparado

por el doctor, y pasaron así los días experimentando alguna mejora que se veía visible, por la mayor facilidad al esputar y por la mas claridad y ligereza de él; hasta que un día amaneció la herida cerrada, pero de un modo, que no la había visto en todas las veces anteriores, formando una hendidura como si se hubiese contraído la carne para unirse al hueso. No pareció el doctor hasta tarde y me fui á su casa á visitarle, y lo encontré ocupado en una operación.

Concluida que fué, dígole al doctor: Vengo muy contento á decirle á Vd. que mi herida está ya curada con sus remedios. ¡No puede ser!—repúsome Hohughan, no sanaría de firme mientras no salga el hueso solo, pues está ya casi desprendido, enteramente como Vd. mismo lo á sentido al moverlo con la tintera. «Así estaba realmente le dije, pero en mi concepto no volverá á abrirse, porque veo en ella una señal que no he visto en las veces anteriores que he sanado», y desprendiéndome los suspensores se la enseñé.

Sorprendióse el doctor al verla y me dijo. ¡En efecto! A obrado en Vd. la naturaleza, un prodigio, que no lo he visto en los años que cuento de médico! A soldado el hueso y no volverá abrirse!

Me retiré muy contento á mi casa y seguí tomando el cocimiento. Hohughan me había aconsejado que saliera al campo á restablecerme, pero careciendo de los recursos precisos para ello, no había querido decirselo á mi padre político, por no obligarlo á contraer algún empeño, pues su fortuna aunque no pequeña, estaba en decadencia por que no podía disponer de las grandes propiedades de campo que tenía en Entre Rios y Banda Oriental, por otra parte, desde que me ví libre de mis haciendas aunque todavía muy debilitado, no creí propio dejar de ofrecer mis servicios al Gobierno, estando el país en guerra con el Brasil, sin embargo del mal recibimiento que me había hecho el presidente Dorrego, pues no era á él, sinó á mi patria, á quien iba á servir.

Dirigí una presentación al Gobierno, manifestándole

apenas restablecido de mis heridas, no podía conformarme con ser un frío espectador de los peligros que amenazaban á mi patria por la guerra exterior en que se hallaba empeñada, que me consideraba ya capaz de manejar mi espada y ofrecía mis servicios en el destino que el Gobierno quiera aceptarlos.

Entregada dicha presentación al Gobierno, esperé en vano su resolución por diez días. Conocí á no dudarlo, que no se me ocuparía aun cuando dependiera de mí, que estaba muy distante, la salvación de la patria. Tal ha sido y es el proceder de nuestros gobernantes por lo general, y solo á él debe la patria sus desgracias. Todo el que sea imparcial y haya tenido conocimiento de nuestros mandatarios, conocerá que hablo la verdad, aunque no agrade á todos.

Mi hermano Mariano, que estaba trabajando en Entre Ríos, había venido á Buenos Aires y debía regresarse muy luego. Resolví, pues irme con él á Entre Ríos, solo por tomar otros aires, sin tener que hacer gasto alguno y pasé á pedir mi pasaporte á la Policía, como un simple particular, pues aunque no estaba dado de baja por orden alguna, tampoco estaba destinado á ningun servicio, ni aun agregado al Estado Mayor, por consiguiente estaba de hecho, retirado.

Perdriel mandó al oficial 1º. Victorica, que me extendiera el pasaporte y estábalo ya extendiendo cuando me dice:—«Tocayo, será mejor que pase Vd. á pedirlo á la Inspección ó Comandancia de Armas, pues aunque no está Vd. en servicio, al fin es un jefe, podrían estrañar-lo ó atribuir á un desaire por parte de Vd., el que pida pasaporte á la Policía».

«Tocayo le dije, si Vd. no me dá pasaporte ó me voy sin él ó dejo mi viaje, pues no tiene otro objeto que el de tomar campo. Con el recibimiento que me hizo Dorrego y el carpetaso que se ha dado á mi ofrecimiento, yo no vuelvo á pisar el Fuerte para nada». Tomó entonces su sombrero y tomándome de la mano, me dijo: — «Venga tocayo que yo mismo voy á hablar al Comandante de

Armas; no quiero que tomen un pretexto para ocasionarle algún mal é instándome, salimos juntos para el Fuerte».

Entró conmigo á ver al general don Marcos Balcarce que estaba encargado de la Inspección y le dijo él mismo, el objeto á que iba por tener yo que salir al campo por mandato de los médicos; y que habiendo ido á pedir mi pasaporte á la policía, había creído él mejor que lo sacara de la Inspección. El inspector se negó diciendo, que no podía darme pasaporte para fuera de la Provincia, que era preciso lo solicitara del ministro de la guerra que lo era en aquel entónces el general don José Rondeau.

Pasamos con Perdriel á ver á dicho General y al cual habló el mismo Perdriel; pero habiéndose escusado también como el Inspector y exijídomé que fuera á ver al Gobernador ó Presidente, le dí las gracias y me salí para retirarme á mi casa. Perdriel me instó en vano para que subiéramos á ver á Dorrego.—Díjeme— «si mi vida dependiera de verle preferiría la muerte», y me dí vuelta. Entonces me llama Perdriel y me dice:—«Vaya Vd. tocayo á esperarme á la Policía que yo subo á ver al Presidente y sacarle su pasaporte». Marché á la Policía y subió él á verse con el señor Dorrego.

A poco rato de haberme yo sentado á esperarle en la Policía, entra Perdriel muy contento y me dice:— «Me á ido perfectamente. Dice su compadre que lo dispense que á estado muy ocupado con Lord Posomby con el asunto de los tratados de paz que se han propuesto por cuya razon no había contestado á su carta ó solicitud, pero que haga Vd. una presentación y se la mande y que será despachado en el momento».

No bien acabó de hacerme esta relación cuando entró corriendo un ordenanza del ministerio de la guerra á llamarme de parte del señor Rondeau. Pasé á verlo al instante y me dijo:—«Suba Vd. á verse con S. E. que quiere hablarle».

Diríjome en seguida al despacho del Gobierno y sale

el señor mi compadre á recibirme con un abrazo á la puerta, apenas me vió, y conduciéndome de la mano y pidiéndome mil perdonos afectuosos por el recibimiento que me había hecho al siguiente día de mi llegada, disculpándose con que salía de muy mal humor de hablar con el ministro un asunto desagradable, con lo que me desarmó y me dijo.—«Vaya Vd. y ponga una solicitud en los mismos términos, más ó menos, que la anterior y mandemela; en la intelijencia de que si ahora mismo la presenta, en el acto la tendrá Vd. en su casa despachada para que pueda Vd. ir á tomar unos días de campo».

Nos despedimos ya con esto muy de amigos y regresé á participárselo á Perdriel, pues me lo había encargado, el cual celebró muchísimo esta conciliación. Pasé á mi casa y puesta la solicitud la despaché al ministerio de la guerra con mi hermano, pues debíamos embarcarnos al siguiente día.

Dejó mi hermano la solicitud al Sr. Ministro y se regresó, pero no había todavía llegado á casa cuando se me presentó un ordenanza del ministerio á caballo trayéndome decretada la solicitud, pero no para marchar á Entre Ríos, sino mandándome agregar al Estado Mayor y que se me socorriera por tesorería con 500 \$ papel y tomada ya razon en la Inspección.

Al instante conocí el objeto de la llamada, abrazos, &ª. Se figuró sin duda, pero muy equivocadamente, que yo me marchaba resentido á Entre Ríos, para tomar parte contra su Gobierno, con los generales Urquiza y Echagüe, que me parece no estaban muy de acuerdo con él en aquel entonces; y quiso por este medio evitarlo.

Yo quedé desde aquella fecha agregado al Estado Mayor y no se volvieron á acordar de mi para nada, ni volví yo á pisar el Fuerte hasta dias después de la revolución del 1º de diciembre hecha por el general don Juan Lavalle, como se verá mas adelante.

Seguí así por seis ó siete meses; mientras tanto se había celebrado la paz con el Imperio del Brasil, y había yo escrito una carta á mi compadre el coronel don

Juan Manuel Rosas, pidiéndole que viese si entre sus amigos hacendados, había alguno que quisiera ocuparme aun que fuera de mayordomo ó capataz en alguna de sus estancias; pues quería retirarme á trabajar al campo, cansado ya de hacer tantos sacrificios para mi Patria, y tan mal correspondidos por nuestros gobernantes. Que la vida del campo era para mi la mas agradable y análoga á mi caracter y esperaba que sabría trabajar á satisfacción del que me ocupara.

Dicho mi compadre se hallaba, cuando le mandé mi carta, no recuerdo en cual de sus establecimientos del sud y era ya el comandante general de la campaña, hecho creo, por Dorrego. Precisamente en esas circunstancias había salido á establecer una nueva línea de fronteras, avanzando algunos fuertes ó guardias mas á fuera de las que antes eran las últimas hácia las pampas, por consiguiente llegó mi carta tarde á sus manos y no pude contestarla como deseaba, sucedió en esto la vuelta del general Lavalle de la campaña del Brasil y en seguida la revolución.

Causales de este suceso, habían sido en Buenos Aires unas elecciones no recuerdo si para representantes del pueblo ó para diputados á una convención del tratado de paz con el Brasil. El resultado fué que ellas fueron muy ruidosas, por que los agentes del Gobierno por orden de Dorrego, cuartando completamente la libertad á los ciudadanos, al tiempo de la votación, por cuanto concurren armados á las mesas, quitaron listas, repartieron las del Gobierno, y hasta hubieron algunas desgracias ocasionadas por sus dependientes.

Después de esto llegó el 1º de diciembre, habiéndose dejado ya traslucir secretamente, ideas de una revolución próxima, pero sin tener yo otro antecedente que el de haberlo oído en conversación á unos amigos, que ni me preguntaron mi opinión, ni quise hablar una palabra, pues aunque estaba yo ofendido por el gobernador Dorrego, no me parecia bien el que se rebelaran contra el Gobierno, precisamente el ejército mejor orga-

nizado que había y el que acababa por sus victorias de alcanzar la paz.

Pero amaneció el 1º de diciembre con la revolución efectuada y formados los Cuerpos que había traído el general Lavalle, en la plaza mayor sin que yo hubiera tenido otro antecedente que el ya mencionado, y estando aun en cama, entró mi madre política, Tránsito Iriarte diciéndome: «Primo, porque así me llamaba. ¡Qué descansado está Vd. en la cama cuando todo el pueblo está en revolución! Levántese Vd. que el ejército del general Lavalle está formado en la plaza y todo el pueblo corre á reunirsele, contra el Gobierno!

Aseguro á mis lectores que me desagradé en extremo de semejante noticia, por que temí las consecuencias de un escándalo semejante. Me vestí muy despacio y no quise ni asomarme á la puerta de la calle en todo el día, por consiguiente nada puedo decir de cuanto ocurrió entonces, porque no quiero ser el repetidor de cuentos, sino el relator verídico de lo que he presenciado.

Nombrado ya gobernador por el pueblo, don Juan Lavalle, y llamado por éste, mi padre político, el Dr. Díaz Velez, á encargarse del ministerio general, me conservé siempre recluso en mi casa, esperando recibir alguna orden del Gobierno para obedecerla, fuere cual fuere, pues creía ser ese mi deber. Dicha orden no pareció, sin embargo de haberse el Gobernador evadido del pueblo para la campaña, cuando en la vispera de salir el general Lavalle contra el gobernador Dorrego, viene mi padre político y ministro general del nuevo Gobernador, á llamarme de parte de éste al Fuerte, diciéndome que me necesitaba para que lo acompañara á la campaña, agregándome por su parte, que era ya de necesidad que fuera, puesto que todo el pueblo ó lo principal de él había dado la cara y nombrándolo á dicho General, por Gobernador.

Me quedé por algún rato pensativo y sin saber que contestarle.

CAMPAÑA BAJO LAS ÓRDENES DEL GRAL JUAN LAVALLE

«Es preciso primo que se decida Vd. y que vamos, me dijo mi padre político, porque esto es ya hecho y no podría Vd. excusarse sin resolverse á quedar ya anulado». «Tiene Vd. razón, le dije, pues es precisamente en lo que estaba pensando. El ejército todo á dado la cara contra el gobierno de Dorrego, que estaba ya mal, y todo el pueblo se le ha unido, nombrando Gobernador á su General, es pues, seguro que triunfará este jóven orgulloso, quedaré marcado por su enemigo si me excuso; arruinado por consiguiente, no habrá, pues, mas remedio que ir», le dije y marchamos.

Asi que nos presentamos al gobernador Lavalle, dijome éste: — «Es preciso coronel que Vd. me acompañe, pues le necesito para mandarle á las Provincias con el general Paz, por que allá nos será Vd. muy útil».

«Se hará lo que Vd. ordene, señor Gobernador, le dije, pues siempre estoy pronto para servir á mi patria, en cuanto me considere útil». — «Asi lo entiendo», me contestó. — «Prepárese, pues, y marcharemos mañana». — Me despedí y pasé al bajo del río por si encontraba alguna tropa de carretas de Tucumán para ver si me seguían algunos peones. Felizmente encontré una ó dos y me siguieron unos 20 ó 22 de sus peones, que marcharon conmigo al corralón de mi casa, avisé al ministro para que los proveyera de armas, caballos, etc., lo cual se proporcionó al instante; pasé á casa del sastre don Feliciano Malmierca, para mandarme hacer una casaca de uniforme y una gorra, pues no tenía prenda ninguna

militar, encargándole que estuviera todo pronto para el siguiente día temprano, y así lo hizo.

Marchamos, pues, el 5 ó 6 de diciembre con todos los cuerpos de caballería que había traído del ejército, los cuales compondrían una fuerza como de 900 hombres, sin que se me hubiera dado destino alguno, pues solo iba como un acompañante al lado del General, con mi partida de voluntarios, sin representar mas papel que el de un simple comandante ó lo que quiera llamárseme, de una partida de carreteros, lo que por cierto, que no me agradó mucho.

Yo estaba recién empezando á convalecer de mis heridas y sumamente delgado, por cuya razón me mandé hacer la casaca bien holgada, pero como ví que no se me había dado destino ninguno, la guardé en la ballesta, así que llegamos á las inmediaciones de Santa Catalina, como 4 leguas de Buenos Aires, cerrando ya la noche y amenazando lluvia, pero apenas hubimos acampado, cuando empezó á llover, con tanta abundancia, sin cesar, en la mayor parte de la noche, que no me bastaron los acopios de pasto que me pusieron mis voluntarios debajo de una manta, para que me recostara con el caballo de la brida, pues amanecí con medio cuerpo metido entre el agua, y por consiguiente, sin dormir.

Pero este nuevo ensayo de mi nueva campaña, fué el mejor remedio para mi completo restablecimiento, pues amanecí mas entonado y continué así en progreso. Continuamos la marcha, habiendo quedado encargado del Gobierno provisorio, el almirante don Guillermo Brown, de ministro general, mi padre político. En la tarde del 8, hallándonos á la altura del intermedio de la guardia de Navarro y la de Lobos, en cuyo punto estaban acampadas las fuerzas del gobernador Dorrego, ó mas propiamente, las que habían reunido el comandante general, Juan Manuel Rozas, así de las milicias como de los indios pampas, también alguna infantería y cívicos que habían salido del pueblo á reunirse con el gobernador aquél, propúsele al general Lavalle ir de

parlamento al campamento de Lobos, á verme con mis dos compadres, Dorrego y Rozas, con el fin de evitar la efusión de sangre, pues tenía motivos para creer que escucharían mis reflexiones, arribándose á una pacífica terminación, que para esto podría él dirigirles la comunicación que gustase.

El general Lavalle, se prestó á esta mi indicación y me dijo que me preparara para marchar con 4 coraceros, mientras él ponía la comunicación. Estando ya listo para marchar, habiéndome entregado un oficio para el gobernador Dorrego, cerrado, díjele:—«Creo preciso, General, ponerse en guardia, si Vd. me lo permite».— «Diga Vd.» me dijo.

«Digo, pues, que es preciso que mientras marchó á Lobos, donde tienen su campamento, que Vd. se dirigiera con la noche que no está lejos, á la guardia de Navarro, para interponerse entre las fuerzas del gobernador Dorrego y los Húsares que están al norte; que podían venir á reunirseles, bien sea con fuerzas de Santa Fé ó con las milicias del norte. Por otra parte, como no sabemos si se prestarán de buena fé á la proposición que voy á hacerles, es probable que hayan llamado en su auxilio al gobernador Lopez, de Santa Fé, que han de contar también con Bustos y Quiroga; no será extraño que intenten ganar al norte para burlar dicha reunión. Puesto, pues, Vd. con sus fuerzas en Navarro, queda interpuesto entre ambas fuerzas y podría batirlas en detalle; para lograr mejor el engañarlos, convendría que siguiese Vd. mis huellas hacia Lobos, hasta que cerrase la noche, y llegada esta, dirigirse á Navarro».

—«Me parece bien su pensamiento, me dijo, pero cuide Vd., si proponen algun arreglo por medio de comisionados, que el plazo sea lo mas breve posible.»

—«Pierda Vd. cuidado, le dije, que espero conseguir el objeto que me propongo, y marché á galope.»

El sol se ponía cuando entré á la plaza de Lobos, sin haber sido advertido por nadie, á pesar de la bandera ó pañuelo blanco que llevaba en la punta de su

lanza uno de los coraceros, parando mi caballo en la esquina del nord este, á cuyo palenque ó postes estaban arrimados porción de caballos ensillados, de milicianos que estaban allí bebiendo sobre el mostrador de dicha esquina. Pregunté al dueño de casa, quién era el comandante de aquel punto y donde se hallaba, habiéndome contestado que el comandante Bauness, (un Oficial inglés) que estaba en el alto de la misma esquina, le dije:

—«Hágame Vd. el gusto de decirle de parte del coronel La Madrid, que necesito hablar con él; apenas había proferido estas palabras, cuando corrió él á la escalera del altillo á prevenir al Comandante, pero los milicianos mas ligeros que viento, habían dejado los vasos sobre el mostrador, saltado á sus caballos y desaparecido corriendo á escape para el campamento que estaba en la laguna de Cascallares, hacienda de un propietario de este nombre, situada como á poco mas de legua y cuarto de dicha guardia, al sud oeste.

Quedéme á caballo riendo de la eléctrica rapidez con que habían desaparecido mas de 12 hombres, mientras esperaba que bajase el comandante Bauness, lo cual ponía también en duda, por la carrera que se sintió en el alto al subir el dueño de la esquina. En efecto, viendo que el ruido del tablado del alto había quedado en silencio, y que el dueño de la casa no volvía con respuesta alguna, me dirigí, atravesando la plaza, á casa del coronel Domingo Arévalo, casado con una paisana mía, al cual le había tomado allí la revolución, pues calculé que el tal comandante Bauness había seguido el ejemplo de los soldados.

En efecto, no me había equivocado, pues así que volví mi caballo y hube caminado algunos pasos, lo descubrimos por sobre la cerca de pitas, corriendo muy agazapado, á pié, por entre el monte de duraznos de la casa, hácia el sud.

Pídole al coronel Arévalo, así que llegué, me proporcionara algunos caballos, si los tenía, para pasar al ins-

tante, pues había llegado con el mío y dos más, cansados. Arévalo mandó al instante que desatasen tres ó cuatro caballos que habían amarrados á su palenque, y mientras los ensillaban mis soldados, tomaba yo un mate que me habían servido, nos reíamos refiriendo la carrera del tal Comandante y de sus soldados. Apenas se hubieron ensillado los nuevos caballos, subí al mío y me despedí de Arévalo, pues el toque de Generala por cajas y clarines, sonaba ya.

Luego que salí de la guardia, y observé el alboroto del campamento, el arrimo de las caballadas, y el relucir de las lanzas á la espalda de los que corrían á tomar sus caballos, contuve el galope de los nuestros, para dar tiempo á los compadres á que se refrescasen, y pasado el estupor de su sorpresa, me mandaron á reconocer; y seguí andando al tranco de nuestros caballos. En efecto, sucedió lo que yo esperaba: cuando me hallaba ya sobre el campamento, marchando muy despacio, salió el cabo Riquelme, que había sido mi ordenanza en Húsares de Buenos Aires y era chileno, de los prisioneros de San Nicolás en el año 20, con cuatro hombres de Blandengues á escape en mi encuentro, y apenas se hubo aproximado lo bastante á distancia que pudiera yo oírle su voz, me grita:

—«Haga alto, mi Coronel, media vuelta á la derecha».—Conocile al instante, hice alto, y mandé volver la espalda á mis coraceros.

Llegado que hube, el cabo saludándome me dijo: -- «mande echar pié á tierra mi coronel, mientras sale el comandante general á recibirlo»: así lo hice y me estuve riendo con el cabo, pues había sido un soldado que apreciaba por su houradez, de la disparada del comandante Bauness que me la refería, cuando aparece mi compadre el comandante general don Juan Manuel Rozas marchando á escape y sólo hácia mi, y appena hubo llegado cuando sentando su caballo sobre las patas se tiró de él y vino á mi con los brazos abiertos.

Yo le salí al encuentro en el mismo ademán, y abra-

zándonos me dijo:— «¡Compadre querido, cuanto siento el verlo á Vd. en este lance entre mis enemigos!!! Vd. me conoce, y sabe que no se lavar los cascos á nadie. El único hombre á quien respeto, es Vd.! ¡Si yo le tuviera á mi lado! me reiría de todos esos trompetas!!!» —recalcando esta última espresión.

«¡Compadre, le dije, desde que Vd. me conoce y sabe mi proceder, juzgo que debió evitar semejantes espresiones!!! Soy mandado á instancias mías y llenaré mi deber! No perdamos tiempo, que mi objeto es solo evitar la efusión de sangre!»—y le alcancé el oficio que tenía en la mano. Quiso abrirlo y al introducir su dedo pulgar para romper el sobre, volvió el pliego á verlo, y suspendiendo su acción me dijo:— «¡Este oficio no es para mi!»—«Abra Vd. le dije, que mi comisión es cerca de ambos, y creo que el oficio debe también de serlo!»

Abrió entonces el oficio, y que empezó á leérlo; todo inmutado y poniéndose mas colorado que un carmin. se dirigió á mi y me dijo:— «¡Garantías.....Cuando es él el que debe pedir las, pues se ha sublevado contra la legitima autoridad presentando un escándalo sin ejemplo!!! Ya he dicho á Vd. compadre, que si yo le tuviera á mi lado, me reiría de todos esos botarates; y esto habria sucedido sin remedio si no hubiese recibido yo su carta de Vd. en la frontera, pues antes que Vd. la escribiera ya lo tenía yo todo preparado!»

Todo esto me lo ensartó tan velozmente que no me dió tiempo á interrumpirlo, y apenas calló le dije secamente:— «¡Compadre perdemos el tiempo y el general Lavalle se aproxima; mi objeto es salvar á Vdes. de ser lanceados, y al país de un escándalo que podría tener funestas consecuencias: quiero que Vd. se persuada de esta verdad y que pasemos á ver al Sr. Gobernador Dorrego!»—«Imposible me dijo, no quiere dejarse ver de parte de unos militares que han cometido la peor de las faltas.» — «De esa falta compadre nadie talvez sino el mismo Gobernador ha tenido la culpa, pues él á privado al pueblo de su mas preciosa garantía, la libertad de elegir sus re-

presentantes, pues Vd. á visto las tropelías que se han cometido en las elecciones por los agentes del Gobierno y esta es la razon por la que todo el pueblo á estado por la revolución».

«Yo se muy bien, díjome Rozas al oirme, que Dorrego es un loco. ¿Y porqué no se me vió á mi para hacerla? — «Perdemos el tiempo compadre, le dije, y esta pérdida de tiempo puede costar muchas vidas y es precisamente lo que he querido yo evitar, y á cuyo solo objeto me he interesado por venir á verme con Vd.» — «¡Y cual es el medio que Vd. encuentra me dijo, para que esos hombres vuelvan á su deber». — «No hablemos de deberes compadre le dije, porque ellos son recíprocos y sería preciso que cada uno llenara los suyos sin sobrepasarlos. Nómbrase diputados por ambas partes y discútase entre ellos los que mas convengan al sosiego y felicidad del país y eso se haría».

«Me parece bien su pensamiento compadre, díjome Rozas, pero para esto retírese Lavalle con sus fuerzas á los extramuros de la ciudad y procederé en hora buena al nombramiento de cinco diputados por el pueblo que nosotros los nombraremos mañana mismo por la campaña, y reúnanse los diez en el punto de la campaña que se elija por ellos mismos».

«No se equivoque compadre: el General no retrocederá un palmo del lugar en que yo le encuentre, porque sería dejarlos á ustedes en posesión de toda la campaña, cuando una parte de ella está por la revolución, los que deben retroceder á la otra parte del Salado son ustedes. El general Lavalle pasará donde yo le encuentre, y puede ser que á la hora esta no esté muy distante, con que asi compadre vea usted de decidirse, le dije, cuanto antes».

«Bien compadre, queda acordado me dijo, el nombramiento de los diez diputados para el día de mañana, mitad por el pueblo y mitad por la campaña, el General no pasará del punto en que usted lo encuentre, y nosotros vamos á esperar al otro lado del Salado,

pues ya cierra la noche», y se dispuso á montar á su caballo.

«Compadre, le dije, vuelvo confiado en su palabra». «Indudablemente, me repuso, y en prueba de ello voy á instruir el Gobernador de lo acordado, y vuelvo con su confirmación, y trayéndole á usted un baqueano para que lo ponga en el camino, pues la noche se va descomponiendo». — «Muy bien, se lo agradeceré», y se marchó al gran galope, cerrando ya la oración.

Después de un rato de demora regresó con un baqueano perfectamente instruido por cierto, como se verá y confirmación á nombre del gobernador Dorrego, de todo lo que habíamos acordado y nos despedimos, cerrada ya la noche por cierto muy oscura.

Caminamos cerca de una hora guiados por el baqueano y sin esperanzas de encontrar camino, ni descubrir un solo rancho, pero ni ya un fogón. Disgustado yo de esto y adivinando el motivo, dijele al baqueano. — «¿Qué significa esta demora? Trae usted orden de ponerme en el camino ó de extraviarme de él?» — «Dispénsese, señor, que con la oscuridad de la noche y los relámpagos parece que me he perdido, déjeme reconocer el lugar y espérese un instante, me dijo», y picó su caballo á la izquierda.

Quedéme parado, y rabiando con los cuatro coraceros, y escuchando el galope del caballo del baqueano, tan presto para un lado como para otro, y adivinando que mi tales compadres irían ya en marcha; pero no para el Salado sino rumbiando al norte; pues estaba clara su mala fé por la conducta del baqueano. Vuelve al poco rato pidiéndome mil perdones y protestando por todos los santos, que estaba perdido sin saber cómo.

«No es mala pérdida, le dije, pero más perdido está el que lo ha mandado á usted perderse! Pero protesto que le pesará!» — «No se engañe mi Coronel haciendo malos juicios, pues le juro que estoy perdido. ¡Bendito, sea Dios!» — agregó tirándose los cabellos.

«Deje usted de protestas, y juramentos, y sáqueme

cuanto antes á una casa cualquiera, le dije, pues demasiado me ha embromado ya con esta noche tan fría», «Bendito sea mi Dios que no me cree», dijo el paisano, y picó el caballo con todos los ademanes de un gaucho pillo, y yo tuve la paciencia de reírme y seguirle calculando el chasco que podía llevarse Rozas, con toda su pillería.

El paisano siguió haciendo que paraba á escuchar de rato en rato y variando ya para un lado ya para otro, hasta que descubrimos una luz á nuestra izquierda «En el momento, díjele, marche usted donde aquella luz», pues iba ya pasado de frío y algo humedecido porque nos había caído una pequeña garua, pero iban ya cesando los relámpagos. Llegamos por fin á la casa donde se había visto el fuego, y así que la conocí acabé por confirmarme de la pillería de mi compadre Rozas, pues solo estábamos como diez cuadras ó poco más de la Guardia de Lobos, y era más de la una de mañana.— «Vaya con Dios, paisano, le dije, á recibir el premio de su jefe donde lo alcance, que yo no necesito de su guía».

El paisano regresó, y yo me puse al lado del fuego con los cuatro coraceros y el dueño de la casa, á tomar mate y á esperar que se aproximara el día para poder cruzar al norte buscando nuestra columna que yo había dejado para alcanzar al General cuanto antes, pues que debía él haber cruzado de los confines del partido de las Cañuelas á Navarro.

Apenas se aproximaba el día cuando me puse en marcha como para Cañuelas, para que el dueño de la casa no conociera mi verdadera dirección, y así que nos habíamos alejado de la casa crucé á la izquierda y empezamos á galopar hasta que alcanzado ya el día encontramos con la rastrillada de la columna y echamos á correr por sobre ella, con una niebla bastante cargada; hasta que descubrimos la fuerza poco despues de haber salido ya el sol, y bien cerca ya de Navarro, cuya guardia estaba á nuestra izquierda.

Apuré la carrera preguntando por el General hasta

que habiéndolo alcanzado al costado de la columna, ya la cabeza de esta casi á dicha guardia, nos paramos con él. Estaba yo instruyéndolo de la sorpresa que les había ocasionado, y del acuerdo tenido con Rozas y confirmado por Dorrego &, cuando le viene el aviso de estar el ejército de Dorrego y Rozas acabando de acampar al frente de Navarro y empezando á carnear y siéntese al mismo tiempo los primeros tiros de nuestra columna y los enemigos.

Cortándome la relación que le estaba haciendo, dícame el General, «corra usted Coronel á ponerse á la cabeza del primer escalón esperar órdenes. Partí á escape á la cabeza de la columna que había sido formada por escuadrón y sobre las dos mitades del centro, y de lo cual no tenía conocimiento.

Apenas me hube separado del General como unas tres cuabras, cuando descubrí á la indiada y gauchos de Rozas, corriendo á escape por el flanco izquierdo de nuestra columna y formados por escuadrones, á tomarlos la retaguardia por sobre una pequeña altura. Cuando yo alcancé al primer escalón de la columna que iba prolongada descendiendo un bajo, me encontré ya á tiro de cañón de la línea de infantería del gobernador Dorrego: por consiguiente el lance era crítico, y debía no librarse á la deliberación del General que no lo había previsto, sino á la dirección del jefe que este había destinado para ponerse á la cabeza de la columna.

Las fuerzas enemigas que eran muchísimo mas numerosas que las nuestras, debían envolvernos ya por la izquierda y retaguardia y se sentían sus fuegos. Esperar yo en estas circunstancias á atenerme con la orden del General era para mí un acto indigno y mucho más á la presencia de un General orgulloso y de sus jefes que no lo eran menos. Por otra parte si pasaba era de esperar que nuestra columna fuera muy pronto desordenada ó rota por la artillería.

Colocado al frente del escuadrón en tales circunstancias y sobre la marcha me decidí á precipitarme so-

bre la línea enemiga y sus cañones.— ¡Valientes coraceros les dije, enristren lanza, al galope!—sufriendo ya los fuegos de la artillería é infantería enemiga, y al acercarnos á ella di la voz á *degüello*, pero siempre á su frente.

La infantería enemiga fué rota y echa pedazos, y los artilleros quedaron lanceados al lado de sus cañones pero mi caballo que era excelente, desbócaseme al llegar á los cañones y saltando por sobre uno de ellos parte á correr sin poderle yo contener, á retaguardia de la línea enemiga. Un coracero que lo había observado corre por mi izquierda y tomando inmediatamente con su derecha la brida de mi caballo forcejea pronto conmigo hasta parar mi caballo, como á unas tres ó cuatro cuabras bien largas, al lugar que había ocupado la línea enemiga.

Cuando hubimos logrado parar mi caballo, me encontré yo solo con el coracero, y solo se descubrían los polvos á nuestra retaguardia y por ambos flancos; dícele entonces el soldado, que era provinciano, «mi coronel parece que hemos perdido la acción». «¿Como perder cuando hemos hecho pedazos la infantería enemiga y sus cañones los tenemos á la espalda abandonados?» díjele al soldado. Avístanse en seguida dos oficiales subalternos con tres soldados, un poco á nuestra izquierda para el Este y marchó á su encuentro, dudando el soldado si serían enemigos, pues la niebla que había no permitía conocerlos, y encontramos que eran de nuestros coraceros.

Preguntéles por nuestra fuerza y me contestan que no saben, pues que se habían ellos separado persiguiendo á un oficial con unos cinco ó seis hombres, y habiéndolos alcanzado á tres de ellos y dádoles muerte, no sabían la dirección que habían tomado sus demás compañeros; pero que por los polvos y el tropel que se escuchaba hácia el norte jugaban que nuestro ejército iba en derrota.— «Ni sueñen Vdes. en semejante cosa les dije; pues los que huyen al norte son nuestros enemigos que van á bucar la reunion con las santafecinos y con los Húsares».

En esto aparece una fuerza que regresaba en direc

ción á nosotros, como de 20 á 25 hombres: mandé formar á los dos oficiales y los cuatro coraceros y marché al encuentro de los que venían que luego conocimos ser del escalón con uno ó dos oficiales. Mandé en seguida á reconocer otro grupo y me dirijí yo á otros hombres que se avistaban por el otro lado.

El resultado de esta indagación fué reunir como 40 hombres de mi escalón y mas de 30 prisioneros y porción de fusiles que habían quedado abandonados en el campo, y sintiéndose ya el toque de reunión al Nord Este regresé con toda esta fuerza y prisioneros habiendo mandado traer los cañones que habíamos tomado.

Encontré al general Lavalle tendido en el campo con el general don Martin Rodriguez, el coronel Olavarría, el de igual clase don Aniceto Vega y no se que otros, y con sus caballos de las riendas. Dirijome á él muy satisfecho y me contesta á mi saludo con estas palabras.— «¡Vd. Coronel parece que no piensa mas que en acometer á los enemigos, pero sin acordarse que tiene soldados que mandar!»

Sorprendido yo por un recibimiento tan inesperado, y en presencia de tantos; díjele:— «Y cuál es la razon del General para dirijirme semejante reproche?»— «¡Porque Vd. no á desplegado su escalón! me dijo, y á cargado en dos mitades!»— «¡Si el Sr. General me hubiese advertido el orden en que iba formada la columna, ó hubiese yo estado presente cuando se formó, tendría entonces razón para semejante reconvención? le dije, pues yo pensaba que el escalón que iba á la cabeza de la columna, era el escalon 1º, y al alcanzarle descubrí ya sobre nosotros la línea de infantería enemiga y sus cañones, y toda su caballería flanqueaba ya nuestra columna y amenazaba envolverla por su retaguardia! No juzgué prudente ni propio de un militar que conoce sus deberes, y desconoce el peligro, esperar en tales circunstancias sus órdenes».

«Vamos, hájese Vd., me dijo, asi él como el general Rodriguez, y me bajé y tendí al lado de ellos despachando la fuerza á que se reuniera á la demás, con el jefe

del escalon, que me parece era el comandante don Sixto Quesada.

Hablaban en esas circunstancias de moverse ya para la Villa de Luján con el objeto creo de marchar ya sobre el gobernador Lopez de Santa Fé. Esto es, el general Lavalle había dicho que iba á marcharse de allí mismo y los demás coroneles le apoyaron esta idea, lo cual oido por mí no pude dejar de manifestarle mi contraria opinión.

«Señor General, le dije; si tal cosa ejecuta sería proporcionar á Rozas su más pronta reunión, con la ventaja de que se le reunirían todos los hombres de la campaña aun los que no hayan estado en la accion porque hacía entender á todo el mundo que su retirada era ocasionada por la aproximación de las fuerzas de Lopez, Bustos, etc. Yo soy de opinión que ahora mismo debe V. E. pasar á la estancia de los Cerrillos y fijar allí su cuartel general, con esta operación se disuelven completamente las fuerzas de Rozas y en pocos días tendria toda la campaña tranquila, de lo contrario esa será su punto de reunión.

El general don Martin Rodriguez así que hube acabado de hablar, dijo: «yo soy de la misma opinión de La Madrid, pues es precisamente el punto de donde parten todas sus órdenes y allí será el de su reunión».—«¡Qué amigos de dar consejos habian sido estos hombres! ¡Yo no necesito consejos de nadie!—¡Que se reunan cuantos quieran, volveremos á lancearlos!».—Esta fué la contestación de Lavalle; pero no queriendo yo dejársela pasar sin hacerle conocer su falta de consideración, le repuse:—«Pero señor General, esos hombres que quiere V. E. volver á lancear ¿qué son? ¿moros ó paisanos de Vd.?»

«Yo convengo, le agregué, en que los lanceará cuantas veces se reunan y los hará pedazos, pero esto es precisamente lo que debe evitar V. E. por lástima siquiera de sus paisanos». El General se formalizó sin contestar, y yo me callé la boca diciendo entre mí: ¡es lástima que un valiente como éste, sea tan orgulloso, pues se ofende de un consejo tan racional como justo!

Por de contado no hizo ni lo uno ni lo otro, pero regresó á la Hacienda de don Juan de Almeira, más al Norte de la Guardia, con toda su fuerza y se estableció allí hasta que llegó el gobernador Dorrego conducido preso por una escolta de Húsares, el 13, desde la Guardia ó fortin del Salto, donde hallábase el Regimiento de Húsares que mandaba el coronel Rauch, en uno de dichos puntos, cuando sucedió la revolución el 1º, y por consiguiente dependía del gobierno, pero no había concurrido á la batalla. El Coronel de dicho cuerpo hallábase en Buenos Aires, me parece que por enfermo, cuando estos acontecimientos; y había quedado encargado del mando el teniente coronel don Bernardino Escribano, siendo su sargento mayor el valiente joven don Mariano Acha.

El coronel don Angel Pacheco que se hallaba de comandante de la frontera del norte, habíase puesto á la cabeza de dicho Cuerpo por disposición del gobernador Dorrego, provisoriamente, á consecuencia de la revolución por temor de que fuese ganado por los afectos al movimiento que eran los más del pueblo.

Sufrido el contraste en *Navarro* el día 9, y acuchillada y lanceada toda la indiada y demás caballada de Rozas por los cuerpos del general Lavalle, habíanse puesto en salvo para el norte, el Gobernador y el comandante general Rozas, con el intento el primero de apoyarse en dicho cuerpo de Húsares para formar su reunion y esperar el auxilio del gobernador Lopez de Santa Fé, que habia sido solicitado ya por Rozas y aun por el mismo gobernador Dorrego. Al acercarse en su fuga al punto en que se hallaba Pacheco con los Húsares, Rozas se había opuesto á que se presentaran ante dicho Cuerpo por que se recelaba de que estuviera contaminado, mas el Gobernador no haciendo caso de los consejos de Rozas se resolvió y fué al Cuerpo, separándose el último para Santa-Fé.

Así que el gobernador Dorrego se vió con el teniente coronel Escribano, fué arrestado por éste y el mayor Acha, y lo fué también el coronel Pacheco, con la dife-

rencia de que el Gobernador fué conducido á Navarro escoltado en un birlocho por una fuerte partida de Húsares á presentarlo al general Lavalle, y Pacheco fué después dejado en libertad por marcharse á Buenos Aires ó permanecer allí si quería, pues su detención había sido para solo evitar que puesto á la cabeza del Cuerpo, se pusiera con todo él, bajo las órdenes del Gobernador.

Antes de llegar preso á Navarro, dicho Gobernador, hábiame dirigido una esquila escrita con lapiz, me parece que por conducto de su hermano Luis, suplicándome que así que llegara al campamento le hiciera la gracia de solicitar permiso para hablarle antes que nadie.

Yo sin embargo del desagradable recibimiento que dicho Gobernador me había hecho á mi llegada de las Provincias, no pude dejar de compadecerme por su suerte y el modo como había sido tomado; pues aunque tenía sus rasgos de locura y era de un carácter atropellado y anárquico, no podía olvidar que era un jefe valiente, que había prestado servicios importantes en la guerra de nuestra independencia; y en fin, que era mi compadre, además.

En el momento de recibir dicha carta ó papel, fui y se la presenté al general Juan Lavalle á solicitar su permiso para hablar con el señor Dorrego así que llegara. Dicho General, impuesto de ella, me permitió verle así que llegara y lo hice en efecto, al momento mismo de haber parado el birlocho en medio del campamento y puéstosele una guardia. Subido yo al birlocho y habiéndome abrazado, dijome:— «¡Compadre, quiero que Vd. me sirva de empeño en esta vez para con el general Lavalle, á fin de que me permita un momento de entrevista con él» — ¡Prometo á Vd. que todo quedará arreglado pacíficamente y se evitará la efusión de sangre, de lo contrario, correrá alguna! — ¡No lo dude Vd.! — «Compadre, con el mayor gusto voy á servir á Vd. en este momento», le dije, y me bajé asegurándole que no dudaba, lo conseguiría.

Corrí á ver al General, hícele presente el empeño

justo de Dorrego, y me interesé para que se lo concediera; mas viendo yo que se negó abiertamente, le dije:— «¿Que pierde el señor General con oírle un momento, cuando de ello depende quizá, el pronto sosiego y la paz de la Provincia con los demás pueblos?»— «!No quiero verle, ni oírlo un momento!».

Aseguro á mis lectores, que sentí sobre mi corazón en aquel momento, el no haberme encontrado fuera cuando la revolución. Y mucho más, el verme en aquel momento al servicio de un hombre tan vano y poco considerado. Salí desagradado, y volví sin demora con esta funesta noticia á mi sobresaltado compadre. Al dársela se sobresaltó aún más, pero lleno de entereza me dijo:— «Compadre no sabe Lavalle á lo que se expone con no oírme!—Asegúrele Vd. que estoy pronto á salir del país; á escribir á mis amigos de las Provincias que no tomen parte alguna por mí, y dar por garantía de mi conducta y de no volver al país, al ministro Inglés y al señor Forbes, Norte Americano: que no trepide en dar este paso por el país mismo!»

Aseguro que me conmovieron tan justas reflexiones, pero le repuse compadre, conozco la fuerza y la sinceridad de las razones que usted dá, pero por lo que he visto en este mismo momento, dificulto que el General se preste, porque le acabo de considerar el hombre más terco, sin embargo voy á repetirle sus instancias; pero pido á usted que se tranquilice, pues no creo deba temer por su vida!»— «¡Haga lo que quiera!»—fué su respuesta. Nada temo, sino las desgracias que sobrevendrían al país».

Bajéme conmovido, y pasé con repugnancia á ver al General. Apenas me vió entrar, dijome: — «Ya se le ha pasado la orden para que se disponga á morir, pues dentro de dos horas será fusilado; no me venga usted con muchas peticiones de su parte.»— «¡Me quedé frio!»— General le dije: — «¿Porqué no le oye un momento, aun que le fusile después?»— «¡No lo quiero!» dijome, y me salí en extremo desagradado; y sin ánimo de volver á verme

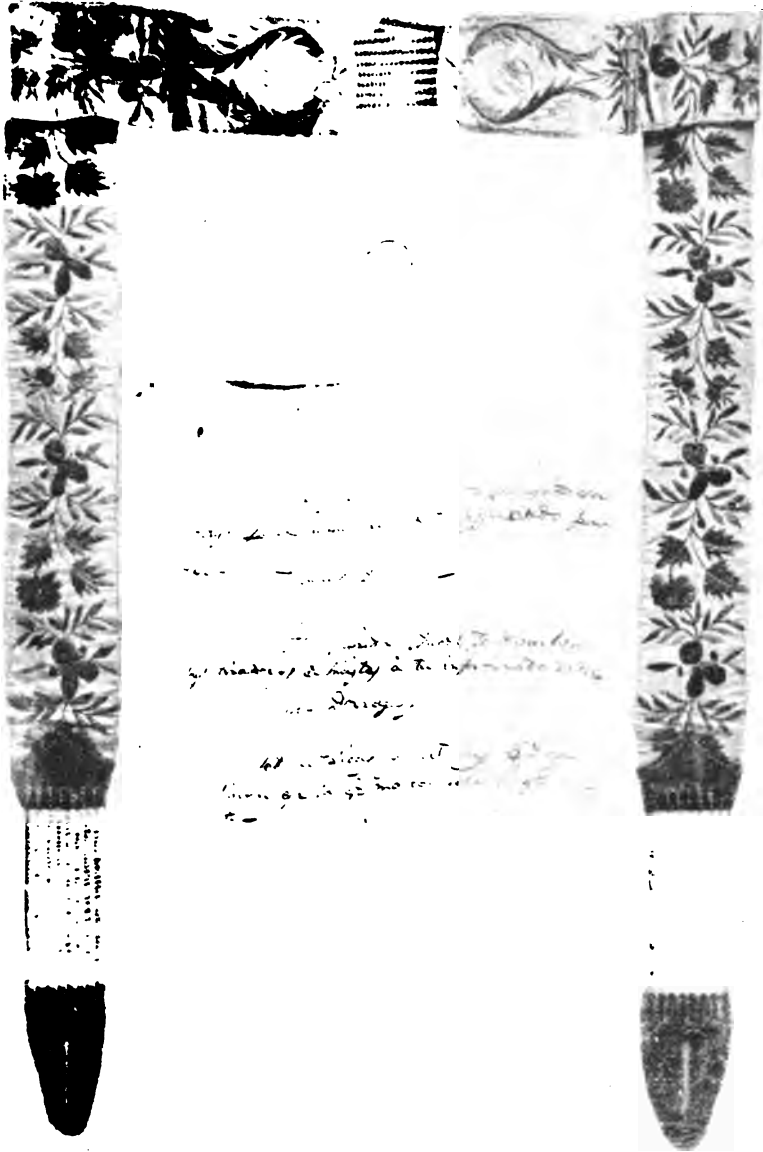
con mi buen compadre, me retiré á mi campo; pero en el momento se me presenta un soldado á llamarme de parte de Dorrego, pidiéndome que fuera en el momento.

No había remedio, era preciso complacerlo en sus últimos momentos! Estaba yo conmovido, y marché al instante. Al momento de subir al birlocho se paró con entereza y me dijo: —«Compadre, se me acaba de dar la orden de prepararme á morir dentro de dos horas! A un desertor al frente del enemigo, á un bandido, se le dá mas término y no se le condena sin oírle y sin permitirle su defensa. ¿Dónde estamos? ¿Quién á dado esa facultad á un General sublevado? Proporcióneme usted, compadre, papel y tintero, y hágase de mí lo que se quiera. Pero cuidado con las consecuencias!!!»

Sali corriendo y volví al instante con lo preciso para que escribiera. Tomólo y puso á su señora la carta que ha ido ya litografiada y es del conocimiento del pueblo; y al entregármela se quitó una chaqueta bordada con trencilla y muletillas de seda y me la entregó diciendo: — «¡Esta chaqueta se la presentará con la carta á mi Angela, de mi parte, para que la conserve en memoria de su desgraciado esposo!»—desprendiendo enseguida unos suspensores bordados de seda, y sacándose un anillo de oro de la mano, me los entregó con la misma recomendación previniéndome que los suspensores se los diera á su hija mayor pues eran bordados por ella, y el anillo á la menor, pero no recuerdo sus nombres.

Habiéndome entregado todo esto agregó:—«¿Tiene Vd. compadre, una chaqueta para morir con ella? «—Traspassado yo de oírle expresar con la mayor entereza cuanto he relatado, le dije:—«Compadre no tengo otra chaqueta que la puesta, pero voy á traerla corriendo», y me bajé llevando la carta y las referidas prendas.

Llegado á mi alojamiento me quité la chaqueta, púsemela la casaca que tenía guardada, acomodé los presentes de mi compadre y su carta en mi balija, y volví al carro. Estaba ya con el cura ó no recuerdo que eclesiástico, y al entregarle mi chaqueta dentro del carro me





reconvino porque no me había puesto la suya, y habiéndole yo respondido que tenía esa casaca guardada, me hizo las mas fuertes instancias para que fuese á ponerme su chaqueta y regresara con ella, me fué preciso obedecer y regresé al instante vestido con ella y después de haberle dado un rato de tiempo para que se reconciliara subí al carro á su llamado.

Fué entonces que me pidió le hiciera el gusto de acompañarle cuando lo sacaran al patíbulo. Me quedé cortado á esta insinuación, y hube de vacilar, contestéle todo conmovido denegándome pues no tenía corazón para acompañarle en ese lance.— «¿Porqué compadre?—me dijo con entereza, — ¿Tiene usted á menos el salir conmigo? ¡Hágame este favor, que quiero darle un abrazo al morir!»

«No compadre, le dije, con voz ahogada por el sentimiento; de ninguna manera tendría yo á menos el salir con usted. Pero el valor me falta y no tengo corazón para verle en ese trance ¡Abrazémosnos aquí y Dios le dé resignación!» Nos abrazamos, y bajé corriendo con los ojos anegados por las lágrimas.

Marché derecho á mi alojamiento, dejando ya el cuadro formado. Nada ví de lo que pasó después, ni podía aun creer lo que había visto. ¡La descarga me estremeció, y maldije la hora en que me había prestado á salir de Buenos Aires.

Retirados los Cuerpos del lugar de la ejecución, se me avisó, ó que el General había llamado á todos los jefes, ó que todos iban á verle sin ser llamados. No puedo afirmar con verdad cual de las dos cosas fué, pero sí que juzgué de mi deber ir.

Puestos todos en presencia del general Lavalle dijo, poco más ó menos lo que sigue: «¡Estoy cierto de que si yo hubiera llamado á todos los jefes á concejo para juzgar á Dorrego, todos habrían sido de la opinión que yo! Pero soy enemigo de comprometer á nadie, y lo he fusilado de mi orden! ¡La posteridad me juzgará!!!»—Me parece que nadie contestó, y si lo hizo alguno no lo ad-

vertí porque estaba enagenado. ¿Qué razón había para fusilar á dicho majistrado, y mucho menos de aquella manera?

Diránme que fué siempre de un genio anárquico, que fué el que más trabajó en los pueblos y en el mismo Buenos Aires para derrocar al mejor Gobierno que habíamos tenido durante nuestra revolución; y que antes varias veces había merecido la muerte! Yo confesaré que es verdad! Pero fusilarle á consecuencia de una revolución, y de haber sido tomado del modo que él lo fué, sin oirlo, y dejando á la Provincia y los pueblos todos en el estado en que se encontraban!!! Diré siempre que fué el acto mas arbitrario y anti-político, y quizá el que enardeció todos los ánimos y el que nos ha conducido á todos los argentinos, al mísero y degradante estado de ser pisoteados, por el más bárbaro é inmoral de todos los tiranos!

Fusilado Dorrego, resolvió el general Lavalle marchar para el norte, y marchó en efecto, no recuerdo si en el mismo día de la ejecución ó al siguiente. Lo que si recuerdo es que con el propio que condujo el parte á Buenos Aires, escribí á mi comadre la viuda del desgraciado gobernador Dorrego, adjuntándole las tres memorias que me había entregado, y no recuerdo si una carta para su cuñado Baudriz á mas de la de su señora; y también, que yo me le ofrecí al General en fuerza solo de mi patriotismo, del deseo que tenía de calmar los ánimos y apaciguar á los habitantes de aquella campaña, para quedarme en el departamento de Chascomús ó el Monte con una partida; fiado tan solo de la aceptación que había tenido entre aquellas jentes en años anteriores, y mas que todo en mis puras y patrióticas intenciones, y por solo un limitado tiempo.

El General no admitió mi ofrecimiento, diciendo que tenía ya destinado al coronel Estomba para dicho objeto.

No hay duda ninguna de que Estomba era un valiente, y acaso de mejores conocimientos que yo, pero sin temor de que pueda atribuírseme á vanidad, debo de-

cirlo; no tenía el prestigio de que yo gozaba, porque no era conocido.

Marchamos, pues, hasta la Villa de Lujan ó Mercedes, y apenas hubimos llegado allí cuando ya recibió aviso el General de la gran reunion de las milicias y de los Indios Pampas, en la hacienda de Rozas. Tuvo, pues, que retroceder con el ejército hasta la Guardia del Monte. Allí pasamos no recuerdo si tres ó cuatro días, para proporcionarnos caballada y ganado. Yo como soldado viejo hice charquear carne con mis carreteros provincianos, y secarla; me proporcioné un par de botas de cabra curtidas, mandé asar y pisar el charque, y me proveí de un carguero y todo lo preciso para que no nos faltara la comida, pudiéndola preparar en un Credo.

Movímonos de allí al sur, en persecución de las fuerzas de Rozas, que su capataz Molina (1) se había encargado de reunir, así como Arbolito, Zelarayan (2) Panchito el ñato, &a.!

El general Lavalle en esta vez quiso enmendar la falta que había cometido el 9, en Navarro, de retroceder sin perseguir y de volver todas las fuerzas; pero Molina siendo un triste gaucho, lo engañó como á un niño, haciendo que siguiera los polvos con que lo llevó al desierto, mientras él con las verdaderas fuerzas, se marchaba para el norte á buscar la reunión con su patron Rozas, quitándole de paso el regimiento de Blandengues que mandaba en la Laguna Blanca el coronel D. Mariano García, aquel valiente Teniente que me había acompañado en La Quiaca, Cangrejos, Culpina, Tarija &a. &a. Esta es la verdad, digan lo que quieran los partidarios de aquel desgraciado, como patriota y valiente General.

(1) Este Molina fué un pardo desertor, que había ganado los indios y vivido mucho tiempo con ellos; que se había relacionado con la hija de un cacique y gozaba de grande influencia entre ellos, y que indultado unos años antes había ganado al lado de Rozas y merecido su confianza por su audacia.

(2) Soldado que yo mandé en el contingente de Tucumán el año 26, y que fué después uno de los campeones de Rozas.

Pero no engañó Molina por cierto, al entremetido (á dar consejos) coronel La Madrid; porque desde que nos hubimos dirigido al Sur después de salidos del Monte, ya le advertí al general Lavalle, (sin embargo de la poca experiencia de Navarro) que el objeto de Molina era llamarlo á las pampas por medio de los polvos que hacía levantar con indios, destinados para solo alejarlo al sur; mientras él, cómodamente, se marchaba al norte.—Díjeme mas:—el Regimiento de Blandengues que se halla estacionado en el Fuerte de Laguna Blanca, va á ser la primera presa de Molina, pues vamos á perder sin remedio este excelente cuerpo por razón de estar malquisto por todo él, el coronel que lo manda y de hallarse en dicho Cuerpo, un hijo del Cacique Molina.—Esto General lo sé á no dudar, hábiale yo dicho, enseñándole cartas que me habían escrito varios oficiales de dicho cuerpo; entre ellos aquel patriota y leal pacaño, el teniente Luis Leyba que era ya capitán del cuerpo.

Me manifestaban en dichas cartas, lo mal que se conducía su Coronel con todos ellos, porque había celebrado juntamente con la tropa la noticia de mi llegada á Buenos Aires ya restablecido de mis heridas, y mucho más la de mi salida á campaña con el General, así como los temores que les inspiraba el hijo de Molina que estaba en comunicación con su padre y á quien temían siguiese la tropa por haberse hecho mal querer por ella el Coronel, á causa de las papeletas que daba á los soldados para que se proveyeran de sus vicios en la pulpería de un dependiente de dicho Coronel, quien así que llegaba de Buenos Aires el habilitado con el sueldo del Cuerpo, pasaba al Coronel las listas de todo lo que le debían; que el Coronel en vista de ellas, le entregaba el dinero á su dependiente, y al hacer el pago á los Capitanes de compañía, les entregaba las más de las ocasiones solo las listas de dichas deudas, del que resultaba que los más de los soldados no percibían un medio el día del pago.

Todo esto le había hecho yo presente al General indicándole que perdía tiempo en alejarse al Sur, cuando

en la actualidad solo debía concentrar toda su atención al Norte y á los Blandengues (1).

Espero que no creerán los que lean estas mis memorias, que yo espreso estas pequeñeces si se quiere, por un efecto de prevención ó de emulación á la nombradía de aquel valiente como desgraciado General. ¡No, y mil veces no! Yo no he tenido ni tendré en mi vida emulación de nadie porque soy tan orgulloso en esta única línea, que vivo persuadido de que ninguno me aventaja ni en patriotismo, ni en coraje para sacrificarse por solo la patria y el bien estar de sus compatriotas. Pero al mismo tiempo que hago esta ingénuo manifestación, debo también hacer otra no menos ingénuo. He tenido y tengo poderosos celos de los más de mis compatriotas, quienes han pretendido cruzar un espeso velo ante sus ojos para no descubrir toda la magnitud de mis esfuerzos, de mi patriotismo y de mi no común constancia y acierto en todas mis operaciones y cálculos, sin embargo de mis escasos conocimientos teóricos. Y tanto más sensible me ha sido esto, cuanto una larga experiencia me ha hecho ver que han buscado siempre el mejor anteojo para aumentar el mérito de unas peregrinas acciones, ejecutadas por ciertas y determinadas personas y de tal ó cual nacionalidad.

Por lo dicho pues, conocerán mis lectores que no es por prevención nada de cuanto relato, sino en uso del más noble y justo derecho, cual es el de hacer conocer á todo el mundo y muy particularmente á mis compatriotas que soy el más digno de su aprecio, precisamente porque nadie hay más dispuesto que yo á sacrificarse por la felicidad de todos, aun contrariando el interés particular. A los que no crean esta verdad, les pido que me presenten la oportunidad de hacérselas conocer, bien ciertos de que no retrocederé ante el mayor de los peligros, sea cual fuese mi edad.

(1) Pero estas observaciones y avisos fueron inútiles como lo fueron todas las proposiciones y ofertas que Dorrego le hizo por mi conducta.

Cuando así me expreso á la faz del mundo, y estoy practicando las diligencias posibles para publicar estas Memorias en vida, es porque me veo bastante fuerte para comprobar lo que digo si se me presenta la ocasión para ello.

Seguimos, pues, marchando al Sur por esas pampas y con buenos baqueanos, y me acuerdo que yo mismo le había proporcionado al General, en la Guardia del Monte uno de los mejores, pero observé que el General poco se guiaba por ellos, pues presencié en varias noches decirle los baqueanos:—Para ir al punto que V. E. quiere, debemos marchar en esta dirección, indicándola al Sudoeste, por ejemplo.—El General, sacando una aguja del bolsillo que por lo general llevaba en la mano, (lo he visto varias veces alumbrándola con el cigarro); decía á los baqueanos, «no señor, tomen Vds. aquí», y señalarles el Sud Este.

La marcha por esas pampas la hicimos en columnas de á cuatro de frente. El General, por lo regular, con sus ayudantes, y yo de mirón con mi partida de carreteros voluntarios, era toda nuestra descubierta; pero sin llevar una triste partida á los flancos, como debe hacerlo todo militar cuando marcha por un campo enemigo. Todo esto, juzgo que lo hacía el General de puro orgullo, pues le parecía que á la cabeza de sus corceiros, se llevaría por delante un mundo.

En cierto modo, confieso que no le faltaba razón, porque aquellos soldados eran los mejores que habíamos tenido aun en toda la guerra de nuestra independencia, y los enemigos que buscábamos eran harto despreciables; pero no estábamos libres, sin embargo, de una sorpresa, y muy particularmente de que una partida cualquiera de indios ó gauchos un poco atrevidos, nos enlazaran, juntamente con el General, á todos los de la descubierta y nos mataran arrastrados como perros, por esos pajonales.

¡Cuántas veces, viendo aquel reprehensible descuido con que marchábamos, me acordé del dicho de mi compadre Rozas al tiempo de la entrevista!:

—«Si yo lo tuviera á Vd. á mi lado, &c.»—¡Con razón, decía para mi aquello mi compadre!

Un cabo atrevido, que hubiera entre estos hombres, no digo un jefe, podría el rato menos pensado enlazar al General y sus ayudantes, haciéndolos pedazos, pues cuando esto se supiera en la columna que seguía una cuadra atrás, cuando menos, ni noticias hallarian de su General, ni de sus enemigos.

Yo iba, por decontado, disgustadísimo y en extremo arrepentido de haberme resuelto á seguirlos; mucho más desde que no se me ocupaba para nada, é iba representando un papel tan desairado; pero sin embargo de todo esto, me tomé el trabajo de ser el centinela perpétuo del campo, aun cuando no fuese más que por mi propio interés, pues temía á cada paso que fuésemos sorprendidos ó pisoteados por las caballadas.

Este trabajo no fué inútil, pues una de las noches que dormíamos con los caballos de la rienda, hubo una feroz disparada de las caballadas, que venían sobre nosotros y nos habrían hecho pedazos, si yo que estaba en vela, no mando montar mis voluntarios y grito «á caballo» á todos los escuadrones.

En fuerza solo de esta circunstancia, nos libramos de ser pisoteados, porque estaban ya encima; sin embargo nos costó mucho trabajo el contenerla, perdiendo muchos caballos.

En la laguna de los Patos, fuimos recién á dar caza á un grupo de indios de no mayor consideración, pues en mi concepto, no pasaban de 300 almas, incluso toda su chusma de mujeres y niños, los que sin embargo se resistieron cuanto pudieron, á pesar de haber sido sorprendidos. Murieron muchos de ellos, escaparon algunos y toda la chusma ó mucha parte de ella, fué prisionera. Nosotros perdimos muy pocos hombres, pero seguimos sin embargo á delante, pues el General llevaba la mira de marchar hasta el río Colorado, que está muy al sur, y ya se nos había concluído el ganado, empezando á comer caballos nuestra tropa.

Dos ó tres días hacía que no probábamos carne y se habían consumido todas las provisiones, menos á mí, que guardaba la provisión que había hecho en la Guardia del Monte, de la cual participaba en las paradas el general Lavalle, el de igual clase don Martín Rodríguez y algunos otros.

Ya cerca del Tandil, ó en este mismo punto, había salido una partida de coraceros á descubrir un humo que se observó en circunstancias que acampábamos. Llegada la partida al lugar donde se había descubierto el humo, encontró ser una pequeña colonia de indios que acababa de ser abandonada, habiendo encontrado unas matas de zapallos, y algunos pedazos de carne de vaca que habían dejado colgada los indios; un tucumano que había entre dicha partida, había encontrado dos zapallitos tiernos bastante regulares, guardándolos con un buen pedazo de carne, y apenas regresaron al campamento, me buscó el soldado y me obsequió con aquel presente extraordinario en tales circunstancias.

Yo se lo agradecí, como era de esperar, pues hacían tres días que no veíamos carne, y como tenía mi provisión de grasa dispuesta y condimentada, me propuse en el momento sorprender á los dos Generales con un buen plato de carbonada que se usa mucho en nuestros pueblos. Lo preparé al instante, pues era afecto á dichas cosas en campaña.

Cuando estubo ya pronto, pasé á ver á los generales, Lavalle y Rodríguez, que estaban juntos con dos de los coroneles:—«¿Gustarían los señores Generales, tomar un buen plato de carbonada con zapallitos tiernos?»—Comeríamos un cáncamo», dijeronme.—«¿Pero de dónde diablos vá Vd. á sacar en estas alturas lo que nos ofrece?»—«Lo verán Vds.», díjeles, llamé al soldado que estaba ya dispuesto con una hermosa fuente de madera.

Cuando vieron el plato, se levantaron saltando de contentos, preguntándome de dónde me había proporcionado aquello.—Yo les referí, diciéndoles en seguida: si gustarían comer con pan dicho plato. — Eso si le cree-

mos, me dijeron y se preparaban ya á comer cuando mandé al soldado que me trajera dos panes de tres que conservaba aún. — ¡Será Vd. el demonio, díjome riendo el general Lavalle, cuando vió los panes! — Por mí vida, que de hoy en adelante, toda vez que salgamos á campaña yo no me arrancho sinó con Vd., pues nos ha proporcionado un convite tan magnífico que no lo esperábamos en estas alturas.

Nos devoramos el plato muy contentos, tubieron que festejar toda la provisión con que me había provisto, pues en seguida de la carbonada, les dí otra sorpresa agradable, mandando traer una caldera de agua hirviendo, un poco de charquí asado y picado, una vejiga en que tenía la grasa preparada desde la Guardia del Monte, con cebolla, ají, etc., puestas ambas cosas en la fuente, vacié el agua hirviendo, revolviéndola con una cuchara que fué igualmente celebrada y mejor engullida por todos.

No recuerdo si á los dos días de este convite, tuvimos que regresarnos de mas allá del Tandil, á consecuencia de haberle alcanzado un propio al General, con la noticia de haber pasado Molina para el norte con sus fuerzas, por la Laguna Blanca, llevándose el cuerpo de Blandengues y preso al coronel García. Asi fué, que después de haber hecho una dilatada é infructosa marcha al desierto, vino á realizarse cuanto yo le había anunciado al General, respecto á dicho cuerpo de Blandengues.

El general Lavalle, había ofrecido á sus soldados al salir de Buenos Aires, licenciarlos dentro de un mes á los que contaban tal fecha de servicio, no recuerdo dentro de que tiempo á los demás. El general José María Paz, había llegado ya á Buenos Aires, con los cuerpos de infantería, creo el regimiento número 2 de coraceros que él había mandado. El general Lavalle iba resuelto á mandarme con Paz para Córdoba, asi que llegásemos, con el fin de batir á Bustos y á Quiroga.

Llegamos á Dolores que está como á 50 leguas al sud

de Buenos Aires, y como se había cumplido el plazo en que el General había ofrecido licenciar una parte de los cuerpos de coraceros, quiso no faltar á su promesa. En vano se le hicieron reflexiones para que suspendiera al menos hasta llegar á Buenos Aires, pues ninguno reclamaba, ni reclamaría en aquella altura, la palabra que el general les había dado.

Propúsele, que antes de dar la orden á los Cuerpos, ó al menos antes que se despacharan á los soldados que iban á ser dados de baja, me permitiera estar presente para proponerles un enganche para el cuerpo de voluntarios que iba á formar, para marchar con él á las provincias, pues estaba cierto de que sería contado el soldado que no me seguiría, que de ese modo [él habría cumplido su palabra, dándolos de baja, llenado el objeto que á todos nos interesaba, pues ni los mismos soldados preferirían volverse solos, á su costa, á sus provincias, pudiendo hacerlo conmigo, costeados por el Gobierno y además, libres del riesgo de ser obligados á servir por los Gobernadores del tránsito.

No pude conseguir un pedido que tanto le interesaba al mismo General, y que de ninguna manera podía comprometerlo. Perdimos por esta causa una porción de los más excelentes soldados, y de los cuales muchos fueron obligados por los gobiernos de las Provincias á servir contra nosotros.

Después que fueron despachados en el mismo día y se hubieron puesto en marcha, díjome el General; ahora puede Vd., si quiere hacerlos alcanzar ó ir Vd. mismo y hablarlos, pero era ya tarde, pues aunque me puse en marcha al momento que esto me dijo, cuando los alcancé al siguiente día fué solo á unos pocos, en razón de haberse ya separado casi todos, los unos para Chascomús y los otros para la Guardia del Monte y Lobos, y de estos pocos que se dirigían para Buenos Aires se quedaron conmigo los más de ellos en núm. de 14.

Tengo presente con este motivo, que hubieron de haber algunas desgracias al llegar no recuerdo á que punto

con mis 14 coraceros, y los 22 voluntarios troperos, pues me encontré con un escuadrón que acababa de acamparse y marchaba al encuentro del General bajo las órdenes del coronel Estomba me parece, los cuales así que nos vieron asomar de galope porque iba yo empeñado en alcanzar á los que se habían marchado para Chascomús corrieron á sus caballos que acababan de largar, y así que los hubieron enfrenado echaron á huir algunos, pero el jefe precipitándose sobre los demás los contuvo y marchó á mi encuentro al galope y todos en pelos y con sus lanzas en mano y disparando algunos tiros.

Al principio me alarmé yo también juzgando que fueran indios, pues no tenía conocimiento de dicha fuerza, mas viendo que el jefe venía por delante animando á los suyos en mangas de camisa y sin sombrero, me adelanté á su encuentro y le pegué un grito diciendo:— «Dígame Vd. que fuerza es esa, pues no quisiera batirme equivocado». Conocióme entonces Estomba; gritó alto á su tropa y corrió á mí diciendo: — «Si no tienes la buena ocurrencia de adelantarte y dirigirme tan oportuna pregunta, habríamos tenido algunas desgracias pues juzgaba que tu fuerza no fuese nuestra, según la noticia que me dieron ayer tarde los soldados que marchan licenciados, sobre el punto en que habían dejado al ejército; y viendo que estos malditos milicianos, se me iban á disparar así que enfrenan sus caballos, tuve que correr á mi caballo con el freno en la mano saltar á él sin sombrero y lanzarme á contenerlos y conducirlo á tu encuentro.

Nos reímos un poco del chasco y marchamos á su campo. Mandé al momento en alcance de los pocos que habían fugado y los volvieron pronto, pues se habían parado á observar, y viendo que nos regresábamos todos juntos volvían ya al campamento.

No recuerdo si esperé allí la llegada del General ó si me ordenó que me adelantara á Buenos Aires. El resultado fué que llegados á Buenos Aires se dispuso la marcha del general Paz á San Nicolás de los Arroyos,

embarcado por el Paraná con los batallones 2 y 5 y el núm. 2 de coraceros. El 1, de negros, mandado por el coronel Videla Castillo, el 5, de soldados de la quebrada de Jujuy mandado por el coronel Lasalla, oriental, y los coraceros por el coronel Pedernera, puntano.

Yo fijé una proclama invitando á los que quisieran seguirme voluntariamente y á los pocos días salí con 80 hombres voluntarios, conduciendo la artillería, carros y demás bagajes para el ejército expedicionario á las Provincias.

Pero antes de nuestra llegada á Buenos Aires había sido ya batido Molina por el valiente coronel Suarez que estaba por San Nicolás, casi al pisar aquel con su fuerza el territorio de Santa-Fé. Acuérdomé con este motivo, que de entre los prisioneros que se habían tomado á Molina, había sacado á unos cuantos que se me ofrecieron voluntarios para mi escuadrón que subió á 90 hombres.

El general Lavalle paréceme que salía un día antes que yo, ó dos, con toda su caballería de coraceros, y llevando además al coronel don Federico Rauch, con su regimiento de Húsares de cerca 400 plazas, y al coronel Vilela con sus Colorados de las Conchas.

Antes de haber llegado dicho General á Buenos Aires había dejado al coronel Estomba en Dolores con alguna fuerza y nombrado Jefe de campaña, y en la Guardia del Monte á un capitán de artillería Malabia, (hermano de aquel doctor que fué diputado por Chuquisaca en el primer Congreso de Tucumán), creo con un destacamento de artillería. Hecha esta advertencia pasaremos á relatar la marcha de nuestras fuerzas.

Así que hube reunido mis voluntarios, dirigí mis propuestas para oficiales de mi escuadrón de acuerdo con el General, y pedí para Capitanes á los ayudantes de coraceros don Jose Antuña, oriental, y don Ramon Ferrer, porteño, y para mayor del Cuerpo al Capitán don Luis Leyba, aquel oficial paceño que había traído yo de Tucumán el año 20, y en fin se proveyeron las demás plazas.

CAMPAÑA A LAS PROVINCIAS EN EL AÑO 1829

General en jefe el coronel mayor don José María Paz.—El autor marcha en ella á la cabeza de un escuadrón de 90 voluntarios, conduciendo los cañones, carros &c. del ejército, hasta San Nicolás de los Arroyos, donde debía incorporarse el general Paz. El gobernador de Buenos Aires general don Juan Lavalle, marcha con toda su caballería compuesta como de 1300 hombres sobre el gobernador don Estanislao Lopez de Santa-Fé ⁽¹⁾.—Sucesos prósperos y adversos de dicha Campaña.

La víspera de salir el general Lavalle para Santa Fé no recuerdo si el 10 de Marzo, dijome mi padre político el Ministro Diaz Velez al retirarse del Fuerte por la tarde.

—¿Sabe Vd. que tenemos ya sitiado en la Guardia del Monte, al capitán Malabia, por los indios y gauchos de Molina por orden de su compadre Rozas?

—¿Y sabiendo esto, (le dije interrumpiéndole) todavía está el general Lavalle en marcharse mañana á invadir á Lopez, dejando su Provincia ardiendo?

—Ese es su empeño me dijo, pero no se lo apruebo.

—¡Sería la mayor de las quijoterías! le dije, y podía costarle muy caro, así á él como á la Provincia. ¡Y quién sabe si al país! Voy corriendo á verlo, le agredí, y me salí de casa, para la del General.

Dudando iba sobre el modo con que tocaría semejante negocio, para que dicho General me prestara atención. Todos los Cuerpos que debían marchar con él, al siguiente día estaban acampados en San José de Flores. Ocurrióseme al llegar á su casa, entrar preguntando

(1) Dejó encargado del Gobierno al general don Guillermo Brown, y encargado siempre del ministerio general al Dr. don José Miguel Diaz Velez.

le, si era verdad lo que acababa de oír en la calle, para llamarle mejor su atención. (El ministro me había dicho. ¡Cuidado Gregorio con nombrarme para nada, pues que no quiere el General que esto se sepa!) Y hecho así.—¿Y qué es lo que Vd., á oído?—preguntóme.

«Me retiraba para casa de estas inmediaciones, y al dar vuelta por esta esquina para dirigirme á la mia, he alcanzado á oír á dos hombres que no conozco y que conversaban despacio: — ¡Ya tenemos sitiados á los del Monte, la cosa va bien! Semejante noticia no ha podido menos que llamarme la atención y juzgado necesario ponerlo inmediatamente en su conocimiento para que lo indague».

«¡No creí Coronel, me dijo, riendo con sorna, que tan pequeña cosa lo alarmase! Es verdad agregó, pero eso nada importa para que pueda yo alarmarme por un grupo de indios y unos pocos gauchos.—«¡Pero General, le dije con el mejor modo posible! ¿Porque no manda V. E. al coronel Olavarría ó Vega, con su cuerpo inmediatamente, para que acuchillen y disuelvan esa fuerza, y suspende su salida por tres ó cuatro días?»

«¡Eso sería una locura, me dijo, pues hay queda Estomba en Dolores que pronto dará cuenta de ellos!»

«¡General, le dije; ruego, Vd. por Dios que reflexione y advierta, que no es solo el grupo que sitia el Monte el que se ha reunido! Está cierto V. E. que Rozas á movido toda la indiada, y ha de mover la campaña toda! Al frente de Estomba había mayor grupo! sobre todo General ¿que pierde V. E. con aceptar una indicación que solo tiene por objeto el bien de V. E. mismo, su crédito y seguridad de la Provincia? Marchando Olavarría ó Vega, que yo mandaría á ambos, tomarán con Estomba á los indios en medio, y los acabarán. Escúcheme General y advierta, que si V. E. se marcha sobre Lopez dejando su Provincia en el estado que la deja, ¡mañana, estando V. E. al frente de él, ha de tener que dividir su fuerza y volver una parte de ella á sus espaldas, y será quizás ya tarde!»

«Fíjese V. E. en el efecto que tal movimiento causaría en el camino de los suyos, y en el de sus enemigos! Por Dios General, le repito y pido, que no se precipite». — ¡Todo esto tuve la franqueza de decírselo, y él la paciencia de oírme! Pero fué en vano.

«¡No hay motivo para alarmarse Coronel, me dijo, con calma. Yo sé lo que hago, vaya Vd. tranquilo!»

Me despedí de él, pero mas desagradado que nunca por la presunción de este valiente. Llegado á casa díjele á mi padre político. ¡Que locos han sido los que nombraron Gobernador á este jóven tan bueno! No han bastado mis mas juiciosas reflexiones: mañana se marcha con la pretención de apagar la casa del vecino, y deja la suya ardiendo! ¡Cada día siento mas el haberme encontrado en Buenos Aires semejante movimiento, y mucho mas el haberme presentado á servir á un fatuo tan presuntuoso!

Lo peor de todo para mí, era el lance en que debía partir. Mi señora que al poco tiempo después de mi llegada se había enfermado, estaba mal y había nacido una niña que puse por nombre Mercedes. Este nombre le había destinado yo desde mucho antes, en caso fuese mujer; en razón de mi devoción á nuestra Señora de las Mercedes, porque á ella sola atribuía yo mi salvación del Tala, y mi ya completo restablecimiento; pues cuando regresé de esta mi última campaña, me encontraba tan fuerte, que el uniforme que me había hecho para salir á ella no alcanzaba á abrocharlo.

Marchó pues el General precipitadamente y yo salí el 12 ó el 13, con orden de tomar caballos por la posta para mi mas pronta llegada á San Nicolás, con todo el bagaje que conducía; y llegué á dicho punto sin haber alcanzado al general Lavalle, pues había tomado otro camino, no recuerdo si á los cinco ó seis dias, y con la falta de algunos hombres que se me desertaron, de los prisioneros de Molina.

El general Paz había ya llegado con los referidos cuerpos. Advertiré aquí por haberseme pasado por alto

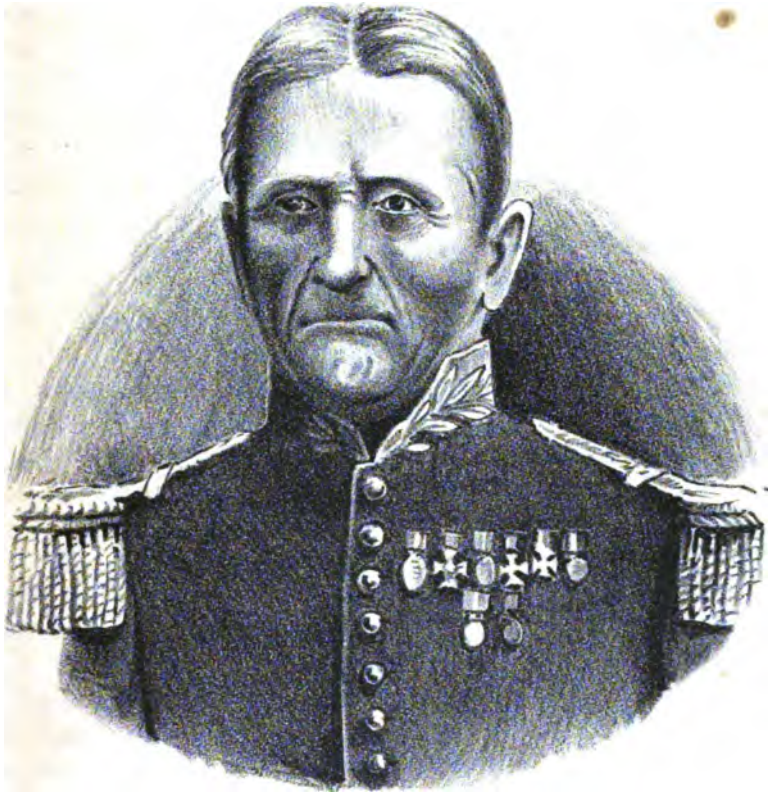
en el lugar que correspondía, que dicho General así que llegó del Estado Oriental con el resto de las tropas pertenecientes á Buenos Aires se había encargado de ministerio de la guerra, el cual desempeñó hasta el momento de su partida para San Nicolás.

No recuerdo si en el mismo día de mi llegada á San Nicolás, ó en el siguiente, llegó el general Lavalle y se acampó en el Tala un lugar al sur de dicho pueblo y distante como una legua.

Ello es que estando dicho General para marcharse ya para Santa Fé, no sé si en ese mismo día ó el siguiente, llegó la noticia por la tarde, de haber tomado los indios la guardia del Monte, y sacrificado á Malabía y creo á los mas de los oficiales que guardaban con él dicho punto, y que así los indios como las milicias que se reunían á gran prisa, se habían aproximado hácia Buenos Aires.

Así empezaron á realizarse los nuevos pronósticos que le había yo hecho al General al salir á esta nueva campaña, que él había despreciado como en la anterior! Tuvo, pues, que mandar al valiente teniente coronel Rauch, con todo su regimiento de Húsares, y al comandante ó coronel Vilela, con sus *Colorados* de las Conchas, no recuerdo en que número; pero sí, que desmembró su fuerza de ataque sobre el gobernador Lopez, como en 500 hombres; se privó de un jefe que se 'hacía respetar ya, así de los indios como de los santafecinos. Mas no por esto desistió este orgulloso General de su temerario empeño, pues se lanzó inmediatamente con la fuerza que quedaba, sobre Santa Fé.

Cuando digo que fué temerario su empeño, no se juzgue por un momento que aludo á la desmembración de la fuerza. No, por cierto, pues le era sobrada la que llevaba, para haber deshecho diez veces á Lopez. Nadie mejor podía conocerlo que yo, pues que en el paso de la Herradura en el año 18 ó 19, lo había batido con solo 300 hombres de caballería, sin que operaran todos ellos, teniendo él mas de mil.



Thomas A. Day



Lo juzgaba temerario por dejar su Provincia en el estado en que la dejaba, y querer arreglar la ajena. Solo un hombre que hubiese perdido el buen sentido, podía proceder así.

Lo cierto, que todo el mundo ha visto, fué que no consiguió batir á Lopez, por dejarse llevar de su fantástica presunción de saber conocer los rumbos y los lugares por la *aguja de marear*, mejor que los buenos baqueanos que llevaba: (1) que tuvo que regresarse poco menos que á pié, sin ver la cara á Lopez, y por fin que volver á su casa, cuando la mitad de su familia ó una parte de ella, había desaparecido y el resto estaba consumiéndose!

Habiéndose marchado el general Lavalle para Santa Fé, ó en busca de su gobernador Lopez, quedamos nosotros con el general José María Paz, esperando en San Nicolás de los Arroyos la llegada de las caballadas, para emprender nuestra marcha sobre Córdoba. Llegadas éstas, no recuerdo á los cuantos días de haber marchado el general Lavalle, rompimos la marcha, habiendo sido antes nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército por el general Paz, el coronel Roman Deheza.

Se me había pasado prevenir que así que salí de Buenos Aires, había aprovechado de los caballos de postas en las marchas, para ir instruyendo á mis voluntarios de los principales movimientos de la caballería, en todo el camino hasta San Nicolás; muy particularmente en la ejecución alineada de las lanzas, en la variación de frente; en las paradas, en el manejo de las armas.

(1) Un hijo del hacendado del norte, don N. Padrón, era uno de los mejores baqueanos que llevaba. Cuando estuve en Tucumán con el ejército, después de la boleada del general Paz, se me presentó aquél y me dijo que por no hacer caso el general Lavalle de los conocimientos suyos, y de los demás baqueanos, no acabó con Lopez, pues cuando le decíamos:—Por acá conviene ir para agarrarlo»,—sacaba su *aguja* y decía:—«No es por aquí, sino por allá»,—hasta que se quedó á pié, por solo esta causa, muriéndosele las caballadas por el *nió*: una yerba venenosa que no hay en Buenos Aires.

Adviértase también, que no llevaba el completo del armamento, porque no lo hubo al salir.

Llegados á las inmediaciones de la Cruz Alta, que es donde principia la jurisdicción de Córdoba, ya principiaron á venirnos al encuentro varios paisanos á darnos noticias del estado de las fuerzas del gobernador Bustos y de su situación, pero dichos hombres así que encontraban la columna, preguntaban por el general La Madrid para hablar con él. Muchas, ó las mas de las veces, iba yo por lo regular á la cabeza de la columna, al lado del general Paz, esto lo hacía por el conocimiento y antigua amistad que teníamos, pues como he dicho antes, había simpatizado con él, desde que lo conocí en el año 11. Cuando esto sucedía, les decía yo, indicándoles al General:

--«El señor es el General en jefe y su paisano. Comuníquenle Vds. las noticias que traen.

Los pobres paisanos se encogían y me decían acortados:

—«¡Con Vd., señor, queremos hablar, porque tenemos mas confianza!»

Tenía, pues, que separarme con ellos á un lado, oír su relación y comunicársela al General. Muchas veces llegué á conocer que no dejaba el General de disgustarse cuando llegaban estos casos, ofendiéndose quizá su amor propio, de una preferencia que era solo debida á la franqueza de mi carácter para con todos, á la confianza que por dicha razón les había yo inspirado en las diferentes veces que había estado en aquella Provincia y en su campaña.

Distraído había anticipado los dos párrafos anteriores, pues debo decir que llegados en los últimos días de marzo, no recuerdo si á las puntas del arroyo de Pavón ó más allá, de noche y bastante avanzada ésta, mandó el General que se acamparan los cuerpos formando cada

uno en batalla á su frente, teniendo los caballos desenfrenados y asegurados de la rienda.

En este orden estábamos descansando, cuando se presenta un hombre que venía de Buenos Aires, preguntando por mí. Condúcenlo á mi presencia, y llamándome, me dice:

—«Vengo mandado por el Gobierno con este pliego para el general Paz ó al general Lavalle, pues se me ha ordenado que lo entregue al primero de los dos que encuentre. El coronel Rauch ha sido batido y muerto por los indios y gauchos que mandan Molina, Pancho el ñato y otros; la mayor parte de nuestra jente la hemos perdido; los enemigos están ya sobre Buenos Aires.»

Me quedé maldiciendo de mi destino actual y de mis predicciones al general Lavalle, y le dije:

—«¡Cuidado con que Vd. comunique esta noticia á nadie!»

—«Vd. es el único, mi Coronel, á quien he querido darla»,—dijome.

—«Pues bien, yo se lo agradezco á Vd. en el alma, venga conmigo y le enseñaré la tienda del General»,—le dije, y lo conducí hasta mostrársela:

—«No le diga Vd. que ha hablado conmigo», y me volví á mi puesto, después de haber observado que había entrado al toldo del General, el cual era compuesto por dos pequeños postecitos ó estacas enterradas; una lanza atravesada por sobre ellos y una frazada que hacía tender por encima para escribir y libertarse del viento.

Dicho toldo no estaba distante, y por consiguiente espiaba el proceder del conductor de la comunicación cuando saliese de la tienda, pero al corto instante tuve que tenderme y hacerme el dormido, porque el General gritó á sus ayudantes y les mandó ordenaran á todos los cuerpos enfrenasen sus caballos, y disponerse para marchar sin que el propio se hubiese separado del General.

Recibida dicha orden y estando listos los animales

de tiro, de los cañones y carros, veo continuar la marcha por el mismo camino.

— «¡Esperemos, dije entre mí, á que amanezca; pueda ser que el General tenga noticias de Lavalle y que marche á reunirse con él para deliberar; mientras tanto veremos si me confía el parte que ha recibido!»

Continuamos acelerando la marcha, encargados de no atrasar los Cuerpos, cuando aclarando el día hace alto la columna y recibimos orden de prepararnos como para batirnos.

Había recibido aviso el General, del Comandante de la descubierta, de haberse avistado gente armada al norte. El sol se había levantado un poco, mientras nos preparábamos y se practicaba el reconocimiento; resultando de este ser las descubiertas del general Lavalle que venían en retirada, las que habían ocasionado nuestra alarma.; continuamos hasta llegar al arroyo de los Desmochados, donde estaba acampado el general Lavalle en este lado de dicho arroyo, como de 9 á 10 de la mañana.

El jefe de Estado Mayor condujo la columna á la banda opuesta del arroyo y la acampó; el general Paz marchó al campo ó alojamiento del general Lavalle. Esta es la razón porque dije que no recordaba si era en el arroyo de Pavón ó más adelante donde llegó el propio, pues he olvidado el nombre del lugar (si es otro) mas próximo á dichos Desmochados.

Asi que se hubo acampado, se mandó carnear por ambas divisiones, mientras tantos los generales seguían conferenciando solos, pues los coroneles Olavarría, Vega y no recuerdo que otro, habian pasado á nuestro campo á saludar á los jefes conocidos y venido á mi alojamiento, apenas se hubieron bajado, cuando me dirigieron la reconvención siguiente:

— «¿Cómo á tenido Vd. paciencia para sufrir que Deheza, coronel de ayer, haya sido nombrado jefe del Estado Mayor, cuando todos creemos que lo sería Vd., no solo por ser el coronel mas antiguo del ejército, sino también por sus servicios?»

—«¡En el acto mismo de haberse dado dicha orden debía Vd. haber pedido su baja y volverse, como lo habría hecho cualquiera de nosotros!»

—«Mis amigos, díjeme: eso está en el diferente modo de pensar de los hombres».

—«¡Cuando el general Lavalle me mandó llamar en Buenos Aires, la víspera de salir para Navarro, me dijo, que me necesitaba para mandarme á las Provincias, con el general Paz, también juzgué que sería ese cuando menos el destino con que vendría, cuando no fuera separado!»

—«Pero como de todos modos, no sirvo para empleado, sinó para mi patria, estoy persuadido de que pocos podrán servirla en esta campaña, como yo, que voy muy contento mandando mis 80 voluntarios.

Si hubiera hecho lo que ustedes me aconsejan, habrían juzgado que solo me había prestado á salir á campaña por tan despreciable interés!»

¡Y quién sabe sinó habrían tenido que reírse!

No, mis amigos, les dije: mis sentimientos son mas nobles, con ellos me río con razón, de los que sin ellos, intentan reírse de mí!»

—«Alabamos compañero su paciencia, me dijeron. Mientras esto conversábamos estaba ya preparado el almuerzo que les dispuse, que siempre fué mejor que el que había convidado en el desierto, á los generales Lavalle y Rodriguez, pues las provisiones las llevaba á la mano.

Contáronme el tiempo y la caballada que habían perdido en su inútil campaña, que sentían por cierto haberla emprendido.

—«¡Qué dirían, decía entonces, si supieran cuánto mas han perdido con esta loca campaña!!!»

Preguntándome que sabíamos de Rauch», nada compañeros les dije, á no ser que el General tenga alguna noticia.»

Larga fué la conversación que tuvimos, pero sin dármeles por entendido de lo que se sabía.

Preguntándome si no iba á saludar al general Lavalle, díjeles, que no, pues no quería mortificarle con mi presencia después de tan lucida campaña como la que acababa de hacer, habiendo dejado desatendida su Provincia, mucho mas, cuando en el Monte y en la separación del coronel Rauch al salir de San Nicolás, había visto él, realizado cuanto le anuncié en la tarde de su salida de Buenos Aires.»

—«¿Y qué le anunció Vd.?» me preguntaron.

—«¡Que suspendiera su marcha á Santa Fé, mandara á cualquiera de Vds. ó á los dos juntos, con su cuerpo, á disolver á los indios y gauchos que sitiaban al Monte», les dije.

—«Que no se moviera á esta campaña inútil, sin dejar la provincia tranquila y arreglada, pues si tal lo hacia, tuviera entendido que al acercarse á Lopez, tendría que desmembrar sus fuerzas y sería tal vez ya tarde».

—«¡Cuánto mejor habría sido eso compañero, me dijeron, que venir á perder nuestras caballadas y nuestro tiempo, que es lo mas precioso, podíamos haberlo empleado mejor sin perder á los pobres compañeros del Monte!»

—«¿Y un hombre que le ha hecho estas prevenciones, que tuvo la paciencia de verle reirse de ellas, quieren Vds. que vaya á saludarle?»

—«¿Con qué gusto me recibiría al recordarlas?»

—«Tiene Vd. razón, me dijeron, pero no podemos menos que repertirle, que alabamos su prudencia, ó mas bien su calma».

En esto vinieron ya los ayudantes á prevenirles que se había dado orden de prepararse para marchar, viniendo en seguida un ayudante del coronel Deheza á comunicarme la misma orden y nos despedimos.

A poco rato y estando ya listos, vimos marcharse al general Lavalle para Buenos Aires, venir el general Paz y mandar mover nuestras fuerzas para Córdoba, como de 1 á 2 de la tarde.

Aseguro á mis lectores, que me quedé abismado del

gran talento y génio militar de ambos Generales, ó mas propiamente, del general Lavalle que era el jefe principal!

Pero, juzgando que sería en mí un crimen el no advertirles, pasé á la cabeza de la columna nuestra y llamándole un poco aparte al general Paz, dijele:— «Compañero y amigo.

—«¿Qué significa esta separación de fuerzas después de lo que nos ha pasado?»

—«¿Y por qué me pregunta Vd. esto?»

—«¿Qué es lo que nos á pasado? díjome el General.»

—«¡Que no existe Rauch ni su división, que los indios y todos los gauchos de Rozas están ya sobre Buenos Aires, díjele!»

—«¿Y cómo lo sabe Vd.?»

—«Por que el propio que trajo á Vd. la noticia, me buscó anoche para comunicármela, antes de dársela á Vd. y le encargué que á nadie lo comunicara», le repuse.

—«¿Y cuál es la opinión de Vd.?» me dijo.

—«Que debemos volvernos y marchar todos sobre Buenos Aires, acabar con esa horda de salvajes, que es lo que yo haría, ó marcharnos todos á las Provincias y dejar á Rozas en pacífica posesión de Buenos Aires.

—«Yo estaría por lo primero, pues marchando todos juntos es indudable que pronto pacificaríamos la Provincia, observando con actividad, sin prevenciones, pero si esto no se juzgase conveniente, vamos todos mas bien á las Provincias, que así seremos mas pronto dueños de todas ellas y entonces con un poder mucho mas fuerte, volveremos á salvar á Buenos Aires.»

—«¡Reflexione General, le agregué, sobre el efecto que producirá en el ánimo de los soldados del general Lavalle, al llegar al Arroyo del Medio y encontrarse con toda la campaña sublevada, sitiada Buenos Aires, y separados además de todos nosotros!»

—«Es probable que decairía su animo, asi que esto lo vean, esto mismo á de suceder mañana entre nosotros cuando se sepa.»

—«¡Medítenlo Vds. bien y no se espongan por Dios, á perder divididos los mejores soldados que hemos tenido!»

Estas prudentes y juiciosas reflexiones, hiciéronle fuera, al general Paz. Mandó detener la columna y regresó de galope en alcance del general Lavalle; habiendo llegado á él, se pararon y tuvieron una larga conferencia. ¡Desmíentame el que se atreva, si no es cierto lo que digo! Toda nuestra columna me vió llegar al general Paz, hablarle, mandarla este parar y correr como he dicho hácia el general Lavalle. La de este, lo vió también parar á ambos Generales y tener una larga conferencia!

Pasada dicha conferencia, volvió el general Paz y continuó el general Lavalle para Buenos Aires. Dijome aquél al llegar (mandando seguir el camino para Córdoba).

—«¡Nada he podido conseguir del General!»

—«¡Ni lo uno ni lo otro!»

—«¡Me ha dicho que siga mi camino, que el se considera bastante fuerte por sí solo para no abandonar su Provincia!»

—«¡Ya se la harán abandonar por la fuerza y le pesará entonces el no haberse dirigido con toda ó marchándonos juntos á las Provincias, para libertar pronto la suya!»

Llegamos á la ciudad de Córdoba, me parece que el 13 de abril, el gobernador Bustos se había retirado á San Roque, unas 10 leguas al oeste de Córdoba, que está situada al pié de la sierra, con todas sus fuerzas, toda la artillería del ejército auxiliar del Perú. Asi que pisamos el territorio de Córdoba, empezé á dar de alta en el escuadrón de voluntarios, á varios paisanos de la misma Provincia que se me fueron presentando habiéndose aumentado estos en el pueblo, alcanzó el escuadrón á unas 120 plazas.

El general Paz fué muy bien recibido por la mayor parte de la población y en pocos días se reunieron al-

gunos hombres por los afectos al General y le acompañaron en la pronta salida que hicimos en busca de las fuerzas de Bustos.

Llegados á la otra posta de la cuesta de Cosquin, á inmediaciones de San Roque, hubo un parlamento ó comunicación entre los generales Paz y Bustos, pero no habiendo arribado á ningún acuerdo, marchamos sobre la fuerte posición de San Roque que ocupaba Bustos, con mucha mas fuerza que nosotros, con una numerosa artillería, compuesta de dos obuses, de diez piezas, me parece que de los calibres de á 4 y de 6.

San Roque está situado en una espaciosa quebrada el pié mismo de la sierra que le sirve de espaldón al Oeste. La quebrada corre de norte á sur, hay en ella un río de bastante caudal, que teniendo sus vertientes en la sierra, como hácia el sur-este, pasa por la orilla misma de la población que está compuesta de rastros ó quintas de sembrados. — Bustos había colocado los dos obuses y seis piezas más en su derecha, al frente del puente por que se pasa dicho río, y tenía á la derecha de esta batería unos escuadrones de caballería.

Seguía para la izquierda su línea de infantería, otra batería de cuatro piezas y el resto de su caballería. Esta última batería estaba colocada en una altura que dominaba todo nuestro centro y derecha de nuestra línea.

Nuestra fuerza que solo constaba de poco más de mil hombres, fué distribuida del modo siguiente: — La izquierda que componía mi escuadrón de voluntarios y las pocas milicias que se nos había reunido, estaba bajo mis órdenes; y el jefe del estado mayor coronel don Roman Deheza me mandó colocar con dicha fuerza y en columna por mitades, al frente del puente y á tiro de cañón de la batería enemiga.

Nuestra línea de infantería compuesta de los batallones dos y quinto, y con los coraceros del coronel Pedernera á la derecha, que había quedado formada á mi espalda cuando yo me avancé movióse para el flanco derecho pasando el río mas arriba de la izquierda enemiga, bajo

las inmediatas órdenes del General en jefe, ocupó la altura que dominaba la izquierda enemiga, pero fuera aun del alcance de los fuegos de ésta.

En esta posición estábamos, cuando observando yo el intento del general Paz de envolver la izquierda enemiga, pido permiso al Jefe del estado mayor para lanzarme sobre la batería de la derecha y tomarla, pues que esta desde que descubrió el intento de nuestro General había roto ya sus fuegos sobre mi pequeña columna.

Negóse Deheza á permitirme cargar hasta que el General hubiese acabado de ocupar ó dominar toda la izquierda enemiga desde la referida altura con sus dos batallones y solo me mandó avanzar un poco y hacer alto hasta que el General hubiera logrado su intento. — Así lo hice, por solo un instante, pero así que conocí la imprudencia con que se me colocaba por solo servir de blanco á la batería enemiga mientras pretendían que el General lo hiciera todo, pues ya dos granadas me habían hecho volar tres hombres ó cuatro con sus caballos, me precipité por el puente á la cabeza de 50 voluntarios sobre la batería.

Fué tan feliz ésta mi carga, que á pesar de la metralla con que fuimos recibidos, cuyos cascos caídos en el río cuando atravesábamos el puente de carrera, nos salpicaron con el agua, logré apoderarme de la batería al mismo tiempo que el General se apoderaba también de la otra, y envolvía la infantería de Bustos.

Al precipitarme sobre la batería con los cincuenta voluntarios, había mandado al sargento mayor Leiba correrse á la izquierda para cerrar el estrecho del río á la caballería enemiga que intentaba ya salvar por aquella parte, para la hacienda de Arredondo; por consiguiente, fueron los enemigos estrechados por ambos flancos y se tomaron muchos prisioneros, pero no sin bastante pérdida por parte del enemigo y alguna nuestra, aun que muy inferior á la de los muertos de aquél.

El general Bustos escapó para la Rioja, por la sierra

con alguna gente, sin embargo de haber sido perseguido por algunas leguas. Yo tuve entre muertos y heridos más de veinte hombres, no recuerdo la pérdida de los demás Cuerpos; pero sí que en proporción fué mucho menos que la mía por la posición que tomaron. Con la fuerza que cargué hasta apoderarme de la batería, fué el entonces teniente primero de la primera compañía del escuadrón de voluntarios don Juan Navarro. El jefe de la artillería que se hallaba en dicha batería, cuyo nombre no recuerdo, quedó muerto al lado de ella con muchos de sus artilleros, por mis voluntarios, y fué el primer ensayo que le proporcioné á dicho Cuerpo.

Después de este combate marchamos á Caroya y Sinsacate. El objeto del General en esta marcha, fué el de arreglar aquella parte de la campaña del norte, alejar á los individuos de la familia del gobernador Bustos y que nos eran contrarios, y perseguir al comandante Guevara del departamento del Tío, pues que había ganado para aquella parte con alguna fuerza.

A perseguir á dicho comandante, me destinó el General con mi escuadrón llevando un piquete de infantería del quinto bajo las órdenes, creo, del entonces teniente don Cesar Díaz. — Guevara fué perseguido hasta Mar Chiquita que está al este del Tío y tocando con los confines de la provincia de Santa Fé por dicha parte, en la cual fué acuchillado y dispersa la mayor parte de su fuerza; se le tomaron bastantes prisioneros.

Después de este último choque permanecí pocos días en el fuerte del Tío hasta que fué nombrado comandante de dicho punto y frontera, el capitán don Hilario Basa-bilbaso.

Habiendo regresado á Córdoba, fui destinado por el señor General á la sierra de San Javier y Pocho á consecuencia de que se habían levantado allí algunos montoneros, y de que se tenían noticias de los aprestos del general Quiroga en los Llanos, para venir á atacarnos con el gobernador Bustos que se le había reunido.

El General, después del triunfo de San Roque se ha-

bía dirigido á don Javier Lopez gobernador de Tucumán, solicitando su cooperación con algunas fuerzas para esperar á Quiroga ó invadirlo.

Lopez que temía que el general Paz pudiese mandarme á Tucumán si él se denegaba, porque en tal caso no podía resistirme por la gran influencia de que yo gozaba en dicho, mi país; que conocía al mismo tiempo la decisión de mis paisanos para marchar en nuestra ayuda, se resolvió ponerse en marcha para Córdoba con quinientos hombres, alejando de paso á Ibarra de Santiago del Estero.

Mientras Lopez se movía de Tucumán había yo pasado á la sierra de Córdoba con mi escuadrón de voluntarios y dispersado las montoneras ayudado por el valiente cordobés, hijo de San Javier, don Ciriaco Gomez, á quien por su decisión y patriotismo no menos que su arrojo, habíalo nombrado el General, Comandante de uno de los escuadrones de dichos departamentos.

Alejados dichos montoneros al territorio de la Rioja y habiéndose ya movido Quiroga y Bustos en nuestra busca desde los Llanos, salió el general Paz hasta la sierra con su ejército, habiendo ya organizado el cuerpo de cívicos de Córdoba bajo las órdenes del coronel Barcala (1).

Yo me había avanzado hasta Santa Rosa, territorio perteneciente á la Rioja ó fronterizo al menos, batido allí una vanguardia de Quiroga y perseguidolo hasta Ulapez creo y regresándome de allí porque se aproximaban las fuerzas de Mendoza y San Juan, mandadas por el fraile Aldao, dando aviso al General, con cuyo motivo regresó éste al otro lado de la sierra, así para esperar la reunión del gobernador de Tucumán don Javier Lopez, como para fatigar más al enemigo llamándolo al interior de la Provincia.

[1] Un negro mendocino, muy valiente, y de unos modales y porte muy caballeresco; y el cual se había ya distinguido en varios encuentros anteriores en Mendoza en defensa de su pueblo contra los bárbaros ataques del fraile apóstata don José Felix Aldao.

Habiendo sido yo el encargado de cubrir la retirada del ejército, tuve que marchar al frente del enemigo hasta haber traspasado la Sierra por las cabeceras del Río 3º, que era el camino que traía Quiroga, hasta llegar á las inmediaciones de Altagracia, hacienda situada á 10 leguas al sud sudoeste de Córdoba. En la tarde que acampé á las inmediaciones de dicha hacienda en la cual estaba el ejército, había llegado el gobernador Lopez con los tucumanos, y estaba precisamente acampado á vanguardia de los demás cuerpos del ejército.

Luego que hube acampado mi cuerpo, ya cerrada la oración, y después de haber pasado el toque de retreta, pasé al ejército á verme con el General, darle cuenta del lugar en que quedaba el enemigo y pedirle me permitiera ir á hacerle una visita al gobernador Lopez, cuando al llegar al campo en que estaba el ejército, encontréme precisamente con la división de los tucumanos que estaba acampada sobre el camino; así que atravesé por entre los primeros fogones, conocí á mis paisanos que los circulaban.

Sin detener mi caballo, pues iba al trote largo, dígoles de paso en voz alta:—«¿Cómo están mis valientes tucumanos?»—Conocer mi voz, levantarse todos corriendo hacia mí y dándome mil fuertes vivas que se repitieron por todo su campo hasta avanzarse los cornetas á tocar dianas, que ocasionaron alguna alarma en el ejército, todo fué uno.

Por de contado que no me agradó semejante demostración á dichas horas, por el efecto que naturalmente debía producir en el ánimo de su Gobernador, como lo produjo en efecto. Llegué sin detenerme á la tienda del General y después de haber presenciado que iban los ayudantes del Estado Mayor á contener aquella gritería y hacer callar á los cornetas.

Introducido yo á la tienda del General, me encontré con el gobernador Lopez á su lado y le dí un abrazo, después de saludar al General, que lo correspondió no de buena gana, y se salió al poco instante. Díjele al

General así que le hube dado cuenta del lugar que ocupaba el enemigo, que iba á visitar á Lopez y ofrecérmele á ponerme bajo sus órdenes con mi escuadrón, si él me lo permitía, para formar parte de su división, y con este motivo estimular á mis paisanos á distinguirse en el próximo combate.

El General aprobó y aplaudió mi idea, y yo pasé á la tienda de mi paisano, y habiéndole encontrado con uno ó dos de sus oficiales ó comandantes y pasadas las felicitaciones, etc., etc., hícele presente la amistosa y noble idea que llevaba; y como observé que él se denegó á admitirme tan loables proposiciones, le agregué á presencia de todos, siendo dos de los que estaban con él, el coronel de milicias y cuñado suyo don José Alvarez y el teniente coronel de ejército don José Segundo Roca, compañero y amigo. «¡El objeto que yo me propongo al dar este paso, es á más de amistoso y noble, político y de gran interés, así para la patria como para Vd. mismo y para el crédito de nuestro pueblo! — Mis paisanos verán en esto que yo sé respetar y estimar al jefe que ellos se han dado por el organo de sus Representantes y que no conservo contra él prevención alguna á pesar de los sucesos anteriores! ¡Agregue Vd. á esto el noble estímulo que tendrán todos ellos al verse guiados contra aquel que tanto los ha ofendido por la dirección y el ejemplo de entre ambos!»

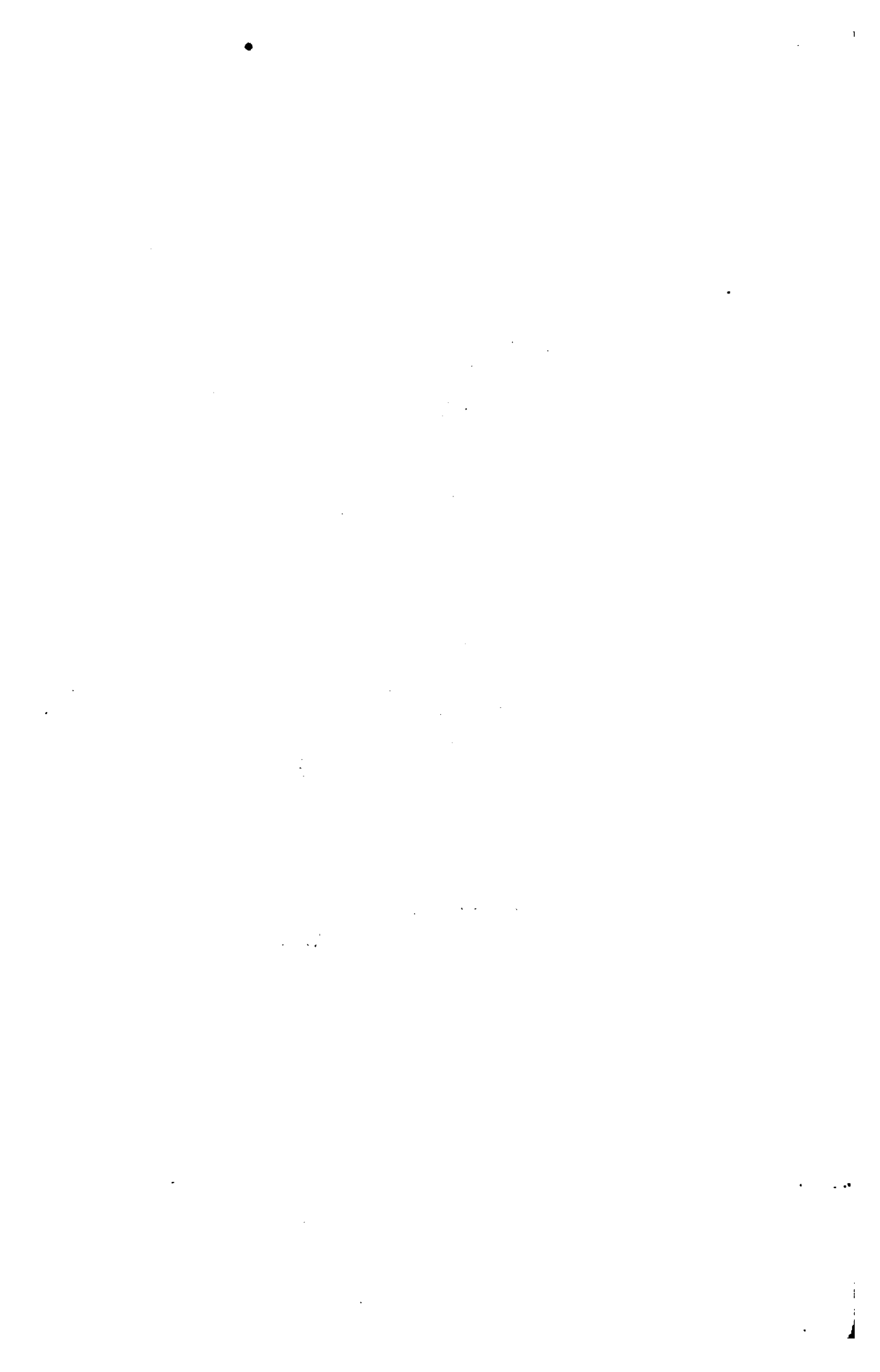
Cuando yo ví que estas mis tocantes reflexiones no produjeron en él, el efecto que yo esperaba, mucho más cuando su tienda estaba rodeada por todos sus soldados y oficiales, que solo esperaban que yo saliera para verme y hablarme, confieso á mis lectores que me quedé muy desagradado, pero sin desistir por eso de este mi noble empeño.

Me retiré á poco instante, escusándome con que estando el enemigo tan próximo mi presencia en mi Cuerpo era necesaria, pero dándole la mano y repitiéndome mis generosos ofrecimientos.

Apenas salí de su tienda, que ni á la puerta me



Legends Crown



acompañó (1) cuando fui rodeado por todos y saludados con el entusiasmo de todos los corazones de aquellos mis nobles paisanos. Diles á todos las más especiales gracias asegurándoles que al siguiente día tendría el gusto de verlos y me retiré.

Al poco instante de haber llegado á mi campamento que no estaba lejos vinieron á él varios oficiales á saludarme, por no haber tenido el gusto de verme, ni poder hablar; diles las gracias mas especiales por el aprecio que me manifestaban; y les dije cuanto me complacerían distinguiéndose en la proxima batalla contra el implacable enemigo de nuestro pueblo, (Quiroga) y les supliqué se retirasen á sus puestos para no disgustar á su Jefe, y estar prontos para lo que pudiera ocurrir. Así lo hicieron llenos de contento.

Al siguiente día marchamos al encuentro de Quiroga en dirección al Salto, y habiéndonos acampado ya de noche á inmediaciones del rio, no pude verme con mis paisanos por que estaba yo á vanguardia, pero habiendo de parar allí el ejército hasta medio día, pude venir esa mañana que fué la del 19 de junio á visitar al gobernador Lopez y demás Jefes y Oficiales, y también por el deseo natural de ver á todos los milicianos que tan antiguas pruebas de estimación me tenían dadas.

El gobernador Lopez que se daba en su campo más tono que nuestro General, estaba sentado en uno de los varios asientos que había traído preparados desde Tucumán, y que siempre estaban prontos así que acampaba, no menos que una mesa de tijera á su lado.

Asi que desmonté y me senté á su lado concurrieron todos sus jefes y oficiales á saludarme, y como la tropa no habia podido verme aún, se agolpó toda á espaldas del círculo que habían formado los Jefes y Oficiales; pero su amable Gobernador (2) no les permitió satisfa-

[1] No quería presenciar lo que tanto le estaba mortificando, pues ya sentia desde su asiento el murmullo que hacian los hombres que rodeaban su tienda!

(2) ¡Este era el mismo á quien en el año 26 habia yo depuesto del

cer los deseos que manifestaban de verme siquiera de lejos; pués así que observó que se iba aumentando la concurrencia, levantó la voz y les dijo:

— «¿Qué buscan aquí, no han visto nunca gente?» A tan *urbana* amonestación tuvieron todos los soldados que largarse mas que de prisa, tal era la cortesía del pobre de mi paisano á cuyas órdenes pretendí en vano ponerme.

Me despedí á poco rato sin haber podido conseguir que se prestara á las indicaciones que le hicieron para que fuese yo á su lado, algunos de sus Comandantes; y muy luego nos movimos adelante con todo el ejército y nos acampamos ya tarde á corta distancia del campo del general Quiroga.

Bueno sería advertir aquí que nuestro ejército había ya mas que duplicado su número esto es de el que había llevado de Buenos Aires, pues á mas de los 500 tucumanos habían como 400 ó mas milicianos de Córdoba que el general Paz había puesto bajo mis órdenes, y como 200 cívicos que había organizado el coronel Barcala y los cuales estaban muy entusiasmados.

Como los dos ejércitos estaban ya inmediatos y se creía que la batalla tendría lugar al siguiente día no juzgó el General prudente que se alejara nuestra vanguardia, por no esponerla á una sorpresa. Quiroga aprovechándose de esta circunstancia, de las buenas caballdas que llevaba, y mas que todo de los conocimientos que tenían de los caminos y sendas, asi el Gobernador Bustos como todos los cordobeses que acompañaban á dicho Gobernador, dejó bien preparados los fogones de su campamento y partidas de vanguardia al cargo este cuidado de algunos hombres, y se marchó velozmente sobre Córdoba, asi que cerró la noche, por su flanco izquierdo; anduvo toda esa noche del 19 con diligencia, y

mando por que no había querido darme el contingente que le había ordenado el Gobierno, ni permitirme llevar para la guerra con el Brasil, á los hombres que querian seguirme voluntariamente.

fué á presentarse sobre la ciudad dominándola por las alturas, me parece que á eso de las 5 de la tarde del 20 de junio y le intimó rendición á la plaza.

Prevendremos aquí lo que había descuidado de expresar antes: esto es que después de pasada la batalla de San Roque, el pueblo de Córdoba había nombrado Gobernador y Capitan general de la Provincia al General de nuestro ejército don José María Paz.

El Jefe político don Pedro Juan Gonzales, había quedado encargado del Gobierno de Córdoba, cuando salió el General y gobernador Paz, al encuentro de Quiroga; por consiguiente fué aquél el que recibió la intimación de este último, y la rechazó con denuedo; contando con la decisión del pueblo para defenderse mientras llegaba el general Paz.

Quiroga atacó el pueblo con empeño, así que vió rechazada su intimación; pero fué resistido con energía en toda la noche, y mucha parte del siguiente día 21. Quiroga que no se paraba en medios, y que tuvo noticia de nuestra aproximación acometió nuevamente al pueblo y le amenazó incendiarlo todo sino se entregaban; y no recuerdo si dió principio por quemar algunas casas.

A una amenaza semejante, y hecha por un Quiroga, no creyó prudente el Delegado resistirse, y mucho más cuando habían perdido ya algunos hombres y estaban casi agotadas sus municiones. Capituló y tomó posesión Quiroga de la plaza, ya caída la tarde: dejó en ella 900 infantes que tenía, y pasó con cerca de 3000 caballos á situarse al campo de la Tablada en la otra banda del río al nor-oeste del pueblo como tres cuartos de legua.

Mientras todo esto practicaba Quiroga, nosotros íbamos ya en su alcance; pues que al amanecer el 30, habían ya descubierto nuestras bomberos la marcha del enemigo sobre Córdoba, y el General había contramarchado sin detenerse y esforzando cuanto le fué posible la marcha de nuestro ejército; pero como no teníamos la movilidad de aquél, pues á mas de traer mejores caballadas, llevaba sus infantes montados; no nos fué posible á pesar de

nuestra diligencia, llegar á tiempo de haber evitado dicho contraste.

Serian las 11 de la noche cuando llegamos á los altos de Córdoba (1) sin ser sentidos por los enemigos, y si lo fuimos no nos demostraron. Principiamos á descender á los corrales de matadero que están á la orilla este del pueblo, cuando el General hizo alto después de haber bajado algunas cuadras, y contramarchó por el estrecho y barrancoso camino, no se porque motivo.—Confieso que no me agradó semejante retroceso, pues aunque nuestra infantería iba por delante, y le seguía la artillería, me temía mucho que los enemigos pudieran habernos colocado sobre las barrancas del camino, doscientos infantes, y héchonos pedazos sin podernos defender en semejante estrechura; y mucho menos con la contramarcha, que nos dejaba apiñados.

Había contramarchado la cabeza de la columna como dos ó tres cuadras ó poco mas; cuando hace y vuelve á contramarchar hasta casi llegar á los corrales que están al pié de la barranca, y á orillas del mismo pueblo. Pasa por segunda vez, y retrocede nuevamente.

Confieso que semejantes vacilaciones me tenían loco de desesperación, y de rabia; pues espera por momentos, que 50 hombres del enemigo nos fusilaran impunemente en aquel enredo que habíamos formado, con marchar y contramarchar; mas por fortuna habiendo pasado por 2ª ó 3ª vez, se resolvió al fin; bajó, y paró enseguida todo el ejército á la banda opuesta del río, alejándose un tanto del pueblo, para que no fuéramos sentidos.

Asi que hubo acabado de pasar todo nuestro ejército, aproximándose ya el día; marchamos por la otra parte de las quintas y saliendo al alto del norte, hasta intro-

(1) Dicho pueblo está situado en una hondonada y sobre un río que corre del poniente al este, y en la margen del sur; y por una ú otra banda de río, tiene uno que descender para llegar al pueblo, y no se ve éste sino al llegar al descenso.

ducirnos al potrero del jefe político don Pedro Juan Gonzalez; cuyo costado oeste, viene á estar sobre la Tablada, ya aclarado el día; y dejando el pueblo á nuestra retaguardia por la izquierda.

Yo ignoro hasta hoy, porque Quiroga quiso conservar su infantería en el pueblo, y no la reunión á su ejército para darnos la batalla.

Colocado nuestro ejército en el referido potrero de don Pedro Juan Gonzalez, y toda la numerosa caballería de Quiroga al extremo del oeste del expresado potrero, en el campo de la Tablada; lo distribuyó el General en tres columnas paralelas. La de la derecha bajo mis órdenes, la componían mi escuadrón de 90 voluntarios y cerca de 600 milicianos de Córdoba. La del centro, toda la infantería y artillería, bajo las inmediatas órdenes del jefe del Estado Mayor coronel don Roman Deheza; la de la izquierda, la componían los 500 tucumanos mandada por su gobernador don Javier Lopez, y la reserva con el cuerpo de coraceros bajo los órdenes del coronel don Juan Pedrera.

Apenas se hizo esta distribución, hicele presente al General que me comprometía dándome todas las milicias, pues no las juzgaba sino á propósito para envolver mi escuadrón y desalentarlo, no por otra razón que por el cortísimo tiempo que hacía que habían sido reunidas, y por la poca confianza que debían inspirarme, por haber sido una parte de ellas reunida casi á la fuerza. Le pedí pues que distribuyera la mitad de ellas á los coraceros, ó que me diera al valiente teniente coronel Pringles con 50 de éstos para que echáramos con él al medio, á los milicianos; de cuyo único modo podríamos conducirlos bien á la pelea.

El General se denegó primero, diciéndome que yo para mi génio sabría conducirlos mejor, y que irían mas gustosos conmigo. Instándole entonces para que me diera al bravo Pringles, me lo prometió mas no tuvo efecto dicha promesa.

A mis pocos voluntarios los tenía yo muy entusias-

mados, y les había hecho entender para mejor animarlos, que con ellos solos me bastaba para sacar á Quiroga de en medio de todo su ejército. Esto mismo les proclamé á todos los Cuerpos en aquellos momentos, agregándoles que no sufrirían los soldados de Quiroga una sola descarga de nuestra infantería, pues nadie los conocía mejor que yo, por haber ya de antemano peleado varias veces con él.

Todo esto les decía yo, para que no vacilaran por un momento á la vista de su mas que duplicada fuerza, porque les veía fijarse bastante en la superioridad numérica de la caballería enemiga; y era tal mi entusiasmo, y el interés que tenía para trasmitírselo á todo el ejército, que me avancé á decirles en voz alta, á los Cuerpos de infantería, á presencia del ejército;—¡que los facultaba á todos para que me lancearan si esos miserables de Quiroga y el Fraile, les aguantaban una 2ª descarga! Todos aplaudían mi confianza, y no dejaron de participar en cierto modo de ella.

Dióme en estas circunstancias orden el General, de mandar abrir con mis soldados una puerta en el potrero, que solo nos separaba del ejército de Quiroga, como para que pudieran salir las columnas formadas por escuadrones. Lo hice al momento, y serían ya mas de las 12 del dia.

Luego que el General vió abierta una espaciosa puerta, me ordenó que saliera con mi columna, y corriéndome oblicuamente á la derecha hiciera alto formando en escalones al frente del costado izquierdo enemigo, que lo mandaba el fraile general Aldao.

Lo hice así al instante, dando un viva á la patria al salir por el porton; y apenas hube formado los escalones, cuando recibí orden del General de cargar; las demás columnas no habían salido aún.

Había yo formado cuatro escalones, los tres primeros que eran los más fuertes, los componían las milicias, y el último mis voluntarios. Los había colocado yo en este orden, para observar á los primeros, y obligarlos

con el de mi mayor confianza. Así que recibí la orden en circunstancias que ya la línea enemiga me venía al encuentro, mandé echar carabinas á la espalda, que no eran muchas por cierto, y sable á la mano; y dí enseguida la voz de «trote y galope».—Ambas cosas se ejecutaron bien por mis tres primeros escalones; y los enemigos nos venían ya al encuentro; pero cuando mandé á *degüello*, ejecutaron con tanta prontitud dicho movimiento, pero á retaguardia, que me quedé frío.

Puesto entonces al frente de mis voluntarios y sin detenerme, dijeles en alta voz:—«¡No necesito de ellos, cobardes, seguidme que vosotros solos me bastais para estos miserables!»—Me lancé á escape sobre la triple línea que venía á mi frente y le hice volver la espalda.

Fué este un espectáculo curioso. Mientras yo con mis pocos voluntarios atropellaba lanceando á cuantos venían á mi frente por mi derecha, la parte izquierda de la línea enemiga, acuchillaba á mis espaldas á mis milicianos que habían huido y saltado la cerca, sin necesidad de puerta.

Los soldados de Aldao entraron al potrero persiguiendo á nuestros milicianos, y hasta enlazaron nuestros cañones que iban recién sacando y empezaban á dispararse con ellos, cuando el jefe del Estado Mayor coronel Deheza los mandó hacer una descarga con la infantería y tuvieron que cortar sus lazos y huír á reunirse con los suyos, corriéndose más aliá del camino por que habían cargado; pero mientras esto pasaba, yo con solo mis voluntarios y con unos pocos valientes de la misma milicia que había logrado contener ó que se me unieron así que vieron fugarse á los otros, sostenía todo el ataque de la izquierda enemiga.—Persiguiendo iba yo á los enemigos y entreverado en ellos con mis soldados, cuando presentándoseme un nuevo Cuerpo que venía á contener á los que fugaban, había tenido que retroceder un poco y reunir mis soldados mandándole pedir auxilio al General.

El Cuerpo enemigo que se había presentado á contener á sus dispersos, y que me vió retroceder á su vista,

mandólos á reunirse á su retaguardia y se lanzó sobre mí que estaba acabando de formar mis soldados, alentándolo con la promesa que les había hecho, de serme ellos bastantes para batir á los miserables enemigos que teníamos á nuestro frente, como acababan de verlo.—No bien observé al nuevo cuerpo que venía sobre nosotros, cuando grité á los míos:—«¡De frente, mis valientes voluntarios; al galope que ya huyen estos cobardes!» — y puesto yo á su frente me lancé á dicha voz sobre ellos, dando en seguida la de ¡«A degüello!»

Cumpliose por segunda vez mi pronóstico, y fueron lanzados en su fuga, pero por un corto instante.—El Frayle General había organizado ya á todos los que huyeron á mi primera carga y también á los que habían pasado para enlazar á nuestros cañones y ya venian á nuestro encuentro, pero sintiéndose ya por mi izquierda las atronadoras descargas de nuestra infantería, y las detonaciones de nuestra artillería (¹). Me fué, pues, preciso repetir la maniobra primera, para rehacer mi Cuerpo bastante debilitado ya, y mandar un nuevo pedido al General para que me auxiliara, mas, no siéndome posible esperar, me precipité por tercera vez y con el mismo feliz resultado; pues el Fraile no osó recibirme y volvió la espalda.

Pero ya el combate se había hecho general hacía rato, y Quiroga seguía ya replegándose á su izquierda por consiguiente no pude perseguirle sino por un corto instante, y llamando á voces á Quiroga de mi parte. Tuve que hacer alto y tocar reunión á la vista de un Cuerpo como de seis hombres que se movía á mi frente, mas, observando que el teniente coronel Pringles venía ya en mi auxilio con un pequeño escuadrón de Coraceros, que no llegaba á cien hombres, me apresuré á formar mis voluntarios que eran ya apenas unos cincuenta

(¹) El combate se había ya empeñado y tuvieron los Coraceros que trabajar bastante en protección de Lopez que me parece fué rechazado en la primera carga.

y tantos hombres, pues los demás habían sido heridos ó muertos.

Así que llegó el valiente Pringles, le ordené desplegara su escuadrón y formara con él mi segundo escalón, pues yo con mis voluntarios y los pocos hombres milicianos del pueblo de Córdoba que con algunos de sus oficiales y unos cuantos ciudadanos jóvenes, se mantenían firmes y denodados; formé el primer escalón y nos movimos sobre el enemigo, á un trote contenido. El enemigo aunque en casi triplicado número al de nuestros dos pequeños escalones, venía también con un andar muy contenido.

Así que hube descubierto á nuestra infantería que venía á paso de trote y con el General á su frente, di la voz de galope. Los enemigos desfilaron por su izquierda y emprendieron su retirada al gran galope en circunstancias que ya se ponía el sol y dirigiéndose al norte, pero como ya seguían á éstos el resto de la caballería de Quiroga que huía en grandes grupos, me fué preciso variar nuestra dirección mandando romper en columna por la derecha, sobre la marcha, pues el General les apuraba ya con los fuegos del batallón, á los que seguían un poco á retaguardia por nuestro flanco izquierdo.

Seguímos en este orden acuchillando á muchos hasta que cerró la noche, y nos mandó hacer alto el General. Reunidos todos nuestros cuerpos nos fuimos un poco á la derecha y mandó el General acampar el ejército, como á tres cuartos de legua ó poco más, al nord-este del campo de batalla, el cual estaba iluminado después que cerró la noche, de resultas de haberse incendiado los pastos secos, ya por los tacos de los cañones ó ya en fin por efecto de los fogones que dejó el enemigo en su campo. El resultado fué que todo él quedó sembrado de cadáveres hasta más de cinco leguas al Norte, por cuyo espacio les perseguimos.

Nuestro ejército no había parado en el día anterior ni á carnear, tal fué el empeño de nuestro General y de

todo él en alcanzar al enemigo y salvar al pueblo, pues aunque en un corto momento de descanso no descuidó el General que era preciso que el soldado tomara algún alimento para estar más fuerte, y dispuso que se voltearan algunas reses para el efecto de que churrasquearan algunos asados; tirar los pedazos de carne medio charqueados sobre una gran fogata, contestamos todos que no teníamos hambre, y fuí el primero en decir á mis soldados que en los fogones del enemigo iríamos á comer en abundancia después de haberlos vencido.

Nadie por consiguiente quiso ir á tomar las reses que estaban ya reunidas, tuvieron que largarlas y continuamos la marcha. Por consiguiente, la noche de la victoria la pasamos casi en vela, tomando mate al lado de los fogones, y divertidos en oír relatar á nuestros hombres los diferentes lances que cada uno había presenciado ó experimentado en sí mismo. Pero el General, notando que esta distracción podría sernos perjudicial, mandó orden para que se apagaran todos los fogones, cerca ya de las 11 ó más de la noche, y que descansara la tropa, cuidando cada jefe de la seguridad de su Cuerpo.

Así se hizo, y nombré yo á más de la imaginaria para que cuidara mi Cuerpo, dos oficiales con diez hombres cada uno para que así que aclarara el día ó antes, fuesen á registrar todo el campo de batalla, y recoger las armas que encontrasen tiradas, pues me faltaban algunos sables y tercerolas y quería ver si me las proporcionaba de los enemigos, sin tener necesidad de pedir las al General.

Serían como las tres ó las cuatro de la mañana, cuando recibimos orden de disponernos para marchar sobre la infantería enemiga que había quedado en el pueblo, y que el gobernador don Javier Lopez cubriría la retaguardia con sus tucumanos.

Dispusímonos en efecto para marchar, pero yo confieso que lo hice de muy mala gana, ya porque me quedaba sin recoger las armas por medio de mis partidas que estaban nombradas ya, en fin, porque me parecía

poco prudente el movernos sin haber antes descubierto el campo y tener conocimiento del paradero de Quiroga, y su caballería.—La infantería debía ocupar la vanguardia; seguía á ésta la artillería, coraceros, yo en seguida con mis pocos voluntarios y serían los tucumanos, la retaguardia.

Así que estuvieron listos los Cuerpos, esperando solo la orden para moverse, pasé á verme con el jefe de Estado Mayor, coronel Deheza, cuando se dió la orden de marchar. Hablando estaba con dicho jefe, del disgusto con que me movía del campo, sin que antes le hubiéramos reconocido bien, manifestándole también el chasco que me llevaba respecto al armamento, cuando veo marchar al gobernador Lopez, en seguida á los coraceros, sin esperar á que me hubiese movido con mis voluntarios; seguramente porque me vió conversando con el jefe de Estado Mayor.

Yo que advertí aquella falta de consideración en Lopez, que por otra parte no dejaba de tener cuidado por nuestra retaguardia, me incomodé y lo dejé marchar, diciendo entre mí:—¡Anda fantasmón, que yo cubriré la retaguardia mejor que tú!

El coronel Deheza, díjome:— «Ya marchan, compañero»,—y se fué.

Dejé pasar todas las divisiones de los tucumanos y marché á su retaguardia como con 70 hombres, incluso los pocos ciudadanos y milicianos que me habían quedado, y aun no serían tantos, en razón de haber perdido de mis voluntarios 11 muertos y 21 ó 23 heridos.

— «¡Quién pensaría, tuve la fortuna de decir muy poco después de haber amanecido, que la imprudencia de Lopez de marcharse antes que yo, por cuyo motivo quedé á retaguardia, nos había de haber salvado á todos!»

Expliquémonos y juzgarán los lectores si hay algo de exagerado en este mi dicho.

A poco andar, encontramos al sur la cerca del po-

trero de don Pedro Juan Gonzalez, es decir el lado mismo que mira al campo de batalla, en el cual había yo abierto la puerta para que saliera nuestro ejército en el día anterior; por consiguiente lo dejábamos á nuestra izquierda, pero marchábamos arrimados á él, en circunstancias que iba aclarando el día. Algunos de los oficiales tucumanos que iban al flanco derecho de nuestra columna de camino, pues íbamos á cuatro de frente, se habían alejado un poco sobre dicho costado, para reconocer los muchos cadáveres que se descubrían en el campo de batalla, cuando uno de los oficiales descubre á los 900 infantes que Quiroga había dejado en el pueblo, formados en batalla, un poco mas adelante, á vanguardia del flanco derecho de los tucumanos.

Dicho oficial, en vez de dar aviso al Gobernador, del descubrimiento que acababa de hacer, corre á mí y me dice:

—«¡Mi Coronel, vea Vd. la línea de la infantería de Quiroga!»,—y me la indica con su mano; fijome bien, pues no estaba todavía bien aclarado el día, y reconozco en realidad la línea enemiga.

—«Corra Vd., dije al momento á uno de mis ayudantes, F. Lemus, mendocino, en alcance del General y dígame de mí parte que Quiroga ha sacado su infantería y está formada sobre nuestro flanco derecho, que mande en el momento contramarchar nuestra infantería por sobre la altura.»

Adviértase que cuando esto sucedía, la mitad de nuestro ejército ó algo más, había descendido al bajo del río, por el noroeste del pueblo. Mi ayudante que parte á escape en alcance del General con mi dicho aviso, cuando dispáranos Quiroga dos cañonazos á bala y hace dar un fuerte viva á sí mismo por toda su línea. Fué tal la sorpresa que los cañonazos y los vivas á Quiroga produjo en los tucumanos, que se precipitaron todos sobre la cerca que llevábamos á la izquierda y se pusieron en fuga.

Yo, por el contrario, mandé con la velocidad del

rayo dar frente á la derecha á mis voluntarios, mandando al mayor del cuerpo, Luis Leiva, mantenerse firme mientras yo contenía á mis paisanos. Me lancé sobre ellos, proclamándoles:

— «¿Es posible, mis valientes tucumanos, les dije, que así manchéis vuestro nombre, después de haberlo ilustrado ayer, destruyendo al ejército de ese hombre que tanto ha ofendido á nuestro pueblo? ¿Así abandonaréis á vuestro mejor amigo? ¿Le dejaréis lanzarse solo, con ese puñado de valientes que véis formado, y despedazar con solo él á todos vuestros bárbaros enemigos? ¿Qué se diría de vosotros si tan cobardemente abandonáseis el campo?»

«¡Huid ahora, si queréis, pero llevad entendido que vuestras esposas queridas, y vuestros padres mismos, os han de escupir á la cara, arrojándoos de su presencia!»

No faltaron entre mis compatriotas, algunos jefes, oficiales, y hasta soldados, que, tocados de estas mis reflexiones, gritasen:

— «¡No le abandonaremos, mi Coronel! Alto, alto!»,— y corrieron á contener á los demás, mientras ordenaba á los que habían parado

Formélos á todos, excepto unos 70 ú 80 hombres que no volvieron, y pasaron sembrando la noticia de nuestra derrota y les hice volver inmediatamente, siguiendo el camino que había llevado el resto de nuestro ejército, mandándolos galopar en su alcance, descendiendo por el barranco al bajo del río.

Mientras esta operación se practicaba, mi puñado de voluntarios se mantuvo firme, con sus oficiales al frente, y el enemigo no osó sinó dirigirle algunos cañonazos y tiros de fusil. Mandé enseguida formar en columna á la izquierda, y seguí al trote por retaguardia de los tucumanos. Su gobernador, Lopez, (1) continuó á la cabe-

[1] ¡Aquel sujeto, que no había querido aceptar el honor de tenerme á sus órdenes, se mantuvo asombrado mientras yo proclamaba y contenía á sus

za de éstos, pues la infantería de Quiroga, se nos venía sobre nosotros haciéndonos fuego.

Cuando empecé á descender por el barranco, ya los soldados de Quiroga nos fusilaban desde la altura. En estas circunstancias, me encontré con el camino casi obstruído por nuestros cañones que habían quedado abandonados, pues los que tiraban á caballo, habían cortado los lazos y corrido adelante; me dice el coronel Arengrein, que estaba á mi lado:

—«¡Coronel, deme Vd. unos hombres para salvar los cañones, pues los que nos hostilizaban, se han mandado mudar!»

—«¿Dónde está el ejército?»,—pregunté al jefe de artillería.

—«No lo sé»,--fué su contestación.

—«Pues clave Vd. los cañones, le dije, y sálvese por que nos fusilan.»

Efectivamente, se iban agolpando todos los infantes de Quiroga sobre el barranco y nos quemaban con sus fuegos. Paré un momento á dejar pasar el polvo que habían levantado los tucumanos, así que salí del barranco, para ver si encontraba al ejército formado. ¡Cuánto fué mi desagrado, cuando alejado el polvo, me encontré solo! Pero descubriendo á los coraceros y tucumanos, correr salvando zanjas y cercos por los rastros de la izquierda para salir por los altos al potrero de Gonzalez, á cuyo frente, al oeste, había sido la batalla del día anterior, grité á mis voluntarios:

— «¡Seguidme á escape!», — y me lancé por la izquierda (1) disputando el paso á los que iban adelante, acortando el camino cuanto me era posible por la izquierda y por sobre los cercos, tanto más cuanto que

soldados! Y una vez formados todos los que logré reunir á mi voz, marchó á la cabeza de ellos al galope, representando el papel de su jefe!

(1) En este preciso momento sintióse ya la primera descarga de nuestra infantería y un continuado fuego en seguida, sobre el barranco que ocupaban los enemigos; con mi aviso había contramarchado ya el General por el alto.

conocí por los fuegos que nuestra infantería estaba sobre el enemigo.

En fuerza de mi empeño, logré salir al alto primero que todos, y casi á mi par el valiente teniente coronel de coraceros, don Pascual Pringles, con poco mas de 60 hombres de su cuerpo. Cuando salí del potrero, al alto de donde me fusilaban los enemigos momentos antes, ya el jefe de Estado Mayor, coronel Deheza, los llevaba en retirada, persiguiendo á la bayoneta á los infantes de Quiroga; grité á mis voluntarios, al galope; empezábamos á marchar en este aire sobre el enemigo, y Pringles un poquito atrasado por mi derecha, cuando diviso al General, que me grita:

—«Coronel, mande hacer alto.»

No había acabado todavía el General de expresar la voz de alto, cuando di la voz de: «A degüello», y me lancé sobre los infantes enemigos.

El teniente coronel Pringles, que había parado á la voz de alto del General, le vi cargar enseguida, probablemente mandado por el General, puesto que yo iba lanceando con mis voluntarios á la infantería enemiga, que no le di tiempo á reunirse. El resultado fué que la perseguimos entre ambos hasta concluir la; si escaparon algunos, fueron muy pocos. Muchos fueron prisioneros.

Yo fui el último en regresar á reunirme al ejército por que perseguí á Quiroga hasta la sierra inmediata á San Roque, á cuyo pié dejó fatigado un excelente caballo parejero, al cual le debió su escape. Era un hermoso bayo overo que corria dos leguas, y no había quien lo ganara, le tomé también otro hermoso caballo oscuro que le llamaba él, el *piojo*, el cual era en extremo lijero en dos cuabras.

Nuestra pérdida en esta acción fué en extremo corta y la del enemigo mayor que en el dia anterior; sin que la nuestra hubiese llegado entre muertos y heridos en los dos días de combate, al núm. de 80 hombres, cuando la del enemigo en solo muertos pasó de 100 hombres. Se le tomaron al enemigo cerca de 400 prisione-

ros y Bustos el Gobernador que fué de Córdoba fugó por la parte del rio para la provincia de Santa-Fé.

El general Paz, dió en el campo de batalla un premio bien merecido al teniente coronel Pringles haciéndolo Coronel en propiedad, cosa que nadie con justicia pudo reprobar pues por el contrario fué celebrado por todos; pero yo no dejé de estrañar, no el premio dado, sino el que no se hubiese hecho acuerdo de mi, cuando á los ojos de todo el ejército estaba patente la distinta diferencia del servicio que habíamos prestado uno y otro; y mucho mas cuando ni en el parte que hizo publicar el General, se hacían la menor distinción ó recuerdo de cuanto yo había practicado en las dos batallas.

Tan remarcable fué este silencio respecto á mí, que lo notó con estrañeza todo el pueblo, y quizo él mismo, darme después un testimonio bien patente de su reconocimiento, y el cual me abochornó en extremo, como se verá mas adelante.

Me acuerdo que justamente ofendido yo del poco caso que me hacía el General en dicho su parte, mandé un remitido á un periódico que publicaba el canónigo Bedoya ó Cossio, no recuerdo cual de los dos, reducido solo á explicar cuanto había hecho á presencia de todo el ejército, y callaba el parte.

Dicho mi remitido llegó á noticias del General antes de darse, y se interesaron algunas personas conmigo para que lo retirara por no parecer propio que un Jefe como yo, apareciera desmintiendo en cierto modo el parte de su General. Me denegé á esta solicitud diciéndoles que nadie lo sentía tanto como yo; pero que lo consideraba necesario á la buena reputación que había sabido adquirirme, puesto que el General había querido obligarme, silenciando lo que yo había hecho y el remitido se dió sin contradicción.

Alguna fuerza pensé que había dejado Quiroga en el pueblo, la noche del 22, cuando volvió á sacar la infantería y buscarnos en esa misma noche en que lo

perdieron los baqueanos; por cuya razón no nos atacó en nuestro campo.

Así fué que pasada la batalla del 23, cuando mandó el General á intimar rendición á la fuerza que estaba en la plaza, tuvimos la desgracia de perder á dos excelentes oficiales que fueron de parlamento con la intimación: el oficial Tejedor de Buenos Aires que era ayudante de campo del General, y un oficial Torres cordobés, y pariente creo del mismo.

No recuerdo si al entregar la comunicación que llevaban, ó si estando conversando con los de una trinchera les hicieron fuego de una azotea, ello fué que los dos murieron, ó allí mismo ó poco después.

Regresado yo de perseguir á Quiroga, fuí mandado por el general Paz en persecución de Bustos, hacia el Tío; y fué ahora recién, cuando seguí á Guevara y lo dispersé en la Mar Chiquita, y no después de la batalla de San Roque, pues ahora recuerdo que después de esa batalla fuí mandado por el General, á la Sierra y no al Tío.

Estando ya impuestos mis lectores de lo ocurrido con el comandante Guevara, como queda dicho, me resta solo referir lo que pasó después. Regresado de la Mar Chiquita permanecí en el Tío un mes, y lo invertí en hacer cortar adobes con mi Cuerpo para que trabajaran allí una Iglesia, porque estaba caída casi toda la que había, y en cultivar una cuadra de terreno que había en mi casa-habitación.

Para realizar este trabajo pedí bueyes á los vecinos y marché con mi Cuerpo al monte, hice cortar las ramas suficientes para cercar el terreno, y conducidas á la rastra, formé la cerca y mandé arar el terreno. En dicha población no se conocía la alfalfa, ni tampoco las verduras, por no haber tenido la curiosidad de ponerlas por solo la razón de no haber riego.

Yo había pedido á Córdoba para mi sembrado, semilla de alfalfa y de toda clase de verduras, así fué que sembré la alfalfa acompañada de cebada y destiné un

retazo de tierra para el almácigo y trasplante de las verduras, y los puse, y trasplanté también, pues estuve más de un mes destacado allí. Los vecinos se reían de verme hacer dichos sembrados, y trasplante de verduras, preguntándome para que me tomaba aquel trabajo sinó había yo de lograrlo —«Para que se acuerden de mí los que lo logren, y aprendan Vds. á tener todo lo que quieran», les respondía yó; «pues es una vergüenza que no coman cebollas ni otra clase de verduras, sino se las traen del pueblo».

Hasta un pozo de balde, hice trabajar, para regar con él los almácigos formando una pileta para el efecto. Todo esto lo practicaba sin dejar por ello de atender á la instrucción de mi Cuerpo, pues lo había ya aumentado con unos 40 ó 50 hombres que tenía de los prisioneros. Así fué que cuando me vino el relevo ya se encontró el comandante Albarracín con todo mi sembrado fresco, y los almácigos trasplantados.

Pero miétras en esto me ocupaba, el ejército había hecho su entrada á Córdoba, no sé á los cuantos días, y sido recibido en triunfo con una gran función que le destinó el pueblo, y en la cual tantas niñas perfectamente vestidas, cuantos eran los jefes que se habían hallado en las dos batallas, habían coronado á cada uno de ellos dirigiéndole antes una oda; pero como yo me hallaba ausente solo había dirigido al público la oda que me correspondía, la que estaba destinada á coronarme.

Varias funciones y bailes había dado el pueblo al ejército, y faltaba un gran baile dado por el comercio. En estas circunstancias fuí relevado y me tocó entrar al pueblo precisamente en la noche del baile, sin yo saberlo, y fué del modo siguiente:—Mi caballada estaba mala en extremo, y como había tenido que dejar muchos animales cansados en el camino, y no me proporcionaron otros en el tránsito porque no estaban muy decididas todas las milicias por nosotros, y muy particularmente las de aquella parte de la frontera, tuve por precisión que entrar á pié y con los recados al hombro.

Pero antes de verificar mi entrada, y calculando que llegaría la noche, había yo mandado un ayudante á prevenir al General, y saber el cuartel á donde me dirigiría, designándole el punto en que debía esperarle. Llegué, pues, á él ya cerrada la noche, y el ayudante no apareció hasta después de las diez y media; dándome por excusa que hacía poco tiempo que había podido hablar al General, por hallarse éste en el gran baile que daba el comercio, y que ordenaba me dirigiera con mi Cuerpo al cuartel de San Francisco en la calle Ancha, ú otra que no recuerdo.

Marché, pues, allí y llegué pasadas las 11 y media; cuando á poco instante de estarnos acomodando en dicho cuartel, se me presentan cuatro ó más vecinos de los principales, vestidos de baile, á buscarme para concurrir á él de parte del comercio. Yo me excusé como era natural, pues no tenía miras de ir y estaba además desaliñado, y no tenía traje para presentarme ante una concurrencia semejante.

No hay remedio, me dijeron; «venimos mandados para conducir á Vd., y el pueblo lo espera; vístase Vd. y vamos asi como está, eso no importa, lo que quieren es que Vd. asista». No hubo remedio, tuve que componerme y marchar con ellos, pues me habían dicho que no volvían sin mí.

Asi que llegamos á la puerta de la casa del baile donde había una gran guardia, se adelantó uno de los que me conducían con el pretexto de facilitar la entrada pues estaba la calle llena de gente y me vitorearon al llegar á la puerta.

Cuando entramos al gran patio en que era el baile, y donde habían 500 personas lo menos, y estaban todas de pié, caballeros y señoras: me recibieron con un fuerte *viva*, y condujeron á un asiento en la primera línea de los de las señoras; y apenas nos sentamos todos, cuando se me pone por delante, la ninfa que me había sido destinada para coronarme cuando la recepción del ejército; y me dirige la Oda que solo había dicho á la presencia del ejército.

¡Quedé tan corrido así que la ví delante de mí, que me pesó en el alma haber condescendido á venir, ignorante de semejante ocurrencia! Apenas acabó de hablar y ponerme la corona, repitió todo el concurso otro fuerte viva y palmoteo pidiendo en seguida una contradanza. Así fué que no me dieron tiempo á contestar por que salieron todos los hombres con sus parejas.

Pregunté por el señor General y Gobernador para presentármelo, y contestándome que acababa de estar presente á tiempo que yo entraba, y que había pasado á una pieza que me indicaron, fui á ella á buscarle, pero en vano. ¡El General se había salido por una puerta secreta! ¡No volvió más al baile, y me retiré muy pronto, en extremo desagradado, por semejante ocurrencia! Así mostró el pueblo de Córdoba su creencia; respecto al parte de las dos batallas de la *Tablada* y *San Roque*.

Llegó luego el momento de marcharse los tucumanos con su Gobernador para su país y salió el General con todos los jefes presentes acompañándolo hasta cierta distancia; y después de proclamar a los tucumanos y despedirse de su Gobernador Lopez, se regresó. Le pedí yo permiso para acompañar algo mas á mis paisanos, y habiéndolo obtenido continué algo mas en compañía del Gobernador Lopez y le pedí me permitiera hablar á mis paisanos.

Hizo alto el Gobernador á mi pedido y formando la columna por compañías y estrechándolas, les hablé recomendándoles altamente á su Gobernador por el servicio que acababa de prestar á la patria con esta su campaña, y manifestándoles cuan contento quedaba de su comportamiento, no así les dije, de los pocos cobardes que habían manchado el nombre de nuestro pueblo.—La mejor prueba, les dije, que podían mis paisanos darme de su aprecio, será el respeto y obediencia á su digno Gobernador y mi amigo.

Él va encargado, les agregué por el señor General, de marchar muy pronto sobre la Rioja para hacer desapa-

recer cuanto antes al implacable enemigo de nuestro pueblo. Yo espero que no quedará uno de nuestros paisanos que no lo siga, y que tendré allí el gusto de verlos otra vez. Así me lo prometieron.

Concluí esta mi despedida, dando un viva á su Gobernador Lopez y otros á mis bravos paisanos; y abrazándonos amigablemente con su Jefe me regresé vito-reado por todos mis paisanos y por el mismo Gobernador.

El general Paz, obsequió á los tucumanos antes de despedirlos con alguna caballada de la tomada á los enemigos y con otras varias cosas, y había prevenido á su Gobernador que se dispusiera así que llegase á Tucumán para invadir á la Rioja en unión con las fuerzas de Catamarca; pero antes de despacharlos y aun de hacer la entrada triunfal á Córdoba había seguido con el ejército hácia el Este en persecución de alguna fuerza con que el coronel mayor Bustos, había salvado para la parte del Tío; y no recuerdo si antes ó después de haber llegado á la Villa del Rosario ó Ranchos, vino enviado por el gobernador Lopez de Santa Fé, y por el comandante general de la campaña de Buenos Aires don Juan Manuel Rozas, el señor don Domingo Oro, y no recuerdo que otro.

El objeto de dicho enviado creo que fué el de conocer las miras del General y gobernador de Córdoba, y en consecuencia de la llegada de dichos comisionados mandó el general Paz, al canónigo Bedoya y señor don Martín García Zúñiga para Santa Fé, con el objeto de mediar por el cese de la guerra entre el general Lavalle y el comandante de la campaña don Juan Manuel Rozas en unión con dicho gobernador Lopez, pues ya había tenido lugar la acción del *Puente de Márquez* en que el general Lavalle con 700 soldados había corrido y dispersado á más de 7 ú 8 mil gauchos ó indios pampas que tenían ambos caudillos; pero perdiendo sus caballadas el General de puro delicado.

Después que el general Lavalle se separó de nos-

otros en el Desmochado y volvió sobre Buenos Aires, había alejado y dispersado á las fuerzas de Rozas que se hallaban á sus inmediaciones; pero como este último había sublevado ya toda la campaña contra el general Lavalle, y pasado á ella el gobernador Lopez con sus santafecinos en auxilio de Rozas, fuéle preciso al General salir á buscarlos.

Entiendo que con este motivo se formó el Cuerpo del Orden en Buenos Aires, compuesto de extranjeros, y muy particularmente de franceses y españoles.

Habiendo salido el general Lavalle al Puente de Márquez, donde se hallaban las fuerzas de Lopez y de Rozas reunidas, y pudiendo haberlos lanceados y dispersado dormidos, pues les había sorprendido; quiso el General usar de la caballerosidad de mandar prevenir á Lopez que se levantara y dispusiera para batirse, pues no quería hacerlo de sorpresa. Esto lo digo por que nos lo aseguraron en Córdoba, los jefes y oficiales que fueron después á reunírseles: entre ellos el desgraciado Acha, me parece también que el valiente Melian, Irigoyen y otros.

Lopez y Rozas, se prepararon de prisa, y sin embargo fueron corridos y lanceados en todas direcciones por el valiente general Lavalle y sus bizarros cuerpos; pero mientras por un lado huyeron Rozas y Lopez, por el otro la hicieron arrebatarse toda la caballada, y lo dejaron con lo montado. Así fué que se vió reducido á volverse de lejos, por los que había dispersado; de puro caballero. Esta fué la causa que lo indujo después á obrar tan desacordadamente, metiéndose solo al campo de Rozas á tratar con él dejando comprometido á todo el pueblo que se había asociado al movimiento del 1º de diciembre y aun á sus mismos compañeros de armas. Rozas, faltó á todo lo que había pactado con el General el cual se ausentó para la Colonia, después de renunciar el mando del ejército que conservaba, y de admitirsele la renuncia por el Gobernador provisorio general Viamonte, establecido por la convención hecha con Rozas y

cuando llegaron los comisionados del general Paz á Buenos Aires, ya había sucedido todo esto.

No me es posible dar un conocimiento cierto del verdadero objeto de la misión del señor Oro, por no haberle tenido yo tampoco; pero sí que dicho comisionado volvió persuadido de las nobles miras del general Paz, que no eran otras que las de que todas las Provincias, suspendiendo la guerra, nombrasen libremente sus diputados para la formación de un Congreso general en el punto que ellas acordasen, al efecto de constituir el país bajo cualesquiera forma de gobierno que ellas quisieran, y hasta puedo asegurar que protestaba el general Paz que no aspiraba á la presidencia.

Con motivo de estar nuestros diputados en Buenos Aires, escribí á mi familia para que pasara á Córdoba en compañía de dichos diputados, cuando ellos regresaran; pero noticioso después, así de los muchos preparativos de Quiroga en las provincias de Cuyo, como de las dobles miras del gobernador Lopez de Santa-Fé, di contraorden para que no se moviera mi familia, por el justo temor de que la detuviera este último.

Mientras permanecían nuestros diputados ó los del general Paz en Buenos Aires, muchos preparativos hacía Quiroga en las provincias de Cuyo y con grande actividad después de haber fusilado á su regreso de la *Tablada*, en la Rioja, á varios vecinos de los principales por solo aterrar é imponer al pueblo.

Había también tenido lugar un invasión que hicieron á la Rioja los gobernadores Gorriti de Salta y Lopez de Tucumán, pero sin ningún resultado provechoso, porque faltó el acuerdo y tuvieron que retirarse muy luego. El gobernador Gorriti, creo que al retirarse mandó un contingente de tropa al general Paz, bajo las órdenes del coronel de milicias don Manuel Puch, en número no recuerdo si de trescientos hombres, el cual se reunió conmigo en la Sierra de Córdoba, habiendo salido á sofocar algunas montoneras, en cuya época fusilé en dicha Sierra á un negro sargento, colombiano, muy valiente, que ha-

bía servido con el general Lavalle en la campaña de Buenos Aires y venidose á Córdoba después del acuerdo con Rozas.

El motivo de haber fusilado á dicho sargento, fué el de haber violado á una joven hija de un vecino honrado, y ejecutado un saqueo con pretexto de no sernos afectos los dueños de casa, falta que nunca he tolerado.

En seguida de esta campaña que hice por la Sierra, recibí orden del General para regresarme á Córdoba por que habían ya sus cuidados por la parte de Santa-Fé, hácia la frontera del Tío, y me mandó pasar á dicho punto con mi Cuerpo y un piquete de infantería.

Hallábame ya en dicho punto y libre ya de cuidados por aquella parte, aunque no completamente por la permanencia de Bustos en Santa-Fé, con varios de los Comandantes y oficiales que habían mandado á aquella frontera cuando vino á Córdoba una diputación mandada por la Sala de Representantes de Catamarca á felicitar al General por la batalla de la *Tablada*, y con ella el cabo Nuñez que me había libertado sacándome del campo del *Tala*, cuando quedé por muerto el año 28, y al cual no le conocía sino por su apellido.

Así que llegó este hombre desconocido, solicitándome, le pregunté quién era y que se le ofrecía; habiéndome contestado ser el cabo Nuñez que me había salvado del campo del *Tala*, que habiendo venido solo por verme, desde Catamarca, en compañía de la diputación, había solicitado permiso para pasar hasta aquel punto, por solo satisfacer su deseo. ¡Pueden calcular mis lectores cual sería mi satisfacción al ver á mi lado al que le debía la vida!

Le abrazé tiernamente, haciéndolo sentar á mi lado, delante de todos mis oficiales, que se hallaban presentes, le pedí me refiriera el modo como me había salvado: refirió entonces con admiración de todos los que le escuchaban, cuanto queda dicho anteriormente, al relatar la acción del *Tala*; pero al llegar al punto en que dijo al entrar al monte inmediato á dicho cam-

po para ir en busca de agua, y del cual había yo mudado de posición, hizo alto sonriéndose y sin querer proseguir.

Yo lo sabía, por que me lo habían relatado en Tucumán, cuando estuve mejorado, lo que el cabo no quería decir; sin embargo quize oírlo de su boca, lo mismo que todos los concurrentes y le instamos todos á que se explicara, pero nadie podía sacarle otra respuesta, que esta:

— «¡Si me dijo muy fiero, señor!»

— «Diga Vd.» —le decían todos con ansiedad y el no salía de su primera respuesta:

— «¡Si me lo dijo muy fiero, señor!»

Fué tanto lo que todos le estrecharon, que dijo al fin:
— «¡..... no me rindo!»

Todos se echaron á reír al ver el empacho del cabo, celebrando el tono serrano de su país, haciéndole relatar toda la historia de mi conducción en el cajón de fusiles y cargado á hombros por los bosques de la falda, por dos ó tres días hasta que me pudieron sacar á una casa y conducirme en carreta, hasta que vinieron á buscarme en coche, &c.

Fué aplaudido este valiente paisano por todos y en extremo por mí; pues le pedí desde aquel momento que jamás se separase de mi lado. El me contestó que tendría el mayor gusto en complacerme, pero que tenía su mujercita y sus hijos que quedarían solos; que si no fueran dichas obligaciones, no necesitaría yo el pedirselo para que no se separara él jamás de mi lado. Dijele que iría á ver á su familia con los Diputados y llevarle un regalo de mi parte, pero que regresaría después para acompañarme mientras durase la campaña; así me lo prometió, estuvo conmigo unos pocos días y se regresó regalado del mejor modo que me fué posible. Cumplió su palabra regresando antes de la batalla de *Oncativo*.

A su regreso lo hice sargento y no lo separé de mi lado, hasta que estuve de gobernador en la Rioja, despachándolo, bien obsequiado, á cuidar su familia.

Cuando regresé del Tío á Córdoba, estaba la diputación que había mandado el gobernador de Buenos Aires, general Viamonte, al general Paz, compuesta de los señores doctor don Juan José Cernadas y don Pedro Feliciano Cáva. Ignoro el verdadero objeto de dichos comisionados, pero por lo que ví, su principal objeto fué alentar al general Quiroga y entretener ó descuidar al general Paz. El coronel Pedernera con su regimiento de Coraceros y un batallón de infantería, se hallaba estacionado en la sierra, en observación de las fuerzas del general Quiroga, y cuidando de la tranquilidad en toda la línea en que no faltaban síntomas de montoneras.

El general Paz se hallaba por consiguiente, lleno de necesidades para el sostén y equipo de su ejército, y sin poder conseguir que se le proporcionaran fondos, ni prestados para el servicio; y esto le sucedía precisamente cuando Quiroga había exigido á los pueblos de Cuyo una gran contribución de cerca de doscientos mil pesos y la había hecho efectiva en muy pocos días para mover su ejército sobre Córdoba.

Yo era entre los jefes del ejército el que más confianza tenía con el general Paz; ó más propiamente el que más se la tomaba por la antigua relación de amistad que habíamos tenido; y si he de decir verdad ninguno le apreciaba tanto como yo, sin embargo del tono circunspecto con que trataba á todos.

Las ocupaciones del General en esa ocasión eran infinitas, ya por su contracción á los Diputados de Buenos Aires, como por la atención que le demandaba la división de la Sierra, no menos que las montoneras que se dejaban sentir por varios puntos de la Campaña fomentadas por el general Bustos y el gobernador Lopez desde Santa Fé, y á lo cual se agregaban la escasez de recursos para su ejército.

Habiéndole encontrado yo en este apuro á mi vuelta del Tío, traté de acercarme á él y darle francamente mi opinión, como un verdadero amigo y antiguo compañero; pero reflexionando que sus muchas atenciones por una

parte, y su génio impetuoso y poco acostumbrado   sufrir que se le hicieran indicaciones, no me permitirían expresar cuanto había concebido y deseaba poner en su conocimiento, en razón de las interrupciones que serían consiguientes y las cuales necesariamente me hacían distraer y olvidar cuanto deseaba decirle (1) resolví escribirle una carta.

De este modo dijeme   mi mismo; podrá expresar francamente cuanto siento y creo convenirnos y él tendr  también tiempo de meditarlo, y de resolver lo que mejor le parezca. Así fué que me puse   escribir la carta ya cerrada la noche, en casa de un comerciante francés Marul, en cuya casa paraba. La carta decía en sustancia poco más ó menos lo que sigue: — «Se n general don José Maria Paz— Mi apreciado compañero y « amigo: Que la situación es apurada y difícil lo conozco!  Qu  sus recursos son ningunos, no porque no se « encuentren en el país, sino porque no se buscan como « se debe; y que el enemigo contra quien vamos á combatir   más de bárbaro, es atrevido y activo, y venciendo todas las dificultades sabe proporcionarse cuanto necesita sin respetar lo más sagrado, lo sé General! « Y esta consideración es preciso no perderla de vista « mi amigo, y mucho más en el estado en que se halla « la Provincia. — Yo había pensado acercarme   Vd. y « manifestarle francamente mi opinión como su mejor « amigo, al efecto de sacarlo de los apuros en que se « encuentra,   en que nos encontramos todos; pero como « sus ocupaciones son tantas, que no le permitirían oirme expresar cuanto siento y creo convenirnos, sin interrumpirme, y como mi cabeza de resultas de las heridas del *Tala*, ha quedado tan distraida que   la menor

(1) Es el único defecto que me ha quedado de resultas de las heridas del *Tala*, la distracción   falta de memoria, cuando soy interrumpido en cualquier discurso que está haciendo. Se me van las ideas cuando se me interrumpe, y aunque después pregunte de lo que trataba y se me diga, quedo enteramente enagenado por mucho tiempo.

« interrupción, pierdo el hilo de lo que estoy conver-
« sando, he considerado mejor expresarle mi opinión por
« medio de esta mi cariñosa carta, sin otro interés que
« el de la amistad, y el que como patriota debo tener en
« el triunfo de la justa causa en que todos estamos em-
« peñados, y el cual le está encomendado á Vd. — Con
« este conocimiento, pues, espero, que Vd. se dignará im-
« ponerse de cuanto le digo y obrar después según le
« parezca. Así quedaré satisfecho de haber llenado el
« deber que me impone la amistad y mi patriotismo.—
« La campaña, General, está llena de descontentos por
« todas partes, y los enemigos que nos hacen la guerra
« permiten el pillaje y toda clase de licencia, á sus sol-
« dados y á cuantos se le unen de la Provincia que Vd.
« manda, y permítame que le diga mi General y amigo,
« que yo conozco mejor que Vd. el carácter de sus pai-
« sanos.—En semejante estado no puede Vd. hacer la
« guerra á sus enemigos sin una gran desventaja, sin
« embargo de la disciplina de nuestros soldados, en ra-
« zón de no poderles proporcionar ni aun los vicios del
« cigarro y del mate, y esto General no parece justo
« cuando no faltan medios para poder atender á todas
« las necesidades del ejército. Los enemigos que tene-
« mos adentro, tienen recursos sobrados para llenar las
« necesidades de su ejército y salvar la Pátria del ban-
« dalaje, y tienen su bolsa abierta para hacernos la
« guerra y hacernos desertar los hombres. ¿Por qué no
« exigirles una fuerte contribución? Ya Vd. á visto que
« voluntariamente nadie le dá un peso por más que les
« haya V. hecho presente las necesidades de su ejército.
« Para esto no tiene Vd. necesidad de comprometerse;
« sálgase Vd. á la campaña con el pretexto de recorrerla
« y delegue el gobierno en mí por 24 horas, y si en
« ellas no le proporciono cien mil pesos si Vd. los juzga
« necesarios fusíleme en media plaza, desde ahora lo
« autorizo. Deje Vd. que caiga la odiosidad sobre mí y
« salve Vd. la pátria, esta es mi única aspiracion, y en-
« tonces le sobrará á Vd. con que pagarles esta contri-

« bución que les impone por una necesidad imperiosa.—
« Déjese por Dios, General, de considerar á nuestros ene-
« migos y de apurar solo á los amigos. A estos no deben
« tocarse porque serán en todo caso nuestra reserva. Ma-
« ñana vendrán nuestros enemigos, y los que tenemos
« aquí adentro que Vd. respeta las harán presentar sus
« fortunas para que nos saquen los ojos, pues quiteles
« V. los recursos, y no como lo hacen nuestros enemi-
« gos, sino documentándolos para pagarles mañana. Te-
« niendo su ejército pago, está el soldado contento y no
« tendrá por que quejarse de que se le apliquen las le-
« yes de la milicia. No se fie Vd. de las promesas de
« Lopez, porque mañana nos invade él el primero, como
« lo ha de hacer Rozas. »

Concluí de escribir esta carta ya tarde de la noche, por haber llegado de Tucumán mi primo don Bernabé Piedra Buena que iba por negocios á Buenos Aires, pues era comerciante. Así que acabé de ponerla se la leí y aprobó cuanto ella contenía, menos mi ofrecimiento. Yo le repliqué: «Para salvar la pátria siempre seré el primero en ofrecerme para todo lo que se considere de más expuesto.

Al siguiente día, que fué á mediados de enero, ó á principios de febrero del año 30, le mandé la carta al General por mi ayudante don Juan Brandsen, un joven oficial francés, muy valiente, sobrino del coronel Brandsen y el cual jugaba perfectamente la lanza, el sable y sobre todo el garrote, con cuya última arma en la mano, no había quién le resistiera con lanza ni sable sin que les hiciese saltar á pedazos dichas armas.

Pasé el día sin recibir contestación y ya cerrada la oración, mándame llamar el General. Fuí al instante y lo encontré con su Ministro de Gobierno el doctor don Mariano Fragueyro, y á mi saludo párase dando la espalda á una mesa que había en el centro de la sala, y me dice:

— «Vd, señor Coronel, es muy exaltado en su patriotismo y es preciso contenerlo!»

—«¿Y por qué, señor General?»,—dijele airado por el tono con que me contestaba á mi saludo.

—«¡Por esa carta que me ha escrito Vd.!»,—y la tiró sobre la mesa, añadiendo enseguida:

—«¿Crée Vd. que si yo considerase necesario nada de cuanto Vd. me dice en la carta, necesitaría de comisionar á Vd. ni á nadie para hacerlo? ¡Yo mismo lo haría, pues tengo sobrada resolución para ello, sin necesitar de sus consejos!»

—«¡Se equivoca el señor General en creer que por juzgarlo yo falto de resolución, me le ofrezco para un servicio semejante! ¡Son mas nobles mis miras, señor General, le dije, Vd., es hijo del país y tiene, por consiguiendo mil relaciones de amistad y parentesco con muchos de los capitalistas, que han de ponerle mil dificultades al pedirles Vd. la bolsa, y será su ministro el primero, indicándoselo, pues es uno de los primeros capitalistas, y tendrá Vd. que ceder ó chocar con todos ellos! De este conflicto he querido libertarlo, por ser yo un hombre extraño, que no miraré sino á la necesidad de la pátria! ¡Sobre todo, General, le agregué tomando la carta de sobre la mesa, si Vd. juzga que nada de lo que digo en esta carta es necesario, haga Vd. de cuenta que nada he dicho, y la hice mil pedazos, tirándola á sus piés. ¡El tiempo lo dirá, General!»— y le di la espalda, saliendo lleno de indignación.

¿Y cómo no había de indignarme de un reproche semejante, á presencia de un Ministro que nunca debía ver semejante carta? ¿Ni qué se encuentra de reprehensible en dicha carta para recibir de aquella manera á un amigo que de la mejor buena fé tenía la franqueza de hacerle conocer su opinión en obsequio suyo?

Al siguiente día estaban convidados á comer á casa de Marul varios jefes; nos habíamos sentado á la mesa y servido la sopa, cuando entra corriendo el coronel Rodríguez, edecán del General, á llamarme de su parte al instante. Me levanto y fui corriendo, pues me había dicho el edecán que había novedad por el Tío.

Apenas entré al gabinete del General, dícame:

—«¡Compañero, hemos perdido el Tío; el coronel Castillo que estaba con Bustos en Santa Fé, ha sorprendido al comandante Basavilvaso y lo tiene preso; el comandante de las Vívoras se les ha reunido con el destacamento de 50 milicianos que tenía á su cargo y junto con el cual han sorprendido á Basavilbaso; vea Vd. el parte: quiero que ahora mismo salga Vd. con su Cuerpo sobre ellos.

—«¡General, Vd. sabe que siempre me encontrará pronto para ayudarlo en cuanto me considere útil, antes de una hora me tendrá listo con mi cuerpo! ¿Y qué dice Vd. ahora de mis consejos de ayer? ¿Dirá Vd. que soy adivino? ¡Todo esto lo esperaba yo!»,—le dije.

—«Dejemos eso, compañero, y marche Vd. á prepararse, me dijo, pues el tiempo nos apura.»

—«Voy corriendo, le repuse, pero mientras reuno mi cuerpo, que será al instante, (sería la una y media ó dos de la tarde) mánde Vd. reunir todos los caballos pesebreros para ir con ellos; de este modo, yo le respondo á Vd. con mi cabeza que antes de las 24 horas no tendrá un moutonero en la frontera. Vd. sabe, le agregué, que hoy no se encuentra un caballo bueno en el campo y que los mismos santafecinos no los tienen por el mal estado de los pastos.»

—«Corriente, díjome, voy á declarar artículo de guerra los caballos, y que se reúnan ahora mismo.»

Puso el decreto en el acto y se lo mandó al jefe político don Pedro Juan Gonzalez, para que sin pérdida de un momento se reunieran todos.

Yo marché contento y de carrera á mi cuartel, y entrando á él vitoreando á la pátria y mandando al trompa ó corneta de guardia llamar corriendo toda la banda. Todo el cuartel se puso en movimiento y saltando de contento, me decían:

—«¿Cuál es, mi Coronel, la noticia que tanto le alegra y nos alegra á todos?»

—«¡Los míseros santafecinos me ahorran el trabajo

de ir á buscarlos, pues los tenemos en el Tío; podremos apeteecer más!»

— «¡Que viva la patria!», — gritaron todos con entusiasmo y ya la banda salía tocando una precipitada llamada por las calles.

— «Que nadie salga del cuartel», — dije al oficial de guardia; y prevenga Vd. á las compañías que me esperen formadas, con sus aperos de montar prontos, pues muy luego tendremos aquí buenos caballos pesebreros. Otro fuerte viva á la patria resonó en el cuartel al oír esta noticia y ya mis soldados empezaban á entrar de carrera.

Marché á mi casa y encontré á mis ayudantes montados y con mi caballo pronto, pues lo había así ordenado al pasar para el cuartel.

Monté inmediatamente y pasando por la policía encontré ya el corralón lleno de hermosos caballos pesebreros, los cuales aumentaban por instantes. Pasé de allí á mi cuartel, y todo el escuadrón que constaba de más de 150 hombres, estaba pronto y cada soldado con su apero al pié. No eran las tres de la tarde y ningún soldado me faltaba.

Mandé un ayudante á dar parte al General que estaba con el Cuerpo pronto, y solo esperaba los caballos para marchar.

Principiaban á lloverme al cuartel empeños de los amigos del comercio, para que les dejara sus caballos, pues se había ordenado á la policía que así que estuvieran todos reunidos los pusieran á mi disposición.

— «Primero es la patria que los amigos, deciales á estos; antes de 48 horas los tendrán Vds. de vuelta, y se verán libres del bandalaje.»

Ningún ruego fué bastante para que yo les permitiese separar un caballo: salían desconsolados y se dirigían al General, hasta que por fin lo ablandaron. Como 500 caballos habían reunidos, antes de las tres y media en los corralones de la policía. Esperé en vano con mi Cuerpo formado hasta las nueve y media ó diez de la

noche, á que me trajeran los caballos. Andaban buscando por el pueblo mancarrones y mulas flacas, para salvar sus pesebreros!!! Consiguieronlos, por fin, á las diez de la noche, y devolviendo los pesebreros, me llevaron esqueletos al cuartel! Mandé ensillarlos y pasé disgustado á casa del General.

«¡Escusado era mi General, le dije, que se hubiera tomado la molestia de poner ese decreto, y atropellar la casa de los vecinos por quitarles sus caballos! El resentimiento que semejante orden ha producido, ya no lo quita Vd. y entre tanto hemos perdido el tiempo y nada podía conseguir á pié».

«Llevaba Vd. 800 pesos ó no recuerdo si 1000 para comprarlos, díjome el General, y aquí están prontos: y voy á poner un aviso por un propio en manos del Comandante de la Villa de Ranchos, previniéndole que Vd. lleva dinero para comprar los caballos que necesita para su Cuerpo, para que los tengan prontos á su llegada».

«¡General no haga tal por Dios le dije, por que el remedio es peor que el mal! Eso y avisarle al enemigo que yo voy será una misma cosa, y habría caminado en valde! Es mejor marcharme sin dirigir aviso ninguno, pues con el dinero en la mano me los han de proporcionar los paisanos, y no son tan generosos para exponerse á que los enemigos se los quiten.

«No sea Vd. temerario compañero, díjome el General. El Comandante es amigo nuestro y no es capaz de lo que Vd. piensa! El tiempo se lo mostrará á Vd. muy pronto! Haga Vd. lo que le parezca y no lo perdamos más.» Mandé tomar el dinero con un ayudante, y me marché.

Serían las 11 de la noche cuando salí de mi cuartel con 250 hombres, pues se me habían dado cien infantes al mando del mayor don José Mercado, cordobés. No habíamos acabado de salir á los altos del pueblo, cuando comenzamos á dejar animales cansados y cargar los aporos por delante.

La Villa de los Ranchos dista diez ó doce leguas de

Córdoba al sud-este, y eran tan buenas las cabalgaduras que llevaba, que caminando la mayor parte de esa noche, todo el siguiente día, excepto el tiempo que tardamos en carnear y que comiera la tropa, y la mayor parte de la noche siguiente, pudimos llegar á dicha Villa al amanecer el segundo día. Pero antes de llegar á eso de la una de la mañana, había venido desde la Villa un negro esclavo del Comandante, cuyo nombre no recuerdo, á darme aviso de que sú amo había mandado esconder 80 caballos buenos y gordos, suyos y de sus hermanos, á un monte que está más allá de las Vívoras hacia la parte de Santa Fé, si es Vívora ó Garabato no recuerdo bien el nombre, así que recibió el propio del General en que le avisaba mi marcha y prevenía que me esperase con caballos y que llevaba yo dinero para comprarlos.

«Si la noticia que me das es cierta díjele, te voy á hacer dar tu libertad con el señor General y Gobernador.» «Mande su merced una partida y los encontrarán en tal parte, y si no son todos buenos como he dicho y de la marca sola de mis amos haga Vd. lo que quiera de mi», me repuso el negro; agregando que de puro patriota se había salido de su rancho cuando todos dormían para ir á darme dicho aviso, pues á más de los caballos, había llegado el coronel Castillo con los santafecinos y la demás gente que se le había reunido á la banda del Tío 2º; y que su amo le había mandado avisar que se fuera al instante por que estaba por llegar ya con trecientos hombres, y con cuyo aviso se había puesto en retirada.

En el acto de recibir dichos avisos despaché una partida de 25 hombres de los mejor montados y con buenos baqueanos é hice que el negro regresara á su casa y pasè yo á camparme á la costa del Tío unas cuadras más allá de la Villa.

Mandé llamar inmediatamente al Comandante, y le dije que me proporcionara cuantos caballos buenos tuviera así él como los vecinos y me dijeran su valor, pues serian pa-

gados en el acto. Contestóme que no los había y que todos se hallaban á pié por el mal tiempo. «Me han asegurado, le dije, que solo Vd. y sus hermanos tienen bastantes caballos gordos, con que así es preciso que Vdes. me los faciliten y les pongan el precio, aquí tiene Vd. el dinero para pagárselos al momento, y le enseñé la bolsa».

«Esos son cuentos mi Coronel de algunas personas que nos quieren mal.»—«¡No son cuentos sino la verdad, díjele, pues me lo han asegurado; y si yo llego á descubrir que es verdad puede á Vdes. pesarle!!» «Puede hacer lo que guste mi Coronel díjome, pues no sería yo capaz de engañarlo».

«¡Muy bien! díjele. ¿Y donde están los enemigos?» «Se han retirado señor», me repuso. «Y podía Vd. proporcionarme un hombre para hacer alcanzar al coronel Castillo con una carta, á ver si puedo persuadirlo á que se nos una y deje de comprometerse contra su patria?» «Sí, señor, díjome se lo proporcionaré al momento.»—«Pues vaya Vd. á traerlo mientras yo escribo la carta», díjele y se marchó.

Escribí la carta haciéndole juiciosas reflexiones, y afeándole el hecho de hacer la guerra á su país, y precisamente con los hombres que más dañaban á sus paisanos; y por fin le ofrecía acomodarlo en su empleo si se venía. Llegó luego el Comandante á decirme que estaba ya pronto el hombre. «Tome Vd. esta carta y dígale al que la lleva, que lo he de regalar bien si alcanza al Coronel y me trae su repuesta».

Fuése el Comandante con la carta y más tarde volvió con todos sus oficiales y algunos vecinos de la Villa á presentármelos, y al poco rato vinieron unos criados con un almuerzo que habían preparado.

Habíamos acabado de almorzar y estábamos en conversación, cuando se aparece un propio del Oficial que había mandado por los caballos, avisándome que venía en marcha con 80 caballos buenos y según los había calificado el criado. Volví á mi asiento después de impuesto

de dicho parte y aparece otro á todo correr de su caballo, y parándolo casi sobre nosotros y todo él empapado en sudor y chorreando sangre de las espuelas, presentáme el conductor un pliego urgentísimo del Gobierno.

Abro el pliego y me encuentro la siguiente carta del General:—«Compañero y amigo:—¡Es imposible que Vd. « pueda figurarse lo que acaba de suceder! La división « de la sierra se nos ha sublevado encabezada por los « oficiales!

«El coronel Pedernera está preso, y tenemos la mitad de nuestro ejército de enemigo y marchando á encontrarse con Quiroga.

«Es preciso que Vd. abrevie cuanto pueda su operación y se regrese cuanto antes dejando esa frontera « asegurada en cuanto le sea posible.—Su affmo. amigo « y compañero.

JOSÉ MARÍA PAZ. »

Apenas acabé de leer lo que queda dicho, di un fuerte viva á la patria y continué con cara de risa y un corazón de demonio.

Al dar yo el viva, saltaron todos de contentos, preguntándome lo que había. Grandes é interesantes noticias,—díjeles y continué. Había acabado de leer la carta y decía entre mí:—¿Si antes de saber esto, este picaro Comandante está traicionándonos, qué sería capaz de hacer á la vuelta de dos ó tres horas en que se sabría ya este suceso?—Me levanté callado, llamé aparte al conductor y le pregunté qué novedad había en el pueblo,—díjome que ninguna; que lo único que le había dicho el General al despacharlo, era:—«Véale Vd. aunque sea matando caballos, hasta alcanzar al coronel La Madrid.

—«Espere Vd. que pronto lo despacharé» —dije al propio; y llamando á uno de mis ayudantes, le ordené llamara al comandante de la Villa, y lo pusiera incomunicado en la guardia de prevención.

Eran más de las 11 del día y escribía al General recordándole que era aquel suceso una de las consecuencias que había yo querido evitar con mi amistosa carta

que él había interpretado injustamente y no hecho caso de cuanto le decía, pero que aun nos sobraban elementos y mas que todo, resolución para salvarnos, escarmentando á nuestros enemigos: que su aviso al comandante de la Villa solo había servido para lo que yo le indiqué, porque al momento se lo participó á Castillo y le proporcionó su fuga; le avisaba también la ocultación de los caballos y cómo estaban ya en mi poder, pues llegaron antes de cerrar mi carta. Le decía por último que acababa de poner incomunicado al comandante de la Villa, y que al recibo de ésta mi carta ya estaríamos libres de que nos volviese á traicionar, pues le iba á juzgar por un consejo de guerra verbal, y juzgaba como infalible que se le aplicaría la pena de muerte que con ese ejemplo y otro que haría más adelante, quedaría asegurada aquella frontera y me tendría de vuelta en muy pocos días.

Despachado el propio, mandé reunir un Concejo de Capitanes para juzgar al Comandante, y cuando se estaba reuniendo el Concejo á las dos de la tarde, llegó el propio que había mandado el Comandante en alcance del coronel Castillo; y encontrándose con la noticia de estar incomunicado su jefe, vino á mi lado sorprendido y me entregó las dos cartas que le había dado el Comandante. La mía y otra que él le dirigía á Castillo, disculpándose de no haber podido ir la tarde antes á su llamado porque me hallaba yo cerca y no quería hacerme sospechar, ni que yo llegase á saberlo, como ya se lo había dicho en la esquila que le mandó en dicha tarde; pero que en todo caso contase con él como uno de sus mejores amigos.

El miliciano volvió con las cartas después de haber galopado en vano como diez ó doce leguas de ida, y con la noticia de haber Castillo caminado toda esa noche anterior á trote y galope, según se lo habían asegurado en la última población á que había llegado, y que á la hora en que él se regresó, debía ya hallarse en el territorio de Santa-Fé.

Así que me impuse de dicha carta, dije entre mí, este es el más poderoso comprobante sobre el asunto de los caballos y la mandé al Presidente del Consejo. A las tres de la tarde fué sentenciado á muerte y hasta sus mismos oficiales declararon que en la tarde anterior cuando llegó Castillo al río y le mandó llamar, le contestó por una carta que no podía ir á su llamado por estarme esperando por momentos con una fuerza de 300 hombres.

Decían los Oficiales que al mostrarles él la carta le decían todos que podía y debía escusarse de ir al llamado de Castillo, pero de ninguna manera comunicarle nada, pues eso era prevenirlo para que se fuera.

Fué puesto en capilla al instante, y después de recibir los auxilios espirituales fué ejecutado al cerrar ya la noche, y en seguida marché para el Tío á cuyo punto llegué al amanecer. El Comandante del fuerte del Garabato ó las Vivoras, que le había proporcionado á Castillo su gente para sorprender al Comandante Basabilvaso, se había quedado allí creyendo disculparse con que había sido obligado por Castillo.

Adviértase que Castillo había traído de Santa Fé á veinte y tantos hombres ó quizá menos y que aquél tenía más del doble de dicha fuerza. Le mandé poner preso al momento y por la tarde fué ejecutado del mismo modo que el de la Villa.

Mandé en el acto un oficio al Comandante ó Coronel Isleño del departamento de Santa Rosa, que era muy del partido de Bustos, y de quien nunca se había podido conseguir que concurriera con su gente cuando se le llamaba, ordenándole que al siguiente día por la tarde debía bajar al Tío con 150 hombres de su Cuerpo para hallarse en la revista que iba á pasar de las milicias de la frontera.

Igual orden se pasó á los Capitanes de las milicias de Tío, pero así que fué ejecutado el 2º Comandante había recibido yo un propio del General mucho más plausible que el 1º, comunicándome la contra revolución que hicieron los Sargentos, al capitán Velazco, que había

encabezado la revolución de la Sierra, y que habían vuelto ya ambos Cuerpos á la posición que antes tenían.

Yo que no habia comunicado á nadie la noticia primera de la revolución, oculté también la segunda y despaché un propio á Santa Fé en el acto, con un oficio al gobernador Lopez dándole cuenta del atentado practicado por el coronel Castillo con una partida de cordobeses y soldados santafecinos, y exigiéndole una corrección cual merecía, un hecho que podría muy bien comprometerle con nuestro General, y alterar la buena armonía que habia entre ambos Gobiernos, lo cual me sería muy sensible; porque en caso intentasen repetir un hecho semejante, los hombres que tenia á mi lado, me vería precisado á internarme á su territorio en su persecución, como lo haría él en igual caso, si nosotros consintiéramos un hecho de la misma naturaleza.

Le comuniqué también la causa por que habia librado Castillo de caer en mis manos con todos sus acompañantes, y el castigo que les habia dado tanto al jefe que le proporcionó su escape, como al que primero le facilitó su fuerza para que sorprendiera con ella al comandante Basavilbaso. Así es, agregaba, que no ha servido la invasión de Castillo para otra cosa que para comprometer á dos de sus amigos facilitándonos el medio legal de libertarnos de dos traidores.

Al dia siguiente muy temprano, ya estaba presente en mi campo el comandante Isleño, no solo con los 150 hombres que le habia yo pedido, sino con más de 200. Así fué que llegada la hora de las 12 que era la designada, tuve reunidos como 500 milicianos.

Para mostrarles á estos milicianos mi complacencia por su puntualidad, al mismo tiempo que les habia impuesto con los dos castigos ejecutados en los Comandantes que nos habian traicionado, quise proporcionarles un buen día. Les mandé carnear unas diez reses gordas con cuero, y proporcioné unas tres cargas de vino del país, después de la revista; y por la tarde así que hubie-

ron ya comido les invité á que corrieran sus carreras, pues acostumbran nuestros milicianos asistir á dichas reuniones en sus mejores caballos, y son todos ellos aficionados á dichos juegos de carreras.

No habia yo acabado de hacerles la indicación cuando ya hubieron algunas carreras pactadas. Así fué que pasamos una tarde divertida, porque hubieron muchas carreras y perdieron ya todos el recelo con que habían venido.

Al ponerse el sol mandé tocar tropa y formé toda la división en cuadro y les hablé, manifestándoles mi complacencia por haber estado prontos á mi llamado. Les hice ver la necesidad que había de que concurrieran en adelante con igual puntualidad cuantas veces fueran llamados á defender la pátria; pues era una vergüenza que una provincia tan poblada como la de Córdoba, se dejara robar impunemente por cuatro miserables santafecinos, cuantas veces ó estos se les antojaba.

«Los cordobeses dijeles, son robustos, bizarros y valientes, pues así me lo han mostrado cuantos he conocido en el ejército del Perú, en la guerra de nuestra independencia. Preguntadlo sinó, á estos dos valientes, y mandé salir al centro del cuadro, á los dos valientes Sargentos de Tambo Nuevo: ¡Albarracín y Salazar! que estaban presentes, y eran ya, Comandante de milicias el uno, y Teniente el otro. — ¡Preguntad á estos valientes paisanos vuestros, cuantas veces he arremetido con solo ellos y diez ó doce de sus compañeros, á cientos de soldados españoles! y no traposos miserables como esos santafecinos que os hacen correr como avestruces».

«¡Robustos milicianos de Córdoba, explicadme este enigma! Cincuenta hombres de vosotros bastan frecuentemente, para desbaratar y correr á lanzadas, á 150 indios salvajes, cuantas veces vienen á robarlos. Esto no me lo podeis negar. ¿No es verdad?»—Si, señor, dijeron todos.

«¿Eso yo lo sabía, y es precisamente por eso, que extraño lo que voy á preguntaros, y quiero que me lo es-

pliqueis? ¡Esos cien indios que acabais de correr 50 de vosotros, se encuentran en su fuga con 200 santafecinos y los corren á los 200! ¿Tampoco esto me lo negareis porque asi ha sucedido?» — Si, señor. — «Y bien, de estos 200 santafecinos que van huyendo de los 100 indios que habeis corrido 50 de vosotros, se han extraviado 20; y creyendo correr para Santa Fé, han corrido para el rio, y se han encontrado con los 50 vencedores! ¿Que ha sucedido mis amigos? No habeis corrido como gamos los 50, abandonando á merced de los 20 santafecinos, no solo vuestras haciendas, sinó también vuestras mujeres y vuestros hijos».

«¡Explicadme camaradas, este fenómeno tan raro, pero tan frecuente entre vosotros! Pues aunque no sean precisamente los 20 santafecinos, de los 200 que van huyendo de los 100 indios, que habeis corrido, es cierto que echais á correr los 50, y aún quizás más».

«Esto es, mis amigos, lo que quisiera yo que me espliqueis; mas veo que no podreis hacerlo sin confesar una verdad muy amarga para vosotros, habeis hoy de decir, desde el año 18, que los santafecinos á pesar de ser un puñado de hombres, se llevaban por delante á los ejércitos porteños, y hasta que llegaron á imponerles un tributo en el año 20, para comprarles la paz. Y esto mis amigos, que es lo más vergonzoso, os á hecho cobrarles un terror pánico; asi es que, cuando dicen, vienen los santafecinos, ya no atinais ni á ponerlos en guardia, ni á preguntar su número, sinó á huir como de unos fantasmas, abandonando cuanto teneis».

«¡Este terror, mis amigos, es el que me propongo quitaros, haciéndoos ver que sois más hombres que ellos!»

«Ya me habeis confesado que 50 de vosotros, esperan con intrepidez á 100 indios salvajes y se los llevan por delante. Sabeis tambien que esos 100 indios espantan á los santafecinos todos; es decir á vuestros imajinos fantasmas, y de los porteños, en cierto tiempo (1)

(1) Desde el año 18 al 20, en que principió la guerra de algunas Provincias contra el gobierno de Buenos Aires á causa de algunas demasías por

«¿Queréis ahora saber porque fueron entónces los fantasma de los porteños, hasta imponerles un tributo? Porque no había unión en los porteños, y por que Rozas trabajaba ya secretamente para fomentar ese terror hacia los santafecinos, entre sus paisanos del campo; y el fué el que contribuyó más poderosamente para acordar á Lopez su tributo, con el fin de ganarlo, para que le sirviera después, como ya lo habeis visto».

«Ya veis ahora que el estanciero Rozas está formando soldados de esos mismos milicianos á quienes espantaban los santafecinos; que con ellos ha embromado á los militares porque han sido unos zonzos, y ha de embromar mañana al mismo Lopez si se descuida. ¿Porqué no podreis vosotros espantar á esos dos caciques y sus miserables hordas? ¡Resolveos, mis amigos, y haced respetar el nombre cordobés! No abandoneis vuestras haciendas y vuestras familias á discreción de ningún insolente que se atreva á invadiros, que yo os ayudaré con gusto!»

Todo esto tuve la paciencia de decirles para picarles su amor propio, y á fé que produjo un buen efecto entre las milicias, unido esto á la verdadera organización que dió á los escuadrones que formó de los extramuros del pueblo el coronel don Julian Paz, hermano del General, que se había encargado de la inspección general. El fué quien estimuló al cuerpo cívico que tan bizarramente ha sabido conducirse después.

Al siguiente día despaché á los milicianos á sus casas, después de hacerles ejecutar yo mismo algunas maniobras, y de hacerles ver que los engañaban cuando les decían que yo les había citado para sacar hombres para aumentar mi cuerpo.—«¡Jamás el coronel La Madrid,

parte de algunos gobernantes, siendo la Banda Oriental, Entre Rios y Santa Fé las primeras, y como no había uniformidad en las ideas en Buenos Aires, exceptuando la de centralizar al mando en los unos, ya por el diferente modo de pensar político en los otros, resultaban de aquí las defecciones en las tropas de Buenos Aires, esta era la razón porque los santafecinos tenían en jaque á los porteños.

dijeles, á necesitado de hombres forzados para defender la patria ni los pueblos! ¡Nunca me han faltado valientes voluntarios; como ese puñado de hombres que veis! Si entre vosotros hay algunos jóvenes intrépidos y decididos que espontáneamente quieran acompañarme á defender y salvar su pátria, á esos solos admitiré con gusto; porque no quiero, ni necesito de hombres sin corazón».

No faltaron 21 jóvenes robustos decididos que salieran al frente, y me dijeron: «Nosotros queremos seguirle, mi coronel.» «Que vivan estos valientes, dijeles. ¡Hombres como vosotros son los que yo quiero y me bastan para llevarme por delante á todos los montoneros!»

Marcháronse los demás, y yo regalé á estos nuevos voluntarios á presencia de todos sus compañeros, después de haber hecho saber á todos, el acto infame que habian cometido algunos oficiales, que no merecian este nombre en la Sierra, y el muy loable de los sargentos, cabos y soldados, rebelándose contra tan indignos oficiales y poniendo en libertad á sus jefes!

A los dos días estuvo de regreso el conductor de mi oficio al gobernador de Santa Fé, con una contestación satisfactoria. Escusándose por de contado con que habia sido sin su conocimiento la invasión de Castillo y asegurándome que él ayudaria de que no se repitiera.

No recuerdo si al 2º ó 3º día después del recibo de esta comunicacion regresé á Córdoba dejando aquella parte de la frontera, tranquila. Quiroga se dejó ver enseguida á los muy pocos días y salimos á recibirle con el ejército.

Los comisionados del Gobierno de Buenos Aires, que habian sido mandados por el general Viamonte, á interponer su mediación para el cese de la guerra, entre los generales Paz y Quiroga; habian solicitado pasar á verse con el último, y no permitiéndolo el General, creo que por temor de que le impusiera á Quiroga del estado de sus fuerzas; habian pedido sus pasaportes y obtenido, marchádose para Buenos Aires creo que dos ó tres días antes de la batalla de *Oncativo*.

Tengo entendido que antes de marcharse los comisionados, habían allanádose á ir solos al campo del general Quiroga cambiando de ayudante y hasta los peones de su coche, con otros que merecieran la confianza del general Paz, á fin de quitar á éste todo recelo y poder llenar el objeto de su misión, pero no lo habían conseguido no sé porque causa. Ello es que en el día de la salida de Córdoba de dichos comisionados, mandó el general Paz á su ayudante de campo el mayor ó comandante Paunero, en su alcance hasta la primera ó segunda posta proponiéndoles que pasaran á verse con el general Quiroga.

Los comisionados se denegaron ó hubo entre ellos un altercado, sobre si deberían ó no prestarse á esta indicación, después de habérseles denegado el General y quedado terminada su misión. Por fin parece que se convinieron á pasar al campo de Quiroga que estaba ya inmediato, y quedaron en esperar en el Segundo, los baqueanos que les mandaría el general Paz.

El resultado fué que no aparecieron los baqueanos en el punto señalado por el enemigo que se aproximaba y fué preciso irle al encuentro, y los comisionados y se encontraron con el general Quiroga en *Oncativo* ó *Inspira*.

El día antes de la batalla que fué el 25 de Febrero, había mandado el general Paz al doctor Bulnes y el mayor Paunero, de parlamento al campo enemigo, no se con que misión.

El doctor don Elías Bedoya que iba en compañía del general Paz, junto con su hermano el Canónigo que me parece hacía de su secretario, había comunicado en dicho día no se si al coronel Videla Castillo ó Pedernera, que el General había dirigido á Quiroga proposición de paz porque le asistían algunas desconfianzas por parte de algunos de los jefes de ejército, y que lo consideraba dispuesto á capitular. Con motivo pues de este aviso nos citaron á todos los jefes de los Cuerpos en una parada que tuvimos por la carta del segundo, para comunicarnos dicho aviso; y alarmados como era natural por seme-

jante desconfianza por parte de nuestro General, pasamos á verle á su tienda todos juntos, y me parece que fui el comisionado por mi antigüedad, para manifestarles á nombre de todos nuestra más decidida adhesión á su persona y á la causa que sosteníamos, y exigirle que se decidiera á dar la batalla seguro de que triunfariamos.

Así lo practicamos y el General nos aseguró que jamás había dudado de nuestra desición, y que por consiguiente nuestros temores eran infundados. Nos retiramos tranquilos por las seguridades que nos dió el general Paz, y regresando por la noche del campo enemigo los parlamentarios, díjome el mayor Paunero, que al despedirse del general Quiroga les había éste encargado me dijeran de su parte que me hiciera conocer al siguiente día en la batalla, pues me buscaría aunque fuera en los infiernos para cobrarme la bandera que le había quitado en el campo del *Tala* el año 26.

Al hacerme Paunero esta relación delante de todos los jefes que estaban presente y de nuestro General, díjome.—«Yo le contesté que cumpliría su encargo, y para que no se equivocara le previne que donde viera la banderola negra y colorada allí le buscara, pues era la de la división que Vd. mandaba». Yo le aplaudí mucho esta advertencia, y dije:—«no es él el que ha de buscarme, sino yo á él».

El general Paz así que nos retiramos de su tienda los jefes en esa tarde, calculó que el doctor don Elías Bedoya debió ser el que nos había dado el aviso y lo destinó no sé si á Córdoba ó mas adelante, mandándolo preso me parece, y poco después que regresaron los parlamentarios nos pusimos en marcha con todo el ejército, formado en tres columnas paralelas. La de la derecha compuesta de mi escuadrón de voluntarios y tres de milicias de los extramuros de Córdoba y la de los carniceros la mandaba yo.

La izquierda compuesta del regimiento número 2 de coraceros y no recuerdo si algún escuadrón más de milicias la mandaba el coronel Pedernera, el centro com-

puesto de los batallones número 2, 5, y como 200 cívicos de Córdoba mandados por el coronel, negro Barcala, la mandaba el coronel Videla Castillo juntamente con la artillería, ó no recuerdo si el del Estado Mayor, coronel don Ramon Deheza. La reserva me parece que la mandaba el coronel don Manuel Puch y era compuesta de sus 300 salteños.

Caminamos en este orden mucha parte de la noche y fuimos á amanecer muy cerca de *Oncativo* en cuyo punto tenía el general Quiroga establecido su campo.

En estas circunstancias parece que Quiroga estaba hablando recién con los comisionados de Buenos Aires que acababan de llegar ó habían llegado poco antes, conducidos por una fuerza suya de vanguardia que los había encontrado.

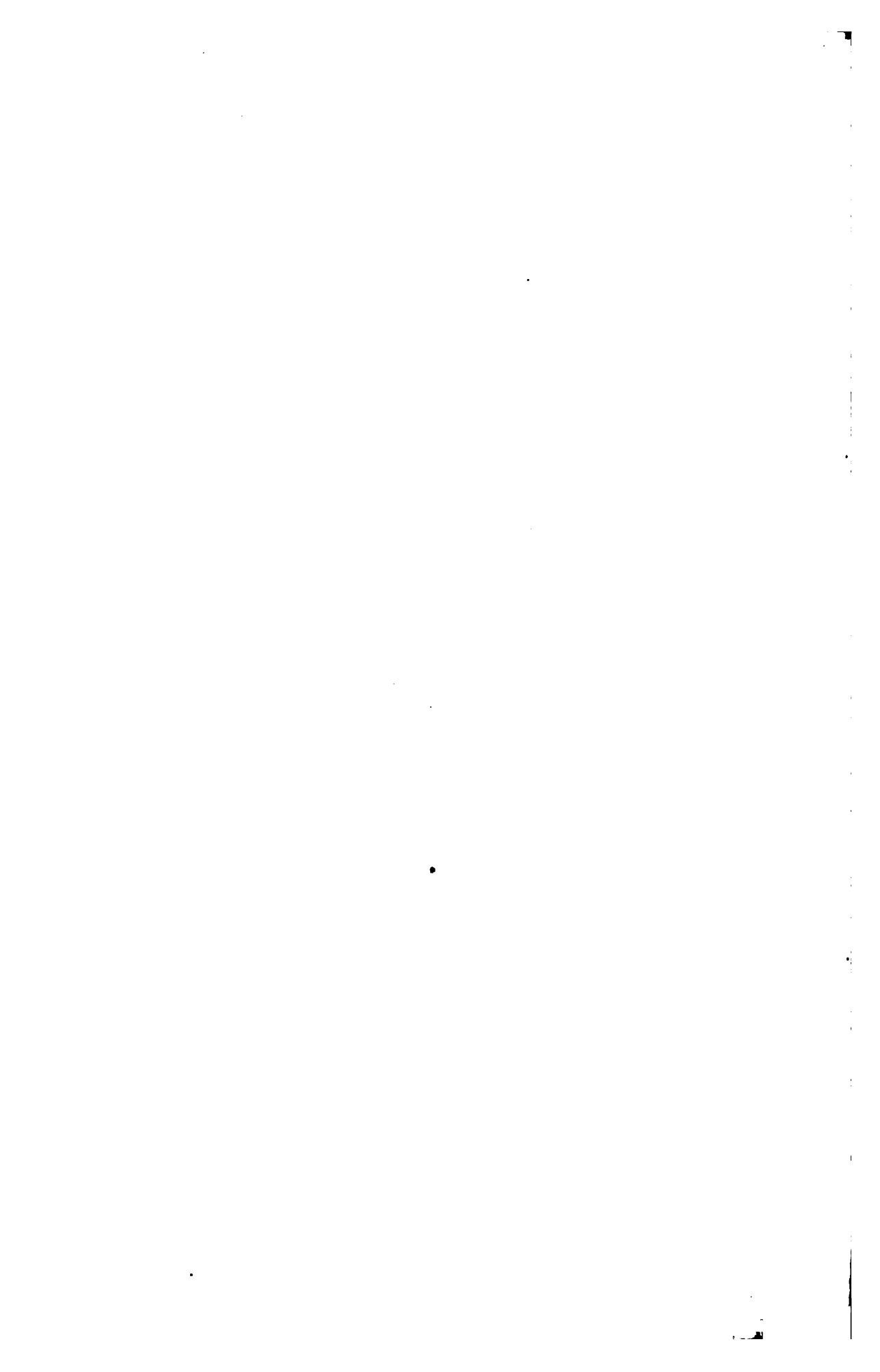
Cuando nosotros nos avistamos al campo de Quiroga por el norte, tenía éste apoyado su costado derecho en un cerco y las carretas que había traído de Mendoza, que eran bastantes y su izquierda en la Laguna de Oncativo; y su fuerza pasaba de tres mil hombres de las tres armas. La nuestra sería como de dos mil y pico de hombres.

Así que el General reconoció la posición del enemigo hizo un cambio de frente por la derecha sobre el flanco izquierdo del enemigo y le obligó á variar de posición, con cuyo motivo quedó colocada toda la caballería de Quiroga á su flanco izquierdo.

Colocados en esta nueva posición con nuestras tres columnas dando frente al Este recibí orden del General de cargar por escalones sobre toda la caballería de Quiroga con cerca de 500 hombres, de que contaba mi columna. Practiqué en el momento la carga con tan buen éxito que me llevé por delante toda la primera línea de la caballería enemiga escuchando los vitores que daban á retaguardia las dos columnas nuestras que desaparecieron luego por el polvo de nuestra carga y la fuga de los enemigos; pero habiéndoseme desordenado en la persecución uno de los escalones de las milicias, y presen-



1840
for Parents



tádoseme una nueva caballería enemiga, me fué preciso retroceder sobre el último escalón para rehacer el que se había desordenado.

Los enemigos venían ya cargando cuando organizados ya mis escalones me precipité segunda vez sobre la nueva caballería y la arrollé como en la primera carga por dos ó tres cuadras.

Nuevos vítores sentimos á nuestra espalda, pero nuestras dos columnas se mantenían firmes batiendo solo á la línea enemiga con nuestra artillería. Por segunda vez fué desordenado el escuadrón de carniceros del pueblo á consecuencia de haber encontrado en la persecución un nuevo cuerpo de caballería, y tuve segunda vez que retroceder á rehacerlo perdiendo á su bravo Comandante el ciudadano don Juan Bautista Ocampo, hermano de la señora del Inspector de armas, don Julian Paz.

Cuando estaba yo acabando de formar mis escalones y de ordenar el escuadrón que había sido arrollado, y se movía ya sobre nosotros la caballería de Quiroga que se había ordenado, ví pasar por mi izquierda al bravo coronel Pringles, con 50 de sus coraceros cargando al galope en batalla. Encuéntrase este jefe con la línea de caballería enemiga, que era cuatro ó seis veces mayor que la suya y quédanse ambas líneas paradas y casi tocándose con las lanzas.

Yo que observé esta situación, apuré la reunión y marché de frente al trote, mientras que marchaba disparan los carabineros de Quiroga sus tercerolas sobre los 50 coraceros de Pringles y les hacen volver caras.

Mando al galope mis escalones, y observando Pringles que yo cargaba ya por su izquierda, mandó á sus coraceros sobre la marcha dar media vuelta á la derecha por mitades y entró en seguida en línea conmigo acuchillando y lanceando ya á nuestros enemigos que volvían la espalda y no pararon ya más, hasta que me alcanzó el general Paz, mandándome cesar de perseguir al enemigo.

Inmediatamente que paramos, Quiroga hizo alto y empezó á reunir su caballería al otro lado de la laguna, pero ya su infantería, artillería y carretas quedaba cercada por nuestra infantería y reserva.

Miéntas yo sostuve con solo mi división todo el ataque contra la mayor parte de la caballería enemiga habían tenido lugar algunas cargas por nuestra izquierda con la poca caballería que Quiroga había dejado á derecha, y en las cuales parece que fueron rechazados los salteños del coronel Puch y tuvieron que obrar los coraceros de Pedernera sobre la caballería que tenía Quiroga á su derecha.

El resultado fué que parado yo con mi fuerza al frente del lugar en que Quiroga reunía la suya, por orden del General, aquel fusiló á nuestra vista á un sargento y no sé si á uno ó dos soldados; y habiendo el general Paz mandado salir al teniente coronel de milicias Martinez, con una guerrilla, sobre la fuerza de Quiroga, y sido dicha guerrilla rechazada; le insté yo al General para que me permitiera salir en persona, con 25 voluntarios buenos y bien montados, que había destinado para perseguir y buscar á Quiroga y el General no me lo permitía.

Ya aparecía en estas circunstancias, una fuerza de coraceros del coronel Pedernera, ó había llegado cuando instándole nuevamente, le dije:— «Déjeme V., General, ir con estos 25 hombres y correr á todas esas guerrillas de Quiroga»—mi objeto era buscarle á él mismo, y apenas me dijo el General, «vaya Vd. pero no se comprometa», cuando dije á mi partida de Voluntarios que la tenía separada ya:

—«Mitad de frente, guía á la derecha, al trote»;— Quiroga se movía en estas circunstancias en retirada con más de trescientos hombres formados en batalla hácia al Sud.

Yo que iba al frente de mis 25 voluntarios, dijeles «al galope», y marchando á este aire grité á los enemigos con voz atronadora:—¡Digan á ese Quiroga que aquí está

La Madrid á buscarle, que se pare si es gente!—Me lancé sobre su línea que apretaba el galope cada vez más.

Del resto de mis voluntarios que habían quedado formados y aún del cuerpo de coraceros, se escaparon algunos hombres bien montados y corrieron á incorporármese así que emprendi el galope. Cuando yo lo advertí habianse agregado á mis 25 voluntarios que los mandaba el teniente don Juan Navarro, como igual número de hombres entre voluntarios y coraceros, y venía con los pocos soldados coraceros un Teniente ó Ayudante salteño de dicho cuerpo cuyo nombre no recuerdo.

Apuraba yo cada vez más, la carrera á mis 50 hombres, sin cesar de gritar á Quiroga que se parara, y haciéndole lancear á cuantos hombres alcanzábamos; pero el valiente Quiroga sordo á mi voz, y olvidándose del encargo que me había mandado hacer con el mayor Paunero, apretaba cada vez más su fuga.

Le habría perseguido ya dos leguas y media largas y lanceándole sin parar más de 25 hombres que habíamos alcanzado, cuando llegando ya á la línea enemiga como á dos tercios de cuadra, pásanse á mi izquierda dos soldados de la escolta de Quiroga vestidos de colorado, con sus caballos cansados; dos valientes sargentos de mis voluntarios, Magallanes entrerriano y Ludueña salteño (1) dirijense á lancearlos.

Advertido por mi esto, dirijome á ellos gritando, «no maten esos hombres, pues quiero me digan cual es Quiroga». Pregúntoseles á ellos mismos y me señalan al Este una partida como de 12 hombres que corrían á escape como á cuatro cuadras de distancia.—«En que caballo vá», dígoles y contestándome que en un castaño overo.—«Lancéen á esos hombres», dije á mis Sargentos bárbaramente, y lo sentí después, y gritando á mis sol-

[1] Este último es hoy Capitán de Rozas, y era de Chascomús, y Magallanes entiendo que ha muerto en Mendoza de comerciante, pues cuando mi campaña á Cuyo, después, en el año 40, hice en su lugar lo que hizo conmigo.

dados:—«El que tenga buen caballo que me siga», cerré las espuelas al mío que era superior, en alcance de Quiroga.

Cuando yo volví la vista á ver quienes me seguían divisé que á más de los dos Sargentos, venía el Teniente de coraceros salteño con dos hombres de su Cuerpo. A las seis ú ocho cuabras de persecución con dichos cinco hombres, paráse un soldado de la partida enemiga con el caballo cansado, y conteniendo mi caballo sin pararlo preguntéle cual de aquellos es Quiroga,—no viene aquí me contestó. Lancéenlo, dije á los que venían atrás y pasé á escape.

A poco instante paróse otro igualmente con el caballo cansado, y siendo igual su repuesta de ir allí Quiroga, repeti la misma orden y seguí sin detenerme. Aparece á pocas cuabras más, un tercer hombre y dirijiéndole la misma pregunta respóndeme, «no viene aquí señor».

¡Indignado entonces por el chasco que me habían dado los dos soldados de la escolta, paré mi caballo y dije no maten á ese hombre! bien lanceados fueron los hombres que así me engañaron! Solo sentía yo por los dos pobres que habían mandado lancear de esta partida y mandé echar pié á tierra para que resollaran los caballos, pues estaban temblando y chorreándoles el sudor porque como una legua había perseguido á todo correr á estos últimos.

Hice aflojar las cinchas y desenfrenar los caballos por un momento, y así que hubieron descansado como cinco minutos, mandé enfrenar y hechamos á correr dirigiéndonos al sud-oeste, en alcance de mi fuerza que pasó persiguiendo á la caballería enemiga y con el prisionero en ancas de uno de los soldados. El sol se ponía ya ó se aproximaba al ocaso.

Cuando alcancé mi fuerza ya regresaba de perseguir al enemigo por que tocaban ya reunión los cornetas ó el clarín de órdenes del General, habíase ya puesto el sol hacia rato, y me encontré con el comandante don Juan Gualberto Chavarria que regresaba con toda ella

reunida, y con la noticia de haber conseguido al fraile Aldao y tomádolo prisionero un joven cordobés de mi escolta, dos ó tres cuadras más allá del punto donde me separé en persecución de Quiroga; y que según lo que averiguaron de dicho Jefe después de haberle desnudado y pasádose un rato, Quiroga iba junto con él, y con su caballo cansado, cuando le tomaron.

Para un más exacto conocimiento, quiero referir el como fué tomado el Fraile General. Cuando yo me dirigí á los dos hombres de la escolta de Quiroga que mandé lancear, mi fuerza pasó en la persecución de la caballería enemiga, y á las dos ó tres cuadras de haberme yo separado, conoce mi ya referido soldado al general Aldao (había sido prisionero suyo poco tiempo antes) y embistelo con su lanza gritando: «aquí está el fraile Aldao», y le tira una lanceada.

El Fraile que iba borracho, y probablemente con la cincha floja, tiéndese sobre un costado del caballo para huir de la lanceada, y el recado se le da vuelta y cae.

Al dicho del soldado de ser aquel el general Aldao, paran todos sus caballos y se dirigen sobre él á registrarlo para quitarle cuanto tenia.

Cuando el teniente Navarro acudió al punto de la reunion ya el Fraile General estaba desplumado, y cuando le preguntaron por Quiroga, les dijo:—«Ese que iba á mí lado con el caballo cansado, ese era Quiroga.»— ¡Era ya tarde! Había tomádole el caballo á un soldado ó sargento de los suyos y dádole tres onzas de oro. Cuando siguieron en su alcance tomaron y mataron al que había recibido las tres onzas, pero el General se había puesto en salvo.

Mi deseo de que me lo hicieran conocer á aquellos dos hombres de su escolta que por librar á su General me engañaron; fué lo que salvó á Quiroga de caer en mis manos y al Fraile de ser allí mismo lanceado.

Sería yo un infame si disfrazara la verdad. Si yo estoy presente, hago lancear al Fraile General, pero después que me hubiese enseñado á Quiroga; á este le habría

conservado la vida, porque ese era mi intento, pues había ofrecido en todos los cuerpos un premio al soldado que me lo entregara vivo, con la mira de obtener una gracia de mi General.

La gracia que yo quería obtener respecto á Quiroga era la de cuidarlo en una jaula para hacerlo conocer de los pueblos que tanto había ultrajado, y hacer que cada uno de los individuos que él había azotado ó abofeteado lo azotara y abofeara también. A un soldado ó vecino de los Llanos y paisano suyo, le había cortado Quiroga una oreja, por que dicho soldado ó vecino le había reyunado un caballo de su marca por que se le cansó en una travesía y tuvo que hacer el resto del camino con el apero al hombro: habría hecho también que dicho individuo le cortase una oreja.

¡Todo esto lo consideraba justo para mostrar á ese bárbaro y en el á los que imitaran después que no era ese el modo de tratar á los hombres!

Me incorporé á la fuerza con que había perseguido á Quiroga cuando regresaba con ella el comandante Chavarría y creo el mayor Campero, pues el General había mandado á estos Jefes con algunas fuerzas en mi protección y llegaron después que me había yo separado.

Supe por ellos que habían perseguido á la fuerza de Quiroga como una legua más alla del punto en que me separé y fué tomado el Frayle, al cual no lo ví hasta la noche pues lo habían mandado inmediatamente á disposición del General. A poco que andábamos después de mi reunión nos encontramos con el General en jefe que venía marchando con los coraceros ya al cerrar la oración.

Luego que nos reunimos con el General y fué informado por el comandante Chavarría de que Quiroga y su fuerza estaban ya en salvo, regresamos al campo de *Oncativo*, pues ya la infantería de Quiroga y toda su artillería y bagajes habían capitulado y entregádose prisioneros.

La pérdida que sufrió la caballería enemiga entre

muertos y heridos y prisioneros no fué pequeña; la nuestra muy inferior respectivamente pues en mi división que fué la que más sufrió y fué la que sostuvo todo el combate de la caballería por más de hora y media, no pasó la pérdida entre muertos y heridos de 45 hombres.

En esta noche del 25 de febrero pasaron los comisionados de Buenos Aires algunos sustos en la Posta de Impira que está muy inmediata al campo de batalla, por razón de haberles tomado allí el combate en circunstancias que habían sido detenidos por el general Quiroga, pero el General y el Jefe de Estado Mayor les proporcionaron algunos hombres para que los acompañaran.

El general Aldao fué mandado á la plaza de Córdoba y el coronel don Hilarion Plaza mendocino, que lo conducía, parece que lo hizo entrar montado en un burro y fué bastante burlado por la chusma. Algo más necesitaba un apóstata que tantas carnicerías había practicado en Mendoza.

Yo le insté mucho al general Paz en esa noche del combate, porque me permitiera seguir á Quiroga hasta la Cruz Alta, pero él se excusó diciendo que había ya destinado al coronel Pedernera para dicho efecto y que á mi me necesitaba para otro destino. ¡Quizás no habríamos sido después tan desgraciados, si el General hubiese accedido á esta mi solicitud, pues estoy seguro al menos, de que no habría sido sorprendido como lo fué Pedernera en Fraile Muerto, y quien sabe si Quiroga habría llegado á Buenos Aires!

Puede ser que á muchos parezca jactancia lo que digo en el párrafo anterior, pero no á mí que conozco y que conocía mejor que ninguno á nuestros enemigos. El destino que se me tenía preparado, era el gobierno de una de las Provincias mas pobres de la República Argentina; la Rioja.

El 26 ó no sé si el 27, marchamos al norte, hácia Ischilín, á la parte de la sierra, pues había aparecido por dicho punto el general Villafañe, con fuerzas rioja-

nas, por disposición de Quiroga. Poco trabajo nos dió éste, pues fué corrido antes que llegásemos con el ejército.

Tengo entendido que vino otra diputación de Catamarca, según se me aseguró después de estar de Gobernador en la Rioja, con el objeto de pedirme al General para Gobernador de aquella Provincia, y que igual petición hubo por la de Tucumán, sin yo saber ninguna de ellas; que el General se denegó á ambas, porque me había ya destinado en su mente para la Rioja, como el más á propósito para conformarse con lo que se le mandara.

Confieso que cuando advertí después la distribución de jefes á los pueblos para gobernarlos, me desagradó mucho; no por el destino que me tocó, sino porque chocaba este proceder, con mis principios liberales y desinteresados; pues yo no apetecía otro puesto que el de perseguir á los ambiciosos que pretendían dominar y ajar á los pueblos, por cuya defensa me sacrificaré gustoso.

Yo General, habríales prestado toda protección á las Provincias, y propendido de un modo terminante á la elección de sus gobernantes; pues cuando hay libertad cual yo quisiera verla, y propendería siempre á que la hubiese, los pueblos no se equivocan! Con los gobiernos nombrados bajo estos principios, me habría puesto de acuerdo; entonces no habríamos tenido caciques, restauradores, ni héroes del desierto!!!

Puede ser que sea este un error nacido de mi ignorancia, pero renegaré siempre de la libertad que no esté basada en dichos principios.

Desde Ischilín, ó sus inmediaciones, fuí destinado por el General á la Rioja, con mi cuerpo de Voluntarios, dándoseme además, no recuerdo si cien cívicos de Córdoba y un escuadrón de milicias. De los infantes prisioneros, que fueron mas de 600, se me dieron algunos para mi cuerpo, los cuales se condujeron bien. Fué también en mi compañía el coronel Hilarión Plaza y el valiente teniente coronel Pedro Melian.

El coronel Videla Castillo fué destinado á Mendoza con su batallón N^o 2; á San Juan el teniente coronel Santiago Albarracín, de coraceros, con un escuadrón de su Cuerpo ó con el de la escolta del General.

A la provincia de Santiago marchó el jefe de Estado Mayor, coronel Roman Deheza, con una fuerza compuesta de piquetes de varios cuerpos del ejército y todos, menos Albarracín, fueron Gobernadores de dichas provincias.

Marché, pues, con dicha fuerza por los Llanos hasta la Rioja, habiéndome visto precisado á fusilar en los Llanos á un comandante, Moreno de apellido, de los servidores de Quiroga, el cual había cometido atrocidades, traicionándome después de haberseme presentado.

¡El padrino (1) de Quiroga, comandante Brizuela, que llegó después hasta ser General, y últimamente director de la guerra cuando la coalición de las provincias del norte! Hombre sin modales y desairado, que de sol á sol se lo pasaba en mal estado, merecía realmente dicho nombre para con Quiroga, porque era de un carácter bondadoso con los gauchos y se había hecho querer por todos los de los Llanos y demás departamentos de la Rioja, y en realidad este á quien seguían todos los soldados riojanos. Esta es la razón porqué el general Quiroga le llamaba su padrino, pues solía decir que en llevando él á su padrino Brizuela, en cualquier parte reuniría á sus soldados.

Dicho padrino, pues, ó comandante de los Llanos, que era el título que Quiroga le había dado, andaba alzado por la costa baja de dichos Llanos, cuando entré á ellos con mis fuerzas proclamando y llamando á todos los riojanos para que nombraran libremente su Gobierno, ofreciéndoles para ello toda la protección que necesitasen

[1] Llámase así entre nosotros al caballo ó yegua que lleva el cencerro en una tropa de arria ó tropilla de caballos y al cual se acostumbran á seguir los demás; tanto que en una disparada ó dispersión de la tropa ó tropilla, basta sacar el padrino, hacerles sonar el cencerro, que dé algunos relinchos, para que toda la tropa lo busque al momento y se le reuna.

de mi parte, hasta verse libres del terror que les había inspirado el Tigre de Atilas, (es el lugar en que está la casa de Quiroga en los Llanos).

Muchos individuos de los Llanos, entre ellos el famoso Peñaloza ó Chacho, se me habían presentado, obteniendo de mí toda clase de consideraciones, hasta la de reunir á mi lado una escolta de varios de ellos mismos, que quisieron prestarse voluntariamente.

Mandé, pues, en persecución de Brizuela, al valiente y distinguido patriota teniente coronel Melian con una división, y pasé yo adelante, oficiando al encargado del gobierno de la Rioja que el objeto de mi ida no era otro que el de garantizar la libertad de aquella Provincia y protegerla contra los bárbaros atentados del caudillo Quiroga y sus tenientes. Que bajo este concepto, podría mandar reunir á los Representantes de la Provincia para que eligieran libremente el sujeto que mereciera su confianza para que la gobernase. Que el general Paz no había traído otro objeto á Córdoba, que el de proteger con su ejército á todas las Provincias del interior, para que pudieran libertarse de los pocos caudillos que contra su voluntad las tenían oprimidas, y pudieran así nombrar gobernantes de su confianza, para contribuir por dicho medio, á la reunión de un Congreso que constituyese el país; pues era este el exclusivo objeto por que todas las Provincias se habían declarado independientes en el año 16, y que solo la vil ambición de algunos mandatarios las tenían privadas de este precioso goce, único objeto de sus constantes y grandiosos sacrificios.

Me acuerdo que esta mi comunicacion fué contestada satisfactoriamente y que vino una diputación, no recuerdo si de la Sala ó del Gobierno, á pedirme que pasara con mi fuerza á la capital. Paréceme que exigí, dando antes las gracias por la franqueza con que se me llamaba, que nombraran primero su Gobierno para alejar toda idea que pudiera tender á coartar la libertad de aquel acto.

Me acuerdo también que se me hicieron indicaciones

por los comisionados y por cuantos vecinos allí había, (era en un lugar de los Llanos que no recuerdo) para que me prestara á admitir el Gobierno. Le contesté terminantemente que nó.

— «¡No crean Vds. por un momento, les dije, que esta mi resistencia nazca de tener yo á menos el ser Gobernador de la Rioja! Nada menos que eso! Mientras más pobres y miserables, permítaseme esta expresión, sean los individuos ó el pueblo que me honraron con su confianza, tanto mayor es su mérito para mí y tendré la honra de sacrificarme en su obsequio, pero de un simple auxiliar suyo, y no de su mandatario!»

«Aunque vuestras intenciones sean sinceras, señores, como las creo, les agregué, no lo son las de nuestros enemigos, y podrían creer que este nombramiento era el pasto de mi ambición. ¡Sin duda alguna debéis creer que también tengo la mía, como todos los hombres! Pero esta es más elevada y gloriosa ¡Ambiciono sí, y mucho! A la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos de mi patria, vertiendo por cada uno de ellos una parte de mi sangre, si posible me es, hasta consumirla toda por conseguirlo! Esta es, mis nobles amigos, mi única y exclusiva ambición; ojalá tuviera muchos imitadores.»

El resultado fué que no bastó ninguna resistencia, fuí electo por unanimidad de sufragios, y sin embargo de haberme resistido en presencia de la misma Sala de Representantes, cuando fuí llamado por ella, tuve al fin que aceptar, pero con la precisa condición de que solo sería por el limitado tiempo que se necesitara para arreglar la Provincia, y que desaparecieran los temores que les inspiraba el nombre solo de Quiroga, lo cual exigí que se expresara en la acta del juramento que presté.

Muy luego fué batido y tomado Brizuela por el intrépido comandante Melian. Habían sobrados motivos para fusilarlo á ese hombre peligroso, por su conducta y por el ascendiente que tenía entre la gente de armas llevar de los Llanos; y le habría fusilado si no hubiesen mediado los empeños y ruegos de mi estimado y valiente

Melian, ¡solo él pudo salvarle, pero fué para su desgracia y la de los pueblos, como se verá más adelante!

Luego que me recibí del gobierno, nombré de mi ministro al doctor don N. Cardoso, Cura de la Piedra Blanca en la Provincia de Catamarca, pues era un sujeto de capacidad y muy bien quisto.

Quiroga había inutilizado la Casa de Moneda que había en la Rioja, mandando sacar el cuño y las más principales piezas de ella y enterrarlas en diferentes puntos de los Llanos. Yo salí luego á visitar los departamentos, y contraí todo mi empeño á descubrir dichas piezas para restablecer la Casa de Moneda y atraer á todos los hombres, y lo conseguí al fin, aunque con bastante trabajo, no por otra cosa que por el temor de Quiroga, porque en realidad no era dicho jefe querido de sus paisanos sino temido solamente y en extremo.

Todo el mundo decía en la Rioja que Quiroga tenía grandes tapados ó entierros de dinero, así de las contribuciones que había sacado á los pueblos, con el pretexto de costear á sus tropas que nunca pagó, como del producto de los diezmos, y del comercio exclusivo que solo él tenía de vender carne en toda la Provincia. El gobierno tomó algunas disposiciones á fin de descubrirlos, pero fueron inútiles.

Ya que hemos hablado de diezmos y del abasto de carne en la provincia de la Rioja, daremos una idea exacta del modo como se manejaba Quiroga en dichos negocios, puesto que he sido informado por los mismos vecinos y habitantes de aquel pago.

El ramo de diezmos en toda la provincia de la Rioja no bajaba creo de veinte y tantos, ó treinta y tantos mil pesos anuales, pues se pagaban con religiosidad en todas las Provincias, y allí mejor que en ninguna.

Quiroga era el rematador exclusivo de dicho ramo, desde que se alzó con el cuerpo con que se defeccionó Corro del ejército del general San Martín, en San Juan el año 1820, pues aunque se usaba la ceremonia del público remate, los vecinos solo concurrían á él para

aparentar la legalidad del acto. ¡Presentábase Quiroga, ó en su defecto el que hacía sus veces, y ofrecía por ejemplo, tres ó cuatro mil pesos, ó solo 500, si le daba la gana, por toda la gruesa de diezmos! ¡Seguro estaba de que nadie ofrecería un cuartillo más! Se vencía el tiempo designado para los pregones, y se remataban por lo que él quería! Algunas veces cuando estaba de humor, me dijeron que hacía una postura razonable, pero que esto era muy rara vez.

Pasaremos en el modo de recoger el diezmo del ganado, y demás animales cuadrúpedos. Los mismos propietarios que se los pagaban, eran sus guardianes, le pasaban una relación del número de cabezas que les correspondía dar, y cuidado que era exacta, y les ponían la señal de Quiroga, y después la marca; y seguían así encargados de su cuidado, pero con mucha más vigilancia y esmero que con el suyo propio; de modo que llegaba á suceder que muchos de los estancieros, tenían á su cuidado más ganado de Quiroga, de solo los diezmos, que suyo. Réstame ahora dar á conocer á mi lectores el método que guardaba para abastecer al pueblo de carne.

Quiroga acostumbraba á mandar sus tropas de ganado todos los años á San Juan y aún á Mendoza á invernarlas en los alfalfares para de allí hacer sus remesas á Chile, á Copiapó ó Coquimbo: y traer también el ganado gordo para venderlo con más estimación en la Rioja y demás pueblos de la Provincia.

He dicho que ningún otro que él, podía abastecer de carne al pueblo, y es la verdad; pero faltábame agregar que ningún hacendado podía traer un animal vacuno para el abasto de su familia, sin su expresa licencia; y que cuando se le antojaba negar dicho permiso lo negaba también. ¡Pero cuidado con que el que lo obtenía obsequiase con un cuarto de carne ó un asado á sus hermanos, parientes ó amigos! La multa que el quisiera imponer no había más remedio que pagarla!

Este era Quiroga, y así manejaba á sus paisanos;

pero en medio de estos actos de crueldad y barbarie, tenía cuando estaba de humor, algunos rasgos buenos y de generosidad; pues muchas veces iba algún pobre paisano, ó arriero, á comprarle unas pocas cabezas ó una ó dos yuntas de bueyes ó de reses y le preguntaba por el precio con anticipación; ¡Quiroga mandaba parar rodeo y hacía que el comprador entrara y apartara á su gusto los animales que necesitaba.

Apartadas las cabezas que necesitaba pedíanle el precio para pagarlo, y muchas veces se le antojaba decirles:— «Me ha de pagar V. uno ó dos y por cabeza, y ha de ser en medios ó reales, cordonsillos ó cortados», y así se lo pagaban. También algunos no eran tan felices, pues les pedía mucho más de su valor, y tenían también que pagarlo, ¡Y Dios libre al que le dijera no los llevo porque son caros!

Se pasaron cuatro meses y estaba ya la Provincia tranquila, pero sin perder todavía el terror al nombre de Quiroga que permanecía en Buenos Aires, y había mandado á un oficial pariente suyo en busca de los entierros de dinero que había dejado en los Llanos, y escrito una ó dos cartas á uno ó dos de sus servidores. Ello es que yo tuve aviso y fué preso el oficial comisionado, pero no habiendo podido descubrir nada de él, lo puse en libertad y le dí su pasaporte para que regresara. Paréceme, si mal no me acuerdo, que no quiso regresar y se quedó.

Yo había aumentado el Cuerpo que constaba ya de dos escuadrones, desde que marché de Córdoba para la Rioja: el mayor don Luis Leiva había ascendido á teniente coronel, y el capitán don José Antuña á sargento mayor, pero este se había marchado para Buenos Aires con licencia del general Paz, después de la batalla de *Oncativo*.

Recibí en estas circunstancias, me parece que en el mes de septiembre, un oficio y carta del coronel Videla Castillo, gobernador de Mendoza, avisándome que esperaba una invasión de indios promovida creo ó encabe-

zada por los Aldao, hermanos del Fraile, y pidiéndome le auxiliara con algunas fuerzas: en cuya virtud dispuse marchar en persona con 600 hombres, para cuyo efecto hice reunir dos escuadrones de los Llanos, y llevé además, no recuerdo si cien infantes de la Rioja, esto es de riojanos, pardos del pueblo; pues me fué preciso dejar alguna fuerza de la que había traído de Córdoba, á mi delegado el coronel Plaza, que era el intendente ó vista principal de la Casa de Moneda, que dejaba ya establecida, así de mis voluntarios como de los civicos de Córdoba y soldados del 5° que me habían acompañado á la Rioja.

Advertiré con este motivo lo que se me pasaba ya.

Don Julián Paz, hermano del General, no había querido esperarle en Córdoba, el año 29 y se había marchado á Mendoza, ya fuera por evitar compromisos y la persecución de Bustos, ó ya á objeto de neutralizar al Gobierno de dicha Provincia. Así fué que él se halló en Mendoza cuando la batalla de *San Roque*.

Como el gobernador Bustos, ganó la Rioja después de su derrota en *San Roque* y Quiroga tomó á su cargo el vengarlo, marchando con un ejército sobre el general Paz, pidió aquél su contingente á los demás gobiernos de las provincias de Cuyo. Don Julián Paz que estaba en Mendoza, no descuidó como era natural, en trabajar cuanto pudo de un modo privado, para que el Gobernador de Mendoza no se comprometiera en hacer la guerra á su hermano, que no iba contra las Provincias, sino á libertar la suya, por llamado de ella misma.

Dichos trabajos del hermano del General tuvieron su efecto, sin embargo de que los Aldao estaban por que el Gobierno auxiliara al general Quiroga. Resistióse el Gobierno á mandar las tropas que se le pedían, las cuales había ordenado Quiroga que vinieran á San Luis, pero como después de haberse movido Quiroga de los Llanos en compañía de Bustos, supo que el gobernador Corbalán, de Mendoza, no había mandado el contingente que le había pedido, se dirigió por la otra parte

de la sierra á San Luis y reclamó de allí enérgicamente que lo mandara.

Los Aldao intimidaron al Gobierno é hicieron que éste mandase al Fraile General, con 300 hombres que fué con los que se halló en la batalla de la *Tablada*. Perdida dicha batalla por Quiroga y el Fraile, habiendo salido éste herido, se dirigió el primero á la Rioja y el último á San Luis.

Al momento se había comunicado la victoria del general Paz á Mendoza, y como dicho pueblo fué siempre decidido por la libertad se revolucionó encabezado por un señor Moyano, hermano creol del Teniente Coronel del batallón número 2 que estaba con nosotros en Córdoba, pero antes de esta revolución, habían ya los Aldao, hermanos del Fraile, intimidado al gobernador Corbalán, exigiéndole que fusilara al hermano del general Paz, en represalia de los oficiales de Quiroga, que hizo fusilar el coronel Deheza, el segundo día de la batalla de la *Tablada*; pero á tal extremo, que el Gobernador se vió obligado á comunicarle privadamente á don Julián Paz, el riesgo que corría, para que se pusiera en salvo y aún creo que le facilitó los medios necesarios para evadirse.

El general don Rudecindo Alvarado que se hallaba también en Mendoza, había salido con don Julian Paz para Córdoba, por el Desaguadero, fueron presos por una partida del Fraile, que había llegado derrotada á San Luis. Ello es que ambos corrieron mil riesgos, pero fueron salvados por una partida que mandó Moyano en el acto de hacer la revolución, y conducidos á Mendoza. De lo que resultó que el general Alvarado fué nombrado gobernador de dicha Provincia.

Los hermanos de Aldao parece que ganaron para los indios, dieron cuenta á su hermano y también á Quiroga, el cual con admirable rapidez marchó sobre San Juan.

La provincia de Mendoza estaba toda decidida y se puso en armas, pero la debilidad que mostró el general Alvarado en esa vez, fué la causa porque se sacrificaron

innumerables hombres distinguidos, por el Fraile y sus hermanos según lo dijeron todos, y me lo repitieron en Mendoza el año 41 cuantos individuos traté. Allí cometió el Fraile General los más horribles asesinatos, pero don Julian Paz, que ya conoció que la condescendencia y debilidad del Gobernador Alvarado, conducían á la Provincia al desastroso fin que tuvo, no quiso esperarlo y se marchó para Córdoba, corriendo algunos riesgos, así de los indios como de los montoneros.

Después de la carnicería horrenda que hizo Aldao en el Pilar, fué que llegó Quiroga y levantó el nuevo ejército que fué á perder en *Oncativo*. Explicado ya esto, que se me había pasado, pasaremos á continuar la relación de mi marcha á Mendoza.

Debo prevenir también los reclamos repetidos que hizo la Representación Provincial de Mendoza al general Paz, porque lo mandase á su disposición al fraile Aldao, para juzgarlo ella misma porque se consideraba con mejor derecho que nadie, ya por que era hijo de la Provincia, como por los inauditos atentados que había cometido en ella; pero el General por una caridad mal entendida, en mi concepto, se denegó á todas ellas alegando, creo, que lo guardaba para que lo juzgara el Congreso de la Nación, que no había.

Al tiempo de mi marcha de la Rioja para Mendoza, hube de fusilar á Brizuela por una conspiración que intentó desde su prisión, pero los muchos empeños y ruegos del valiente y desgraciado teniente coronel Melián, lo salvaron otra vez; y fué tal la ceguedad de este jefe que se empeñó fuertemente conmigo para que no lo dejara preso en la Rioja, encargándose él de conducirlo á su lado en la nueva campaña que íbamos á hacer; y como yo le dispensaba una particular estimación, tuve la debilidad de condescender con él.

Llegados al Valle Fértil, que está á los confines de la Provincia, con la de San Juan, tuve noticia de unos pocos partidarios de Quiroga que andaban á monte, hácia el Sud de la Provincia, en sus lindes con la de San

Luis, y estando ya á caballo para marchar, viene Melián acompañado de Brizuela á proponerme que iría él solo con una pequeña partida y acompañado del coronel Brizuela al lugar de la reunión, asegurándome que respondería con su pezcueso de atraer á todos aquellos hombres y dejar para siempre pacificados los Llanos.

Le llamé á parte y le hice mil reflexiones para disuadirlo de su imprudente empeño, pero nada bastó porque el hombre estaba ciego; fueron por fin tantas las seguridades que me dió á presencia del mismo Brizuela, de su completa confianza en él, y de cuán seguro estaba en que cumpliría lo que me prometía, que no hubo más remedio que condescender con él y dejarlo ir, pero en precaución le obligué á que llevara doce Voluntarios con un oficial Taboada, santiagueño.

Marchóse Melián con Brizuela para el extremo de los Llanos, y yo para San Juan. Pero miéntras yo marchaba sucedió en dicho pueblo ó Provincia una revolución, y habían depuesto al gobernador Aguilar, apoyados los de la revolución por el comandante Albarracín jefe del escuadrón de coraceros, ó escolta del general Paz, que se hallaba allí.

Tres ó cuatro días tardé en llegar á San Juan desde el Valle Fértil, y en ellos fué el cambio. Así fué que antes de llegar al río, que está como una legua antes del pueblo, vino una lucida y numerosa comitiva á encontrarnos, no recuerdo si fué el nuevo Gobernador y sus partidarios y con ellos Albarracín, ó si fué esta comitiva de la parte del pueblo que estaba contra el movimiento. Ello es que me detuvieron y guiaron á la primera hacienda que allí se encuentra, obligándome á que parára un rato para tomar un desayuno con mis oficiales y también la tropa, pues todo lo tenían preparado.

No hubo más remedio que condescender; pero al mismo tiempo no faltaron dos ó tres Diputados por la parte contraria del pueblo, pues estaba completamente dividido en dos bandos, á prevenirme que el resto del pueblo me tenía preparada una comida más adelante y

al otro lado del río, y que esperaban que no los desairaría. Aquí me encontré precisado á complacer á ambos partidos, y sin poderme decidir por ninguno hasta no oírlos.

Confesaré sin embargo la verdad: desde que fui avisado por los primeros, del movimiento, mi opinión privada estuvo contra éste, pues había disuelto hasta la Sala de Representantes. Fuimos muy obsequiados pero fué necesario despacharnos pronto, ya porque estábamos precisados á concurrir al segundo convite, como porque era necesario no entrar tarde al pueblo para que hubiera tiempo de acomodar la tropa y la caballada.

Todo el mundo había mostrándonos allí el interés más vivo en complacernos, y muy particularmente á mí que tenían interés en conocerme, pues era la primera vez que iba á aquella Provincia. Yo tuve la felicidad de dejar satisfechos á todos los concurrentes por la agradable franqueza que dispensé á todos, así á los caballeros como á las señoras, y mucho más por el corto como tocante discurso que pronuncié á mis soldados riojanos, recomendándoles el esmero con que debían mostrar al valiente y distinguido pueblo de San Juan, que sus costumbres habían variado enteramente desde el momento en que se vieron libres del terrible caudillo que á todos aterraba, que si algunos males habían experimentado antes, no eran debido á su voluntad, sinó á la del feroz tigre que los oprimía. Mostradles, les dije, que el pueblo riojano, no aspira á otra cosa que á vivir en paz y unión con todos los pueblos, pues sabrá hacerles ver que es el mejor amigo de todos ellos, sacrificándose para ayudarlos toda vez que necesiten de su auxilio. (1).

Pasamos luego donde nos esperaba el segundo y numeroso concurso algo más inmediato al pueblo, y el

(1) «Pierda cuidado mi Gobernador que así lo haremos», gritaron todos los riojanos, y fueron muy aplaudidos. ¡Supieron cumplirlo, pues guardaron una conducta ejemplar!

cual nos recibió con estrepitosos vivas como el anterior, pero con mas esmerado servicio. No pudieron ménos que expresar su agradable sorpresa todos los Jefes y oficiales Riojanos, igualmente que la tropa, al ver el entusiasmo y contento con que el pueblo todo salia á recibirme, y la franqueza y afabilidad de mi trato para con él. No habian visto otro tanto con Quiroga.

No nos fué absolutamente posible dejar de emplear una hora lo ménos, en admitir los esmerados obsequios del pueblo; pero siendo ya cerca de las tres de la tarde ó las dos y media nos marchamos. ¡No he visto en mi vida un recibimiento como el que me hizo el pueblo de San Juan, dividido como estaba en dos fuertes bandos: todos á porfia se habian esmerado en el adorno de todas las calles, y en especial de la que destinaron para la entrada hasta la plaza!

Arcos triunfales ricamente vestidos; magnificas banderas y colgaduras tendidas; repiques generales, vitorres inmensos y abundantes flores que el pueblo esparcia, todo, todo fué prodigado con abundancia. Además una lucida escolta de la juventud y de lo principal del pueblo, habia relevado la mía y rodeaba mi persona. Confieso que entré avengonzado y en cierto modo conmovido, al ver tan extremado entusiasmo, y las consideraciones que se me dispensaban!

Llegado á la plaza me encaminaron á la casa del Gobierno que era la de don Gerónimo de la Rosa, diciéndome que descuidara por el alojamiento de mis tropas, que eran más de 600 hombres, pues habia llevado á más de un escuadrón de mis voluntarios, cuatro de los Llanos, fuera de la infanteria.

Cuando me desmonté del caballo en el patio de la casa del Gobierno que serian las tres de la tarde, estaba todo él y la plaza, llenos de un inmenso gentio de todas clases y sexos. Así que fuí introducido á la sala, que estaba igualmente llena de señoras y caballeros de lo principal del pueblo, me ví circundado de todos, pues se disputaban la preferencia para abrazarme.

Apenas hubieron concluido estos, cuando pedían á voces los innumerables que estaban agolpados en la puerta y el patio, que se les diera lugar para tener el gusto de conocerme y abrazarme. Tuvieron, pues, que cederles el lugar, los que estaban adentro, y fueron sucesivamente satisfaciendo todos sus deseos, de verme y manifestarme su aprecio, y saliéndose para dar lugar á que otros entraran.

Basteme decir; que invertí dos horas largas, en recibir y dar abrazos á toda clase de gentes, de pié; pues todos pedían á voces que se les concediera igual permiso, y tuve que acordarlo apesar de las repetidas instancias de muchos de los principales, para que se retiraran y me dejaran descansar. «¡No señores, díjeles, dejen Vdes. que todos satisfagan su deseo, que yo tengo igual honra en abrazar al ricó como al pobre, al negro como al caballero!» Estrepitosos vivas resonaron en todo el salón y patio á estas mis espresiones, y tuve que continuar saludando á todos!

Apenas medio se despejó un poco la sala, cuando traté de aprovechar el momento para salirme, con el pretexto de que queria ir á ver el alojamiento que se habia destinado á mi tropa y dar las disposiciones necesarias. Varios de los señores que estaban presentes y que me consideraban cansado de tan larga permanencia de pié, y de tantos abrazos, aprobaron mi pensamiento y salieron conmigo al patio para acompañarme á montar, é ir al cuartel; pero aquí fué preciso hacer otra nueva pausa, y continuar en el mismo ejercicio que adentro; pues habian muchos á quienes no les habia sido posible todavia entrar.

Despejado en fin, un poco el patio, monté á caballo con algunos señores y mis ayudantes, y nos dirigimos á los cuarteles que solo revisé de á caballo, pues el sol iba ya á ponerse, dí las disposiciones necesarias para que nadie saliera del cuartel, después de saber que nada les faltaba, y fuí conducido á la casa que se habia preparado. Cuando llegué á ella, habíase puesto el sol,

y estaba el patio lleno de gente del pueblo que aún no me había visto, y deseaba disfrutar del mismo beneficio que había concedido á los demás.

¡Fuéme preciso acordarlo con afabilidad, y tuve que estar abrazando á todos, hasta que cerró la noche, en que pude recién sentarme á descansar en un sofá!

Un cuarto de hora acaso habría gozado de descanso, tomando algunos mates con los pocos señores que me acompañaban, cuando se presenta una diputación de caballeros de parte de uno de los dos bandos en que estaba el pueblo dividido, á pedirme á nombre de todos el que aceptara el Gobierno de la Provincia, renunciando el de la Rioja.

«Señores, díjeles, nada me sería tan honroso como el aceptar el puesto que se me ofrece, por un pueblo que acaba de darme las más relevantes pruebas de su estimación y aprecio, sin conocerme, ni haberme hecho digno de él! Pero advertid señores que su mismo interés me lo manifestó, antes que vosotros, el pueblo riojano, y solo en fuerza de él, me ví precisado á aceptarlo! Conoceis, pues, que no me es posible complacer á este pueblo sin cometer la más negra ofensa contra aquél!»

Pero señor Gobernador, me replicarón.—Será posible que tan poco valga en el concepto de V. E. el pueblo de San Juan, que tan de corazón le aclama por su Jefe, que se resista á complacerlo por solo el infortunado gobierno de la Rioja? No le proporcionaría este pueblo, mejores comodidades y goces que el de la Rioja, para que pueda trepidar en su elección?—«¡Grande es quizá, señores, como decís, la diferencia que hay de un pueblo á otro! Y es por lo mismo que no cometeré el crimen de abandonar á los riojanos, por solo mejorar mi posición, aceptando la honra que me proponéis! ¿Que diríais vosotros si después de haber yo aceptado vuestro nombramiento os dejara mañana, por ejemplo, por ir á mandar al pueblo de Buenos Aires?»

Nunca, señores, podré yo olvidar, les dije, la honrosa

recepción que me ha hecho el pueblo sanjuanino, y que acaba de confirmarla con esta su demanda! Pero permitidme por las razones expuestas, que me excuse de aceptarla, pues me consideraría indigno de vuestra estimación si me prestara á complaceros, por solo mejorar mi posición!»

En este debate estábamos cuando se presentó otra 2ª petición por la otra mitad del pueblo, concebida en los mismos términos, y solicitada por otra diputación compuesta de personas respetables. No bastaron todas las instancias que me hizo la 1ª y tuvo que retirarse para dar lugar á la 2ª.

Excusado es referir, las muchas razones con que fui instado por esta 2ª diputación, para que aceptara el mando, como también mil alegatos para acusarme.

Híceles conocer que el interés único que me habia obligado á emprender aquella campaña, era el de favorecer á la provincia de Mendoza, que estaba amenazada por los bárbaros encabezados por los Aldao: que con esta mi cooperación, creía también favorecer á la de San Juan, pues no dejaría de ser participe de las desgracias que sobrevendrían á Mendoza, si yo me mostrase indiferente.

Propusieronme entónces que harían inmediatamente un propio al coronel Videla Castillo, gobernador de Mendoza, avisándole mi llegada y el objeto de mi marcha asi como la posición en que se encontraba San Juan, y la demanda del pueblo para detenerme.—Si la marcha del gobernador á Mendoza, agregaron, no fuese tan urgente como creémos que no lo sea ya; podrá tener lugar su demora, y ella sola contribuirá á que nos arreglemos, encargándose mientras tanto el señor Gobernador, del cuidado de este pueblo, puesto que todo él le proclama por tal.

Apurado era el conflicto en que me ponían, y en el que se encontraba aquella Provincia. Habían varios presos políticos de alguna importancia, entre ellos el coronel sanjuanino, don Ventura Quiroga y el doctor

don Ignacio Bustos, cordobés, enemigo acérrimo de nuestra causa, que había sido causante de grandes desgracias en el pueblo, ya como ministro del gobierno anterior á la pérdida de Quiroga, ya también como encargado provisoriamente del Gobierno.

Contra estos dos, precisamente, había una grande prevención en la mayoría de todo el pueblo, pero no faltaban tampoco, quienes se interesaran por el primero.

Me fué, pues, preciso determinar y dar cuenta por un propio inmediatamente al gobierno de Mendoza, avisándole las poderosas razones que me detenían para complacer al pueblo, contribuyendo á su tranquilidad y exigiéndole al mismo tiempo, me comunicara sin demora en caso que considerase necesaria mi pronta marcha, para volver, si era posible en su auxilio.

El propio partió, creo en la misma noche, sin acordarme la fecha del día, pero si recuerdo que á la tercera noche, estaba ya conmigo en San Juan, el gobernador Videla Castillo, acompañado del general Rudecindo Alvarado, habiéndome asegurado que habían desaparecido los temores de la invasión, con mi aproximación, que podía sin dificultad alguna encargarme del Gobierno, para tranquilizar aquella provincia y unir los ánimos de todos; tuve al fin que aceptar provisoriamente el mando de la Provincia.

Antes de la llegada del gobernador de Mendoza, me había dado el pueblo un gran baile: se repitió otro á la llegada de dicho Gobernador. No recuerdo si fué en este ó en otro, que se repitió después, cuando se interesaron todas las señoras por la libertad del coronel Quiroga y la concedí. Ello es, que en el corto tiempo que permanecí allí á la cabeza del Gobierno, logré unir los dos partidos y tranquilizar el pueblo.

Mientras tanto, hubieron muchas personas del pueblo que se interesaban por que yo mandara sorprender la casa en que estaba la señora del general Quiroga fuera del pueblo y le embargara ocho ó diez cargas que

me aseguraban tenía en su poder de plata labrada, alhajas y dinero. Yo me negué, diciéndoles que no era propio que el Gobierno cometiera semejante atropello con una señora, pues harta era su desgracia en tener por esposo á un hombre como Quiroga, para que fuera á aumentársela, despojándola de lo que tenía.

El doctor Bustos que seguía preso, trabajaba eficazmente por seducir á la tropa que lo custodiaba para fugarse con la guardia, coincidía esto con el habersele sorprendido algunas comunicaciones y descubierto sus miras sediciosas,—le hice poner una guardia de voluntarios.

En una de estas noches, en que hacía el servicio en el principal, una guardia de voluntarios, había recibido dos partes del teniente Coria, que la comandaba, de que había riesgo de que se fugara el doctor Bustos, pues le había observado por repetidas veces estar seduciendo á los centinelas que tenía á la puerta de su cuarto, y aún al cabo ó sargento de la guardia por lo cual le era preciso estar con la mayor vigilancia.

El primer parte me había mandado por escrito á la casa de Gobierno, que estaba inmediata á la guardia del principal en la misma plaza, pero el segundo parte vino á dármele el mismo oficial, tarde ya de la noche, estando dormido, previniéndome que había visto pasar por la esquina opuesta de la plaza, algunos hombres á caballo después de haberse detenido por un momento, y que el preso había repartido algunos pesos á dos ó tres centinelas, que esto me lo avisaba para que tomara las medidas que juzgara conveniente.

El expresado Bustos, era un malvado que había sacrificado á muchos del pueblo, contribuyendo á que se sacrificaran varios otros sujetos en Mendoza, á fuerza de sus instancias, por consiguiente no debía trepidar en mandarle levantar un sumario y fusilarle. Por otra parte, paréceme que el general Paz me lo había pedido desde Córdoba; temía que por su condescendencia lo salvara, á este jóven tan travieso y sanguinario. ¡Esta consideración sobre todo, fué la que me resolvió á cometer un

acto que en fuerza de mi buena fé no puedo menos que llamarlo bárbaro, declararlo sobre todo, pues me he propuesto relatar la verdad y no quedaría tranquilo, si la disfrazara!

Le ordené al oficial Coria, que previniera al centinela que lo relevara al de la puerta del preso, que se prestara á la seducción que le hiciera, aún se bajara con él, si le invitaba á fugarse, que si tal sucedía, estuviera muy vigilado, para que al tiempo de ganar la calle le disparase cuatro tiros, gritando á la guardia, pero que cuidara de que no se trasluciera semejante intriga, pues debería indagarse al siguiente día por un sumario.

Dada esta orden, se marchó el oficial á su guardia, y quedé esperando el resultado en mi cama. ¡Principiaba ya á tomarme el sueño, pues había pasado como una hora ó poco más, después que se marchó el teniente Coria, cuando sentí los tiros y los gritos á la guardia, que me estremecieron y me horroricé yo mismo de haber dado semejante orden!!! ¡Al publicar este único hecho bárbaro en toda mi vida, no puedo menos de experimentar un cierto desahogo!

Vínome el parte al momento, de haber sido sorprendido Bustos en su fuga, al tiempo de montar á caballo y de haberle muerto con unos tiros que le dispararon, fuera ya de los portales del cabildo. Mandé inmediatamente relevar al oficial de guardia, ponerle preso mientras se esclarecía el hecho, y que se reconociera el cadáver para proporcionarle los auxilios necesarios si estuviera vivo y como resultó estar ya muerto, ordené que pidieran así que amaneciese una tumba á la Caridad ó convento de San Francisco, para conducirlo á la iglesia para que lo sepultaran.

Había sido el desgraciado, un libertino de marca mayor y cometido algunas tropelías, me parece con los Padres,—contestaron que no había tumba; que lo conducieran en una carreta. ¡Nadie facilitó tumba; tal era la prevención que había contra ese desgraciado! Por la mañana ya con el sol alto, lo habían conducido en una carre-

ta y sepultado! Se mandó luego levantar un sumario para esclarecer el hecho, resultando justificada la fuga del reo, la seducción del centinela, fué puesto en libertad el oficial, declarado culpable el soldado, pero para salvar á este le hice proporcionar su fuga y quedó con ella libre del servicio.

No permaneci en San Juan arriba de 12 ó 13 dias, pues había recibido aviso del coronel Plaza, mi delegado en la Rioja, del asesinato del teniente coronel Melian por los pocos llanistas sublevados, y de haberse Brizuela ido con ellos á los montes. Dicho aviso me lo daba el coronel Plaza desde Olapes, creo un lugar de los Llanos; y me decía también, que un Carballo, cordobés, avecindado cerca de la casa del general Quiroga en los Llanos, había apresado á un tío del General, que era el sabedor de los tapados ó entierros de dinero; y que no quería mandar á descubrirlo hasta que yo llegara.

Con motivo, pues, de la desgracia del comandante Melian, traté inmediatamente de regresarme á los Llanos, para no dar tiempo á Brizuela á fortalecer su reunión.

Convoqué á la Sala que había sido disuelta por la revolución; y así que estuvo reunida, como así mismo toda la parte principal del pueblo que hice convocar, me presenté ante ella y la declaré instalada; híceles ver las funestas consecuencias que pudo haber traído á la Provincia, y quizás á las demás, el paso poco meditado que habían dado, de deponer al Gobernador y disolver la Sala: díle las gracias más expresivas, y en ella á todo el pueblo, por la inmerecida estimación y confianza que me habían dispensado, sin conocerme: les recomendé la más estrecha unión entre todos, y exhorté al pueblo á que respetara la obra de sus manos, por el tiempo designado por la ley,—á sus Representantes! «En ellos deposito les agregué, el mando que la voluntad unánime de este pueblo, me habían confiado interinamente, y si me es permitido aconsejaros, confiado en que habeis ya olvidado vuestras pasadas discusiones; os diría que debeis llamar al señor Gobernador depuesto, y devolverle

el mando de que fué despojado sin las formalidades de la ley ó hacer lo que fuere del agrado de vuestra honrabilidad».

«Yo me retiro señores á llenar los deberes que me impone el puesto que acepté en la provincia de la Rioja; pues el bárbaro caudillo á quien salvé la vida por solo las instancias del intrépido y distinguido teniente coronel don Pedro Melián, que se había declarado su protector y amigo; acaba de asesinarle del modo más brutal, y unirse á los pocos malvados que iban á contener! El castigo de un hecho tan feróz y bárbaro, interesa tanto á la Rioja como á esta Provincia; y yo marchó confiado en que tomareis las más prontas medidas para que sea perseguido también por esta parte, pues si él lograrse fortalecerse, no estaríais vosotros seguros».

Fué aceptada con entusiasmo, por todos, esta mi determinación; y la Sala llamó inmediatamente al Gobernador depuesto, y lo puso en posesión del mando de la Provincia. Libró dicho Gobernador en el momento, las órdenes necesarias para el apresto de los auxilios precisos para la marcha, y me parece que mandó dar un socorro á la división al siguiente día. También dispuso la salida de una fuerza de caballería, para perseguir á Brizuela por aquella parte, en combinación con las fuerzas que yo destacara de los Llanos.

El gobernador Videla Castillo, habíase regresado después de uno ó dos días de permanencia en San Juan, y quedándose el general Alvarado que debía pasar para Salta.

Yo marché al siguiente día de haberse recibido el Gobernador propietario, acompañado por éste; y por una lucida reunión de lo principal del pueblo, hasta alguna distancia; de allí me despedí de todos asegurándoles que en todo tiempo sería el mejor amigo del pueblo San Juanino, y llevando aumentado mi Cuerpo con algunos voluntarios del pueblo.

Á mi salida de San Juan que fué á principios de Octubre, creo, recibí un propio de Córdoba en que me avisaba el General la llegada de mi familia, y me adjun-

taba una carta de mi señora. Había salido de Buenos Aires sin mi conocimiento, y sin embargo de la repugnancia que le mostraron sus padres, guiada solo por su estremado cariño. Grandes eran los deseos que yo tenía de verla tanto á ella como á mis tiernos hijos, pero no ciertamente en aquellas circunstancias en que nada teníamos seguro. ¡Cuántas desgracias á experimentado mi pobre familia, por este viaje inconsiderado, y cuantos males á sufrido mi Patria!

¡Solo yo puedo calcularlo, pues nadie como yo podrá saber cuanto debilitó mi acción en los lances de mayor peligro, el verme rodeado de unas prendas tan queridas!

Solo los que de buena fé me conocen, que son pocos, podrán valorar cuanto pude haber hecho en Córdoba después de la caída del general Paz; y cuanto más antes y después de la batalla de la *Ciudadela*, sino me hubiera visto embarazado por élla! (1).

Esa guerra de montonera ó de recursos, que tanto se ha usado en nuestro país, nadie á podido hacerla con mejor suceso que yo; porque ninguno á contado con más simpatías y afecto en las masas de los pueblos, que yo. ¡Toda mi carrera lo está mostrando! Pero no he tenido en mi vida otra proporción de hacerla, que aquella en que me ví estorbado por la familia!

¡Que había sido de Quiroga, después de la batalla de la *Ciudadela*, si el desgraciado general don Javier Lopez y el gobernador de Tucuman don José Frias, hubiesen sacado mi familia del pueblo, como pudieron y debieron hacerlo por su propio interés, no digo por el mio! Solo el que no haya tenido ojos, ó carecido de sentido podia desconocer esta verdad!

Pido á mis lectores su indiferencia por estas mis reflexiones, que son hijas solo de mi positivo convencimiento, y de mi más ardiente patriotismo. ¡Ojalá que ahora

(1) ¡Lopez y el gobernador Frias, habían sacado sus familias y dejado la mía! Cuando salté del cerco, y fui á buscarla; estaba ya bajo de trincheras, no pude salvarla!

en mi vejez se me proporcionara la oportunidad de mostrar con mis hechos, que puedo hacer más obrando que hablando, por mi Patria! Sigamos.

Llegado con la división á la punta de Ambil, me encontré allí con mi delegado el coronel Plaza, con Carballo y el tío del general Quiroga que lo tenían preso, y esperando, solo mi llegada, para que fueran á descubrir el tapado. Dí las disposiciones necesarias para que fueran á perseguir al coronel Brizuela; mandé al capitán de voluntarios French con 25 hombres en compañía de Carballo y el tío de Quiroga, para que condujeran las cargas de dinero á la Rioja, y me marché con Plaza á la capital.

No recuerdo si á los dos ó tres dias de haber llegado á la Rioja, recibí un aviso del descubridor Carballo, previniéndome, que en esa tarde entraría con las dos cargas de dinero que conducían, pues eran las únicas que habían encontrado, é ignoraban el caudal que ellas contenían. Llamé al Ministro de Gobierno, y no sé si dos ó tres vecinos, y entre ellos el tesorero don N. Rincon para que estuvieran presentes al recibo de las cargas.

A poco rato de haber llegado el aviso se presentaron el Capitán y el Comisionado descubridor, con una carga de surrones de dinero, retobados en cuero fresco, negro, y otra de cajones; el uno de ellos también retobado con cuero fresco del mismo color, y el otro perfectamente seco, como lo guardó su dueño.

Preguntado porque venían los dos surrones y el cajón con retobos frescos, dijéronme que al desenterrarlos y quererlos sacar, encontraron los retobos deshaciéndose de podridos por la humedad, y que el cajón hubo de desfondarse al quererlo alzar; razón porque habían tomado la precaución de retobarlos allí mismo, con el cuero de una vaquillona que habían carneado para la tropa.

Confieso que esta respuesta me satisfizo (1). Abrié-

[1] ¿Cómo ofender á este hombre y al Oficial con indagación? dije entre mí.

ronse primero los surrones, y se encontró un talego de lienzo grueso en cada uno de ellos, muy bien amarrado y con un papelito dentro de cada uno, con esta inscripción: «1.500 pesos», pero todos ellos en pesetas y cuartos de moneda cortada.

Se abrió en seguida el cajón del nuevo retobo, y se encontró en él, no recuerdo si doscientas onzas de oro colocadas encima en dos rollos, y todo el resto, de pesos fuertes. El coronel Plaza que era el que contaba el dinero, no recuerdo si con el tesorero ó con uno de los vecinos, agarraron todas las onzas y las metieron debajo de mis almohadas, pues la pieza en que se contaba el dinero era mi dormitorio, diciendo:—«Mi Gobernador esto le corresponde á Vd. de justicia» «¡No señores, díjeles, la pátria tiene más necesidad que yo», y sacando todas las onzas de debajo de las almohadas las puse en la mesa!

—«¡No sea Vd. majadero, señor Gobernador, contestaron todos, Vd. tiene familia, y ha servido á la pátria como pocos, y no ha cobrado por cierto sus sueldos ni con esta miserable cantidad», y levantando nuevamente las onzas las colocaron como antes!

—«Es en vano que Vds. se empeñen, díjeles; necesitamos de dinero para marchar con el ejército á libertar la Capital. ¡Salvémosla primero y entónces yo quedaré contento con lo que la pátria quiera darme!» En vano me instaron todos nada quise tomar.

Abrióse el otro cajón que todos juzgábamos fueran de onzas, por lo bien cuidado que se había conservado, y solo tenía no recuerdo si dos mil doscientos pesos fuertes. Ello es que por todo, hacía la cantidad de doce mil y pico de pesos, me parece, pues no recuerdo con certeza.

Al descubridor Carvallo que había sido el que obsequió al tío de Quiroga, que era el depositario de los entierros y andaba oculto por los montes, le dí no recuerdo si 30 onzas de oro ó más, y al viejo ocultador del dinero no recuerdo lo que le dí, estimulándolo con

que le daría algunos miles de pesos si me descubría la gran suma que decían todos tener oculta Quiroga.

Yo debía pasar inmediatamente á la costa de Arauco y al mineral de Chilecito, á recorrer y visitar aquellos Departamentos; y como se acercaba ya el tiempo en que debían las Provincias mandar al ejército el contingente de tropas que cada una había ofrecido al General para ir á salvar Buenos Aires del poder de Rozas, y de los indios bárbaros sus aliados, que los tenía acampados en la campaña y aún de guarnición en el pueblo, escribí á don Joaquin Castro comerciante de San Juan, encargándole no recuerdo si 200 ó más tercerolas y otros tantos sables, para armar el cuerpo de voluntarios y mi escolta de riojanos, como así mismo uniformes para todo el Cuerpo, lo cual debía traerlo de Chile á la mayor brevedad.

Di una buena cuenta á la tropa, y marché para la Costa con mi escolta, dejando al coronel Plaza encargado del Gobierno; y habiendo mandado á Córdoba á mi ayudante y hermano político don Domingo Diaz Velez, para que condujera mi familia y llevándole á mi esposa doce onzas de oro, que fué lo que tomé por mi sueldo de Gobernador.

El resto del dinero del tapado, lo llevaba conmigo con el fin de habilitar á los mineros de Chilecito para que pudieran con más facilidad adelantar sus trabajos en las ricas minas de aquel lugar.

Había vuelto yo de Arauco y me hallaba en Chilecito en casa del doctor Gordillo cura y vicario de aquel lugar, cuando se me presentó un própio de la Rioja á escape y dando vivas á la patria, por haberse descubierto otro más grande tapado de dinero perteneciente á Quiroga. Abro la comunicación y me encuentro con el siguiente aviso de mi delegado.

«Mi Gobernador y amigo: Ha descubierto nuestro activo y recomendable Carvallo, un gran entierro de mil onzas de oro y no recuerdo cuantos mil pesos en plata, ni sé si me decía el número, pero si el de las onzas. No

he querido que se toque ni traiga al pueblo, hasta que Vd. venga, y lo espero cuanto antes. Celebramos con todos los concurrentes tan plausible nueva, y les indiqué allí mismo el pensamiento de establecer un banco de rescate en Chilecito, compuesto de accionistas, para el rescate de pastas y fomento de las minas, ofreciendo que el Gobierno pondría 12 acciones de mil pesos cada una, cuyo pensamiento fué muy aplaudido, y fueron varios los que se ofrecieron á tomar parte en dicho establecimiento. Páreceme que dejé allí algún fondo á un vecino comisionado, para el rescate de algunas pastas, y que llevé también algunas libras de oro que cambié para la Casa de Moneda.

Me marché al siguiente día muy temprano para la Rioja, avisando á Plaza que al día siguiente me tendría por allá. Pasé creo la primera noche, en la hacienda de don Nicolás Dávila, ó en la de don Domingo García, y llegué al siguiente día á la Rioja.

El coronel Plaza que sabía la hora en que debía yo llegar, desde el día anterior, había dado ya las órdenes á Carballo para que viniera con las cargas de dinero, y á las pocas horas de haber yo llegado, vino el aviso de estar las cargas cerca.

Mandé inmediatamente llamar al Tesorero, al Ministro de Gobierno doctor Cardoso y varios otros vecinos del pueblo para que presenciaran el recuento del dinero.

Cuando llegaron las cargas estaban ya todos reunidos, y en presencia de todos ellos se fueron abriendo los cajones, vaciándolos en una gran mesa, contando el Tesorero y acomodándose en una punta de ella; primero las onzas que eran 994, y todo el resto en pesos fuertes, pero sin recordar fijamente la cantidad; solo si recuerdo que no pasaría la suma de este tapado, de 28.000 pesos.

Así que se hubo contado todo el dinero en presencia de los que habían sido llamados al efecto, mandé que el Tesorero lo acomodase todo en bolsa, hice nombrar en seguida una guardia de Oficial, y mandé que el Tesore-

ro cargase con todo el dinero y lo condujera á las cajas de la Tesorería, seguido de la guardia, Este fué el paradero que tuvo todo el dinero descubierto del general Quiroga; y del primero que había yo llevado á Famatina ó Chilecito, le pasé una cuenta circunstanciada de su inversión, pues había dado 200 pesos á cada una de las familias, no sé si de seis ú ocho vecinos principales á quienes Quiroga había fusilado á su vuelta derrotado de la *Tablada*, y también el recibo del dinero que había mandado á San Juan para la compra del armamento y vestuario.

Yo sabía ya desde mi regreso de San Juan por cartas del general Paz, que Quiroga se disponía á salir de Buenos Aires con una fuerza de 300 hombres de los que había llevado de *Oncativo*, y algunos facinerosos que se le dieron por orden de Rozas para completar dicho número con destino á Mendoza; y dicho aviso lo tuvo el General desde Buenos Aires, mucho tiempo antes de haber salido Quiroga. El Congreso de agentes de las Provincias se hallaba ya reunido en Córdoba, y había nombrado al general Paz, Protector Supremo de dichas Provincias, y estaba designado el contingente de tropas que cada una mandaría al Protector para el aumento del ejército al objeto de salvar á Buenos Aires, y que se nombrara un Congreso para que revisara la Constitución que había dado el anterior, ó la mandara á las Provincias para que la adoptaran. Esta era la opinión mas pronunciada en todas, con tal que no fuera Buenos Aires la capital.

Convencido pues yo, de que esto era el deseo de las Provincias y que todos querían mandar cuanto antes sus contingentes para libertar á Buenos Aires, y que se reavivara dicho pensamiento, propuse al general Paz, así que recibí su carta en que me comunicaba el pensamiento de Rozas, de mandar á Quiroga á Mendoza, que me dejara salir á esperar á Quiroga al Rio 4º, con solo los riojanos y mis voluntarios; y me acuerdo que empleaba en dicha mi carta un antiguo y comun adajio. *La cu-*



Jose M. Hernandez



ña para que sea buena ó de ser del mismo palo General le decía : déjeme Vd. salir con los riojanos á esperararlo, que yo le aseguro con mi cabeza que él no pasará.

El General ofendido de esta mi indicación, me contestó me acuerdo una carta bastante seca, diciendo:—¡No es dado á los Jefes subalternos, el indicar los movimientos que deben hacer los Generales! No tenemos los recursos bastantes para pedir todavía los contingentes, y se yo lo que tengo entre manos!

Ofendido yo de semejante hinchada contestación, á un compañero que deseaba y podía ayudarlo, mejor que ningún otro, díjele en respuesta por otra carta:—«¡General, si lo dice Vd. por temor de que vaya yo á consumirle las vacas de su Provincia con mis riojanos; no se afija Vd. por ello! Yo llevaré cuantas necesito por dos meses, pues lo que yo quiero es castigar á ese bárbaro con sus propias armas, y que no perdamos el tiempo! No se fie General de las promesas del nuevo gobierno de Buenos Aires! Mire Vd. que lo engañan con promesas, así él como el de Santa Fé, y que así que lo consideren á Vd. en peligro, han de ser los primeros en declararle la guerra! No desprecie Vd. General por Dios, los consejos y las indicaciones de su mejor amigo!»—Sobre todo, me acuerdo que le dije en dicha carta—«Si Vd. me hace la injusticia de creer insuficiente el contingente de la Rioja para batir á ese miserable, haga Vd. mover el gobernador Videla Castillo con el de Mendoza, pues siendo dicha Provincia de mayores recursos que la mía, mayor debe ser su contingente, y tiene además un batallón de infantería».

Nada de esto bastó para que este presumido y hábil General, por que así es preciso decirlo, sin que sea mi intento ofenderle por que nadie lo aprecia como yo, aceptara ninguna de mi dos indicaciones. ¡Más adelante verán mis lectores las funestas consecuencias del desprecio de estas mis previsoras indicaciones!

Mandé al general Paz, no recuerdo si doce mil pe-

sos, más ó menos, para auxilio del ejército, del producto de los entierros descubiertos de Quiroga! Al banco que establecí de rescate en Chilecito ó Famatina, 12 mil pesos para el fomento de las minas: al gobernador de Catamarca don Miguel Diaz de la Peña, no recuerdo cuantos miles de pesos para que despachara prontamente su contingente á Córdoba; pero si creo, que no baja de tres mil ó más pesos.

En estas circunstancias estaba yo contestando á las comunicaciones que había recibido del Protector desde Córdoba, por el correo; y al aviso que había recibido de mi señora, que venía ya en marcha para la Rioja. Advuértase que el conductor de la balija había traídome unas cuantas botellas de una medicina que le había yo pedido al general Paz; y que en el camino había tenido que abrir para administrar una dosis á un enfermo de peligro.

Estaba yo escribiendo cuando entró, unos de mis ayudantes con las referidas botellas que le había entregado el correo, y me preguntó donde las ponía. Sin levantar yo la vista, díjele al ayudante, póngala Vd. en esa mesa, (había una gran mesa al frente arrimada á la pared.) El ayudante conforme había de poner la botella abierta, separada en el suelo, pónela sobre la mesa y las cerradas abajo; pero sin yo notarlo, ni él advertirme.

En la mesa grande en que paró la botella abierta, había casualmente una botella de vino empezada que había quedado la noche anterior después de la cena.

Eran ya más de las dos de la tarde, y seguía yo escribiendo para despachar al propio que iba á encontrar á mi familia; cuando entró un criado mio á decirme que estaba ya la comida. Yo me hallaba solo en aquella circunstancia pues mis ayudantes habían ido á comer á otra parte. «Pon aquí mismo el mantel y alcanzame la comida», díjele al negro: puso en efecto el mantel y cubierto, y yo seguí escribiendo.

Habíanme mandado de Tucumán un hermoso queso

de Taffí, y el criado hablame hecho de comer unos huevos estrellados con tomates &ª. y un buen plato de chatasca ó charqui creo preciso hacer esta prolija explicación para que se comprenda el peligro que corrí.

Póneme el criado por delante, en primer lugar el plato de huevos, y mando traer el queso para probarlo, comí con apetencia, y pedí al negro que me alcanzara la media botella de vino que había sobre la otra mesa.

Conforme había de tomar el negro la botella de vino, tomó la del remedio y me la alcanza sin yo advertirlo, ni acordarme de semejante cosa. Sírvome media copa de un regular tamaño, y tomo; pero al servirme advertí que no era la media botella que había quedado la noche antes, y se me ocurrió que Plaza ó algun otro amigo hubieran mandado aquella botella, más no se me ocurrió el preguntar al criado.

Tomado el vino, lo encontré muy bueno, y juzgué ser de los vinos que se hacen en Tinogasta, hacienda de don Nicolás Dávila, que son muy ricos: corto un pedazo de queso en extremo mantecoso y rico, lo tomo con agrado y me sirvo otra media copa de vino, que me había agradado por ser dulce.

Ello fué que yo tomé más quesó, la chatasca y no se que otro plato; gustando tras de cada uno, un buen trago del rico vino que juzgaba haberme sido mandado por algun amigo. Acabé de comer, y hablame tomado dos terceras partes de la botella, lo menos y continúe escribiendo.

Aparece á poco instante Carballo, el descubridor de entierros de dinero, con no recuerdo que solicitud para que se le decretara. Le había mandado sentarse mientras decretaba su pedido, cuando al tiempo de entregárselo despachado, y al retirarse siento una gran descompostura de estómago y le digo: «Pida Vd. á uno de mis ordenanzas que me alcance un poco de agua tibia, que me he descompuesto». Él que salía á la puerta para llamar al ordenanza, viéneme una gran descompostura de

estómago: lo grito y por señas viene en mi ayuda para sacarme del conflicto.

En el acto de haber provocado, conocí el remedio que había tomado en lugar de vino. Siento toda mi máquina descompuesta y salgo afuera, apenas había llegado á un jardín que había yo preparado para mi señora, cuando me atacan calambres y dolores mortales por todo el vientre y el cuerpo; quédome abrazado de un poste. Corren los ordenanzas al verme en este estado y me conducen cargado á mi cama.

Empezó la excesiva dosis del remedio que había tomado, á descomponerme sin conseguir que por un instante cesaran los calambres mortales por las piernas, brazos y cuerpo. Toda la casa se alborota, corren al cuartel los soldados; se les ocurría que me habían envenenado. Toda la tropa acude á mi casa, al mismo tiempo que el pueblo; la primera grita y vocifera por las calles:

— «¡Si nuestro Gobernador muere, vamos á pasar á cuchillo al pueblo, que lo ha envenenado!»

¡Figúrense los lectores la consternación que mi estado y las voces de la tropa produciría en todo el pueblo y en ella misma!

Mi casa, y aun mi habitación, estaban atestadas de gente, y yo esperaba por instantes la muerte, pues la veía á cada paso.

Pedí al momento un confesor, pero los excesivos calambres y continuados efectos de la medicina no me permitían un solo instante de reposo. ¡Nada me era tan mortificante como la idea de que iba á morir sin tener el consuelo de ver á mi señora y á mis tiernos hijos, que se hallaban á pocas leguas de distancia en aquellas circunstancias!

Había ordenado al principio que sacaran de mis petacas una obra científica, para que vieran lo que debía tomar para calmar los efectos de la excesiva dosis que había tomado, pero todo fué en vano, porque no cesaban los dolores, y los calambres mortales iban en aumento.

¡Eran mas de las diez de la noche, todo el mundo estaba en una grande agitación; yo muriendo y clamando al cielo que solo me permitiera estrechar en mis brazos á mi amada esposa y mis tiernos hijos!

Ocurriósele en estas circunstancias al padre Cernadas, guardián de San Francisco, mandarme bañar y frotar todo el cuerpo con una especie de sangria de afrecho de trigo un poco correoso. Lo mismo fué principiarme á frotar y empapar todo el cuerpo con esta preparación que no recuerdo si tenía algún otro agregado, cuando comencé á respirar, pues empezaron á retirarse los calambres.

Vine, por fin, á quedar libre de ellos y tomar el sueño, después de la una ó mas de la mañana. Toda la concurrencia se pasó en vela toda la noche, pues á mas de que merecía el aprecio de todo el pueblo, que sentía en extremo el verme en aquel estado; el temor por las amenazas de toda mi tropa, no les permitía retirarse.

Después de haber dormido tranquilamente hasta mas de las seis de la mañana, recordé muy despejado y sin ningún dolor y me levanté contra la oposición de todos; como me sintiese bueno, aunque un poco debilitado, púsememe á concluir mi correspondencia para el general Paz y la despaché.

Al siguiente día bien temprano, púsememe en marcha al encuentro de mi familia, y tuve el gusto de reunirme á ella como á las 11 de la noche, poco mas allá de la Hedionda, en donde la encontré durmiendo. A la madrugada siguiente nos pusimos en marcha y llegamos á la Rioja al anochecer, pues había más de 30 leguas y fué grande la aflicción de mi señora cuando supo el riesgo que había corrido dos días antes.

Mi familia fué muy bien obsequiada por todo el pueblo, después de haber salido varias familias de lo principal á recibirla.

No pasaron muchos días después de su llegada, sin que recibiese de San Juan el armamento y vestuario que había pedido, y con él varios obsequios de dulces y ri-

cos alfajores que se trabajaban en dicha Provincia, mandados para mi familia por el señor Castro y otros amigos.

Importó todo el armamento y vestuario, no recuerdo si de cinco á seis mil pesos. Luego que regresé de San Juan había recibido un gran pliego de Buenos Aires, rotulado, para mí, como gobernador de la Provincia, el cual solo contenía la biografía del general don Juan Manuel Rozas, en la que muy expresamente se recomienda cuanto había hecho en el año 20 y con particularidad en el 5 de Octubre, hasta el extremo de atribuirsele cuanto había yo hecho en aquellos días, y en particular en el de la toma de la plaza.

Incomodado yo por la desvergüenza con que se me remitían aquellos ejemplares de elogios inmerecidos y sin ninguna comunicación, hice una corta refutación á dicha biografía, presentando los hechos tal cual habían sido, pero con modificaciones, y la había mandado imprimir á San Juan. Creo que junto con el armamento me vinieron los ejemplares que había mandado imprimir, y los devolví en respuesta, rotulados, al gobernador de Buenos Aires, según habían venido los que el me mandó, pero no obtuve contestación de ninguna clase, porque no podía desmentirme, pues citaba al pueblo que lo había presenciado todo, por testigo.

A mis dos hijos Gregorio y Ciriaco que estaban en edad de ponerlos en la escuela, los hice pasar muy luego á Tucumán, con el objeto de que fueran educados por el ingeniero francés que había servido en el ejército del general don Manuel Belgrano, don Felipe Bertrés, que había casado en Tucumán, y merecía mi aprecio, así por su saber como por su moralidad y excelente comportamiento.

Dí en seguida un paseo por Famatina y Chilecito con mi señora, á instancias de los amigos Dávilas y del recomendable riojano don Domingo García, principiado ya el año 31, llevando á mi primera hija Merceditas que no había cumplido aun dos años y mi señora enferma desde pocos días después de su llegada á la Rioja! Disfrutamos allí por algunos días, de excelentes diversiones

y de las buenas frutas que producen aquellos lugares, en especial de las ricas uvas, naranjas y melones.

Regresados á la Rioja y aproximándose el tiempo de disponer del envío de los contingentes, acordó la Sala de Representantes que contribuyera la Provincia con un empréstito forzoso, para equiparlo y costearlo, y designó una comisión de su seno para que señalara la cuota á las personas que debían contribuir, designando el día en que debían entregar la cantidad que se les exigía, y autorizando al comisionado que nombraran, para recogerla, para que condujera presos al pueblo á los que se denegaran á darlas. Entre las personas designadas para la contribución, estaba la señora madre del general Quiroga, no recuerdo si en cuatrocientos pesos. Ello fué que vencido el plazo acordado por la Sala, su comisionado condujo presa ó en arresto á la Rioja, á la madre del general Quiroga, por haberse denegado.

La orden que tenían los comisionados por la Sala, era la de traer á la Cárcel á todas las personas que se denegaran, pero así que llegó la expresada señora, no permití que pasara á la Cárcel y dispuse que se alojara en una casa del pueblo, teniendo ésta por Cárcel hasta que satisficiera la contribución.

Dicha señora pasó á mi casa, ó mandó ofrecermé en pago, unos documentos de cantidad de pesos que le debía, no recuerdo si el cura Gordillo ó que otro patriota. Ello fué que yo se los admití y mandé ponerla en libertad, para que se restituyera á su casa, y fuera de esto la había ya visitado en los Llanos así que llegué de Córdoba, y héchole no recuerdo que obsequio y almuerzo con ella, dispensándole todas las consideraciones debidas á su sexo y á sus años, y sobre todo á la compasión que me inspira la madre de tal hijo, pues fui impuesto allí mismo del atentado cometido por éste en años anteriores, de haber pegado fuego á la casa estando sus padres adentro, y que era tal el temor que ese mal hijo les inspiraba, que no se atrevían á abrir la puerta viendo arder la casa porque el hijo tosía al fren-

te de ella, y solo montó á caballo y abandonó á su país, cuando vió ardiendo toda la casa.

Dijéronme las personas que de esto me instruyeron, que si no acuden los vecinos á contener el incendio, parecen los padres adentro porque no atinaban ya con la puerta y solo daban gritos de desesperación.

En estos aprestos estábamos cuando recibí una carta del Protector Supremo y General del ejército don José María Paz, conducida por un expreso urgentísimo, en que me decía: — «Vuele Vd. compañero si le es posible « con la gente que tenga reunida, en la inteligencia de « que si demora una hora tal vez llegará tarde. El coronel Pedernera con toda su fuerza ha sido sorprendido en el Fraile Muerto por las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fé, y nos vemos en grandes aprietos.» ¡Viva la pátria y el que sabe que tiene manos! dije al leer su carta, y dispuse en el acto mi marcha, me parece que en los primeros días de abril, ó no sé si en los últimos de marzo; no recuerdo ciertamente. Lo que si puedo asegurar es que yo había estado antes en el pueblo de Polco en los Llanos y conducido de una cantera inmediata con mi Cuerpo diariamente dos ó tres viajes de piedra cargada por delante por cada uno de nosotros para levantar la Iglesia que estaba casi toda demolida; y que con parte de ella mandé trabajar un hermoso estanque para un baño público, hecho de piedra y cal en el centro de una pequeñísima vertiente que atraviesa la población, agua que es sumamente escasa en aquellos lugares, deteniendo las avenidas de la sierra en tiempo de lluvias.

Con este motivo, era la gente que tenía mejor dispuesta, y mandé en el acto una orden al comandante Bazan para que me esperara con doscientos hombres reunidos, y me puse en marcha al siguiente día con mi Cuerpo de Voluntarios y mi escolta de 50 riojanos, delegando el Gobierno en el ciudadano don Domingo García.

Así que llegué á Polco pasé mi dimisión á la Sala de Representantes de la Provincia y pedí al Delegado me

mandara un certificado del Tesorero que acreditara el caudal descubierto en las dos tapadas de Quiroga, y su inversion. Mandé á Carvalho el descubridor de los entierros para que me reuniera las caballadas necesarias en la Costa baja de los Llanos y me alcanzara con ella, pues se había interesado el ir conmigo por los temores que le asistían si se quedaba.

Se me pasaba otro tercer entierro que se creyó haber descubierto Carvalho antes de esta marcha.

Todo el mundo, como he dicho, estaba persuadido en la Rioja, de que Quiroga tenía un gran tapado no recuerdo si de diez ó doce mil onzas de oro, fuera de lo que se había encontrado. Descubre Carvalho por nuevas amenazas que le hizo al tío de Quiroga, que habían no recuerdo si tres cargas ó cuatro de petacas ocultas en un lugar de la sierra cerca de la casa de Quiroga y me manda el parte.

Al momento que este parte se recibió, dícenme todos los vecinos, este es precisamente el gran tapado, y empeñanse todos en que ordenase á Carvalho que me separara una buena cantidad de onzas para mí antes de darme parte del contenido ó monto del caudal que todos calculaban. Fueron tantas las instancias que me hicieron al tiempo de despachar la orden para que fuera á sacar y conducir dichas cargas, que al fin consentí y le puse á Carvalho una esquila previniéndole que no me diera cuenta del total del caudal que se encontrase sin antes separarme unas doscientas ó trescientas onzas puesto que de las anteriores tapadas nada había tomado por pura delicadeza, pues al fin aquella cantidad que le mandaba apartar serviría para socorrer á los necesitados en caso preciso puesto que yo nada tenía reservado para semejantes casos, lo cual era verdad.

Puesta esta esquila, díjeles á los que se habían empeñado; «por solo complacer á Vds. hago esto, de que por el hecho solo de haber formado semejante intención no ha de haber tal caudal que Vds. se figuran», y así fué.

Vino después Carvalho con las cargas que se abrie-

ron á presencia de todos, y solo contenían ropa del uso de las hermanas y madre de Quiroga; cuatro ó cinco flaluchos ó elásticos del tiempo de Cárlos IV, unos cinco recados tucumanos que tomé para los Voluntarios, algunas bolsas de jabón y de cochinilla, y me parece que catorce pesos en pesetas cortadas de las que selló el gobernador García en Salta, que más eran de cobre que de plata. Conviene esta explicación por el cargo que apareció después.

Marché, pues, de los Llanos, llevando doscientos y más hombres de Polco y el Simbolar, á cargo del comandante Bazán; y precisamente en la madrugada del siguiente día estalló la revolución en dichos Llanos encabezada por Brizuela, cuya noticia vine á recibirla pasando la travesía ó después de haberla pasado. No podía, pues, volver á sofocarla, dejando expuesto al General y Protector Supremo; y aún habría sido aventurado dicho paso, puesto que había sido tomado Carvallo con las caballadas que me traía para reserva.

Continué mi marcha fiado también en la fuerza que había dejado al gobernador García y en su capacidad, pues era un sugeto de resolución y de empresa, y podría de acuerdo con los gobernadores de San Juan y Catamarca sofocar aquel movimiento. Sobre todo, había más necesidad de atender á Córdoba que á la Rioja, pues estando allí nuestra mejor fuerza y el poder de los enemigos, dependía de allí la felicidad ó la ruina de todas las Provincias.

Habiendo llegado á Ischilin del otro lado de la Sierra de Córdoba, mandé de allí á mi familia á Córdoba recomendada al coronel don Julián Paz que estaba ya encargado del Ministerio de la Guerra y pasé yo á reunirme al ejército que se hallaba en el Pilar á cuatro ó cinco leguas de Córdoba al Este ó al sudeste. El oficial Cosio de Voluntarios, que fué el que hizo matar al doctor Bustos, fué asesinado al ir en comisión á Córdoba, en dicha ocasión, por una partida de montoneros pertenecientes á la familia de dicho Bustos.

Llegué al ejército y me presenté al Protector que se hallaba á su cabeza, caída la tarde. En esa misma noche marchamos al encuentro de los generales Lopez, gobernador de Santa Fé y Pacheco, jefe de las fuerzas de Buenos Aires, que eran los que habían sorprendido al coronel Pedernera, pues se hallaban algo inmediatos.

En la sorpresa del coronel Pedernera, se había perdido poca fuerza y alguna caballada, pero una pequeña fuerza de civicos de Córdoba, ó del valiente batallón 5º. salvó resistiéndose heroicamente contra toda la caballería enemiga, por la costa del monte del río 3º.

Con el general Paz, se hallaba desde antes de mi llegada, un sargento de voluntarios, apellidado Tula é hijo de la guardia de Lobos, que había sido mandado por mí en comisión con unos cuantos soldados desde la Rioja. Dicho sargento sorprendió creo en esa noche ó por la madrugada á una partida de santafecinos é indios de Lopez, y la tomó prisionera. El Protector lo hizo alferéz por este hecho de armas, por que en realidad, era un valiente y había sido mi ordenanza.

Cuando se tomaron estos prisioneros y vinieron al ejército, estábamos nosotros parados descansando en un monte sobre el río segundo, supimos por ellos que la fuerza de Lopez estaba solo á pocas cuadras de nosotros, con los caballos descensillados, ignorando que nos hubiéramos movido del Pilar. Yo le pedí al General que me permitiera ir en el acto con mi división por la derecha y que mandara él avanzar sobre el campo enemigo al número 5, para que le hiciera una sola descarga, trás la cual cargaría acuchillándolos, pues los prisioneros me habían asegurado que la división del general Pacheco estaba por los Calchines ó mas allá, es decir como ocho ó diez leguas al sud.

El General, no quizo consentírmelo, ignoro por que razón, mandó que se preparasen todos los Cuerpos, tomando sus caballos de reserva ó ensillándolos, pues los llevábamos de tiro. Ello fué, que mientras se ensillaron los caballos moviendo á los Cuerpos, fuimos sentidos

por el enemigo no se si por un caballo que se escapó de ellos ó de nosotros, ya aclarando el día, montaron precipitadamente y se pusieron presurosamente en retirada á nuestra vista. En vano me empeñé para que me dejara perseguirlos con mi fuerza, pues era sobrada, no quiso el General perseguirlos, sinó con toda la fuerza y tres columnas paralelas, sufriendo los retardos que eran consiguientes, cuando encontrábamos con algunos montes.

Perseguímoles en este orden, escopetándolos hasta las diez del día ó poco mas, con tres mil hombres lo menos, hasta que á esas horas se encontraron recien con las fuerzas de Pacheco en el campo de las Sorras, cerca ya de las 12 del día.

Paráronse asi que se encontraron, sin embargo de que no alcanzaba toda su fuerza reunida, á dos mil hombres. Mandó el General hacer alto nuestras columnas, llevávos la artillería á la cabeza, la cual principió sus fuegos sobre el enemigo que nos circularon, formados en ála y distantes unos de los otros.

La columna de la derecha que yo mandaba llevaba á su cabeza las milicias de Ischilin mandadas por el coronel Allende, tio del General, mis voluntarios y riojanos, cubrían la retaguardia.

El General mandó al comandante de guerrillas, teniente coronel Martinez, que saliera al frente contra las guerrillas enemigas que se habian avanzado sobre nuestras columnas y nos escopeteaban: fueron rechazadas por mayores fuerzas. Estaba yo á la cabeza de mi columna y tenía á los 50 riojanos de mi escolta al costado, pedí permiso al General para hacer acuchillar con estos á los que venian persiguiendo á nuestras guerrillas y habiéndolo conseguido mandé á mi escolta que los cargara sin perder su formación.

Cumplieron bizarramente su comisión, mis 50 riojanos y los llevaban acuchillando á los santafecinos, cuando observando que venía una doble fuerza enemiga á su encuentro, mando al escuadrón de milicias que estaba á



FAUSTINO ALLENDE



la cabeza de la columna. «Escuadrón de frente, guía á la derecha» y marchó con él.

Cuando yo marchaba, ya mi escolta había mandado volver caras por mitades, se retiraba con orden y conteniendo á una doble fuerza que le perseguía.

En el momento que el enemigo me vieron moverme con el escuadrón de milicias, reforzaron á los que perseguían á mi escolta con dobles fuerzas, pero como dicho escuadrón no podía ni debía comprometerse, pues solo me había movido para contener al enemigo, prevéngole que iba á mandar volver caras por mitades sobre la marcha y por la derecha, para dejar libre el frente á nuestras piezas para que obraran sobre el enemigo.

Cuidado, díjeles, con las voces de mando, para no romper el movimiento, sinó á la voz de marchen con toda esta prevención y puesto á su frente en el paso de trote que llevábamos, dije en alta voz:—«Escuadrón por mitades, á la derecha, media vuelta». ¡No acabé todavía de espresar la media vuelta, cuando sin esperar la voz de marchen, la habían dado ya á escape y puestose en fuga! Pero no finjida como era mi intento, al trote, si no de carrera y hasta sus casas, muchos de ellos pasando por el costado derecho de mi columna.

La artillería que había ordenado disparara al despejarles el frente, sobre el enemigo, hizolo en efecto y retrocedieron, pero varios soldados enemigos pasaron persiguiendo á los que huían. El escuadrón ó los 50 hombres de mi escolta pasaron formados y mandé parar el resto de mi fuerza á ocupar la cabeza de la columna y pedí al General permiso para cargar, pero no quiso concederlo, pues se había atufado con la fuga de la milicia.

Los enemigos que ya reconocieron perfectamente todas nuestras fuerzas, pues se habían corrido para ambos flancos con este objeto, emprendieron su retirada; seguimos nosotros al trote largo por algunas horas, hasta los Calchines, en donde mandó hacer alto el General, á puestas ya del sol.

El General llamó á los jefes y manifestó su desagrado por la imperdonable disparada del escuadrón de milicias de Ischilin, y dió orden para la retirada asi que comiera la tropa.

—General, díjele. ¡Retirarse en circunstancias en que el enemigo huye aterrado á presencia de nuestra superioridad! ¿Qué efecto producirá la retirada en este caso?

Quiroga está ya sitiando á Echavarría en Río 4º. y retroceder, dejando de perseguir á Lopez, que huye, después de haber reconocido nuestra inmensa superioridad, es mostrarles una de tres cosas, ó que V. E. no cuenta con sus tropas ó que hay algún movimiento en las provincias del interior ó en fin, que está V. E. á pié y no tiene caballos para perseguirles. Esto es, por parte del enemigo.

«Reflexione ahora V. E. por el otro lado. ¿Qué efecto juzga que producirá en ese ejército esta retirada? ¡Hablo muy particularmente por los Cuerpos de milicias que tenemos en él! Han visto huir cobardemente á un escuadrón, al solo amago de una carga enemiga; y en presencia de nuestras fuerzas veteranas! Han visto á aquel retroceder apartado, al reconocimiento de nuestra superioridad; y por fin, que le hemos perseguido por más de cuatro leguas, y que nos volvemos dejándolos huir! ¿Qué piensa V. E. que deducirán de un proceder semejante, no digo las milicias, sino hasta nuestros mismos veteranos? Juzgarán que alguna de nuestras Provincias se nos ha sublevado y marcha ya contra nosotros; que los montoneros nos acosan ya por todas partes; y que no nos atrevemos á seguirlos!»

«Pido pues á V. E. que me permita perseguir á Lopez con solo mi fuerza, y el batallón 5º. llevando dos piezas ligeras de nuestra artillería; yo le respondo con mi cabeza, de que esos trompetas no serán capaces de esperarme, y que los hecharé fuera de la Provincia, cuando no logre acuchillarlos y disolverlos».

No quiso el General prestar su consentimiento á es-

ta mi solicitud; pero mis reflexiones le hicieron fuerza, y no retrocedimos, pues permanecimos allí unos dos días que se emplearon en hacer ejercicios de línea. Le insté para que me permitiera marchar sobre Quiroga al Río 4º ó que mandara al menos al coronel Pedernera, tampoco quiso hacerlo, y nos retiramos todos, por que bastaba Echavarría para defenderse según me lo dijo.

No debe de extrañarse que después del transcurso de 19 años no recuerde fijamente las fechas, ó llegue á cambiar la época de algunos acontecimientos, como me ha sucedido ya con algunos, que han sido colocados fuera de su lugar, como el que voy á referir.

El valiente coronel Pringles, había sido mandado por el general Paz á la ciudad de la punta de San Luis su pátria, despues de la batalla de *Oncativo*, con el objeto de organizar aquella Provincia, y creo el de levantar un Cuerpo. Por consiguiente en la época en que describo se hallaba allí; ó por que no se le dió aviso ni de la invasión de Quiroga, ni de la de Pacheco y Lopez, ó por que no tuvo tiempo de venir. Pido á todos los defensores apasionados de ciertas y determinadas personas, se fijen cuidadosamente en los acontecimientos que refiero en esta mi larga relación, por que ellos son verídicos, y podrán servirles para formar un juicio exacto é imparcial.

Ibamos á llegar con el Protector y el ejército, á la Villa de los Ranchos, creo en los primeros días de abril, é iba yo á su lado; cuando saliendo á recibirle no recuerdo si el Comandante del punto y algunos vecinos, le dan la noticia de haber pasado el comandante Guevara con las fuerzas del Tío, sobre Córdoba, de tener sitiada ó amenazada la Capital, y de haber muerto varios oficiales de los jovenes del comercio, que habian salido á resistir á dichos montoneros de Guevara en la tarde ó noche anterior. El General se desagradó de semejante noticia, y trató de mandar inmediatamente una fuerza en auxilio de la Capital, á perseguir al referido Guevara y sus fuerzas, y me destinó á mi con mi división y

dándome al comandante Moyano con una parte del batallón 2º de negros.

Salí por la tarde con el intento de caminar toda la noche y caer sobre los enemigos al amanecer. Así lo hice en efecto en cuanto á la marcha, tomando por la noche la dirección que Guevara debía llevar en su retirada; pues era natural que tuviera ya conocimiento del retroceso de nuestro ejército pues Lopez así que nos vió pasar en los Calchines, ó quizás antes, le había mandado á dicho efecto, para llamarnos la atención por la espalda.

Conforme lo pensé así sucedió, pues Guevara venía ya retirándose á la madrugada; había yo hecho un pequeño alto para que descansase un tanto mi tropa, cuando ya al aclarar el día tropiezan sus descubridores con mi fuerza avanzada, y son perseguidos por estos. Así que sentí los primeros tiros que les dispararon, mandé montar á caballo toda mi fuerza; y recibiendo aviso en seguida por mis partidas de descubierta, que las fuerzas de Guevara que venían en retirada, habían tomado por la ceja del monte que teníamos al frente, hácia su derecha; mandé inmediatamente al teniente coronel don Luis Leiva con el Cuerpo de voluntarios, por entre el monte que teníamos á nuestra derecha, á salirles al encuentro en una abra cuyo nombre no recuerdo, y adonde debían salir precisamente los enemigos, y para que pudiera con más facilidad descubrir á los enemigos por entre el monte á su izquierda, le dí al teniente Refojos del batallón núm. 2 con 12 hombres de su cuerpo, para que abrieran su flanco y le sirvieron de descubierta.

Marché yo inmediatamente con el resto de mi fuerza sobre los enemigos, y empecé su persecución para hacerles abandonar el ganado que llevaban arreado y las vacas lecheras que retiraban de las orillas de la Capital. En estas circunstancias mandaba yo el ayudante agregado á mi cuerpo don Domingo Saens con una orden á Leiva, ó venía dicho ayudante mandado por el General que había salido creo con el 5º después que yo, lo cual

no recuerdo exactamente, pero sí que encontrándose dicho ayudante con el teniente Refojos fuera del monte; y viéndolo que se iba con sus doce infantes sobre más de 300 y tantos montoneros que pasaban por la ceja del monte al frente, se acercó á él y le dijo:

—¿A dónde vá Vd. Teniente con su partida? No vé que los enemigos son muchos y lo harán á Vd. pedazos?

El Teniente que era atrevido, y que había descubier-to á los enemigos y se iba sobre ellos desviándose de su objeto principal, contestó el ayudante con tono. — ¡Vd. manda la fuerza ó yo? y siguió sobre los enemigos pasando el ayudante á cumplir su comisión. Los enemigos que observaron á 13 infantes que iban sobre ellos en un campo ó cañada y que no tenían más protección que la del teniente Navarro con 12 voluntarios dirijense á ellos á escape; el Teniente reunió su partida y les hizo una descarga casi á quema ropa, pero fué lanceado y muerto con todos sus soldados en un mismo sitio, y persiguieron á Navarro sin que protejera Leiva.

Cuando se sintieron los tiros, y el ayudante llegó á mi y me dió noticia de lo ocurrido con Refojos y me dirijí al punto en que se sintió la descarga, solo encontraron á los 12 cadáveres de los soldados con su Oficial á la cabeza, y cuatro ó cinco muertos del enemigo á poca distancia de ellos, y alcanzándose á descubrir los polvos del enemigo que iba en fuga. Apuré á Leiva por una orden para que les saliera al encuentro y le mandé reconvenir por la pérdida del teniente Refojos y su partida pero cuando volvió el ayudante de comunicarla ya fué instruido de haberles salido Leiva por el punto á que fué destinado y hécholes abandonar la caballada que llevaban arreada por delante; y respecto al teniente Refojos mandó contestarme que no había tenido conocimiento de semejante suceso hasta después que se sintieron los tiros, pues dicho Teniente faltando á su instrucción, se había separado del lugar que se le había designado por solo cubrir el flanco de la columna por dentro del monte.

El resultado de esta persecución fué el ya designado por nuestra parte con más cuatro hombres que le mataron á Navarro, y 22 ó 23 muertos por parte del enemigo. Se le tomaron además de las caballadas y del ganado que llevaban, varios caballos ensillados y algunos cargueros con despojos de lo que habían robado, que abandonaron con más algunas lanzas y cuatro ó cinco tercerolas. También se rescató no recuerdo si uno ó dos de los oficiales del pueblo que llevaban prisioneros, pues se habían defendido bizarramente con solo unos pocos cívicos y una partida de «colorados» de los carniceros del pueblo contra toda la fuerza de Guevara.

Regresados á la Villa de los Ranchos ó al Pilar, á donde había pasado el ejército, mandó el General poner preso al teniente coronel Leiva y juzgarlo en consejo de guerra, por la pérdida del oficial Refojos y su partida, pues se figuró el General, no sin fundamento, que dicho Oficial y su partida habían perecido, por cobardía del Comandante que no supo auxiliarles.

Reunido el consejo de guerra al siguiente día de su regreso, fui llamado á él para que diera conocimiento de las órdenes que llevaba dicho jefe, y de cuanto supiera respecto á la muerte del oficial Refojos y su partida.

Salía yo de instruir al consejo de lo que deseaba, y llamarme el General que se paseaba por delante de su tienda que estaba inmediata á la del consejo; todo él ajitado, y con un papel en la mano. Voy hácia él, y alcanzándome el papel que tenía en sus manos, dícame: —¿Sabe Vd. compañero, que hemos perdido el Río 4º? Impóngase de ese parte!

Tomó el parte que era del valiente teniente coronel don Juan Gualberto Echevarría, jefe de aquel punto, y leo más ó menos lo que sigue:— « Dos ó tres días habíamos resistido con denuedo al general Quiroga, y se « retiraba ya éste por la noche, desengañado de que no « conseguiría su intento, y con alguna pérdida; ¡cuando « el pérfido comandante don Prudencio Torres se nos va

« á él y le da parte de habérsenos concluido las muni-
« ciones! Quiroga vaciló en creérle, pero él le aseguró
« con su cabeza de que tomaría el punto si le atacaba. Con
« esta seguridad volvió Quiroga y nos dió un asalto de-
« cidido, y en el cual Torres que conocía el punto más
« débil, daba el ejemplo y servía de guía! Yo he logra-
« do escapar milagrosamente con algunos hombres ha-
« briéndome paso».

Asi que acabé de leer el parte, dícame el General:—
¿Y que haría Vd. compañero en estas circunstancias?—Ge-
neral no me pregunte Vd. lo que yo haría, por que ya
sabe Vd. mi respuesta! ¡Montaría á caballo al instante
y marcharía á libertar á Buenos Aires! Fué lo que le
contesté.

Agarrándose el General de los cabellos con las dos
manos, dió [vuelta pateando y dijo:—¡Oh señor! Vd. no
piensa más que en marchar de frente!—Marchando de
frente se vence General! Dejándonos estar tendidos de
barriga y retrocediendo, somos perdidos. Hoy hemos per-
dido indebidamente el Río 4º; déjese Vd. estar que ma-
ñana perderemos á Mendoza!—díjeme y le volví la espalda
retirándome á mi campo sabiendo la inacción y las vaci-
laciones de este hábil General!

No le volví á ver en todo el día, pero tampoco se hizo
movimiento alguno en el campo. Quiroga había tomado
la Villa, creo que fusilado á algunos y sacado una con-
tribución, y marchándose para Mendoza.

El valiente coronel Pringles que pudo haber sido
destinado en tiempo, á esperar á Quiroga en el Río 4º,
ya que no se quiso que yo viniera, ni tampoco Videla
Castillo; salió de San Luis á su encuentro, ó del Río 5º;
no sé ciertamente de cual de estos puntos; pero si que
en este último, pereció como un valiente, no debiendo
nosotros de ninguna manera haber perdido á tan distin-
guido jefe! ¡Estas son las consecuencias que experimen-
tará siempre todo General indeciso y vacilante! No fué
esta la primera, pero tampoco sería la última.

¿Como pasa Quiroga del Río 4º, y mucho menos

muere Pringles, si á este valiente jefe se le hubiese hecho venir en tiempo á esperarle allí, pues hubo mas que sobrado tiempo desde la sorpresa del *Fraile Muerto*? ¿Porqué ya que retrocedimos desde los Calchines dejando de perseguir á Lopez y Pacheco, no se mandó una fuerza sobre Quiroga y en protección del Río 4º? Por qué pregunto á los que me acusan de temerario por que he cargado el primero sobre enemigo en los lances de mayor peligro, para alentar á mis soldados, y conducirlos á la victoria, cuando solo en los casos desesperados se han acordado de mi para mandarme al sacrificio puede decirse; no solo no acusan esta prudencia que nos á perdido siempre, sino que la encomian?

No se crea que entra en mi ánimo el acusar ni acriminar á nadie. ¡No! ¡Quiero solo hacer conocer la verdad, sin aumentar nada; y omitiendo mucho! Seguro estoy de que hay algunos todavía, aun entre mis enemigos políticos que conocen esta verdad!

En la noche que cesamos de perseguir á Lopez y Pacheco en los Calchines, caminaronla ellos toda entera, abandonando hasta la caballada; y fueron á amanecer cerca del Fraile Muerto que dista muchas leguas, é hicieron retirar del Tercero al comandante don Manuel Lopez montonero como ellos, y hoy gobernador de Córdoba; pero sabiendo luego por sus bomberos y por los mismos montoneros de la Provincia que no habíamos pasado adelante, recojieron despacio cuanto habían abandonado é hicieron retroceder á don Manuel Lopez á ocupar el Tercero con sus partidarios.

Pasaron unos cuantos días sin que nos moviéramos con el ejército del Pilar, y solo mudando el campo diariamente del agua al pasto y del pasto al agua, y levantándose montoneras diariamente por toda la campaña.

El ministro de la guerra don Julian Paz, que había ocupado el ministerio poco tiempo há, contribuyó mucho á sofocar las de la Sierra y el Norte, por sus acertadas disposiciones, y el oportuno empleo que hizo de los valientes cívicos, dando una partida de ellos á todos los

comandantes de los distintos puntos de la Sierra y del Norte; y estoy seguro de que si esta su elección la hubiese hecho el General mucho antes, se habría tranquilizado quizás toda la campaña.

El que antes había, era solo un abogado, y no tenía noción ninguna militar, pero si el flaco de muchos doctores que piensan, que con la misma facilidad que defienden un pleito pueden mandar un ejército.

Habían pasados unos días en este estado y tenía ya aviso de mi señora, de hallarse enferma de alguna gravedad, en Córdoba, y el General se había recostado hácia la parte del Tío ó del Garabato; cuando aparece el mayor ó comandante Espejo de Mendoza enviado por el Gobernador Videla Castillo al General, con la noticia de la toma de Mendoza por el general Quiroga después de haberse batido en *Chacón*, algunas leguas fuera del pueblo. Nadie en el ejército traslució cosa alguna de semejante noticia, ni el General quiso comunicarla á nadie, pero Espejo que se afijía porque algo se hiciera, nos comunicó á los coroneles con la mayor reserva á pesar de los encargos del General para que nada dijera.

Videla Castillo, había salido de Mendoza á *Chacón* á esperar á Quiroga, con dos mil ó más hombres, llevando entre ellos más de 700 cazadores cívicos, fuera de la fuerza que tenía de su batallón, que ignoro cuantos eran, y no recuerdo cuantas piezas de artillería.

Pues á toda esta fuerza la abandonó miserablemente y se largó para Córdoba, después de un choque que tuvieron con la caballería de Quiroga, cuya fuerza no llegaba á 600 hombres, incluso los que había aumentado en el Río 4º y Punta de San Luís.

No sé si el costado izquierdo ó derecho de Quiroga fué completamente arrollado por la caballería de Mendoza, que la mandaba el comandante N. Bisto, salteño; pero el otro costado de Videla, fué deshecho por los de Quiroga; sin embargo de que tenían al Comandante aquel victorioso, toda su infantería y artillería intacta; Videla

la abandonó cobardemente, y sin que nadie lo supiera, por la noche,

Sabedor de esto el comandante Bisto, ganó el Pueblo con su fuerza. Quiroga dejando la infantería que estaba al mando del coronel Barcala, en el campo, se dirigió por la noche al pueblo que le hizo resistencia, pero tuvo al fin que capitular, pues la infantería no parecía, porque al saber la fuga del gobernador Videla Castillo; comenzaron los cívicos á largarse para el pueblo y el coronel Barcala se marchó con los que le siguieron, para Córdoba.

El valiente Bisto, mientras tanto obtuvo una capitulación honrosa y salió con una fuerza de caballería para la provincia de San Juan, y salvó con ella.

No sé si al siguiente día de haber llegado el comandante Espejo, ó si á los dos ó tres, llegó el coronel Mariano Acha, de Catamarca, conduciendo 200 hombres del contingente de dicha Provincia, y 100 tucumanos, que los mandaba el teniente coronel José Segundo Roca, y habíamos salido con el General, varios jefes á recibirle.

Así que se acamparon dichas fuerzas, convidé á comer á mi campo á dichos dos jefes y demás Comandantes que venían con ellos, así catamarqueños como tucumanos. Conviene hacer una advertencia.

No he podido atinar hasta hoy, quién fué el que lo metió en desconfianza conmigo al General, pero es indudable que la tuvo; lo único que puedo creer, es que ella nació tal vez de ser yo el que mas le instaba para que saliéramos de aquella inacción en que estábamos y que todos criticábamos, por ser yo el que más motivo de confianza debía tener con él, que otro alguno; ya porque habíamos sido compañeros y amigos desde subalternos, ya también porque había hecho la campaña contra Lopez el año 18, bajo mis órdenes, siendo él comandante y yo coronel, y habiendo guardado siempre la mejor armonía.

Ello es que yo había tenido motivos para creer que él se recelaba de mí. Seguiremos ahora la relación.

Cuando la llegada de Acha, ya habíamos hablado con el General sobre el contraste de Videla Castillo. Explicado ésto, seguiremos lo ocurrido después del convite.

Al estar concluyendo de comer, ya caída la tarde, ocúrreseme el pensamiento dar un golpe de atrevimiento sobre la campaña del norte de Buenos Aires; facilitar el paso del general Lavalle, que se hallaba en Entre Ríos, sublevar toda aquella parte de la campaña contra Rosas, si me era posible, y de no, arrear todas sus caballadas; en fin, desmentir con el hecho de mi aparición, tanto los partes de Quiroga como los de Lopez, al menos en la opinión del pueblo y campaña de Buenos Aires.

Para realizar este pensamiento, era preciso por de contado el permiso y consentimiento del General; se me ocurrió, pues, pedirle la división de Acha y 200 hombres del 5º, con dos piezas ligeras de campaña, cuya fuerza, agregada á mi división, pasaba de 800 hombres.

El modo de realizar mi pensamiento, era el siguiente: mandar hacer 800 pares de alforjas de lona ó brin, charquear un número de reses suficiente para que cada soldado llevara 4 libras de charqui asado y pisado en una alforja, y otras tantas de galleta en la otra; lo cual podría muy bien alistarse en cuatro ó cinco días, secretamente.

Preparado esto, salir con caballo de tiro por el camino á Mendoza, haciendo entender que iba sobre Quiroga; y así que estuviese á la altura del Río 4º, volver rápidamente sobre la campaña de San Nicolás y caminar solo por las noches. El preparativo del charqui y la galleta debía servirme para que no pudiera ser descubierto mi campo de día por el humo, pues no había para que hacer fuego.

Apenas acabamos de comer y se retiraron Acha, Roca y demás convidados, para asistir á la lista de la tarde, cuando mando pasar lista y que me ensillaran mi caballo. Al retirarse el coronel Acha, habíale yo dicho:

— «Se me acaba de venir un pensamiento atrevido, en que creo de hacer algo de provecho en compañía de Vd.», —y contestádome él:— «¡Ojalá, Coronel, fuera ahora mismo.»

En cuanto se pasó la lista, monté á caballo y pasé á ver al General, casi al oscurecer. Andábase paseando con el coronel Larraya, que estaba encargado del Estado Mayor, cuando me desmonté. No dejó de causarle extrañeza mi visita á tales horas, y me preguntó:

— «Que novedad tenemos, Coronel.»

— «Se me acaba de ocurrir un pensamiento algo atrevido, pero que puede cambiar con provecho el aspecto de nuestra actual posición, y vengo á consultarlo»; —díjeme.

Se alejó al instante del coronel Larraya, en mi compañía, y dícame:

— «¿Cuál es, Coronel, su pensamiento?»

Se lo manifesté tal cual acabo de describirlo, y le agregué:

— «Muy natural es que Rozas habrá ya publicado por toda la campaña, así los triunfos de Quiroga como los partes que le había pasado Lopez, suponiendo á Vd. sitiado en su mismo campo; así por sus fuerzas como por las montoneras que no había dejado de agregar que se levantan en toda la Provincia; que lo había supuesto á Vd. en dicha publicación, próximo á caer en sus manos de un momento á otro.»

«Esto, General, es muy natural creerlo, porque está en sus intereses el publicarlo así. Pues esto es precisamente lo que trato yo de desmentir muy fácilmente, y hacer entender lo contrario, en toda aquella campaña del norte que nos es tan afecta; con esta mi marcha, si Vd. me lo permite.

«¿Cómo siendo cierto, dirán, lo que Rozas publica, puede el general Paz desprenderse de uno de sus primeros jefes con una fuerza semejante? ¡Esto es muy natural que lo digan al verme aparecer sobre el Pergamino ó San Nicolás, y que juzgando ser solo un embuste

de Rozas aquella publicación, lo crean al contrario y se decidan por nosotros!»

El General que andaba caviloso y en extremo desagrado, por las repetidas desgracias que acabábamos de experimentar, en el río 4º, el 5º y Mendoza, y por el estado de la campaña, pusóse en extremo contento y frotándose las manos muy animadamente, me dijo:—¡Me parece muy bien su pensamiento, Coronel! Déjeme V. pensarlo despacio en esta noche, y véame por la mañana temprano.

Le había yo dicho, que mientras se preparaba el charqui y la galleta, debía también preparar él, el movimiento de todo su ejército sobre Lopez; el cual era natural que intentaría marchar sobre mí, así que me sintiera á su espalda. «Me ha alegrado V. con su pensamiento», dijome el General.—«Y más contento estoy yo díjeme, pues me parece que lo veo realizado.»

Despedimosnos muy contentos ambos y regresé á mi campo lleno de júbilo. No dormí en toda la noche formando atrevidos proyectos en mi imaginación, y pareciéndome verlos ya realizados. ¡Pero todo fué ilusorio!

Apenas habia amanecido, cuando pasé á ver al General, pensando encontrarlo ya decidido; pero me engañé! ¡Otro era ya su parecer, habia reflexionado me dijo, y no se resolvía á desprenderse de un jefe como yo en aquellas circunstancias! «Su pensamiento es bueno, me agregó, pero me hace V. notable falta! Mandaremos más bien á Acha con Echevarría».

Me quedé en extremo frío con esta noticia, y le dije:—«Sea General como V. lo quiera, pues algo es preciso hacer para salir de esta diabólica situación en que nos encontramos! Acha no hay duda que es un valiente y que también Echevarría lo es, pero no tiene el prestigio que yo, él no conoce á la gente que manda, ni es conocido por esta; lo cual no desconocería V. que vale mucho». Pero insistiendo el General en que no se podía desprender de mí, porque le hacia falta en el ejército y

lo cual era cierto; le aprobé el pensamiento, pues conocía las ventajas que podríamos reportar de solo movernos y salir de aquella inacción en que estábamos.

Llamó el General al coronel Acha y le dió la orden de prepararse para marchar, y para el efecto le mandó proporcionar los mejores caballos para que llevasen de tiro saliendo inmediatamente, aunque sin los preparativos que yo habia indicado. Recibió Acha la caballada mandó ensillar su división y repartió los caballos y se quedó esperando hasta hoy, las órdenes para marchar. A la tarde había el general desistido de su pensamiento!

No recuerdo si á los dos ó tres dias, ó á los cuantos después de esto, muévase el General con todo el ejército en dirección á donde estaba Lopez por la parte del Garabato. Habíamos avanzado no recuerdo si dos dias ó tres de marcha, y tenido creo una guerrilla nuestras partidas avanzadas, con las de Lopez, y pasádose un soldado santafecino de la escolta de este á las fuerzas en nuestra vanguardia y mandadole el Jefe á presentarse al General.

Cuando llegó el soldado pasado; me acuerdo que estábamos parados en un monte algo descampado, cuyo nombre no recuerdo. El General lo examinó un rato á solas y mandó que lo agregaran á su escolta, en calidad de arrestado. Ello fué que en esa tarde retrocedimos y el pasado se desapareció de la escolta y se le dió por fugado. Llegados al siguiente dia á nuestra antigua posición, se reunieron los Jefes privadamente, después de la lista de la tarde y me mandaron llamar.

El objeto de esta llamada había sido para encargarme que le hablara al General para ver si podía sacarlo de aquella inacción en que estaba; aburriendo al soldado con marchas y contramarchas, sin resolverse á marchar sobre el enemigo, y aumentándose cada dia las montoneras por aquella parte. Si seguimos en esta inacción, me dijeron, pronto nos vamos á ver cercados en nuestro mismo campo, pues no podemos ya mandar

un hombre á buscar un pollo ó un poco de leche sin correr el riesgo de perderlo!

Advierta V. que hemos perdido ya algunos, y que al pueblo ya no podemos mandar un hombre, sin hacerlo acompañar de una partida. Ya nuestros soldados se avergüenzan de ir al pueblo, pues así que lo ven llegar á cada uno de ellos, salen todos á preguntarle:—¿Adonde dejas al ejército y al General? ¿En el agua, ó en el pasto? Esta es ya una burla general, que se hace á todo hombre que va del ejército. Ya acaba V. de ver, agregaron, que una vez que se habia resuelto á moverse, apenas hemos hecho dos jornadas cuando ya hemos retrocedido de las barbas del enemigo. El soldado que se presentó como pasado de la escolta de Lopez, á desaparecido de la de nuestro General, apenas nos hemos movido en retirada, ó mas propiamente, apenas se presentó este pasado, cuando á poco rato nos retiramos! V. vé que hemos perdido el Rio 4º, San Luis y la provincia de Mendoza, hacen ya muchos dias. ¿Y que hemos hecho para recuperar estas pérdidas, ni por perseguir á Lopez? ¡Nada absolutamente! V. que tiene más confianza con el General que ninguno de nosotros, creémos preciso que hable, y para eso lo hemos llamado!

Todo esto me dijeron los demás Jefes de los Cuerpos; pero como les veía conversar todos los dias con el General, ya porque iban á visitarle, ó ya en fin porque él los llamaba. dijeles:—Y porque Vds. que son sus amigos y han hecho con él juntos la campaña del Brasil, no se lo dicen? ¿Porque le aprueban en su presencia cuanto dice y piensa, y no le manifiestan francamente que se pierde y nos pierde á todos con su irresolución? Esto es lo que deben hacer francamente los verdaderos amigos, reprobar al amigo lo malo que hace, y aprobarle solo lo bueno! Yo me he cansado de repetírselo desde la Rioja, pues me le ofrecí á venir á esperar á Quiroga al Rio 4º, y no lo quiso, pues desde la Rioja sabia yo, por sus mismas comunicaciones, como y cuando salia Quiroga de Buenos Aires. Cuando retrocedimos indebi-

damente desde Calchines, dejando de perseguir á Lopez y Pacheco, ya saben Vds. cuanto le dije!

Cuando recibió el parte del comandante Echevarria de haber Quiroga tomado el Rio 4º en el dia del Consejo al teniente coronel Leiva, fuí llamado por el General al salir yo de instruir al Consejo, y me enseñó dicho parte preguntándome en seguida lo que haria yo en sus circunstancias. Les instruí de mi contestación y del ningún resultado, y últimamente del proyecto de marcharme á la campaña de Buenos Aires luego que llegó el coronel Acha.

Instáronme nuevamente á que yo le hablara, pues tenía motivos para tener más confianza con él y el General para escucharme. Condescendí y pasé á verle inmediatamente.

Hícele presente amigable y francamente mi sentir, sobre nuestra posición, y cuanto creía convenirnos el obrar activamente sobre nuestros enemigos. Dijele que era preciso salir de la inacción en que estábamos, exigiendo á los pueblos los recursos necesarios para salvarlos por la fuerza, Que si no se convencía de esta verdad era mejor que abandonáramos el puesto, y no comprometiéramos más á los pueblos con nuestra inacción y consideraciones mal entendidas, pues no hacemos otra cosa con esto, que aumentar sin fruto alguno nuestros compromisos y perdernos! «Por último General, le dije, sepa Vd. que sus jefes y compañeros le critican la inacción!»

El General se exaltó, y me dijo:—«¡Que es eso! No me hable Vd. de compañeros por que eso huele á motin! ¿Sabe Vd. como se quita ó remedia esto? ¡Marchando sobre el enemigo!» Llamó á sus ayudantes, uno de ellos don Cármen García, y mandó orden á los cuerpos para que se dispusieran á marchar. «¡Crea Vd. lo que quiera General, yo solo le hablo como un verdadero amigo!» le dije, y me salí á mandar montar mi Cuerpo, pues estábamos todos con los caballos ensillados.

En la marcha que habíamos hecho antes, yo ocupaba la vanguardia; se me dió la orden en esta vez de que-

darme á retaguardia con mi Cuerpo y la parte del batallón número 2º que mandaba el comandante Moyano.

Al poco rato estábamos marchando, caminamos por el monte mucha parte de la noche al encuentro del general Lopez, hácia la parte del Garabato; y habiendo yo llegado á un pequeño rastrojo bastante pastoso, que se encontraba en una pequeña abra dentro del monte, encontré un ayudante del General que estaba esperándome con la orden para acamparme dentro del cerco, y la de desensillar y largar todos los caballos. Le pregunté al ayudante que donde estaba el ejército, y me contestó que como á diez cuadras de allí, había parado en un hermoso potrero muy pastoso.

«Dígale Vd. al General que está bien», díjele al ayudante, pero muy resuelto á no desensillar ni largar los caballos; como se me había ordenado. ¡Qué novedad es esta! dije entre mi. ¡Hace un porción de días que estamos durmiendo con los caballos ensillados y asegurados á lo mano, y se me deja á retaguardia ahora, dentro de un monte, á muchas cuadras del ejército y manda largar los caballos! Por lo que acaba de sucederme con el General antes de esta marcha, por la desaparición del pasado de la escolta, y por esta orden, yo debo ponerme en guardia. Díjele al comandante Moyano: «Ordene Vd. que solo se desenfrenen los caballos por mitad, en la caballería, es decir, que una mitad se quede con los caballos enfrenados y en vigilancia, mientras que la otra desenfrena y descansa; pero encargue Vd. el mayor cuidado, y que alternen cada hora en este orden.»

Me acuerdo que el comandante Moyano, me contestó: «Pierda Vd. cuidado que no nos descuidaremos, pues no nos ha de valer á nosotros el cáustico que guarda el General para aplicárselo á las espaldas.» — «Y que cáustico es ese?» díjele á Moyano, porque me metió en curiosidad con su ocurrencia. — «El Fraile, me contestó, pues para eso lo guarda y no ha querido darlo á los mendocinos para que lo quemasen vivo, y con presentarlo á él en un caso desgraciado, hará valer el mérito de

no haber permitido que lo sacrificara su pueblo.» No pude menos que echarme á reir de la ocurrencia de este Jefe mendocino.

Pasamos la noche en vela y haciendo recorrer el monte con rondines, pues entré formalmente en desconfianza, y le hice la injusticia al General de suponer que esta variación inesperada de sus órdenes, y método de acampar, de que tratase tal vez de hacerme sorprender por el enemigo y sacrificarme por solo la injusta desconfianza en que había entrado conmigo, sin haberle dado motivo para ello.

Habiendo amanecido sin novedad, recibí orden del General para ensillar y ponerme en marcha, así que sintiera el toque del clarín del Cuartel general. Así lo hice, y habiendo llegado al punto en que había dormido el ejército, ó poco más adelante á unas lomadas encrespadas y pastosas, me esperó allí un ayudante con la orden para que me acampara; y preguntándole por el ejército que no se alcanzaba á ver, díjome que estaba como media legua más adelante,

El ayudante se marchó y yo acampé; hice colocar mis partidas de descubierta á los flancos y retaguardia, y mandé desensillar y atar los caballos al pasto.

Estábamos en esta operación cuando viene un ayudante del General con la orden de que deje mi Cuerpo ó división acampada, y pase á verme con él al Cuartel general.

—«Diga Vd. al General que ya voy, contesté al ayudante, y se marchó».

Confieso que si me alarmé en la noche anterior por haberme dejado atrás y mandado que largase los caballos, mucho más me alarmó esta llamada habiéndome hecho acampar á mayor distancia del ejército.

De una tropelía por un jefe desconfiado nadie está libre, dije para mí. Está visto, que ni el General ni yo podemos estar ya tranquilos, lo mejor será separarme.

Tomé, pues, la pluma y puse al General la siguiente

carta:—«Mi General y amigo: Pensé anoche hacer á Vd. « un servicio, lo mismo que á mi pátria, hablándole con « la franqueza que lo hice sobre nuestra situación, y lo « que me parecía convenirle hacer para no perdernos; « pero he visto que desgraciadamente y sin razón, á to- « mado Vd. el empeño de atribuirme miras que no he « tenido, ni puedo tener nunca. En una palabra, la con- « ducta que Vd. ha observado conmigo desde anoche y « que sigue hasta este momento, no me inspira confian- « za. Muy sensible me es el decírselo, pero, es preciso; no « soy ya para Vd., aunque sin merecerlo, sino un hom- « bre sospechoso y en quien nunca podrá fiar: demasia- « do me lo muestran sus precauciones y mandatos desde « anoche.—Desde que estoy convencido de que mi pre- « sencia en el ejército, no podrá ya servir á Vd. sino « de un continuado embarazo y sombra, puesto que he « perdido su confianza, he resuelto alejarme del ejército « desde aquí mismo, llevando solo mi escolta para con- « ducir mi familia á Tucumán.—Mi señora se halla gra- « vemente enferma y no puedo conducirla sinó en carrua- « ge, y como me es preciso atravesar el territorio de « Santiago que es hoy nuestro enemigo, espero merecer « de Vd. me permita llevar para la seguridad de mi fa- « milia y la mía propia, 25 hombres de los infantes que « están á mi cargo, al mando de un oficial. Tanto es- « tos 25 hombres como los de mi escolta, prometo á Vd. « ponerlos á disposición del señor General y Gobernador « don Rudecindo Alvarado, así que llegue á Tucumán, y « si Vd. me considera que puedo allí serle útil, desde « ahora me ofrezco ponerme á las órdenes de dicho Go- « bernador para ayudarlo en la formación del ejército « de reserva que le ha mandado Vd. levantar—Crea Vd., « General, que nunca dejaré de ayudarlo para salvar su « pátria, su antiguo compañero y amigo.—*Gregorio Araoz* « *de La Madrid.*».

Puesta esta carta, púseme á sacar una cópia para quedarme con ella, y estaba acabándola, cuando veo venir al General con un ayudante á caballo. Concluída la

cópia, recogí los papeles y los guardé, cuando llega el General y me dice:

— «¿No he mandado llamar á Vd., Coronel?»

— «Si, señor, díjele, pero estaba acabando de escribir una carta precisa para ir después.»

— «Monte á caballo, Coronel, y vamos á dar una vuelta»,—dijome con semblante agradable.

Yo, que solo me había visto forzado á escribir aquella carta por el desvío del General y los celos que me había manifestado, confieso que me arrepentí de haber formado tal juicio y escrito semejante carta. Monté á caballo y seguí con él, recorriendo aquella parte del campo, reprendiéndome á mí mismo en mi interior por el mal juicio que había formado. ¡Tan sensible es mi carácter y tan incapaz de conservar el menor resentimiento, aun contra mi mayor enemigo, no digo con un compañero!

El General había ya llamado al coronel Deheza, gobernador de la provincia de Santiago del Estero, muy de antemano, como me llamó á mí desde la Rioja; pero parece que dicho Gobernador habíase resistido ó dado sus razones, para no cumplir la orden del Jefe supremo, y este pedídole terminantemente, ó que viniera, ó que mandara la fuerza que había llevado del ejército, para expedicionar sobre el gobernador Lopez, proporcionando tambien el contingente de dinero que se había pedido á todas las Provincias, asi como de hombres. Ello es que el General no estaba nada contento de la conducta que había guardado dicho Gobernador para con él; no era esta la primera vez que había tenido motivos de desagrado con dicho jefe, pues pasada la acción de *San Roque* hubo de haber una revolución hecha por Deheza á consecuencia del nombramiento de Gobernador, pues que aspiraba este jefe al gobierno de su patria.

Marchamos de allí á los *Tres Arboles*, donde estaba acampado, no recuerdo si el mismo Lopez ó una fuerza suya; ello fué que se pusieron en salvo, y no habiéndoles dado caza retrocedimos segunda vez al Pilar, pues

el General parece que esperaba al gobernador Deheza para moverse.

Nuestra situación se hacía allí cada día mas crítica; las montoneras por aquella parte se aumentaban. En la sierra, sin embargo de haber sido escarmentadas las que había en ella, por las fuerzas que había destinado el Ministro de la Guerra, don Julián Paz, tenía el General ocupado allí al mayor Campero, su ayudante de campo, con alguna fuerza del ejército; en el norte había también otra fuerza á cargo del coronel Hilarión Plaza, pues no faltaban por aquella parte de la campaña algunos partidarios de Bustos y de los Reynafé, que se hallaban con Lopez.

Los recelos del General para conmigo, no habían desaparecido, mientras tanto yo estaba violento por aquella inacción; nuestros soldados, ni aun los mismos oficiales, no tenían ni para los vicios; Quiroga aumentaba su poder, las montoneras nos incomodaban cada día, teníamos ya noticias de los aprestos de Rozas para reforzar á Lopez, y nada podía esperar de mis instancias para que nos moviéramos.

En estas circunstancias recibo un aviso de Córdoba de hallarse mi señora de mucho cuidado y que la tenía consumida. Pedi, pues, licencia al General para marchar á verla, en el mismo día ó tarde en que recibí dicho aviso.

Llegué á Córdoba á las doce de la noche, con un sargento, un ayudante y seis ú ocho hombres, pues no podía nadie ir solo al pueblo, sin correr el riesgo de ser muerto ó tomado prisionero por las pequeñas partidas de montoneros que había en los montes del tránsito. ¡Me quedé frío al encontrar á mi señora despierta y todavía en pié ó sentada en una poltrona, pero en extremo debilitada, pues no tuvo aliento ni para pararse! Preguntóme al instante si había encontrado un própio que me habían dirigido al anochecer algunos señores del Congreso de agentes Representantes del Pueblo. Dijele que no.

No recuerdo si me dijo:— «Desde ayer ó esta maña-

na, me han estado batallando por que te escribiera para que te prestaras á sus deseos, pues tratan de quitar el mando del ejército al general Paz y nombrarte á tí de General. Yo me he denegado decididamente, asegurándoles que tú no lo consentirías por ningún motivo, ni yo sería capaz de aconsejártelo; espero, me agregó, que por ningún motivo te presentarás.»

—«Si yo estuviera loco, dudo aún que lo consentiría; no tengas cuidado!»,—le dije, y en estas circunstancias entraron á la sala donde estábamos, el doctor Elías Bedoya, que creo era uno de los Representantes y el doctor Olmedo que hacía de secretario privado del General en campaña, y se hallaba allí no sé con que motivo.

El objeto de estos dos doctores era el de instruirme del intento de la Representación y de los motivos que para ello tenía, siendo el principal la inacción del general Paz y su falta de resolución, pues que por ello, decían, habíamos perdido el Rio 4º, al coronel Pringles y últimamente á Mendoza; que además había dejado escapar á Lopez y Pacheco, y últimamente venídose á fijar cerca del pueblo, llamando sobre él la guerra y dejándose rodear de montoneras. Que por estas poderosas razones estaba el Congreso, ó no recuerdo si la Sala de Representantes, decidido á quitarle el mando del ejército y nombrarme á mí su General en jefe.

Dijeles después de haberles escuchado, que de ninguna manera lo consentiría yo, porque con semejante paso, no hacíamos otra cosa que abreviar nuestra disolución y desacuerdo y facilitar á nuestros enemigos su más pronto y completo triunfo.

—«¿Quién les asegura á Vds. que semejante cambio merecería la aprobación de todos los pueblos, y que no la juzgarán mas bien como un paso de mi ambición al mando, cuando no la tengo? Facilítenle los recursos que necesita y ordénele el Congreso que se mueva.»

Mil razones poderosas me alegaron á nombre de la Representación y del Pueblo, para que me prestara, las cuales nadie mejor que yo las conocía de antemano, pero

no quise prestarme por delicadeza, sin embargo de no haber tenido el menor antecedente de semejante pensamiento. Me resistí abiertamente y les aconsejé que no lo hicieran, y solo siguieran el camino que les había indicado, ofreciéndoles que sería el primero en aconsejar al General para que saliera de aquella inacción.

¡En vano fueron cuantas reflexiones me hicieron! ¡Retiráronse desengañados! ¡Cuántas veces no me pesó después aquella mi excesiva moderación! Teníamos un pié de ejército cual nunca lo habíamos tenido; y no eran por cierto Lopez, Pacheco, ni Balcarce, los que me hubiesen hecho retroceder un palmo! Habríales batido en detall como pudo y debió hacerlo el General mucho antes aún con el mismo Quiroga.

¡No es preciso ser militar; basta solo leer esta exacta relación de toda la campaña, para que un ciego conozca que es verdad lo que digo!—Al siguiente día muy temprano le escribí al ministro de la guerra don Julian Paz, noticiándole del desagrado que había notado en el pueblo contra el General, y cuanto había hecho por calmarlo resistiendo á las indicaciones que se me habían insinuado, pero sin nombrar personas, para que aconsejara á su hermano y mi amigo. En esa misma tarde marché al ejército resuelto á pedirle al General me permitiera retirarme con mi familia á Tucumán para salvarla, pero instruyéndole antes del intento que había en el pueblo.

Recuerdo que le dije:—«General y amigo: Su pueblo de Vd. está resuelto á separarlo del mando del ejército, por solo la inacción en que le vé; no crea Vd. por un momento que es por falta de patriotismo como me lo ha dicho Vd. varias veces. No! Su pueblo está dispuesto á todos los sacrificios, pero quiere á Vd. verlo por la espalda llevando la guerra fuera de la Provincia. Mientras Vd. no se mueva, no le facilitará un peso: todos critican su inacción, y me han ofrecido el mando del ejército y le dije lo que les había contestado; y preguntándome quienes eran los que así pensaban.—«Eso no se lo diré á Vd.», fué mi contestación!—Pero persuádase Vd. por Dios

de que es solo por la inacción en que á Vd. le vé, y no por falta de patriotismo, ni afecto. Yo no puedo ya serle á Vd. útil por sus desconfianzas y mucho menos después de este instante; todos mis consejos ó indicaciones de amigo han sido por Vd. desatendidas y además mi señora se halla gravemente enferma y es probable que la pierda si no la hago mudar de temperamento, según me lo han dicho los médicos.

Después de esta relación me empeñé con él decididamente en que me diera su pasaporte para retirarme con la familia á Tucumán como lo solicitaba en la anterior carta que nunca le pasé, y le pedí me mandara proporcionar una de las galeras que había yo traído de Buenos Aires á San Nicolás, para conducir á mi señora. El General tuvo la bondad de concederme lo que le pedía y me regresé al pueblo al siguiente día.

Mi marcha estaba ya preparada para cuando amaneciera, cuando por la noche, pasadas ya las 9, llega un ayudante del General á mi casa á llamarme de parte de él á la Chacarita, (algunas cuadras fuera del pueblo al Este). Marché inmediatamente á caballo con su ayudante, y dícele el General:—«Compañero: Vd. no puede marcharse ya, pues necesito que me ayude.»—«Compañero y amigo, díjeme,—Vd. sabe que para ayudarlo siempre me tendrá pronto.—¿Qué ordena Vd?.»—«Quiero delegar en Vd. el Gobierno, me dijo; mientras marchó sobre Lopez, para cuyo efecto me proporcionará Vd. los recursos, pues ya el gobernador Deheza se acerca con una división.»

—«Compañero, díjeme.—¿Acepto su encargo con el mayor gusto, pero será solo con el objeto de proporcionar á Vd. los recursos que necesite para salvar la patria, y marchar después en su compañía!—No crea Vd. que ha de ir solo á participar de los peligros como de las glorias, y que yo me he de quedar teniendo la caña del Gobierno!—Para esto nombrará Vd. á otro.»—«Corriente, díjome el General, pero voy á hacerle á Vd. reconocer por General, lo mismo que á Deheza y el gobernador Lopez de Tucumán.

«Eso no se lo consentiré yo General», díjele. El tiempo de los premios pasó ya. Si esto lo hubiere Vd. hecho en el campo de alguna de nuestras batallas, ó después de pasadas las tres, podía muy bien tener lugar, aunque no así el ascenso del Gobernador Lopez. ¿Por qué mérito va Vd. á ascender á General á Lopez y no á cualquiera de sus coroneles como Videla Castillo ó Peder-nera? No vé Vd. que estos se resentirían con justicia? Y qué dirán nuestros enemigos? Que Vd. obligado por las circunstancias está prodigando ahora los grados ó empleos sin merecerlos. ¡No, General, no haga Vd. tal! Yo para servirlo y servir á mi patria, he de hacerlo lo mismo de soldado que de General, y lo repito que no lo consentiré porque se lo criticarían!»

El General pareció convencerse de estas mis reflexiones y se despidió muy contento, y yo me regresé á mi casa á prevenir á mi señora que no marchábamos ya, y que me asistia la esperanza del triunfo. Quedó ella conforme y díjome:—«Dios lo quiera, y que no sea esta demora para nuestra desgracia».

¡Cuántas veces me he acordado después de este su dicho!

¡Marchándome entonces, no habría tal vez hecho, tan inútiles y esforzados sacrificios por mi patria, y que han sido tan vilmente correspondidos!

Al menos no habría mi inocente y recomendable familia sufrido lo que á sufrido, ni se vería quizás en el estado en que se vé. ¡Esto es precisamente lo único que yo siento, y no cuanto hice entonces, y estoy siempre dispuesto á hacer por mi patria!

Lo que en toda mi vida he mostrado, y ha sido mi solo y exclusivo interés:—El de ver á mi pátria libre é independiente, y felices á todos mis compatriotas!

¡Verdad es que muchos de ellos, y quizás los que más deberían apreciar la nobleza de estos mis sentimientos, se rien de ellos, y me tienen por necio; cuando es á ellos precisamente á los que talvez más les interesa que hubieran muchos necios como yo!

—Mientras tanto, el bárbaro, el verdadero salvaje Rozas; es casi divinizado por todos!

—A él le inciensan y entregan á su disposición, sus vidas, sus haberes y su fama!

—Pero ven con frialdad pereciendo á toda una familia del hombre que más ha trabajado y está dispuesto á trabajar por todos ellos, y por su patria; y no son para mandarle tirar á la puerta de su casa una pieza de tela para cubrir sus carnes, ó un poco siquiera del alimento que ellos gastan con profusión!

Pido que se me dispense este justo desahogo, que se tendría quizá por exagerado, pero que no lo es. Sería preciso entrar en mi casa y ver lo que mi familia sufre para conocerlo!

—¡Esto no lo creen mis compatriotas, y mal que les pese, preciso me es el decirlo; para que algun día se haga justicia á mi memoria, ó pueda hacerse á mis hijos!

—Mientras tanto cuando muchas veces se encuentran con un extranjero que conoce mi nombre y mis servicios, y viéndome pasar con el traje de un pordiosero les reconviene (como á sucedido muchas veces en Chile y aquí mismo,) como permiten que un hombre de mis servicios se presente en público como yo me presento.

—¿Qué contestan para disculparse?

—Sí, es un hombre abandonado, un gastador, de cuanto tiene y se le da todo le es poco para darlo; ha llegado el caso de encontrarse con un paisano y pedirle le socorriera con algo por que no tenían para comer sus hijos, y ha recibido cuatro reales, pero más allá se á encontrado con un pordiosero y se los á dado. (1)

(1) En Chile díjome un día el señor don N. Cifuentes, que me socorrería con media onza mensual, en circunstancias que fui á verle por haber parado el trabajo de masas y pan de leche á que por necesidad me había destinado, para mantener mi familia, á consecuencia de una oferta que se me había hecho por el Presidente de aquella República don Manuel Bulnes, de facilitarme como fomentar mi trabajo por conducto de don Pedro Garmendia, tío de su señora; y al cual faltó por solo la prevención de algunos de mis paisanos. Fui digo á verlo para que me facilitara unos reales para continuar

¡Así han pretendido disculpar su criminal indolencia precisamente los que se encuentran con mejores proporciones para socorrer á los desgraciados! No han tenido defectos que ponerme y me han acusado de pródigo ó de tonto; porque así llaman muchos al que no puede ver un desgraciado sin socorrerle, quitándose talvez el pan de la boca ó quitándolo á sus hijos. ¡Podría ser que tengan razón, pero lo que está en la masa de la sangre no puede jamás desaparecer!

Al siguiente dia muy temprano mándame el Ministro de la Guerra el despacho de Coronel mayor y el nombramiento de su Delegado en el Gobierno, que le había dejado esa noche el Jefe supremo y gobernador su hermano; quien había regresado y héchome reconocer por tal, á Deheza; y llamándome á recibirme y prestar el juramento para el efecto.

Pasé á la Casa de Gobierno á la hora designada, y recibido que fuí pasé al General la siguiente carta:

— «Mi estimado compañero y amigo: Muchas veces he oído á Vd. que con cien mil pesos podría salvar el país, destruyendo el ominoso poder de los caciques; Si Vd. los considera necesarios para dicho efecto pídamelos, en la intelijencia de que á las 24 horas de este pedido, los tendrá Vd. en donde se encuentre».

El General me contestó sobre la marcha:

— «Compañero, está tomada la palabra, y admito los

dicho trabajo, que había invertido los que tenía en agrandar el horno, contando con la oferta del Presidente. — «¡Sus paisanos me han dicho que es Vd., un hombre á quien no se le puede dar un peso, pues á llegado el caso de dárselo y encontrarse más allá con un pobre y entregárselo de limosna, é ir á pedir á otro para dar de comer á su familia!

¡Permitame señor Cifuentes, díjele, que no pueden ser sino canallas los que han dicho semejante cosa! ¿Le han dicho á Vd. que juego, que bebo, ó que enamoro?—¡No señor, díjome faltaría á la verdad si lo dijera!—¡Así cohonestan señor de Cifuentes los malvados su indolencia, díjele!—El resultado fué que el no me sirvió y que al mes siguiente me retiró la media onza, poco después fué asesinado como se sabe. Estos son los servicios que debo á algunos de mis compatriotas. ¡Verdad es que no á todos!

« cien mil pesos; mas no estrañará Vd. que yo sea curioso y averigüe el modo como los ha habido, por que « sería en mi una indolencia el no averiguarlo! »

Figurábase el General que los mismos que habían pretendido quitarle el mando del ejército y dármele á mí, eran los que me ofrecían los cien mil pesos; para sacarlo de este error, hice regresar al propio sobre la marcha con la siguiente carta:

— «No crea Vd. compañero, que los cien mil pesos « los he de haber del modo que Vd. se figura; recuerde « Vd. el modo como le tengo indicado por repetidas veces que es fácil proporcionarlos, y así los tendria Vd. « sin otro trabajo que pedirlos.»

Muy fácil le fué al General el recordar el modo como se lo había indicado antes, y que me parece espliqué cuando venía Quiroga para *Oncativo*. Me devolvió el propio por la noche, ó creo que al siguiente día, tantos de mayo, diciéndome en su carta, que no quería los cien mil pesos á ese precio; y adjuntándome un presupuesto de cinco mil pesos para socorrer á todo el ejército, dando solo un peso á cada hombre de General abajo. Adviértase que hasta los Jefes estaban casi desnudos y no tenían para los vicios, á excepción de mi división que era socorrida por mi, con 4 reales semanales por plaza, hasta que se concluyó lo que había traído para el efecto desde la Rioja.

Nombré inmediatamente una comisión compuesta de varios ciudadanos principales, asi unitarios como federales, y por su Presidente al señor Provisor doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, para que procediera á designar las personas que debían dar un empréstito forzoso de 15 mil pesos, mitad en dinero y la otra en efectos, para el socorro y equípo del ejército, en lugar de solo los cinco mil que pedía el General.

Reunida la comisión designó el reparto á casi todo el pueblo y sin que quedara corralero ni placero que no tuviera que contribuir con algo; y lo que era peor, estaban aún más grabados los amigos que los enemigos.

Me indigné así que recibí los cinco ó seis pliegos de papel en que estaban inscriptos los nombres de todos los contribuyentes pues se pretendía disgustar á la mayor parte de la población con aquella subscripción por que habían personas comprendidas en las listas á quienes le sería en extremo gravoso la pequeña parte que se les pedía.

Yo tenia desde muy atrás, una lista exacta de todos los verdaderamente pudientes, así enemigos, como amigos. Hice pedazos las listas que me había mandado la Comisión, saqué la mía, señalé á cada uno de acuerdo con el Ministro de la Guerra, la cantidad que debía entregar en Cajas á las 12 del día, mitad en dinero y la otra mitad en lienzos, paños, ponchos y bayetas. Los contribuyentes creo no pasaban de 30; pero debían dar en vez de quince, treinta mil pesos y obtener un pagaré del Escribano para cuando cesaran los apuros en que se encontraba.

Hecha esta distribución la mandé publicar por bando y que se pasara á cada contribuyente el correspondiente boleto.

El primero que vino á verme así que se hizo la notificación fué uno de los primeros capitalistas y sócio del Ministro de Gobierno, que había sido, el doctor Fragueiro; hizome presente la notificación que se le había hecho para proporcionar no recuerdo si tres mil pesos, más ó menos. «Yo conozco, dijome, las necesidades del Gobierno, y por lo tanto vengo á poner á su disposición mis almacenes y mis barracas, para que el Gobierno haga poner en remate cuanto hay, hasta enterar la cuota que se me pide, pues no la tengo, así conocerá el Gobierno que no me excuso.»

— «¡Señor Fragueiro, díjele. Cuando el Gobierno ha pedido á Vd. esa cantidad, es porque está persuadido que Vd. puede llenarla en el acto, y sin pedir á nadie un peso! Vaya Vd. y cumpla con el deber que esa orden le impone en beneficio del país, para su salvación; de lo contrario, el Gobierno cumplirá con el suyo!» Le

dí la espalda y me retiré, para darle á entender que no estaba dispuesto á sufrir la burla que con semejante oferta pretendía hacer al Gobierno. El resultado fué, ser el primero que entregó en Cajas la parte que le tocaba de los efectos que se habían pedido; y que no solo no vino ninguno á reclamar, sinó antes que llegaran las 12 del día estuvieron en cajas doce mil pesos fuertes y el resto en efectos á disposición del comisionado que habia nombrado el Gobierno para que se encargara de la construcción de seis mil camisas, igual número de calzoncillos, no recuerdo si tres mil ponchos y un número competente de chaponas y pantalones para jefes y oficiales, pues los tres mil pesos que faltaban era solo en razón de estar los contribuyentes en la campaña.

El Jefe de Policía paréceme que fué el encargado de distribuir las costuras las cuales se repartieron en el mismo dia en toda la población; pero fué tan recomendable el interés que mostró todo el pueblo, que al siguiente día ya marchó al ejército un número considerable de ropa, y la mayor parte de ella fué trabajada gratis. El general Paz, entre tanto, no habia podido obtener ni mil pesos en dos ó tres reuniones del comercio que hizo antes.

Junto con el vestuario que se habia trabajado en 24 horas ó poco antes, mandé al General no recuerdo si ocho ó nueve mil pesos, para que diera un socorro doble del que él pensaba, á solo la tropa que marchaba con él á campaña, previniéndole que para los demás piquetes del ejército que habia en la Sierra, en el monte y el pueblo, el Gobierno tenia con que socorrerlos, y que muy pronto tendria en su poder todo el vestuario que necesitara para el ejército.

El 10 de mayo llegó el coronel ó teniente coronel Martinez, con el dinero al ejército; pero no recuerdo si horas antes ó después de que el General habia sido ya boleado por una partida de montoneros de la misma Provincia, marchando él á la cabeza del ejército.

Este suceso que vamos á narrar y que tuvo lugar el 10 de mayo de 1831, es el mas raro que se verá en la Historia y de grandes consecuencias para su país.

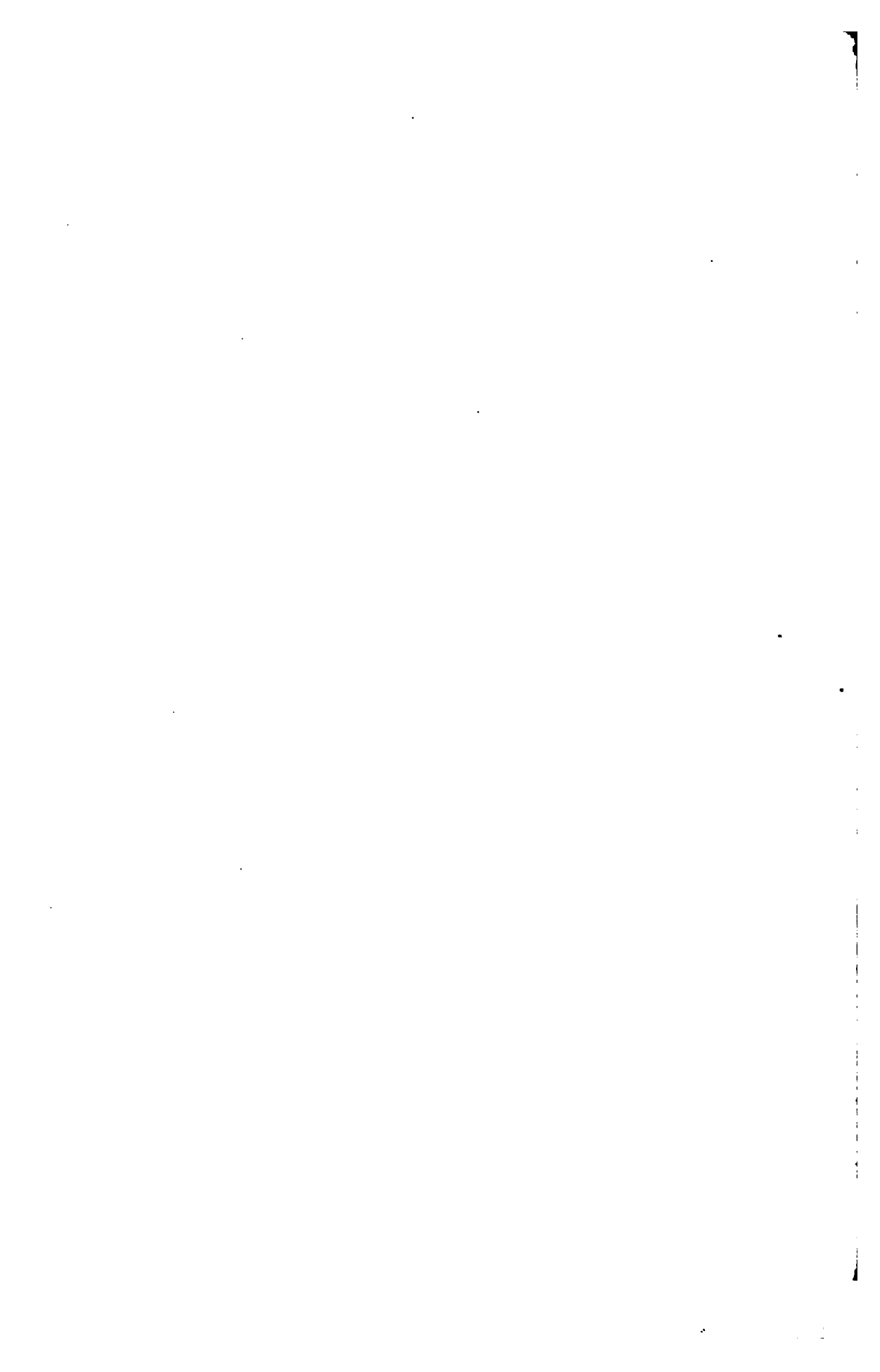
APÉNDICE





MARCELINO DE LA ROSA

LIT. GUILLEMO KRAFT CORDON ROJOS



Buenos Aires, setiembre 10 de 1885.

Señor D. Marcelino de la Rosa.

TUCUMÁN

Estimado compatriota y amigo :

Oportunamente recibí por conducto de nuestro amigo el señor don Belisario Saravia, el precioso croquis que Vd. tuvo la bondad de confeccionar, valiéndose de sus recuerdos y de sus conocimientos personales y científicos del terreno de los alrededores de Tucumán, con el generoso y patriótico objeto de suministrarme datos á fin de ilustrar gráficamente la memorable batalla alcanzada por el general Belgrano en 1812. Es un trabajo notable, que hace honor á Vd. y por el cual le anticipé mis agradecimientos, que ahora reitero.

Como acto de justicia y en prueba de mi agradecimiento, en el plano topográfico de la batalla de Tucumán que he mandado grabar en Paris para la 4ª y definitiva edición de la « Historia de Belgrano »; le he puesto la siguiente inscripción : « Plano coordinado por Bartolomé Mitre, según datos del ingeniero geógrafo don Marcelino de la Rosa combinados con la tradición ».

He leído despues la carta explicativa de fecha 1º del corriente que con respecto al croquis dirigió Vd. al señor Saravia para que me la comunicase, la cual conservaré como un valioso documento.

Posteriormente he recibido su muy interesante carta esplanatoria del 11 del corriente, que he estimado mucho como una muestra de su buena voluntad, á la par que de su inteligencia profesional y de su patriotismo, en que se combinan todos estos elementos, y que igualmente conservaré como un recuerdo suyo á la vez que como un documento histórico.

Habiendo marchado ya mi manuscrito á Paris, no tendré tiempo de utilizar las observaciones y correcciones que Vd. me

hace, pero las tendré muy presente para aprovecharlas en alguna oportunidad, á fin de que su trabajo sea utilizado como corresponde.

Me admira la fidelidad de su memoria y la firmeza de su pulso en la edad á que felizmente ha alcanzado, y sobre todo la lozanía de sentimientos juveniles que revelan sus escritos, y le deseo largos años de vida y prosperidad, ofreciéndome á Vd. en cuanto pueda serle útil ó agradable.

Me considero muy feliz en haber tenido ocasión de estrechar con Vd. relaciones, no solo por la utilidad que de ello puedo haber reportado para bien de la historia pátria, sino por la favorable idea que de su persona y cualidades tenía, y que hoy me ha sido confirmada.

Quiera contarme en el número de sus amigos y disponer como guste de su affmo., compatriota y c. S.

Bartolomé Mitre.

TRADICIONES HISTÓRICAS

DE LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Al compaginar estos recuerdos, recogidos de la tradición oral, no tenemos otro propósito que hacer conocer ciertos acontecimientos gloriosos para el pueblo Tucumano, que tuvieron lugar en la inmortal epopeya de la guerra de nuestra independencia.

La memorable batalla del 24 de septiembre de 1812, librada en los extramuros de esta ciudad, que es una de las más gloriosas de las armas argentinas, le valió á Tucumán el renombre de *Sepulcro de la tiranía*, como mas tarde, el 9 de julio de 1816, le valió tambien el de *Cuna de la independencia* con motivo de haberse instalado en esta ciudad el Congreso Argentino, que, con heroica valentía, proclamó ante la faz de las Naciones nuestra emancipación política de la Metrópoli.

Pero aquel primer timbre de honor que se le discernió á Tucuman, no fué solamente por la participación que tuvo en aquella inmortal jornada, sinó que fué más aún por el hecho de haberse levantado espontáneamente en masa á tomar las armas en defensa de la pátria, al tener noticia de que el ejército patriota que operaba sobre Jujuy, se retiraba para Córdoba por el camino que de Salta iba directamente á Santiago del Estero,

sin llegar á esta ciudad, en cumplimiento de órdenes del Directorio de Buenos Aires.

Este hecho heróico del pueblo tucumano, y algunos otros incidentes de gran importancia, que tuvieron lugar el día de la batalla; se han escapado al ojo escudriñador y penetrante del autor de la " historia de Belgrano," sin duda por falta de buenos datos, los que se han conservado por la narración oral que nos hacemos eco para referirla tal como la recogimos de boca de nuestros antepasados.

Pero, como el recuerdo de esos hechos gloriosos para Tucumán, fatalmente se va perdiendo, á medida que las generaciones que figuraron en esa inmortal lucha van cayendo en la tumba, y como á cada instante perdemos algunos de esos preciosos hilos que nos ligaban á aquellos tiempos homéricos, borrándose así poco á poco muchos recuerdos gloriosos y hasta los nombres de los preclaros ciudadanos que se distinguieron en primera línea, consideramos que es un deber de patriotismo salvarlos del olvido.

Este deber nos impone la obligación de contar á nuestros hijos lo que vimos en nuestra infancia, y de referirles lo que oímos á nuestros padres sobre todo lo referente á lo que hicieron para legarnos una Pátria libre é independiente.

Los sucesos de que vamos á ocuparnos, no serían bien comprendidos sin el conocimiento de algunos de sus antecedentes, y del teatro en que se desarrollaron, por lo que creemos indispensable que antes de narrarlos demos algunas esplicaciones al respecto para su mejor inteligencia, haciendo al mismo tiempo una ligera digresión para dar mayor autoridad á nuestras palabras.

No podemos decir con propiedad que hemos sido contemporáneos á los sucesos que ocurrieron en el año de 1812, no obstante de que hemos nacido á fines de abril de 1810, porque en 1819 recién pudimos darnos cuenta de lo que pasaba á nuestra vista. Sin embargo, hemos estado después en contacto con los que fueron actores ó espectadores, hemos vivido entre la generación que presencié ese drama sangriento desarrollado en los sudburbios de esta ciudad.

El conocimiento de los más ínfimos detalles é incidentes, que ocurrieron en la batalla eran notoriamente vulgares á todas las clases sociales. Sin embargo los datos de que nos hemos servido, no los hemos tomado de la masa común del pueblo, sino de las personas más conspicuas y espectables de nuestra sociedad de entonces (1).

La tradición disiente completamente de la "Historia de Belgrano" en los detalles de algunos sucesos. Además en la parte descriptiva de las provincias de Salta y Tucumán, y en lo relativo al curso de los ríos se ha incurrido en gravísimos errores que si bien estos en nada afectan al fondo de la historia, es necesario rectificarlos para la buena inteligencia de los sucesos.

Para corroborar este acerto vamos á copiar en seguida un párrafo de la Historia que dice así: "El

[1] Entre las muchas personas de quienes hemos tomado estos datos, citaremos solamente algunas, que son: el Dr. Lucas Alejandro Córdoba, Cura y Vicario de Monteros, sacerdote ilustrado y respetable; D. Hermenejildo Rodríguez, Boticario y Cirujano del ejército de la independencia, persona honorable y de vastos conocimientos; D. Felipe Alberdi, hermano del jurisconsulto de este apellido, persona de mucha instrucción; la Sra. Doña Teresa Velardez de Araoz, distinguida matrona, viuda del ilustre prócer, Coronel Mayor don Bernabé Araoz. El general Alejandro Heredia, que aunque no se encontró en la batalla perteneció al ejército.

“ rio Juramento ó Pasaje divide á Tucumán de Salta
“ y en el punto en donde abandona el nombre de
“ Guachipas y toma el de Pasaje, forma un notable
“ ángulo saliente, que avanza hácia el Norte y conti-
“ núa con la denominación de rio Salado cubriendo
“ ambas fronteras por la parte del Gran Chaco.” (1)

Todo este párrafo es completamente erróneo. Los que conocen esas localidades, saben que el rio Pasaje no divide á Tucumán de Salta sino el rio *Tala*, distante de aquél como 30 leguas, más ó menos, al Sud; y saben también que al desprenderse el Pasaje de la Sierra que ciñe por el Naciente el Valle de Lerma, de donde sale, se dirige, en rumbo general al Este, Sud-Este, y que con esta dirección, más ó menos, penetra en la provincia de Santiago del Estero, en donde tomando la denominación de *Salado*, pasa como 18 ó 20 leguas al Naciente de esta ciudad, formando así, en cierta manera, la frontera Oeste y Sud del Gran Chaco Austral y va á derramar sus aguas en el caudaloso Paraná al Norte de Santa Fé.

Descripción de los caminos entre Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero

El antiguo camino carretero que venia de Jujuy y de Salta para las provincias del Sud y que es el mismo que hoy existe, se bifurcaba entonces, como sucede hoy mismo, en el lugar denominado *Yatasto* al Sud de Metan. El que se apartaba á la izquierda, se dirijia hácia el Naciente, é iba á despuntar un cordon de sierras que se ven á esa parte, distantes cinco ó

[1] Tomo 2º, 4ª ed., pág. 96.

seis leguass, que corre de Sud á Norte y que tiene su origen á poca distancia al Norte de la ciudad de Tucumán, y asi que doblaba dichas sierras y sus adyacentes, se dirijia al Sud, en cuyo rumbo cortaba esta provincia en su ángulo Nord-Este, en el departamento de Burreyacú, é inclinándose en seguida al Sud-Este, se internaba en la de Santiago del Estero. Este camino solo era transitado en aquella época por las tropas de mulas que se llevaban del Litoral á las tablas de Jujuy ó al Alto Perú.

El otro que quedaba á la derecha, era el carretero, ó como se llamaba entonces, camino real. Se dirijia al Sud y conducía directamente á Tucumán, atravesando por el Rosario de la Frontera y demas poblaciones que se conocen actualmente sobre la via férrea, y pasando el rio Tala entraba en esta Provincia. La primera población que tocaba era la de Trancas, pueblo muy pequeño y de muy pocos habitantes; en seguida pasaba por las demás poblaciones, que es inútil nombrarlas, hasta llegar á Tapias, que era la Posta, cuya habitación estaba media legua más al naciente de la que hoy existe. De allí, pasando el rio de este nombre y el Saladillo, que estaba en seguida, se internaba en el monte de *El Alfatal* que venia á salir al lugar de la Aguadita, en la Cañada de Los Nogales, distante dos leguas y media al Norte de esta ciudad.

La cañada de los Nogales

Era esta en aquellos tiempos, un campo despejado, cubierto de grandes pajonales, y con pequeñas prominencias en el terreno, cercados con pequeños grupos

de árboles. Tenia la figura de una elipse prolongada é irregular, circunvalada de montes altos y espesos. En su parte Sud habia una especie de gran portada, que la formaban dos hileras de montes, que se dirijian á encontrarse en sentido contrario, dejando un espacio limpio y despejado como de dos á tres cuadras, por lo que se llamaba á este lugar *La Puerta Grande*. Pasada ésta se encontraba otro campo mas pequeño, pero mas despejado.

Al entrar el camino á esta Cañada, se dividia en dos ramales:—el de la derecha que era el carretero, ó camino principal, se dirijia al Sud por el centro de ella, que luego la abandonaba á la izquierda para tomar la dirección á la Puerta Grande, en donde cambiaba de rumbo al Sud-Este, y se dirijia al punto en que hoy está situado el Pueblo Nuevo; siguiendo adelante, pasaba, con dirección al Sud, rosando los éjidos del poniente de esta ciudad, y volvia á tomar su dirección anterior para dirijirse al lugar de Santa Bárbara, situando sobre el rio Salí.

El otro tambien era para vehículos, se apartaba á la izquierda, con el nombre de camino del Alto, el cual subiendo la suave pendiente de la Cañada, penetraba á un monte alto que se llamaba de *Los Sosa*, pasado el cual, atravesaba por un terreno despejado, poblado solamente en algunas partes de *poleares* y *matorrales*, y entraba á esta ciudad por la calle del Cabil-do, hoy «*25 de Mayo*».

Si nos hemos detenido demasiadamente en la descripción de estos caminos, es porque de su conocimiento depende la buena inteligencia de los sucesos que se van á desenvolver.

Segun lo asevera la historia, (1) el general Belgrano traia la idea desde Jujuy de hacer pié en Tucumán y esperar al enemigo para batirlo; pero los hechos, y las medidas que tomó, contradicen esa aserción, porque si tal pensamiento hubiera traído, habria con anticipación prevenido á las autoridades de Tucumán y Catamarca que reunan sus milicias y las sujeten á disciplina; que reunan caballadas y todos los elementos de guerra de que pudieran disponer hasta su llegada. Además, habria venido directamente á Tucumán, y nó por el camino de Santiago del Estero, que lo distanciaba mas de veinte leguas de esta ciudad.—Todo esto prueba que el general Belgrano no se habia resuelto á venir á Tucumán. Sin embargo es forzoso convenir en justa reparación al honor del ilustre General, que el plan de campaña que habia concebido y premeditado, de antemano, era aquel, como lo manifiesta en sus repetida correspondencia al Director de Buenos Aires; pero éste se lo cruzaba, ordenándole terminantemente y con apremio que se retirase á todo trance á Córdoba, llevando todo su tren de maestranza, destruyendo y quemando (2) todo aquello que no pudiera llevar, conminándole su cumplimiento con la mas estricta responsabilidad.

Es histórico que despues del combate del rio de Las Piedras, el enemigo se hizo mas cauto, y ya no hostilizó ni persiguió á los patriotas, dejándolos marchar libremente. Asi, pues, sin inconveniente alguno nuestro pequeño ejército llegó á Yatasto, en donde tomó el ca-

[1] Historia de Belgrano-Tomo 2°, 4°, ed. pag. 100 y 103.

[2] Historia de Belgrano-Tomo 2°, 4° ed. pag. 108 y 109.

mino de la izquierda, que conducia directamente á Santiago del Estero. Mientras tanto en Tucumán ni en las demas provincias del Sud, nada se sabia de esta determinación del ejército patriota, por lo que habia en el pueblo una ansiosa expectativa y alarmante inquietud. En esas angustiosas circunstancias llegó el Teniente coronel don Juan Ramon Balcarce con un corto piquete de soldados, mandado por el general Belgrano desde Burruyacú con el objeto de recoger todas las armas que hubieren en la Provincia, ya sean las del servicio público ó ya sean de los particulares. — Inmediatamente de llegar este Jefe, mandó publicar un bando ordenando que en un término muy perentorio y bajo penas severas, todo el mundo presentase sus armas, sean de la clase que fuesen, y sin distinción de personas; como es de suponerse, esta orden, y las fatales noticias que en esos momentos circularon de que el ejército patriota se retiraba para Córdoba, sin llegar á esta ciudad, y de que el enemigo estaba en marcha sobre Tucumán, produjeron un gran estupor y una espantosa confusion y aturdimiento, que era como decirle al pueblo: sálvese el que pueda.

Era tan apremiante y tan obligatoria la orden de entregar las armas, que el Oficial del ejército don Rudecindo Alvarado que accidentalmente se encontraba en esta ciudad, tuvo que enviar también su espada, pero luego se la devolvieron (1).

La presencia del peligro parece que hubiera sido

[1] Este hecho lo refiere el mismo general Alvarado en una carta fechada en 1869 dirigida á la familia del coronel D. Bernabé Araoz, con motivo de certificar los servicios de este ilustre y benemérito Jefe, cuya carta original existe en poder de dicha familia.

un poderoso incentivo para enardecer el patriotismo y retemplar el corage del pueblo tucumano. Jamás á existido uno en aquella época, más vigorosamente arraigado en el corazón del tucumano, ese noble y elevado sentimiento de amor á la patria. A su invocación todo se sacrificaba: vida, hacienda, honores y fama.

Asi fué, que todos los ciudadanos corrieron espontáneamente á la plaza para organizarse militarmente. Tocarón las campanas del Cabildo llamando al pueblo, y á los cabildantes. Reunida esta corporación y en sesión pública, dispuso destacar una diputación ante el general Belgrano en solicitud de que no abandonase á Tucumán sin hacer antes algún esfuerzo para probar fortuna en un combate, ó por lo menos detenerlo, retirándole todo los recursos de movilidad y abastecimiento, hostilizándolo de todas maneras, á fin de debilitarlo reduciéndolo á la impotencia para lo que la estación les era muy favorable.

Fueron nombrados para desempeñar esa Comisión el coronel don Bernabé Araoz que á la sazón era la autoridad principal del país, y el alma de ese movimiento patriótico del pueblo, patriota exaltado y decidido, muy prestigioso en toda Provincia, y de una posición expectable en nuestra sociedad de entonces; el Cura y Vicario de esta ciudad Dr. don Pedro Miguel Araoz, hombre de talento natural é inteligencia clara, de fácil y vehemente palabra, y como coadjutor el Oficial de ejército don Rudecindo Alvarado (1).

La Comisión se dirigió primeramente al alojamiento del coronel Balcarce á quien le hizo saber el objeto

[1] Este hecho lo refiere también el general Alvarado en su citada carta.

de su misión ante el general Belgrano, que la aprobó con decisión y acordando con dicho Jefe el enrolamiento de los cívicos y ciudadanos que concurriesen á alistarse, se trasladó al Cuartel General que estaba en Burruyacú. Allí, el general Belgrano la recibió con demostraciones de una cordial estimación, y habiéndole hecho presente su moción poniendo al mismo tiempo á su disposición todos los elementos y recursos que la Provincia pudiera disponer. El General contestó, que su solicitud estaba en perfecta armonía con sus vistas á ese respecto y con el plan de campaña que se había trazado de antemano; pero que estaba contrariado con las órdenes severas del Directorio, que le ordenaba retirarse á todo trance á Córdoba, las que tenía forzosamente que cumplir contra su voluntad. Entonces la Comisión insistiendo en su propósito, redobló sus argumentos, y hasta se permitió exponerle que abandonar al pueblo, quitándole sus armas, era dejarlo maniatado á disposición del enemigo; — y que dada la exaltación de los ánimos, no sería extraño que se sublevase, y lo hostilizase en su marcha. El general Belgrano que buscaba un pretexto para desobedecer las órdenes descabelladas del Gobierno de Buenos Aires, ninguno más á propósito, ni más oportuno que el que se le presentaba, se decidió á venir á Tucumán; pero pidió á la Comisión que se le facilitara veinte mil pesos plata para socorrer la tropa, y mil quinientos hombres de caballería. La Comisión le ofreció el doble de ambas cosas.

Inmediatamente dió orden al ejército de ponerse en marcha con dirección á esta ciudad, y él acompañado de la Comisión, se adelantó, y cuando llegó á

esta, fué directamente al cuartel á saludar á sus nuevos soldados que, en número de cuatrocientos á quinientos hombres estaban en ejercicios.

El tiempo era muy apremiante, no debía perderse un instante, porque de un momento á otro el enemigo debía aparecer.—Inmediatamente se pusieron en acción y movimiento las pocas herrerías y carpinterías que había en la ciudad.—El general Belgrano, desplegando una asombrosa actividad, se multiplicaba en todas partes. Tan pronto estaba en los talleres donde se hacían lanzas, ó se componía el armamento del ejército, como en los cuarteles ó en el campo de instrucción: todo lo inspeccionaba, no tenía descanso, por que se trabajaba de día y de noche. Pidió contingentes de hombres á Santiago y á Catamarca.

Por otra parte el coronel don Bernabé Araoz y su hermano el Cura don Pedro Miguel y otros ciudadanos de distinción, tampoco descansaban un momento en reunir las milicias de la Provincia, caballadas para montar estas y el ejército, ganado vacuno para su mantenimiento; y tantas otras cosas que se necesitan, en tales casos, en un ejército. Felizmente el enemigo demoró en presentarse diez días, tiempo precioso, que lo aprovechó ventajosamente el general Belgrano en medio prepararse.

El ejército español, después del combate del río de Las Piedras, avanzó hasta Metán, en donde se estacionó doce días, más ó menos, con el objeto de dar descanso á su tropa y esperar la incorporación de algunas divisiones que quedaron rezagadas. Conseguido esto emprendió su marcha, y llegando á Yatasto, tomó el camino real que venía directamente á Tucumán. Allí

vió la dirección del camino que llevaban los patriotas y el macizo de sierras que se interponían entre ambos caminos, y supuso que estas no se comunicaban mas adelante y que por consiguiente el general Belgrano ya estaría, cuando menos, en Santiago del Estero ó muy distante de Tucumán.—La falta de conocimiento de la topografía de estas tres Provincias lo indujo en un error gravísimo, que le fué tan fatal. En la seguridad de que en Tucumán no había ninguna fuerza que le hiciera resistencia, continuó su marcha con plena confianza. Pero, desde allí, principió á notar el vacío que se hacía en su alrededor por que, todos los habitantes de las inmediaciones del camino huyeron á los montes con sus familias y con todo lo que poseían; y dejándolas en seguridad, volvían con sus amos ó con sus chuzas á hostilizar al enemigo. Cada uno era un Jefe que obraba de su propia cuenta, ya sea aislada ó colectivamente; de manera que en los rumbos inmediatos al camino en cada matorral, en cada pajonal, y en cada árbol se puede decir, habían gauchos armados que caían de improviso sobre todo individuo que se separaba del ejército de suerte que el enemigo no dominaba mas que el terreno que pisaba: todo le era hostil y hasta los mismos elementos de la naturaleza estaban en su contra. Así fué que al pisar la provincia de Tucumán, el coronel Huici, Jefe de la vanguardia, acompañado de un Ayudante y de un asistente, se adelantó unas pocas cuadras, de sus fuerzas para entrar á la población de Trancas, cuando repentinamente cayó sobre él una partida de gauchos, que le tomó preso juntamente con sus acompañantes, y despojándolos de sus mejores prendas, y dinero, los hicieron volver á esta ciudad, y esa misma noche estuvo en presencia del general Belgrano.

Esas partidas de gauchos voluntarios seguían al enemigo como moscas, batiendo el campo en su alrededor, y al mas pequeño amago del enemigo se metían á los montes para volver aparecer de nuevo mas tenaces, dando cuenta hora por hora al general Belgrano, de sus movimientos. El 22 de setiembre llegó á Tapias, en donde pernoctó esa noche, de lo que inmediatamente tuvo aviso el General patriota. Mientras tanto el general Tristan venía completamente á ciegas, porque no encontró en toda su marcha una sola persona que le diera noticias del estado de las cosas, y las que encontraba en los ranchos, eran viejos y viejas que no podían moverse, por consiguiente que nada sabían.

No se imaginaba ni remotamente de que el general Belgrano estuviera en Tucumán, y creía que las partidas de gauchos que lo molestaban, eran puramente movidas por el interés de robar y saquear á todos los que se desprendiesen de su ejército.

El 23, el general Belgrano á la noticia de la proximidad del enemigo, salió de la ciudad y fué á tender su línea al Nor Oeste, dando el frente al norte, sobre la pendiente de un bajo que era la continuación de la cañada de los Nogales, cuyas señales se encuentran hoy á pocas cuabras al Norte del Aserradero mecánico que fué de don Emilio Palacios. Allí esperó formado todo ese día y por la tarde recién apareció el enemigo en la cañada, en donde acampó. Con ese motivo el General patriota replegó su infantería á la plaza, cuyas calles principales estaban foseadas y artilladas convenientemente, á una cuadra de la misma, dejando afuera su caballería.

Ese día se incorporó al ejército el contingente de

Santiago del Estero, que más valiera que no hubiera venido por el resultado que dió.

El campo de las Carreras

La parte Oeste y Sud de esta ciudad era en aquella época una planicie limpia y despejada, en la que ni se veía ningún arbusto, ni matorral que interceptara la vista, cubierta su superficie de una yerba, que se llama grama. Su amplitud en su parte mas angosta, que era al Poniente de la ciudad, tenía como tres cuartos de legua, y un poco mas al Sud, tenía mas de una legua de ancho, de Naciente á Poniente, y como tres leguas de largo de Norte á Sud. Corría en sentido de su longitud, pasando muy próximo á la ciudad, una suave ondulación en el terreno que aun hoy puede notarse en las quintas de don. N. Lillo, de don. Augusto Abadie, de don Augusto Araoz y del Dr. Próspero García.—*La Cancha de las Carreras* estaba como á una cuadra mas ó menos al Naciente de esa hondonada; y que es precisamente el mismo sitio que hoy ocupan la quinta que fué de don Manuel Anabia y la de don Vicente Gallo, y es también allí mismo en donde dos años mas tarde se construyó el reducto de la Ciudadela (1).

[1] Con motivo de que nuestros padres vivieron accidentalmente, en 1825, en la casa que fué del general don Gregorio Araoz de la Madrid, situada sobre el mismo campo de batalla, que es la misma que hoy ocupa la Capilla y Convento de las beatas de Jesus, hemos tenido ocasión en nuestras correrías de niños de conocer ese campo histórico que se llamó también después *Campo de Honor*. Por ese conocimiento y los datos que recibimos de nuestros antepasados, podemos describirlos, con rigurosa precisión, por que hasta aquella fecha no había cambiado de fisonomía. Pero ese Campo, la Ciudadela, y la casa del inmortal Belgrano, que han debido conservarse como reliquias

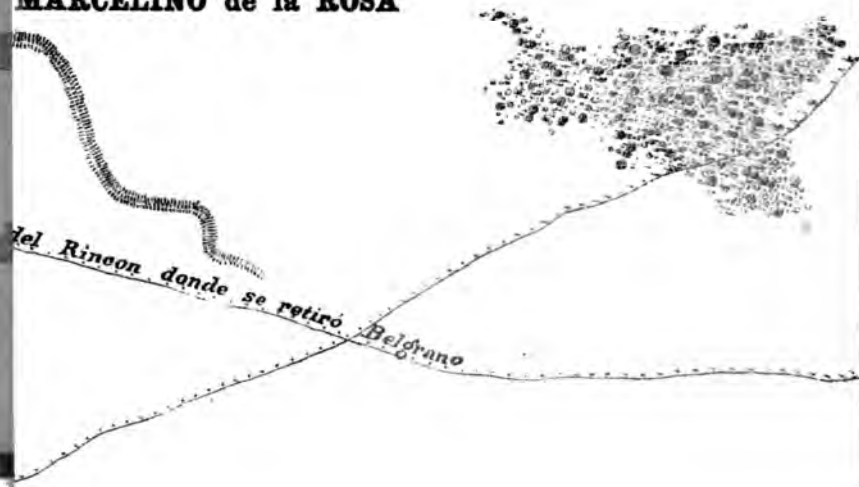
PLANO

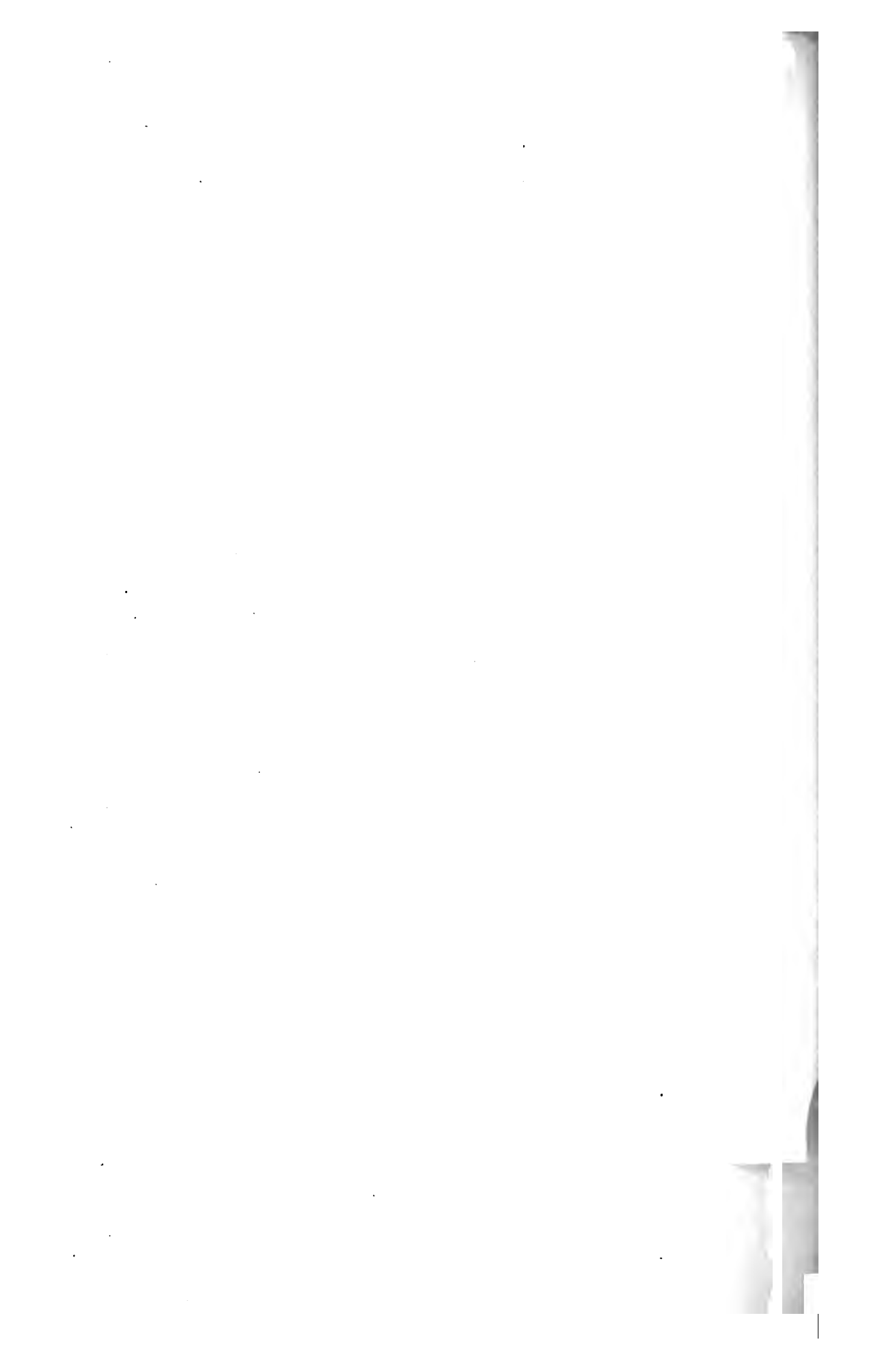
DE LA

FINCA DE TUCUMÁN

POR EL AGRIMENSOR

MARCELINO de la ROSA





El 24 á la tres de la mañana, el general Belgrano salió nuevamente de la ciudad y fué á ocupar el mismo punto del día anterior, situación extratética que le facilitaba ventajosamente rechazar el ataque que le tragera el enemigo por cualquiera de los dos caminos teniendo sus espaldas resguardadas por el pueblo. El General español que venía con la firme persuación de que el ejército patriota no se encontraba en Tucumán, creyó entrar ese mismo dia á esta ciudad, levantó su campo al toque de diana y emprendió su marcha por el camino que se apartaba á la derecha, dejando rezagado, para que más tarde siga sus huellas, el convoy en que traía su parque, pertrechos de guerra, equipajes, y los caudales de la caja del ejército.

Aquí es ocasión de referir un incidente, que no lo menciona la historia de Belgrano, y al que la tradición le atribuye una influencia poderosa para el triunfo de ese día.

El oficial tucumano don Gregorio Araoz de la Madrid, que ese día estuvo de guardia de avanzada, en observación del enemigo, cuando vió que éste venía por la mitad de la Cañada, prendió fuego al campo anterior á ésta. El voraz elemento luego se presentó aterrante en la *Puerta Grande*, obstruyendo el camino, y á medida que avanzaba, tomaba proporciones formidables, por los altos y espesos pajonales, que dada la estación, estaban muy secos. Este imprevisto accidente obligó al ejército á correr tumultuosamente, y en dis-

sagradas, y como monumentos vivos de una de las glorias nacionales, para perpetuarlas á través de las generaciones venideras, desgraciadamente han desaparecido completamente, hasta el extremo de que no quedan ni señales de sus vestigios.

persión á salvarse en los montes de la derecha, que eran los mas inmediatos, en donde encontraron, á la orilla del monte, el antiguo carril del Perú que hacía muchos años que estaba en desuso, y que solo lo transitaban los vecinos de los lugares para comunicarse entre si [1] Por supuesto, que con esa corrida tan brusca y precipitada, todos los cuerpos del ejército perdieron su orden de marcha, continuando como su dispersión en una hilera confusa y desordenada, que abarcaba como una legua de extensión.

Esta fué, según la tradición oral, la verdadera causa del desvío que hizo el ejército español, y no un movimiento extratéxico, como lo asevera la historia de Belgrano, por que no se concibe que el general Tristan hubiese intentado tal evolución en un terreno que no conocía, ni tenía la mas pequeña idea de su configuración. Por otra parte, venía tan desprevenido y con tal negligencia que la mayor parte de su tropa no estaba suficientemente amunicionada, y su artillería cargada á lomo de mula; y además, el orden de marcha que traía su ejército lo imposibilitaba para desplegar en batalla en un momento dado.

Bajo todo punto de vista, ese movimiento, ó maniobra, habría sido completamente inútil, y sin objeto: inútil, porque ninguna ventaja le habría reportado hacer un pequeño desvío para llegar á un punto, que lo mismo habría llegado viniendo por el camino mas corto, que era el que traía: sin objeto, por que dada la con-

[1] Asi se llamaba el primitivo camino que venia de las provincias de Cuyo á la primera fundación de Tucumán situada á una legua al Sud-Oeste de Monteros; y saliendo de allí para el Perú y recorriendo todas las poblaciones del Sud, costeaba el Manantial por el Poniente é iba por Cebil Redondo, etc. etc.

vicción que traía de que el ejército patriota no estaba en Tucumán, no tenía razón de ser ese movimiento. De todo esto se desprende que el desvío que hizo, fué forzado por el incendio.

Siguiendo por el antiguo carril del Perú, llegó al Ojo de Agua del Manantial de Marlopa, situado á una y media legua al Oeste de esta ciudad, en donde le presentaron un aguatero que levantaba agua para traer al pueblo (1). El general Tristan le pagó á éste una onza de oro para que le llevase una pipa de agua á casa del Padre Jesuita don Pedro León Villafañe para bañarse ese día á las doce (2). Este hecho es una prueba más, de que el General español traía la plena seguridad de que el general Belgrano no se encontraba en Tucumán.

Miéntras tanto el General patriota, desde la posición que ocupaba, pudo ver á la simple vista, por entre la valada de los árboles, y por ser más elevado el terreno por donde iba el enemigo, la dirección que éste llevaba, calculó en el momento el punto en donde debía salir, é inmediatamente replegó su línea y se trasladó al campo de las Carreras, que como se ha dicho antes estaba como á 9 ó 10 cuadras al Sud-Sudoeste de nuestra plaza.

Allí tendió nuevamente su línea de batalla dando

(1) Según la tradición, en aquella época no había mas que un aguatero que se llamaba José Vaquero, y es á este á quien el general español le pagó la onza de oro.

De paso vamos á referir un hecho curioso. Como en aquellos tiempos no habian pipas en Tucumán, ni quien las haga, este individuo se hizo una de una sola pieza, cortando un gajo de un Pacará monstruosamente grueso y ahuecándolo por dentro. Este árbol gigantesco y de una enorme grosura, que tenia tres varas de diametro, ha existido caido hasta el año 1835, en los montes de la Yerba-buena.

(2) La casa del Jesuita Villafañe estaba en la plaza y era de altos sobre la calle situada en el mismo sitio en que hoy está el Bazar y Joyería del Progreso.

el frente al Poniente sobre la suave ondulación de que hemos hablado antes, y que es precisamente la misma línea por donde hoy corre la vía ferrea Nacional.

No nos detendremos en describir de la manera como estuvieron formados los varios cuerpos del ejército patriota, porque ya lo ha hecho la Historia de Belgrano; sin embargo agregaremos solamente, que la mayor parte de las caballerías tucumanas, con una base de un cuerpo del ejército formaban el ala derecha, la que pasaba un poco al Norte de los fondos de la Capilla de Jesús. La otra parte, con el contingente de Santiago del Estero, y también con otra base de un cuerpo de línea formaban el ala izquierda, que alcanzaba hasta donde está hoy situada el Ingenio de don Javier Usandivaras. De la infantería tucumana, una parte concurrió á la batalla y la otra parte quedó de guarnición en la plaza, que estaba atrincherada y convenientemente artillada. El trayecto que ocupaba la línea de batalla del ejército patriota, según referencias de la tradición, abarcaba la distancia de seis cuadras, más ó menos.

A todo esto, el ejército español, continuando su marcha desde el Ojo de Agua para el Sud, por el mismo camino que había traído, costeaba la margen derecha del Manantial de Marlopa, en un trayecto de media legua, hasta la altura del puente de dicho Manantial, en donde dejando el camino á la derecha, dobló al Naciente para pasar el puente, desde donde se dirigió á la ciudad con rumbo Este-Nord-Este (1).

(1) La tradición oral dice que la marcha del ejército español desde el Ojo de Agua fué por la margen izquierda del Manantial. Esta divergencia con el texto no tiene importancia alguna por que las dos proyecciones convergen á un mismo punto. Sin embargo nosotros somos de sentir que la marcha fué por la margen derecha, por que apareció por el camino del Puente.

El terreno que mediaba entre el puente y los éjidos de la ciudad, era llano y parejo y estaba su superficie salpicada de tuscas, arbusto bajo, y espinoso que produce el aroma, que sin ser un monte, interceptaba la vista por lo que solo podía distinguirse las cúpulas de las torres de las iglesias del pueblo. El camino atravesaba esos tuscales.

La Batalla

Serían las nueve ó diez de la mañana del día 24: el cielo estaba limpio y despejado, y el sol irradiaba con toda la intensidad de su fulgor, lo que anunciaba un día caluroso, sin embargo, allá, en el horizonte del Sud, se distinguía una mancha parda, que presagiaba una tempestad, ó por lo menos, un huracan. A esa hora apareció al Poniente por el camino que venía del puente, la cabeza de la columna del ejército enemigo, que entraba en el campo que antes hemos descripto, por el punto que hoy es la *Quinta Normal*. La sorpresa y la estupefacción que produjo en el enemigo al encontrarse en presencia del ejército patriota, formado en batalla, es indescriptible, y es más fácil concebirla que explicarla.

Por el momento quedaron petrificados, sobrecojidos de asombro y espanto, sin acabar de persuadirse de lo que veían. Sobre el primer grupo se iban aglomerando los que venían llegando formándose así una masa informe y confusa. Parece que el general Tristán venía á la cabeza de la columna, porque luego se vió á varios oficiales partir de allí á todo escape para atrás, sin duda á apurar la marcha de todo el ejército.

En medio de ese aturdimiento y confusión, que por lo general se produce en todas las sorpresas, todo se hacía precipitada y desordenadamente. Los unos procuraban formar la tropa en batalla; otros se ocupaban en descargar de las mulas los cajones de munición y la artillería, otros en abrir los cajones, y en repartir á la línea las municiones; algunos en montar la artillería y todo su tren,—los soldados que venían de marcha y llegaban corriendo á entrar en línea, los gritos de los jefes y oficiales; las mulas y caballos que se dispersaban asustados:—era todo aquello un *maremagnum* de hombres y de cosas que aumentaba la confusión y el aturdimiento. Si el general Belgrano en esos momentos les hubiese llevado el ataque, habría tomado prisionero á todo el ejército enemigo.

Sin embargo, á pesar de todos los inconvenientes el General español alcanzó á formar en línea dos batallones de infantería, que servían al mismo tiempo de núcleo para la incorporación de los rezagados. La caballería cubría sus flancos. No tuvieron tiempo para montar sus artillerías, y las dos piezas que alcanzaron á armarlas no entraron en acción.

Cuando estuvieron así, medio preparados, el ejército argentino los saludó con una granada, lo que produjo en las filas enemigas un espantoso estrago, tanto en lo material como en lo moral. La artillería patriota que se cubrió de gloria ese día, empezó á jugar su rol con tanto acierto, que á cada disparo de cañón se veía oscilar la línea con síntomas de desbande. El jefe de la infantería enemiga, desesperado por las tremendas bajas que hacía nuestra artillería, avanzó, sin tener orden de su General, su línea sobre la nuestra y

rompió un fuego muy nutrido que era apagado por nuestra metralla.

El general Belgrano que estaba á retaguardia ocupando el centro de la línea, ordenó al teniente coronel don Juan Ramón Balcarce, que mandaba la caballería de la ala derecha, que atacase de frente, y al mismo tiempo ordenó, que nuestra infantería, protegida de una fracción de la reserva, cargase á la bayoneta. Como era natural, el movimiento de la caballería fué más rápido, y su empuje fué tan terrible que no solamente arrolló al enemigo de su posición, sino que este en su precipitada fuga echó por delante al mismo general Tristán y á la columna de los que aún venían en marcha. La infantería enemiga al ver la derrota de su costado izquierdo, no resistió al empuje de la de los patriotas: también huyó precipitadamente.

En momentos tan azarosos para los españoles vino á empeorar su angustiada situación un terrible huracán. El ruido horrísono que hacía el viento en los bosques de la sierra y en los montes y árboles inmediatos, la densa nube de polvo y una inmensa manga de langosta que arrastraba, cubriendo el cielo y oscureciendo el día, daban á la escena un aspecto terrible.

El general Belgrano, después de haber ordenado esos dos ataques, se dirigió á todo galope á su costado izquierdo á dirigir personalmente la carga y á animar con su presencia á la tropa; pero el enemigo se le anticipó á este movimiento trayéndosela él, y á la sola amenaza del ataque, la división santiagueña se desbandó cobardemente en dirección al Sud, envolviendo en su fuga, no solamente á toda la línea de ese costado

sinó que también arrebató al mismo General, que en esos momentos llegaba, llevando en confuso torbellino, por más esfuerzos que hacía para separarse de ese oleaje de gente que lo hacía correr contra su voluntad, no pudo desembarazarse hasta una y media ó dos leguas. El enemigo no persiguió á los patriotas, ya sea porque nuestra artillería con sus metralhas y balas razas le desorganizaba sus columnas ó ya sea porque viendo que toda la línea española estaba desecha en completa derrota y dispersión, volvió sobre sus pasos, y siguió el movimiento de los suyos; ya sea para contener la dispersión ó buscar á su General.

La caballería patriota de la derecha, que en su empuje había ido hasta la retaguardia del enemigo lanceando, no solamente á los fugitivos sino también á una masa de gente que no había entrado en batalla, persiguiéndola hasta la distancia de media legua hacia el Poniente. En esta persecución nuestros gauchos se entusiasmaron, inducidos por el sebo del saqueo de los ricos equipajes de los jefes y oficiales.

Al regresar el Coronel Balcarce al campo de batalla después de haber triunfado del enemigo que tuvo al frente y dispersado también el que estuvo á retaguardia, vió que el ala izquierda de los patriotas había sido derrotada y que la derecha del enemigo que la había vencido se dirigía al Poniente, hácia donde él estaba, no creyó prudente atacarla, pues aunque iba un poco desorganizada, era superior á la fuerza de línea que mandaba, por que nuestra caballería gaucha estaba esparcida en el campo, entretenida en el saqueo. Mandó tocar á reunión y medio en dispersión emprendió su retirada al Sud buscando la incorporación de la izquier-

da, y como á una y media ó dos leguas, vióse un grupo de gente, se dirigió al él; en donde encontró al general Belgrano á quien saludó vivando á la patria y felicitándolo por el triunfo obtenido. Asi es como vinieron á reunirse en un mismo punto, distante como dos leguas, del campo de batalla, los dos extremos de la línea de los patriotas, el uno vencedor y el otro vencido; y así es también como se explica la presencia del general Belgrano en ese lugar, en circunstancias que aun no se había terminado la batalla. Sin creer en el triunfo, que se le anunciaba, puesto que su presencia allí era consecuencia de su derrota, se ocupó en hacer reunir los dispersos, que cubrían en todas direcciones el campo del Rincón.

Por su parte, el general Tristan hacía los mismos esfuerzos, para reorganizar su ejército sobre el Manantial de Marlopa, que por suerte le había servido de barrera para contener el desbande de su ejército, que de otra manera hubiera sido muy desastroso, y bajo la base de la columna que se salvó intacta en la batalla, hizo su reorganización.

Á todo esto la infantería patriota quedó dueña del campo de batalla; pero sin caballería y sin su General por lo que se encargó del mando el coronel Eustaquio Diaz Velez, y formando luego un consejo de guerra verbal, se dispuso replegarse á la plaza para no comprometer las ventajas obtenidas en ese día; y teniendo también en vista de que el enemigo reaccionaba á una legua al Poniente, sobre el manantial de Marlopa, se apresuraron á ejecutar esta operación. Al efecto recogieron todos su heridos; todo al armamento, de que estaba cubierto el campo de batalla, con seis ó siete piezas de

artillería, de las cuales solo dos estaban montadas, y las demás, á medio armarlas; y colocando á vanguardia mas de 400 prisioneros, con las banderas, estandarte y cajas de guerra tomadas al enemigo, emprendieron la marcha en buen orden, sin que nadie los molestase.

Tres horas mas tarde, el ejército español, aunque disminuído en mas de una tercera parte, siempre era superior al de los patriotas, volvió sobre el campo de batalla, en donde no encontró más que los cadáveres de sus soldados, y continuando su marcha sobre la ciudad, vino á situarse en las goteras de esta; en el punto que hoy ocupa la 4^a manzana y parte de la 3^a del Poniente de la calle de «Chacabuco», que en aquellos tiempos era campo.

Véamos ahora lo que sucedió en el convoy y bagaje del ejército español. Lo dejamos en la cañada de los Nogales en disposición de continuar su marcha en pos de este; pero luego los conductores se apercibieron del incendio, el que, con el viento de ese día, había tomado proporciones aterrantes, lo que los obligó a tomar á toda prisa el camino del Alto, para salvarse en el monte. Continuando después lentamente por ese camino, y haciendo paradas á cada instante con el objeto de esperar que pasara alguna persona que les diera noticias del ejército, lo que no consiguieron en todo el día. Como yá declinaba el día y creyendo que el general Tristan estuviera en posición de la ciudad, entraban por la tarde por la calle del Cabildo [hoy 25 de Mayo]. Pero á poco andar fueron vistos por la guarnición del canton que estaba en esta calle, á una cuadra de la plaza; y llamándoles la atención esta tropa de mulas cargadas y carretas que entraban confiadamente

en circunstancias tan anormales, salió un piquete de 25 ó 30 hombres á reconocerlas. Á todo esto, ni los conductores, ni la escolta del convoy se apercebían de su error hasta que el oficial que mandaba el piquete, en actitud amenazante, mandó echar pié á tierra á todo el mundo, y á los remisos los bajaba á culatazos, entónces recién se dieron cuenta que estaban en poder de los patriotas. En el barullo y la algazara y aturdimiento que les produjo esta sorpresa, no atendieron á las cargas, por lo que algunas mulas cargadas de plata se dispararon por las calles, las que fueron aprovechadas por algunos vecinos [1].

De esa manera inesperada, vino á caer en poder de los patriotas todo el parque, pertrechos de guerra, equipajes y dinero del ejército español.

Esta importantísima presa para los patriotas, que equivalía á desarmar al enemigo, produjo, como era natural, tanto en el pueblo como en el ejército, una inmensa alegría, con cuyo motivo se echaron á vuelo todas las campanas de los cuatro templos de la ciudad. El general Tristán que estaba posesionado en el punto que antes hemos indicado, oyendo los repiques se perdía en conjeturas, sin atinar con la causa de tanta alegría de los de la plaza, y en su confusión, no encontraba otro motivo que el descalabro que él había sufrido ese día, lo que lastimaba mucho su orgullo y amor propio, por lo que, en seguida intimó rendición á los patriotas, quienes le contestaron con la arrogancia y provocación que refiere la Historia de Belgrano.

(1) La tradición designaba con sus nombres propios á los ciudadanos que tuvieron esa suerte inesperada; pero nosotros escusamos de repetirlos aqui, por no herir las susceptibilidades de las familias descendientes de aquellos.

Mientras tantos, los jefes de la plaza ignoraban completamente de lo que le habría sucedido á su General, ni este sabía nada de la suerte que los acontecimientos del día le habían separado á su infantería. Sin embargo, el general Belgrano había reunido como 500 hombres de sus dispersos y acampó para pernoctar, según la tradición, en Santa Bárbara, sobre el paso del rio Salí del camino real que iba á Santiago del Estero; y según la Historia de Belgrano, en el Rincón, sobre el paso del Manantial en el camino que iba á los Departamentos del Sud de la Provincia [1].

Esa noche, como á las nueve, se presentó en la trinchera de la calle de la Matriz (hoy Congreso) el capitán don José M^a. Paz enviado por el general Belgrano á averiguar si la guarnición de la plaza se sostenía aún y á tomar noticias de lo que había sucedido á la infantería. Después de ser reconocido, se le puso al foso de la trinchera unos tablones de puente para que pasara su caballo, y habiendo conferenciado con los jefes de la plaza, de quienes recibió todos los datos ocurridos ese día, y de la decisión y entusiasmo de que estaba animado el pueblo y la tropa, regresó inmediatamente. Mientras tanto, el general Belgrano que estaba sumamente abatido, se paseaba de un punto á otro con agitación febril, esperando con ansiedad la vuelta del oficial Paz, que á su juicio ya tardaba mucho y temía que hubiera sido tomado por el enemigo,

[1] Estas dos versiones contradictorias, tampoco tienen importancia alguna puesto que los dos puntos están muy inmediatos entre sí, el primero queda al Naciente del segundo á distancia como de $\frac{3}{4}$ de legua; pero, á juzgar por las circunstancias, se debe creer que fué en el primero, porque ese era el camino que debía tomar en caso de un desastre.

no obstante de haber venido acompañado de un buen baqueano y por caminos excusados.

Como á las 4 horas después, regresó este llevándole las importantes noticias que ya conocemos. La transición que se operó instantáneamente en el ánimo del General, fué muy marcada. De la postración y abatimiento en que se encontraba, pasó rápidamente á la alegría y al contento; y según lo asevera la tradición, el general Belgrano, que, aunque hacían varias noches que dormía poco, por el cúmulo de atenciones que tenía, esa noche tampoco pudo dormir, debido á una fiebre nerviosa que le producía insomnio, ocasionada por los acontecimientos de ese día, y más que todo por la fuerte sensación que acababa de recibir con las noticias importantes transmitidas por el capitán Paz. A su juicio la pátria se había salvado, y el ejército argentino iba á cubrirse de una inmensa gloria por el triunfo completo, que no debía tardar. El ejército enemigo quedó reducido á la impotencia hasta el extremo de no poder proporcionarse los recursos necesarios para su subsistencia, por lo mal montada que estaba su caballería dada la flacura de sus caballos. Con estos antecedentes, que se los dieron los prisioneros, y las noticias que llevó el capitán Paz, el enemigo estaba vencido, y por consiguiente no podía permanecer muchas horas delante de la ciudad.

Esa misma noche, los jefes de la plaza usaron de un ardid que les dió un maravilloso resultado. Fingieron una correspondencia dirigida al general Belgrano desde Santiago del Estero, suscrita por un jefe de Buenos Aires (cuyo nombre no recordamos) en la que le decía más ó menos lo siguiente: *Que de manera*

alguna se comprometiera en una batalla, hasta que él se le reuniera, que, á más tardar, sería dentro de dos días; que traía dos batallones de infantería y dos regimientos de caballería (los nombraba) y que le aprontase algun caballada para remontar su caballería, porque con las marchas forzadas que venía haciendo se le había inutilizado mucha parte (1).

Hecha esta nota tomaron un paisano muy avisado, y valiente, á quien enseñaron lo que tenía que hacer, y el papel que debía representar ante el General español. Al siguiente día muy temprano salía nuestro hombre la ciudad con dirección á la otra banda del rio Salí, en donde haciendo correr su caballo largas distancias hasta fatigarlo y hacerlo sudar mucho, se dirigió al campo del ejército enemigo y penetró en él preguntando por el general Belgrano. El oficial que lo recibió le ordenó que se bajase para llevarlo ante la persona que buscaba, lo que le hizo inmediatamente; pero luego se detuvo muy sorprendido y asustado, y quiso volver á tomar su caballo para huir, entonces lo tomaron preso y lo llevaron ante el general Tristán, quien no dándole importancia á la equivocación del gaucho, le interrogó sin embargo, de donde venía y con que objeto buscaba al general Belgrano. Este contestó con toda la timidez y encogimiento de un culpable, que venía de Santiago del Estero, mandado por el general tal, trayendo una carta para el general Belgrano.

Al oír esto el General español tomó mayor interés en el asunto y le hizo otras preguntas, á las cua-

(1) De los batallones que se nombraban en la nota, solo recordamos uno que era número 11, y creemos también que nombraba el 2º ó 3er. tercio de Patricios.

les contestaba según sus instrucciones; y á pesar de sus protestas de que lo habían obligado á venir, se lo registró en su cuerpo, en su ropa y montura; y no encontrándole más que la correspondencia, que él mismo había denunciado se le puso preso (1).

Esta comunicación que la casualidad había puesto en sus manos, vino á empeorar la ya angustiosa situación en que se encontraba el General español. Efectivamente, su posición era sumamente difícil é insostenible: su ejército estaba disminuído en más de una tercera parte, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y el resto que le quedaba estaba desmoralizado por el suceso del día anterior: su caballería, también reducida á la mitad, estaba muy mal montada por la flacura de sus caballos, y por consiguiente imposibilitada de prestarle servicio alguno; mucho más, cuando ya se había hecho sentir el general Belgrano con una división de caballería de más de 500 hombres, la que por momentos debía engrosarse con menos resfuerzos de la campaña. Su parque y pertrechos de guerra con la baja militar del ejército, había caído en poder de los patriotas:—y á todo esto se agregaba la infausta noticia que acababa de recibir de que al día siguiente tendría encima otro ejército, que unido á los de la plaza y á las caballerías, que ya principiaban á actuar sobre

(1) Este hecho se lo oímos referir en 1834 á un coronel Fernandez, boliviano, que había sido muy prestigioso entre los indígenas del Alto Perú, que se sublevaron contra las autoridades del Rey, y á favor del ejército argentino, y bajo la denominación de *republicuetas* hostilizaron tenazmente al ejército español, hasta que en los desgraciados combates de Irupana y Condorchinoca sucumbieron todas esas insurrecciones, para retoñar más tarde con mayor vigor. Este prestigioso jefe se acogió en el ejército argentino, y allí contrajo íntima amistad con el coronel Manuel Dorrego, á quien acompañó en todas las vicisitudes de su agitada vida, hasta su trágico fin en Navarro.

él, le traerian la ruina y pérdida total de su ejército de una manera inevitable. No le quedaba más recursos que una retirada sin pérdida de tiempo. Así fué que á las 12 de esa misma noche emprendió su marcha ó más bien dicho, su fuga.

Ese mismo día el general Tristan le dirigió una carta amistosa al general Belgrano, cuya introducción era la siguiente: «*Mi querido Manuel: ¿ Quien nos habría dicho, cuando estudiabámos en Salamanca, que corridos los tiempos, habíamos de ser militares, mandar ejércitos, ser enemigos, y batirnos? — ¡Vicisitudes de la vida!!*» No recordamos si le pedía ó le mandaba un cajón de cigarros habanos [1].

Así terminó esta memorable jornada, cuyo resultado fué debido, en su mayor parte á un cúmulo de hechos providenciales, y no á combinaciones militares, por lo que el pueblo lo atribuyó á milagro de la Virgen de Mercedes por que tuvo lugar en el día de su festividad.

Esta batalla, aunque como un hecho de armas no tiene gran importancia, fué sin embargo la mas trascendental para la causa de la independencia, por su influencia, no solamente en los destinos de la República Argentina, á los que fijó sus rumbos, sinó también en los de medio continente Sud-Americano. Es indudable que ella salvó la revolución de *Mayo* que en esos momentos pasaba por circunstancias muy críticas y azarosas, por que según se sabe, se trataba secretamente entre el Príncipe Rejente del Brasil y el directorio de Buenos Aires, de traer de Reina de la Argentina á la

[1] Este hecho nos lo refirió don Hermenegildo Rodriguez.

Princesa Carlota, hermana de aquel, cuyo inicuo plan fué desbaratado por el triunfo de *Tucumán*.

Se aseguraba también que para salvar de su compromiso contraído con el Rejente del Brasil, se hizo en Buenos Aires un simulacro de revolución, para derrocar al Directorio que lo había contraído, lo que tuvo lugar el 8 de octubre, tres días después de haberse tenido la noticia del triunfo del campo de las Carreras.

De manera que se puede decir con verdad, que la batalla de Tucumán y la del campo de Castañares en Salta, que fué el complementó de aquella, son la base de todas nuestras grandes glorias nacionales, porque sin ellas no habrían tenido lugar la expediciones sobre Montevideo, Chile, Alto y Bajo Perú y Quito, en las cuales el cañón argentino ha tronado en cien batallas para dar libertad é independenciam á pueblos esclavizados durante tres siglos.

En presencia de estos hechos, es forzoso convenir con el general Mitre en que la batalla del 24 septiembre de 1812 en Tucumán salvó la revolución argentina, y con ella si no salvó también los destinos de la América del Sud, por lo menos preparó y contribuyó poderosamente al triunfo definitivo de su independenciam.

Pero por una aberración inconcebible, estas dos batallas que por la magnitud de sus consecuencias y por la grandiosidad de sus resultados, deberían ocupar el primer término en el calendario de nuestras glorias nacionales y celebrarse á la par del 25 de Mayo en toda la República, desgraciadamente no sucede así, sino que solo en Tucumán y Salta se festejan los aniversarios de esos inmortales acontecimientos.

MARCELINO DE LA ROSA

Carta del general Alvarado á que se
refiere la nota de la página 354

Salta, febrero 6 de 1869.

Señora Teresa V. de Araoz.

Señora de mi particular estimación.

En posesión de la apreciable carta de V. fechada en Tucumán á 26 de enero anterior, en que se sirve V. solicitar mi testimonio respecto al patriotismo y servicios prestados en la Independencia por su respetable padre el señor Bernabé Araoz, como á uno de los pocos que sobreviven de aquella época de sacrificios heroicos y que circunstancias especiales me pusieron al alcance de conocer los que en el año doce se pusieron en práctica en la defensa de esa ciudad, me congratulo de que haya llegado esa oportunidad, para expresar lo siguiente:

Me encontraba en Tucumán á fines de agosto del referido año doce, cuando se recibió la noticia de la retirada del ejército que mandaba el general Belgrano, perseguido y molestado de cerca por el de los realistas á las órdenes del general Pío Tristán. El abandono que habían hecho de Jujuí y Salta envolvía la convicción de la superioridad de las fuerzas realistas, de la debilidad de los Independientes, y lo que era más afligente, se desconocía el punto hasta donde podría ausentarse nuestro pequeño ejército, que bien podía tenerse fuera hasta las márgenes del Plata.

En tan melancólica expectativa, llegó del ejército el teniente coronel de *Húsares*, Juan Ramón Balcarce, desprendido del ejército en comisión, de la fuerza del general Belgrano

La primera y única disposición que dictó el comisionado, fué la de que todos presentaran las armas que tuviesen, como se verificó, con las escopetas, sables, pistolas y hasta espadines de los cabildantes, de lo que se apoderó el señor Balcarce, sin más excepción que mi sable y pistolas, que como oficial me fueron devueltas.

Semejante medida exalta los ánimos de los patriotas tucumanos y muy noblemente el del señor Bernabé, padre de Vd. en cuya casa se practicó una reunión de vecinos y se acordó por unanimidad nombrar una comisión cerca del comandante Balcarce, para manifestarle el disgusto que sentía el pueblo, por la medida que tomaba, de desarmarle é inutilizarle así los esfuerzos generosos que ofrecieran, si el ejército se resolvía ayudarlos én su defensa.

Confusamente recuerdo que la comisión nombrada en la reunión de vecinos, fué compuesta por el infortunado padre de Vd., por el doctor Pedro Miguel Araoz y por mí que vivamente secundaba el movimiento de defendernos.

Pidió el señor Balcarce mil hombres montados y una suma de dinero y el señor don Bernabé, contestó que en lugar de mil hombres, serían dos mil lo que ofrecía y en cuanto á la suma de dinero dijo, que sería llenada inmediatamente.

El patriotismo tan puro como heróico del padre de Vd., su bien merecida influencia en su Provincia y los medios que nunca economizó en defensa de la pátria, le dieron títulos de honor que ojalá hubieran sabido apreciarse, ¡mas la revolución todo lo perturba y confunde!.

.....

Rudecindo Alvarado.

Batalla de Tucumán

PRIMER PARTE

Excmo. Señor :

La pátria puede gloriarse de la completa victoria que han obtenido sus armas el 24 del corriente, día de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuya protección nos pusimos: 7 cañones, 3 banderas, y un estandarte: 50 oficiales, 4 capellanes, 2 curas, 600 prisioneros, 400 muertos, las municiones de cañón y de fusil, todos los bagages, y aun la mayor parte de sus equipages, son el resultado de ella. Desde el último individuo del ejército, hasta el de mayor graduación se han comportado con el mayor honor y valor. Al enemigo le he mandado perseguir, pues con sus restos vá en precipitada fuga; daré á V. E. un parte por menor, luego que las circunstancias me lo permitan.

Dios guarde á V. E. muchos años. Tucumán, setiembre 26 de 1812.

Manuel Belgrano

Excmo. Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Parte detallado de la misma

Excmo. señor.

Escribir la historia de la gloriosa acción del 24 del presente para que V. E. tuviese un conocimiento de sus pormenores, exige un tiempo que las muchas atenciones urjentes y de la mayor importancia no me permiten emplear; pero deseoso de no defraudarle el placer que debe llenar de sensibilidad su corazón, al observar por mi sincera relación la energía, el celo, el valor á prueba de los individuos del ejército, y de todo el heróico paisanaje de las

Provincias que nos ha acompañado, muy particularmente el de Jujuí, Salta, esta ciudad y Santiago del Estero, me contraigo en lo posible á referir á V. E. cuanto se ha ejecutado, así en general, como en particular, por salvar la pátria y poner en respeto sus armas, bien que previendo que se me escaparán muchos hechos, muchas singularidades todas dignas de la atención de V. E. pero que ya mi memoria no puede abarcar.

Por mi parte anterior sabe V. E. que el enemigo me perseguía, su número no lo había podido fijar, porque las relaciones variaban, según el modo de ver de mis espías; pero observada la resolución de todos los individuos del ejército, y de cuantos patriotas se unieron á sus banderas, de morir ó vencer, me decidí á sostener las armas, sin tener consideración á las fuerzas que dirijía la tiranía contra nosotros, y ya el número de ellas no fijaba mi atención, sino la dirección que traían.

Varió esta por los diferentes caminos que presenta un campo, que, aunque cubierto de bosques, tiene sin embargo diversos rumbos que se dirijen á esta ciudad, por donde puede viajarse fácilmente con un ejército, venciendo los obstáculos que hay que no son de gran entidad.

Había preparado el campo de batalla al norte de esta ciudad, y el 23 por los partes que se me dieron, tuve allí la tropa dispuesta para recibir al enemigo, que habiendo acercado sus avanzadas hasta un poco más de un cuarto de legua de mi posición, retrogradaron, y fueron á reunirse á Tapi-viejo con el grueso del ejército.

Al día siguiente, esperando que el enemigo volviese á tomar el camino real, me situé en el expresado campo á las dos de la mañana; pero á las siete de ella, se me avisó venía por el camino de la costa del bosque, y en efecto bajó hasta el Manantial al sud oeste de esta ciudad, y se dirigió por ese rumbo al campo de las carreras.

Ya me había situado en él, y conocida la marcha del enemigo puse el ejército á su frente, y observando sus maniobras, y disposiciones para formarse, antes que pudiera verificarlo, mandé desplegar en batalla mis divisiones y que atacase la infantería á la bayoneta, y avanzase la caballería que cubría mis alas, reforzando con parte de la división de reserva los del ala derecha.

Se ejecutó con el mayor denuedo después de unos seis ú ocho tiros de cañón, que abrieron claro en la línea enemiga, en tanto grado, que en diez y seis minutos del fuego más vivo, se

logró destrozar al enemigo y consecutivamente apoderarse de su artillería, municiones, bagajes, equipajes, poner en vergonzosa fuga la mayor parte, que se persiguió por la caballería con el mayor encarnizamiento, el cual no dió lugar á rehacerla con la prontitud que se requería para concluir con todo el ejército enemigo.

Con este motivo las divisiones de infantería y el cuerpo de reserva con una parte de la ala izquierda de la caballería, se replegaron á la ciudad, llevándose prisioneros, municiones del enemigo, cañones, doce carretas y otros muchos objetos, miéntras yo trataba de reunir la caballería que había mandado avanzar.

El enemigo replegó parte de sus restos y se acercó á las orillas de la ciudad, con el intento de no manifestar su debilidad y se atrevió á intimar la rendición en los términos de la copia núm. 1, á que contestó mi segundo el mayor general Diaz Velez, según la copia núm. 2.

En entos momentos me acerqué con la caballería á ponerme á su vista, y resolví no continuar la acción, así por ponerme de acuerdo con las fuerzas de la Plaza para los ulteriores movimientos, como por evitar que continuase la horrorosa efusión de sangre, que ya presentaba el campo cubierto de cadáveres que afligía el corazón más duro, mucho más al observar que todos aquellos desgraciados eran nuestros hermanos alucinados.

Así fué que me retiré para dar algún descanso á la tropa y caballos, y el enemigo quedó en su posición hasta el día 25, en cuya mañana habiendo vuelto en sus inmediaciones teniendo mi correspondencia libre con la Plaza y siguiendo mi idea de que no se derramase más sangre americana, dispuse mandar al coronel don José Moldes, segundo teniente de «patriotas decididos» con el oficio núm. 3, para el mayor general del ejército de Abascal don Pio Tristan, quién me contestó con el núm. 4: é interviniedo alguna idea de que podia acercarse á tener una conferencia conmigo, suspendí todo movimiento hostil, y dí orden al Mayor General para que no se atacase á menos de que el enemigo no lo hiciera; porque confieso á V. E. que mi espíritu estaba afligido con tanto americano como había sacrificado la tiranía por sostener las cadenas de la esclavitud.

Mi esperanza salió vana, y después de anochecido fui con la caballería al Manantial para lograr algún descanso; pero ya con la determinación de esperar alguna insinuación del Jefe enemigo hasta las diez de la mañana siguiente, ó en caso contrario, finali-

zar la acción por los medios de la guerra y librarnos de los trabajos y fatigas que sufríamos.

Pero el jefe enemigo prefirió á toda amigable proposición, á todo medio de conciliación, que acaso habría concluido la guerra civil en que la tiranía nos tiene envueltos, el huír vergonzosamente, llevándose los tristes restos de su ejército que vá perseguido por una división que he puesto al mando del Mayor General, y que diariamente hace prisioneros, sin traer á consideración lo mucho que han pillado algunos de la tropa y el paisanage en cuanto, durante la persecución del enemigo, cayó bajo sus manos; y así mismo los muertos, heridos y dispersos que ha tenido el ejército de mi mando.

La fuerza del enemigo era de tres mil hombres de toda arma, con tres piezas de artillería de cuatro, dos y uno, mientras la del ejército que le oponía no llegaba á *mil seiscientos hombres con cuatro piezas de á seis*, entre los cuales apenas se encuentran trescientos viejos soldados; pero animados hasta el más nuevo recluta, y el paisano que había venido de su hogar á la camorra, como ellos dicen, de un espíritu patriótico, y de un fuego tan vivo para vencer, que no es dable á mi pluma poderlo pintar para que se conozca en todo su lleno; solo puedo compararlos á los defensores de Buenos Aires, y reconquistadores de Montevideo, Maldonado y la Colonia de 1807.

Por esta comparación vendría V. E. en conocimiento de las heroicidades que se habían ejecutado hasta por nuestros tambores y por los paisanos que nunca se habían hallado en acciones de guerra, y ni aún tenían idea del silbido de las balas: son muchos los hechos particulares; pero lo que debe admirar el orden, la subordinación y el entusiasmo de los reclutas de infantería, de la Quebrada del Volcan, de Jujuí, de la Quebrada del Toro y de Salta, que pisaban los efectos, y dineros de los enemigos sin atenderlos por perseguirlos, y concluirlos: jóvenes todos que por primera vez experimentaban los horrores de la guerra; pero que su deseo de la libertad de la patria se los hacía mirar con fría indiferencia.

Quisiera estampar sus nombres para que la posteridad los recordase con la veneración que es debida; más esto no es dable y me contentaré con que en la lista de revista que han de pasar, queden con la nota honrosa que merecen para que obtengan en su tiempo las atenciones de la patria.

Los hijos de Jujuí y Salta que nos han acompañado, los de

Santiago del Estero y los Tucumanos que desde mi llegada á esta ciudad me dieron las demostraciones más positivas de sus esfuerzos y empeño de libertar la pátria, comprometiéndose á que Tucumán fuese el sepulcro de la tiranía, han merecido mucho, y no hallo como elogiarlos; á todos parecía que la mano de Dios los dirigia para llenar sus justos deseos.

El orden del ejército fué el siguiente: la artillería volante al mando del Barón de Hollmberg, y las cuatro piezas de que se componía, al del capitán don Francisco Villanueva, teniente don Juan Santa María, teniente don Juan Pedro Luna y teniente don Antonio Giles; las municiones en dos carretillas al cargo del sub teniente don José Velazquez: todos cumplieron con su deber, y los tiros que hicieron fueron acertados: sirvió de ayudante don José María Paz.

La infantería formaba tres columnas: la primera al mando del ayudante don Carlos Forest, capitán del número 1, sargento mayor interino del número 6 y comandante de cazadores del número 1, mi ayudante don Gerónimo Helguera y don Blas Rozas, ayudante mayor del número 6, la segunda al mando de don Ignacio Warnes, primer comandante del número 6, y sus secciones al de los capitanes, don Manuel Rafael Ruiz, don José María Sempol y don Melchor Tellería, la tercera al mando de don José Superi, comandante de pardos y sus secciones al de los tenientes don Ramón Mauriño, don Bartolomé Rivadera, capitán don Antonio Viscarra, en esta columna estaba de comandante de guerrillas el subteniente graduado de teniente, don Tadeo Lerdo.

La división de caballería que formaba el ala derecha, al mando del teniente coronel, don Juan Ramón Balcarce y sus secciones al del capitán de Húsares, don Cornelio Zelaya, del sargento mayor de Tarija, don Pedro Antonio Flores y teniente de voluntarios, don Rudecindo Alvarado: la división del ala izquierda, al mando del teniente coronel graduado comandante interino de Húsares, don José Bernaldes y sus secciones, al del capitán, don Francisco de Paula Castellanos, y al de los capitanes de milicias, don Fermin y don Nicolás Baca.

El cuerpo de reserva al mando del teniente coronel, don Manuel Dorrego, y sus secciones, al del capitán, don Estevan Figueroa, teniente don Miguel Sargárnaga, y el capitán don Manuel Inocencio Pesoa: la división de caballería al mando de don Diego González Balcarce, sargento mayor y comandante interino de dragones, y sus secciones al de los capitanes, don Antonio

Rodriguez, don Domingo Arévalo y el teniente, Rufino Valle.

La plaza la dejé al mando del comandante de artillería, don Benito Martinez, con el subteniente de artillería, don Juan Zeballos, seis piezas, un piquete de infantería y parte de mi compañía de patriotas decididos, compuesta de los de Cochabamba y Chayanta que formaban mi escolta, á las órdenes del teniente coronel, don Manuel Muñoz y Terraza: dicha compañía la tuve dividida en los cuerpos de Húsares y Dragones, destinando los hijos de Tucumán á los primeros, y los de Salta y Jujuy, á los últimos: en comportamiento y esfuerzos por el mejor servicio correspondieron á todas mis esperanzas y la patria se complacerá siempre con hijos tan beneméritos que todo lo abandonaron, sugetándose á la vida más estricta del soldado, por salvarla.

Ya dije á V. E. en mi parte del 26, que desde el último individuo del ejército hasta el de mayor graduación se han comportado con el mayor honor y valor; pero debo recomendar muy particularmente al coronel, don José Moldes, que me ha acompañado en todo, me ha ayudado y manifestado un ánimo heroico y el deseo de salvar la patria: á mi edecán el teniente coronel, don Francisco Pico, y ayudantes, el capitán, don Damaso Bilbao, y tenientes, don Manuel de la Vaquera; á los ayudantes del mayor general, capitán, don Eustaquio Moldes y teniente, don Alejandro Heredia.

Son también de un mérito distinguido, don Carlos Forest con toda su división de cazadores, que tomó tres cañones, don Manuel Dorrego, con su división de reserva que tomó el resto y las municiones y entre ambas, la mayor parte de los bagajes: así mismo lo es el comandante segundo del número 6, don Miguel Araoz, que sin embargo de hallarse todavía herido de la acción de las Piedras, á trabajado con empeño y su valor acostumbrado.

Me sería preciso nombrar á todos los jefes y oficiales y demás individuos del ejército que han manifestado su honor y valor si hubiese de complacerme á mi mismo por lo que he visto, y por lo que se me ha informado; pero lo dejaré para hacerlo por separado en las ocasiones que los interesados lo exijan, para hacerlo para su satisfacción.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Tucumán, 29 de septiembre de 1812.

Exmo. Señor:

M. BELGRANO.

Exmo. Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Batalla de Salta

PRIMER PARTE

Exmo. Señor.

El Todo Poderoso ha coronado con una completa victoria nuestros trabajos: arrollado, con las bayonetas y los sables, el ejército, al mando de don Pio Tristán, se ha rendido del modo que aparece de la adjunta capitulación: no puedo dar á V. E. una noticia exacta de sus muertos y heridos, ni tampoco de los nuestros; lo cual haré más despacio, diciendo únicamente por lo pronto, que mi segundo el mayor general Diaz Velez, ha sido atravesado en un muzzlo de bala de fusil, cuando ejercía sus funciones con el mayor denuedo, conduciendola el ala derecha del ejército á la victoria: su desempeño, el del coronel Rodriguez, jefe de la izquierda, y el de todos los comandantes de división, así de infantería como de caballería, é igualmente de los oficiales de artillería y demás cuerpos del ejército ha sido el más digno y propio de americanos libres que han jurado sostener la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata, debiendo repetir á V. E., lo que dije en mi parte de 24 de septiembre pasado, que desde el último soldado hasta el jefe de mayor graduación, é igualmente paisanaje se han hecho acreedores á la atención de sus conciudadanos y á la distinción con que no dudo que V. E. sabrá premiarlos.

Dios guarde á V. E. muchos años, á 20, á la noche de febrero de 1813.

Exmo. Señor:

M. BELGRANO.

Exmo. Supremo Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata :

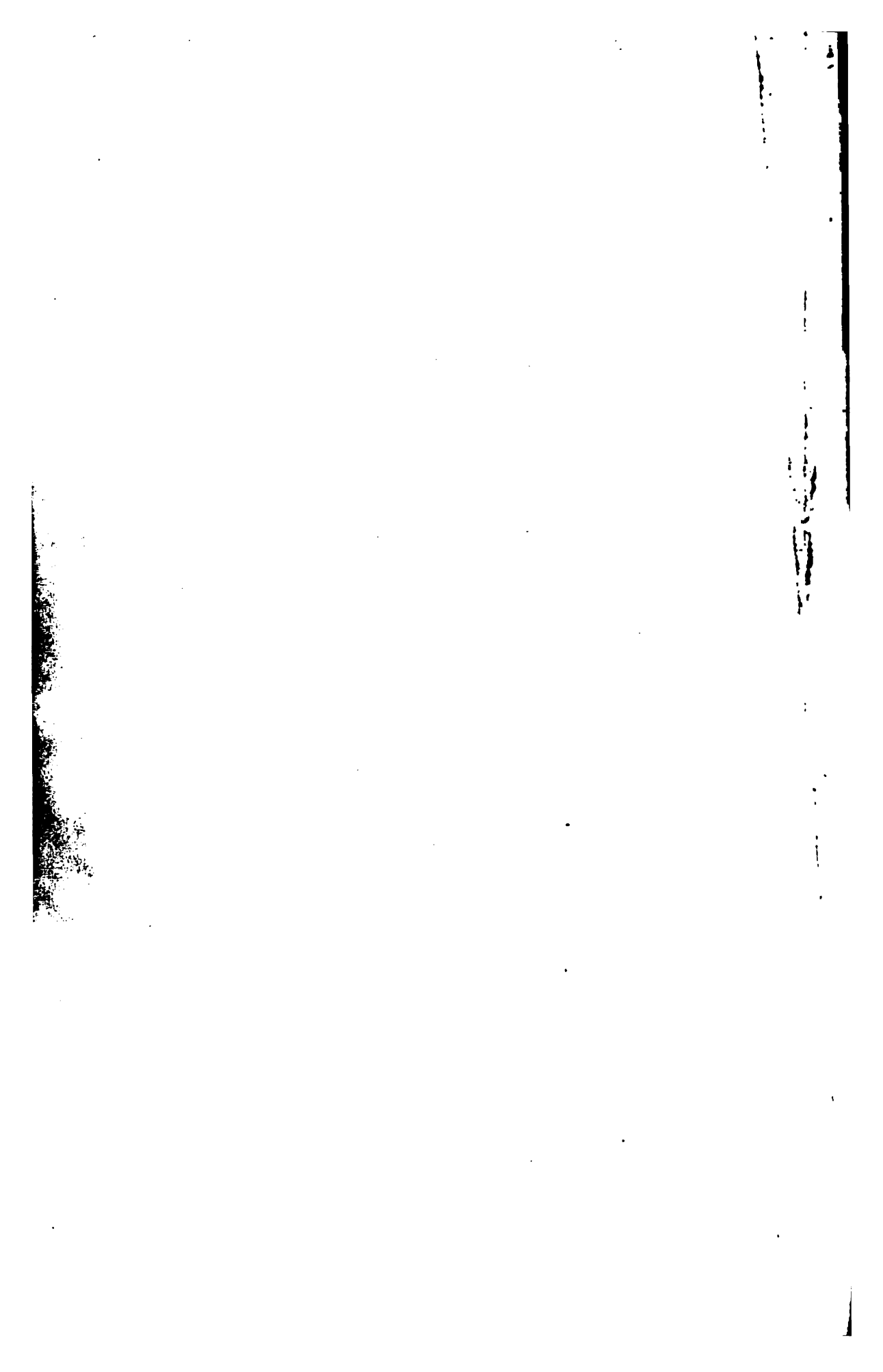
Parte detallado de la misma

Excmo. Señor.

El ejército se propuso en el río del Juramento, otro tiempo el Pasaje, venir á celebrar el reconocimiento de la soberanía de las Provincias del Río de la Plata, arrojando á los tiranos de



CAMPO DE CASTAÑARES



esta capital; pues cabalmente esto es lo [que ha sucedido, de un modo digno de los americanos libres; que mediante el decidido favor del cielo, á proporción de los obstáculos que se les presentan, redoblan su empeño para vencerlos.

Desde aquel punto escribí á V. E. el día 12, y á las seis de la tarde, emprendí la marcha á la Ciénega con toda la fuerza reunida: seguí á la Cabeza del Buey, y en la mañana del 14, con motivo del parte N° 1º, continué á Cobos sin ser sentido del enemigo.

El suceso de la avanzada á que se refiere el expresado parte, llegó desfigurado á su noticia, y entre si era una de las partidas del ejército ó el todo, llegué á Castañares con aquél en la noche del 17, sin encontrar más impedimento que las aguas, que á torrentes cayeron sobre nosotros desde Cobos, y un retazo de camino tan pésimo que el empeño y constancia de mis bravos camaradas supo vencer, cuando los baqueanos creían imposible su tránsito: ello es que, las doce piezas de artillería que he arrastrado, y cincuenta carretas pasaron felizmente, y en la mañana del 18 todo estaba reunido en el punto de Castañares, y aun el enemigo no lo creía.

Me había propuesto sorprenderlo totalmente hasta entrar por las calles de la capital; las aguas no lo impidieron y ya fueron indispensables otros movimientos, pues que habíamos sido descubiertos, respecto á que fué preciso dar algún descanso á la tropa, y proporcionarle que secase la ropa, limpiar sus armas, recorrer sus municiones y demás.

Así se ejecutó, hasta que á las once de la mañana del 19 salí con el ejército de Castañares, y me dirigí á su pampa aproximándome á esta, hasta situarme á las inmediaciones de Gallinato, con cuyo movimiento logré descubrir la fuerza del enemigo y las diferentes posiciones que tomó con sus guerrillas y avanzadas: en los choques con estas y aquellas, las de este ejército compuestas de los Dragones, se comportaron muy bien, hasta desalojarlas de los lugares que ocupaban por mi costado derecho, desde donde descubrían mis movimientos.

Hasta que oscureció permanecí en aquella situación, y luego reuní en masa sobre la columna del centro las cuatro restantes de ambos costados, destinando á la custodia de las carretas los cuerpos de reserva, tanto de infantería cuanto de caballería, y no quise valerme de las granadas, por no perjudicar tal vez á las personas oprimidas por la tiranía, ni hacer destrozos en un pue-

blo que no tenía la culpa de que se abrigasen en él nuestros enemigos.

En esa noche el agua fué abundantísima, y gloria eterna á los soldados de la pátria, que guardaban sus armas y municiones con un cuidado grandísimo prefiriéndolas á sí mismo, sufriendo el mojarse y estar á toda intemperie, antes que permitir se les inutilizasen los medios de ofender á los tiranos.

Así es que, amanecieron empapados el día 20: mas benigno el cielo, empezó á despejarse y nos dió lugar para que las tropas se secasen, alistar las armas y comer: concluido esto, reuní á mi segundo el Mayor General don Eustoquio Diaz Velez, Jefe de la derecha, y al coronel don Martín Rodriguez, Jefe de la izquierda, y les di órdenes para ir al enemigo.

Cerca de las doce, formadas las columnas de ataque, llevando cuatro de ellas á su retaguardia ocho piezas de artillería, empezaron la marcha con toda exactitud en sus distancias las cinco que formaban la línea, que cuando se les mandó desplegar, hallándonos á medio tiro de cañón de á 6, hicieron la evolución tan perfectamente y con tanta serenidad, como si estuviesen en un ejercicio doctrinal.

El enemigo nos esperaba formado en batalla al norte del Tagarete que llaman de Tineo y apoyada su ala derecha al cerro de San Bernardo, habiendo avanzado por la falda de esta hasta las inmediaciones de Gallinato su guerrilla de más de 200 hombres, favorecida de la zanja ó tagarete que corre al pie, y la izquierda la sostenía con su caballería.

Marchando el ejército á él, hice adelantar dos compañías de cazadores del batallón que formaban la cabeza, y salieron al mando de su comandante don Manuel Dorrego á las que mandé sostener con la caballería de la ala derecha, y entre tanto dispuse que una sección del Cuerpo de reserva que lo formaba el Regimiento N^o 1^o, fuese á atacar la guerrilla que estaba en la falda de San Bernardo, como lo verificó al mando de don Silvestre Alvarez, y por este medio el movimiento retrógrado que hizo la caballería enemiga, avanzando toda la línea del ejército en medio del fuego mas horroroso que hacía el enemigo, hizo un cambio de frente á retaguardia, y arrolló cuanto se le presentó, é hizo huir vergonzosamente á las líneas del enemigo á refugiarse en la plaza, dejando el campo cubierto de cadáveres y heridos, y muchos ahogados en el Tagarete.

Solo se mantuvieron auxiliados del cerro, bosque y zanja de

su frente las guerrillas y el Real de Lima y Paucartambo, pero al fin, con los fuegos del cuerpo de reserva, de la ala izquierda del ejército y las piezas de artillería mandadas por el capitán Villanueva, que fué contuso, y el ayudante de dragones don José María Paz, tuvieron que ceder el puesto, huir unos y rendirse otros, y dejarnos el campo de batalla por nuestro, en término de ser batidos por la parte norte de la plaza, de que distábamos tres cuadras á lo más, sin otro obstáculo que el Tagarete que corre por su frente.

Entre tanto la ala derecha y parte del centro con el comandante don José Superi, dos piezas al mando del benemérito y valiente teniente de artillería Luna en la persecución del enemigo, entró á la ciudad y se apoderó de la iglesia y convento de la Merced, habiendo hechado pié á tierra los Dragones, se tomaron varias calles y las alturas hasta cuadra y media de la plaza, así como los piquetes de cazadores al mando de su sargento mayor Echevarría, pardos N° 6 al mando de su comandante Pico, y escuadrón de dragones que había en ellas al mando de don Cornelio Zelaya, como el resto de cazadores al mando de don Manuel Dorrego, y los que había en la línea del N° 6 al mando de don Carlos Forest, y dos piezas más al mando del subteniente de artillería Rávago, á quienes envié á reforzar la Merced y puntos más adecuados.

Acosado el enemigo y temeroso de su total ruina, previno la intimación que le iba á hacer, y me envió un parlamentario cuyo resultado lo sabe V. E. por el tratado que le remití con fecha del mismo 20 á la noche, á que me movió el que no se derramase más sangre, y dar una prueba al mundo entero de los deseos de beneficencia que animan á V. E. y á cuanto dependemos de su sábio gobierno, y no menos á nuestros hermanos alucinados de que solo aspiramos á su bien, y de ningun modo á su ruina y exterminio.

La acción duró tres horas y media y ha sido muy sangrienta tanto en el campo como en las calles de la ciudad: los enemigos se han comportado con mucha energía y valor; pero tuvieron que ceder al ardor, fuego y entusiasmo patriótico de las tropas del ejército de mi mando, que sin desordenarse, llevaban la destrucción y la muerte por doquiera que acometían. No hallo, Exmo. Sr., espresiones bastantes para elogiar á los jefes, oficiales, soldados, tambores, y milicia que nos acompañó de Tucumán al mando de su coronel don Bernabé Araoz; como igualmente, los hijos de

Salta al mando del coronel de la milicia urbana, creada por mi, don Apolinario Figueroa, cuyo ardor lo condujo á tanta inmediatez del enemigo, que se encontró envuelto con él, recibió un sablazo del general Tristan que solo rompió su casaca, y éste, á merced del buen caballo que montaba, logró escapársele, segun el mismo Tristan me lo ha referido.

Formé el ejército del modo siguiente: dividí la infantería en seis columnas, conservando la caballería en su formación de cuatro escuadrones: cinco columnas componían la línea á saber:—La 1ª consistía en el batallón de cazadores al mando de su comandante el teniente coronel don Manuel Dorrego, y su segundo el sargento mayor interino del mismo don Ramón Echavarría, y las secciones al de los capitanes don Pedro Suaristi Equimo, don Manuel Rojas, don Juan Anderson, don Francisco Bustos y don Cirilo Correa.—La 2ª era el batallón de pardos y morenos mandado de su comandante don José Superi y su segundo el sargento mayor don Joaquin Lemoine, y sus secciones, al de los capitanes don Inocencio Pesoa, don Ramón Mauriño y don Bartolomé Rivadera.—3ª al mando del comandante interino del N° 6 teniente coronel don Francisco Pico, se componía del primer batallón del expresado regimiento, y sus secciones, al de los capitanes don Manuel Rafael Ruiz, don Melchor Tellería, don Pedro Domingo Isnardi y don Juan Pardo de Zela.—La 4ª la formaba el 2º batallón del denominado regimiento, al mando de su sargento mayor don Carlos Forest, y sus secciones, al de los capitanes don Francisco Antonio Zempol, don José Antonio Pardo, don Nicolás Fernandez y don José Manuel Gutierrez Blanco.—La 5ª era el batallón N° 2 al mando de su comandante teniente coronel don Benito Alvarez, y sus secciones, al de los capitanes don Marcelino Lezica, don Patricio Beldon, don Francisco Guillermo y don José Laureano Villegas: el 3º escuadrón de Dragones, al mando de su comandante don Cornelio Zelaya comandante interino de todo el Regimiento, y la secciones, la primera al del capitán Rufino Valle, y la segunda y tercera al de los tenientes don Joaquin Ochoa y don José Oliveras, cubrían la ala derecha del ejército: el 1º escuadrón del mismo, al mando del capitán don Antonino Rodriguez, y sus secciones, la primera al del capitán don Bernardo Delgado, la segunda al del teniente don Mariano Unzueta y la tercera al del alférez don Gregorio Iramain cubrían la ala izquierda.

La sexta columna que se componía del regimiento número 1,

al mando de su teniente coronel, don Gregorio Perdriel y su segundo, el sargento mayor, don Francisco Tollo, dividido en cuatro secciones al mando de los capitanes, don Silvestre Alvarez, don Mariano Diaz, don Vicente Silva y don Luciano Cuenca, formaba el cuerpo de reserva de infantería; y el de caballería lo componían dos escuadrones de Dragones, al mando el uno del comandante y sargento mayor interino, don Diego González Balcarce y sus secciones, al de los capitanes, don Gabino Ibañez, don Juan Manuel Millan y el alferez, don Lorenzo Lugones; el otro, al mando del capitán, don Domingo Arévalo y sus secciones, la primera al mando del teniente, don Julián Paz, la segunda del capitán, don Juan José Gimenez: agregué para la acción, á los escuadrones de milicias de Tucumán, al mando del coronel, don Bernabé Araoz y don Gerónimo Zelarrayán, con quienes estuvo el capitán de Dragones, don José Valderrama.

Las piezas de artillería del ala derecha, estuvieron al mando del teniente, don Antonio Giles; las del centro, al mando del teniente, don Juan Pedro Luna y el subteniente, don Agustín Rábago; las de el ala izquierda, al mando del capitán, don Francisco Villanueva y las cuarta de reserva, al mando del comandante capitán, don Benito Martínez y José María Paz.

Los estados adjuntos números 1 y 7, manifiestan los muertos, heridos y prisioneros del enemigo hechos en el campo de batalla y los muertos, heridos y contusos del ejército; así mismo demuestran la artillería, armas de chispa y blancas, las municiones de aquellas y las banderas entregadas por el enemigo en el acto de rendir las armas el día 21; advirtiéndome que en el campo de batalla se le quitaron cuatro piezas de artillería, dos banderas de división y varias cargas de municiones, así de artillería como de fusil.

No puedo asegurar á V. E. qué cuerpo, ni qué individuo, haya sobresalido más que otro; solo diré, que á uno solo no he visto volver la cara, y que á muchos aún heridos y contusos, tanto jefes como oficiales y tropa, los he visto continuar en la acción con un empeño increíble y una energía sin igual; el campo limpio y despejado, con un suave declive desde mi posición hasta la plaza, me ha proporcionado hallarme á la vista de todo, en todos los instantes de la acción, de lo que ha pasado en las calles de la ciudad, lo sé, por los partes que se me daban, por los auxilios que remití y por el feliz resultado que me presentó el denuedo de los que las ocuparon.

El celo, la vigilancia y actividad de mi segundo, el mayor general, don Eustaquio Diaz Velez, en las marchas y buenas disposiciones anticipadas para la subsistencia de las tropas, desde que lo mandé el mando de las divisiones que marchaban al río del Juramento, son muy dignas de la atención de V. E., no menos que su valor en la acción, en la que aún después de herido, se mantuvo con toda energía recorriendo la línea hasta que las fuerzas le faltaron, habiendo sabido ocultar su herida de la tropa, hasta visto por mí, le obligué á retirarse; le recomiendo á V. E. encarecidamente, no menos que á la consideración de nuestros conciudadanos.

También debo hacer presente á V. E. que el coronel, don Martín Rodriguez, ha desempeñado los encargos que en la marcha desde el río Juramento, donde se me reunió, he puesto á su cuidado, y así mismo el mando del ala izquierda del ejército, habiéndose comportado en la acción con valor y entrado á la ciudad, dando sus disposiciones acertadas y avisándome lo oportuno; es acreedor á las atenciones de V. E. por su buen servicio y el celo y actividad con que ha continuado en las comisiones que tiene á su cuidado.

Los comandantes de división á quienes nombro según el orden que ha tenido la formación del ejército, don Manuel Dorrego que salió contuso, don José Superi, don Francisco Pico, don Carlos Forest, don Benito Alvarado, don Gregorio Perdriel, también contuso; los de Dragones, don Cornelio Zelaya, don Diego González Balcarce, don Antonio Rodriguez, don Domingo Arévalo, con los respectivos oficiales de todas las divisiones, son acreedores á las consideraciones de V. E. por su valor y por su celo en conservar la disciplina y la subordinación, después de una acción tan gloriosa en que el soldado se cree autorizado para el desenfreno.

Mis ayudantes don Ignacio Warnes, don Francisco Castellanos, don Gerónimo Helguera, don Manuel Vaquera, don Manuel Toro, don José Maria Lahora, don José Manuel Vera; los oficiales de los cuerpos que estaban á mis ordenes para comunicarlas, don Francisco Escobar, de cazadores, que murió llevando una á la guerrilla de mi costado derecho, don Manuel Morillo, de pardos, don Pedro Torres, del número 6, don Luis García, del número 2, don Antonio Segovia, del número 1, don Gregorio de La Madrid, de Dragones, que salió herido en un muslo y don Juan Sancho, de artillería, se han desempeñado muy á mi satisfacción.

Los ayudantes del mayor general, capitanes, don Marcelino

Cornejo, que salió herido, don Hipólito Videla, don Rudecindo Alvarado y el cadete del número 1, don Domingo Diaz; los jefes del ala izquierda, don Rafael Rocabado y don Francisco Echauri, han servido con toda actividad y eficacia y merecen los elogios de sus jefes y atención mia.

No debo olvidar á los capellanes, del número 1, doctor don Roque Illezca; del número 2, don Juan José Castellanos; del número 6, don Romualdo Gemio, don José María Iturburu, de pardos; don Celedonio Molina, de Dragones; don Gregorio Tellería; al de Dragones de la milicia patriótica de Tucumán, doctor don Miguel Araoz, que han ejercido su santo ministerio en lo más vivo del fuego, con una serenidad propia y han sido infatigables en sus obligaciones.

También merece el cirujano del número 1, don Martín Rivero, mi memoria y aprecio, las circunstancias hicieron que se hallase solo en la acción, y debo manifestar á V. E. que no perdió un instante en proporcionar á los heridos los auxilios de su facultad y en cumplir exactamente con sus obligaciones.

No cesaría, Exmo. Señor, en hablar de una acción tan gloriosa para las armas de la patria y cuyas consecuencias, es fácil preveer, si no temiese molestar á V. E.; diré solamente, que el Dios de los ejércitos nos ha echado su bendición, y que la causa justa de nuestra libertad é independencia, se ha asegurado á esfueros de mis bravos compañeros de armas.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel General de Salta, 27 de febrero de 1813.

M. BELGRANO.

Exmo. Supremo Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

PROCLAMA

Argentinos:

Según el decreto de hoy del Gobierno Provisorio, la patria está en peligro; y todo habitante de este gran pueblo está autorizado para armarse, con el objeto de sostener el orden público y cuidar de que sus garantías individuales no sean atropelladas por cuatro ambiciosos.

Todo el pueblo está en alarma, y nuestros hermanos de la campaña son arrastrados contra su voluntad, abandonando sus quehaceres para apoyar las miras ambiciosas de unos pocos.

En estos momentos solemnes invita el General que suscribe á todos los verdaderos Argentinos, y á los amigos de la libertad que quieran sostener su dignidad y el lustre de su nombre, á que se le presenten voluntariamente en el Fuerte.

Aunque no estoy autorizado para ofrecer ningún premio á los que se presentaren á sostener conmigo los derechos y la libertad del pueblo y de la Provincia, puedo sin embargo aseguráros que ni el gobierno ni la H. Sala de Representantes, dejarán sin recompensa el servicio que vais á prestar.

Compatriotas: — La pureza de mi patriotismo, de mi amor á la libertad, y de que no tengo, ni tendré en mi vida, otra aspiración que la de sacrificarme por la felicidad y ventura del último de nuestros pueblos, os son bien conocidas. Fíad, mis amigos, en la promesa de un soldado que jamás faltó á su palabra, y que perecerá mil veces antes que traicionar vuestra confianza, y que es y será vuestro mejor amigo.

Buenos Aires, Julio de 1820.

Gregorio Araoz de La Madrid





Departamento de Guerra

Buenos Aires, febrero 4 de 1817

Considerando justo y necesario recomendar á la memoria y gratitud de los amantes de la libertad, el distinguido mérito que han rendido á la patria las fuerzas que en unión y bajo el mando de su comandante Gregorio Araoz de La Madrid, contribuyeron con heroica intrepidez y firmeza á la destrucción de los perturbadores del orden y tranquilidad pública en la jornada del 27 de diciembre del año pasado, en las inmediaciones de Santiago del Estero, y siendo conforme á la liberalidad del Gobierno señalar tan relevante mérito con una demostración digna del reconocimiento de los pueblos de la Unión, he venido en conceder á todos los oficiales y tropas que concurrieron á la expresada pacificación, un escudo de distincion en paño celeste, que deberá llevar sobre el brazo izquierdo con letras de oro, la inscripcion siguiente: *Honor á los restauradores del orden*; quedando encargado de disponer su construccion y reparto el Exmo. señor Capitán General del ejército del Perú, á quien se comunicará esta resolución para su efectivo cumplimiento, imprimiéndose en la «Gaceta Ministerial».

PUEYRREDON.

Por indisposición del señor Secretario.

Tomás Guido.

Pirámide de la Ciudadela

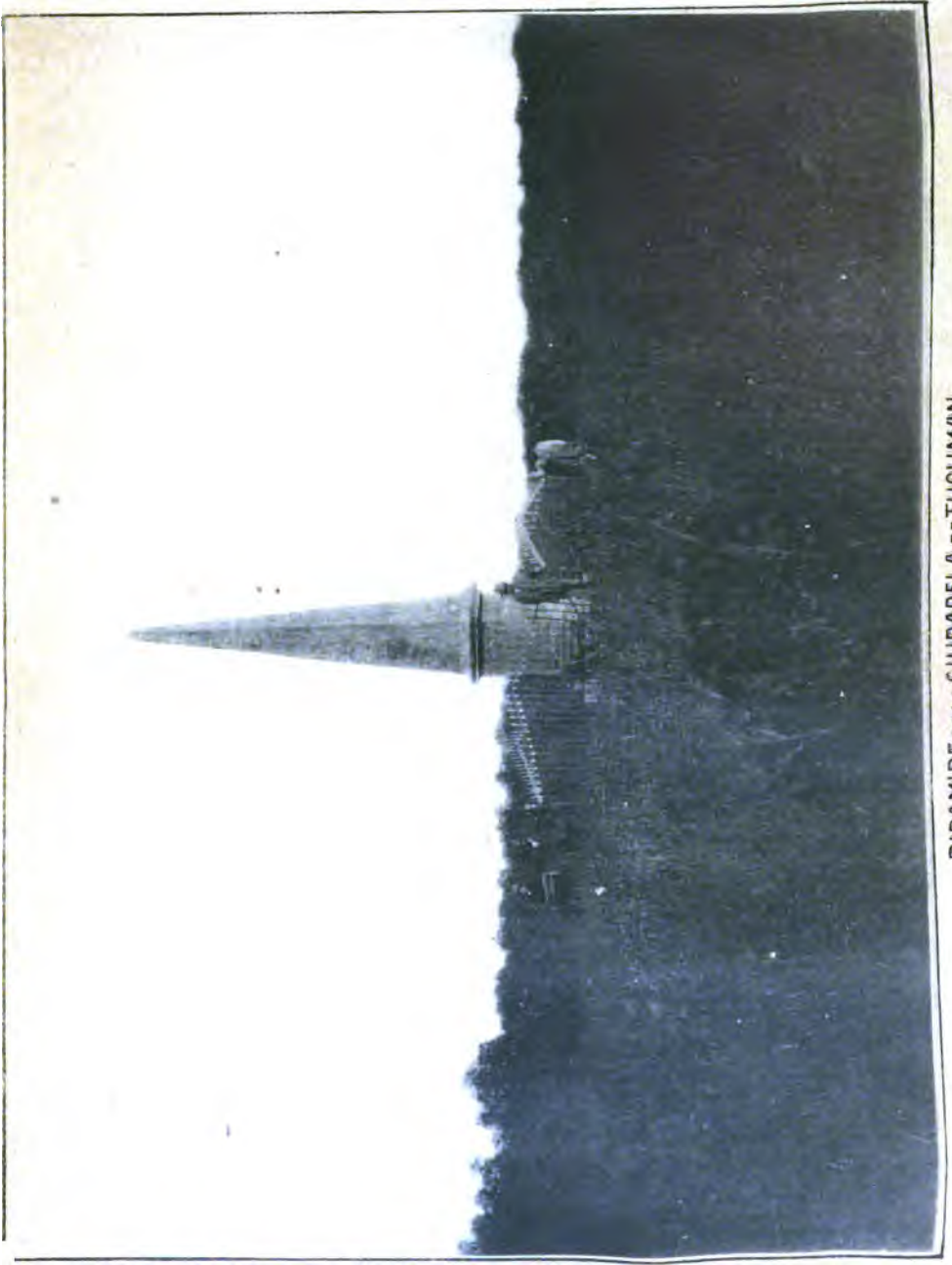
El 24 de septiembre de 1812, derrotó el general del ejército patriota doctor Manuel Belgrano, al general Pío de Tristán, jefe del ejército español, en el campo de las «Carreras,» alrededores de la ciudad de Tucumán.

La importancia de aquella jornada, puede apreciarse: 1° Porque era la primera victoria decisiva de los ejércitos independientes, desde el 25 de mayo de 1810. —2° Porque desde entonces, el enemigo no volvió á pisar el territorio de esa Provincia y ella pudo ostentar con orgullo lejítimo, el renombre de «Sepulcro de la tiranía», con que la baustizó el vencedor.

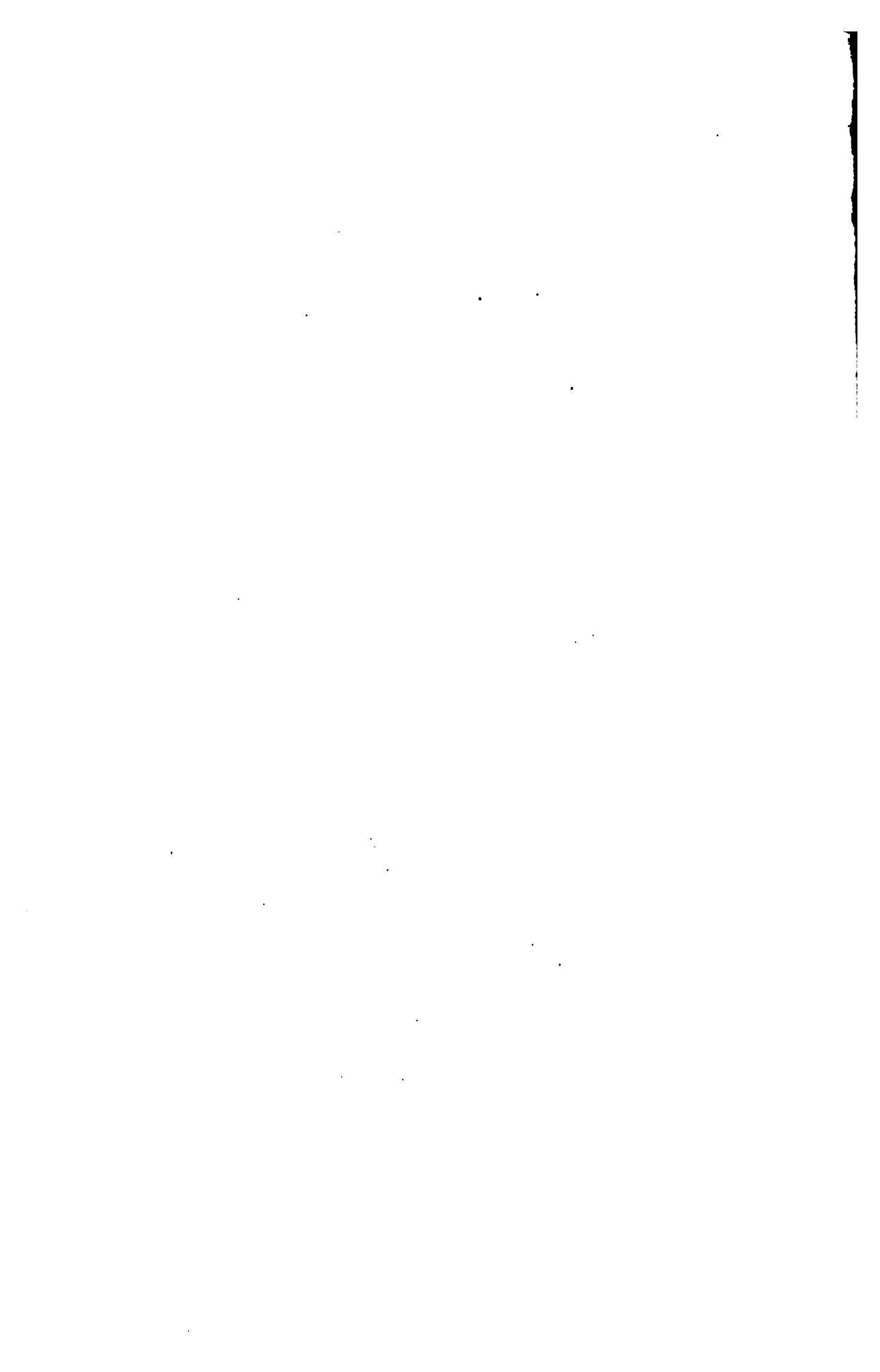
Aquel campo fué llamado desde entonces, del «Honor».

En 1814, el coronel José de San Martín á cargo del mando en jefe del ejército auxiliar del Alto Perú, hizo construir unos espaldones para que sirvieran de defensa en caso de que los vencedores de *Vilcapugio* y *Ayohuma* llegaran á invadir hasta ese punto, y entonces se le designó—de la «Ciudadela».

Allí se encontraba el general Belgrano nuevamente al frente del ejército en 1817, cuando se obtuvo la victoria de *Chacabuco* por el ejército de los Andes y el noble patricio levantó una modesta pirámide en el teatro de su gloria, en honor de la batalla que diera el libertador San Martín — ¡vínculo de compañerismo



PIRAMIDE DE LA CIUDADELA DE TUCUMAN



que ha estrechado la posteridad y la historia, hermanándolos en la inmortalidad y en el amor de los argentinos!

No existe lámina que recuerde su estado primitivo, ni documento en que conste la inscripción que se puso, sinó una nota del general Belgrano comunicando el acto de justicia que había ejecutado.

Debió quedar abandonada y presenciar, sin merecer atención patriótica, la acción librada en el mismo parage el año 1831, entre La Madrid y Quiroga, pareciendo, dice Alberdi en 1834, " un monumento de soledad y muerte," que vió en otro tiempo «circundada de rosas y alegría»

En 1858, el teniente coronel de la Independencia, francés de origen, Emilio Salvigni, que había presenciado la colocación de su piedra fundamental, viéndola destruida se ofreció á restaurarla de su peculio, como lo realizó, rodeándola de una reja de hierro, é inscribiendo en sus costados, las leyendas que decían así: *al norte*, — La Independencia de la República Argentina se juró en este suelo que sirvió de tumba á los tiranos — *al sud*, á la jornada de Chacabuco la consagró el general en jefe del ejército auxiliar del Perú, don Manuel Belgrano — *al oeste*. En este campo el ilustre general Belgrano venció al ejército español en la batalla del 24 de setiembre de 1812. — *al este* la República Argentina fuerte y feliz por la Constitución de *Mayo*, que debe al ilustre Presidente Urquiza, vé á su nombre restaurado este monumento.

En la segunda escalinata *al este* decía: — "Restaurada por Emilio Salvigni, en julio de 1858."

Como se vé ya entonces fué desvirtuado el móvil

que impulsó al general Belgrano, cuando resolvió levantarla.

El gobernador de esa época, doctor Márcos Paz, al aceptar tan generosa oferta, decretó el 13 de junio del mismo año, la delineación de una plaza con el nombre de «General Belgrano», en cuyo centro quedaría la pirámide. — Dicha resolución no se cumplió y nosotros lo hemos alcanzado, triste, sucia, sin nada que indicase porque se erguía en medio de los matorrales que crecían hasta cubrir su pedestal, sirviendo su cúspide de nido á un hornero [1].

En 1877, durante la administración del doctor Tiburcio Padilla, se arregló la columna en la forma que hoy existe: pero modificando también, su origen y representación, y se gravó caprichosamente en sus costados sobre mármoles que obsequió el señor Andres Egaña, lo siguiente:

1812

General Belgrano

—

1812

General Eustaquio Diaz Velez

—

1840

Marco Avellaneda

—

TUCUMAN

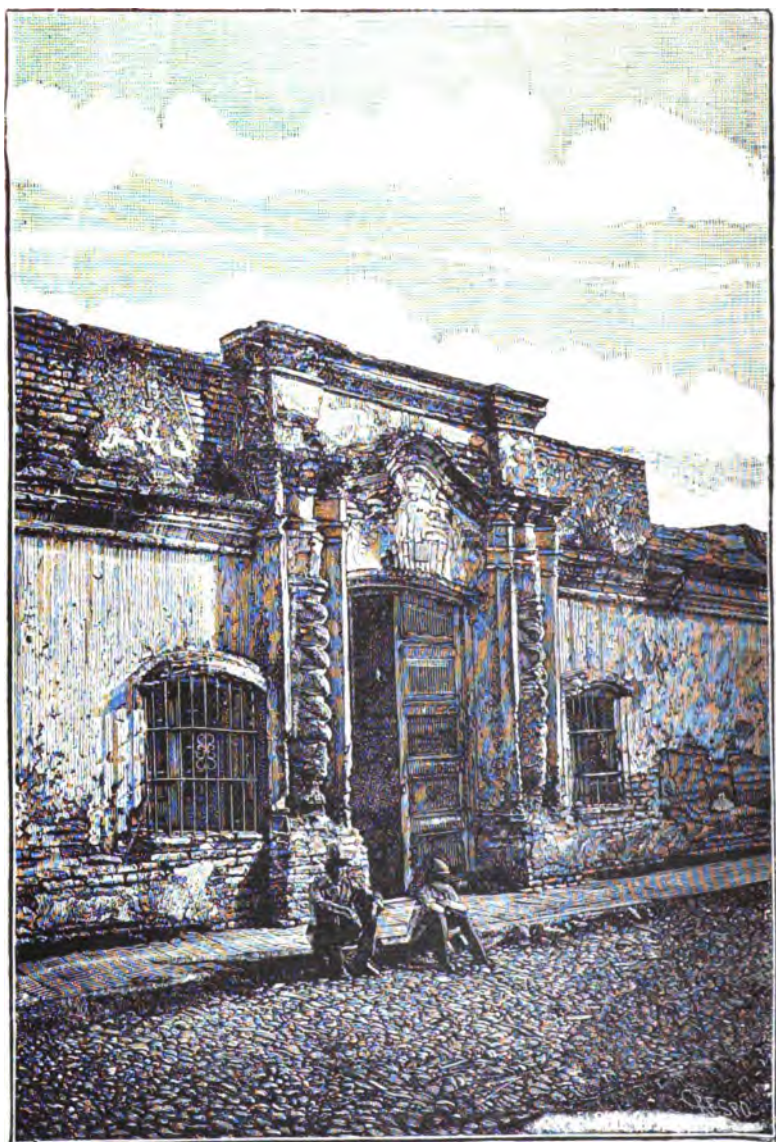
Bernardo Monteagudo

—

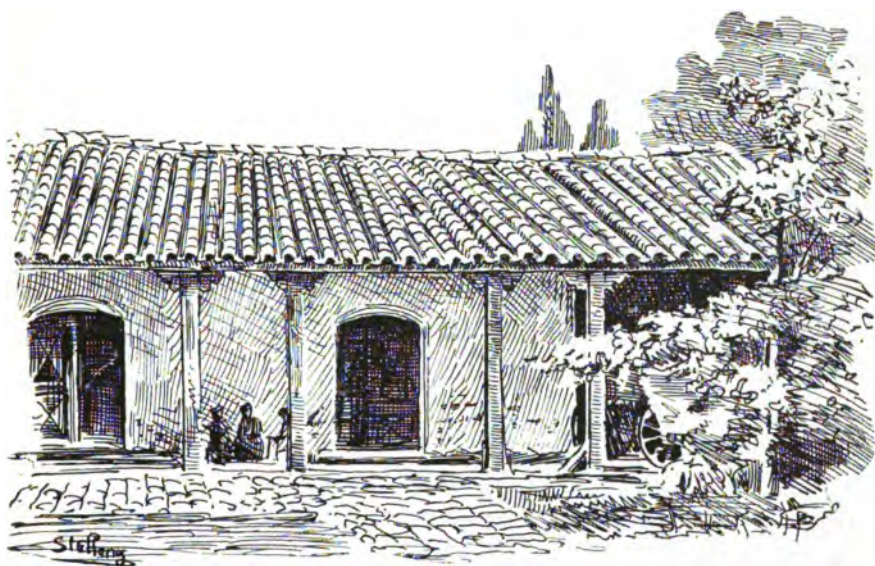
Como se vé á excepción de la primera, las demás podrían destinarse á otros monumentos.

Cuando gobernaba el señor Federico Helguera, siendo su ministro el doctor Luis F. Araoz en 1878, se encargó al doctor Angel Padilla, que hiciera nivelar el terreno y delinear la plaza, en cumplimiento del de-

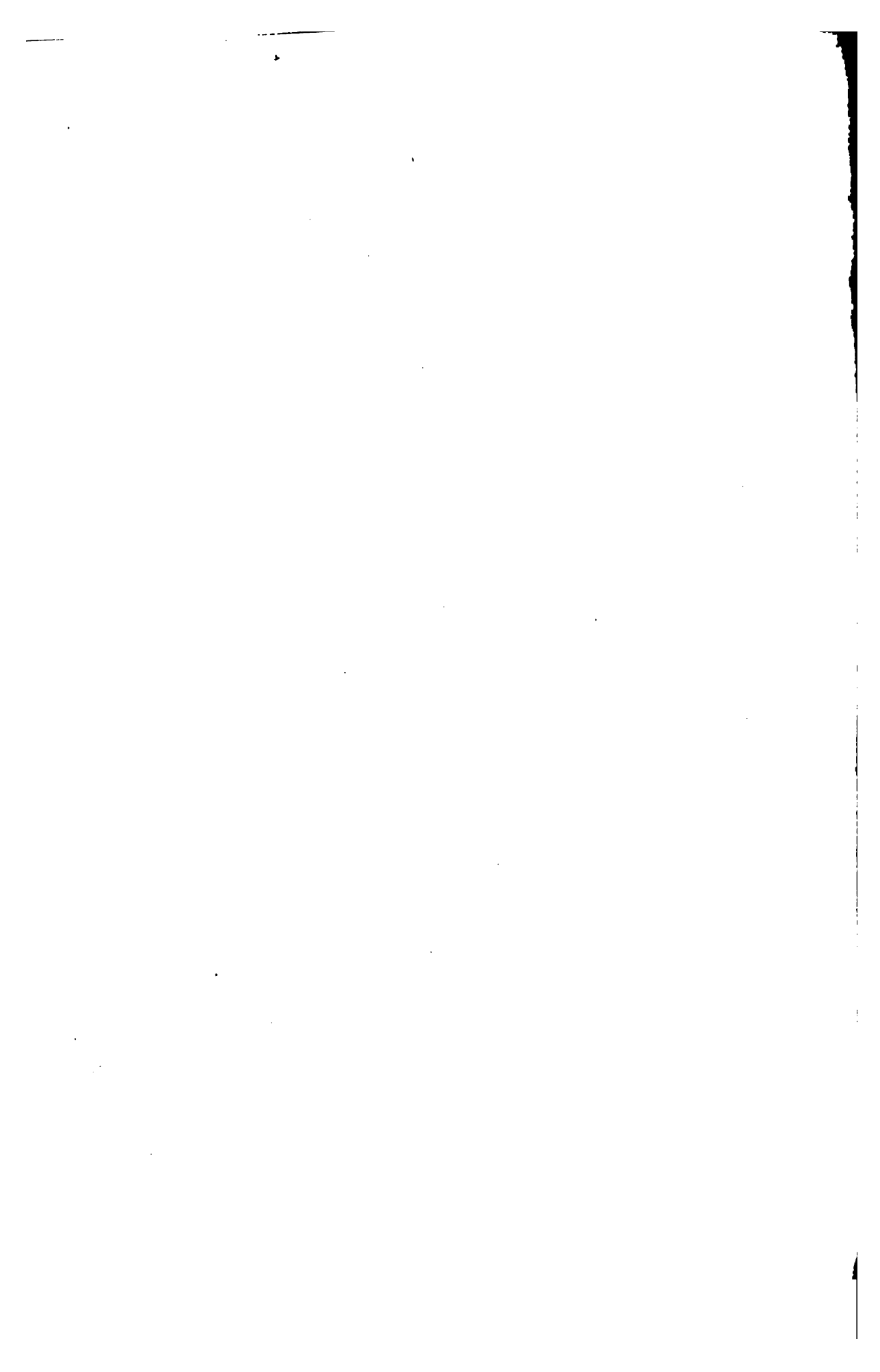




CASA DEL CONGRESO



SALA DE SESIONES



creto de 1858 y con un celo recomendable y la ayuda de varios ciudadanos que contribuyeron por medio de una suscripción, este la dejó tal como ahora se encuentra.

Adolfo P. Carranza.

La casa del Congreso

En 1815, derrocado el general Alvear, le substituyó como Director Supremo interino el coronel Ignacio Alvarez Thomás, quien cumpliendo lo determinado en el estatuto provisional del 5 de mayo que establecía un Congreso General de Diputados de las Provincias Unidas del Río de la Plata en Tucumán, pasó una circular para que se les eligiese, y este acto se efectuó en noviembre del mismo año.

Los electos empezaron á llegar á aquella ciudad á principios de 1816, y el 24 de marzo á las 9 de la mañana se reunieron en la casa que pertenecía á la familia de Zavalía, situada á cuadra y media de la plaza, al sud, hoy calle del Congreso, en cuyo salon, que cruza el patio, tuvieron lugar las sesiones del famoso Congreso que nombró Director Supremo al diputado por San Luis don Juan Martin de Pueyrredon, y labró el acta de independencia del 9 de julio 1816.

El 15 de enero de 1817, el Congreso resolvió trasladarse á Buenos Aires, y el local que sirviera de cuna al pueblo argentino, quedó olvidado por muchos años, hasta que por decreto del Gobierno Nacional fué adquirido en 25.000 pesos fuertes, el 28 de abril de 1874.

El salon se conserva mas ó menos como en los días gloriosos, pero el frente de la casa fué modificado en 1875, para destinarse esa parte del edificio á las oficinas de correos y telégrafos de la Nación.

El cuidado de aquél está á cargo de un empleado especial, pero aún se halla vacío, no obstante que há tiempo se hicieron para colocarse en sus paredes, los retratos que existen de los signatarios del acta inmortal.

«En uno de nuestros aniversarios de nuestra independencia, dice Granillo, el obispo Molina improvisó la siguiente octava delante de una numerosa concurrencia reunida en esa casa á celebrar tan gloriosa fecha:

En aqueste sitio mismo
sonó esa voz imponente
que hizo al Sud independiente
y destronó el despotismo.
Aqui, en brazos del heroismo,
Nació el argentino Estado,
¡Salud oh local agosto!
¡Salud oh sitio sagrado!

Van tres años que estudiantes argentinos se trasladan en peregrinación hasta la ciudad de Tucumán para efectuar en aquel sitio y en la fecha de los grandes recuerdos, conferencias histórico-literarias.

La pirámide á *Mayo* y la Casa del Congreso son los monumentos representativos del 25 de mayo y del 9 de julio, fechas que los argentinos celebrarán siempre á despecho de los que osadamente pretenden poner obstáculos á la tradición y al sentimiento nacional.

El gran título del Congreso de Tuoumán, su mérito especial entre las asambleas que se han reunido en el país desde los albores de la libertad, fué realizar

el voto íntimo y constante de los autores de la revolución de *Mayo*.

La emancipación política, era la aspiración de los precursores de Moreno y su partido, de los directores del movimiento de Octubre de 1812 y aún de los que componían la asamblea de 1813.

Esta última no llevó á cabo la declaración, por circunstancias que no se han explicado de una manera satisfactoria, ó permanecen ignoradas aún, pero quizá podemos manifestar que esa era su voluntad y todavía más, que sus miembros eran republicanos.

El protectorado de la Inglaterra, la solicitud de príncipes europeos, parece que fueron medios de que se valieron para detener la acción del Congreso de la Santa Alianza, la ayuda de la Inglaterra á España, el envío de refuerzos por parte de la Península á los ejércitos que defendían sus dominios y un recurso para dar tiempo á que se organizara la resistencia después de los fracasos que hicieron zozobrar la Causa y abatían el entusiasmo de los pueblos.

Así pensaban los patricios que actuaron y resolvieron en aquellos graves asuntos y como esas medidas se publicaron y ellos por razones poderosas consideraron mejor guardar el secreto, cayeron y á sus émulos, que estaban ajenos á la política de bastidores, les tocó en un rasgo de sublime audacia, la gloria de proclamar la independencia y la soberanía nacional.

Esa declaración suscrita en su generalidad por hombres que no habían figurado en el escenario principal durante los seis años anteriores, vino á afianzar la solidaridad de intereses, esfuerzos y votos del pueblo argentino.

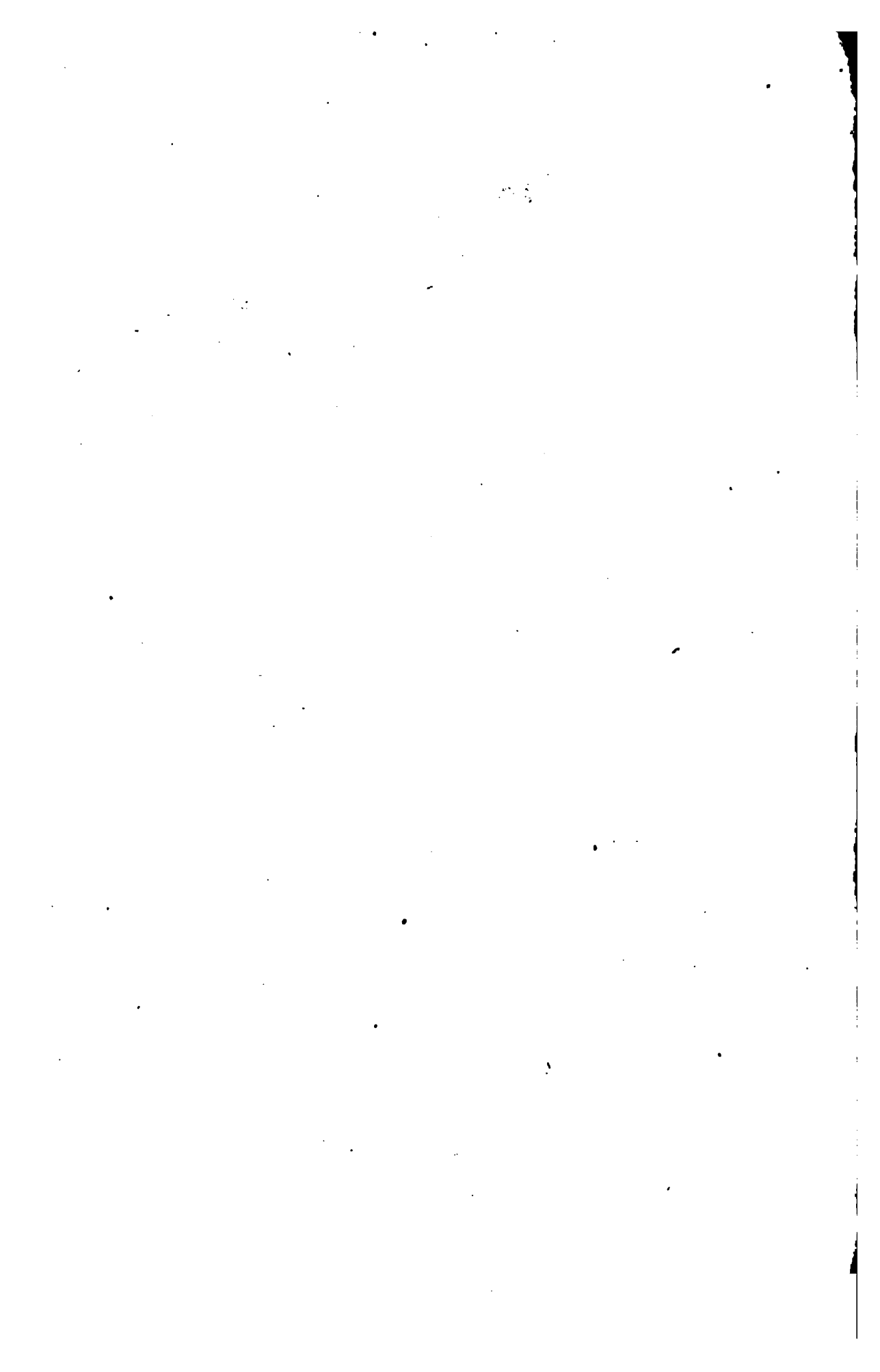
Fué la voz de los pueblos mediterráneos que hacían suyos los anhelos que hasta entonces se decían, solo de la capital y por eso es que el lamentar de que faltasen en su recinto los representantes del litoral, involuntariamente se renueva el anatema de censura contra los caudillos que cometieron el error funesto de impedirlo.

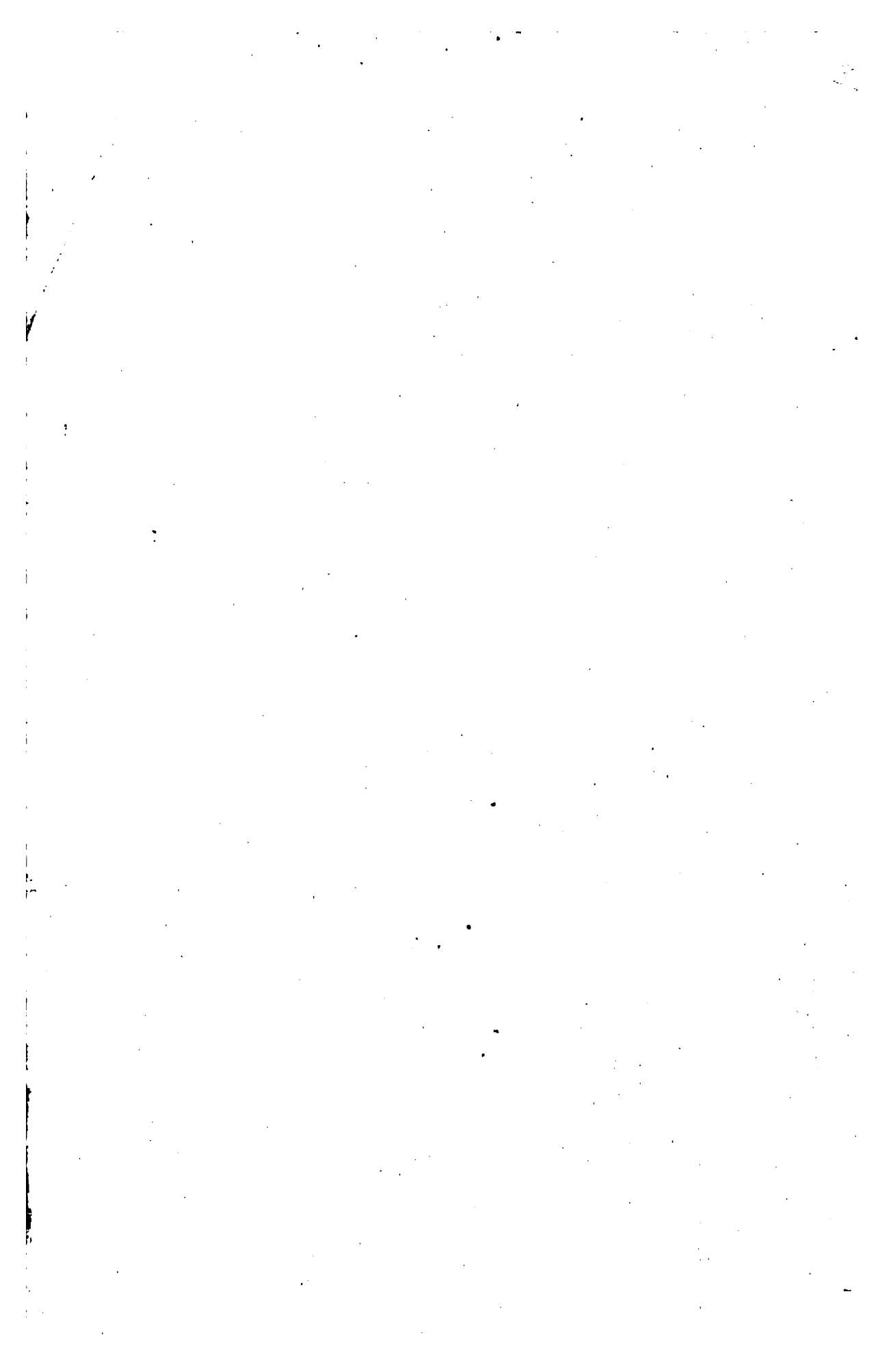
Adolfo P. Carranza.

DELEGADOS
DE LOS
GOBIERNOS DE PROVINCIA
EN EL
CENTENARIO

De Buenos Aires	ADOLFO P. CARRANZA
» Córdoba	ZENON J. SANTILLAN
» Corrientes	LÚCAS A. CÓRDOBA
» Catamarca	DELFIN GIGENA
» Jujuy	NAPOLEON PALIZA
» Mendoza	FEDERICO MORENO
» Rioja	AGENOR QUINTEROS
» Salta	DELFIN OLIVA
» Santiago del Estero	NICOLÁS AVELLANEDA
» Santa Fe	EUDORO VASQUEZ
» San Juan	ADAN QUIROGA
» San Luis	EMILIO SAL

El gobierno de Entre Rios, quizá por un descuido, no cumplió con ese acto de cortesía y de solidaridad nacional.

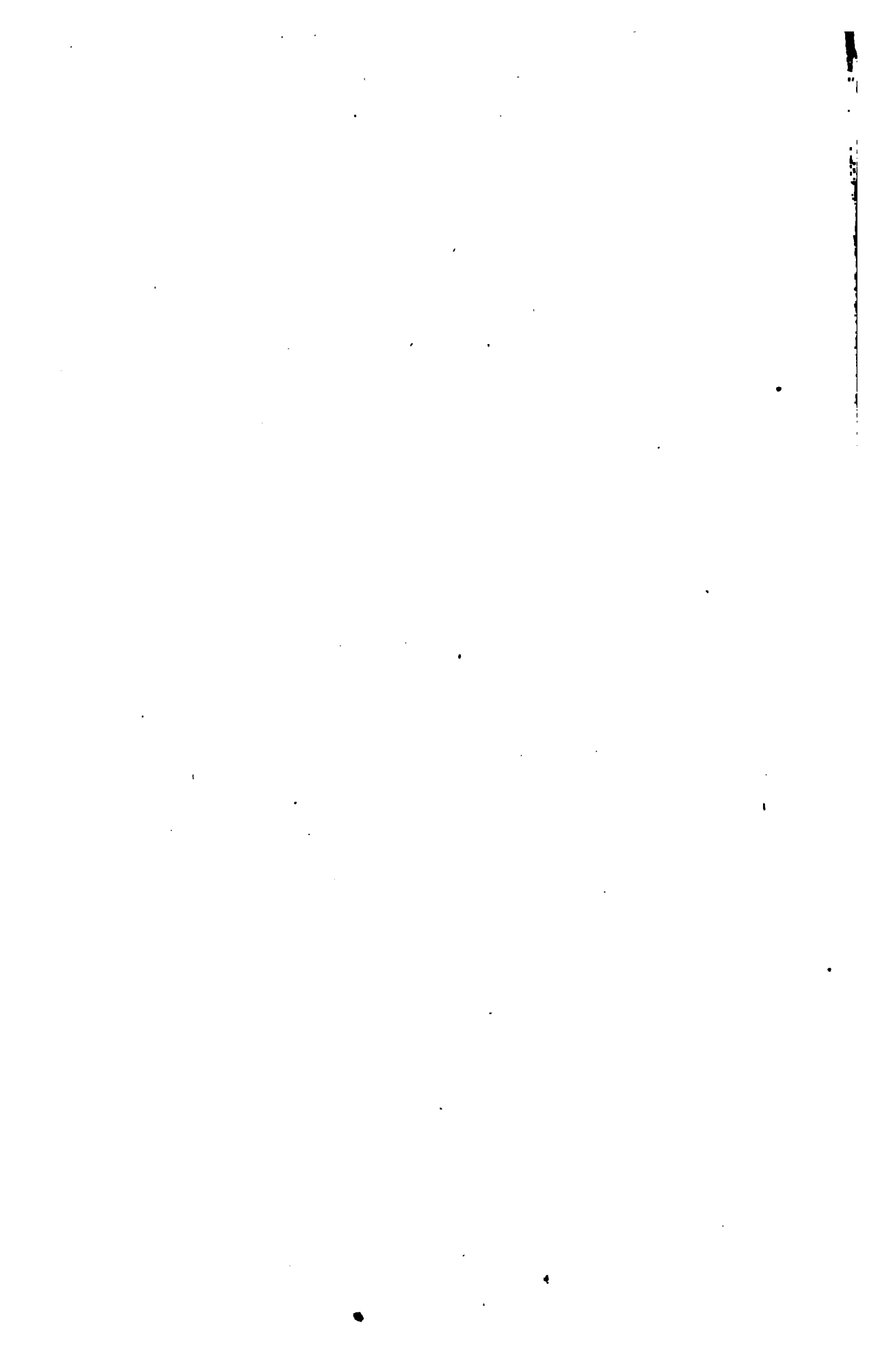












This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

